

ANDRÉ MAUROIS

LELIA O LA VIDA DE GEORGE SAND

Lectulandia

Sin olvidar sus éxitos como narrador, historiador y ensayista, el género que ha proporcionado a ANDRÉ MAUROIS (1885-1967) mejores críticas y más lectores es la biografía novelada. Numerosos han sido los personajes que han servido de tema al popular escritor francés: novelistas como Balzac, Victor Hugo y Marcel Proust, poetas como Byron y Shelley, políticos como Disraeli, científicos como Fleming. De esta extensa y varia galería quizá el retrato más sobresaliente sea LÉLIA (1952), documentada recreación de la agitada existencia de Aurore Dupin (1804-1876) y equilibrado balance de su obra. Ciertamente LA VIDA DE GEORGE SAND ofrece de por sí suficientes atractivos para un libro: el nacimiento la situó en la frontera de dos clases, y la educación en la confluencia del racionalismo de las luces y el romanticismo de la pasión; cruzaron por su vida sentimental hombres tan significativos como Alfred de Musset y Chopin; el conocimiento directo del mundo rural y la lectura de los socialistas cristianos la llevó a comprometerse seriamente en defensa de la libertad y de la igualdad; las dificultades en su matrimonio y en su carrera como escritora la convirtieron en la primera abanderada del feminismo y de los derechos de la mujer. Además, su obra literaria conserva más altos valores que los que la moda actualmente le reconoce: sus novelas recibieron elogios de Balzac, de Flaubert (que le llamaba «mi querida maestra» y que lloró al conocer su muerte), de Dostoievski y de Proust (quien dice de su prosa que «respira siempre bondad y distinción moral»).

André Maurois

Lélia o la vida de George Sand

ePub r1.0
Titivillus 11.12.2021

Título original: *Lélia ou la vie de George Sand*
André Maurois, 1951
Traducción: Jorge Zalamea
Retoque de cubierta: diego77

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A
Julien Cain
como testimonio de afecto
y de reconocimiento

Nota preliminar[*]

¿Por qué George Sand? Las amistades del espíritu se hacen por cadenas y encuentros, como las amistades del corazón. Un amigo admirado nos hace conocer a *sus* amigos, y éstos nos agradan por rasgos que son también los suyos. Por Marcel Proust y por Alain me aproximé a George Sand. Las novelas de George Sand fueron los primeros libros serios que dieron a Marcel Proust su madre y su abuela. Cuando estaba enfermo, le leían en voz alta *La Petite Fadette* o *François le Champi*. Más tarde, convertido a su vez en buen catador de estilos, compartió su gusto por esa prosa lisa y fluida que, como las novelas de Tolstói, «respira siempre la bondad y la distinción moral». En cuanto a Alain, hablaba de Sand con respeto. «Esa gran mujer», decía, y el tono de su voz daba a entender que, a sus ojos, aquella gran mujer era un hombre muy grande. Agregad a estos dos fiadores los maestros que fueron sus contemporáneos. Pensad que inspiró a Chopin y a Musset; que Delacroix tenía en casa de día un estudio; que Balzac pediría a «la camarada George Sand» el tema de uno de sus más bellos libros: *Béatrix*; que Flaubert la llamaba «mi querida maestra» y lloró al enterarse de su muerte; que Dostoievski veía en ella a un escritor «casi único por el vigor de su espíritu y de su talento», y comprenderéis por qué he deseado estudiar a una mujer que fue, durante un largo período de su vida, una potencia espiritual y que hoy es demasiado poco leída.

«¿Demasiado poco leída?», dicen algunos. «¡Es que es ilegible!». ¡Qué error! ¿Algunas de las novelas que escribía «para pagar las cuentas de su panadero» no valen gran cosa? Es cierto. Pero abrid la *Histoire de ma Vie*, la *Correspondance*, las *Lettres d'un Voyageur*, los *Journaux Intimes*. Allí es igual a los mejores. ¿Y qué autor fue nunca más fecundo en invenciones? Fue «la voz de la mujer en una época en que la mujer se callaba». Habló de música tan bien como Stendhal y mucho mejor que Balzac o Hugo. Describió la vida de los campesinos franceses con una grandeza ora idílica, ora épica. Experimentó y expresó un amor sincero por el pueblo, mucho antes de que el sufragio universal impusiese esta actitud. «No soy —decía— de esas almas pacientes que acogen la injusticia con semblante sereno». Fue la primera en

abordar, en *Lélia*, problemas sensuales que solamente hoy comienzan a tratarse francamente. Fue, en sus mejores días, la novela misma, y el comienzo de *Consuelo* sigue siendo uno de los relatos mejor llevados de nuestra literatura.

Espero que todo esto responda a la pregunta: «¿Por qué Sand?». Quedaba la dificultad de renovar el relato de una vida que pasaba por ser muy conocida. ¿Para qué contarla una vez más, después de tantas otras? Dos respuestas a esto. La primera es que he tenido la suerte de encontrar numerosos documentos que me han permitido dar la importancia que conviene a la juventud y a la madurez de George Sand, lo que distribuye los episodios familiares en una más justa perspectiva.

La segunda es que la mayoría de los autores que han escrito sobre Sand experimentaban una evidente hostilidad respecto a su persona y sus ideas. Por largo tiempo estuvo de moda hablar de ella con ironía y severidad. Yo he tenido la dicha —o la debilidad— de amarla. Hablando de otra mujer, Marie Dorval, escribió un día: «Es un alma admirablemente bella, generosa y tierna, una inteligencia de selección, con una vida plena de extravíos y de miserias… Por ello, te amo y te respeto tanto más, ¡oh Marie Dorval!…». Estas frases se aplican a quien las escribió. También George Sand fue un alma generosa; ella también tuvo una vida plena de extravíos y de miserias. El genio, compañero exigente y peligroso para todos, es un huésped todavía más temible para una mujer; y el encuentro, en amor, de dos genios produce quemantes chispas. De los extravíos, no ocultaré nada. ¿Para qué mentir? Pero quisiera hacer reconocer el genio y llevar al lector, como yo mismo fui llevado, a respetar a «esa gran mujer» y a concederle, en la historia de las letras, el lugar de honor que por derecho le pertenece.

Debo infinitos agradecimientos a la señora Aurore Lauth-Sand, que se prestó a abrirme sus archivos, relatarme sus recuerdos y dejarme tratar el tema a mi manera. Marcel Bouteron, conservador de la colección Spoelberch de Lovenjoul, me ha permitido, con generosidad, consultar todos sus archivos y, especialmente, las correspondencias Dorval-Sand, Balzac-Sand, Mme. d'Agoult-Sand, hasta entonces poco o nada conocidas. En la Bibliothéque Nationale, el señor Julien Cain, administrador general; el señor Jean Porcher, conservador del departamento de manuscritos, y los señores Jacques Suffel y Marcel Thomas han podido poner a mi disposición preciosos inéditos: las *Agendas* de George Sand, de 1852 hasta su muerte, su correspondencia con Dumas hijo y las importantes cartas al doctor Émile Regnault, de las que sólo había sido utilizada una parte por la señora Marie-Louise Pailleron y por Miss

Mabel Silver. El señor Henri Goüin me ha confiado la muy interesante correspondencia de la señora Sand con su abuelo, Eduardo Rodrigues; la señora Bonnier de la Chapelle, cartas inéditas al editor Hetzel. Los señores Henri Martineau y Alfred Dupont me han dado útiles documentos. La señora Jacques Lion me hizo conocer al conde de Grandsagne, que no podía comunicarme las cartas de George Sand a su tío abuelo, destruidas por el hijo único de éste, pero que me dijo lo que era tradición en su familia respecto a esa correspondencia y a esa amorosa amistad. En fin, la señora Jacques Suffel ha elaborado el índice de esta larga obra.

Desde hace mucho tiempo tengo el agradable deber de dar, al comienzo de cada una de mis obras históricas o biográficas, las gracias a mi esposa por sus inmensos trabajos de investigación y copia. Mi deuda con ella no fue nunca tan grande como ahora. Ha revisado y clasificado montañas de cartas, archivos y documentos. Cinco veces ha copiado este extenso manuscrito, en versiones sucesivas. Ha preparado la edición, que va a hacerse, de la correspondencia entre George Sand y Marie Dorval, así como la publicación de las cartas de Sand a Agustine Brault, Charles Marchal y algunos otros, cuyos originales posee. Por este trabajo en común, con una común pasión, vuelvo a agradecerle.

Si a pesar de tantos cuidados, trabajo y diligentes amistades, encuentra el lector todavía algún yerro, que excuse las faltas del autor. Hasta donde se hallaba a mi alcance, he tratado de dar forma a lo que hoy día se sabe sobre esa gran vida. Pero la investigación reserva siempre sorpresas; puede que mañana encuentren los eruditos fuentes que a mí se me escaparon. Si uno de ellos hace entonces mejor obra que yo, seré el primero en regocijarme.

A. M.

Primera parte
Aurore Dupin

> Una mujer, anda, burgués, piensa un poco en todos los seres que lleva en si esa criatura, el uno dentro del otro: es cosa de no acabar.
>
> PAUL CLAUDEL

La historia de George Sand es la de una mujer que, por su nacimiento, se encontró colocada en la frontera de dos clases y, por su educación, en una zona en la que se encontraban el racionalismo del siglo XVIII y el romanticismo del XIX; que, habiendo perdido a su padre en la infancia, deseó reemplazarlo al lado de una madre adorada, adquiriendo por ello un comportamiento viril; que fue confirmada en esta actitud por la educación viril que le dio un preceptor un tanto loco y por los trajes masculinos que le hizo vestir; que, a los trece años se vio independiente, dueña de una propiedad en Nohant, ama de una casa, y que intentó siempre, inconscientemente, recrear este libre paraíso de su adolescencia; que jamás pudo soportar un amo y pidió al amor lo que en la maternidad hallaba: una oportunidad de proteger a seres más débiles; que, rebelde a toda autoridad masculina, luchó por emancipar de ella a las mujeres y asegurarles la franquicia de sus cuerpos y de sus sentimientos; que ejerció así una influencia vasta y útil sobre las costumbres; que, católica en un comienzo, siempre fue cristiana y se creyó en comunión mística con Dios; que se hizo socialista, como siguió siendo cristiana, por generosidad de corazón; que, en 1848, se lanzó en un movimiento revolucionario y, tras el fracaso de éste, supo conservar su prestigio sin renegar de sus ideas; que, habiendo violado todos los convencionalismos, tanto en su vida privada como en su vida pública, se impuso, sin embargo, al respeto de todos por el genio, el trabajo y el valor; que, extinguidas todas las pasiones, logró recrear en la casa de su infancia el paraíso perdido; y que halló finalmente en una vejez serena, activa y matriarcal la felicidad que en vano buscara en la pasión.

I. Reyes, soldados, canonesas, comediantas

Siempre es temerario explicar un carácter por la herencia. Tal rasgo de un antepasado reaparece repentinamente en la decimoquinta generación. Tal hombre de talento tiene hijos mediocres. El lecho de un notario produce a Voltaire. De todos modos, en el caso de George Sand, es natural que, quien estudie la historia de sus antecesores, prevea para ella un extraño y alto destino. Otras familias han contado con uno, dos, tres personajes sorprendentes. Entre los abuelos de George Sand, *todos* los personajes son extraordinarios. Los reyes se mezclan con las canonesas, los grandes soldados con las chicas de teatro. Como en los cuentos de hadas, todas las mujeres se llaman Aurore; todas tienen hijos, amantes, y prefieren los hijos a los amantes. Los hijos naturales llueven como el granizo, pero son reconocidos, exaltados y educados regiamente. Todos son seductores, anarquistas, tiernos y crueles. «A esta raza descortés y fuerte —dice Maurras— debía George algunos grandes rasgos de su carácter físico, la brutalidad de la vida, la audacia impudente en vivirla y no sé qué de glotón en el movimiento del deseo»[1]. Esta crónica familiar participa de la comedia galante, de la epopeya y de *Las mil y una noches*.

Los Koenigsmark, familia germanosueca, se hicieron ilustres en una época en que un soldado de fortuna podía ir de corte en corte y comandar ejércitos contra los cuales combatiera la víspera. A partir de la Guerra de los Treinta Años, figuran en el escenario de Europa. El fundador había sido el feldmariscal Jean-Christophe de Koenigsmark, soldadote rapaz, bribón, astuto y brutal. Tras de él, todos los hombres del dan se revelaron como héroes, aventureros y seductores; las mujeres, como santas o adorables pecadoras. Aurore de Koenigsmark fue, a fines del siglo XVII, una muchacha bella como el día, hermana de aquel famoso Philippe de Koenigsmark que el elector de Hannover, el futuro Jorge I de Inglaterra, hiciera asesinar por celos en 1694. Las investigaciones relativas a la muerte de este hermano la pusieron en contacto con Federico Augusto, elector de Sajorna, más tarde rey de Polonia. Con sus grandes ojos sombríos y dulces, su ingenio netamente francés y su brillante alegría, Aurore era irresistible. Augusto de Sajonia la amó como podía amar: de manera harto común. Con tal de que fuese elegante y complaciente, toda mujer para él valía lo mismo. No comprendió nada de lo que en Aurore había de delicado y aun de eminente, pero tuvo de ella un hijo que nadó en 1696, fue bautizado Maurice y hecho conde e Sajonia.

Las relaciones entre los amantes habían cesado antes del parto y no se reanudaron. Aurore, abandonada, emprendió una agresiva y brillante retirada a la abadía protestante de Quedlimburgo, de la que hizo, ante el piadoso espanto de las demás canonesas, un hotel de Rambouillet y una corte de amor. En honor de Pedro el Grande dio allí una fiesta que se hizo célebre, en el curso de la cual apareció en el papel de musa y recitó versos franceses de los que era autora; aquel día cautivó a la vez al zarevitz y a la abadesa, que, sorda y muy anciana, tomó a la musa por una santa. Aurore cantaba aires italianos acompañándose con el clavicordio, y la reina de Suecia la llamaba «mi ruiseñor sueco». Corría la posta de Dresde a Viena y de Berlín a Estocolmo. En 1728 murió arruinada por los orfebres, los modistos, los boticarios y, también, por su hijo, al que amaba tiernamente y para el que abrigaba grandes ambiciones.

Este hijo, Maurice de Sajonia, tenía la hermosa figura y la alta frente de su madre. Leal y franco, de naturaleza tierna, experimentaba, como muchos hijos naturales, sentimientos de melancolía al besar los medallones de su padre y de su madre. Desde la más temprana edad demostró grandes disposiciones para la carrera de las armas. Su padre lo hizo educar duramente. Por orden suya, Maurice sólo comía sopa y pan, y debía atravesar Europa a pie y llevando su equipo. A los trece años se le rindieron honores como abanderado en el campo de batalla, y raptó a una chiquilla de su edad a la que había embarazado. Heredaba el libertinaje de su padre. Sus intrigas con la princesa de Conti, con Adrienne Lecouvreur, con la señora Favart y la duquesa de Bouillon agitaron París. Hijo de rey, durante largo tiempo tuvo, por un enfermizo deseo de hacer olvidar su bastardía, la idea fija de la dominación. Así intentó hacerse duque de Curlandia. Su madre, Aurore de Koenigsmark, y su amante, Adrienne Leconvreur, vendieron sus joyas para ayudarle. Iba a casarse con la viuda del último duque, Anna Ivanovna, futura zarina de todas las Rusias, y llegaba ya, pues, a la meta cuando cometió la imprudencia de introducir en palacio a una joven querida. Descubierto, hubo de interrumpir su caza de quimeras. El amor le costaba la corona.

Pero aquél era un tiempo en que el amor y la gloria hacían buena pareja. Es sabido que Maurice de Sajonia acabó por servir en los ejércitos del rey de Francia, con el que vino a emparentarse al hacer de su sobrina, Marie-Joséphe de Sajonia, la delfina. Ella fue la madre de Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X. Berlanga de reyes. Siendo protestante, el conde de Sajonia necesitaba este matrimonio para consolidar su posición en un reino católico. Condujo la negociación como sus batallas, «a tambor batiente y con la mecha

encendida», escribiendo con miras a esta intriga las más bonitas cartas con la más extravagante ortografía. Este soldado iletrado amaba las ideas. Compuso unas *Rêveries* o *Mémoires sur l'Art de la Guerre* tan vivaces como francas:

> *Axioma*: Cuantos más muertos, menos enemigos. *Consecuencia*: Dar la muerte y evitarla… ¿Doce soldados para tomar un pequeño puesto? Ni lo piense. Si al menos se tratase de doce tenientes generales… Hay más habilidad de la que se cree en dar órdenes malas; pero es preciso saber cambiarlas por buenas en el momento oportuno; nada desconcierta tanto al enemigo: ha contado con determinada cosa, y se ha acomodado a ella; en el momento en que ataca, no encuentra nada…[2].

Es la prefiguración de la batalla de Torres Vedras. Como buen filósofo de su siglo, en esas *Revertes* se mostraba deseoso de reformas y, después de enseñar el arte de destruir al género humano, trataba de hacer conocer los medios de propagarlo: «Los matrimonios sólo deberían durar cinco años y sólo podrían ser renovados con una dispensa cuando no hubiese nacido ningún hijo durante ese tiempo». Es bastante notable que esta idea se le ocurriera al bisabuelo de George Sand.

General dichoso y merecedor de su dicha, Maurice de Sajonia llegó a ser pronto mariscal de Francia. El vencedor continuaba amando a las mujeres; y fue amado por ellas. «Es sabido —dice Marmontel— que con mucha nobleza y altivez de alma, el mariscal de Sajonia era de costumbres picarescas. Tanto por gusto cuanto por sistema, deseaba alegría en sus ejércitos, diciendo que nunca andaban mejor los franceses que cuando se les conducía alegremente y que lo que más temían en la guerra era el tedio…»[3]. Mantenía en el ejército una compañía de comediantas, dóciles a sus caprichos. Todas las noches había espectáculo, y desde la escena se anunciaba la batalla del día siguiente:

> *Demain nous donnerons Relâche,*
> *Quoique le directeur s'en fâche;*
> *Vous voir comblerait nos désirs.*
> *On doit tout céder à la gloire.*
> *Nous ne songeons qu'à vos plaisirs;*
> *Vous ne songez qu'à la victoire*[4].

«Siendo universal la galante reputación de Maurice», fue en él en quien pensaron dos pequeños burgueses de París, el señor y la señora Rinteau,

antepasados del señor y la señora Cardinal, cuando, en 1745, decidieron sacar partido de la extraordinaria belleza de sus dos hijas: Marie y Genevieve. La primera tenía diecisiete años; cerca de quince la segunda. El celo de aquellos excelentes padres se vio recompensado. Durante varios años, Marie fue del gusto del mariscal; le dio una mansión en París, en la que las dos hermanas se convirtieron en las «señoritas de Verrières», y en 1748 tuvo de ella a Marie-Aurore, que heredó la belleza de sus padres. Sin heredar nada más.

Marie de Verrières, que no era más virtuosa que las grandes damas de su tiempo, cayó sucesivamente en brazos del señor d'Epinay, hijo de un asentista, y del escritor Marmontel, al que se le había encargado enseñarle dicción. De regreso de un viaje a Sajonia, el mariscal «se enteró simultáneamente de los estudios dramáticos de su protegida y de la manera cómo había sabido aprovecharse de ellos». Como tenía amor propio, al morir, en 1750, madre e hija se encontraron excluidas de su testamento. Todo lo que Marie de Verrières pudo transmitir a su hija, como recuerdos de familia, fueron una tabaquera que el rey regalara al mariscal después de la batalla de Fontenoy, un sello y el retrato de Aurore de Koenigsmark.

«La señorita Aurore, hija natural y única del señor mariscal de Sajonia», se arrojó, por medio de un memorial, a los pies de Madame la delfina, sobrina del héroe, y solicitó una pensión. Al margen de la petición: *El rey concede una gratificación de ochocientas libras a la señorita Aurore, mientras permanezca en un convento elegido por Madame la delfina*[5]. La casa escogida fue la de las monjas de Saint-Cyr, en donde la señorita Aurore fue educada como dama de calidad. En 1766, la delfina, no pudiendo devolvérsela a su madre, quiso casarla, pero la calificación de *hija natural, de padre y madre desconocidos*, espantaba a los pretendientes deseables. Mucho sufrió la muchacha por esta humillación y, en nuevo memorial al Parlamento, pidió que se agregase al nombre de la solicitante: *hija natural de Motorice, conde de Sajorna, mariscal general de los campamentos y ejércitos de Francia, y de Marie Rinteau*[6].

El Parlamento sancionó este reconocimiento póstumo y se encontró un pretendiente adecuado. Todo lo que George Sand escribió en la *Histoire de ma Vie*, a propósito de este primer matrimonio de su abuela y que ha sido reproducido por sus biógrafos sucesivos, es una novela muy diferente de la aventura auténtica. Sand convierte al novio en un conde de Horne, bastardo de Luis XV, y hace del matrimonio un matrimonio blanco que habría concluido, apenas tres semanas más tarde, con la muerte, en un duelo, del

marido. Nada de esto es verdad. El novio era un capitán de infantería de cuarenta y cuatro años, llamado Antoine de Home.

Para celebrar el matrimonio de su hija, Marie de Verrières dio en su *folie* de la aldea de Auteuil[7] una fiesta espléndida. Allí conoció Aurore a su medio hermano, el caballero de Beaumont, hijo de un amante posterior a Maurice de Sajorna: el duque de Bouillon.

Con ocasión de su matrimonio, Horne había sido nombrado teniente del rey en Sélestat, es decir, comandante de aquella pequeña plaza, pero pasaron cinco meses antes de la partida para Alsacia. Al llegar a Sélestat, el teniente del rey y su esposa *no* fueron recibidos, como lo relata Sand, con salvas de artillería; *no* les presentaron las llaves de la ciudad sobre una bandeja de oro, «pero ambos rebosaban de alegría y esperanzas». Llegaron un lunes; el martes, el señor de Horne «se sintió molesto por una opresión en el pecho»; a pesar de las sangrías, murió el viernes[8] 8. Una vez más, la joven viuda se arrojó a los pies de Luis XV para que se le conservase el empleo de su esposo; pero la solicitud era absurda. ¿Cómo una mujer iba a mandar una plaza? Además, Aurore perdió entonces a su protectora, la delfina, que murió en 1767. Se instaló en un convento e insistió en sus peticiones:

> *Aurore de Horne al duque de Choiseul, ministro de la Guerra*: Hija del señor mariscal de Sajonia, reconocida como tal por decreto del Parlamento de París, la muerte me arrebató a mi padre desde la más tierna infancia… Tengo la certidumbre de que el ministro, que dirige la guerra con tanta prudencia, generosidad y brillo… no permitirá que la hija del mariscal de Sajonia se consuma en la miseria…[9].

El duque permaneció insensible. Cuatro años más tarde, habiendo caído Choiseul en desgracia, Aurore se dirige al nuevo ministro: «Hija del señor mariscal de Sajonia, reconocida como tal por decreto del Parlamento de París…, no pudiendo pagar la pensión en el convento al que me había retirado, me he visto obligada a salir de él»[10]. Se había refugiado en casa de su madre, Marie de Verrières, que vivía, con su hermana Genevieve, en una hermosa mansión de la *chaussée* d'Antin y a cuenta de las liberalidades de sus ricos protectores. Las señoritas de Verrières tenían una casa agradable, en la que se recibía a la buena sociedad y se representaban comedias. El señor d'Epinay, dando un bello ejemplo de «constancia ilegítima», era uno de los fieles. La madre de Aurore, aunque madura ya, conservaba su belleza;

habiendo tenido amantes letrados: Marmontel y el poeta Colardeau, escribía cartas cuya firmeza de estilo y de pensamiento sorprenden todavía.

El señor d'Epinay, intendente general, tenía quejas de su esposa, la célebre señora d'Epinay —la misma de Rousseau, de Diderot y de Grimm—, enamorada ahora de otro financiero: Claude Dupin de Francueil. Habiendo ofrecido éste, que era excelente músico, dar lecciones de composición a la señora d'Epinay, no tardó en convertirlas en lecciones de amor. La única venganza de d'Epinay fue llevar a casa de las señoritas Verrières a su rival, que no tardó en ser amante de Geneviéve, la menor.

Como se ve, la penitencia era dulce. En casa de las Verrières, Dupin de Francueil veía con frecuencia a la sobrina de su amante, Aurore de Home, que lo cautivó con su talento y su educación. La joven viuda, educada en Saint-Cyr conforme a la tradición de la señora Maintenon, era una gran dama, una actriz de talento y una música perfecta. En el teatro privado de la *chaussée* d'Antin, dirigido por el crítico La Harpe, interpretó la Colette del *Devin de Village* y posteriormente óperas de Grétry y Sedaine. Música de gusto seguro y fino, prefería a Porpora, Hasse y Pergolesi. Naturalmente, era muy cortejada, pero teniendo mejor sentido que sentidos, nunca cedió a la influencia de aquel medio excesivamente libre. Sin embargo, ninguna fe profunda la defendía; no tenía otra religión que el deísmo de Voltaire.

> Pero era un alma firme, clarividente, particularmente prendada de cierto ideal de orgullo y de respeto por sí misma. Ignoró la coquetería; estaba demasiado bien dotada para necesitarla, y ese sistema de incitación hería sus ideas y sus hábitos de dignidad. Atravesó una época muy libre y un mundo muy corrompido sin perder una pluma de sus alas; y, condenada por un extraño destino a sólo conocer el amor en el matrimonio, resolvió el gran problema de vivir tranquila y de escapar a toda malignidad y calumnia…[11].

Sus grandes amigos eran Buffon, que frecuentaba el salón de las Verrières, y el amable Dupin de Francueil, a quien llamaba *papá*. Representante en Berry del intendente general, el señor Dupin —o du Pin— tenía intereses también en las manufacturas de paño de Châteauroux, lo que hacía de él un hombre muy rico.

Aurore de Horne fue una de las mujeres más notables de una época en que muchas de ellas brillaban por su cultura. He aquí una carta suya a un adorador que da alguna idea de su gracia:

También quiere usted, caballero, instruirme en la filosofía, como si no fuese yo discípula de Platón desde que vine al mundo… Si mi rostro y mi edad le inspiran cierta repugnancia a creerme, debe usted vencerla como venzo yo mi amor propio al hacerle esta confesión. Soy infinitamente sensible a los sentimientos de amistad y a ellos me entrego íntegramente, porque a cualquier distancia que coloque sus límites puedo distinguirlos siempre, pero temo lo que pudiera cegarme y hacerme dudar a todas horas de si habría hecho demasiado o no habría hecho lo suficiente… Siempre viví con gentes de mucha más edad que yo, e insensiblemente me he puesto a su nivel. No fui joven mucho tiempo, lo que acaso sea una pérdida, pero en todo caso, soy más razonable…[12].

En 1775, a los cuarenta y siete años, murió Marie de Verrières tan dulcemente como había vivido. La licencia no excluye la felicidad. El señor d'Epinay, su amante desde hacía veinticinco años, la lloró mucho, pero continuó viviendo con la hermana sobreviviente. Aurore juzgó que la vida en casa de su tía se hacía difícil y regresó, una vez más, al convento. Su viejo amigo Dupin de Francueil la visitaba allí a menudo y, a pesar de su edad, supo gustarle. En 1778 pidió su mano y fue aceptado. Marie-Aurore tenía treinta años; Dupin de Francueil, sesenta y dos; ella hacía quince años que era viuda y honesta.

Fueron muy felices. Más tarde, anciana ya, la señora Dupin decía a su nieta Aurore, nuestra George Sand:

Un viejo ama más que un joven y es imposible no amar a quien nos ama perfectamente. Yo lo llamaba mi viejo y papá. Y él quería que así fuese y, aun en público, no me daba otro nombre que el de hija. Además, en aquellos tiempos nunca se era viejo. Fue la Revolución la que trajo la vejez al mundo. Tu abuelo, hija mía, fue hermoso, elegante, pulido, gracioso, perfumado, jovial, amable, afectuoso y de carácter constante hasta la hora de su muerte. Más joven, habría sido demasiado amable para tener una vida tan serena, y acaso yo no hubiera sido igualmente feliz con él; me lo habrían disputado demasiado. Estoy convencida de que tuve la mejor edad de su vida y que jamás un hombre joven hizo más feliz a una muchacha como lo fui yo con él. No nos separábamos un momento y nunca tuve un instante de tedio al lado suyo. Su espíritu era una enciclopedia de ideas, conocimientos y talentos, que jamás se agotó para mí. Tenía el don de obrar siempre de una manera agradable para los demás y para sí mismo. Durante el día, tocaba música conmigo; era excelente violinista y él mismo se

construía sus violines. Era, además, relojero, arquitecto, tornero, pintor, cerrajero, decorador, cocinero, poeta, compositor de música, carpintero y bordaba maravillosamente. No sé lo que no fuera. Lo malo es que devoró su fortuna satisfaciendo todos estos diversos instintos y experimentando toda suerte de cosas; pero tan deslumbrada estaba yo que nada vi, y nos arruinamos de la manera más agradable posible. De noche, cuando no teníamos alguna fiesta, dibujaba al lado mío mientras yo devanaba, o leíamos en voz alta, a no ser que algunos encantadores amigos nos hiciesen compañía, despertando entonces su ingenio fino y fecundo en una agradable charla. Yo tenía por amigas a muchachas casadas de manera más espléndida y que, no obstante, no se cansaban de decirme cuánto me envidiaban mi viejo esposo.

¡Cómo se sabía vivir y morir en aquella época…! No se tenían enfermedades importunas. No por sufrir de gota dejaba de andarse y sin hacer muecas; por buena educación, se ocultaba el sufrimiento. No se tenían esas preocupaciones materiales que echan a perder el hogar y hacen romo el espíritu. La gente sabía arruinarse sin que los demás se percataran, como los buenos jugadores que pierden sin demostrar inquietud o despecho. El estar medio muerto no era obstáculo para asistir a una cacería. Se pensaba que era mejor morir en el baile o en el teatro, que en la cama, entre cuatro cirios y mezquinos hombres negros. Se era filósofo, no se fingía la austeridad, se la tenía a veces sin mostrarla. Cuando se era juicioso, era por gusto, sin pedantería no mojigatería. Se gozaba de la vida, y cuando llegaba la hora de perderla, no se trataba de quitarle a los demás el gusto por ésta. Las últimas palabras de mi viejo marido fueron para hacerme prometer que lo sobreviviría largos años y que me haría una vida feliz. Mostrar un corazón tan generoso, era la mejor manera de hacerse llorar…[13].

El señor y la señora Dupin cultivaron juntos las letras y la música. Ambos admiraban a Rousseau y lo recibieron en su casa. Pasaban la mayor parte del año en Châteauroux, donde los llamaban sus deberes oficiales. Habitaban allí el viejo castillo Raoul y vivían con lujo principesco. En música, parásitos y beneficencia se comieron de siete a ocho millones de aquel tiempo. De modo que cuando el señor Dupin murió, en 1788, dejaba un gran desorden tanto en sus negocios con el Estado como en sus asuntos privados. Una vez pagadas todas las deudas, le quedaron a la señora Dupin setenta y cinco mil libras de renta. Que era lo que ella llamaba estar arruinada.

II. La Revolución y el Imperio

Toda revolución divide a los habitantes de un país en tres grupos: los que sólo pueden ser revolucionarios, los que sólo pueden ser hostiles a la revolución y los que están divididos o desgarrados porque, estando ligados a la clase amenazada, tienen quejas contra ella. A este tercer partido pertenecía la señora Dupin de Francueil. Por sus alianzas reales, por su educación y su fortuna, era una aristócrata; pero, afligida de bastardía en dos grados, fue humillada, ofendida, y pensaba que la corte había obrado con ella sin generosidad. Tanto en casa de su madre como en la de su esposo, había frecuentado filósofos y enciclopedistas; veneraba a Voltaire y a Rousseau; odiaba a la camarilla de la reina. Los primeros días de la Revolución le dieron la sensación de una venganza sobre sus enemigos y de un triunfo de sus ideas.

Después de su viudez se había ido a vivir a París, en la calle del Rey de Sicilia, con su hijo Maurice, que cumpliera once años en 1789, y con el preceptor de éste, «el abate» Deschartres. El preceptor, que no se había ordenado nunca, dejó de usar el alzacuello cuando le pareció prudente y volvió a ser el ciudadano Deschartres. Era un curioso personaje, muy instruido, de buena voluntad, pero pedante, purista y engreído hasta la extravagancia. Por añadidura, valiente hasta la temeridad y admirablemente desinteresado. «Tenía todas las grandes cualidades del alma, unidas a un carácter insoportable». Maurice Dupin, naturaleza no menos noble, se apegó afectuosamente a su ridículo y sublime maestro. Maurice era bello como una muchacha, con la belleza fatal de los Koenigsmark; tenía sus ojos de terciopelo, su afición a la música y la poesía, su estilo espontáneo. Madre e hijo se adoraban.

Cuando la revolución de Mirabeau se convirtió en la de Danton, la señora Dupin dejó de aplaudir. Cometió, incluso, la imprudencia de suscribir sesenta y cinco mil libras para un fondo destinado a los príncipes emigrados. Pensando en salir de París, le pareció que el Berry, donde tan dichosa había sido con su esposo, sería un refugio bastante seguro. El 23 de agosto de 1793 compró al conde de Serennes, cuyos bienes no habían sido confiscados, las tierras de Nohant, entre Châteauroux y La Châtre, por doscientas treinta mil libras. Antaño había habido en Nohant un castillo feudal adquirido por «noble hombre Charles de Villalumini, escudero», en el siglo XIV. Ahora sólo quedaba una torre, en la que se arrullaban las palomas. El nuevo castillo era una gran mansión Luis XVI, sencilla y cómoda, levantada «a la linde de la plaza campesina, sin más lujo que el de una casa aldeana». La entrada hacía

frente a la plazuela del burgo, sombreada por olmos centenarios. A aquella provincia, todavía tranquila, iba a retirarse la señora Dupin cuando un golpe imprevisto la puso en grave riesgo.

En París había dejado su apartamiento para alojarse en la calle de Bondy, «esperando hacerse olvidar en la tormenta»[14]. Era allí inquilina del viejo Ammonin, antiguo ayuda de cámara del conde d'Artois. Con la ayuda de este hombre, ocultó «en el tocador, tras una pajarera, en el muro hecho de morrillos revestidos de estuco», su vajilla de plata y sus joyas. El 5 de frimario —25 de noviembre de 1793—, un tal Villard denunció este escondite, prohibido por la ley, al Comité Revolucionario, sección de Bonconseil[15]. Como consecuencia de una requisa, la ciudadana Dupin fue detenida y encarcelada en el Convento de las Agustinas inglesas, convertido en «casa de detención de las inglesas, calle de los Fossés-Saint-Victor». Era un golpe terrible para su hijo y para Deschartres, no solamente por verse separados de ella, sino sobre todo porque podían temerlo todo para ella. Se estaba en pleno Terror, y Deschartres sabía que en el escondite sellado por el Comité de Seguridad Pública se encontraban papeles muy comprometedores, entre ellos el recibo del préstamo otorgado al conde d'Artois. Deschartres tuvo el valor de introducirse de noche, con Maurice, en el apartamiento, romper los sellos y quemar los documentos peligrosos. Acciones de este género borran toda ridiculez. Maurice maduraba rápidamente entre tales acontecimientos. Esta dura adolescencia produjo un hombre «de un candor, de una valentía y de una bondad incomparables».

El ciudadano Deschartres y, especialmente, el joven ciudadano Dupin se esforzaban, no sin éxito, por ganarse a los miembros de la sección de Bonconseil en favor de la prisionera. Y ésta, experta en solicitudes, dirigía al Comité de Seguridad Pública memoriales muy bien hechos:

> Ciudadanos republicanos: no seáis insensibles al dolor de una madre que ha sido arrancada a su hijo, a un niño nutrido por ella, del que no se ha separado hasta ahora y a quien ella misma educa para servicio de la patria… En la época de la fuga vergonzosa del tirano, un ciudadano que habitaba la casa que ocupo me preguntó si no temía por mis alhajas y me propuso, si yo quería confiarle mi vajilla de plata, ponerla en lugar seguro y al abrigo de todo incidente. Se la confié. Desde entonces, me había prohibido a mí misma usarla, para no ostentar un lujo condenable en una época desdichada… La conducta que he observado en todas las circunstancias, desde el primer día de la Revolución, mi buena voluntad para con el bien general, me ponen al abrigo de toda sospecha. Por lo

demás, no tengo pariente próximo o remoto en la emigración. Hace tres años pude trasladarme a un país extranjero con toda mi fortuna, enteramente disponible entonces, pero a mi alma independiente le repugnaba demasiado respirar un aire corrompido por la esclavitud…[16].

Finalmente, llegó Termidor. La ciudadana Dupin salió de la cárcel e incluso obtuvo un certificado de civismo por recomendación de Antoine, su antiguo lacayo, que había sido uno de los vencedores de la Bastilla. En octubre de 1794 pudo establecerse finalmente en Nohant con su hijo. De su gran fortuna, le quedaban sólo quince mil libras de renta.

Cuatro años pasó, con Deschartres, completando la educación de Maurice. ¿Qué carrera elegir para él? El mozo quería la de las armas; ella lo disuadía. A partir del Terror, la señora Dupin se mostraba hostil contra los excesos de la Revolución, si no contra sus principios. No renegaba de Voltaire ni de Rousseau, pero hubiese preferido ver a Maurice al servicio de una monarquía moderada que respetase las posiciones ganadas. En París, Barras era rey; como antes, el hombre honrado iba a pie y el pillo en litera. «Sólo que eran otros pillos».

Esta última reflexión era de Maurice, que, con el escepticismo natural a las épocas posteriores a una crisis, se divertía viendo a los revolucionarios enriquecidos entenderse con los petimetres para conservar sus puestos. En cuanto a él, se consolaba con su violín de no ser uno de los usufructuarios del régimen y brillaba, en La Châtre, en una orquesta de aficionados. En 1798, en íntima amistad con una treintena de muchachos de ambos sexos, los Duvernet, los Latouche, los Papet, los Fleury, representaban comedias, con «un talento espontáneo e irresistible». Pero le pesaba la inacción. En vano le decía su madre que, haciéndose soldado de la República, serviría una mala causa; pensaba que toda causa es buena siempre que se defienda al país, y sabía que su propia madre, más patriota de lo que confesaba, conocía al dedillo las batallas de Jemmapes y Valmy, no menos que las de Fontenoy, Raucoux y Lawfeld. «¿Qué? ¡Irte como soldado raso!», le decía ella. La Tour d'Auvergne, el más valiente soldado de Francia, al que fuera presentado Maurice, dijo al chico: «¿Tendría miedo de hacer una campaña el nieto del mariscal de Sajorna?». «¡Claro que no!». Y se alistó en el ejército.

Era la época en que los franceses creían estar libertando a Europa y ser amados por ella. En Colonia, Maurice Dupin hizo las primeras conquistas y relató sus amores a la madre. Aunque virtuosa, más por falta de temperamento que por principios, era mujer del siglo XVIII y fácilmente

perdonaba todo libertinaje de buen tono. Fiel a las costumbres ancestrales, antes de salir de Nohant había hecho Maurice un hijo a una muchacha del servicio doméstico. La señora Dupin cuidó de este nieto ilegítimo, Hippolyte, que, no habiendo sido reconocido, llevó el apellido de su madre: Châtiron. Se le dio como nodriza a una campesina avecindada en Nohant. La señora Dupin le daba noticias suyas a Maurice: «Nohant, 6 de brumario del año VIII… La *Petite Matson* anda bien. Es monstruoso. Tiene una risa encantadora. Todos los días me ocupo de él; me conoce a maravilla…»[17].

Las cartas de Maurice eran vivas y poéticas. Si iba al teatro y oía una canción que cantara su madre, le escribía: «¡Me sentía cerca de ti, en la calle del Rey de Sicilia, en tu *boudoir* gris perla! ¡Es sorprendente cómo la música nos sumerge en los recuerdos! Es como los olores. Cuando aspiro tus cartas, me parece estar en tu alcoba de Nohant, y me salta el corazón pensando que vas a abrir ese mueble taraceado que huele tan bien…»[18]. La señora Dupin deseaba la paz; su hijo, la guerra, para hacerse oficial: «Portándome bien en cualquier caso que se presente, se puede ser ascendido sobre el campo de batalla. ¡Qué dicha! ¡Qué honor!».

En el año 1800 y en la ciudad de Milán, el ayuda de campo Maurice Dupin —penacho amarillo, faja roja con franjas de oro— encontró en la alcoba de su general a una bellísima chica, risueña y amable, que embellecía el otoño de aquel guerrero. La muchacha se llamaba Antoinette-Sophie-Victoire Delaborde:

> Le doy sus tres nombres de pila porque en el agitado curso de su vida los usó sucesivamente… En su infancia, prefirió el de Antoinette, que era el de la reina de Francia. Durante las conquistas del Imperio, prevaleció naturalmente el de Victoire. Después de casarse con ella, mi padre la llamó siempre Sophie…[19].

Sophie-Victoire Delaborde era hija de un maestro pajarero que, tras de tener un café con billares, vendiera canarios y jilgueros por los muelles de París. Y había tenido la juventud tempestuosa de una muchacha pobre en época de disturbios.

> Mi madre —escribirá más tarde George Sand— era de la raza envilecida y vagabunda de los bohemios de este mundo. Era bailarina, menos que bailarina: comparsa en el último de los teatros del bulevar de París, cuando el amor del rico vino a sacarla de aquella abyección para

hacerla sufrir otras todavía mayores. Mi padre la conoció cuando tenía ya treinta años, y ¡en medio de qué extravíos! Pero él tenía un gran corazón y comprendió que aquella hermosa criatura podría amar todavía…[20].

De un amor anterior, Sophie-Victoire tenía una hija, Caroline, que la acompañaba en el ejército de Italia. Despreciando toda jerarquía, abandonó al general por el teniente, al que cautivó con su apasionada ternura. Con las damas de La Châtre y las canonesas alemanas, Maurice había conocido el amor placer; aquella muchacha audaz y encantadora le reveló el amor romántico. Comunicó su dicha a su madre: «¡Qué dulce es ser amado, tener una buena madre, buenos amigos, una bella amante, un poco de gloria, hermosos caballos y enemigos por combatir!». Se creería oír al Fabrice de Stendhal.

Este amor fue duradero, de parte y parte, lo que inspiró vivas inquietudes a la señora Dupin. No obstante ser discípula de Rousseau, toleraba más fácilmente el cinismo de *Liaisons dangereuses* que la pasión de *La Nouvelle Héloïse*. Frustrada de los placeres por sus virtudes, había concentrado en su hijo un amor celoso y apasionado. Cuando, en 1801, fue Maurice a Nohant, instaló a su amante en la hostería de la Cabeza Negra, en La Châtre. Deschartres, que jamás conociera el amor, no comprendía sus ardores y se empeñó, por devoción a la madre, en desembarazarse de la querida del hijo. Hubo en la hostería violentas escenas. Sophie-Victoire no carecía de orgullo ni de ingenio; maltrató, pues, al entrometido, al que Maurice hubiese apaleado de buena gana de no acordarse de la valerosa lealtad demostrada por Deschartres durante el Terror. Pero la gestión del antiguo preceptor demostraba que la señora Dupin temía un matrimonio en el que, hasta aquel momento, los dos amantes no se atrevieron a pensar, y «como sucede siempre que se provocan los peligros de que nos preocupamos con exceso, la amenaza se convirtió en profecía»[21].

Maurice Dupin a su madre, mayo de 1802: «Dile a Deschartres que, por su estilo de pedante, sus razonamientos de boticario y su moral de eunuco, es digno de servir al señor de Pourceaugnac, en lo moral y en lo físico…»[22]. Después de esta legítima explosión, Maurice cayó en brazos de su madre y luego en los de su preceptor; aquellos tres seres se querían demasiado para querellarse largo tiempo; pero permaneció fiel a su querida. La señora Dupin de Francueil, aunque pretendiese estar por encima de los prejuicios aristocráticos, continuaba sosteniendo que mal ayuntamiento engendra mal

entendimiento. Su hijo, con simple sentido común de soldado, se negaba a ver dónde estaba la desigualdad de condiciones.

> *Maurice Dupin a su madre, pradial, año IX (mayo-junio de 1801)*: Razonemos un poco, mamá. ¿Cómo es posible que mi predilección por tal o cual mujer constituya un agravio para ti y un peligro para mí, por el cual debas inquietarte y verter lágrimas?… Ya no soy un niño y muy bien puedo juzgar a las personas que me inspiran afecto. Admito que ciertas mujeres son, para emplear el vocabulario de Deschartres, *mancebas* y *criaturas*. Ni me gustan ni las busco… Pero jamás serán aplicables esas mezquinas palabras a una mujer de corazón. El amor lo purifica todo. El amor ennoblece a los seres más abyectos, con tanta más razón a los que no tienen otra falta que la desventura de haber sido lanzados al mundo sin apoyo, sin recursos y sin guía. ¿Cómo podría ser culpable una mujer tan abandonada?…[23].

Entre tanto, Francia cambiaba. «Napoleón surgía bajo Bonaparte». Maurice se hallaba en Charleville, con el general Dupont, y estos dos republicanos no querían «al Amo». Dupont decía que nunca se sabía por dónde abordarlo, que tenía momentos de cólera en que era inaccesible. Las carreras se hacían en las antesalas. Se estaba muy lejos de Marengo. «Eso pasa cuando gobierna uno solo… No me educaste para que fuese un cortesano, madre mía, y no sé poner sitio a las puertas de los protectores…». No lo había educado para que fuese un cortesano ni un embaucador; pero hubiese preferido que tuviera ascensos y no fuera tan fiel en el amor. La lógica no era el fuerte de aquella amable mujer.

En 1804, Sophie-Victoire fue a reunirse con el capitán Dupin en el campamento de Boulogne. Estaba encinta y, cuando se sintió próxima a su término, quiso volver a París. Maurice la acompañó, y el 5 de junio de 1804 se casaron en secreto en la alcaldía del II Distrito, para asegurar la legitimidad del hijo. La desposada temblaba de dicha; largo tiempo había deseado esta unión, sin creerla posible. Hasta el último momento había ofrecido renunciar a ella, pues veía que su amante, abrumado de temor y de remordimientos, no se atrevía a anunciar el matrimonio a su madre. Inmediatamente después de la ceremonia, Maurice partió para Nohant «con la esperanza de confesarlo todo». No pudo hacerlo. Apenas había pronunciado las primeras palabras, la señora Dupin rompió a llorar y «con una tierna perfidia» le dijo: «¡Amas a una mujer más que a mí, luego no me amas ya!… ¡Por qué no moriría yo,

como tantas otras, en el 93! ¡Entonces, jamás hubiera tenido una rival en tu corazón!»[24]. Maurice guardó su secreto.

El 1.º de julio de 1804, año primero del Imperio, en París, una noche en que Sophie-Victoire, vestida con un lindo traje color de rosa, había bailado una contradanza al son de un violín de Cremona, en el que Maurice improvisaba a su manera, Sophie se sintió ligeramente enferma y pasó a la habitación vecina. Al cabo de un instante, su hermana Lucie gritó: «¡Ven, ven, Maurice! ¡Tienes una hija!». «Se llamará Aurore —dijo él—, como mi pobre madre, que no está aquí para bendecirla, pero que la bendecirá un día». La tía Lude, mujer de experiencia, anunció: «Nació con música y en rosa: será feliz».

Todo acaba por saberse. La señora Dupin de Francueil se enteró del matrimonio, intentó hacerlo anular y chocó esta vez contra la firme voluntad de su hijo, que, en el mejor estilo de Rousseau, le dijo: «No me reprocho que sea el hombre que hiciste de mí». En cuanto a Sophie-Victoire, no se consideraba casada por no haberlo sido religiosamente. No se consideraba, pues, cómplice de rebelión para con la madre de su esposo y no comprendió por qué estaba irritada con ella «esa orgullosa gran dama». Preciso es confesar que, una vez celebrado el matrimonio, la obstinación de la señora Dupin de Francueil parece vana y cruel; pero, apasionadamente apegada a aquel hijo único para el que esperara una vida tan brillante, no podía soportar la idea de verlo unido a una «buscona» y alojado en un granero. No toleraba que Maurice le hablase de su esposa y se negaba a verla. Fue preciso recurrir a una escena digna de Greuze para ponerle, mediante una superchería, a su nieta en las rodillas. Entonces reconoció los ojos sombríos y dulces de los Koenigsmark. Y se dio por vencida. «¡Pobrecilla, no tiene la culpa! ¿Y quién la trajo?». «Su hijo, señora, que está abajo». Maurice subió a saltos la escalera y besó a su madre llorando. El enternecimiento es una política; permite reconocer un error sin caer en el ridículo.

Algún tiempo después se celebró el matrimonio religioso, al que asistió la señora Dupin. Pero las relaciones entre ella y su nuera continuaron siendo difíciles. Lo mejor que tenía Sophie-Victoire era su orgullo: «Sintiéndose pueblo hasta la raíz de las uñas, se creía más noble que todos los patricios y aristócratas de la tierra»[25]. Nada intrigante, mostraba demasiada reserva para exponerse siquiera a la frialdad de los demás. Sólo era feliz en su casa; y en esto, su marido estaba de acuerdo con ella. «Me legaron —dice Sand— ese

secreto salvajismo que me hizo siempre insoportable la sociedad y necesario el *home*…»[26]. Le legaron también el horror de un mundo cuyos prejuicios habían hecho su desgracia.

III. Las infancias de Aurore

> Para el destete me dejaron en Chaillot, mientras mi madre iba a Italia. Clotilde y yo vivimos en casa de una buena mujer hasta los dos o tres años. El domingo nos llevaban a París en un asno, cada uno en un canasto con las coles y zanahorias que vendían en el mercado…[27].

Clotilde Maréchal, hija de la tía Lucie, era prima hermana de la pequeña Aurore Dupin. Habiéndose negado la familia paterna a recibir a Aurore, ésta sólo conoció hasta los cuatro años a la familia materna, a la que se apegó. Su padre, soldado del Imperio, era para ella una brillante aparición, galoneada de oro, que, entre dos campañas, llegaba a darle un beso. Sólo mucho más tarde, cuando pudo leer las cartas de Maurice Dupin, sintió cuánto lo quería. Entonces se regocijó de descubrir, en aquel padre desaparecido, a un artista, un guerrero y un rebelde que trataba al patriciado de quimera y a la pobreza de lección útil; entonces sintió el orgullo de parecérsele: «Mi ser es un reflejo, amortiguado sin duda, pero bastante completo, del suyo… Si hubiese sido varón y vivido veinte años antes, sé y siento que en todas las cosas hubiera obrado como mi padre».

En cuanto a su madre, Aurore se enamoró literalmente de ella desde su infancia. Sophie-Victoire tenía la palabra viva y la mano pronta, pero su encanto, su alegría y una especie de poesía natural lo compensaban todo. Aunque sin instrucción, poseía «una llave mágica» para abrir el espíritu de su hijita al sentimiento inculto y profundo que tenía de la belleza. «He aquí algo bonito, mira», decía, y, con su gusto de coqueta parisiense, no se equivocaba nunca. Todo el día cocinaba, tejía, cosía en su granero de la Grange-Batelière. Sentaba a Aurore sobre una estufilla apagada, entre cuatro sillas, y le daba a mirar, en libros de imágenes, las figuras de la mitología y las escenas del Evangelio. Se las explicaba ingenua e ingeniosamente; le contaba cuentos de hadas, le hacía recitar fábulas y, a la noche, sus oraciones. No era difícil distraer a la pequeña. Podía permanecer horas enteras sentada sobre su estufilla como sobre un trípode, fijos los ojos, entreabierta la boca, contándose historias a sí misma; o bien escuchando a un vecino que, en

alguna buhardilla próxima, tocaba la flauta. Siempre recordaría con nostalgia esta vida de ternura, de magia y de pobreza.

En 1808, el coronel Dupin era ayudante de campo de Murat en Madrid. Había hecho las paces con Napoleón; continuaba reprochando al emperador que tuviese por los aduladores un gusto indigno de un hombre de su talla; pero, a pesar de todo, lo quería. «No me causa el menor miedo —decía el coronel Dupin—; por eso comprendo que vale más que todos los aires que se da». Sophie-Victoire, celosa hasta la demencia, temía la coquetería de las bellas españolas. Así, pues, aunque estuviese embarazada de ocho meses, decidió ir, con su hija, a reunirse con su esposo. Fue un duro viaje, a través de un país hostil. Aurore sólo conservó el recuerdo del palacio de Godoy, en Madrid, y de un pequeño uniforme de ayuda de campo que le pusieran, para diversión de Murat.

> *Maurice Dupin a su madre, Madrid, 12 de junio de 1808*: Sophie dio a luz esta mañana a un vigoroso varón… Aurore muy bien. Empacaré todo en una calesa que he comprado y tomaremos el camino de Nohant… Esta idea, madrecita, me llena de alegría…**[28]**.

Esperaba una inmensa alegría de la primera reunión, en la casa hogareña, de todos sus afectos. Pero aquel regreso fue difícil. La calesa atravesó campos de batalla cubiertos de cadáveres; los niños sufrían de fiebre y hambre; en sucias hosterías se plagaron de piojos y de sama. Aurore, masa inerte y quemante, sólo recuperó el sentido al entrar al patio de Nohant. La recibió allí la abuela, a la que apenas conocía y de la que miraba con sorpresa el rostro blanco y rosa, la rizada peluca rubia y la pequeña papalina redonda con lazos de encaje. La señora Dupin de Francueil, autoritaria y cordial, envió a su nuera a descansar, se llevó a Aurore a su alcoba y la acostó en su lecho. Este tenía aspecto de carro fúnebre, con penachos en las esquinas y almohadones de encaje. La pequeña, que no viera nunca nada tan bello, se creyó en el paraíso.

La abuela despiojó y limpió a los pequeños; Deschartres, de pantalón corto y medias blancas, vino a examinarlos doctoralmente. Aurore se rehízo pronto, pero el nene murió. Pocos días después, Maurice, que trajera de España un soberbio y fogoso caballo al que llamaban *Leopdrdo*, se mató al caer sobre un montón de piedras, en una salida nocturna de La Châtre. ¡Qué dolor! Y he aquí por el azar traídas a vida común dos mujeres tan diferentes por su naturaleza como por sus costumbres; «la una (la abuela), blanca, rubia,

grave, tranquila y digna, con grandes aires llenos de seguridad y de bondad protectora; la otra (la madre), morena, pálida, ardiente, torpe y tímida ante las gentes de sociedad, pero dispuesta siempre a estallar; celosa, apasionada, colérica y débil, perversa y buena a la vez…»[29].

La abuela miraba a la madre con curiosidad, preguntándose por qué la había amado tanto su hijo. Pronto lo comprendió. Sophie-Victoire era una artista nata, capaz de escribir una linda carta sin ortografía, de cantar justo sin solfeo, de dibujar sin principios; y, también, un hada que sabía emplear sus dedos en cortar trajes exquisitos, modelar sombreros o reparar el clavicordio estropeado. «Se atrevía a todo y acertaba en todo… Pero tenía horror de las cosas que para nada sirven y decía en voz baja que eran diversiones de condesa vieja…»[30]. En la crítica era deslumbrante, con una frivolidad de chiquillo parisiense. No es difícil imaginar cuán divertido encontraba Aurore ese lenguaje «incisivo y pintoresco».

De lejos, madre y abuela no se querían; de cerca, no podían dejar de sentir gusto de estar juntas, pues cada una tenía un poderoso encanto. En caso de conflicto, Aurore se ponía de parte de su madre, a pesar de que ésta le regañase y pegase. A su abuela no le hubiese tolerado la centésima parte de ese rigor. Sentía que las «viejas condesas» de las vecindades desdeñaban a su madre y experimentaba un deseo viril de defenderla. Viendo la desesperación en que sumiera a la joven viuda la muerte de su esposo, la niña trataba de consolarla amándola con locura.

Aurore no tardó en aprender a leer. Ahora vivía en el mundo de Perrault y de la señora d'Aulnoy. Tenía por compañeros de juego a su medio hermano Hippolyte Châtiron, el hijo de la *petite maison*, mocetón rudo, pero divertido, que tenía la pretensión de haber sido perro, en una vida anterior, y que conservaba su brusquedad; y los niños de la aldea: Ursule, Pierrot, Rosette, Sylvain. Con ellos corría libremente por el hermoso parque, formándose ya la apasionada rural que sería toda su vida.

«Adoraba ya —dice—, adoré siempre la poesía de las escenas campestres». Amaba los grandes bueyes de testuz bajo, de lento paso; las carretas de heno, las asambleas aldeanas, las bodas campesinas, las veladas en que el agramador relataba las viejas leyendas. Intervenía en los trabajos de la granja, cuidaba a los corderos, daba de comer a las gallinas. Su madre la estimulaba, jugaba con ella en el jardinillo y construía para ella grutas de conchas y cascadas. La abuela sufría viendo a su nieta adquirir «modales de campesina». Se había apegado a aquella niña cuya inteligencia presentía. Involuntariamente, la llamaba *Maurice* y decía «mi hijo», al hablar de ella. De

este modo, madre y abuela la inducían a lamentar no haber sido varón: Aurore deseaba proteger a su madre; la señora Dupin quería resucitar a su hijo.

Para hacer de su nieta digna heredera de Nohant, la señora Dupin de Francueil deseaba apartarla del «lado pajarero». Aurore sabía que las «viejas condesas» la miraban con ojo crítico. Una de ellas, la señora de Pardaillan, la llamaba siempre «pobrecilla» y le decía: «Sé buena, porque tendrás mucho que perdonar». En tomo suyo se hablaba del porvenir difícil que le preparaba el mal matrimonio de su padre. Su abuela quería hacerla «graciosa en su persona, cuidadosa de sus adornillos, elegante en sus modales».

> Mi abuela pensaba que había una gracia adquirida, una manera de andar, de sentarse, de saludar, de recoger los guantes, de manejar el tenedor, de presentar un objeto; en fin, una mímica completa que se debería enseñar a los niños desde muy temprano, a fin de que la costumbre hiciera de todo ello una segunda naturaleza. Mi madre encontraba todo esto muy ridículo y creo que tenía razón…[31].

El conflicto entre las dos mujeres se extendía a las ideas religiosas. La madre era creyente, con sencillez y calor. Francesa de su tiempo, mezclaba, sin saberlo, una poesía ya romántica a sus sentimientos religiosos. La abuela, mujer del siglo anterior, aceptaba la religión abstracta de los filósofos. Decía tener a «Jesucristo en grande estima»; dispuso que su nieto Hippolyte hiciera la primera comunión, pero con el viejo cura de Saint-Chartier, el buen abate de Montpeyroux, cuya religión era puramente formalista. Aurore, que tenía sed de lo maravilloso, admiraba la fe apasionada de su madre y se entristecía cuando su abuela, en nombre de la razón, se mofaba de los milagros que le eran caros.

> Con igual placer leía los prodigios de la Antigüedad judía y pagana. No hubiese pedido nada mejor que creer en ellos. De cuando en cuando, mi abuela hacía un breve y seco llamamiento a mi razón, de tal manera que nunca podía llegar yo a la fe, pero me vengaba del pequeño pesar que esto me causaba, no queriendo negar nada interiormente…[32].

La separación de las dos señoras Dupin era inevitable. La abuela no quería recibir en su casa a Caroline Delaborde, media hermana de Aurore, nacida antes de los amores con Maurice; la madre se negaba a abandonar a aquella niña que sólo la tenía a ella en el mundo. Para Sophie-Victoire, el problema

difícil de resolver era éste: «¿Será más feliz Aurore en Nohant que conmigo?». A pesar de las súplicas de la pequeña, pensó que no tenía derecho a privarla de una brillante educación y de quince mil libras de renta. Por lo demás, todos los inviernos se verían en París. Para Aurore fue un desgarramiento: «Mi madre y mi abuela se arrancaron los jirones de mi corazón». Su pasión por la madre adquirió la forma dolorosa de un amor contrariado. Se veía entregada a un mundo al que Sophie-Victoire le enseñara a despreciar. Lloró mucho.

No obstante, una vez que partió su madre, gozó en Nohant de completa libertad. Deschartres le enseñó las ciencias naturales y el latín; su abuela hizo de ella una música cumplida y le transmitió su gusto literario. Aurore leyó *La llíada, La Jerusalén libertada*. Escribía, acerca de la vida en los campos, trozos que fueron los primeros signos de su vocación. Pero, como la humanidad, se hallaba ante todo en busca de una religión, y no le enseñaban ninguna. En los libros encontraba a Júpiter y a Jehová, pero ella quería un dios más humano. Aunque hubiese hecho la primera comunión, jamás le hablaban de Cristo. Y ella tenía necesidad de amar, de comprender: «¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué existe Nohant? ¿Por qué existe el mundo? ¿Por qué existen los malos? ¿Por qué existen las viejas condesas?». El hombre proyecta sus interrogantes sobre la pantalla del mundo, que los refleja en forma de mitos. El niño tiene necesidad de sentirse sostenido por una potencia mágica. Aurore se creó, pues, un dios familiar, que era todo dulzura y todo bondad, y al que llamó *Corambé*. Al abrigo de un soto, le levantó un altar de musgos y de conchas, sobre el cual iba, no a sacrificar, sino a libertar pájaros y escarabajos. Sólo que, para libertarlos, era menester aprisionarlos primero, lo que les hacía sufrir. En donde se ve que el corambismo, como todas las religiones, tenía sus misterios.

El Imperio marchaba hacia su ruina: Marie-Aurore de Sajonia no lo lamentaba; pero Sophie-Victoire Delaborde conservaba en Napoleón la fe de los gruñones. Nuevo motivo de conflicto entre las dos mujeres. Cuando su abuela la llevaba a París, Aurore era dichosa viendo de nuevo, en el pequeño apartamiento de su madre, la decoración de su infancia, los jarrones llenos de flores de papel, la estufilla sobre la cual soñara sus primeros sueños. Pero le escatimaban estas visitas y le prohibían jugar con su media hermana Caroline, produciendo, cada vez, nuevas escenas y llantos. «Ten paciencia —le decía su madre—: voy a abrir una tienda de modas; entonces vendrás de nuevo conmigo y me ayudarás». Esta quimera, en la que no creía la propia Sophie-Victoire, entusiasmaba a Aurore, que comenzó a ocultar sus joyitas, a fin de

venderlas un día y escaparse. La camarera de su abuela, la señorita Julie, seca persona que no quería a la niña, descubrió el cándido proyecto. «¿De manera que quieres volver a tu pequeño granero?», le dijo desdeñosamente, y advirtió a la señora Dupin de Francueil, que acababa de sufrir un ligero ataque.

A lo que siguió una escena deplorable. Después de hacer que su nieta se arrodillara al pie de su lecho, la anciana señora le contó su propia vida, la de su hijo y, finalmente, la de su nuera, cuya inmoralidad presente y pasada denunció. Hizo esto sin piedad y sin indulgencia. Para ser equitativa con la madre de Aurore, debió hablar «de las causas de sus desgracias: el aislamiento y la miseria desde los catorce años; la corrupción de los libertinos ricos, que acechan el hambre y mancillan la inocencia; el rigorismo implacable de la opinión». Hubiese debido decir también que Maurice Dupin había sido amado fielmente durante ocho años. Pero la pobre abuela, inspirada a la vez por el odio y por lo que creía su deber, recurrió a las grandes frases: Sophie-Victoire era una «mujer perdida», y Aurore «una niña ciega que quería precipitarse en un abismo».

Esta revelación provocó una crisis violenta. Descuidando sus estudios, Aurore se convirtió en una rebelde. «Hija mía —le dijo su abuela—, has perdido el sentido común… He resuelto, pues, enviarte al convento y vamos a París con ese objeto». Aurore se sintió contenta; esperaba ver de nuevo a su madre en París y cambiar de vida en el convento. Al que ingresó sin nostalgia y sin repugnancia.

IV. El diablo en la sacristía

> Sucede con la fe como con el amor. Se la encuentra en el momento menos pensado.
>
> GEORGE SAND

El convento de las monjas Agustinas inglesas, comunidad británica establecida en París desde la época en que Cromwell perseguía a los católicos, afinó lentamente a la muchachona ardiente y avispada que formaran, en Nohant, la vida rústica y los conflictos familiares. Al pasar por París había visto a su madre. Se había acercado a la «mamita» con sus acostumbrados transportes y el apasionado deseo de encontrarle todas las virtudes que un mundo injusto le negaba. Se encontró con un ser indiferente, cuya vida

rehecha y libre se hallaba en otra parte, y que aprobó su ingreso al convento en términos que hirieron hondamente a la adolescente.

Incidente capital. En los años decisivos de su infancia, Aurore había dedicado a su loca y seductora madre un afecto que nada podrá reemplazar. Más tarde, escribirá: «¡Ay, madre mía!: ¿por qué no me quieres, a mí, que te amo tanto?». Aprenderá, por fuerza, a prescindir de esa madre indiferente y a dejar de consultarla, pero nunca la renegará. Siempre conservará el gusto por su lenguaje un poco vulgar. Si durante toda su vida, Sand se complace en escandalizar a la «Sociedad», si en toda revolución comienza por dar razón al pueblo, es porque recuerda con ternura el granero de Sophie-Victoire. Naturalmente, hallará explicaciones racionales para su conducta, pero el sufrimiento de haberse visto apartada del más grande amor de su vida ocupará el primer lugar en su corazón y determinará por largo tiempo su actitud.

A los catorce años se sentía fatigada de ser «una manzana de discordia» entre los seres a los que hubiese deseado amar por igual. En aquel universo cruel, el convento le pareció un oasis maravilloso. La casa continuaba siendo muy inglesa; las madres pertenecían todas a aquella nacionalidad y Aurore adquirió con ellas la costumbre, que conservó, de hablar en inglés, tomar té e incluso de pensar algunas veces en inglés. Las madres tenían bellos modales, un poco fríos. Su establecimiento era tan apreciado en el *faubourg* Saint-Germain como el Sacré-Cœur y l’Abbaye, y Aurore tuvo allí por condiscípulas a las muchachas más nobles de Francia. Grandes y pequeñas llevaban trajes de sarga amaranto. El convento, que parecía una gran aldea, estaba cubierto de viñas y jazmines; con excepción de los capellanes, el abate de Villèle y el abate de Prémord, jamás veían a un hombre. He aquí las «resoluciones» compuestas para ellas por el abate de Prémord y copiadas por Aurore Dupin:

> Me levantaré todos los días a hora fija… sin conceder al sueño más que el tiempo necesario para mi salud, sin quedarme jamás en la cama por pereza… Me abstendré cuidadosamente de entregarme a vanos sueños, a pensamientos inútiles, y jamás me complaceré en imaginación alguna de la que pudiera ruborizarme si los demás viesen lo que pasa en mi corazón… Evitaré siempre encontrarme a solas con personas del otro sexo; jamás les permitiré la más ligera familiaridad, cualesquiera sean su edad y condición. Si se me hiciese alguna proposición, así fuese con los designios más honorables, avisaré en seguida a mis padres. Procuraré ser dulce e indulgente para con quienes me sirvan, pero jamás les permitiré

familiaridad ni les haré nunca confidencias de mis penas, ni de mis consuelos…[33].

Las recomendaciones relativas a las «personas del otro sexo» eran harto inútiles en lo que concernía a Aurore, que para nada pensaba en los hombres. En el convento había encontrado a las muchachas divididas en tres grupos: las prudentes, piadosas y dulces; los diablos: rebeldes y divertidas; y entre ambas, las tontas: masa inerte y fluida como los moderados en la asamblea. El primer año, «Dupin» fue un diablo, mezclada a todas las locas expediciones por techos y sótanos. Sus amigas la apodaron *Cuadernillo*, porque siempre tomaba notas en una libreta, o *Somebread*, traducción inglesa de *un poco de pan*; en tanto que las religiosas la llamaban *Madcap* o *Mischievous*, porque siempre estaba en falta. Sus compañeras la querían. Al comienzo, la juzgaron apática y silenciosa, «una agua muerta». Tenía sombrías ausencias motivadas por sus reflexiones acerca de su extraña situación familiar. Pero la experiencia demostró que gozaba con la alegría de los demás y que, en los momentos difíciles, era segura y aun heroica. Con ella se podía ir a «buscar la víctima» encerrada en algún subterráneo, que era el gran juego novelesco del convento.

Los diablos cubrían las tapas de cartón de sus libros: el *Spelling Book*, *The Garden of the Soul*, con las iniciales de sus amigas preferidas —ISFA era la palabra mágica de «Dupin» y significaban: Isabelle, Sophie, Fannely, Anna— y con parodias de confesiones:

¡Ay, padrecito Villèle!, muy a menudo me ocurre mancharme de tinta, apagar la bujía con los dedos, indigestarme de zanahorias, como dicen en el gran mundo en que he crecido; he escandalizado a las jóvenes *ladies* de la clase con mi suciedad… Me he dormido durante el catecismo y he roncado en la misa; he dicho que usted es feo… Esta semana he dicho por lo menos quince burradas en francés y treinta en inglés; además, quemé mis zapatos en la estufilla y apesté la clase. Es mi culpa, es mi grandísima culpa…[34].

En la guarda de un libro inglés escribió este texto extraño, infantil y agresivo:

Este respetable e interesante libraco pertenece a mi digna persona: Dupin, llamado también el ilustre marqués de Sainte-Lucy, generalísimo del ejército francés del convento, gran guerrero, hábil capitán, intrépido

soldado coronado de encina y de laurel en los combates, defensor de la oriflama.

Anne de Wismes es una pequeña *nimie*, Isabelle Clifford *is charming*.

¡Abajo los ingleses! ¡Mueran todos los perros ingleses! ¡Viva Francia! Wellington no me gusta.

Interesantes ovejas, queridas mocosuelas, os echo de menos infinitamente y sin embargo estoy encantada de no pertenecer ya a la clase pequeña. Buenas noches.

En las Monjas Inglesas 1818[35].

Este primer año de internado fue para Aurore un año de candor, de valor y de rebelión. Era un diablo «por una especie de desesperación en sus afectos, que la impulsaba a embriagarse con sus propias travesuras»[36]. A menudo, por resentimiento o por despecho, los niños desgraciados son niños terribles. Aurore no era entonces católica ortodoxa ni podía serlo, habiendo sido educada por un preceptor que ahorcara los hábitos y una abuela volteriana. Seguía los ejercicios religiosos por conveniencia y obligación; después de su primera comunión, no había deseado recibir la eucaristía. Creía en Dios y en la vida eterna, pero sin temor, con la idea de que siempre, en el último momento, podría hallarse la gracia y salvarse. Sus mejores sentimientos eran una tierna devoción por sus amigas y un auténtico amor a las artes; tocaba el arpa, dibujaba con gusto y, en su cuadernillo, escribía ora en verso blanco, ora en prosa. Cuando pasó al grupo de las grandes y obtuvo una celda, la describió con talento:

En el primer piso, bajando del cielo, una habitación que no es redonda ni cuadrada, pero en la que se pueden dar seis pasos, siempre que sean cortitos, la vecindad de las goteras y los conciertos gatunos, todas las noches. Mi lecho, sin cortinas, se halla en el lugar más amplio, es decir, junto al muro… Cuando digo *sin cortinas*, hago mal en quejarme, pues no las necesito. El maderamen y el techo en declive se hallan precisamente encima de mi cabeza, de manera que todas las mañanas, al salir de la cama, me rompo la frente… Mi ventana, compuesta de cuatro pequeños cruceros, da sobre una extensión de techos cubiertos de tejas… Se pretende que el papel de mi celda fue amarillo. Pero cualquiera que sea su color, es muy interesante, pues ha sido emborronado en todos sentidos con nombres, máximas, versos, necedades, reflexiones y fechas dejados allí por cuantas habitaron esta celda. La que la ocupe después de mí tendrá con qué

divertirse, pues le dejaré novelas y poemas enteros por descifrar sobre los muros y muy interesantes dibujos, grabados con cuchillo sobre las piedras de mi ventana, por el lado de fuera…[37].

Muchas de las religiosas tenían, entre las pensionistas, una «hija» de la que se ocupaban con cuidado maternal. Al segundo año, Aurore deseó ser adoptada por la mejor, la más amable y la más inteligente de las monjas, la madre Mary-Alida. La madre Alicia era muy bella. Toda su alma generosa se asomaba a los grandes ojos azules, bordeados de negras pestañas, «espejos de pureza». Bajo la pañoleta y el saco, su figura era llena de gracia, su voz deliciosa. Aurore sintió por ella una pasión filial y audazmente fue a pedirle que la adoptara. «¿Tú? —le dijo la madre Alicia—. ¿Tú?, ¿el mayor diablo del convento?». La colegiala insistió: «¿Por qué no ensaya, madre? ¿Quién sabe? Acaso me corrija para darle gusto a usted». La madre Alicia se resignó. Aurore, que en aquella admirable persona buscaba a la madre que en vano esperaba de su propia madre y aun de su abuela, se apegó violenta y dolorosamente a la madre Alicia. Sus amigas la encontraban totalmente cambiada. «*You are low-spirited to-day, Dupin? What is the matter with you?*»[38]. En realidad, necesitaba venerar a un ser, encontrar en él la perfección y rendirle en su corazón un culto asiduo, como a Corambé. Este ser había tomado los rasgos graves y serenos de Mary-Alicia.

Aurore se dio a leer la *Vie des Saints*. El valor y el estoicismo de los mártires respondieron en ella a alguna fibra secreta. En el coro de la capilla del convento había un cuadro del Tiziano que representaba a Cristo en el huerto de los Olivos:

Hojeando la *Vie des Saints*, mis miradas se detuvieron más a menudo sobre el cuadro; era el verano, el sol poniente no lo iluminaba ya a la hora de nuestras oraciones, pero el objeto contemplado no era ya tan necesario a mi vista como a mi pensamiento. Interrogando maquinalmente a aquellas masas grandiosas y confusas, buscaba el sentido de la agonía de Cristo, el secreto de ese dolor voluntario tan agudo, y comencé a presentir en él algo más grande y más profundo que lo que me habían explicado; yo misma me sentía profundamente triste y como llagada por una piedad y un sufrimiento desconocidos…[39].

Otro cuadro, menos bello, mostraba a San Agustín bajo la higuera, con el rayo milagroso sobre el cual estaba escrito el famoso *Tolle, lege*, que el hijo

de Mónica escuchara salir de la hojarasca.

Este *Tolle, lege* decidió a Aurore Dupin a releer el Evangelio, pero el recuerdo de las bromas volterianas la puso a la defensiva: «Permanecí fría leyendo la agonía y la muerte de Jesús». ¿Seguiría, pues, siendo toda su vida un diablo? Tenía quince años; la vaga y grave espera de la muchacha reemplazaba en ella la exuberancia salvaje de la infancia. Tristemente vagaba por los claustros, viendo pasar, como espectros, a «las devotas que furtivamente iban a poner sus almas a los pies de ese Dios de amor y contrición», cuando se le ocurrió observar más de cerca sus actitudes. Entró a la iglesia, cuyo aspecto nocturno la sobrecogió y encantó. La nave se hallaba alumbrada apenas por la lamparilla de plata del santuario. Por un gran crucero, abierto, entraban los perfumes de la madreselva y el jazmín.

> Una estrella, perdida en la inmensidad, estaba como enmarcada por el vitral y parecía mirarme atentamente. Cantaban los pájaros; era una tranquilidad, un encanto, un recogimiento, un misterio de los que nunca había tenido idea… No sé qué conmoción se produjo en todo mi ser; un vértigo pasó ante mis ojos… Creí escuchar una voz que murmuraba a mi oído: «*Tolle, lege*…». Un torrente de lágrimas inundó mi rostro. Sentí que amaba a Dios… Fue como si se hundiese un obstáculo entre ese hogar de infinito ardor y el fuego sofocado en mi alma…[40].

Misticismo, comunicación directa con una voluntad divina que ella encuentra en sí misma, tal será siempre su religión. Trátese de fe o de amor, a la mujer le gusta «acumular, como esclava, en su corazón las ondas de un amor que viene de lo alto»[41]. A partir de aquel día cesó toda resistencia de su espíritu. «Una vez aprisionado el corazón, la razón fue expulsada resueltamente, con una especie de fanática alegría. Lo acepté todo, creí en todo, sin combates, sin sufrimiento, sin pesar, sin falsa vergüenza. Ruborizarnos de lo que se adora, ¡vamos!»[42].

Como era una persona extremada, tomó esta conversión por vocación e hizo el proyecto de ingresar al claustro. Pero, de acuerdo con su carácter, soñó con entrar como hermana conversa, encargada de las más humildes faenas: barrer las salas, curar a los enfermos. Si en Aurore Dupin había los elementos de una santa tanto como los de una pecadora, era una santa casera. «El Señor anda entre las cacerolas», dijo Santa Teresa. «Seré —pensó Aurore— la sirvienta abrumada de fatiga, la barrendera de tumbas, la acarreadora de

inmundicias, todo lo que quieran…, con tal de que sólo tenga a Dios por testigo de mi suplicio y su amor por recompensa…»[43].

Su confesor, el abate de Prémord, viejo jesuita muy juicioso, enseñaba una moral alta y sana. Cuando Aurore fue a buscarlo para una confesión general y una reconciliación con el Cielo, se conmovió, pero no indujo a su joven penitente a un misticismo en que el hombre se confundiría con Dios. El prudente abate no quería que se absorbiesen en el sueño anticipado de un mundo mejor hasta el punto de olvidar el deber de conducirse bien en éste. «Sin él —escribirá Sand a los cincuenta años— creo que a esta hora estaría loca o sería monja de clausura». Pues la devoción de la muchacha se había convertido en pasión. «La identificación completa con la divinidad se hacía sentir en mí como un milagro. Literalmente ardía, como Santa Teresa; no dormía ya, no comía ya, marchaba sin percatarme del movimiento de mi cuerpo…»[44]. El abate Prémord la censuró por consumirse como una lámpara, en un misticismo complaciente, en vez de asumir la carga de la condición humana. «Te estás volviendo triste, sombría y como extática —le decía—. Tus compañeras no te reconocen ya… Ten cuidado; si continúas así, harás odiosa o temible la piedad… Tu abuela escribe que te fanatizamos… Sin darte cuenta, entra mucho orgullo, en forma de humildad, en esa enfermedad del escrúpulo que tienes. Te impongo por penitencia el volver a los juegos y diversiones inocentes de tu edad…»[45].

Aurore obedeció. En sus pensamientos se hizo la calma. Después de seis meses de maceraciones y ensueños, regresó repentinamente a la tierra, improvisó comedias, las representó, reconstruyó de memoria *Le Bourgeois gentilhomme*, que leyera en Nohant, se convirtió en animadora del convento y objeto de un inaudito entusiasmo, tanto de parte de las religiosas como de sus condiscípulas; pero en el fondo de su corazón persistía en su vocación y, sin duda —dirá más tarde—, hubiese tomado el velo si su abuela, muy debilitada, inquieta por la exaltación de su nieta, no la hubiese llamado a Nohant: «Hija mía: es preciso que me apresure a casarte, porque me voy»[46]. La anciana dama hablaba de su muerte, que creía próxima, con una tranquilidad puramente filosófica, pero moriría desesperada —agregaba— si dejase a Aurore sin protección contra la tutela de una madre indigna. Fue preciso, pues, dejar el convento, que se convirtiera para ella en un paraíso.

Volvía al siglo con aprensión, muy decidida a buscar de nuevo el refugio de los claustros en cuanto pudiera hacerlo sin poner en peligro la vida de su abuela. Al convento de las Inglesas debía grandes y felices cambios. La noble cortesía de las religiosas, las lecciones del profesor de trato social, le habían

dado encantadoras maneras que, durante toda su vida, conferirían distinción a sus más extrañas audacias. Había adquirido, sobre todo, el sentido de la seriedad y de la profundidad. Su abuela había adornado antes su espíritu con las gradas del siglo XVIII; Nohant le había enseñado la poesía de la naturaleza; su nueva fe le enseñaba a amar algo distinto a sí misma. «La devoción exaltada tiene sobre el alma que posee el gran efecto de que, al menos, mata radicalmente el amor propio, y si por ciertos aspectos la atonta, la purga también de muchas pequeñeces y de preocupaciones mezquinas…»[47]. Así como ciertos poetas ingleses deben a la lectura constante del Antiguo Testamento la fuerza oriental de sus imágenes, inconscientemente Aurore Dupin trasplantaría a su prosa la grave bondad de la madre Alicia y la sublime sencillez del Evangelio.

V. La heredera de Nohant

Después de la salida del convento, abuela y nieta pasaron algunos días en París. El terror de Aurore era el matrimonio a la fuerza. ¿Irían a presentarle, como a las ingenuas de Molière, un vejestorio, diciéndole: «Hija mía, tienes que decir sí o me darás un golpe mortal»? Pronto se tranquilizó a este respecto. Una vieja amiga de su abuela, la señora de Pontcarré, tenía un «partido» en reserva. Sin mirarlo, Aurore lo encontró feo; la señora de Pontcarré le dijo que era una tontuela y que el pretendiente era apuesto. Pero no se habló más del asunto. Pronto la señorita Julie hizo las maletas para Nohant y Aurore oyó decir a su abuela: «Es tan joven que hay que dejarle un año de tregua».

La muchacha había esperado que, para festejar su regreso, su madre iría a Nohant; la encontró recelosa y dura. «¡De ningún modo! ¡Sólo regresaré a Nohant cuando mi suegra haya muerto!». Imbuida de caridad cristiana, Aurore imploró un perdón mutuo. No lo obtuvo. Humildemente, ofreció entonces quedarse con su madre. Y fue rechazada: «Nos encontraremos más pronto de lo que *se* cree», respondió la terrible Sophie-Victoire. Estas alusiones a la próxima muerte de su abuela eran muy penosas para Aurore. Por su parte, la señora Dupin de Francueil le decía: «Tu madre es tan inculta que ama a sus hijos a la manera de los pájaros… Cuando les salen alas, vuela a otro árbol y los rechaza a picotazos». Santa Aurore se vio impotente ante estos odios y partió para el Berry con su abuela.

Llegaron a Nohant en la primavera de 1820, en la gran carroza azul. Los árboles estaban en flor, cantaban los ruiseñores y se oía a lo lejos la clásica y solemne cantinela de los labriegos. Se emocionó al ver de nuevo la vieja casa, pero pensaba con nostalgia en la campana del convento y en la madre Alicia. En la ventana de su alcoba escribió con lápiz y en inglés una elegía que todavía puede leerse allí:

> *Written at Nohant, upon my window, at the setting of the sun, 1820*. Go, fading sun! Hide thy pale beams behind the distant trees. Nightly Vesperus is coming to announce the close of the day. Evening descends to bring melancholy on the landscape. With thy return, beautiful light, Nature will find again mirth and beauty, but joy will never comfort my soul…**[48]**.

Esta tristeza estaba de moda; en realidad, Aurore gozaba de su independencia, casi total. Después de su ataque, la vieja señora parecía muy disminuida. Todavía asistía a las comidas, erguida y graciosa, con un poco de carmín en las mejillas y diamantes en las orejas, pero se extinguía dulcemente. Aparte algunas explosiones de cólera senil, ya casi no intervenía en la vida de Nohant. La Restauración y la edad la habían hecho un poco menos volteriana. Pero seguía conformándose al filósofo del siglo XVIII y tenía amistosas discusiones con su nieta, que, sin saberlo, era discípula de Chateaubriand.

Aurore oyó con sorpresa a todas sus compañeras de infancia: Fanchon, Ursule Josse, Marie Aucante, llamarla «señorita». Conoció entonces, por primera vez, la soledad de los amos y echó de menos la fraternidad del convento. Hasta su hermano Hippolyte, cuando vino en vacaciones, pareció intimidado ante aquella bonita muchacha, en traje de guinga rosa. Era ahora oficial de intendencia de húsares y enseñó a montar a Aurore de acuerdo con muy simples principios: «Todo se reduce a dos cosas: caerse o no caerse… ¡Tente bien! Agárrate a las crines, si quieres, pero no sueltes las riendas ni te caigas…». Aurore montó a Colette, alta yegua de suaves movimientos que adivinaba todo lo que se quería de ella. Aurore y Colette se hicieron inseparables. Al cabo de ocho días saltaban los setos y los fosos. «El agua muerta» del convento era más temeraria que un húsar.

A una amiga del convento, Émilie de Wismes, hija del prefecto d'Angers, que hiciera ya su entrada en sociedad, le describe Aurore su vida campesina: «¿*Quién puede escribirme*?… He aquí a Émilie toda intrigada. Vamos, querida, reconoce a una compañera de convento…». No decía que el apuesto

caballero de Saumur era su hermano natural, sino que lo convertía en Hippolyte *de* Châtiron, que le enseñaba a montar a la inglesa. Con la señora de Pontcarré y su hija Pauline estudiaba italiano y se dedicaba a la música:

> Siempre hay tres o cuatro partituras abiertas sobre el piano y dúos y romanzas rodando por las sillas. A pesar de todo, pensamos en ti y te echamos de menos para aliviar los dedos de la señora de Pontcarré, que nos acompaña con tanto talento. Hemos representado una comedia: yo era Colin, y Pauline, Lucette. Acopio de sentimientos, que nos daba grandes ganas de reír. En fin, salió muy bien. Bailamos la *bourrée*…**[49]**.

Un tal señor de Lacoux, «hombre *precious* en el campo», les prestaba un arpa y leía con ellas *Gerusalemme liberata*:

> Paso los días tendida en mi sillón, con una labor entre manos, o dibujando, mientras Hippolyte me lee… o bien revuelve y rompe todo en mi cuarto. Después de reprenderlo, acabo haciendo tantas niñerías como él. Mamá gruñe, dice que le rompemos la cabeza, y acaba riendo también… *Addio, cara amica; io ti abbraccio teneramente e ti amo con sincerità…*
>
> *Enero de 1821*: Hippolyte se ha marchado, de manera que estamos absolutamente solas. Acorto la jornada levantándome tarde, me desayuno, hablo con mi abuela algunas veces una hora o dos; vuelvo a mi cuarto, trabajo; toco el arpa o la guitarra; leo, me caliento, escupo a los tizones… Rumio recuerdos en mi cabeza, escribo sobre la ceniza con las pinzas, vuelvo a bajar para la comida y, en tanto que mamá hace su partida con el señor Deschartres, que fue preceptor de mi padre y de Hippolyte sucesivamente, vuelvo a mi cuarto y garabateo algunas ideas en un cuadernillo verde, que está ahora harto lleno…**[50]**.

Sus conversaciones con la abuela se hacían tiernas e íntimas. A pesar de los efectos de la enfermedad, la señora Dupin de Francueil seguía siendo, en sus momentos lúcidos, una mujer superior por su instrucción, su rectitud y su valor en las grandes cosas. En la vida ordinaria se mostraba caprichosa y remilgada, pero Aurore se desentendía de ello. Sus relaciones se habían invertido ahora. La nieta se mostraba maternal e indulgente. La abuela, viendo a Aurore próxima a casarse, se dejaba ir a las confidencias. Aunque había vivido en una época de costumbres fáciles, jamás había tenido un amante:

A menudo confié a las mujeres que me incitaban a tomar un amante el retraimiento que me inspiraban la ingratitud, el egoísmo y la brutalidad de los hombres. Ellas se me reían en las narices cuando hablaba así, asegurándome que no todos eran semejantes a mi viejo marido, y que tenían secretos para hacerse perdonar sus defectos y sus vicios… Yo me sentía humillada de ser mujer, al oír a otras mujeres expresar sentimientos tan groseros…[51].

No tengo la pretensión de haber sido hecha con barro distinto al de las demás criaturas humanas. Ahora que ya no soy de ningún sexo, pienso que entonces era tan mujer como cualquiera otra, pero que faltó al desarrollo de mis facultades el encontrar a un hombre sil que pudiera amar tanto como para echar un poco de poesía sobre los hechos de la vida animal…[52].

Estas frases desengañadas sobre la «vida animal» no reconcilian a la muchacha con la idea del matrimonio. Por las conversaciones entre viejas condesas, comprendía que era una rica heredera, pero no un buen partido para un joven de gran porvenir, a causa de su deplorable madre y de todas las bastardías ambientes. Los hombres que la pedían en matrimonio no eran jóvenes: un general del Imperio, cincuenta años, con un gran sablazo a través del rostro; un barón de Laborde, mariscal de campo, cuarenta años y viudo. Este Laborde hacía que un pariente suyo escribiera a la vizcondesa de Montlevic, vecina de Nohant:

Señora: Me dice usted que tiene, cerca de sus tierras, un excelente partido: la señorita Dupin, destinada a tener, si mal no recuerdo, una renta de veinticinco mil libras… El señor barón de Laborde, mi primo hermano, tiene ahora de ocho a nueve mil libras de renta… Ha dado ya pruebas de buen marido, pues es hombre excelente bajo todo aspecto. Aunque tenga cuarenta años, nada hay en su físico que pueda repeler a una joven… Olvidaba agregar que no tiene hijos de su primer matrimonio…[53].

Esta negociación hubiese asqueado a Aurore. La señora de Montlevic respondió dando el *pedigree* de «su vecinita, vástago de un mal matrimonio, por el nacimiento y la fortuna»:

Aurore, a la que he visto varias veces este año, es una morena de linda figura y agradable rostro; es espiritual y muy instruida; es música: canta, toca el arpa y el piano; dibuja, baila bien, monta a caballo, caza, todo esto

con las maneras de muy buena persona… Se aprecia su fortuna entre dieciocho y veinte mil libras de renta, de las que puede entrar a gozar de un momento a otro…

Este matrimonio no se hizo; ni ningún otro. Aurore Dupin no se hallaba en la situación de la mayoría de las muchachas de su tiempo, que, atormentadas a la vez por el despertar de sus sentidos, la necesidad de escapar a la esclavitud familiar y el temor a la vida, llamaban ardientemente al Príncipe Azul que las libertara, al amo que las dirigiera. Aurore reinaba en Nohant; vivía libre y feliz al lado de su abuela, y aún se creía destinada al claustro. El viejo Deschartres, alcalde ahora de Nohant, la llevaba de cacería y le aconsejaba vestir de hombre para correr la liebre, lo que ella atendió con placer. De blusa o con levita y pantalón se sentía más fuerte; participaba en la virilidad. Aquello, pensaba, le confería un particular prestigio ante sus amigas.

Aurore Dupin a Émilie de Wismes, mayo de 1821: ¡Tú no sales con levitón de hombre, gorra y fusil a la espalda, a recorrer las tierras labrantías para turbar el reposo de una miserable liebre y a menudo para no encontrar nada y regresar de cacería con algunos miserables gorriones, sobre cuya triste suerte vierte sus lágrimas mi camarera…! No has sido aguerrida en el oficio de húsar por Hippolyte que, para tranquilizarte cuando le dices en la lección de equitación que temes al caballo, le da al tuyo un latigazo que, como dice mi abuela, lo obliga a marchar en dos patas…[54].

Deschartres la iniciaba en la administración de la propiedad. Más tarde, por razones políticas, fingió no interesarse por lo que poseía. En realidad, siempre fue una campesina del Berry que, hasta en sus prodigalidades, sabía hacer cuentas. De Byron, otro romántico, se ha dicho que su rasgo dominante era un sólido sentido común. Pasada la edad de las pasiones, se verá que era también una de las características de Aurore Dupin. Siempre deseará reconquistar la independencia masculina que Nohant y Deschartres le hicieron gustar. Siempre conservará también ese buen sentido que da el contacto con las realidades de la tierra y del trabajo. El pensamiento demasiado libre no avanza, a pesar de sus esfuerzos; como el pájaro, necesita la resistencia del ambiente. La acción revela los límites que debe imponerse el espíritu.

Cuando, después de un segundo ataque, la señora Dupin de Francueil no abandonó ya el lecho, Deschartres hizo dejación de todos sus poderes en

manos de la muchacha, exigiéndole que llevase la contabilidad de la casa y tratándola como a persona madura. Era la mejor manera de hacerla madurar. El «gran hombre» —por afectuosa ironía lo llamaba así— era el boticario y el médico de la aldea; incluso hacía cirugía. Quiso que Aurore aprendiese a ayudarlo. Se acostumbró, pues, la muchacha a la vista de la sangre y al espectáculo del dolor. Su piedad se hizo eficaz. Ya nunca experimentaría repugnancia por los cuerpos; siempre hablará de ellos libremente, valerosamente, profesionalmente. Más tarde, sus amantes le reprocharán su falta de pudor; la tranquilidad de la enfermera desconcierta y decepciona al libertino.

Además de Deschartres, veía a algunos jóvenes de La Châtre. A menudo galopaba hasta la pequeña ciudad, cuyas calles estrechas «serpentean entre desiguales caballetes invadidos por el musgo». Casas bajas de claveteados portones, palacetes con verjas de hierro forjado: allí encontraba a los hijos de los amigos de su padre: Charles Duvemet, el gigante Fleury, el pequeño Gustave Papet, más joven que ella. Vio, sobre todo, a un muchacho que proyectaba ser médico: Stéphane Ajasson de Grandsagne. Era bello, un poco a la manera de los señores ardidos de fiebre que pintara el Greco; de noble y muy antigua familia, pero pobre, pues teniendo nueve hermanos y hermanas sólo heredaría una ínfima parte del patrimonio ancestral. Deschartres, que se interesaba por este gentilhombre estudiante, lo presentó a Aurore, sugiriéndole a la muchacha tomase dase de anatomía y osteología con Grandsagne.

Colgó, pues, Aurore un esqueleto en su alcoba, a la que alegremente vino el mozo a dar lecciones a aquella encantadora muchacha, que poseía una profusa cabellera negra, ojos de andaluza, «un color de tabaco de España» y la figura más ágil. Naturalmente, no tardó el profesor en enamorarse; ella lo contuvo, diciéndole que espíritus como los suyos se ocupaban de «Malebranche y consortes», no de sosas galanterías. En verdad, gustosamente se habría casado con él, pero sabía que ni el conde de Grandsagne ni la señora Dupin de Francueil lo permitirían; por orgullo de casta y horror a una alianza con la hija de Sophie-Victoire, el uno; la otra, porque Stéphane no tenía fortuna y pasaba por ser un «espíritu extraviado». Aurore era menor de edad y debía tener en cuenta la oposición familiar. Pronto, Stéphane sólo le escribió ya «con una sinceridad fría y cortante». Ella continuaba usando trajes masculinos, lo que daba lugar a divertidas equivocaciones. Cuando se detenía ante un viejo castillo gótico para dibujarlo, a veces salía de él una doncella que ponía los ojos tiernos al «joven señor». *Aurore Dupin a Émilie de*

Wismes, julio de 1821: «Ella me miraba con ciertos ojos entrecerrados, en tanto que, adoptando un aire galante, yo me mataba haciéndole reverencias a las que era muy sensible…»[55].

Cabalgatas nocturnas; gorra, blusa azul y pantalón de hombre; fragmentos de esqueleto sobre los muebles; esta conducta novelesca escandalizaba al Berry, de ideas sanas. Habiendo dado oído a las murmuraciones, el cura de La Châtre, confesor de Aurore, la interrogó: «¿No tenía un amor naciente?». Habituada a la fina delicadeza del abate Prémord, que, por principio, no hacía nunca preguntas, Aurore sintió herido su orgullo y se retiró del confesonario. La opinión de La Châtre le era indiferente. «Aullaron las bestias», fue su único comentario. Su madre, que acogiera tales chismes en París, le hizo severas observaciones. Le respondió con una carta que prueba un genio natural de escritor, por la admirable fuerza y moderación con que está dicho todo en ella.

> *Aurore a Sophie-Victoire Dupin, 18 de noviembre de 1821*: Con tanta atención como respeto he leído la carta que tuvo usted la bondad de escribirme, y no me permitiría hacer la menor objeción a sus reproches si no me ordenase usted hacerlo prestamente… Dice usted, madre mía, que el señor Deschartres es muy censurable por dejarme entregada a mí misma; me tomaré ante todo la libertad de hacer observar a usted que el señor Deschartres no tiene ni puede tener autoridad alguna sobre mí, y que no tiene con respecto a mí derecho distinto al de los consejos de la amistad… El señor de Grandsagne le ha dicho a usted que tengo belicoso el carácter; para dar fe a semejante testimonio, ha tenido que creer usted, querida madre, que el señor de Grandsagne conocía a fondo mi carácter, y no creo estar lo suficiente *íntimamente vinculada* para que pueda saber cuáles son mis cualidades y mis defectos… Le ha dicho a usted verdad al contarle que me daba lecciones en mi alcoba: ¿dónde quiere usted que reciba yo a las personas que me visitan? Me parece que a mi abuela la importunarían mucho en sus sufrimientos o en su sueño… Y para pasearme, ¿querría usted que saliese del brazo de mi camarera o de una criada? Ello sería, aparentemente, para impedirme caer: las andaderas me eran necesarias en la infancia, pero ahora tengo diecisiete años, y sé andar…[56].

Todavía quería a su madre, pero ya sólo le tenía un respeto formal.

A pesar de esa firmeza de tono, a veces se sentía desamparada. No tenía un confesor que la guiase, pues no podía dirigirse al buen cura de Saint-Chartier, el viejo abate de Montpeyroux: «Era demasiado íntima, demasiado

familiar con él». Todos los domingos almorzaba en casa del cura, entre misa y vísperas; el abate la llevaba en ancas a Noharit, en donde comía y pasaba la velada. «Aurore es una niña a la que siempre quise», decía. Y ella, por su parte, aseguraba: «Si tuviese sesenta años menos y yo me lo propusiese, lo haría bailar»[57]. Un viejo amigo al que se domina no puede ser un director espiritual. Debía, pues, buscar a solas su verdad, junto al lecho de su abuela paralizada. Deschartres, «contradicción de pies a cabeza, gran cultura y ausencia de sentido común»[58], la decepcionaba. El abate Prémord se hallaba lejos. En el convento, la *Imitation* había sido su libro de cabecera, pero la *Imitation* «es el libro del claustro, mortal para quien no ha roto con la sociedad humana». Y la joven castellana de Nohant se encontraba vigorosamente mezclada al siglo. Tenía deberes de estado; curaba abscesos y machacaba drogas; con el guapo Ajasson de Grandsagne, descubría las ciencias. Buscó un cristianismo adaptado a la vida de su tiempo y descubrió a Chateaubriad. Gracias al *Génie du Christianisme* sintió cómo su devoción se redoraba con todo el prestigio de la poesía románica.

¿Gerson? ¿Chateaubriand? ¿Había, pues, dos verdades contradictorias en el seno de la Iglesia? Y otro tema de duda y de angustia: su abuela estaba en peligro de muerte. ¿Debía decírselo, debía intentar convertirla, o sería mejor dejarla morir en paz? Aurore escribió al abate Prémord, que aconsejó el silencio: «Decirle a tu abuela que está en peligro es matarla… Bien inspirada estuviste callándote y pidiendo a Dios que la asista directamente. Nunca vaciles cuando tu corazón te aconseje. *El corazón no puede engañar…*»[59]. Sand subraya esta frase, que por largo tiempo iba a servirle de moral. «Lee a los poetas —le escribía también el tolerante jesuita—, todos son religiosos. No le temas a los filósofos; todos son impotentes contra la fe»[60]. Tranquilizada, ordenó a su alma impaciente: «¡Adelante! ¡Adelante!».

Fueron entonces grandes cabalgatas a través de las ideas. A las diez de la noche subía a su cuarto y leía a menudo hasta las tres. Las contradicciones que dividen a los grandes espíritus la atormentaban y «trataba de poner de acuerdo esas luces de diversos colores que volteaban en tomo suyo, como ondeaban en su alcoba las llamas del hogar y los reflejos de la luna… Embriagada de devoción poética, había creído en un principio que refutaría fácilmente a los filósofos; pero comenzaba a amarlos y a ver a Dios más grande de lo que nunca le pareciera hasta entonces»[61]. Chateaubriand, en vez de confirmarla, como lo esperara ella, en su catolicismo, había abierto «el abismo del examen». Releyendo, después del *Génie du Christianisme*, la *Imitation* en el ejemplar que le diera la madre Mary-Alida y en cuya guarda

aquella mano querida, venerada, había escrito el nombre de Aurore Dupin, quedó espantada. O bien Gerson decía la verdad y ella debía renunciar a la naturaleza, a la familia, a la razón; o bien, entre el Cielo y la tierra era necesario escoger la tierra. A lo que respondía Chateaubriand: «En las bellezas de la tierra, la naturaleza y el amor es donde hallaréis los elementos de fuerza y de vida para glorificar a Dios…». Gerson aconsejaba: «Seamos barro y polvo»; Chateaubriand: «Seamos llama y luz». La *Imitation* prohibía todo examen; el *Génie du Christianisme* ordenaba examinarlo todo.

> Me hallaba en grandes perplejidades. Al galope de Colette, toda yo era Chateaubriand; a la luz de mi lámpara, toda Gerson, y me reprochaba, a la noche, mis pensamientos de la mañana…[62].

El Chateaubriand que apelaba, en socorro del cristianismo, a «los sortilegios del espíritu y los intereses del corazón», triunfó. Aurore estudió luego a Mably, Locke, Condillac, Montesquieu, Bacon, Bossuet, Aristóteles, Leibniz, Pascal, Montaigne y los poetas: Dante, Virgilio, Shakespeare. Todo ello desordenadamente. Leibniz le pareció el más grande de todos, porque no lo entendía. ¿Qué le importaban las mónadas, la armonía preestablecida y tantas otras sutilezas? La reforzaba en su fe el ver cómo ese espíritu sublime se volcaba también a la adoración de la sabiduría divina: «Esforzarse por amar a Dios comprendiéndolo, y esforzarse por comprenderlo amándolo: esforzarse en creer lo que no se comprende, pero esforzarse por comprender para creer mejor, he ahí todo Leibniz…»[63]. A Deschartres, que le daba lecciones de filosofía, le tiraba el libro a la cabeza: «¡Esto me mata, gran hombre! Es demasiado largo. Estoy urgida de amar a Dios».

¿Sed de conocer? Sí, pero ante todo necesidad de amar. En aquel momento encontró a Rousseau: el *Émile*, la profesión de fe del vicario saboyano. Fue una iluminación; allí estaba el alimento que le convenía. Aquel lenguaje se apoderó de ella como una música soberbia: «Lo comparaba a Mozart; ¡lo comprendía todo!». Tenía en común con Rousseau la ternura, el deseo de sinceridad, el amor a la naturaleza. Él le enseñó que es preciso vivir conforme a esa naturaleza, obedecer a las pasiones y, en particular, al amor. De Rousseau aprendió a mezclar el vocabulario de la virtud a las incitaciones del corazón. Leibniz y Rousseau, el arduo filósofo y el compañero amado, fueron siempre sus maestros. Para comprenderla bien, es menester agregar a un tercero y anotar que, desde aquel tiempo, leía mucho a Franklin. Es

notable que el aspecto un tanto gazmoño de esa sabiduría práctica, lejos de chocarle, le complacía.

¿Era todavía católica? Más tarde, al escribir la historia de su vida, responderá: «No lo creo». Es la defensa de la mujer madura que, habiendo roto con la Iglesia, quiere persuadirse de que, no obstante, sigue siendo fiel a su juventud. En 1821 Aurore rendía pleitesía a la madre Alicia y al abate de Prémord. No obstante, creía encontrar en Rousseau el verdadero cristianismo, que exige la igualdad y la fraternidad absolutas. Amar y sacrificarse, tal le parecía ser la lección de Jesucristo. Creía en Dios; creía en la inmortalidad del alma, en la Providencia y, sobre todo, en el amor. Pero, sin saberlo muy claramente, era inmanentista. No creía ya en un Dios personal, trascendente, que asistiera desde el exterior a las luchas de la humanidad: «Prefiero creer que Dios no existe a creerlo indiferente»[64]. Algunas veces, esta atormentada se volvía atea durante veinticuatro horas; pero ello no duraba más porque en todas las cosas sentía la presencia divina:

> Si todo es divino, incluso la materia; si todo es sobrehumano, incluso el hombre, Dios está en todo, lo veo y lo toco; lo siento único, puesto que lo amo, puesto que lo he conocido y sentido siempre, puesto que está en mí en grado proporcionado a lo poco que soy. Por eso no soy Dios, pero vengo de él y a él debo tornar…[65].

Regresaba, en suma, como el día del *Tolle*, *lege*, a la fe en una alianza sobrehumana entre su alma y Dios. Rousseau la encantaba porque suministraba «un alimento inagotable a esa emoción interior, a ese constante transporte divino».

Tratemos de imaginar a aquella muchacha ardiente y soñadora, viril y mística, cuando galopa a través de las praderas, fascinada por la sucesión de los paisajes, por los rebaños que le salen al encuentro, por el dulce ruido del agua que chapotea bajo los cascos de los caballos; o, a la noche, en su alcoba cuando, tras de encender un leño —pues es friolenta—, mira por la ventana los grandes pinos inmóviles y la luna, casi en su plenitud, que brilla en el claro cielo. Es una persona muy notable, poeta sin saberlo, filósofa porque lo desea, «atormentada por las cosas divinas», ávida de heroísmo y sacrificio. Oculta unos papeles bajo la almohada, pues comienza a escribir. Un retrato del *Juste*, por ejemplo: «El Justo no tiene sexo moral: es hombre o mujer, conforme a la voluntad de Dios; pero su código es siempre el mismo; así sea

general de un ejército o madre de familia…»[66]. Observemos el deseo de igualdad entre los sexos.

> El Justo no tiene fortuna, ni casa, ni esclavos. Sus servidores son sus amigos, si son dignos de serlo. Su techo pertenece al vagabundo, su bolsa y su vestido a todos los pobres, su tiempo y sus luces a cuantos los reclamen… El Justo es sincero ante todo, y es esto lo que exige de él una fuerza sublime, ya que el mundo sólo es mentira, engaño y vanidad, traición o prejuicio…[67].

Decía también: «El Justo tiene orgullo, pero no vanidad». Todo esto formaba un retrato bastante exacto de lo que *ella* quería ser. ¿Orgullosa? Sin duda. Se sentía fuerte, despreciaba la opinión de la muchedumbre, jubilosamente encontraba en su corazón el desprecio de su padre por los convencionalismos y en su espíritu la firme inteligencia de su abuela. Deschartres le predicaba la prudencia y le recordaba las sagradas palabras: *¡Ay del hombre por el cual viene el escándalo!* En vano. Lo que el mundo llama escándalo —decía ella— no es lo que Cristo hubiese llamado escándalo. ¿Prudencia? «Siendo el único juez la conciencia íntima, me creo en completa libertad de faltar a la prudencia, si es que me gusta soportar toda la censura y todas las persecuciones que acarrean los deberes peligrosos y difíciles…»[68]. Criada como un muchacho, tenía ambiciones de hombre; educada como cristiana, tenía la esperanza de llegar al estado de hombre *justo*.

> Esta singular declaración de mis *derechos del hombre*, como la llamé entonces con espíritu de colegiala; está inocente mezcla de herejías y trivialidades religiosas, encierra de todos modos un orden de ideas preconcebidas, un plan de vida, una selección de resoluciones, la tendencia a un carácter religiosamente escogido y abrazado. Aproximadamente, te explicarán lo que eran las ilusiones de mi adolescencia y, en mitad de sentimientos recién dictados por el Evangelio, una especie de rebelde restricción dictada por el orgullo naciente, por la obstinación innata; un vago sueño de grandeza humana, mezclado a una más seria ambición cristiana…[69].

VI. Una muchacha descubre el mundo

La sorprendente libertad de Aurore Dupin, tan anormal para una «joven persona» de 1821 y fuente de semejante confianza en sí misma, dependía de condiciones inestables. Aurore se hallaba bajo la autoridad de su abuela, y su abuela no tenía ya autoridad; Aurore sólo dependía de Deschartres, y el buen hombre andaba loco por ella. Desgraciadamente, al finalizar el año, se agravó el estado de la señora Dupin de Francueil. Había perdido la memoria; dormitaba siempre y no dormía nunca. Aurore la velaba cada tercera noche, leyendo *René y Lora*. Lo que le daba una disposición melancólica. Tan pronto pensaba en el suicidio como en el claustro, pero nunca en el matrimonio. Stéphane, único mozo que la hubiera interesado, caía en el ateísmo y el materialismo. «Esto abría un abismo entre nosotros». Se recordará que el abate Prémord la había disuadido de presionar a su abuela para que ésta cumpliese sus deberes religiosos:

> Reza siempre, espera y, cualquiera que sea el fin de tu pobre abuela, cuenta con la sabiduría y la misericordia infinitas. Todo tu deber para con ella es continuar rodeándola de los más tiernos cuidados. Viendo tu amor, tu modestia y, si puedo decirlo así, la *discreción* de tu fe, acaso ella quiera, para recompensarte, responde: a tu secreto deseo y hacer acto de fe por sí misma…[70].

Lo que el amable y prudente director esperaba se realizó. El arzobispo de Arles, pariente de la familia —por ser hijo natural del abuelo Dupin y de la señora d'Epinay—, agradeciendo a la moribunda las bondades que tuviera antaño con este bastardo de su esposo, vino a visitarla para salvar su alma: «Bien sé que esto la hace reír —le dijo—. Usted no cree que vaya a condenarse por no hacer lo que le pido; pero lo creo yo, y usted puede hacerme esa gracia».

Con gran sorpresa de su nieta, la anciana accedió: «Creo que, en efecto, voy a morir, y adivino tus escrúpulos. Sé que si muero sin hacer las paces con esas gentes o te lo reprocharás tú, o te lo reprocharán ellas. No quiero poner a tu corazón en lucha con tu conciencia ni dejarte en lucha con tus amigos. Tengo la convicción de que no incurro en cobardía ni en mentira, al adherir a prácticas que, a la hora de dejar a quienes se ama, no son de mal ejemplo. Tranquiliza tu espíritu; sé lo que hago»[71]. Hizo llamar al anciano y buen cura de Saint-Chartier y quiso que Aurore presenciara su confesión, que fue noble y franca. En su jerga campesina, el viejo abate le dijo: «Querida hermana, todos seremos perdonados, porque el buen Dios nos ama y sabe que

cuando nos arrepentimos es porque lo amamos». El arzobispo, los criados y todos los trabajadores de la granja asistieron al viático.

Murió el día de Navidad de 1821. Sus últimas palabras fueron para Aurore: «Pierdes a tu mejor amiga». En su lecho de muerte, fresca y rosada, cubierta la cabeza con su papalina de encaje, parecía muy bella, sublime de serenidad, de autoridad soberana y más que nunca hija del mariscal de Sajorna. Deschartres, cuyo dolor causaba pena, tuvo una idea novelesca y macabra. Habiendo tenido que preparar el panteón familiar para recibir un nuevo ataúd, abrió el del padre de Aurore y se empeñó en llevar a la muchacha, en aquella yerta noche, hasta el pequeño cementerio privado, bajo los árboles del parque. La cabeza de Maurice Dupin se había separado del esqueleto. Deschartres la levantó e hizo que Aurore, suficientemente conmovida y exaltada para encontrar aquello natural, la besara.

«Pierdes a tu mejor amiga», había dicho la abuela. Perdía también su única línea de defensa contra la malignidad y la codicia. Una muchacha de diecisiete años, dueña de una gran fortuna —pues poesía en París el hotel de Narbonne, en Berry la tierra de Nohant y, por añadidura, algunas rentas—, podía tentar a los pretendientes. Muy juiciosamente, su abuela habíale designado como tutor al conde René de Villeneuve, nieto de su propio marido[72]; Aurore viviría con él en Chenonceaux; sería presentada por la señora de Villeneuve, con su hija Emma —futura condesa de la Roche-Aymon—, a una sociedad respetable; seguiría, pues, viviendo en el campo la que decía: «No, ya no podría vivir en la ciudad. Me moriría de tedio. Amo apasionadamente mi soledad…»[73]. El proyecto fue aceptado por los Villeneuve, con la única condición de que su joven parienta rompiese totalmente con «el horrendo círculo» de su madre y olvidase que su padre había hecho «un matrimonio de guarnición». El señor de Villeneuve, que se trasladó inmediatamente a Nohant, encantó a Aurore; era amable, alegre y sabía de memoria millares de versos; ella se regocijó de tenerlo por tutor.

Pero no había contado con la violencia de Sophie-Victoire, que, al saber la muerte de su suegra, se había puesto en camino con su hermana, la tía Lude Maréchal. ¡Por fin volvía a abrírsele Nohant! Aurore la recibió con ternura y las primeras caricias fueron exuberantes. Los malos recuerdos privaron luego y la señora de Maurice Dupin exhaló todo su odio contra la muerta. Indecentes insultos consternaron a su hija, que, aferrada a sus resoluciones de santidad, sólo calma y respeto opuso a aquel torrente. «Te equivocas de táctica —le dijo su tía—. Tienes que gritar y vociferar como ella». Pero los principios de Aurore se oponían a ello. La apertura del testamento llevó a su

colmo la cólera de aquella furia otoñal. Aseguró que era ella la tutora natural y legal de su hija y que jamás renunciaría a ese derecho.

Aurore se sometió sin un murmullo. No porque sintiese todavía la antigua pasión por su madre: tanto odio la horrorizaba; pero obedecía por deber. Esperaba, al menos, que Sophie-Victoire la llevase de nuevo al convento de las Inglesas o la dejara en Nohant; pero fue llevada a París. Previamente, había dado a Deschartres el *quitus* de su gestión, a pesar de que el pobre «gran hombre», pésimo administrador, tuviese un alcance de dieciocho mil francos en sus cuentas. Ante la feroz indignación de su madre y tutora, Aurore juró que había recibido aquella suma, pensando que Dios le perdonaría esta mentira.

En París, los Villeneuve la abandonaron. Persuadidos de pertenecer a un mundo distinto al de «la aventurera», no querían soportar sus injurias ni compartir a Aurore con ella. Su indiferencia la hizo llorar, pues había comenzado a amarlos. Pero ¿podía acaso «pisotear el respeto filial», dando a creer con ello que reconocía «castas y una desigualdad original»? Esta actitud generosa la entregaba sin protección a la tiranía de su madre. Y ésta, en plena menopausia, estaba medio loca, delirante, acosada de recelos. No podía resignarse a la vejez y buscaba emociones violentas. Juraba «quebrantar la socarronería» de su hija, le arrancaba los libros de las manos, la acusaba de viciosa y extraviada. Cuando se hallaba de buen humor, recuperaba su poder de seducción; pero estas treguas eran escasas. «Es verdad —decía entonces— que cuando me lo propongo hago rabiar a todo el mundo… No sé hacer otra cosa… Mi cabeza trabaja demasiado».

En la primavera de 1822 se agrió hasta la enajenación. Quiso obligar a Aurore a contraer un matrimonio cuya sola idea le era odiosa.

> *Diario de Aurore*: Conservé hasta el final mi sangre fría y mi superioridad. Mi rostro se había marchitado, mi salud estaba destruida…, pero mi voluntad subsistía siempre, firme como un muro de acero… Desde hacía mucho tiempo me amenazaban con el cautiverio. Yo me contentaba con responder: «¡No tendrás tan mal corazón!». Trataron de espantarme llevándome hasta el umbral de la prisión… Unas religiosas vinieron a abrir una verja y, después de atravesar los recodos estrechos y oscuros de un claustro, abrieron la puerta de una celda que bien podría comparar a la de *La Chartreuse*, de Gresset:
>
> «Pediste que te llevasen al convento», me dijeron entonces. «Esperabas que, al regresar a aquel en que te educaron y en el que recibiste todos tus malos principios, gozarías de mayor libertad. Sabemos muy bien que te

hubieran recibido allí. Hubieran disimulado todos tus defectos, excusado todas tus gestiones y ocultado tu conducta. Aquí estarás mucho mejor. La comunidad está prevenida acerca de ti y puesta en guardia contra tus bellos discursos. Prepárate a pasar en esta celda los tres años y medio de minoría que aún te faltan. No esperes implorar el socorro de las leyes. Nadie oirá tus quejas, y ni tus defensores ni tú misma sabrán el nombre ni el lugar de tu retiro…».

Luego, sea que se reprochasen una acción tan despótica, o que temieran la venganza de las leyes, o que sólo se tuviese la intención de asustarme, renunciaron a este proyecto…[74].

¡Qué lección para la cándida muchacha que se creyera tan fuerte y poderosa en los tiempos en que reinaba en Nohant! Ahora descubría que una menor es, literalmente, una esclava. Estaba enferma; su estómago, contraído por cóleras mudas, rechazaba todo alimento; esperaba morir de inanición. Felizmente, Sophie-Victoire se cansó de aquella lucha. En abril de 1822 llevó a Aurore por unos días a casa de un ex coronel de cazadores, antiguo compañero de armas de Maurice Dupin, que se llamaba James Roettiers du Plessis.

James y Angele Roettiers du Plessis —cuarenta y veintisiete años— habitaban las tierras de du Flessis, cerca de Melun. Ambos eran buenos y francos. Educaban cinco hijos en un parque muy vasto en el que Aurore, que no podía prescindir de flores y boscajes, encontró de nuevo, si no la poesía de Nohant, al menos una bella vegetación y el espectáculo de las faenas campesinas. Al cabo de un día, Sophie-Victoire se aburrió y decidió partir. Cambiaba de residencia como de color de los cabellos. La señora du Piessis, observando la tristeza que le producía a Aurore el regreso a París, propuso que la dejaran allí por una semana. La madre aceptó, acaso con la secreta esperanza de comprometer a aquella hija inflexible: había visto que numerosos oficiales iban a Plessis y que la vida parecía allí muy libre.

Los du Plessis le tomaron afecto a Aurore; se había convertido en la amiga de sus hijos y en la alegría de la casa; su madre parecía haberla olvidado por completo. La tuvieron allí varios meses, la vistieron —pues no tenía ya qué ponerse— y la trataron como a propia hija. Ella adoraba a su «papá James» y a su mamá «*Angel*». El aire de los campos le había devuelto el apetito. El espectáculo de aquella familia feliz la había reconciliado con la idea del matrimonio. Otra razón había para que sintiese la necesidad de un protector. Como hemos dicho, en Plessis vivía mucha gente joven, muchos

militares, a los que su madre no había dejado de describirla «como una joven original, inconsecuente, por no decir más». Esto había provocado la importuna audacia de aquellos hombres. «La señora *Angel*, buena y generosa, no era lo suficientemente reflexiva como para ponerme al abrigo de los peligros que me rodeaban…»[75]. La propia Aurore, viva, ligera, aturdida, parecía estimular los avances que, por el contrario, la exasperaban.

Tristemente meditaba sobre la difícil posición de una mujer que no tiene en el mundo ningún hombre que la defienda, cuando una noche, en París, mientras tomaba un helado con los du Plessis en la terraza del café Tortoni, dijo Angèle a su marido: «¡Mira: ahí está Casimir!». Un joven esbelto, bastante elegante, de rostro alegre y modales militares, se acercó a darles la mano y responder a las apremiantes preguntas que le hacían sobre su padre, el coronel barón Dudevant, muy querido y respetado por la familia. En voz baja preguntó el joven quién era la muchacha y recordó que su padre había sido amigo del coronel Dupin. Aurore, por su parte, se informó acerca del mozo. Era hijo natural, reconocido, de un barón del Imperio y de una sirvienta, Augustine Soulés. Su familia poseía de setenta a ochenta mil libras de renta y unas tierras en Guillery, Gascuña. Pocos días después, Casimir Dudevant fue a Plessis y, como buen camarada, se mezcló en los juegos infantiles. Pareció interesarse particularmente por la situación de Aurore y le dio útiles consejos.

> Fuiste este protector bueno, honesto, desinteresado, que no me habló de amor, que no pensó en mi fortuna y que, mediante juiciosos consejos, trató de advertirme los peligros que me amenazaban. Te agradecí esa amistad y pronto te miré como a un hermano; me paseaba y pasaba horas enteras contigo; juntos jugábamos como niños, y jamás pensamiento alguno de amor o de unión turbó nuestras inocentes relaciones. En esa época escribí a mi hermano: «Tengo aquí un camarada al que quiero mucho, con quien salto y río como contigo». Tú sabes cómo nuestros comunes amigos nos metieron en la cabeza el casarnos. Entre los pretendientes que me ofrecían, P… me era insoportable; C…, odioso; muchos otros eran más ricos que tú. Tú eras bueno, y éste era el único mérito real a mis ojos. Viéndote todos los días, te conocí cada vez mejor; aprecié todas tus buenas cualidades, y nadie te mimó más tiernamente que yo…[76].

Tenía sinceridad. En su cuadernillo verde anotaba: «Inaudita felicidad» y «alegría inexpresable». ¡Era tan dulce tener por fin un amigo seguro! No lo encontraba hermoso; Casimir tenía la nariz un poco larga; pero pasaba con

placer horas enteras con él. Como toda muchacha que se siente aislada, sin defensa, caía «en el espejo de la virilidad». El nuevo pretendiente le gustó más cuando le pidió su mano a ella misma, antes de ninguna gestión oficial de los padres. Además, creía estar segura de que no se casaba con ella por su dinero. Un día, él sería más rico que ella. En realidad, la situación financiera no era tan sencilla. Casimir, hijo único, pero hijo natural, no tenía *derecho* a la herencia de su padre. Este le daba solamente sesenta mil francos de dote y legaba todos sus bienes a la baronesa Dudevant, su esposa, debiendo ésta transmitir la fortuna familiar a Casimir. En todo caso, Casimir Dudevant, soltero, estaba en su casa en la mansión paterna; al casarse, aceptarla llevar en Nohant un tren de vida más reducido. Al casarse con Aurore, no se le podía acusar de hacer un matrimonio de conveniencia.

Sea como fuere, la recelosa Sophie-Victoire no desperdició tan señalada ocasión para hacer sentir su poder. La habían seducido la hermosa figura, el aire distinguido y la bondad del viejo coronel. «Dije que sí —confesó a su hija—, pero en forma tal de poder desdecirme. No sé todavía si me gusta el hijo. No es guapo. Hubiera querido un hermoso yerno que me diera el brazo». Quince días después cayó como una bomba en Plessis. Pretendía haber descubierto que Casimir era un aventurero y ¡que había sido mozo de café! ¿Quién le había contado esas locuras? Aurore llegó a pensar que las había soñado. La madre exigió luego el régimen dotal, que su hija consideraba ofensivo para Casimir. Se suspendió el matrimonio, se le concertó de nuevo y se le volvió a romper. Así hasta fines de verano. La señora Dupin no se acostumbraba a la nariz de Casimir y decía de él las peores cosas a su hija. Finalmente, el 10 de setiembre de 1822 se celebró la ceremonia y los dos esposos partieron para Nohant, en donde Deschartres los recibió jubilosamente.

Segunda parte
La señora Dudevant

> El deseo está muy por debajo del amor, y acaso ni siquiera sea el camino del amor.
>
> ALAIN

I. Una vida conyugal

Fue una extraña impresión la de encontrarse nuevamente en Nohant, compartiendo allí con un hombre el enorme lecho en forma de carroza fúnebre, empenachado en las esquinas, que fuera de la señora Dupin de Francueil. Pero Aurore quería encontrar la felicidad en el matrimonio. «Yo era pura entonces», dice más tarde. Sí, era pura y estaba todavía toda impregnada de moral conventual.

> *Aurore Dudevant a Émilie de Wismes*: Es preciso, creo yo, que uno de los dos, al casarse, renuncie enteramente a sí mismo y abdique no sólo a su voluntad, sino a su opinión; que se determine a ver por los ojos del otro, a amar lo que el otro ama, etc… ¡Qué suplicio, qué vida de amargura cuando uno se une a alguien que se detesta!… Pero también qué fuente de inagotable dicha cuando se obedece a lo que se ama. Cada privación es un placer nuevo; se rinde culto simultáneo a Dios y al amor conyugal, realizando al mismo tiempo deber y felicidad… Es menester amar, y amar mucho a su marido para llegar ahí y saber hacer perdurable la luna de miel. Yo tuve, como tú y hasta el momento en que me enamoré de Casimir, muy triste opinión del matrimonio y, si he cambiado, es sólo con respecto a mí…[1].

¿Era completamente sincera? ¿Una joven esposa confesará jamás su decepción a una muchacha? En realidad, la misma Aurore no sabía lo que le

pasaba. Casada en setiembre, a comienzos de octubre estaba encinta y entraba en ese estado de beata modorra que acompaña los embarazos normales. A menos que se trate de un monstruo, el orgullo hace a todo marido solícito y bueno para con la mujer que espera un hijo suyo. En aquel invierno de 1822 a 1823, Casimir multiplicó sus atenciones. Encargaba a Caron, su corresponsal en París, mil diligencias para Aurore. Esta quería las canciones de Béranger: «No dejes de cumplir este encargo, pues se trata de un antojo de mujer encinta. ¡Ay de ti si mi mujer no queda satisfecha!». Aurore exigía bombones: «Su gusto ha degenerado en furor, y si no satisfaces su gula podría arrojarse sobre ti. Te aconsejo, pues, que te hagas confitar como una cidra…»[2].

Como se ve, el señor Dudevant era hombre de ingenio burdo y harto vulgar. Su mujer no se quejaba. Las frases salaces le disgustaban; las bromas pesadas la divertían. En la languidez de su estado, renunció sin pesar a la lectura y a toda vida intelectual. Afuera nevaba. Casimir, gran cazador, pasaba los días por campos y bosques. Aurore soñaba, espiaba los primeros estremecimientos de su hijo y cosía sus repitas. Jamás había cortado ni cosido en su vida. Ahora se entregaba a ello con una especie de pasión, asombrada de ver cuán fácil era y cuánta «maestría e invención» podía haber en un tijeretazo. Toda su vida encontraría una atracción invencible en los trabajos de aguja, que calmaban la agitación de su espíritu.

El viejo Deschartres, levitón azul claro y botones de oro, vivía con la joven pareja. Muy gentilmente, Casimir le dejaba dirigir en Nohant, pero esperaba con impaciencia el momento en que el «gran hombre» pidiese el retiro. Bajo la administración del antiguo preceptor, las tierras producían poca cosa y la renta del matrimonio apenas si pasaba de los quince mil francos. Sin contar con que Aurore quería dar tres mil francos anuales a su madre y pensiones a algunos viejos criados. Lo que restaba apenas permitía un modesto tren de vida.

El invierno «pasó como un día», salvo seis semanas que, por prescripción de Deschartres, hubo de pasar Aurore en el lecho, en completa inacción. Era la primera vez que le sucedía esto. Cubrieron su lecho con una tela verde; ataron en las esquinas de la cama grandes ramas de pino y vivió en aquel bosquecillo, rodeada de pinzones, pechirrojos y gorriones. La nieta del pajarero encontraba placentera aquella poética compañía.

Al aproximarse su término, partió hacia París con su marido y se instaló en un apartamiento amueblado, en el *Hotel de Florence*, calle Neuve-des-Mathurins. Allí nadó, el 30 de junio de 1823, sin tropiezos, Maurice Dudevant, nene regordete y vivaz. Deschartres, que pidió entonces su retiro,

vino a ver al recién nacido. Tieso y desdeñoso, desnudó al niño y lo miró por todas partes «para ver si no había nada que criticar». Luego, con la fingida sequedad que le era típica, se despidió.

Loca por su hijo, la joven madre decidió amamantarlo. Sophie-Victoire aprobó. *La señora de Maurice Dupin a la señora Dudevant*: «¿De modo que quieres alimentarlo? Está bien: entra en lo natural y hace tu elogio…». Pero tenía quejas de su yerno, quien, temiendo la influencia de aquella mujer audaz e inmoral, la apartaba de su hija. «¿Por qué me hacen a un lado? Si yo no hubiese hecho a la madre, él no hubiese podido hacerle a ella otro como él…»[3].

Como la abdicación de Deschartres hiciera de Casimir el administrador de Nohant, la pareja hubo de pasar allí el otoño y el invierno. El nuevo amo, como lo hacen siempre los nuevos amos, cambió todo. Hubo más orden, menos abusos en la servidumbre; las avenidas estuvieron mejor desyerbadas y mantenidas. Se vendieron los viejos caballos y se mataron los perros viejos. «Nohant se había mejorado, pero transformado». Estas transformaciones inspiraron una inexplicable melancolía a la heredera del dominio. En aquel parque bien podado no encontraba ya «los rincones umbrosos y abandonados por los cuales paseara los ensueños de su adolescencia». Después de todo, en Nohant estaba en su casa y le dolía no tener ya voz en el capítulo. ¿Se había libertado de las trabas familiares tan sólo para convertirse en esclava de un marido? Descubría que la ley era dura para con las mujeres. El menor de sus actos exigía una autorización marital. El adulterio de la mujer era castigado con la reclusión; el del marido, tolerado. Aurore, doncella, había esperado del matrimonio la seguridad y la paz que dan una fe. Las palabras salaces de Casimir y de sus compañeros, hidalgüelos de las vecindades, eran prueba de que ese amor místico no era su fuerte.

Al despertarse de su entorpecimiento sintió el placer de reabrir sus libros.

> *Aurore Dudevant a Émilie de Wismes*: Vivo siempre en la soledad, si es que una puede creerse sola cuando vive en comunidad con un marido al que se adora. Mientras él caza, yo trabajo, juego con mi pequeño Maurice o leo. En este momento, releo los *Essais*, de Montaigne, mi autor favorito… Mi querido Casimir es el más activo de los hombres. Apenas si logro obtener de él, por la noche, una o dos horas de lectura. Pero en alguna parte leí que, para amarse perfectamente, es menester tener *principios semejantes con gustos opuestos*…[4].

Si los gustos opuestos fuesen prendas de felicidad, Aurore hubiese sido muy dichosa. Trató de dar libros a su marido; el tedio y el sueño los hacían caer de sus manos. Le habló de poesía, de moral; él desconocía los autores de que ella le hablaba y la trató de loca y novelera. Cuando le describió sus emociones, sus palpitaciones, sus efusiones religiosas, se alzó de hombros y dijo que esa exaltación era «una consecuencia natural de un temperamento bilioso, modificado por una disposición accidentalmente neurálgica». Intentó interesarlo por la música; el sonido de un piano lo hacía huir. Sólo le gustaban la caza, la bebida y la política local.

A veces, el placer cimenta las uniones que ni la razón ni el corazón comprenden. *Les doy noches que consuelan de los días*. Pero también en esto la decepción había sido profunda. Con sus lecturas, Aurore se había preparado para el amor sentimental; el amor físico la había sorprendido sin satisfacerla. Para la mujer, el placer es función de la imaginación. Especialmente, en su primera experiencia, necesita sentirse amada y admirar también a su compañero. Un hombre del tipo de Casimir, egoísta y sensual, espera que la dócil ama de casa diurna se transforme repentinamente, en la noche de la alcoba, en extasiada amante. Esto no podía ser, y no fue. «El matrimonio sólo es agradable antes del matrimonio», decía ella. Casimir, por su parte, la encontraba muy fría: «Tú, que rechazas mis brazos —le decía—; tú, cuyos sentidos me parecen a prueba de todo»[5] 5.

Querellas pasajeras. Aurore continuaba elogiando las sólidas cualidades de su marido. Era honrado, capaz de afecto, excelente padre. Como buenos camaradas, los esposos firmaban sus cartas conjuntamente: *Les deux Casimirs*. Cuando Dudevant viajaba y ella no podía acompañarlo, él le escribía tiernamente. A distancia, las cartas transformaban de nuevo al marido carnal en aquel amante desencarnado con que soñara antaño la virgen.

> *Casimir a Aurore*: Salgo del lecho y mi primer pensamiento es para mi amorcito… Adiós, angelito mío; te estrecho contra mi corazón y beso un millón de veces cada una de tus lindas mejillas, para compensarte de las lágrimas que salen de tus ojos adorados…
>
> Me reprendes muy duramente, amor querido, por no haberte escrito desde París. No he tenido un momento para mí, como te lo decía en mi carta de Châteauroux. Mucho me conmueve la pena que te causa mi ausencia. Ten la seguridad de que la comparto muy sinceramente y que a mi regreso seré tan mimoso que te resarciré de tus penas, sí, angelito mío… ¿Por qué no te diviertes, angelito mío?… Cuento los momentos y los

minutos pasados lejos de ti. Adiós, amor querido. Te abrazo contra mi corazón y al pobre nenito también[6].

Por la noche, en Nohant, los dos Casimirs juegan al piqué: las pérdidas se acumulan para comprar *foie gras* en casa de Chevet. A no ser que Aurore pidiese a Caron «cuatro cajitas de polvo de coral para los dientes, una botella de aceite de rosas, una de ron para Casimir, y también un ana de levantina doble ancho para hacer un delantal sin costuras, y unos frascos de albaricoques en aguardiente y una guitarra…»[7].

Al parecer, la vida normal de unos jóvenes hidalgos. Pero en la primavera de 1824, al desayunar una mañana, Aurore se sintió «súbitamente sofocada por el llanto». Casimir se encolerizó: ningún motivo inmediato de contrariedad explicaba aquella crisis de desesperación. Su esposa se excusó, confesó frecuentes angustias y declaró que debía ser una cabeza débil y descompuesta. Sin duda aquella casa, llena todavía de los recuerdos de su abuela, la deprimía, dijo Casimir. Por lo demás, tampoco él se hallaba a gusto. Se arreglaron con sus amigos para ir, por algún tiempo, a Piessis como huéspedes de pago.

Allí, en aquel ambiente juvenil y animado en que se representaban comedias y vivían numerosas muchachas, Aurore recuperó su alegría. Brilló. Y al verla admirada por los hombres, Casimir se mostró un tanto celoso. Hay que decir que Aurore, inocentemente, era una coqueta nata. Sus bellos ojos y su talento de animadora trastornaban muchas cabezas, y encontraba placer en ello. De inquieto, su marido pasó a ser agresivo. Un día en que ella jugaba infantilmente, lanzando puñados de arena, algunos de cuyos granos cayeron en las tazas de café, Casimir ordenó a Aurore que cesara el juego; desafiante, la muchacha lanzó un nuevo puñado. Aquella ofensa pública a la autoridad marital lo hirió en lo vivo. Y la abofeteó ligeramente. Por el momento, el incidente pareció causar poca impresión a Aurore. Cuando su marido fue a hacer una visita de inspección a Nohant, le escribió tan tiernamente como siempre.

Aurore a Casimir, 1.º de agosto de 1824: Qué triste es, angelito mío, amor querido, escribirte en vez de hablarte, no tenerte junto a mí y pensar que hoy es apenas el primer día. ¡Qué interminable me parece y qué sola me siento! Espero que no me dejarás a menudo, pues me hace mucho daño y no me acostumbraré jamás. No sé lo que haré esta noche, tan fatigada y aturdida estoy por el llanto. Pero no te inquietes demasiado, ángel mío; haré

todo lo posible para no enfermarme y para que tampoco se enferme nuestro querido nene. Pero ¡ojalá no tenga muchos días como éste! No puedo dejar de llorar nuevamente, al pensar en el momento en que me dejaste… ¡Dios mío, cómo quisiera que fuese ya sábado para que regresases! Buenas noches, amor mío, mi mimosillo adorado. Voy a acostarme y a llorar, sólita en mi lecho.

Le Plessis, jueves 19 de agosto de 1824: Bibi me despierta, ahora que no tengo a mi ángel para proteger mi sueño… Cuando regreses, dormiré en tus brazos, como un tronco. Tu hijo es más loco que la luna… Jamás sentí tanto tu ausencia ni mayor deseo y necesidad de volver a estar contigo y en tus brazos. Quisiera también que estuvieses de regreso para el baile de San Luis, para el que he hecho soberbios preparativos, es decir, un traje delicioso con el crespón que me mandó Caron. Pero creo que, saliendo el lunes, el miércoles llegarás muy fatigado y mal dispuesto para el baile. Acaso, para conveniencia tuya, sea mejor que sólo salgas de Nohant el martes. Piénsalo, ángel mío; reflexiona… Adiós, ángel mío, amor querido, vida mía. Te amo, te adoro, te beso con todo mi corazón, te abrazo mil y mil veces…

Junto 1825: Once de la noche. Estoy en la cama y estoy sin ti… La noche pasada tuve frío, y eso fue lo que me hizo mal. Espero el viernes con impaciencia…[8].

No hay que tomar al pie de la letra todo lo que se escribe. El tono de la señora Dudevant estaba destinado en parte a adular a su señor y dueño. En realidad, ambos temían ahora la intimidad de Nohant. No se lo decían y, por mutuo y tácito acuerdo, evitaban las explicaciones. Ella se esforzaba por ver con los ojos de su marido y se violentaba por lograrlo. De donde nacía un descontento de sí misma y de todas las cosas. ¿Dónde vivir? ¿En París? Sus rentas no eran suficientes. Alquilaron un pabellón en Ormesson. Este melancólico paisaje de jardines y altos árboles tenía carácter. A Aurore le gustaba y dejó aquel retiro con nostalgia, después de una querella de Casimir con el jardinero. Y como la tristeza reincidía, abrumadora, injustificable, fue a ver a su antiguo confesor, el abate de Prémord.

Él había cambiado mucho. Su voz era tan débil que ella apenas la oía. No obstante, para su consuelo, volvió a encontrar su antigua elocuencia: «Me demostró que la melancolía a la que me entregaba era el estado más peligroso del alma, que la abría a las malas impresiones y la predisponía a la debilidad. ¡Qué dicha si hubiera podido seguir sus consejos y recuperar mi alegría y mi valor!…[9]». El abate de Prémord no logró devolvérselos. Demasiado

inteligente, demasiado tolerante, demasiado humano, el viejo jesuita no podía curar un mal que comprendía demasiado bien. Aurore estaba ávida de una creencia absoluta. La vida terrestre le negaba lo que esperara de ella; hubiese querido refugiarse en las certidumbres de su adolescencia. El abate le aconsejó un retiro en su antiguo convento. La madre Eugénie, la superiora, consintió en recibirla. Casimir aprobó: «Mi marido no era nada religioso, pero encontraba muy bien que yo lo fuese». Sin duda esperaba que una fe que no compartía calmase a su esposa y le diese a él la paz. Las religiosas fueron buenas y maternales. Diariamente, Aurore fue a orar a la iglesia en que escuchara la llamada de Dios. ¿No se había equivocado al escoger el siglo, en el que no era feliz? «Tienes un hijito encantador —le dijo la buena madre Alicia—; eso es todo lo que necesitas para ser feliz en este mundo. La vida es corta»[10]. Aurore pensó que la vida era corta para las monjas, pero larga para aquellos cuyos sentimientos y ardores hacen de cada día un mundo de dolores y fatigas. Confesó sus dudas metafísicas. «¡Bah! —decía de ella la madre Alicia—, en el fondo ama a Dios y Él lo sabe». Muy pronto, Aurore Dudevant fue ganada nuevamente por la maravillosa paz del claustro y sintió la tentación de prolongar su estadía. Pero hacía frío en el convento; ella era friolenta; una enfermedad de su niñito la llamaba a casa. Las pequeñas cosas determinan las grandes elecciones.

II. El platonismo sentimental

«La maternidad proporciona inefables delicias, pero, sea por el amor, sea por el matrimonio, preciso es pagar por ella un precio que no le aconsejo a nadie dar». Este precio era el don de su cuerpo. Aurore sentía horror por la unión carnal. Más tarde se atreverá a describir lo que sintiera en los primeros meses de su matrimonio. Cuando, en 1843, su hermano Hippolyte case a su hija Léontine, Aurore lo pondrá en guardia contra un peligro que conoce bien:

> Impide que tu yerno brutalice a tu hija en la primera noche de sus bodas, pues muchas debilidades orgánicas y muchos partos difíciles no tienen causa distinta en las mujeres delicadas. Los hombres no saben bien que esa diversión es un martirio para nosotras. Dile, pues, que refrene un poco sus placeres y que espere que su esposa, poco a poco, se sienta llevada por él a comprenderlos y compartirlos. Nada es más horrendo que el espanto, el sufrimiento y la repugnancia de una pobre niña que nada sabe y

que se ve violada por un bruto. *Las educamos como santas y luego las entregamos como potrancas*…[11].

Aurore había pasado su juventud haciendo sueños sublimes de amor, a la Rousseau; no podía descender ya a apetitos tan groseros. El lecho nupcial es un rudo terreno de verdad en que, repentinamente, la romántica se siente perdida. Para Casimir, hombre de una pieza, el amor era cosa simple; tenía su experiencia de soltero libertino; esperaba provocar fácilmente en su mujer sensaciones agradables, análogas a las que él mismo experimentaba tan fácilmente. Fracasó y lo ignoró por mucho tiempo. Aurore aceptó proporcionar placeres que no podía compartir; pero cuando Casimir, indiferente y rudo, se dormía, lloraba buena parte de la noche. «El deseo de la voluptuosidad se convierte para ella en el suplicio de Tántalo. Es el agua bienhechora y refrescante que la rodea por todas partes sin que pueda saciar su sed en ella: es el sápido fruto suspendido de la rama, al que sus manos no alcanzan, para calmar las mordeduras de su hambre. Sólo el amor da la vida verdadera; ella no lo siente, y querría sentirlo a toda costa»[12].

En trances semejantes, otras mujeres buscan un amante. Aurore conservaba demasiado afecto por su marido; deseaba hacerlo feliz, servirlo, confundir sus dos vidas. Pero él parecía no conceder precio alguno a los tesoros que ella pro-

A los diecinueve años, libre de inquietudes y pesares reales, casada con un hombre excelente, madre de un precioso niño, rodeada de cuanto podía halagar mis gustos, me atediaba la vida. ¡Ah!, es fácil explicar este estado de alma, llega una edad en que se necesita amar, amar exclusivamente. Es menester que todo cuanto se haga se refiera al objeto amado. Se desean tener gracias y talentos sólo para él. Tú no te dabas cuenta de los míos. Mis conocimientos estaban perdidos, porque no los compartías. Yo no me decía todas estas cosas, las sentía; te estrechaba entre mis brazos: era amada por ti y algo que yo no podía decir faltaba a mi dicha…[13].

He aquí lo que quería decir. Y que sólo se atrevió a decir después de un pequeño drama conyugal.

El embarazo, el parto, la convalecencia, habían retardado la explicación; el regreso a Nohant, en 1825, demostró que la vida allí no sería ya dichosa. Aurore se quejaba de palpitaciones, de dolores de cabeza; tosía y se creía tísica. Casimir, exasperado, consciente del carácter imaginario de estos males,

le decía que era «estúpida, idiota». Una triste noticia acabó de abrumar a la señora Dudevant. Su viejo Deschartres había muerto en París. Ese hombre de ideas, dogmático, demasiado seguro de sí mismo, había especulado y hecho préstamos a desconocidos. Arruinado y demasiado orgulloso para quejarse, había escogido la muerte de los estoicos. Sophie-Victoire, que lo odiaba, saltaba de alegría: «Finalmente, ¡Deschartres, no es ya de este mundo!». Al perder a su «gran hombre», Aurore se sintió todavía más huérfana. ¿Quién la quería aún? ¿Su hermano Hippolyte? Era un animal de la misma especie de Casimir, un gozón que sólo amaba a las mujeres y el vino. Había hecho un matrimonio inesperado con la señorita Émilie de Villeneuve, y habitaba ahora en el castillo de Montgivray, vecino a Nohant. Amistoso vecino, pero la embriaguez sería la «tumba de aquella encantadora inteligencia». En cuanto a Sophie-Victoire, sólo escribía para quejarse… o para jactarse.

La señora de Maurice Dupin a Aurore Dudevant: Te casaste, hija mía, el día en que enterraron a tu padre, y te regocijaste el día de su fiesta, el día de Saint Maurice, y creo que tu madre, que no es feliz, se hallaba lejos de tu pensamiento. Trata de ser mejor esposa, buena hermana y buena madre un día, si no eres una buena hija…

¡Feo defecto los celos! Felizmente yo no lo conozco ya, pero no me regocijo de ello y no me disgustaría estar de nuevo en el buen tiempo de tenerlo. A menos que no me dé el capricho…, pero qué digo, ¡Dios mío! ¡A mi edad! Vamos, Aurore, reprende a tu madre. A estas cosas trae el hablar de matrimonio…

6 de enero de 1824: Recibí los tres meses de pensión y las cuatro páginas de locuras que me hicieron reír, y la carta de Año Nuevo que me dio mucha alegría… Mi dirección es: *Hotel de la Mayenne*, calle Duphot, núm. 6. Pregunta por la señora de Nohant-Dupin…[14].

¡La plebeya escogía un nombre de vieja condesa! En esta soledad moral fue una dicha recibir en Nohant a dos amigas del convento y al padre de éstas: Jane y Aimée Bazouin. Estas muchachas debían ir en junio a Cauterets: Casimir quería pasar el verano en casa de su padre, en Guillery. Se convino, pues, que los Dudevant pasarían unos días en los Pirineos antes de ir a Gascuña. «Adiós, Nohant —escribió Aurore—, acaso ya no volveré a verte». Se creía moribunda: su único mal era una necesidad aguda de amor. A veces, torpemente, Casimir trataba de consolarla, pero tenía momentos de mal humor y de impaciencia. Al atravesar Périgueux, hizo a su esposa una escena

injusta y violenta; Aurore anduvo largamente por las viejas calles y lloró mucho. Finalmente, las negras montañas de mármol y ladrillo aparecieron. Y se abrió un precipicio al fondo del cual rugía un torrente. «Todo aquello me pareció horrible y delicioso».

En Cauterets besó a Jane y a Aimée. Habitaban en una casa amueblada, de una sencillez primitiva y de una carestía exorbitante. Al día siguiente mismo, Casimir se marchó de cacería a la montaña: «Mata gamuzas y águilas. Se levanta a las dos de la madrugada y regresa por la noche. Su mujer se queja por ello. Él no parece percatarse de que pudiera venir un tiempo en que ella se regocijara por lo mismo…»[15]. Un viento de fronda soplaba en Cauterets. Aurore se había hecho amiga de una joven bordelesa, Zoé Leroy, que se convirtió en su confidente y, por tanto, en la enemiga natural del marido. La señora Dudevant anotaba en su diario: «El matrimonio es bello para los amantes y útil para los santos… El matrimonio es el fin supremo del amor. Cuando el amor no existe o desaparece queda el sacrificio… Acaso no haya término medio entre el poder de las grandes almas, que hace la santidad, y el cómodo hebetamiento de los espíritus pequeños, que hace la insensibilidad. Pero no, hay un término medio: la desesperación…»[16].

Había otro: la niñería. ¡Era tan joven! Correr, trepar, montar a caballo, todo la divertía. «¡Me han mimado tan poco desde que estoy en el mundo! Jamás tuve madre ni hermana que enjugase mis lágrimas…»[17]. Cuando una mujer joven, de hermosos ojos, busca un alma gemela, la encuentra. La de Aurore Dudevant se llamó Aurélien de Sèze. Era éste un joven sustituto del tribunal de Burdeos, con veintiséis años de edad, el alma noble y afición a la poesía. Se hallaba en los Pirineos con la familia de su novia, pero lo cautivaron el encanto de Aurore, su belleza de gitana, sus grandes ojos implorantes e interrogadores, su inteligencia y su cultura, así como su melancolía disfrazada de exuberancia. Aurore tenía orden de seguir a su cazador de antílopes y águilas y, de vez en cuando, se reunía con él en Luz o en Bagnères. Aurélien de Sèze la acompañó por entre las nieves, los torrentes y los osos, y la sostuvo en las cornisas suspendidas sobre los abismos. Aimée Bazouin la reprendía por estos paseos sin su marido. «No veo nada malo —replicaba Aurore—: él toma la delantera y yo lo sigo a donde él quiera… Aimée no comprende que una se aturda y tenga necesidad de olvidar… ‘¿Olvidar qué?’, me pregunta. ‘¡Qué sé yo! Olvidarlo todo, olvidar especialmente que existo…’»[18].

Aurélien de Sèze se enamoró desde los primeros días. ¿Quién no? Cuando se puso confidencial, Aurore quiso que volviese con su novia. Él declaró que

«no tenía afecto alguno por esa mujer, muy bella, pero sin espíritu»[19].

Aurélien de Sèze a Aurore Dudevant: Lo que en usted amo son sus cualidades, su alma, su talento, su sencillez tan perfecta con un espíritu tan superior, una instrucción tan vasta… Si fuese usted fea, la amaría lo mismo…[20].

En un principio, ella lo rechazó vigorosamente, pues deseaba continuar siendo fiel a su esposo. Pero le conmovía descubrir en su amigo, bajo el hombre de mundo amable y espiritual, un alma romántica y delicada.

Aurore Dudevant a Aurélien de Sèze, 10 de noviembre de 1825: ¡Dios mío, qué felices éramos juntos! ¡Cómo nos entendíamos! ¡Cuántos encantos tenía para mí la conversación, así fuese general y sobre temas extraños! ¡Con qué delicia le escuchaba relatar las cosas más nimias! Me parecía que cobraban interés al pasar por su boca. Nadie habla como usted, nadie tiene su acento, su voz, su risa; la forma de su ingenio, su manera de considerar las cosas y expresar las ideas, son exclusivamente suyas. Qué placer me produjo, Aurélien, el oírle decir cuando nos paseábamos por Médouze con Zoé: «Además de ser feliz, estoy *contento*. No sólo me ha hechizado usted, sino que me gusta y me conviene…»[21].

Él sólo pedía confianza, amistad:

En el placer de escucharlo, sentí que me era más querido de lo que hasta entonces me atreviera a confesar: me espanté al pensar en la tranquilidad de mi vida, pero veía en sus sentimientos y sentía en los míos tanta pureza, que no pude creerlos criminales…[22].

Un día, hallándose con ella en una barca en el lago de Gaube, él habló de amor: «¿Qué es la virtud en el sentido que usted le da? ¿Una convención? ¿Un prejuicio?»[23]. Ella se acordó de su madre y de la tía Lucie, que decían: «Nada de eso tiene importancia». Y si tuviesen razón… Con la punta de su navaja, Aurélien grabó en la madera de la barca tres letras: AUR, observando que sus dos nombres comenzaban de la misma manera. Ella no quería convenir todavía en que lo amaba y simulaba cólera. Su corazón palpitaba de alegría, pero Aurélien no comprendió la ficción. Enfadado, pasó tres días sin dirigirle la palabra. Aurore estaba desesperada. Confesó a Zoé Leroy que si

Aurélien era incapaz de seguir siendo su hermano, su amigo, si exigía más, sería ella quien «se sacrificaría». Dios habría de perdonárselo. Aurélien se marchó a Gavarnie; Aurore arrastró tras él a su esposo que, vagamente inquieto, censuraba aquellos caprichos. Pero ¿cómo detener a una mujer que corre hacia el amor?

Una noche, durante un baile, le fue posible pasar una hora a solas con el señor de Sèze. Él se explicó: no quería ser un seductor; había hecho mal cortejando a una mujer casada; trataría de olvidarla. Pero, como tantas mujeres, ella quería tenerlo todo. Le ofreció una tierna amistad. El tiempo era delicioso, discreto el lugar: Aurélien la tomó en sus brazos.

> Si hubiese cedido yo a sus primeros impulsos, sin duda nos habríamos hecho culpables. ¿Cuál es el hombre que, a solas, en la noche, con una mujer de la que se sabe amado, podría dominar y hacer callar sus sentidos? Pero, arrancándome en seguida de sus brazos, le supliqué me dejase regresar. En vano quiso tranquilizarme, jurarme por su honor; insistí en salir de allí, y él obedeció sin murmurar…[24].

Al subir una pendiente bastante empinada, él le pasó un brazo por la cintura y, en el momento de separarse, «imprimió un beso de fuego sobre su cuello»[25]. Aurore se escapó y, corriendo adelante, se encontró con Casimir: «Me hablaste duramente; sin duda lo merecía, pero sufrí con ello. Si no hubiese comprendido cuánta sangre fría me era necesaria, creo que el espanto que me inspiraste me hubiese hecho caer desvanecida…»[26]. Candor de las primeras faltas:

> Fue en la gruta de Lourdes, al borde del abismo, donde se despidió de mí: nuestra imaginación fue vivamente herida por el horror de aquel sitio. «Frente a esta imponente naturaleza», me dijo él, «quiero, al decirte adiós, hacerte el juramento solemne de amarte toda mi vida como a una madre, como a una hermana, y respetarte como a ellas». Me estrechó contra su corazón y ésta fue la mayor libertad que se tomara conmigo…[27].

Aurore partió inundada de dicha. «Pirineos, Pirineos, ¿cuál de nosotros dos podrá nunca olvidaros?…». Por fin había encontrado un alma grande y bella, un espíritu fuerte y justo, un hombre al que podía tomar por guía y por modelo. Su marido la llevó a Guillery, a casa del barón Dudevant, donde deberían pasar algunos meses. Era una casita solariega gascona, con techos de

tejas y cinco ventanas en la fachada, que se prolongaba en dos alas de un solo piso. A pesar de la fortuna de sus dueños, esta *bastide*[28] se hallaba más sencillamente amueblada que Nohant. La joven pareja Dudevant se alojó en el piso bajo, en dos habitaciones cuyas puertas roían los lobos en las noches de invierno. En un comienzo, Aurore encontró muy feos aquellos paisajes de arena, pinos y alcornoques cubiertos de líquenes. Los gascones de las vecindades eran gente excelente, menos cultivados que la del Berry, pero «infinitamente menos malignos que en nuestra tierra». Se entendió muy bien con sus suegros, que la atiborraban de capones rellenos, ocas cebadas y trufas, con grave detrimento de su hígado, que nunca había andado muy bien.

En cuanto a su corazón, se había quedado en Burdeos. Se sentía desgarrada. El temor que tuviera de perderla había hecho que Casimir se mostrase ahora complaciente, afectuoso y bueno. Aurore se reprochaba el haber cambiado con él: «Amo más a Aurélien —se decía—, pero amo mejor a Casimir». Más tarde describió a su marido lo que había pasado en ella: «La necesidad de ocultarte con cuidado lo que pasaba en mi corazón me hacía horriblemente desgraciada; tus caricias me hacían daño. Temía ser falsa al responder a ellas, y tú me creías fría…»[29]. Hubiese querido arrodillarse ante Casimir, besarle las manos, pedirle perdón. Pero al recuperar la paz de su conciencia hubiera hecho desgraciado a su marido. ¿Sería preciso, entonces, romper con su amigo? Hiciera lo que hiciese, siempre desesperaría a Casimir o a Aurélien. Pasaba, en suma, por esos grandes tormentos de conciencia que dan a las mujeres acres y dulces placeres.

Invitados por Zoé a La Bréde, los Dudevant pasaron por Burdeos en octubre. Aurélien fue a saludarlos al hotel. Ella quiso aprovechar un momento en que Casimir los dejara solos para hacer comprender a Aurélien la necesidad de una ruptura. La conversación se hizo patética. Desfalleciente, ella se apoyó en él, y su marido, entrando bruscamente, la encontró con la mejilla apoyada en el hombro de su amigo. Aurore era novicia y escrupulosa. Arrojándose a los pies de Casimir, le suplicó perdonarla y se desmayó. El pobre mozo, poco dotado para el drama, no sabía cómo reaccionar. No quería hacer un escándalo, pues temía la opinión del mundo. «Me pareció vacilante —dice ella—, entre la necesidad de creerme y una falsa vergüenza que le hacía temer ser engañado[30]».

Para Aurore, todavía piadosa y fiel, la situación era horrible. En su inocencia, se juzgaba muy culpable: «La cólera, y sobre todo el pesar de mi marido, ¡la idea de no volver a verte!… Tenía trabados los dientes. No veía. Me sentía morir…»[31].

Entre tanto, Casimir parecía tan turbado como ella. Finalmente, dijo: «—Ante todo, es preciso no atraer la atención pública sobre lo sucedido. —¿Tienes todavía alguna duda? —exclamó ella—. ¡Mira mi rostro! —Es verdad, no sabe disimular. Cuando te sorprendí estaba harto alterado y culpable. En seguida leía en él mi vergüenza y mi desgracia. —Di más bien mi arrepentimiento y mi desesperación; pero tu honor me es más preciado que la vida, y nunca… —Lo creo, sí, te creo, pues no puedo acostumbrarme a la idea de que sepas engañar…»[32].

Y permitió que se realizara al día siguiente la excursión a La Brède, proyectada con Aurélien y Zoé Leroy. Durante ella y también por la noche en Burdeos, a la salida del Gran Teatro, los apasionados amigos pudieron cambiar algunas palabras. Ambos eran lectores de *La Princesse de Clèves* y de *La Nouvelle Héloïse*, y creían en la nobleza del *ménage à trois* si se destierra de él toda mentira. Decidieron que serían hermano y hermana; se amarían, pero ningún vínculo carnal los uniría. De esta manera quedaría a salvo el honor de Casimir. «Concertaríamos nuestros cuidados aquel invierno para hacerlo feliz y seguro. Nos ha demostrado tanta generosidad y bondad, que no podemos dejar de transmitir a su alma la noble seguridad de la nuestra…»[33].

Entonces comenzó para Aurore una época de exaltación. Había regresado a Guillery y se escribía con Aurélien por intermedio de Zoé. Llevaba un diario para él, en el que relataba su infancia con una pizca de esnobismo; llevaba allí la cuenta de sus conquistas, pues los hidalgüelos de las vecindades de Guillery le hacían la corte, empezando por el cura Candelotte, que, ruborizándose, le ponía furtivamente en la mano sus versos. Y leía y releía incesantemente las pocas cartas que tenía de Aurélien. Las cartas de amor permiten revivir los momentos felices que evocan. Hacen de la ausencia una presencia más perfecta y más dulce. Aurore creía poder leerlas sin escrúpulos ni remordimientos. Había aceptado el sacrificio de su dicha. Los amantes de Cauterets se amarían siempre, pero jamás serían el uno del otro. Estaban embriagados de sublimidad.

En espíritu, jamás se separaban. Así galopase sobre Colette por las breñas, o escuchase contar viejas leyendas gasconas, o se fuese al lecho, siempre Aurélien estaba a su lado, compartiendo todos sus pensamientos. Por fin había encontrado un hombre capaz de amar sin egoísmo, con pudor y delicadeza. En tomo de ella reinaba una insoportable jovialidad. Aquellos sensuales gascones hablaban del amor con gula y picardía; se enorgullecían de menospreciar los sentimientos puros. «¡Ah, desventurados que no tienen idea

de la inocencia, la pureza y la constancia!»[34]. ¡Cuánta gratitud debía a Aurélien por haberla ayudado a mantenerse en el sendero de la virtud! Tanto más cuanto que Aurore se confesaba que, si él lo hubiese exigido con un poco más de vigor, habría abandonado ese sendero para no perderlo a él:

> No hay un hombre sobre la tierra, ni *uno* solo, que se contente a la larga con el corazón de una mujer. Sin duda Aurélien cuenta con la victoria. Si supo retardarla, es porque está seguro de obtenerla. Si es preciso concedérsela, moriré por ello, y, si se la niego, ¡perderé su corazón!…[35].

Pero era él quien juraba respetarla: «Eres tú, Aurélien, quien me obliga a resistirte, a no temer tu aflicción. ¡Oh, ángel mío!»[36]. Tan angelical conducta la hacía pensar en la vida eterna: «¿Verdad que tú crees, Aurélien, en un mundo mejor?». Dios sabrá hacer revivir este polvo capaz de tanto amor: «Entonces nos reunirá para siempre en un lugar de paz en que la ternura sea legítima y duradera la felicidad…»[37]. ¿Podrían verse de nuevo en este bajo mundo? Eso dependía de Casimir. Si tenía su juramento de sólo amarse castamente, ¿no debía autorizarlos a verse, a escribirse? «Escucha, Casimir, tú eres grande, noble, generoso; me lo has probado, y lo sé…»[38].

Por consejo de Aurélien, escribió para su marido una *Confesión* de dieciocho cuartillas:

> ¡Ay, en qué horrenda posición me hallo! Cuando me siento inclinada a entregarme a mi arrepentimiento, a mi emoción, no sé qué me retiene y obliga a reemplazar con razonamientos plausibles, pero fríos, las expresiones de mi corazón. ¿Cómo definir lo que me cohíbe y hiela? Ciertamente no es la dura insensibilidad de un mal corazón; es un movimiento de orgullo que tan pronto adopto como un sentimiento noble y tan pronto lamento como una sugestión del orgullo humano… Muchas veces me has pedido explicaciones, confesiones; no he podido resolverme a ello; no era solamente la confusión de reconocer mis faltas, sino el temor de herirte. Era preciso sajar en carne viva, entrar en detalles que te habrían afligido; era menester también decirte que tú eras un poco culpable con respecto a mí; *culpable* no es la palabra: sólo tenías para conmigo buenas intenciones: fuiste siempre tan bueno, generoso, atento, galante; pero, sin

darte cuenta, incurriste en errores involuntarios. Fuiste, si me atrevo a decirlo, la *causa inocente* de mi extravío…[39].

Luego le contaba su vida, triste y despojada por su matrimonio de casi todo lo que hubiera podido embellecerla. Había dejado la música porque el sonido del piano lo hacía huir:

Cuando hablábamos, sobre todo de literatura, de poesía o de moral, tú desconocías a los autores de que yo te hablaba, y calificabas mis ideas de locura, de sentimientos exaltados y novelescos. Dejé de hablar de esas cosas, y comencé a experimentar un verdadero dolor al pensar que jamás podría existir entre nosotros la menor comunidad de gustos…[40].

Aurore reconocía que él había sido muy bueno, que había gastado, para satisfacer los caprichos de su esposa, treinta mil francos (oro), la mitad de su dote. La había amado, la había tenido en sus brazos, pero siempre había faltado la comunión profunda. De ahí sus repugnancias y sus lágrimas. Después de esto, le contaba sinceramente, según creía ella, la aventura con Aurélien, y cómo había conmovido a éste la noble actitud de Casimir:

«Aurore —le había dicho Aurélien—, nunca te diré una palabra que él no pueda oír y aprobar. Nos uniremos en su felicidad; pondremos en ella todos nuestros cuidados; si alguna vez se presenta a nuestros espíritus un mal pensamiento, lo rechazaremos con horror; si nos sentimos inclinados a volver al pasado, recordaremos que él te dijo: *Y ahora, puedes engañarme de nuevo, confío en ti*. ¿Cómo abusar de tanta confianza? Aurore, quiero reprenderte; no amas bastante a tu marido; nunca me habías hablado de él. No le creía capaz de semejante grandeza de alma. En cuanto a mí, le quiero de todo corazón»… Yo sonreía de placer: «Ahora le conoces —respondí—, y también yo le conozco, le amo, le quiero y me arrepiento de mis errores…»[41].

De ahora en adelante todo sería fácil. Casimir, ángel de bondad, conociendo mejor a Aurélien, lo amaría como a un hermano:

He ahí, dirán las almas yertas que, en su pequeña esfera, no han sabido concebir un pensamiento grande y bello, he ahí un proyecto absurdo, falso, novelesco, imposible. Sin duda lo es para quienes así piensan. Pero para

nosotros, amigo mío, mi buen Casimir, no lo es. ¡Entiéndeme, compréndeme, reflexiona! Jamás te enseñaron a darte cuenta de tus sentimientos; estaban en tu corazón, el Cielo los había puesto allí. Tu espíritu no fue cultivado, pero tu alma siguió siendo como Dios la había hecho, digna en todo de la mía. Te desconocí hasta aquel día, te creí incapaz de comprenderme; jamás me hubiera atrevido a escribirte una carta semejante a ésta hace algún tiempo; hubiese temido que, tras de leerla, me dijeses: *¡Mi pobre mujer ha perdido la cabeza!* Hoy te abro mi alma con fruición; hago que leas en ella; estoy segura de que me comprendes, de que me apruebas…[42].

Tan segura estaba, que había redactado la futura carta constitucional de su hogar:

ARTÍCULO PRIMERO: No iremos este invierno a Burdeos. Las heridas están todavía frescas y siento que sería exigir demasiado de tu confianza… Iremos, pues, a donde quieras y arreglarás nuestro invierno, sea en París, sea en Nohant: me someteré sin pesar.

ARTÍCULO SEGUNDO: Te juro, te prometo no escribir nunca en secreto a Aurélien. Pero me permitirás que le escriba una vez al mes… Verás todas sus cartas y todas mis respuestas. Me comprometo ante Dios a no ocultarte una línea siquiera.

ARTÍCULO TERCERO: Si vamos a París, tomaremos juntos clases de idiomas. Puedes instruirte, compartir mis ocupaciones. Esto me causará extremado placer. Mientras yo dibujo o trabajo, tú me leerás, y nuestras jornadas transcurrirán así deliciosamente… No exijo que te guste la música. Te fastidiaré con ella lo menos posible. Tocaré mientras tú estés paseando…

ARTÍCULO QUINTO: Si pasamos el invierno en Nohant, leeremos muchas obras útiles que hay en la biblioteca y que tú no conoces. Me darás cuenta de ellas. Hablaremos de ellas después de que las hayas leído. Me harás compartir tus reflexiones, como lo haré yo con las mías: todos nuestros pensamientos y placeres nos serán comunes.

ARTÍCULO SEXTO: Ni enfados ni cóleras por tu parte, ni tristezas por la mía. Si a pesar tuyo te enfadas, no te ocultaré que me haces daño, y, al decírtelo dulcemente, te moderarás en seguida. Cuando hablemos del

pasado, lo haremos sin amargura, sin acritud, sin desconfianza. ¿Por qué tenerlas, ahora que lo sabes todo? ¿Por qué lamentar lo que sucedió, ahora que somos felices? ¿No fue eso, precisamente; lo que nos aproximó y reunió? ¿Lo que te hizo más querido para mí que nunca? Sin lo sucedido, yo no sabría lo que vales. Ni sabrías tú cómo hay que obrar para hacerme feliz.

ARTÍCULO SÉPTIMO: En fin, seremos dichosos, viviremos en paz, desterraremos los pesares y los amargos pensamientos. Será una competencia para ver cuál es más perfecto…

ARTÍCULO ÚLTIMO: Otro año, si nuestros negocios lo permiten, iremos a pasar el invierno en Burdeos, si tú lo crees posible. Si no, demoraremos este proyecto. Pero me permitirás contar con que, un día u otro, lo realizaremos.

He aquí mi plan. Léelo atentamente, reflexiona y respóndeme. No creo que pueda herirte. Esperaré tu decisión con ansiedad. De aquí a entonces, quiero vivir de esperanza…[43].

Al leer este texto sorprendente, Casimir se sintió dividido entre el deseo de no decepcionar a su esposa, el remordimiento de haberla hecho tan desgraciada y el temor a ser ridículo. A su cuñado Hippolyte, al que viera en Châteauroux en noviembre de 1825, le hizo, después de un almuerzo copiosamente rociado, amargas confidencias. Hippolyte era un realista cínico; lo sublime no era su fuerte. Escribió entonces a Aurore una carta de censura y reproche. Ella le replicó con firmeza:

Me tratas con desprecio; dices que tengo todos los defectos de una mala esposa. Y ¿quién te lo ha dicho? No ha sido Casimir, no; si la tierra entera me lo dijese, no lo creería…[44].

Hermanos y hermanas se juzgan unos a otros con mayor lucidez que maridos y mujeres. Hippolyte simpatizaba con su cuñado, que era también su compañero de bebida. Reprochaba a Aurore el que hiciera desgraciado a Casimir, y aconsejaba a éste la severidad. Pero Casimir se negaba a escuchar los consejos del amable borracho. También él era presa del vértigo novelesco; quería levantarse por encima de sí mismo, y que su mujer no tuviese que ruborizarse de él. El sufrimiento despierta el espíritu; la desgracia es el

camino de la sensibilidad; el corazón crece en la angustia. El Eterno Marido sintió repentina sed de sacrificio.

> *Casimir a Aurore, 13 de noviembre de 1825*: No puedo decirte, angelito mío, todos los sueños que tuve anoche. Sólo te diré dos, aunque acaso el segundo sólo sea la continuación del primero. Yo estaba con mi padre, no sé dónde. «—Casimir, ¿por qué estás triste? ¿Tienes pesares? —me preguntó. —¡Oh, no, por Dios! —le contesté—. Pero estoy fatigado de la vida, quiero morir. —Bien, amigo mío, bien, muy bien, he ahí un hermoso sentimiento —exclamó—; ese sentimiento inflama la imaginación, eleva el alma y capacita para las acciones más grandes y generosas». Mucho me habló a este respecto. Finalmente, le dije yo: «Adiós, padre mío, adiós». Partí, para ir tampoco sé a dónde. Y vuelvo a encontrarme en una cena, en Paris, con nuestros amigos del balneario y de París. Entro al comedor y veo a Stanislas[45], a cuyo lado te hallabas tú, tendida sobre una tabla, pálida, desfigurada y exhalando el último suspiro… Me parece que el mundo entero me abandona. Estoy enfermo; en mi cabeza hay algo que no marcha. Tengo siempre una venda sobre la frente; mis ideas no son claras, no puedo calcular… No sé de dónde he sacado todas estas negras ideas… El tiempo que más echo de menos es aquel en que tú me regañabas. Llorabas también, gatita mía. Yo simulaba enfado, pero, en el fondo, estaba contento. Me amabas, querida amiga, me lo decías a menudo. Regáñame como lo hacías entonces… Huyo de mi alcoba como de la peste; apenas pongo en ella los pies cuando siento sobre el corazón un peso como de cien libras. Ni un alma que compadezca mis penas, ni un corazón que pueda comprenderme. ¡Ay, hombre, sólo te compones de orgullo y codicia!… Me detengo. Me elevo demasiado. Temo caer[46].

En Nohant tomó de la biblioteca *Pensées*, de Pascal, y procuró lealmente leerlos, conforme a los deseos de su esposa: «Lamento infinitamente que mi pereza me privara de la lectura de esta obra que, por lo que he visto, eleva el alma y enseña a pensar y razonar…»[47]. En cada carta dirigida a Guillery hacía protestas de gran amor. Los éxitos de Aurore y sus conquistas lo habían llevado a juzgarse inferior a ella. En Burdeos, los juicios sobre su esposa lo habían sorprendido y enorgullecido a la vez: «Gozas aquí de brillante reputación, sólo se habla de tu extraordinario espíritu… Juzga cómo estaré de orgulloso… Ya te imaginarás el tono que me doy…»[48]. Regresará trayendo libros y un diccionario inglés: «Renuncio a la cacería; no volveré a salir solo; pasaré mi vida a tu lado…». Lo malo es que, en la vida conyugal, las buenas

resoluciones vienen casi siempre después de los acontecimientos que las han hecho vanas.

Casimir no había sido «engañado», pero había perdido el respeto de su esposa. Sus pobres cartas, afectuosas, patéticas, chapuceras, eran comparadas, no sin ironía, con las líricas efusiones de Aurélien. En Guillery lo trataba con amabilidad y altivez. Un día, en la mesa, después de una broma un tanto burda de su marido, se inclinó hacia él y le dijo a media voz, de manera que se la oyese: «¡Qué necio eres, mi pobre Casimir! Pero, de todos modos, te quiero como eres». Lo que hay en el matrimonio de más culpable no es el adulterio, sino la negación.

Se habían cambiado los papeles. En tanto que Casimir se tornaba, a su vez, sombrío y soñador, Aurore había recuperado la salud con la dicha. Asqueada por su experiencia conyugal, del amor «natural y completo» esperaba salvarse con un gran amor platónico, pero, temerosa de que el término asustase a un hombre, entretenía a Aurélien en la idea de que se trataba de una apacible y santa amistad. Sólo en sus ensueños se le entregaba: «Me aislaba en mi goce egoísta y secreto; me negaba a permitir que el objeto de mi extraño amor participase en las delicadezas y placeres de mi pensamiento…». Cuando su confiado esposo aceptó —en febrero de 1826— llevarla a Burdeos, volvió a ver a Aurélien. Sin duda fue deliciosamente coqueta, pues lo encadenó por largo tiempo. «Amaba los voluptuosos sufrimientos que resultaban para mí de esta lucha secreta». El espectáculo del deseo le era tan agradable como penosa la posesión. Conocía el imperio que tenía sobre su amigo y sabía que con una mirada, con una presión de la mano, podía hacer «palpitar su corazón».

Mientras festejaban a Aurore en Burdeos, un día llegó Casimir, lívido, a casa de Zoé Leroy. «¡Ha muerto!», dijo. Aurore creyó que se trataba de su hijo, y cayó de rodillas. «¡No, no, tu suegro!», gritó Zoé. «Las entrañas maternas son feroces; sentí un violento movimiento de dicha; pero fue un relámpago. Quería verdaderamente a mi viejo papá y rompí en llanto…»[49]. La joven pareja partió en seguida para Guillery. El coronel había muerto de un ataque de gota coral. La nuera besó efusivamente a la suegra, y la encontró yerta y glacial. La baronesa Dudevant era mujer de mundo, pero carecía de encanto y de ternura. Se había hecho asegurar por testamento el usufructo de toda la fortuna del barón, lo que era legal, ya que Casimir había nacido fuera del matrimonio. No obstante ser muy rica, no dejó parte alguna de la herencia paterna al mozo. No quedaba otra cosa por hacer que apartarse «de aquel estéril y amargo destino». Casimir y Aurore partieron para Nohant decididos,

a pesar de los fracasos anteriores, a establecerse allí definitivamente. La economía dicta la política, incluso la de los sentimientos. *Aurore a Caron*: «Este año estamos en la miseria. Hacemos construir granjas que nos arruman, y la sucesión no nos enriqueció…»[50].

III. El primer paso

Nohant: la placita de la aldea, sombreada por olmos centenarios; el patio plantado de acacias y de lilas; las avenidas enarenadas; los setos; la gran habitación del piso bajo; el canto de los pájaros; los divinos olores.

> *Aurore Dudevant a Zoé Leroy*: Hay un placer real en volver a sentirse bajo su techo, entre sus gentes, sus animales y sus muebles. Nada de todo esto es indiferente… Este país me recuerda toda mi vida. Cada árbol, cada piedra, trazan de nuevo un capítulo de mi historia. Comprenderás, amiga mía, que respire con satisfacción el aire que me faltaba…[51].

¿Con satisfacción? Acaso. Ciertamente gozó al ver de nuevo a sus viejos servidores, al actuar como antaño de boticario y hasta médico de los campesinos, componiendo ungüentos y jarabes, poniendo sinapismos y haciendo sangrías; al jugar en el jardín con su hijito, que, no pudiendo pronunciar *Aurore*, la llamaba «mamá Auló», al sentarse al claro de luna para escuchar «esas ranitas que sólo tienen una nota en la voz, pero cada una un tono diferente y que, a la noche, se reúnen en un rincón del prado para cantar una canción a la luna»[52].

No todo andaba bien en aquel Nohant rumoroso y florido. Quería a sus berrichones, pero los encontraba menos despiertos que los gascones; para escapar de su natural indolencia, muchos de ellos bebían. Su hermano Hippolyte, que había venido a vivir muy cerca de los Dudevant, en el castillo de Montgivray, se embriagaba a menudo hasta rodar por el suelo. Y Casimir lo imitaba, sin duda para olvidar su tristeza. A pesar de mutuos compromisos, el matrimonio no andaba mejor. La propiedad se había convertido en un permanente motivo de conflicto. Aurore la administraba en ausencia de su marido; así presidió las cosechas de 1826. Pero hubiese querido reinar plenamente sobre aquel pequeño reino, que era suyo. Su príncipe consorte consintió por un año; fue un lamentable fracaso. Él le había abierto un crédito

de diez mil francos; gastó catorce mil y perdió el cargo, lo que le causó gran amargura. La correspondencia con Aurélien continuaba —el propio Casimir servía en Ocasiones de mensajero cuando iba a Burdeos— y el amante invisible estaba junto, a ella día y noche:

> Un ser ausente con el cual conversaba sin cesar, a quien refería todas mis reflexiones, todos mis ensueños, todas mis humildes virtudes, todo mi platónico entusiasmo; un ser excelente, en realidad, pero al que yo adornaba con todas las perfecciones que no tiene la naturaleza humana, un hombre, en fin, que se me aparecía por unos días, a veces por algunas horas, en el curso de un año y que, tan romántico para conmigo como yo misma, no había causado pavor alguno a mi religión, ni confusión a mi conciencia, tal fue el sostén y el consuelo de mi exilio en el mundo de la realidad…[53].

Entre Burdeos y Nohant se cambiaban regalos. Ella tejía una bolsa para él o bordaba unos tirantes; él le enviaba una boina vasca, unos libros. Las cartas de Aurélien eran joviales o graves, más que tiernas. No pudiendo hablar de amor, disertaba sobre política, combatiendo —pues era monárquico— el bonapartismo hereditario y el liberalismo instintivo de la hija de Maurice Dupin. Ella escribía más que él y a veces le reprochaba su silencio; él se quejaba entonces de recibir cartas muy cortas. La verdad es que, a pesar de las pocas visitas a Burdeos autorizadas por el magnánimo Casimir, aquel amor sin amor languidecía.

La política que separaba a los apasionados amigos aproximó por un instante a los esposos. Casimir, como Aurore, era liberal; juntos apoyaron en La Châtre a un candidato de oposición: Duris-Dufresne, republicano, «hombre de una honestidad a la antigua, de un espíritu amable y benévolo, teñido todavía de elegancia Directorio; peluquín, pendientes, rostro vivo y fino; en suma, el jacobino más sociable»[54] y más delicado. Para apoyarlo, los Dudevant fueron a establecerse a La Châtre, en donde alquilaron una casa y dieron comidas y bailes. Aurore había vuelto a encontrar allí a los amigos de infancia que su marido, receloso en un comienzo, había acabado por tolerar porque compartían sus ideas: el rubio Charles Duvernet, «joven de ensoñaciones melancólicas»; el «gigantesco Fleury», apodado el Galo, «hombre de inmensas zarpas, barba aterradora y mirada terrible; hombre fósil, hombre primitivo»; el espiritual Alexis Dutheil, abogado, picado de viruelas, conversador brillante y alegre que consolaba a Aurore cuando tenía *spleen*; el

poético Jules Néraud, llamado el Malgache porque había visitado Madagascar, discípulo, como la señora Dudevant, de Rousseau y Chateaubriand.

Toda aquella loca pandilla recorría, a la luz de la luna, los caminos, los bosques y las calles despertando a los burgueses, espiando a las parejas de enamorados o entrando al baile de los obreros para bailar la *bourrée*. A veces, mientras Casimir roncaba, Aurore se escapaba de Nohant por la noche, con su hermano, y galopaba hasta La Châtre e iba a cantar una romanza bajo las ventanas de Dutheil. O bien partía al amanecer con Néraud, que era naturalista, para estudiar plantas, minerales e insectos. Se consagró un otoño al estudio de los hongos, otro al de los musgos y líquenes. La sombra de Rousseau planeaba sobre la pareja de herbolarios. Naturalmente, los compañeros de juegos o investigaciones se enamoraban de la linda mujercita, que, vestida con blusa y pantalón, los trataba como a camaradas. Dutheil era casado; no obstante, hizo su corte, sin éxito. El Malgache, aunque desdentado y, también él,, casado, probó suerte. Se le rechazó. «La inhumana» relataba jocosamente a Casimir las declaraciones que le hicieran: «No teniendo un corazón susceptible de amor, no lo siento por él ni por nadie», en tanto que confesaba al Malgache que «andaba un poco enamorada por ahí», lo que no impedía que la señora de Néraud le escribiera «una carta de necedades», reprochándole «su hipocresía, su coquetería y todo lo que terminaba en *ía*».

Es cierto que cada vez se complacía más en despertar los deseos que no tenía intención alguna de satisfacer. Los hidalgüelos y burgueses de La Châtre censuraban sus coqueterías y sus libertades. ¿No había pretendido la señora Dudevant reunir en un mismo baile a la primera, la segunda y la tercera sociedad del lugar? ¿No había impulsado al señor de Périgny, el subprefecto, a invitar al maestro de música y a su esposa? «Otra vez el estilo Dudevant», decían al saberse una nueva extravagancia. Aurore lo sabía y juzgaba a la provincia maligna y necia. Tanto más cuanto que aquella pequeña ciudad intransigente era bastante inmoral: «Los hombres pasaban las noches en la taberna, se embriagaban, se entregaban a la relajación en todas sus formas. Las mujeres, y las mejores, eran de una ligereza inaudita»[55].

Estos ejemplos y aquellas críticas injustas inclinaban a la licencia a una mujercita que, hasta entonces, había sido imprudente, pero casta. Las cartas de Aurélien, cada vez más raras y menos tiernas, la protegían mal de las tentaciones.

El ser ausente, casi podría decir *el Invisible*, del que hiciera el tercer término de mi existencia —Dios, él y yo—, estaba fatigado de aquella aspiración al amor sublime… Sus pasiones tenían necesidad de un aliento distinto al de la amistad entusiasta y la vida epistolar… Sentía que me convertía para él en una cadena terrible, o que ya sólo era una diversión del espíritu… Todavía lo amé largo tiempo, en el silencio y el abatimiento… No hubo explicaciones ni reproches cuando tomé mi decisión…[56].

¿Qué decisión? Todavía vacilaba. En 1827, durante un viaje a Auvernia, escribió un diario que no fue publicado, pero que tenía estilo:

¿Qué hacer? llueve. Jamás he tenido tantas ganas de pasearme. Me siento antojadiza. Presumo de mujer bonita. ¡Ah!, lo que es mujer, ¡no mucho! Y bonita, todavía menos. Hace diez años no estaba mal… ¿Si escribiese a alguien? Sí, a mi madre, por ejemplo… ¡Ay, madre mía! ¿Qué te he hecho? ¿Por qué no me quieres? Sin embargo, soy buena. Bien sabes que soy buena. Tengo mis violencias, y son terribles. Tengo cien defectos, pero soy buena en el fondo. Pobre madre, eres ligera, pero no eres mala. No, no lo eres. Sólo eres extravagante… Y ¿si me quejase a mí misma?… ¿Si me contase mi historia? Es una buena idea. Escribamos memorias…[57].

Seguía una prefiguración de lo que fue más tarde la *Histoire de ma Vie*. Aquella mujercita de veintitrés años hablaba de su vejez anticipada:

El corazón, concluía tristemente, permaneció puro como el espejo… Fue ardiente, fue sincero, pero ciego; no pudieron empañarlo; lo rompieron. Partí para los Pirineos… ¿Qué es lo que oigo? ¿La cena ya?…[58].

Y este primer ensayo se detuvo con la llamada de la campana.

En este diario había talento, comicidad y desesperación. Había renunciado a la redención espiritual de su esposo. Triste por haberla perdido, incapaz de reconquistarla, consciente de su inferioridad, Casimir bebía cada vez más. Aurore sentía que Aurélien se alejaba de ella. Había prestado juramento de respetarla, pero no de no buscar su placer en otra parte. Él mismo derrumbaba el pedestal sobre el cual había querido ella colocarlo.

Aurélien a Aurore, 15 de mayo de 1828: Tiene usted dentro de su cabeza un tipo de razón, un tipo de sabiduría; en su imaginación moldea

usted a un ser conforme a ese tipo, y cuando lo ha hecho, cuando *lo ha hecho usted misma*, dice usted: es Fulano. No, no, yo no tengo ideas definidas y razonadas sobre todas las cosas. Y ¿me atreveré a confesárselo? ¿Habrá que romper el ídolo de un solo golpe? Para vergüenza mía, confieso que no tengo ideas precisas sobre nada…[59].

¿Era, pues, imposible retener a los hombres sin un vínculo carnal? Ya lo creía así. Hacerse amar sin entregarse, ser a la vez mujer fatal y amazona, esposa irreprochable y amante adorada, hermosos sueños, sí, pero que no se incorporaban a lo real.

Había encontrado de nuevo a aquel Stéphane Ajasson de Grandsagne con el que estudiara antaño, en su alcoba de muchacha, osteología sentimental. Era más sabio que nunca, y su rostro, enmarcado por un collar de barba, seguía siendo hermoso, aunque envejecido prematuramente: «Todavía disputa a la muerte un resto de juventud por ella marchitado y que no florecerá largo tiempo. Mitad tísico, mitad loco, ha venido a pasar aquí un período de convalecencia»[60]. La conmovieron sus mejillas hundidas, sus ojos extraviados, su encorvada espalda. Todo en él la atraía. Había despertado en ella las primeras emociones amorosas; era sabio y a ella le gustaba aprender; se decía ateo y, aunque creyente, se sentía turbada por aquella audacia; lo veía enfermo y le gustaba cuidar. En 1827, Stéphane vivía en París y acababa de entrar al Museo para colaborar con Cuvier. Latinista, helenista, naturalista, traducía las obras científicas de los grandes escritores de Grecia y Roma. Escribía un prefacio, erudito, pero sin genio, para el *De Rerum Natura*, de Lucrecio. Por momentos, Aurore creyó encontrar en él al maestro que buscaba. La Châtre no tardó en juzgar que se comprometía con él. Cuando Stéphane no estaba en Berry, Hippolyte Châtiron, que había tomado un apartamiento en París con su joven esposa Émilie de Villeneuve, lo recibía allí y transmitía a Aurore sus noticias…

Hippolyte Châtiron a Aurore Dudevant: Creo que sus males provienen en gran parte de su desorden. Es un auténtico saco roto y, cuando tiene dinero, su corazón es para todos sus amigos y su bolsa para el mundo entero… No conozco a nadie mejor que él. Su instrucción y su ingenio se hallan muy por encima de lo que se cree; su maldita cabeza es de fuego. No cabe duda que pronto se hará un hombre, si tiene tiempo, con ingresos bastante buenos…

Otra carta de Hippolyte a Aurore: A fuerza de nuevas imprudencias, nuestro amigo Stéphane se halla enfermo otra vez. Ha querido ganarle al tiempo, y la fiebre le ha aceptado el reto. Me canso de sermonearle… Ha acabado por afirmar que estoy más loco que él…[61].

Aurore a Hippolyte: Mucho me aflige lo que me cuentas de Stéphane. No quiere cuidar de su salud ni de sus negocios, y no ahorra fuerzas ni dinero. Lo que es peor, se enfada con los buenos consejos, trata de pedantes a sus buenos amigos y los recibe de manera de taparles la boca. Sabía todo esto mucho antes de que me lo dijeses, y, antes que tú, mis de una vez recibí sus cordiales reprimendas… Quisiera poder dejar de quererlo, pues para mí es un constante motivo de penas el verlo andar por mal camino, negándose siempre a darse cuenta. Pero, hagan lo que hagan, a los amigos hay que quererlos hasta el fin, y no sé retirar mi afecto una vez que lo he dado… Se me criticará siempre el estar tan apegada a él y, aunque no se atrevan a manifestármelo abiertamente, a menudo descubro la censura en los rostros de quienes me obligan a defenderlo… Stéphane me será siempre caro, por desventurado que sea. Ya lo es, y cuanto más lo sea, menos interés despertará; tal es la norma de la sociedad. Yo, al menos, repararé hasta donde me sea posible sus infortunios. Me encontrará cuando todos los demás le vuelvan la espalda… No se sospechan verdaderos errores en las personas a las que se quiere…[62].

En el otoño de 1827, hallándose ausente Casimir, regresó Stéphane al Berry. Traía a su tierra natal el aire de París y las ideas más recientes. Aurore lo vio a menudo y se lo escribió a su marido con ese arte, tan femenino, de decir la verdad envolviéndola en una nube de insignificancia.

Aurore a Casimir, Nohant, 17 de octubre de 1827: Desde que te fuiste, amigo mío, casi no he estado sola. He visto a Stéphane, a su hermano, a Jules Néraud, a Dutheil, a Charles y a Ursule, que, habiendo sabido por Stéphane —que regresó hoy a la Marche— que yo estaba enferma, vino a cuidarme hoy. He tenido una fiebre muy alta…

19 de octubre de 1827: Estoy mucho mejor. No como todavía, pero duermo bien y el asunto no tendrá consecuencias. Temí caer enferma, pero veo que la indisposición proviene de la época del mes… Me caigo de sueño y voy a acostarme temprano… Olvidé darte una polaina de modelo. Si Stéphane regresa a tiempo, te la enviaré con él. Pero ¿dónde está y qué

hace? Sólo Dios sabe. Sería una injusticia preguntarle lo que tiene en la cabeza. Como te dije, le vi esta semana; luego se marchó para Guéret con su hermano… Van de cacería… Lejos de ti me siento muy triste, muy desgraciada y muy desorientada. Por lo demás, obra a tu antojo, sé feliz y quiéreme. Nadie te lo pagará mejor. Escríbeme la fecha de tu regreso, si es que quieres que mande a buscarte a Châteauroux…[63].

Carta cordial; pero tan pronto como Casimir regresa a Nohant, Aurore parte hacía París con Jules de Grandsagne y busca allí a Stéphane.

Aurore a Casimir. Paris, 8 de diciembre de 1827: Hoy almorcé en casa de mi madre. Hoppolyte le dijo que yo había llegado la antevíspera. Tenía, pues, muchas ganas de enfadarse. Finalmente, cuando le demostré que había pasado todo el tiempo descansando, sin poder moverme, se apaciguó y me hizo tan buena cara como le es posible… Hippolyte trajo a Stéphane, presentándolo con su propio nombre; lo recibió muy bien a pesar del lío que le habían contado… Seguramente me veré obligada a pasar aquí toda la semana próxima, pero, pase lo que pase, regresaré a fines de ella. Stéphane dice que regresará con nosotros, cosa que no creo en absoluto, dada la frecuente variación de temperatura de su cerebro…[64].

El *lío* era un chisme sobre una aventura Aurore-Stéphane, de la que nadie dudaba entonces. Aurore viajaba con Stéphane, lo escoltaba en Berry, lo seguía a París, y los descendientes de Stéphane han revelado que los dos amantes cambiaban ardientes cartas[65]. Las que, al mismo tiempo, dirigía Aurore a Casimir estaban marcadas por ese afecto un poco excesivo de las mujeres a las que remuerde alguna falta. El 13 de diciembre pidió a Casimir que no fuera a buscarla; Stéphane se encargaría de acompañarla al Berry. El pretexto de la permanencia en París había sido la necesidad de consultar a los médicos; vio a los más ilustres, que la encontraron bien de salud.

En realidad, sus males sólo eran del alma. Después de su regreso a Nohant, cayó en la languidez y la melancolía. Estaba sombría como una culpable. *A Zoé Leroy*: «No te pido que me quieras como antes. No merezco ya la amistad de nadie. Como el animal herido que muere en un rincón, no sabría buscar alivio ni socorro entre mis semejantes…»[66]. ¿Por qué esta súbita humildad en un ser tan orgulloso? Había regresado embarazada, acaso por obra de Stéphane. Pues el niño nacería el 13 de septiembre de 1828, lo que hacía coincidir su concepción con la permanencia en París; Aurore dijo

que había nacido antes de tiempo debido al susto que le diera la pequeña Léontine Châtiron, hija de Hippolyte, al caerse de una escalera en Nohant. Pero Casimir mismo, ¿se hacía ilusiones al respecto?

Aurélien de Sèze, que llegó de improviso a Nohant en las primeras horas de la mañana de un día de comienzos de septiembre, encontró a Aurore sola en el salón, desdoblando y arreglando la canastilla. «¿Qué hace usted aquí?», le preguntó él: «Ya lo ve usted. Me doy prisa para esperar a alguien que llega más pronto de lo que pensaba»[67]. Aurélien no pudo conciliar este inesperado nacimiento con las protestas de amor celestial y de castidad total, incluso conyugal, que no cesaran de henchir las cartas y palabras de su amiga. Cuando Zoé Leroy vio de nuevo al señor de Sèze, se asustó de su dolor. Se había vuelto un poco loco; parecía absorto en sus pensamientos, atizaba el fuego, corría al piano, tocaba con dos dedos… *Zoé Leroy a Aurore Dudevaut*: «No he podido ver de nuevo a Aurélien sin imaginar que había dejado en Nohant un cortejo formado de dolor, desgarradora consternación y horrenda soledad…»[68].

En todo caso, el parto fue difícil. Hippolyte estaba ebrio hasta el punto de rodar por la alfombra en el cuarto de su hermana. Desde su lecho, Aurore oía la conversación que, en el cuarto vecino, tenía Casimir con una sirvienta española, Pepita. Sus palabras no admitían duda alguna respecto a la naturaleza de sus relaciones. La criatura, una niña hermosa y gorda, fue llamada Solange. «Posteriormente —escribe Louise Vincent—, cuando Stéphane de Grandsagne iba a Nohant, sus amigos le hacían bromas. “Y bien —decía él—, ¡voy a ver a mi hija!”. Y la propia señora Dudevant llamaba a veces a su hija *la señorita Stéphane*[69]». No obstante, el señor Dudevant nunca habló de repudiar a su esposa. Quería a Nohant, a su hijo y a la misma Aurore. Esta había adquirido sobre él el ascendiente de un alma fuerte sobre un espíritu débil. «Perezoso de espíritu e infatigable de piernas», a la noche no sabía hacer nada distinto a roncar. Había hecho malas inversiones con los capitales del matrimonio; esto lo hacía tímido y contrito. Por lo demás, si sobrevenía una separación, ¿adónde iría? Guillery era de su madrastra. Entre los dos esposos se estableció una especie de tregua. Ella toleró las travesuras domésticas y las borracheras; él la dejó libre, a condición de que no le pidiera dinero. A lo que, por otra parte, se exponía dada la administración cada vez peor de sus negocios. En 1828 cayó en manos de un estafador llamado Desgranges, que «lo acaparó haciéndole beber champaña y prestándole su querida», y le vendió «un bonito *brick* comercial, del que le mostró una imagen». Dudevant invirtió veinticinco mil francos. Sólo que el *brick* no

existió nunca y que el señor Desgranges era un armador *in partibus*. Aurore había desconfiado desde el comienzo.

Aurore a Casimir, 20 de diciembre de 1829: Veo, como la luz del día, que el señor Desgranges se burla de ti. Puedes decírselo de mi parte; al menos, ¡a mí no me engaña! Te hace creer que quieren comprar tu parte; te hace conceder citas; te distrae con palabras; te duerme con promesas. Tú corres, esperas, confías de buena fe, en tanto que el señor Desgranges sabe perfectamente que no se ha presentado comprador alguno. Cada día cuentas con el día siguiente; y el día siguiente te trae una nueva mistificación… Todo ello es la consecuencia de una primera tontería y debería servirte de lección. No se pueden cerrar negocios al levantarse de un almuerzo, cuando se tiene la desgracia de no ser sobrio…, y estoy convencida de que éste lo hiciste copa en mano. Te doy mi opinión para no insistir, pues el pasado está a nuestras espaldas; nos queda el porvenir: de éste me cuidaré yo. Hasta ahora, me había abstenido de calcular, porque tenía una confianza ilimitada en tu juicio y en tu razón. Veo que eres tan capaz como cualquiera de dejarte engañar. Esto proviene del infortunado defecto que contrajiste en el servicio militar, del que te habías corregido en los primeros años de nuestro matrimonio, pero que, bien a pesar mío, has adquirido nuevamente. No te enfades por lo que te digo. El derecho a decirse la verdad es recíproco… Soy madre ante todo y tengo carácter cuando se necesita. Siempre me hallarás lista a disculparte, a consolarte, pero te diré en voz alta mi parecer respecto a las cosas que afectan el porvenir de tus hijos…

No se debe, como tú dices, echar la soga tras el caldero…, ni dejar en manos de un hombre muy sospechoso, y muy poco estimado, veinte o quince mil francos, que abren una brecha en una fortuna como la nuestra. Tu impaciencia, tu desaliento, no son de un hombre cabal. Cuando se comete un error, no se le repara blasfemando, suspirando ni reprochándoselo constantemente a costa de la salud, de la tranquilidad propia y de la de los demás. Se tiene carácter; se intimida a los hipócritas; se rechazan sus invitaciones —dos son ya excesivas—; no se va como amigo a casa de un hombre a quien no se estima…

No sé cómo anda el negocio del molino, pero me parece que también anda mal… ¿No puedes meterte en un negocio sin embrollarlo todo? No tienes suerte en los negocios; déjalos, pues, de una vez. En todo caso, pensaremos mejor reunidos todos en casita que andando dispersos. Dutheil, que entiende de negocios; Hippolyte, al que tanto tiempo creíste loco —y que acaso tiene en este terreno más sentido común que nosotros dos—, nos arreglarán a presuponer los gastos de la casa… En la propiedad puedes

hacer lo que te venga en gana. Si quieres y puedes, todos los años comprarás unos terrones más de tierra. Aunque debo advertirte que todo el mundo dice, en la región, que tienes el secreto para comprar más caro que nadie…[70].

Hacía ya largo tiempo que Aurore no compartía la alcoba de su marido. Había instalado a sus dos hijos en el piso bajo, en el cuarto amarillo de la señora Dupin de Francueil, y ella ocupaba la habitación contigua, en la que se sentía segura, ya que sólo comunicaba con la alcoba de los niños. Dormía en una hamaca y se servía como escritorio de un panel del enmaderado que se abría en forma de mesa. Los libros, los herbarios, las mariposas, los pedruscos, atestaban aquella pequeña habitación. Allí escribía, soñaba, meditaba. Descontenta con la vida, buscaba como podía una compensación esbozando novelas. Todavía procuraba, como en el convento, entrar en relaciones directas con Dios. Concedía poca importancia al culto exterior, a las prácticas religiosas.

Lo que en Nohant, como en el convento, me absorbía era la búsqueda ardiente o melancólica, pero asidua, de las relaciones que pueden, que deben existir entre el alma individual y esa alma universal que llamamos Dios. Gomo ni en hecho ni en intención pertenecía yo al mundo; como mi naturaleza contemplativa esquivaba totalmente sus influencias; como, en una palabra, sólo podría y quería obrar en virtud de una ley superior a la costumbre y a la opinión, me interesaba fundamentalmente buscar en Dios la solución del enigma de mi vida, la noción de mis auténticos deberes, la sanción de mis sentimientos más íntimos…[71].

¿Hipocresía? Todo prueba lo contrario. Jamás se apartó Aurore de su Dios. Sólo que, como todo ser humano necesita para vivir algún acuerdo consigo mismo, borró de su espíritu la idea de que el adulterio es un pecado mortal. Llegó a pensar a este respecto como su madre: «Nada de eso tiene importancia, con tal de que el amor sea sincero». Lástima que Aurélien hubiese llegado a su vida demasiado pronto y en una época en que ella todavía no estaba lista para «dar el salto». Acaso él hubiese sido el amante romántico que ella necesitaba. Aurore hizo varios viajes a Burdeos y volvió a ver a su amigo, pero lo encontró «afeado y envejecido». No hubo explicaciones entre ellos y la correspondencia continuó todavía por algún tiempo.

Maurice crecía. Como buena discípula de Rousseau, Aurore comenzaba a preocuparse por la educación de su «Émile». Duris-Dufresne, el diputado por quien los Dudevant hicieran tan valiente campaña en La Châtre, había contado a Châtiron, en el curso de un viaje, que uno de los hijos del general conde Bertrand aprendió a leer en unas pocas lecciones gradas a un nuevo método. Aurore le pide detalles:

> *Aurore Dudevant a Duris-Dufresne, 4 de agosto de 1829*; Me perdonará usted, caballero, que entre en estos detalles y que lo importune haciéndole perder un tiempo que nos es muy precioso. Me tranquiliza pensar que acaso no considere usted la opinión que le solicito solamente como un importante servicio a una madre de familia, sino también como un medio parcial de extender los progresos de una preciosa reforma en la dirección de la enseñanza primaria. Siempre consagró usted corazón y vida al beneficio de sus conciudadanos: esta consideración me estimula a dirigirme a usted y a preferir su opinión a cualquier otra…[72].

El diputado dio di nombre del preceptor de los niños Bertrand: Jules Boucoiran. La señora Dudevant escribió a éste y lo contrató como preceptor de su hijo, en septiembre de 1829, pero el ensayo sólo duró tres meses.

> *Aurore a Casimir, 14 de diciembre de 1829*: Dime lo que haya que darle al señor Boucoiran y le despediré. No me respondas con tu habitual: *Haz lo que quieras*, que jamás es si ni no… Tengo que saber a qué atenerme y de dónde sacar ese dinero, pues no quiero conservar eternamente a este mozo. No me gusta mucho y presumo, por lo demás, que no le disgustará marcharse…[73].

Boucoiran regresó a casa del general Bertrand. No es verdad que disgustase a la señora Dudevant. Era un joven meridional, simpático y servicial, que se había convertido para ella en amigo, enamorado naturalmente, pero al que mantenía a distancia. A lo sumo, si él hacía alguna diligencia para ella en París, le prometía «darle un beso por el trabajo». Había mostrado ser buen maestro, «de una sublime exactitud gramatical»; a los seis años, Maurice leía correctamente; comenzaba a estudiar música, ortografía y geografía. *Aurore a Boucoiran*: «La educación de Maurice comienza antes de que termine la de usted… Adiós, mi querido hijo… Los niños y yo lo

besamos afectuosamente. Cuente siempre con su vieja amiga… ¿Recibió usted su chaleco?».

La presencia de Boucoiran, aunque fuese «un poco letárgico», había ayudado durante algunas semanas a la señora Dudevant a soportar una vida que ya nada tenía de conyugal. A ciencia y paciencia de todos, Casimir mantenía dos líos domésticos: con Pepita, niñera castellana de Solange, y con Claire, camarera de la señora Châtiron. Aurore trataba de escribir novelas: *La Marraine, Aimée*. Sorprenderá a Boucoiran con «esa elasticidad y esa fuerza de carácter que, después de las escenas domésticas más violentas, le permitían reír al día siguiente como si nada hubiese sucedido, sin doblar la cabeza bajo el peso de su infortunio»[74]. A veces, regresando de noche, a caballo y sola, de La Châtre, reflexionaba sobre su extraña situación. Juzgaba mediocres a casi todos los que la rodeaban, peto ¿valía ella más? Había estudiado más cosas; tenía más sensibilidad y, creía, una piedad más sincera. ¿Pero no se equivocaba con respecto a sí misma?

> Buscaba a Dios en el rayo de una estrella y recuerdo que, en las sombrías noches de otoño, veía pesados rebaños de nubes correr sobre mi cabeza, velándome el firmamento. ¡Ay! —me decía yo—, así te me escapas siempre, ¡oh tú, a quien persigo! Dios a quien sirvo al azar, misterio que he abrazado como a una potencia real, rayos inaprensibles de los que he hecho la antorcha de mi vida, ¿dónde estás? ¿Me ves y me oyes?… ¿Soy un alma elegida, encargada por ti de cumplir alguna santa y dulce misión sobre la tierra, o simplemente el juguete de una novelesca fantasía abierta en mi pobre cerebro, como un germen que el viento pasea por él espacio y que deja caer en cualquier parte?…
>
> … Entonces, abrumada de desesperación y sintiéndome casi loca, corría al azar en mi caballo bajo la noche oscura… Había un lugar del camino siniestro para mi familia. En un recodo, pasado el decimotercer álamo, al regresar a casa en una noche oscura, había caído allí mi padre, que apenas tenía entonces más edad de la que tengo yo ahora. A veces me detenía allí para evocar su memoria y buscar, a la luz de la luna, las huellas imaginarias de su sangre sobre las piedras. Casi siempre, al acercarme a aquel sitio, lanzaba mi caballo a toda velocidad y le soltaba las riendas, espoleándolo en aquel recodo en que el camino se ahondaba y hacía peligrosa mi carrera…[75].

Estaba convencida de que, lejos de La Châtre y Nohant, existía una sociedad afable, elegante, ilustrada, en donde los seres de algún mérito podían

cambiar sus ideas y sus sentimientos. Hubiese «recorrido diez leguas por ver pasar a Balzac»[76]; admiraba a Hugo como a un dios, pero estas grandezas la espantaban de tal manera, que ni siquiera se le ocurría dar un paso hacia ellas. Cuando iba a París con Maurice, al apartamiento prestado por Hippolyte, sólo veía a su madre —escoltada siempre por un viejo amigo, Pierret—, a Caron, a los Du Plessis y, naturalmente, a Stéphane.

Aurore a Casimir, 2 de mayo de 1830: Ayer por la mañana y hoy vi también a Stéphane. No sé cómo se enteró de que yo estaba aquí. Encontró una carta para mí en la portería de Hippolyte y escribió su nombre en el sobre —a guisa de tarjeta—, y al día siguiente vino, muy limpio y gracioso. Hoy, *idem*. Veremos cuánto dura esta luna de miel…[77].

De París da un salto a Burdeos:

Se va de aquí en treinta horas; pasaré allí dos días y estaré de regreso a comienzos de la semana próxima. He estado muy indecisa e incluso fastidiada con este viaje, pues escasamente veré a Aurélien, que está siempre en el campo… Te diré lo que me ha decidido a hacerlo: un instante de acidia y de tristeza, que me da el deseo y la necesidad de moverme. Hasta ahora, mi madre ha estado encantadora conmigo y creo haberle correspondido de la misma manera… Recibo una carta de ocho páginas en la que se me prodiga todo lo que el odio y la cólera pueden inventar. Se me dice, entre otras cosas, que he venido a París *a hacer mis farsas* y que es *ella* quien me sirve de *pretexto* ante ti para este viaje, etcétera.

Tan pronto como llegue a Burdeos te daré noticias mías. No te pido que me escribas allí, pues me quedaré muy poco y podría no recibir tu carta. Pero escríbeme aquí; estaré de regreso casi al tiempo con tu respuesta… No he dicho a *nadie* aquí que voy a Burdeos… Digo que voy a pasar unos días «en el campo», sin más explicaciones… De modo que no le hables de esto a la señora Dudevant, si le escribes…[78].

El marido se transforma en confidente.

IV. El pequeño Jules

1830. Nohant vivía su rutina. Casimir recorría campos y bosques y, a la noche, roncaba o perseguía a Pepita. *Aurore Dudevant a Jules Boucoiran*: «Ya sabe usted cómo se vive en Nohant: el martes se parece al miércoles; el miércoles, al jueves, y así sucesivamente. Sólo el invierno y el verano traen algún cambio a este estado de permanente estancamiento… Yo me encuentro bien en todas partes gracias a mi alta filosofía o a mi profunda nulidad…»[79]. Su único placer era reinar sobre los mozos de los castillos vecinos. Casi todos los días montaba a caballo y, sin preocuparse de su marido, corría a La Châtre o a casa de algunos amigos.

Así fue, el 30 de julio, a casa de Charles Duvernet, al castillo de Coudray. Encontró allí a Fleury —el Galo—, a Gustave Papet y a un joven de diecinueve años al que no conocía: Jules Sandeau. Era un rubito encantador, «rizado como un pequeño San Juan de Natividad». Su padre era recaudador del Ministerio de Finanzas de La Châtre y Jules se había encariñado con la pequeña ciudad. «No hay un rincón en sus calles que no tenga su parte de felicidad». Como desde muy niño mostrara gran vivacidad de espíritu, sus padres, que eran pobres, realizaron grandes sacrificios para darle una buena educación. Había tenido éxitos escolares en el colegio de Bourges y luego, en noviembre de 1828, había partido hacia París, en donde quería estudiar derecho. En las vacaciones regresaba a La Châtre, y para él era una dicha regresar en carreta por el viejo puente, sentirse traqueteado sobre el guijarroso pavimento de la calle Royale y ver de nuevo la plazuela, las calles desiertas y solitarias, el establo que servía de teatro y la granja en que se bailaba. La juventud dorada de La Châtre había intentado asociar al forastero a sus placeres, pero al pequeño Jules no le gustaban la caza ni el ruido. Perezoso y frágil de salud, se acurrucaba con un libro tras un seto y se dormía soñando con futuras dichas.

A la llegada de la señora Dudevant a casa de los Duvernet, el guapo mozo se alejó del grupo, como por discreción, libro en mano, y fue a sentarse en un banco de césped, bajo un viejo manzano. Esta reserva picó a la joven, que arrastró a los demás hacia el árbol, prosiguiéndose la conversación en torno de Sandeau. Se habló de la revolución que acababa de estallar en París. Las noticias eran escasas y confusas. Se sabía que había habido descargas y barricadas. ¿Era la República? Aurore, siempre activa y ardiente, ofreció ir a La Châtre en busca de noticias. Al montar a caballo, gritó: «Charles, mañana me llevará usted a todos sus amigos a comer… Caballeros, cuento con *todos* ustedes». Dio un latigazo a Colette y desapareció al galope.

Al día siguiente, 31 de julio, Sandeau fue con sus amigos, por primera vez, a Nohant. Aurore les leyó una carta que había recibido de Jules Boucoiran. Se trataba realmente de una revolución, que aquel pequeño grupo liberal recibió con entusiasmo. Casimir, a quien la política despertaba, fue nombrado teniente de la guardia nacional y pronto tuvo dentó veinte hombres a sus órdenes. Aurore estaba inquieta por su madre y sobre todo por su tía, Lucie Maréchal, cuyo marido era inspector de la Casa del Rey. Pero «en tales momentos, la fiebre está en la sangre y el corazón demasiado oprimido para entregarse a la sensibilidad»[80]. Aurore estaba orgullosa de encontrar a La Châtre más decidida que Châteauroux. Si la gendarmería atacaba, si incluso enviaban un regimiento de Bourges, se defenderían: «Siento una energía que no creía tener. El alma se desarrolla con los acontecimientos»[81]. El carácter exaltado y autoritario, los ojos negros y ardientes, la ágil figura de la castellana de Nohant fascinaron al pequeño Sandeau. Y en cuanto ella le demostró el menor interés, él se enamoró locamente. Se encariñó con Aurore Dudevant porque lo encantaba; porque hablaba de los mismos temas que él y hablaba mejor; y, sobre todo, porque ella era fuerte y él débil. Los mozos sin carácter buscan amantes maternales, en tanto que las mujeres sin humildad encuentran en la generosa protección que otorgan una excusa para la servidumbre amorosa.

Durante algunas semanas, Aurore luchó, lo que era heroico en el estado de su corazón. Todo él la tentaba: su extrema juventud, sus mejillas blancas y rosadas, sus cabellos rubios, su espíritu, el aire de París que traía, sus ensueños románticos.

> Si supiera usted cómo quiero a ese pobre niño; cómo desde el primer día su mirada expresiva, sus maneras bruscas y francas, su tímida torpeza ante mí, me hicieron desear verlo, examinarlo. Era no sé qué interés que cada día se hacía más vivo y al que ni siquiera pensaba en resistir… El día en que le dije que lo amaba, todavía no me lo había dicho a mí misma. Lo sentía y no quería convenir con mi corazón, y Jules lo supo al mismo tiempo que yo. No sé cómo ocurrió. Un cuarto de hora antes, yo estaba sola, sentada sobre la escalinata del porche, con un libro en las manos que mis ojos no leían. Mi espíritu se hallaba totalmente absorto en un pensamiento único, gracioso, dulce, encantador, pero vago, incierto, misterioso…[82].

Durante largo tiempo pensaría con ternura en el bosquecillo donde se confesaron su amor.

> Hay un sitio que quiero sobre todo. Es un banco colocado en un bonito bosquecillo que forma parte de mi jardín. Fue allí donde, por primera vez, nuestros corazones se hablaron en voz alta. Donde nuestras manos se encontraron por primera vez. Fue allí donde, muchas veces, fue a sentarse al llegar de La Châtre, jadeante, fatigado, en un día de sol y tormenta. Encontraba allí mi libro y mi chal y, cuando yo llegaba, se escondía en una avenida vecina, y yo veía su sombrero gris y su bastón sobre el banco. Cuando se ama, no hay nada necio en las cosas pequeñas. ¿Verdad, amigo mío, que no se reirá usted de que le diga todas estas naderías?…
>
> Hasta el lazo rojo de aquel sombrero me hacía estremecer de alegría. Todos aquellos jóvenes, Alphonse, Gustave, etc., tenían sombreros grises iguales al suyo, y cuando estaban en el salón y yo pasaba por la estancia vecina, echaba una mirada a los sombreros. Por el lazo rojo sabía que Jules era uno de los visitantes: los otros lazos eran azules. De modo que guardé ese cordoncillo como una reliquia. Hay para mí en su aspecto toda una vida de recuerdos, de agitación y de dicha…[83].

Finalmente, dio el nuevo paso. Hay en Nohant un pabellón que da, por un lado, sobre el parque, y, por el otro, sobre el camino. Aurore lo había hecho arreglar en 1828; podía servir de lugar de cita. Al pasar por allí, el visitante evitaba la entrada del pueblo y la del castillo. No se despertaba la atención de los criados. A veces los amantes se encontraban también en los bosques, en el sitio llamado La Couperie, mientras sus amigos vigilaban. Naturalmente, La Châtre comentaba sin benevolencia esta aventura de una mujer casada, madre de familia, con el «pequeño Jules».

> *Aurore Dudevant a Jules Boucoiran, 27 de octubre de 1830*: Los chismes cunden más que nunca en La Châtre. Los que me quieren coco, dicen que *amo a Sandot* —ya comprenderá usted el alcance de la palabra —; los que no me quieren nada dicen que *amo* a Sandot y a Fleury a la vez; los que me detestan, dicen que Duvernet y usted por añadidura tampoco me disgustan. De manera que tengo cuatro amantes a un mismo tiempo. No es demasiado cuando se tienen, como yo, vivas las pasiones. ¡Perversos e imbéciles! ¡Los compadezco! Buenas noches, hijo mío… Escríbame[84].

¿Qué le importaban, ante la felicidad, los enredos y embustes de La Châtre? «Concentro mi existencia en los objetos de mis afectos. Me rodeo de ellos como de una batallón sagrado que espanta las ideas negras y desalentadoras»[85]. Para comprender a Aurore Dudevant en 1830 y sus necesidades de aventuras sentimentales y espirituales, es preciso imaginar lo que era entonces en Francia la efervescencia intelectual. Reinaba la pasión. Como en otro tiempo la Razón, se deificaba ahora la Locura. Los nuevos poetas y las nuevas doctrinas filosóficas y sociales embriagaban a los jóvenes. Se será hugólatra, sansimoniano, furierista con delirio. En La Châtre, como en La Ferté-sous-Jouarre, Dupuis y Cotonet se interrogaban sobre el romanticismo. El individuo no era ya, como en el siglo XVII, un miembro responsable de una comunidad social y religiosa; se convertía en un fin en sí mismo, en un objeto de contemplación estética. «Los tigres son más bellos que los carneros. Pero la edad clásica había tenido a los tigres enjaulados. Los románticos rompían las rejas y admiraban el salto magnífico con que el tigre aplasta al cordero…»[86]. La realidad imita a la ficción. En la época de la *Astrée*, se amó como los héroes de Scudéry. En los tiempos de Goethe se amaba como Werther, esperando que llegara el momento de amar como Hernani.

En La Châtre, la joven baronesa Dudevant, tigresa en potencia, era la musa de la subprefectura. Pero se encontró muy sola cuando se terminaron las vacaciones y sus grandes hombres partieron a París. Les escribió cartas en que la ironía y una poesía netamente shakespeariana disimulaban, valerosamente, una profunda melancolía.

> *Aurore Dudevant a Charles Duvernet, 1.º de diciembre de 1830*: ¡Bienaventurada, tres veces bienaventurada la ciudad de La Châtre, patria de grandes hombres, tierra clásica del genio!… Desde tu partida —oh, rubio Charles, joven de ensoñaciones melancólicas, de carácter sombrío como un día de tempestad, infortunado misántropo que huyes de la frívola alegría de una juventud insensata para entregarte a las negras meditaciones de un cerebro ascético —han amarilleado los árboles y se han despojado de sus brillantes galas… Y tú, gigantesco Fleury, hombre de las zarpas inmensas, de espantable barba y mirada terrible; hombre de los primeros siglos…, desde que tu masa inmensa no ocupa ya, como los dioses de Homero, el espacio de siete estadios en la comarca, desde que tu pecho volcánico no absorbe ya el aire vital necesario a los habitantes de la tierra, el clima del país se ha hecho más frío y más sutil el aire… Y tú, ¡pequeño Sandeau, amable y ligero como el colibrí de las sabanas perfumadas!,

¡gracioso y picante como la ortiga que, batida por el viento, se agita frente a las torres de Châteaubrun!, desde que no atraviesas ya, con la rapidez de una gamuza y las manos en los bolsillos, la placita…, las damas de la ciudad sólo quieren levantarse, como los murciélagos y las lechuzas, a la puesta del sol; ni se quitan su gorro de noche para asomarse a la ventana y las papillotes han echado raíces en sus cabelleras… En cuanto a vuestra infortunada amiga, no sabiendo qué hacer para ahuyentar el tedio de pesadas alas, fatigada de la luz del sol que no ilumina ya nuestros sabios paseos y nuestras graves disertaciones de La Couperie, ha tomado la resolución de tener fiebre y un buen reumatismo, únicamente para distraerse y pasar el tiempo…[87].

Pero se pasaba el tiempo bastante mal. Su única compañía era su cuñada, Émilie Châtiron, dulce y buena, que se acostaba a las nueve, mientras Aurore iba a escribir o dibujar en su habitación. Los dos pequeños roncaban en la estancia vecina. Solange seguía siendo gorda y fresca; Maurice trabajaba bien y su madre le enseñaba ortografía. Hippolyte y Casimir andaban casi siempre de juerga. Este estancamiento no podía durar. A la señora Dudevant se le había metido en la cabeza ir a reunirse con Jules a París. Su vida conyugal le parecía cada vez menos auténtica. Sólo huyendo de esa vida llegaría a ser ella misma.

¿Qué podía retenerla? ¿La religión? La religión que conservaba, toleraba el amor. ¿La moral? Era la época en que los más graves sansimonianos predicaban la ley del placer. Los grandes artistas, los reformadores, enseñaban que la «falange sagrada», obligada a las experiencias audaces, debe despreciar los convencionalismos burgueses. Esta inteligente mujercita deseaba seguir a los mejores espíritus de su tiempo. ¿Su marido? Tenía queridas y ella no admitía que esa licencia fuese unilateral.

Aurore Dudevant a Jules Boucoiran, 3 de diciembre de 1830: Usted conoce mi hogar; sabe si es tolerable. Veinte veces se sorprendió de verme levantar la cabeza al día siguiente de que me la rompieran. Todo tiene un término… Buscando algo en el escritorio de mi marido, encontré un paquete dirigido a mí. Tenía un aspecto solemne que me sorprendió. Estaba rotulado; *Para abrir después de mi muerte*. No he tenido la paciencia de esperar a ser viuda… Estando dirigido a mí, tenía derecho a abrirlo sin indiscreción, y siendo muy buena la salud de mi esposo, podía leer con sangre fría su testamento. ¡Vive Dios! ¡Qué testamento! ¡Nada más que maldiciones! Había reunido allí todos sus accesos de mal humor y de cólera

contra mí, todas sus reflexiones sobre *mi perversidad*, todos sus sentimientos de desprecio para mi carácter. Y ¡me dejaba esto como una prenda de su ternura! Creía soñar, yo, que cerrara los ojos hasta ahora, sin querer ver que me despreciaban. Esta lectura me ha sacado, por fin, del sueño. Me he dicho que vivir con un hombre que no tiene por su mujer ni estimación ni confianza, sería tanto como querer dar vida a un muerto. He tomado mi decisión y, no vacilo en decirlo, irrevocablemente…[88].

Sin esperar un día, anunció su decisión inquebrantable: «Quiero una pensión; iré a París; mis hijos se quedarán en Nohant». La firmeza de su mujer dejó estupefacto a Casimir. Tenía la voluntad de hierro de Maurice de Sajonia. Y hasta las astucias del estratego, pues pedía más de lo que quería. No tenía deseo alguno de abandonar a sus hijos, a Nohant y ni siquiera a su esposo. Seis meses por año, en París; seis meses, en Nohant; tres mil francos de pensión; aceptaba mantener la ficción conyugal si eran aceptadas estas condiciones. Lo fueron.

Quedaba por arreglar la suerte de los niños. Aurore tenía la intención de llevarse a «su gorda pequeña» en cuanto estuviera segura de poder alojarla y criarla. Tres mil francos eran poca cosa para ella, a la que le gustaba dar y no le gustaba hacer cuentas; necesitaba ganar algún dinero; no dudaba que lo conseguiría pintando, escribiendo o decorando tabaqueras. En cuanto a Maurice, su padre se proponía ponerlo interno en París, pero era todavía demasiado niño y delicado. Necesitaba un preceptor, y Aurore quería que fuera Boucoiran: «Si va usted a Nohant —le escribió ella—, podré respirar y dormir tranquila; mi hijo estará en buenas manos, su educación progresará, se vigilará su salud, su carácter no será echado a perder por el abandono o el rigor exagerado…»[89]. Sin duda, Casimir Dudevant no era amable; ¿lo era más la condesa Bertrand? Habiendo sido nombrado el general director de la Escuela Politécnica, la familia Bertrand podía ofrecer a Boucoiran la permanencia en París; pero ¿es que nada valían una gratitud de mujer, una ternura de madre? «Usted sabe que mi corazón no es frío y sé que no quedará por debajo de sus obligaciones…»[90]. Como todos los jóvenes, el preceptor estaba fascinado por la señora Dudevant. Esta última frase abría perspectivas deliciosas. Aceptó. Pero cuando le sugirió que realizara un viaje con él a Nîmes, adonde iba a ver a su familia, ella se esquivó. Según decía, había de manejar con tacto a su marido para que el futuro preceptor de sus hijos no se le hiciese sospechoso. «Le perseguiré a usted hasta la muerte con mis

agradecimientos y con mi ingratitud. *Tómelo como quiera*, como dice mi viejo cura…»[91].

> *Aurore Dudevant a Jules Boucoiran*: Tendré que decirle qué necias deducciones sacaron de sus asiduidades para conmigo y de mi familiaridad con usted. ¿Sabe usted que esa mujer, mitad en broma y mitad en serio, simula tomarme por un Don Juan femenino de su propia especie?… Nunca dirigió una mujer perdida frases más aceradas contra una mujer honesta… En París, en Burdeos, en El Havre, en todas partes tenía yo amantes. El iniciarlo a usted no era otra cosa que un pasatiempo más…[92].

Instalado el preceptor, ya nada le retenía. Sólo Hippolyte Châtiron intentó impedir la partida de Aurore. El espiritual borracho tenía el vino sensible y, por las noches, iba a llorar al cuarto de su hermana: «¿Piensas vivir en París, con tu hija, con doscientos cincuenta francos mensuales? ¡Es para morirse de risa! ¡Pero si tú no sabes siquiera lo que vale un pollo! Antes de quince días estarás de vuelta con las manos vacías». «Intentaré, de todos modos», respondía ella. Es verdad que aquella gran heredera, legalmente despojada por el matrimonio, no tenía ya un óbolo propio. Pero esperaba reconquistar un día sus hijos, su fortuna y su casa. No escogía una vida bohemia para libertarse de las preocupaciones hogareñas: «No soy uno de esos espíritus sublimes que no pueden bajar de las nubes». Le gustaba hacer mermeladas y sembrar sus coles. Romántica en su deseo de romper los convencionalismos, era burguesa por su amor a Nohant y a la vida doméstica. Gustosamente hubiese hecho suya la fórmula: «El hombre verdaderamente extraordinario es el auténtico hombre ordinario». Coser, cocinar, lavar, no la asustaban, pero sólo quería servir a un ser amado.

Desde que Casimir supo la inminente partida de su mujer, comenzó a lamentarse. «Hoy —decía ella— ¡me llora! ¡Peor para él! Le pruebo que no quiero ser soportada como un fardo, sino llamada y buscada como una compañera…». Al reunirse en París con el gracioso y ligero Sandeau, soñaba con ser para él simultáneamente amante, ama de casa y madre. Desde su matrimonio había estado en letargo. Por fin iba a vivir: «¡Vivir! ¡Qué dulce, qué bueno es, a pesar de las penas, los maridos, los disgustos, las deudas, los parientes, los chismes, a pesar de los punzantes dolores y las fastidiosas aulagas! ¡Vivir es embriagador! ¡Es la dicha: es el Gelo!». El 4 de enero de 1831, la señora Dudevant salió de Nohant. Estaba alegre por haber conquistado su libertad, muy triste por abandonar a sus hijos. Maurice lloraba,

pero la promesa de un uniforme de la guardia nacional, con chacó de pluma roja, lo calmó.

Tercera parte
George Sand

> ¿Son acaso los sentidos los que arrastran? No, es la sed de algo distinto. Es el ansia de encontrar el amor verdadero que llama y huye siempre.
>
> MARIE DORVAL

I. Dos grandes hombres de provincia en París

Llegó cansada y aterida; el coche de postas no cerraba bien. Jules Sandeau, emocionado y solícito, la esperaba. La instaló en el apartamiento de Hippolyte Châtiron, 31 calle de Sena. Inmediatamente gravitó en torno de ellos un grupito de berrichones: Félix Pyat, estudiante de derecho y periodista, republicano exaltado que, antes de las Tres Gloriosas, reemplazara en una sala de banquetes el busto de Carlos X por el de La Fayette y a quien este acto de relumbrón valía un efímero prestigio. Émile Regnault, estudiante de medicina, confidente y consejero de Sandeau; el gigante Fleury, el de los bigotes de galo; Gabriel de Planet, que había fundado en París un club berrichón, y Gustave Papet, *el Mylord*, el hombre rico de la pandilla, que pagaba en el teatro las barritas de caramelo.

Entre estos mozos, todos un poco enamorados de ella, Aurore se sintió feliz. Aquel París de 1831 era embriagador: «La revolución es permanente, como la Cámara. Y se vive tan alegremente en medio de las bayonetas, los motines y las ruinas como si se estuviese en plena paz. Todo esto me divierte…»[1]. La literatura no era menos revolucionaria que la política. Era la época de los grandes estrenos románticos, en que los *bousingots* desafiaban a los burgueses. En 1831 apareció *Notre Dame de Paris*; Michelet publicó su *Introduction a l'Histoire Universelle*; Buloz fue nombrado director de la *Revue des Deux Mondes*. Un poco más tarde, Marie Dorval, actriz adorada por los jóvenes rebeldes, creó el ANTONY de Dumas, apología del adulterio

y la bastardía. Fue «una agitación, un tumulto, una efervescencia de la que difícilmente podría hacerse hoy una idea». Para defender la obra, Aurore y sus amigos se hallaban en el patio. En aquella época las mujeres sólo iban a los palcos y a balcón. A fin de circular libremente y vestirse sin mayor gasto, la señora Dudevant se vistió de hombre. Habiendo cazado en blusa y polainas con Deschartres, no experimentaba incomodidad alguna al disfrazarse. Los hombres llevaban levitas cuadradas, de las llamadas *à la propriétaire*, que caían hasta los talones y ceñían poco el talle. Aurore se puso una levita de paño gris. Con un sombrero del mismo color y una enorme corbata de lana, parecía un pequeño estudiante de primer año. Sus botas, sobre todo, le encantaban. ¡Ah!, libertarse de los zapatos puntiagudos que se deslizaban sobre el barro como patines, ¡qué alegría!

Pero más todavía, libertarse de la servidumbre femenina. Pasearse del brazo de un mozo sin que La Châtre murmurase: «¡Otra vez la señora Dudevant!». Para que la mudanza fuese completa había roto todo vínculo con su antiguo mundo. Sólo pensaba en su marido en la medida en que lo necesitaba. *Aurore a Casimir*: «Ten la bondad de enviarme dinero para las compras de medias, zapatos, etc… Escríbele en seguida al señor Salmon para que me entregue trescientos francos. Adiós, amigo mío. He visto a mi madre, a mi hermana, a Charles Duvemet y a Jules de Grandsagne. Voy a oír a Paganini… Te beso de todo corazón…»[2]. Estas cartas eran una carga, pero breve.

Hizo una última visita a su querido convento de las Inglesas. El cañón de julio había trastornado a la comunidad. La Madre Alicia, triste y atareada, sólo concedió un instante a la que fuera «su hija». Aurore comprendió que las amistades exteriores nada cuentan a los ojos de las religiosas. Visitó a sus dos amigas de Cauterets, Jane y Aimée Bazouin. Ambas estaban casadas: eran condesas, ricas, aduladas. Se separó de ellas resuelta a no verlas nunca más; aquellas encantadoras muchachas habían elegido el conformismo y la ortodoxia. Estaban en su derecho; Aurore Dudevant prefería pasearse libremente por el desierto de los hombres, erguida la cabeza, «los pies en la escarcha, los hombros cubiertos de nieve, las manos en los bolsillos, el estómago un poco vacío a veces, pero tanto más llena la cabeza de sueños, melodías, colores, formas, rayos y fantasmas»[3].

Pero había que vivir. No podía quedarse en casa de Hippolyte, que a menudo venía a París y necesitaba su apartamiento. La más pequeña buhardilla le costaría trescientos francos anuales. Una portera haría la limpieza por quince francos mensuales. Un tabernero le llevaría las comidas

por dos francos diarios. En fin de cuentas, sería posible subsistir exactamente dentro de los límites de la pensión de tres mil francos, pero sin comprar muebles, ni libros. Para trabajar trató de instalarse en la biblioteca Mazarine. ¡Ay! Aurore era friolenta y la biblioteca estaba mal calentada. Ganar dinero se convertía en una obligación imperiosa; pero ¿cómo? ¿Pintar cajas a la acuarela? ¿Hacer retratos de quince francos? Había pobres diablos dispuestos a emborronarlos por cinco francos, y ella había fracasado en el de su portera, lo que creó mala impresión en el barrio. ¿Escribir? ¿Por qué no? «Reconocí que escribía de prisa, fácilmente, largamente, sin fatiga; que mis ideas, adormiladas en mi cerebro, se despertaban y encadenaban por la deducción al correr de la pluma…»[4]. Bastante lenta en la expresión coloquial, se hacía espiritual y viva en sus cartas. En suma, era un escritor nato y lo sabía. Siempre le había complacido anotar sus impresiones. Traía en su equipaje una novela: *Aimée*, compuesta en Nohant. Pero ¿cómo ganarse la vida con lo que hasta entonces sólo fuera una diversión? ¿Y cómo penetrar en el mundo de las letras?

El hombre más poderoso que conocía entonces en París era Duris-Dufresne, el diputado de La Châtre. En pocos días se convirtió en «mi bueno y viejo amigo Duris-Dufresne». Él se mostraba cortés y galante con su bonita compatriota; «su papá», le decían a Aurore los ujieres de la Cámara cuando buscaba a «su» diputado por los pasillos. Fue a él a quien le habló de escribir. La reacción natural de un hombre bien colocado al que se le pide una recomendación es ofrecer la de su jefe de partido. Habló de presentarla al señor de La Fayette. «No busque tan alto —le dijo ella—; las gentes demasiado célebres no tienen tiempo para ocuparse de cosas secundarias». Recurrió entonces a uno de sus colegas de la Cámara, el señor de Kératry, gentilhombre bretón, novelista, que, liberal bajo la Restauración, se había hecho conservador después de 1830. Aurore Dudevant había leído una absurda novela de él, *Le Dernier des Beaumanoir*, en la que un sacerdote violaba a una muerta. «Su ilustre colega es un loco —le dijo ella a Duris-Dufresne—; no obstante, se puede ser buen juez sin saber mucho». Más tarde contó que la entrevista había sido cómica y desastrosa. El señor de Kératry, anciano de cabellos blancos, la recibió a las ocho de la mañana, dándose mucho tono, en una bonita alcoba en donde, bajo un edredón de seda rosa, se hallaba acostada su joven esposa. «Seré franco —parece que le dijo él—; una mujer no debe escribir… Créame, no haga libros, haga hijos». «Caballero —respondió ella, echándose a reír—, aplíquese a sí mismo el precepto»[5] 5. Pero

este relato es veinte años posterior al acontecimiento, y los documentos narran algo muy distinto.

> *Aurore Dudevant a Jules Boucoiran, 12 de febrero de 1831*: Por la mañana estuve en casa de Kératry y conversamos al calor del fuego. *Le* conté cuánto hablamos llorado leyendo *Le Dernier des Beaumanoir*. Me dijo que era más sensible a este género de éxitos que al aplauso de los salones. Es un hombre digno. Espero mucho de su protección para vender mi novelita…[6].

Tenía una recomendación de una amiga de La Châtre, la señora Duvemet, para un escritor berrichón: Henri de Latouche. No le faltaban vínculos con él, pues era primo de los Duvemet y su padre había sido amigo de Maurice Dupin; pero tenía reputación de hombre de carácter difícil. Hyacinthe Thabaud de Latouche era «un aristócrata que se divertía haciendo demagogia y que odiaba la democracia». Su lenguaje era tan escogido, que en un principio se le creía afectado; en realidad, era su manera natural de hablar. Lo había ensayado todo: teatro, novela, periodismo, erudición, y brilló en todo, pero siempre en segunda fila. Una novela suya, *Fragoletta*, en la que una mujer vestida de hombre hacía una vida licenciosa, había tenido un pequeño éxito de escándalo y encantado a Théophile Gautier. Latouche fue el editor póstumo de André Chénier y uno de los introductores de Goethe en Francia, sin lograr él mismo domar «al monstruo», es decir, a la gloria. Tenía el amor propio en carne viva; un carácter agrio, pronto a ofenderse; un cuerpo que jamás se hallaba en paz con su estómago ni con sus nervios. Excelente crítico para los demás, había formado más genios que nadie, sin llegar a ser él mi genio. «He hecho más autores que obras», decía amargamente. Se había convertido, por ejemplo, en el gruñón maestro del joven Balzac y, muy juiciosamente, lo había encauzado hacia Walter Scott y Fenimore Cooper. Balzac, sin embargo, no le quería. Sólo un hombre creía fervorosamente en Latouche: Charles Nodier, cuya hija, molesta con tantos elogios, decía: «Felizmente Dios hizo el mundo, pues de no ser así le correspondería la honra al señor Latouche».

A los ojos de la pequeña señora Dudevant, Latouche era un gran hombre. Fue a visitarlo a su apartamiento del *quai* Malaquais, y encontró a un hombre de cuarenta y cinco años, bastante gordo, chispeante de ingenio y de exquisitos modales. Tenía una voz velada, dulce, penetrante, a la vez acariciadora y burlona. Un ojo que le saltaran en la infancia no lo desfiguraba

en lo más mínimo y no le quedaba del accidente otra huella que una especie de fuego rojo que escapara de la pupila muerta, dándole «no sé qué fantástico brillo». Había tenido grandes éxitos con las mujeres e inspirado un amor trágico a Marceline Desbordes-Valmore, de la que tenía un hijo.

> *Aurore Dudevant a Casimir, 15 de enero de 1831*: Vi al señor de Latouche, que estuvo muy amable. El domingo me llevará a la Abbaye-aux-Bois, a casa de la señora Récamier; Delfine Gay leerá allí poesías y veré todas las celebridades de la época. Esta noche voy a su casa para leer mi novela, y estoy muy ocupada con un artículo que se publicará en la *Revue de París*. Me ha ofrecido, además, colaborar en *Le Fígaro*, pero yo no quiero. Hay, pues, muy hermosas promesas. ¿En qué pararán? Lo ignoro…[7].

Latouche escuchó pacientemente la lectura del manuscrito de *Aimée* que llevara Aurore. Cuando concluyó, le preguntó: «—¿Tiene usted hijos, señora? —¡Ay, sí, pero no puedo tenerlos conmigo ni regresar a su lado! —¿Y piensa usted quedarse en París y ganarse la vida escribiendo? —Es absolutamente preciso. —Lo lamento, pero no encuentro aquí elementos de éxito. Créame: arrégleselas para regresar al techo conyugal». Ella lo escuchó respetuosamente, terca como una berrichona. Cuando le dijo que el libro carecía de sentido común, ella respondió: «Es exacto». Que era preciso rehacerlo todo: «Se puede rehacer». Y escribió a Casimir: «Dicho entre nosotros, jamás me entenderé con un hombre como Latouche». No tardaría en descubrir que, «tras de echar fuera el sobrante de ingenio», Latouche mostraba un corazón tierno, lleno de abnegación y de generosidad.

Acababa de adquirir un periodiquillo satírico: *Le Figaro*. Habiendo peleado en las barricadas con los republicanos en 1830, Latouche, hombre de oposición por naturaleza, disparaba ahora sátiras y epigramas contra el régimen del rey-ciudadano. Ofreció a Aurore incorporarla al equipo de sus redactores, «toda una nidada de aguiluchos que ensayan el vuelo», decía orgullosamente. El periódico se hacía en torno del fuego, en el apartamiento del *quai* Malaquais. Cada uno tenía allí su mesita. Aurore se instaló cerca de la chimenea, cuidando de no manchar el hermoso tapete con fondo blanco de su director. A éste le gustaba enseñar, corregir, guiar, y arrojaba los temas a sus aguiluchos con pequeñas cuartillas recortadas por él mismo al tamaño deseado, a las que era menester ajustar el artículo o el «batiburrillo», que era el nombre que se daba entonces en *Le Figaro* a los ecos. Excelente método

para aprender a escribir corto; pero justamente era de lo que la novicia se creía incapaz. En vano le reservaba Latouche las anécdotas sentimentales: «Yo no sabía comenzar ni terminar dentro de aquel rígido espacio, y cuando *comenzaba a comenzar*, era el momento de conduit… Aquello era un suplicio pata mí…». Pero allí se charlaba y se reía. Latouche se revelaba luminoso de agudeza y adorable de grada paternal. «Yo escuchaba, me divertía mucho, no hacía nada que valiera la pena, pero, a fin de mes, ganaba doce francos, cincuenta céntimos…».

No obstante, el 5 de marzo de 1831 obtuvo un pequeño éxito. Aquel día, burlando las precauciones del régimen, escribió el siguiente *batiburrillo*:

> El señor Prefecto de policía publicará una nueva ordenanza, cuyas principales disposiciones serán las siguientes: 1.ª Todos los ciudadanos capaces de llevar armas serán convocados diariamente, desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, a fin de custodiar el Palais-Royal; y todas las noches, a partir de las once hasta las siete de la mañana, para cuidar de los templos y demás edificios públicos. Durante ese tiempo, las mujeres, niños y ancianos custodiarán las puertas de sus casas. Las familias que no cumplan estas instrucciones perderán el derecho a la protección de la fuerza armada y quedarán expuestas a la violencia de los agitadores; 2.ª A fin de que no se continúe turbando la tranquilidad de los habitantes, todas las mañanas, antes de amanecer, se dispararán veinticinco cañonazos en las plazas públicas. Se tocará a rebato en todas las iglesias y el clarín llamará a filas por todas las calles y a todas horas de la noche. Una patrulla nacional recorrerá todas las calles de la ciudad gritando: «¡Estad alerta!», como es de uso en las ciudades; 3.ª Se invita a todos los propietarios a hacer cavar en tomo de sus casas un foso de siete pies y medio de ancho, a fortificar la puerta cochera, enrejar las ventanas y tener en casa no menos de veinte fusiles para armar con ellos a sus inquilinos y domésticos, en caso de necesidad. Mediante estas precauciones, el gobierno promete a los habitantes una tranquilidad completa y durable. Se compromete a no descubrir más de doce conspiraciones por mes y a no soportar más de tres motines por semana. Los lunes, miércoles y viernes se destinarán a impedir las reuniones, y los martes, jueves y sábados, a dispersarlas…[8].

En los cafés, los bienhumorados se rieron, pero el rey-ciudadano se enfadó. *Le Figaro* fue embargado. Por un momento, la señora Dudevant espetó que la justicia buscase al autor del artículo anónimo y que la procesaran.

Aurore Dudevant a Charles Duvernet, 6 de marzo de 1831: ¡Vive Dios! ¡Qué escándalo en La Châtre! ¡Qué horror y desesperación en mi familia! Pero está hecha mi reputación: encuentro un editor que compre mis necedades y necios que las lean. Daría nueve francos, cincuenta céntimos, por la dicha de ser condenada…[9].

¡Ay! El procurador general detuvo el proceso. «El señor Vivien hizo saber a los tribunales que la cosa no debía pasar adelante. ¡Tanto peor! Una condena política hubiese hecho mi fortuna…»[10].

Por lo que hace al «pequeño Jules», también él debutaba en las letras. En un comienzo, Aurore había vacilado en recomendarlo a Latouche, cuyo apoyo debía manejar discretamente. Después de conquistar para sí misma el derecho de ciudadanía, se atrevió a mostrar un artículo de Jules, que gustó. A su turno, Sandeau se instaló en el apartamiento del director, ante una mesita cubierta con un bonito tapete. Más tarde, había llevado a la *Revue de Paris* un texto «increíble», escrito conjuntamente por los dos amantes y firmado por Jules. El doctor Veron, director de la *Revue*, lo había encontrado bien. «Estoy encantado por Jules. Esto nos prueba que puede triunfar. He resuelto asociarlo a mis trabajos o asociarme a los suyos, como quiera usted. Tanto da el que me preste él su nombre, ya que yo no puedo aparecer, como que le preste yo mi ayuda cuando él la necesite»[11]. Pero ella deseaba que esta «asociación literaria» permaneciese secreta: «Me pintan tan cruelmente en La Châtre, que sólo esto me faltaría para que acabasen conmigo»[12]. Escribir con su nombre era imposible. Su suegra, la baronesa viuda, después de sorprenderse de verla permanecer tan largo tiempo en París sin Casimir, le había preguntado: «—¿Es verdad que tiene usted el propósito de hacer imprimir libros suyos en París? —Sí, señora. —Está muy bien, ¡pero espero que no pondrá usted el nombre que yo llevo en la portada de libros impresos! —¡Oh!, claro que no, señora; ¡no hay peligro!»[13].

Así, pues, la pareja firmó en un comienzo: J. Sandeau. Los enamorados habían creído encontrar la dicha. Aurore escribía a Émile Regnault, amigo y confidente:

Necesitaba un alma ardiente que me amase como sabía amar yo, para consolarme de todas las cosas ingratas que desolaron mi juventud. Aunque vieja ya, he hallado ese corazón tan joven como el mío, ese afecto de toda la vida al que nada entibia y cada día fortalece. Jules ha vuelto a vincularme a una existencia de la que estaba fatigada y que sólo soportaba por deber,

en razón de mis hijos. Ha embellecido un porvenir del que estaba asqueada de antemano, y que ahora se me aparece todo lleno de él, de sus trabajos, de sus triunfos, de su conducta honrada y modesta. ¡Ah!, si supiese usted cuánto lo amo… Este pobre niño, que sufre tanto de esos involuntarios accesos de tristeza, en lo referente a crímenes… Al menos usted no lo hace ruborizarse por ello… Es menester comprender lo que en él hay de ardiente amistad y de ilimitada abnegación para compensar la frialdad aparente que algunas veces lo domina…[14].

Defendía a Sandeau porque los berrichones de París no le querían mucho. «Tenía un ingenio extraordinario —anotó más tarde Duvemet—, pero era un corazón seco y un hombre amasado con pequeñas vanidades y falsas ambiciones»[15]. Sandeau, consciente de esa hostilidad, se quejaba. «No se necesitan muchos amigos para ser feliz —decía Aurore—, pero él sufre amargamente cuando tiene que dudar de ellos». Más maternal que amorosa, Aurore lo cuidaba y consolaba. Frágil de salud, a menudo se olvidaba de alimentarse; ella se preocupaba porque comiera. No era trabajador; ella lo obligaba a sentarse a su escritorio, como si se tratase de un hijo. Le gustaba ejercer esta dulce tiranía. Para ella, el trabajo no era una servidumbre, sino una función natural.

Aurore Dudevant a Jules Boucoiran. 4 de marzo de 1831: Estoy más decidida que nunca a seguir la carrera literaria. A pesar de los disgustos que a menudo encuentro, a pesar de los días de pereza y de fatiga que vienen a interrumpir mi trabajo, a pesar de la vida más que modesta que llevo aquí, siento que mi existencia adquiere ahora su plenitud. Tengo una meta, una obra, digamos la palabra: una *pasión*. La profesión de escritor es una pasión violenta, casi indestructible. Cuando se apodera de una pobre cabeza, no puede ya abandonarla…[16].

En suma, su laboriosa vida de bohemia le hubiese encantado de no hallarse privada de sus hijos. A este propósito, su hermano le escribía desde Nohant cartas amenazantes: «Lo mejor que tú tienes es tu hijo; te ama más que nadie en el mundo. Cuida de no embotar ese sentimiento». No se equivocaba el áspero Hippolyte. Pero Jules y Aurore estaban seguros de poder fundar un hogar libre en el que pronto podrían vivir Solange y Maurice. Los dos amantes tenían los mismos gustos, las mismas simpatías. «Locamente trepaban por la estrecha y tortuosa escalera, y jamás invadían su pequeño

cuarto sin alegres transportes… Era un modesto rincón, situado demasiado cerca del cielo, donde los ruidos de la calle no llegaban nunca… No había allí ni tapetes ni cortinas, pero las flores prolongaban una eterna primavera…»[17]. ¿Quién no hubiese pronosticado a sus amores un prolongado porvenir?

II. De Jules Sandeau a George Sand

Fiel al pacto hecho con Casimir, Aurore regresó a Nohant en abril de 1831. La recibieron como si regresase del más ordinario de los viajes. Su hijita estaba bella como el mismo día; su hijo casi la asfixia con sus besos; su marido daba grandes gritos y comía con entusiasmo. Le alegraba ver de nuevo todo su mundillo berrichón, pero había dejado su corazón en un apartamiento de la calle del Sena.

> *Aurore Dudevant a Émile Reguault*: ¡Dios mío! ¡Qué alegre debe estar nuestra alcoba con este hermoso sol! Cómo debe reflejarse éste en ardientes espejos en los cruceros fronterizos y cubrir con placas de oro esas viejas fachadas que tienen aspecto de pagodas indias… El campo está muy bello aquí. Por la noche llegan a mi alcoba vaharadas del perfume de las lilas y el muguete; y mariposas amarillas rayadas de negro, y hay ruiseñores que cantan bajo mi ventana y abejorros que se precipitan de cabeza contra mi lámpara. Sin duda todo esto es delicioso. Y, sin embargo, a todas horas estoy pensando en París con sus noches vaporosas, sus nubes rosadas sobre los techos y los lindos sauces, de un verde tan tierno, que rodean la estatua de bronce del viejo Henri; y las pobres palomitas color de pizarra que hacen sus nidos en los viejos mascarones del Pont-Neuf. ¡Ah! París, mi buen París, con la libertad de amar y sentir, con mi Jules que tanto me quiere, mí Galo y mi buen colibrí…, la pequeña habitación sobre el muelle en la que os veo, a Jules con su grasienta y haraposa levita de artista y su camisa desabotonada, pateando y rompiendo las tenacillas en el calor de la discusión…[18].

Encargaba a Regnault que cuidase a Sandeau: «Buenas noches, mi bello Émile. Le recomiendo que bese a mi pequeño Jules y le impida morirse de hambre, según su costumbre…». Tenía prisa por regresar a París. ¿Qué es lo que pedía?

Con qué vivir y estar juntos. Eso es todo. Es la dicha… Dos chuletas y un poco de queso; una buhardilla con la vista de Nótre-Dame y el río; trabajo para pagar al propietario y al tabernero. Que otros se hagan un nombre célebre y sacrifiquen sus afectos al precario favor del público; nosotros no los imitaremos nunca, a menos que nos volvamos locos. Veo al pequeño en muy buen camino para ganar su vida y la mía. Ese Balzac es un muchacho encantador; si se hace amigo suyo lo tendré por un hombre digno, pues mido a los hombres por el grado de estimación que tengan por mi Jules…[19].

Pues el turenense Honoré de Balzac, protegido de Latouche como ellos, se había hecho amigo de los jóvenes amantes, que le inspiraban una tierna benevolencia y de vez en cuando animaban su buhardilla con su alegre y ruidosa verba[20].

Aurore deseaba que Regnault encontrase un alojamiento para su inminente regreso a París, pues Hippolyte exigía que le devolviese el suyo: «Jules no es capaz de conseguirlo, pero usted es otra cosa…». Regnault comenzó ofreciendo una habitación en un quinto piso en la isla de Saint-Louis.

Aurore Dudevant a Émile Regnault: El quinto piso es un poco alto. La isla de Saint-Louis un poco lejos… Lina sola habitación no es suficiente. Tengo una madre, una tía, una hermana, un hermano, que seguramente irán a fastidiarme… Si sólo tengo una habitación, corro el peligro de verme bloqueada sin poderlos evitar y de ser sorprendida en flagrante delito… Quisiera tener una salida por la que pudiera escaparse Jules a cualquier hora, pues también mi marido puede caer, no diré que del cielo, sino de la diligencia, cualquier día, a las cuatro de la mañana y, no teniendo alojamiento, ¡hacerme el honor de desembarcar en mi casa! Juzgue usted lo que sería de mí si le oyese llamar y sintiese su dulce presencia del otro lado de la puerta. La echaría abajo antes de que yo la abriese, y la situación sería eminentemente dramática…[21].

Por lo que se ve que la complacencia del señor Dudevant tenía sus límites, por lo demás difíciles de determinar. El buen Émile sugirió entonces un apartamiento de tres habitaciones en el número 25 del *quai* Saint-Michel.

30 de mayo: Vaya por el *quai* Saint-Michel, cuya posición adoro. Me las arreglará para que la habitación del fondo sea desconocida, atrincherada e impenetrable para los extraños. Se creerá que sólo tengo dos habitaciones. La tercera será la cámara oscura, la cámara misteriosa, el escondrijo del fantasma, la celda del monstruo, la jaula del animal sabio, el nicho del tesoro, la caverna del vampiro, ¿qué sé yo?… Arréglelo sin consultarme más…[22].

Pidió un plano del apartamiento, con todas sus medidas, a fin de poder traer muebles de Nohant. Pues en el propio Nohant no pensaba en otra cosa que en su vida con Jules. Iba a soñar al bosquecillo en que tan a menudo se encontrara con él en otro tiempo; se preguntaba cómo «con sus veinte años y sus mejillas blancas y rosadas» había ido a enamorarse aquel niño de una momia achacosa y decrépita.

15 de junio de 1831: Sentía una especie de irritación contra el pasado. Preguntaba a mi destino: ¿Por qué, cuando tenía veinte años, la belleza que he perdido, la serenidad de mi corazón sencillo y confiado, y ese amor por la humanidad que no puede subsistir con la experiencia, por qué cuando estaba hecha para ser amada, no encontré a Jules tal como es hoy? Ahora estoy vieja, marchita, quebrantada junto a un hombre joven, de pasiones ardientes…[23].

Toda mujer enamorada se duele de no poder ofrecer a su amante la virgen que fue, pero Aurore sabía muy bien que aún gustaba a los jóvenes. Insaciable, se complacía en sentir que Regnault y Fleury estaban enamorados de ella. Soñaba con un falansterio para los cuatro. «Nuestro amor, nuestra amistad, se hallan tan estrechamente ligados, que conversar del uno es no alejarse del otro. ¿Tenemos, entre los cuatro, un pensamiento que no nos sea común?…».

No, no estaba «vieja». Tenía veintisiete años y, a pesar de algunas molestias, una salud de hierro. Cuando estaba en Nohant arreglaba el jardín, galopaba hasta La Châtre para aplaudir a Duvernet, que representaba comedias, cuidaba a Maurice enfermo y todavía encontraba tiempo para escribir «una simpleza literaria y romántica, negra como los diablos», con conspiraciones, verdugos, asesinos, puñaladas, agonías, estertores, sangre, juramentos y maldiciones. «Son las seis de la mañana. Trabajo desde las siete de la noche. He hecho un volumen en cinco noches. De día, para divertirme,

enseño a mi hijo el latín que ignoro y el francés que apenas sé…». Ningún conflicto grave con Casimir.

Aurore Dudevant a la señora de Maurice Dupin, 31 de mayo de 1831: El hecho es que mi marido hace todo cuanto quiere; que tiene o no queridas conforme a su apetito; que bebe vino moscatel o agua pura, según su sed; que ahorra o gasta, de acuerdo con su gusto; que construye, siembra, cambia, compra y gobierna sus bienes y su casa como le parece. Yo en nada me meto… Por lo demás, es muy justo que esta gran libertad de que goza mi marido sea recíproca; de otro modo, se me haría odioso y despreciable; y él no quiere serlo. Soy, pues, totalmente independiente; me acuesto cuando él se levanta; voy a La Châtre o a Roma; regreso a casa a medianoche o a las seis; todo esto es cosa mía…[24].

Así, cuando en julio decidió regresar a París para instalarse allí, no consultó con nadie. Madre, tía y hermanos la censuraban; pero ella los puso en su sitio.

Hippolyte Châtiron a Casimir Dudevant, París, 6 de julio de 1831: Acabo de recibir una carta de Aurore… Tu esposa quiere su libertad. Quiere disipación, movimiento. No has sido mal marido para con ella y en esto se te hace justicia tanto aquí como en nuestra tierra. Déjala estar. Si le va mal, no se quejará de ti, ni de mí, ni de sus parientes. Si obra conforme a su voluntad plena y entera, ¿qué vas a hacer tú? Arreglártelas por tu cuenta, no preocuparte, morderte la lengua y cuidar de tu fortuna y de tus hijos… [25].

A Aurore le gustó el apartamiento del *quai* Saint-Michel, en la buhardilla de la gran casa que hacía esquina sobre la plaza. Tres habitaciones sobre el balcón, cielo, agua, aire, golondrinas, Nôtre-Dame a lo lejos. Para comprar muebles hubo de pedir prestados quinientos francos a Latouche y otro tanto a Duris-Dufresne. ¿Cómo pagar estas sumas enormes? ¿Montando un espectáculo de feria?

Aurore Dudevant a Émile Regnault: Planet hará de elefante, arrojando agua por las narices sobre los paseantes; el Galo hará de jirafa, y el pequeño Jules de *chappard* de la Nueva España. En cuanto a usted, le reservo una cubeta pata que haga de foca o cocodrilo. El Galo venderá pomada para los

cabellos, Planet una poción para la rabia, yo linimento para reumatismos, el pequeño Jules ungüento para las agallas y usted matarratas. Si no hacemos fortuna con todo esto, nos quedará un recurso: lanzamos de lo alto del balcón a la *sequane*…[26].

Aurore a Casimir: Vivo, desde luego, muy modestamente, sin concederme lujo alguno. Mis muebles son de nogal y cerezo; mi apartamiento está en el quinto piso… Necesito tener, de todos modos, lo indispensable. Mucho me ayudarías si me mandases mi mensualidad además de los mil francos… Me parece que hubieras podido encontrar dinero prestado en La Châtre… Para mí no es fácil conseguirlo aquí. He comprado lo necesario para instalarme, sin pensar que mi hermano y mi marido me dejasen tender la mano a extraños para pagar deudas urgentes… ¡Debiera saber mejor lo que podía esperar de ellos! He firmado a mi tapicero una obligación por 250 francos, pagadera el 15 de agosto. Mi madre me ha prestado 200 francos. Ahora hay que vivir, y todavía debo diversas cosas, un sombrero, zapatos, 300 francos a un ebanista… Lo que es evidente es que con toda la economía posible no hay término medio entre mendigar y pagar. Sólo conozco uno: la Morgue, que está frente a mis ventanas y en donde todos los días veo gentes que murieron por faltarles 20 francos… No puedo vivir del aire… Espero tu respuesta antes de dirigirme a extraños. Te deseo buen apetito…[27].

A su hermano Hippolyte, que fue a verla a comienzos de agosto, le hizo una escena molieresca, acusando de egoísmo e indiferencia a su familia, a la que *ella* había dejado de ver:

Hippolyte Châtiron a Casimir Dudevant, 5 de agosto de 1831: Varias veces he ido a ver a Aurore. Lo que sé es que muestra una gran injusticia para conmigo. Hace cuanto puede por mantener a los suyos a distancia. Luego me acusa de egoísmo y de indiferencia con respecto a ella. Me dice que ha sufrido hambre durante tres días, mando mi esposa y yo la hemos invitado veinte veces, sin que haya aceptado hasta ahora una sola. ¿Qué hacer? No lo sé. Aurore se sorprende de las privaciones a las que, por exclusiva voluntad suya, se somete. Creía ganar dinero con la literatura; parece que a este respecto ya está bien desengañada… Ultimamente me escribió una carta en la que me dice que si me pongo de acuerdo contigo para hacerla desdichada, privarla de sus hijos y mantenerla en una constante penuria, ¡se arrojará al río! Me dice que te prevenga a ti, para que

luego no tengas que reprocharte su muerte… He decidido adelantarle quinientos francos hasta el mes de octubre, mediante un bono que, estoy seguro, pagarás tú, ya que después de todo y a pesar de sus extravagancias… no hay que dejarla pasar necesidades, entregada a tristes reflexiones que podrían llevarla a un extremo del que jamás nos consolaríamos. Le dije que tú no te negabas a pagar sus muebles y a continuar dándole su pensión de mil escudos. Le dije que tenías intención de poner a Maurice interno en París en cuanto terminase Boucoiran; que si en vez de mezclar a terceros en sus arreglos contigo, te demostraba amistad y confianza, obtendría de su marido más de lo que necesitaba. Todo esto la hizo llorar y a mí también, pues a pesar de su endemoniada cabeza no se puede dejar de quererla. Finalmente, me prometió regresar a Nohant en septiembre…[28].

Regresó, en efecto, pero Jules se instaló al mismo tiempo en La Châtre, y los dos amantes hicieron, con gran escándalo de las «tres sociedades», casi la misma vida que en París. Trabajaban juntos en una larga novela, *Rose et Blanche*, por la cual había firmado un contrato el editor parisiense Renault, comprometiéndose a pagar 125 francos a la entrega de cada tomo y 500 francos tres meses más tarde. Regnault estaba encargado de enternecer a este Renault:

Píntele nuestra indigencia con los colores más conmovedores; descríbale el estado de la levita negra de Jules, la rareza de sus chalecos, la decadencia de mis pantuflas y la decrepitud de mis chales… Dígale que Niort ha abierto una suscripción para que Jules pueda afeitarse y que en La Châtre se han cotizado para hacerme alimentar por contrata… He visto dos veces al Galo. Le he pagado, lo he hecho rodar por tierra, lo he besado. Es amable como un gran buey. Sólo habla de seducir, raptar, violar, pillar, asaltar a los pasajeros y, como dice Paul-Louis Courier, hacer lo contrario a las pasajeras…[29].

No ocultaba sus amores con Sandeau. Se enfadaba mucho cuando la tomaban por una de esas mujeres que piden que «se respete su secreto» y que «se mire por su reputación».

Tengo el orgullo de sentirme humillada cuando se mide mi destino con la misma vara que el de sus mujeres honestas. ¡Qué poco me conocen!

¡Quieren que tenga de todos modos una reputación! Se ruborizan y bajan los ojos cuando me dicen mujer… El amor propio está en la amistad como hez en el vino. Nuestros amigos nos perdonan que seamos desgraciados, fastidiosos, incómodos, ruinosos; nos lo perdonan todo, excepto el estar perdidos ante la opinión pública…[30].

No solamente se veía con su amante en La Châtre, sino que llegó, en su embriaguez de independencia, hasta recibirlo en su alcoba, en Nohant, no obstante alojarse ahora en el segundo piso. El buen Papet hizo de centinela:

Gustave no ha gruñido; es leal y se ha metido hasta el cuello en nuestra locura. Ha vivaqueado en el foso, en mi jardín, todo el tiempo que Jules pasó en mi alcoba…, pues aquella noche vino a mi alcoba, en las narices de *Brave*, de mi marido, de mi hermana, de mis hijos, de la criada, etc… Yo lo había calculado y previsto todo. Jules no corría más riesgo que el de recibir un tiro mientras trepaba a mi ventana, que sólo está a dos metros del suelo…, uno de esos peligros como volcar yendo en una diligencia o romperse una pierna bailando. Vino, y fuimos tan felices… Estaba allí, en mi cuarto, en mis brazos, dichoso, golpeado, besado, mordido, gritando, llorando, riendo. Fue un acceso de alegría como creo nunca habíamos experimentado. Usted dirá si es posible regañar a gentes tan razonables y dichosas. Quiero que venga también esta noche. Dos veces no es demasiado. Más, sería imprudente… Mi marido no puede dejar de enterarse de que Jules se halla apenas a tres tiros de fusil de Nohant, pero hasta ahora no lo sabe. Ahora está haciendo la vendimia. Por la noche duerme como un cerdo… Estoy cubierta de golpes y mordiscos; no puedo tenerme en pie; tengo una alegría frenética…[31].

Aurore Dudevant a Gustave Papet: ¡Qué bueno es usted, querido Gustave! ¡Cuánto quiere usted a Jules y cómo se lo paga mi corazón! De manera que pasó la noche en un foso, vivaqueando, como un pobre soldado, mientras que nosotros, egoístas en la felicidad, no podíamos desprendernos de los brazos de uno y otro. ¡Ay!, treinta veces nos dijimos: *¡Vamos! ¡Es preciso! ¡Gustave está ahí, el pobre Gustave!*… Jules se lo contó seguramente. En medio de nuestros más locos transportes, le bendecíamos a usted; su nombre se mezclaba a nuestros besos; todos nuestros pensamientos eran para usted… Y creo que su lealtad, su presencia tan próxima a nosotros, su solicitud en velar por nuestra dicha la hacían más suave aún. Esta amistad santa y ferviente, que nos rodea y nos

rebasa, forma parte de nuestra vida y hace nuestra suerte digna del cielo. ¡Ah!, ¡qué feliz debe ser también usted de ser amado tan ardientemente! No se canse usted. Pónganos a prueba. Pero, entre tanto, pobre amigo nuestro, le vamos a proporcionar un reumatismo. ¡Dios mío!, qué egoísta es el amor frente a la amistad…[32].

Este régimen resultaba harto pernicioso para el pequeño Jules, que nunca había sido robusto.

Verá usted en qué estado de palidez y delgadez se halla ahora. Hace cuanto puede para matarse. No duerme. De día es perezoso y vagabundo como un perro, de noche se priva del sueño para recuperar el tiempo perdido, y así vive. Además, tendría muchas otras cosas que reprenderle, pero esto sería difícil de explicar. Ya hablaremos de ello usted y yo, que ambos fuimos estudiantes de medicina y no nos asustan las palabras. En fin, lo cierto es que estoy desesperada. En La Châtre, todo el mundo repite que está tísico. Bien sé que eso es falso, pero también sé que su salud está muy alterada… Siento tanta alegría de verlo, tanto transporte en estrecharlo entre mis brazos, pero saber que este amor que nos devora lo mata a fuego lento, ¡saber que esas delicias de la dicha incendian su sangre y desgastan su vida! Esta idea es horrible…[33].

No obstante, el trabajo andaba en Nohant a la par con el amor. Concluían ya los cinco volúmenes de *Rose et Blanche*. Era la historia de una actriz y de una religiosa. Latouche sólo vio en ella un *pastiche* de los románticos y de Sterne. Esta vez, el hombre de gusto no tenía razón. No faltaban en la obra ingenuidades y enormidades, pero el libro tenía aspectos encantadores: paisajes de los Pirineos y la Gironda; personajes truculentos, como la vieja sor Olimpia, corazón de oro y lenguaje de cuerpo de guardia; la llegada de un obispo; los bastidores del teatro. Lo mejor era de Aurore. Había puesto allí recuerdos del convento, confidencias de su madre, impresiones de viaje. Sandeau había agregado bromas bastante pesadas, como los recuerdos de un falso castrado, y este tono cínico chocó, al aparecer el libro, a Sophie-Victoire, que, como muchas mujeres de costumbres libres, gustaba de las novelas castas.

Aurore Dudevant a la señora de Maurice Dupin: De todo corazón me indino ante tus críticas. Sí encuentras demasiado cuartelera a la hermana

Olimpia, más culpa es suya que mía. La conocí mucho y te aseguro que, a pesar de sus reniegos, era la mejor y más digna de las mujeres. Por lo demás, no pretendo haber obrado bien tomándola por modelo para el carácter de ese personaje. No todo lo que es verdad es bueno para decirse; puede haber mal gusto en la selección. En suma, te he dicho que no había escrito esta obra yo sola. Hay en ella muchas farsas que desapruebo: sólo las he tolerado para satisfacer a mi editor, que deseaba algo un tanto picante…[34].

El editor tenía razón en el plano temporal, pues aquella novela «realista» se vendió bien. Aurore trabajaba ya en un libro nuevo, esta vez sola. Cuando Sandeau regresó a París, no le siguió en seguida. Desde hacía algún tiempo encontraba a su marido «muy bien». ¿Qué le pedía ella, en suma? Que tuviera confianza y «cerrase los oídos a los sucios chismorreos que llenan la vida de este mundo y que son su principal fastidio»[35]. Esto parecía fácil. Y, además, estaba Maurice, cada vez más encantador, al que enseñaba historia, tratando de despojarla de pasiones políticas y prejuicios religiosos.

Pero en noviembre escribió Regnault que Jules estaba enfermo y ella corrió a París. No se habían equivocado en La Châtre al decir que estaba tuberculoso. Tenía una fiebre permanente y sospechosa. Ella tuvo remordimientos. ¿Sería el abuso de los placeres carnales?

Aurore Dudevant a Émile Regnault: ¿Debía mandarlo a que se acostase con usted? Estos detalles son miserables. Le pido a usted perdón, pero no sabe usted qué horrible inquietud, qué atroz remordimiento es el ver morirse en mis brazos al ser por el cual se darla la vida, sentirlo adelgazar, agotarse, matarse de día en día, y decirse que es darle la muerte, que las caricias son un veneno, el amor un fuego que consume y no reanima, un fuego que devora, que destruye y sólo deja cenizas. Es una idea horrible. Jules no quiere comprenderlo. Se ríe de esto… Me responde que tal es la muerte que desea y de la que quiere morir… Sólo mal le he hecho. Durante tres meses lo he dejado morir de sufrimiento en mis brazos. Cien veces lo he visto casi desvanecido y lo he rechazado. Finalmente, he cedido ante el temor de matarlo. Para curarlo, he sacrificado mi voluntad, ¡mi voluntad, que, sin embargo, es algo! Pues bien: hoy tiemblo ante la idea de que todavía le hice más daño con mi abnegación que con mi resistencia. Lo mato, y los placeres que le doy son pagados a costa de sus días. Soy su piel de zapa…[36].

En diciembre apareció *Rose et Blanche*. No fue mala la acogida del público y de la crítica. Casimir vino a París. En el *quai* Saint-Michel se puso en funcionamiento el dispositivo de seguridad, y el señor Dudevant pasó en la capital algunos días felices.

> *Aurore Dudevant a Casimir, 21 de diciembre de 1831*: Estoy acostumbrada ahora a una vida muy sencilla, de modo que tu permanencia aquí fue un verdadero período de francachela y libertinaje para mí. Te lo agradezco, así como el bello traje, que me trajeron hoy. La noche de tu partida tuve otra vez una especie de congestión cerebral… Adiós, mi viejo; dame tus noticias y besa a los chicuelos en mi nombre. Te beso de todo corazón… Te ruego me mandes la medida de tu pie. Te estoy haciendo unas pantuflas bordadas, pero no tengo tu medida…[37].

No tardó en seguir a su marido a Nohant. La vieja casa tenía necesidad de ella. Había habido algunos dramas domésticos. Se acusaba a Boucoiran de haber embarazado a Claire, la camarera de la esposa de Hippolyte. Aurore no tomaba el asunto a lo trágico. *A Jales Boucoiran*: «Que mi marido y mi hermano sean los culpables, que Dutheil, Jules o Charles sean sus colaboradores, es cosa que no me importa. Todos ellos son suficientemente avaros para no querer pagar el violín a cuyo son bailan. ¡Que abran, pues, una suscripción! Aunque usted haya trabajado en el asunto, es el más pobre y deben dejarlo fuera del negocio…»[38].

La permanencia en París había sido muy corta esta vez, pero Aurore decía sentirse mal; Regnault aconsejaba el campo; sobre todo, deseaba escribir en paz, y el silencio de las noches solitarias de Nohant era incomparable. No obstante, pronto se creyó allí más enferma, moribunda casi, y previno al admirable Regnault; «El mal anda de prisa, mi pobre Émile, y no puedo ocultarme sus progresos. Me ahogo constantemente; no puedo dar una vuelta en mi habitación sin desfallecer; el estómago me arde y atormenta. No me deje morir, mi buen Émile…»[39]. Regnault ofreció ir a Nohant; ella se batió en retirada: «No puedo comprometerlo a venir a verme; mi hermano y mi marido le pondrían cara de perros. Están convencidos de que soy una enferma imaginaría…»[40]. En lo que seguramente tenían razón, pero ella creía ahora tener el cólera, que era la enfermedad de moda. Finalmente, tranquilizó a su amigo: «El *choléra morbus* se ha detenido; el sueño ha reaparecido normalmente. Me desesperaría el que Jules me viera regresar en tal estado: pálida, con los ojos bordeados de azul hasta la mitad de las mejillas, sin poder

andar más de tres minutos y exhibiendo en la mesa la más desdichada facha que se viera nunca…»[41].

Cuando, en la primavera de 1832, reapareció en el *quai* Saint-Michel, traía consigo a la gordita Solange y una nueva novela: *Indiana*.

III. Nacimiento de George Sand

La llegada de Solange sorprendió a los jóvenes berrichones camaradas de la madre. ¿Era decente hacer vivir a una niña de tres años y medio en un falso hogar?

> *Aurore Dudevant a Émile Regnault*: Si, amigo mío, le traigo a Solange y no temo en absoluto para ella los inconvenientes de mi vida varonil. Cambiaré mi vida para amoldarla a la suya; no será muy difícil ni muy meritorio. Tampoco Jules habrá de lamentarlo. Nos acostumbraremos a andar más despacio por las calles, para que las piernecillas de nuestra hija puedan seguirnos… Todos los días iremos a pasar dos o tres horas en el Luxemburgo con nuestros libros y nuestra pequeña. Comeremos en casa como de costumbre. La niña dormirá en el canapé, con un colchoncito, y como sólo tiene tres años y medio, le aseguro que no hará observaciones, ni comentarios, ni preguntas, ni habladurías. Tampoco las haría Maurice, tan cándido es. Que no se alarme, pues, su moral. La más virtuosa de las madres no tendría menos deseo que yo de escandalizar a su hija… y además, es tonta como una oca…[42].

Sin duda, Jules y ella se verían privados de teatro. ¿Qué importaba? Ambos estaban dispuestos a sacrificar *Robert le Diable*, y la Malibran, a una sola lágrima de Solange. Y, en efecto, todo se arregló bien. Jules se enloqueció con «su hija», la llevó al Jardín Botánico, todo perfumado entonces por las acacias; le mostró la jirafa que la niña pretendía haber visto ya en un prado de Nohant y le dio la mano pata acompañarla a regar, en el balcón del *quai* Saint-Michel, la docena de macetas que formaban el jardín colgante de su madre. Solange quebró algunos tallos y, temerosa de ser reprendida, trató de componerlos con obleas. La estampa galante se convertía en un cuadro de Greuze.

En cuanto a *Indiana*, Sandeau leyó el manuscrito de su amante con admiración, asombro y *cierto* embarazo. Estaba demasiado bien y era,

además, demasiado serio para su gusto. Honradamente, se negó a firmar una obra en la que no había trabajado. Pero entonces, ¿qué nombre de pluma debería adoptar ella? *J. Sand*, su nombre colectivo, tenía ya, gracias a *Rose et Blanche*, una pequeña notoriedad. Firmar *Dudevant* era imposible: su suegra y su marido se habrían opuesto; sin duda su propia madre vería inconvenientes en que firmase *Dupin*. Se estableció entonces un compromiso: conservaría el apellido de *Sand* y cambiaría el nombre. Así nació George Sand, pues quería pasar por un hombre. Obsesionada por la servidumbre de las mujeres, quería sustraerse a ella tanto por el nombre como por el vestido. Desde aquel día puso en masculino todos los adjetivos que se referían a ella.

A fines de mayo, el editor (J.-P. floret y Dupuy) acababa de enviar al *quai* Saint-Michel el primer ejemplar que saliera de las prensas, cuando entró Latouche en la mansarda. Cogió la novela; la husmeó curioso, inquieto, burlón como siempre. La hojeó: «¡Vamos! Un *pastiche*; ¡escuela de Balzac! *Pastiche*, ¿qué me quieres? Balzac, ¿qué me quieres?»[43]. Aurore estaba en el balcón. Latouche se le reunió allí, libro en mano, demostrándole por *a + b* que había copiado la manera de Balzac. Ella tenía conciencia de no merecer este reproche, pero no se defendió. Latouche se llevó el ejemplar, que ella le había dedicado. Al día siguiente, al despertarse, Aurore recibió esta carta: «George: vengo a cantar la palinodia de rodillas ante usted. Olvide mis durezas de ayer tarde. Olvide todas las durezas que le haya dicho en seis meses. He pasado la noche leyéndola. Hija mía, ¡qué contento estoy de usted!».

¡Alegría! ¡Alegría! Viniendo de aquel juez sarcástico y severo, esta conmovida admiración era embriagadora. Pronto todos los periódicos le hicieron eco. Balzac escribió en *La Caricature*: «Este libro es una reacción de la verdad contra lo fantástico, del tiempo actual contra la Edad Media, del drama íntimo contra la tiranía del género histórico… No conozco nada más sencillamente escrito y más deliciosamente concebido. Los acontecimientos se suceden y acumulan sin artificio, como en la vida en la que todo choca, en que a menudo el azar amasa más tragedias que las que pudiera hacer Shakespeare. En suma, el éxito del libro está asegurado…»[44]. En la *Revue des Deux Mondes*, Gustave Planche, Gustave el Cruel, terror de los escritores, menospreciador del mismo Hugo y de Balzac, del que decía, asqueado, que «olía a opio, ponche y café», ensalzó hasta las nubes a la joven novelista. La consideraba superior a Madame de Staël; elogiaba su elocuencia de corazón y su sencillez de expresión: «Sin duda, el autor de *Indiana* se hará un día más

hábil. Pero el perfeccionamiento artificial de su talento, ¿valdrá lo que sus ignorantes audacias?…».

Ella le dio las gracias. Él fue a verla de parte de Buloz, nuevo director de la *Revue*, y le propuso colaborar en ella. Planche le pareció a George un hombre extraño, irascible, lúgubre. Habiendo luchado durante su juventud contra un padre hostil a toda vocación literaria, había conservado un alma de rebelde y de misántropo. «Envejecido acaso por una amarga soledad y por los abusos de la comprensión, escrutaba el pensamiento ajeno, sin meta ni sistema… Era el turco de la inteligencia… La crítica era su opio, y su harem de libros hechos le había desganado de toda obra por hacer…»[45]. Aquel espíritu de tan vasta cultura habitaba un cuerpo inculto, sucio. En vano, Buloz le pagaba trajes; Planche los vendía, volviendo con delicia a sus levitas grasientas. Satisfecho de comprenderlo todo, «se contemplaba en la extensión de su reino intelectual y abandonaba su exterior con una despreocupación de Diogenes»[46]. A Sand le agradaba este tipo de hombre independiente, orgulloso y pobre. Hicieron amistad y ella cerró trato con Buloz. Por cuatro mil francos anuales se comprometió a dar a la *Revue* treinta y dos páginas semanales de texto. Como, al mismo tiempo, los editores de *Indiana* le ofrecieron un anticipo de mil quinientos francos por otra novela, *Valentine*, de la que les había hablado, se encontró de repente célebre y rica.

¿Qué era *Indiana*? La propia Sand lo decía en el prefacio:

> Si se quiere explicar todo absolutamente en este libro, Indiana es un tipo; es la mujer, el ser débil encargado de representar las pasiones reprimidas, o, si se prefiere, suprimidas por las leyes; es la voluntad en lucha con la necesidad; es el amor golpeando con su frente ciega todos los obstáculos de la civilización…[47].

Por este aspecto, la novela expresaba sentimientos característicos del autor. Pero la transposición estética era completa. En vano se hubiesen buscado entre sus personajes retratos de Casimir y de Sandeau. Acaso Indiana, mujer de sangre criolla, evocaba esa tez de india que admiraban los amigos de Aurore. Ciertos rasgos de carácter eran comunes en la heroína y en su creadora: «Ella no amó a su esposo porque le imponían el deber de amarlo, y el resistir mentalmente a toda especie de imposición moral se había convertido en ella en una segunda naturaleza, un principio de conducta, una ley de conciencia…»[48]. Indiana estaba decepcionada de su enamorado, Raymon de Ramière —que recordaba un poco a Aurélien de Seze—, como de

su marido, el coronel Delmare, brutal, vulgar, pero sin maldad. El tema esencial era la oposición entre la mujer, que busca un sentimiento absoluto, y el hombre, siempre más vanidoso o sensual que enamorado. La solución venía al final, artificialmente, de un noble y plácido primo inglés, Sir Ralph Brown, que llevaba de nuevo a Indiana al idílico valle de su infancia. (Los cuadernos del Malgache, Jules Néraud, habían suministrado hermosas descripciones de la isla Borbón).

Valentine, la protagonista de la segunda novela, era también una mujer mal casada, muchacha noble que, habiéndose casado con un mediocre de su mundo, es sensible al amor que le profesa el hijo de uno de sus arrendatarios, Bénédict. El libro gustó, por una parte, porque la innovación de ideas representada por el regreso al pueblo era tan romántica como la implicada en el regreso al pasado, y gustó también porque Aurore describía en él su rincón del Berry, al que daba el nombre del Valle Negro. La poesía penetra lentamente el alma y la prosa. Desde hacía veinticuatro años vivía entre aquellos árboles mutilados y esas umbrosas *traînes* al borde de los riachuelos. Y ahora los pintaba admirablemente. Todos los lectores gustaron de la novela campesina. En cuanto a la tesis social, según sus inclinaciones políticas, los unos elogiaron y censuraron los otros el llamamiento a la fusión de las clases.

Después de algunos años de gran éxito entre los intelectuales, el sansimonismo se hallaba minado entonces pot un desacuerdo entre sus adeptos a propósito del matrimonio. El padre Enfantin, gran sacerdote de esta iglesia, enseñaba que la liberación de la mujer era imposible si permanece sometida a la ley de la fidelidad. Debía levantarse el anatema pronunciado por el cristianismo contra el amor carnal. Después de la lectura de *Indiana* y *Valentine,* quienes profesaban estas doctrinas se volvieron hacia George Sand. ¿Aquella joven audaz, repentinamente célebre, que batía en brecha el matrimonio, sería para su Iglesia la Madre esperada? Los sansimonianos lo esperaron así e intentaron enrolarla; pero ella se resistió.

Prudencia campesina; sabiduría femenina. Todo este ruido transformaba, entre tanto, su vida. Ya no iba al periódico, pero visitantes demasiado numerosos la perseguían hasta en su casa. A la noche se encerraba con sus plumas, su tinta, su piano y su fuego. Friolenta y laboriosa, amaba aquellas noches de calor y de trabajo. Largos relatos nacían, sin esfuerzo, bajo sus dedos: *Métella, La Marquise* (en la que se retrataba a su abuela Dupin de Francueil). Sandeau, un poco humillado, era el testigo de aquella fecundidad. Ella lo invitaba a imitarla, pero en vano. «Quieres que trabaje —le escribía él —; también lo quise yo, pero ¡no puedo! No nací, como tú, con un pequeño

resorte de acero en el cerebro, del que basta oprimir el botón para que la voluntad funcione…». La inflexible habilidad de su amante le inspiraba un vago temor de perderla.

Ella defendía su libertad contra su amante como la había defendido contra su marido: «Voy a donde me da la gana —le decía rudamente—, sin tener que darle cuentas a nadie».

En 1832, Latouche, que había estado siempre descontento, celoso, y al que poco a poco dominaba el delirio de persecución, abandonó París para instalarse en Aulnay, en el Valle de los Lobos de Chateaubriand.

Il fuit, il se cache, il se couche
Au fond de la vallée aux loups,
Sol où les lauriers sont des boux.
Dormez bien, monsieur de Latouche[49].

Al partir ofreció a Sand el apartamiento del *quai* Malaquais en donde recibiera su primera visita. ¡Ahora eran para ella el gran tapete blanco y la acacia que invadía la ventana! ¡Qué ascenso! A menudo, durante el verano de 1832, fue a ver a Latouche a Aulnay. Se tomaba la diligencia hasta Sceaux y luego, por un sendero, se llegaba a la ermita del poeta misántropo. Estas visitas eran dulces y felices; hablaban hasta la noche; George iba al gallinero en busca de huevos y a la huerta en busca de frutas, y preparaba la comida. «Se me dijo que había estado enamorado de mí, celoso sin admitirlo y herido por no haber sido adivinado nunca. No es así…». Balzac creyó en una aventura, pero las cartas de Latouche evocan más bien una amistad amorosa, desencantada y plena de nostalgias.

Latouche a George Sand: Sé que es usted mudable, pero, en fin, tiene su parte de humanidad y sus correspondientes ventajas. Su adorable carta me ha proporcionado el único momento de felicidad que haya tenido desde hace un año. No la acuso de ingratitud para con la suerte, bienamada mía… Le concedo la razón contra el mundo entero; echo, no obstante, una mirada en tomo suyo: ¡cuántos motivos para tener paciencia con el mundo! Maternidad, orgullo y amigos, lo tiene usted todo; ¡tiene derecho a poseer todos los bienes! No me hable nunca de mi…, ¡pobre niño! Desde hace ya largo tiempo vivo muerto; y cuando me acostumbro a la tumba, cuando me aclimato en el otro mundo, no hay que llamarme a éste. En éste, para no sufrir ningún abandono, es preciso ser siempre feliz. Todas las virtudes se

hallan en la palabra *triunfar*. Le aseguro que se está mejor en la muerte que en todas esas ambiciones… Por lo demás, si yo hubiese vivido, la habría amado demasiado, y ayer releía las cuatro cartas de Rousseau a Sara para felicitarme de haber cumplido mi servicio y haberme retirado a tiempo. Adiós, pero soy todavía su viejo huésped del valle de Aulnay, del Valle de los Lobos. Tráigale usted un pequeño pote de manteca y sobre todo una novela del autor de *Indiana*…[50].

Una visitante inesperada y festejada del *quai* Malaquais fue Marie Dorval, la gran actriz romántica intérprete de Dumas y de Vigny. George, que la admiraba apasionadamente, le había escrito solicitándole que la recibiera. Una mañana, mientras hablaba con Sandeau, la puerta de la habitación se abrió y una mujer jadeante gritó: «¡Aquí estoy yo!…». Sand sólo la había visto en las tablas, pero la reconoció en seguida. Pequeña, morena, frágil; abombada la frente, los ojos húmedos, la boca nerviosa, el rostro poético, todo hacía que la Dorval, más que bonita, fuese encantadora; de todos modos, era bonita, pero tan encantadora que la belleza resultaba inútil. No era un rostro, era una fisonomía, un alma. Todavía era delgada y su talle era un esbelto junco que parecía meneado siempre por algún soplo misterioso y sólo sensible para él. Jules Sandeau la comparó aquel día a la pluma rota que adornaba su sombrero. «Estoy seguro —decía— que en vano se buscaría en el universo una pluma tan ligera y blanda como la que ella ha encontrado. Esta pluma única y maravillosa ha volado hacia ella por la ley de las afinidades, o ha caído sobre ella del ala de alguna hada en viaje…»[51].

La Dorval desempeñó un gran papel en la vida de George Sand. A despecho de las apariencias y no obstante el frenesí de ciertas cartas, ésta no había encontrado nunca en el amor de los hombres ese absoluto de la pasión, ese feliz delirio, ese escape, en fin, que buscaba. El frágil Sandeau carecía de calor humano. Sand había hecho todo lo posible por convencerse de que lo amaba apasionadamente; rabiosamente había buscado con él el placer sensual, sin alcanzarlo nunca. Marie Dorval era todo lo que George hubiese querido ser:

Para saber el imperio que ejerce ella sobre mí, sería preciso saber hasta qué punto difiere su organización de la mía… ¡Ella! Dios le ha dado el poder de expresar lo que siente… Esta mujer tan bella y tan sencilla, no ha aprendido nada; lo ha adivinado todo… No sé con qué palabras explicar lo que hay de *frío* e incompleto en mi naturaleza; yo no sé expresar nada.

> Indudablemente, hay en mi cerebro una parálisis que impide a mis sensaciones tomar una forma expresiva…; entonces, si esta mujer aparece en escena con su talle tronchado, su andar indolente, su mirada triste y penetrante, entonces, ¿sabéis lo que imagino?… *Me parece que veo mi alma*…[52].

Hija natural de dos actores nómadas, criada entre pasiones violentas y sórdidas, cuando la Dorval se desataba tenía a veces un tono de pescadera. En el mundo lo había visto todo, lo había dicho todo, lo había hecho todo. En escena, aquella mujer sublime vibraba de inspiración, desbordaba de vida. El diablo en el cuerpo. La Magdalena sin arrepentimiento. Viuda a los veintidós años del actor Allan Dorval y madre de tres hijas, se había casado en 1829 con Jean-Toussaint Merle, director del teatro de la Porte-Saint-Martin y marido complaciente. En 1831, Alfred de Vigny se mostraba muy asiduo con ella. Extraña pareja. El conde de Vigny, caballero de Malta, altivo, soñador; Marie Dorval, cínica y ardiente. Saint-Beuve reprochaba a Vigny hacer el «obelisco aparte»; Dorval era familiar y fácil. Pero la máscara del austero estoico ocultaba un sensual. Enamorado, Vigny creyó redimir a un ángel caído. ¿Hay algo más adorable en el mundo que una actriz que, en su camerino, «ensaya su alma»? Fue un cambio de pensamientos místicos y caricias devoradoras. Marie le decía a Dumas, riendo: «Me estoy volviendo formal; me rehago una virginidad… ¿Cuándo vendrán, pues, los padres del señor conde a pedir mi mano?». En los comienzos de su aventura, Vigny no deploraba nada, ni siquiera sus remordimientos: «La vida es doble en las llamas».

Inmediatamente, la Dorval invitó a la pareja Sandeau-Sand a comer en su casa, con su marido y Vigny. George se presentó con pantalón ceñido y botas. Vigny se sintió asombrado: «Es una mujer que parece tener veinticinco años. Su aspecto es el de la célebre Judith del museo. Sus cabellos negros y rizados caen sobre su cuello, a la manera de los ángeles de Rafael. Sus ojos son grandes y negros, formados como los ojos modelos de los místicos y de las más magníficas cabezas italianas. Su rostro severo es inmóvil. La parte inferior de la cara es poco agradable, pues tiene la boca mal hecha. Sus modales carecen de gracia y es ruda al hablar. Hombre en el talante, el lenguaje, el sonido de la voz y la audacia de las palabras…»[53]. Sand lo juzgó más equitativamente: «No acaba de gustarme la persona del señor de Vigny, pero le aseguro que, de alma a alma, pienso muy distinto». Muy pronto la intimidad de las dos mujeres creció.

George Sand a Marie Dorval: ¿Cree usted que podrá soportarme? Todavía no sabe nada, ni yo tampoco. ¡Soy tan huraña, tan tonta, tan lenta para pensar en voz alta, tan torpe y tan muda cuando precisamente tengo muchas cosas en el corazón! No me juzgue por la apariencia. Espere un poco para saber lo que podrá concederme de piedad y afecto. En cuanto a mí, siento que la amo a usted con un corazón totalmente rejuvenecido, vuelto a hacer para usted. Si se trata de un sueño, como todo lo que he deseado en mi vida, no me lo quite usted demasiado pronto. ¡Me hace tanto bien! Adiós, grande y bella. De todos modos, la veré esta noche[54].

A la señora Dudevant, burguesa de La Châtre, no obstante su pizca de bohemia, la genial Marie le revelaba un mundo de placeres. Vigny, inquieto, husmeó un peligro: «No adivino todavía la existencia de esta mujer. De vez en cuando va al campo a ver a su marido, y vive en París con su amante… Vive en una especie de camaradería con Jules Janin y Latouche…»[55].

El París de los escritores fue siempre una ciudad muy pequeña. Como en otro tiempo en La Châtre, las almas caritativas atribuían ahora tres amantes a Aurore: Sandeau, Latouche y Planche. Sandeau, que no lo ignoraba, estaba celoso. Sabía muy bien que no había triunfado de la frialdad esencial de su amante, y si a veces buscaba en otras partes mediocres y breves consuelos, temía amargamente que ella hiciese otro tanto. No podría separarse de ella.

IV. Rupturas

Nohant. Verano de 1832. Apenas había tenido algunos meses de independencia y ya regresaba célebre a la casa de la infancia. Sus sueños más ambiciosos habían sido rebasados por el acontecimiento. Y, sin embargo, la vida le parecía amarga y vacía. En vano exploraba los caminos tan queridos. «Todo esto se ha tornado muy feo. ¿Dónde están los días de juventud, de verdor y poesía que animaban este río, esta quebrada y estos lindos prados?…». Sólo la fuentecilla conservaba su delicioso sabor de menta y hierbas aromáticas: «Está ahí, como un alma que se conserva pura en medio del desastre de las tempestades y la depravación del tiempo…». Aurore buscó el árbol en que Sandeau grabara sus nombres; Casimir lo había podado. «¡Qué feliz era yo, qué jóvenes éramos entonces!, y ¡cuán vacía, lúgubre y desencantada es ahora esta comarca! Todo pasa… La felicidad se marcha, los lugares cambian y el corazón envejece».

La dolorosa verdad era que se sentía fatigada de un amante que no le daba ni los placeres del cuerpo ni la felicidad de admirar. «Separada de él, experimentó un sentimiento de liberación que la dejó estupefacta». Aquel año, Sandeau no fue a La Châtre; su padre había sido nombrado en Parthenay, y Aurore no lo llamaba. Escribía a otros hombres cartas tan tiernas que no se sabía si eran de amor o de amistad: «Buenas noches, mi bienamado… Pronto estaré en tus brazos, querido… Te beso con toda mi alma…». Tal era el estilo de la señora Dudevant y sin duda no probaba nada, pero Jules, inquieto, trataba de tranquilizarse.

> *Sandeau a Papet, Parthenay, 4 de agosto de 1832*: Te escribí de Saumur; te rogué que me escribieras a menudo. Te conjuro nuevamente, juntas las manos. Me hablarás de Aurore, de su hija… ¡Pobre amigo mío! Este año no iré a turbar tu sueño, a forzar tus puertas y a conducirte, a ti, sin pasión y sin amor, por el camino y los barbechos para que, tendido en los fosos de Nohant, escuches las horas nocturnas que da el reloj de La Châtre. Duerme tranquilo… Pero piensa de vez en cuando por mí en esas noches locas, como quiero pensar yo también, para quererte todavía más. Ve a Aurore, vela con frecuencia. Me dices que te recomiende a ella. ¿Estás loco? ¿No sabes, acaso, cuánto te quiero? ¿No somos tus amigos? Si la ves, habla de mí; dile que viva feliz y tranquila; recomiéndale mucho la calma y el sueño. Dile que la amo y que no tengo otra vida que la suya…**[56]**.

Aurore había perdido la fe en este amor. ¿Y qué hombre hubiese podido no decepcionarla? Esperaba del amante ideal que fuese un amo y un dios, pero lo elegía débil y humano porque quería dominarlo. Ella era hombre y deseaba su libertad; era mujer y quería su «nido» y sus pequeños. Había deseado salir de Nohant para vivir independientemente; pero, privada de su casa y de sus actividades domésticas, descubría que la pasión, reducida a sus simples ardores, no podría bastarse por mucho tiempo a sí misma. Sandeau, jovenzuelo sin experiencia, amaba mal porque amaba demasiado. Ignoraba que «el orgullo de las mujeres desprecia al amante que comete la imprudencia de sacrificarles el suyo». Sin embargo, Aurore no quería romper aquel lazo; después de tanto escándalo, hacía de la felicidad una cuestión de amor propio; pero su terquedad no la engañaba. Cuando se decidió a regresar a París escribió a Gustave Papet: «Parto con la fiebre en la sangre y la desesperación en el corazón, pero no se meta usted en esto… Voy a ver a Jules. Si no nos entendemos entre nosotros, nadie podrá curarnos…».

En octubre de 1832 reanudó la vida en común con Sandeau. Se produjo una reconciliación, con intercambio de anillos, pero esto no duró mucho. El tedio se filtraba en su intimidad. La ociosidad de Jules, «que holgaba en su dolor como holgara en su alegría», exasperaba a su activa amante. «Aquella vida de artistas y bohemios que tanto la sedujera, aquellas alternativas de fortuna y pobreza que encontrara en un comienzo tan poéticas, sólo le parecían ya una extravagancia de mal gusto o, al menos, una niñería». Algunos de sus mejores amigos juzgaban a George severamente. Habían querido a la joven pareja, que, a sus ojos, encamaba el amor romántico. Reprochaban a su heroína el mostrarse vulnerable. Insistentemente, el rumor público le atribuía por amantes a Latouche y Planche. Balzac lo creía, Sainte-Beuve lo afirmaba, Sand lo negaba, pero Émile Regnault, que la veía de cerca, le censuraba «su insaciable coquetería». Por su parte, ella se quejaba de Jules. Pretextando las necesidades de su trabajo, había renunciado a la vida en común, alquilando un pequeño apartamiento para Jules en el número y de la calle de la Universidad. Lo acusaba de recibir queridas allí. Durante el verano de 1832 había escrito en su *Journal intime*: «Queden para los demás la perezosa costumbre y el tibio perdón; pero si entre nosotros hubiese una herida seria, no habría retorno posible…»[57]. Si el amante no era el dios esperado, se convertía en un ídolo que era preciso abatir.

De día en día el ambiente se hacía más pesado en torno de ellos. «Fueron primero escenas que no se sabía de dónde venían y que terminaban con llantos y caricias; pequeños huracanes que, mientras se mezclen las lágrimas en ellos, son para el amor lo que, durante los grandes calores, un largo chaparrón para la tierra. Pero pronto se formaron tempestades en las que las palabras surcaban el aire y herían como el rayo…»[58]. Aurore, tan apática en la vida cotidiana, tenía, en los momentos de crisis, cóleras repentinas y el carácter más violento. Por un puntillo de honor había vacilado en romper. Pero el día en que tomó su decisión, a comienzos de 1833, rompió de golpe, como un hombre.

Fue ella la que dispuso alquilar el apartamiento de Jules; ella la que le hizo sacar un pasaporte y un pasaje para Italia; ella la que le prestó el dinero para el viaje. Más tarde, Sandeau relató esta extraña ruptura a Paul de Musset, quien abusó de la confidencia. De creer a Paul de Musset, Aurore habría dicho a Jules: «Es preciso partir», y le habría prometido ir a despedirlo vestida de hombre. Y habría ido, en efecto, de levita gris y pantalón plegado, andando con paso resuelto: «Vamos a hacer juntos tu maleta»[59]. La verdad es que Sandeau no se marchó en seguida. Sólo el 1.º de junio de 1833, Balzac

escribe a la Extranjera: «Sandeau acaba de partir para Italia. Está desesperado; lo creí loco…»[60]. El pequeño Jules ingirió acetato de morfina, pero tomó excesiva cantidad y lo vomitó. Había sido la griseta en aquella pareja. En torno de ellos, se juzgó severamente a Aurore, pero nada es sencillo. Ella obraba con dureza para poner término a un vínculo que le pesaba; pero esto no le impedía compadecer a la víctima. El día de la ruptura envió a Regnault a casa de Sandeau:

> Vaya a casa de Jules y cuide su cuerpo. El alma está destrozada. No la restablecería usted; no lo intente. Yo no necesito nada. Deseo estar sola hoy, y además ya para mí no hay nada en la vida. Trate de que Jules viva. Para él será terrible por largo tiempo, pero, después de todo, ¡es tan joven! Acaso un día no lamente haber vivido… Usted no le abandonará, ni yo tampoco. Iré a verlo hoy y todos los días. Convénzale de que no abandone el trabajo, de que no agregue a sus males las privaciones de la miseria voluntaria. Jamás tendrá derecho a impedirme que sea su madre. Vaya usted, amigo mío, vaya a casa de Jules…[61].

Roto el vínculo, se apaciguó y volvió a ser la mujer de acción que sabía ser.

> *George Sand a Émile Regnault, 15 de junio de 1833*: Acabo de escribir al señor Desgranges para pedirle el apartamiento de Jules y recibo por los dos términos contratados, que quiero pagar; el apartamiento correrá, pues, por mi cuenta hasta enero de 1834… Me llevo a casa el resto de mis muebles. Prepararé un paquete con las ropas de Jules que quedaron en los armarios y las haré llevar a casa de usted, pues no deseo tener ninguna entrevista, ninguna relación con él a su regreso que; conforme a las últimas palabras de la carta de él que usted me mostró, parece que debe o puede ser próximo. Los descubrimientos que he hecho sobre su conducta me han herido demasiado profundamente para que pueda conservar por él ningún sentimiento distinto a una compasión afectuosa. Su orgullo —así lo espero — rechazaría esta condición. Hágale comprender, si es necesario, que nada puede aproximamos en el futuro. Si esta dura comisión es innecesaria, es decir, si Jules comprende por si mismo que debe ser así, ahórrele el pesar de saber que lo ha perdido todo, hasta mi estimación. Sin duda, ha perdido la suya propia. Está bastante castigado. Compadézcame, amigo mío, por tener que decirle todas estas cosas. ¿Por qué no fue a usted a quien quise?

¡No tendría que verter hoy lágrimas tan amargas! Pero éste es el último error de mi vida… Entre la sana amistad y yo no habrá ya obstáculos…[62].

Entre la sana amistad y una mujer bonita habrá siempre obstáculos. La ruptura con Sandeau no fue la única que entristeció, para Sand, aquel año de 1833. Latouche, hombre amargo y susceptible, amo celoso —como el viejo Porpora de *Consuelo*—, no admitía, cuando había «empollado una inteligencia», que el aguilucho volase con sus propias alas. Acababa de enfadarse con Balzac, después de protegerlo. Balzac escribía a la Extranjera: «Latouche es envidioso, odioso, perverso; es un depósito de veneno», y componía el único epitafio que, decía él, hubiese aceptado aquel ser orgulloso para su tumba: «*A Henri de Latouche, el agradecido siglo* XIX». En suma, los dos hombres no se hablaban ya, y Latouche había reprochado a Sand que continuase recibiendo a Balzac; éste, a su turno, decía a George: «¡Tenga cuidado! Un buen día, sin saber por qué, encontrará en Latouche un enemigo mortal».

Se colmó la medida cuando, habiendo escrito Latouche contra el Cenáculo romántico un artículo sobre *La Camaraderie littéraire*, Planche le respondió con un terrible panfleto sobre *Les Haines littéraires*. Latouche se sintió ulcerado: «Acabo de sufrir, como escritor, un ataque y muy amargas críticas… Y mi agresor es sencillamente el comensal de la señora Dudevant». Oficiosos amigos informaron a Aurore que Latouche sólo hablaba ahora de ella con execración: «Está embriagada por la gloria, sacrifica a sus verdaderos amigos, desprecia los consejos…»[63]. Las mismas almas caritativas llevaron a Aulnay frases que se decían pronunciadas por George Sand. «Reconozco ahí a la señora Dudevant —dijo Latouche—, atareada en aumentar y propalar la lista de mis malquerientes, para hacerse su jefe con mayor seguridad. Prefiero ser ofendido por aquellos a quienes traté de servir, que faltar yo nunca a la gratitud». Le hizo decir que no volviese nunca a Aulnay, y ella tuvo el pesar de verse malquistada con su primer maestro.

Hasta entonces se había entendido bien con Balzac. Lo admiraba, lo encontraba divertido, genial, y le gustaba oírle relatar fervorosamente sus obras futuras. Pero Balzac se había apegado a Sandeau y, cuando se produjo la ruptura, no se demoró su elección.

Balzac a la señora Hanska, fines de marzo de 1833: Jules Sandeau es un hombre joven, George Sand es una mujer. Me habla interesado en uno y otro porque me parecía sublime que una mujer lo abandonase todo para

seguir al joven al que amaba. Esta mujer, que se llama la señora Dudevant, posee un gran talento… Yo quería a estos dos amantes, alojados en lo alto de una casa del *quai* Saint-Michel, orgullosos y felices. *La señora Dudevant tenía con ella a sus hijos*. Tenga esto en cuenta. Pero llega la gloria y arroja la desdicha en la puerta del palomar. La señora Dudevant pretende que debe abandonarlo, a causa de sus hijos. Se separan, y esta separación, creo yo, se basa en un nuevo afecto que George Sand, o la señora Dudevant, siente por el más perverso de nuestros contemporáneos, Henri de Latouche, uno de mis ex amigos, uno de los hombres más seductores, pero más odiosamente malignos. Aunque no tuviese otra prueba que el alejamiento de la señora Dudevant con respecto a mí, que la recibía, con Jules Sandeau, fraternalmente, sería bastante. Pero, además, ella dispara sus epigramas contra su antiguo amigo y ayer encontré a Sandeau desesperado. He ahí al autor de *Valentine* e *Indiana*…[64].

Todo esto era una novela, harto alejada de la realidad. Pero ¿qué podía esperarse de Balzac sino imaginación y generosidad? Cuando, algunos meses más tarde, regresó Sandeau de Italia, enterneció a Balzac. El pequeño Jules llevaba su corazón en cabestrillo. Balzac, conmovido, le ofreció alojarlo en su casa y mantenerlo hasta el momento en que Sandeau triunfara en el teatro: «Es preciso alojar y pilotear luego en el océano literario a este pobre náufrago, lleno de corazón…»[65]. En realidad, el amante abandonado, si no olvidaba, se apaciguaba ya.

Jules Sandeau a Émile Paultre: He despojado mi dolor de la necia importancia que le daba en el momento de mi partida. He acabado por comprender que en nada turbaba la armonía de la creación, que el mundo no andaba peor y que el curso de los astros no se había interrumpido por un solo instante. Al perder su solemnidad, mi desgracia ha perdido su fuerza. Ya sólo me parece trivial y vulgar. Por fin comprendo el valor real de un alma solitaria y herida… y me digo que en los grandes dolores más que en las grandes prosperidades hay a menudo mucho orgullo y mucha vanidad. En la fatuidad del pesar que nos embriaga nos convertimos en el centro de todas las cosas; queremos ser los únicos en sufrir lo que todos han sufrido antes que nosotros; nos creemos los privilegiados de la desdicha, los malditos del destino, ¡qué sé yo!, los *Giaour*, los *Lata*. ¡Vaya por Dios!, sólo somos amantes engañados, y el mundo está lleno de ellos…[66].

En dos años había cambiado prodigiosamente. Una calvicie precoz comenzaba a desguarnecer la cabeza rubia y rizada. Los ojos eran más profundos y expresivos. Había sufrido; maldecía a Aurore. Su escaso talento nacería de este dolor. Iba a llegar la hora en que Sandeau escribiera sobre esta aventura una novela, *Marianna*, que no carecería de autenticidad. En ella haría un retrato objetivo de su primera e inolvidable amante:

> El silencio de los campos, el estudio, el ensueño, la lectura, habían desarrollado en Marianna más fuerza que ternura, más imaginación que corazón, más curiosidad que sensibilidad auténtica. Hasta entonces sólo había vivido en el mundo de las quimeras. Sola a orillas del Creuse, en el flanco de las colinas, a lo largo de los setos verdeantes, se había compuesto de antemano una existencia heroica, toda llena de hermosas abnegaciones y de sublimes sacrificios. Había entrevisto luchas, combates, amores contrariados, tormentosas felicidades. Antes de gozar, lo había agotado todo…[67].

Era el mismo juicio que la propia George Sand, lúcida y triste, hacía de su caso personal.

V. Nuevos amigos-Lélia

El curso del tiempo y los azares de la vida traen hasta nosotros a muchos desconocidos, algunos de los cuales, llegados a nuestras riberas, se quedan en ellas. De este modo, nuevas capas de amigos reemplazan a las que se llevó el reflujo. George había perdido a su primer consejero, Latouche; por algún tiempo, Sainte-Beuve se convertiría entonces en su confidente.

Era un crítico joven —como Sand, tenía veintinueve años en 1833— que se imponía ya por la finura de sus juicios. Su rostro «lleno, afeitado, astuto», no era hermoso. Parecía concupiscente, tierno y maligno. Su alma, «remojada en el agua, tenía el follaje delgado y blanco de los álamos». Inquieto por su vida sin arraigo, había tratado de vincularse al matrimonio Hugo. Luego, enamorado de Adèle, había odiado a Victor. En el secreto de su corazón y de sus cuadernos se burlaba del poeta pueril y titánico, de sus malicias «cosidas con cable blanco», de su teatro: «fantoches para la isla de los Cíclopes»; del «Calibán que posaba para Shakespeare». Sainte-Beuve, comentador, lamentaba erróneamente no ser un creador, como si la gran crítica no fuese

una creación. «Bedel del templo de Cnido», se complacía en sorprender los secretos de las mujeres. Se introducía en sus casas, las confesaba, las aconsejaba y llevaba luego la indiscreción hasta las alturas del genio. En la conversación brillaba intermitentemente, como una luciérnaga. «Parece ocultar su ingenio tras la trivialidad de las palabras, pero a cada aletazo lo traiciona una chispa»[68].

Desde los tiempos de *Indiana*, Sainte-Beuve había elogiado a aquella joven novelista misteriosa y genial. Ella lo sabía, y, en 1833, en el momento del estreno de *Lucrèce Borgia*, le había escrito pidiéndole dos butacas, para ella y para Sandeau: «Usted es amigo de Victor Hugo, y nosotros, mi seudónimo y yo, somos sus fervientes admiradores… Si soy importuna, dígamelo, pero venga usted mismo a decírmelo…»[69]. Él envió las localidades; ella insistió en recibir su visita: «Venga a la hora que quiera: siempre estaré para usted… Y, sobre todo, no me odie usted, pues yo tengo muchos deseos de ser su amiga. Acaso sea ridículo decirle esto, pero cuando uno se siente en la verdad, no retrocede ante el temor de falsas interpretaciones…»[70].

¡Hermosa presa para aquel goloso de confidencias! Para George, Sainte-Beuve no tardó en convertirse en un precioso consejero literario y sentimental. Cuando se levantó la tormenta de la ruptura con Sandeau, observó complacido el bello fenómeno. Varias veces comió en casa de ella, en el *quai* Malaquais, con la amable y cínica Hortense Allart, que era entonces la amante de Chateaubriand, y de la que obtenía precisos relatos sobre la vejez de René. Hortense se hacía acompañar allí por un joven ginebrino de cabellos de plata, Charles Didier, que, también él, había sido su amante en Florencia. Toda mujer se interesa por el hombre que ha sido amigo de una amiga. George miró a Didier con ojos curiosos y favorables; era hermoso, frío de maneras por su educación protestante, pero viril y aficionado a las mujeres. La señora Dudevant no le gustó aquel día: «Un poco seca y sin flexibilidad —escribió—. Tiene una cabeza extraña. No la creo capaz de pasión».

Los sensuales tienen instinto. A despecho de las apariencias, el ginebrino no se engañaba. La novela que George paría entonces en el dolor y de la que leyó una parte a Sainte-Beuve, *Lélia*, no era otra cosa que una larga confesión de impotencia carnal. Libro estropeado por el carácter extravagante de los personajes, pero capital por la franqueza de sus confesiones. Es preciso leerlo, no en la edición corriente, expurgada por el autor cuando Sand se arrepintió de haberse desenmascarado, sino en la edición original de 1833, en la que

encontrara un triste alivio describiendo sus decepciones amorosas y analizando sus causas.

Lélia es una mujer que niega el amor. Es bella, sublime, pero fría como una estatua. «¿Cómo salir de ese mármol —dice ella— que me sube hasta las rodillas y me retiene encadenada, como retiene el sepulcro a los muertos?»[71]. Sténio, el joven poeta que la ama apasionadamente, trata en vano de conmoverla: «Lélia no es un ser completo —dice Sténio—. ¿Qué es, pues, Lélia? Una sombra, un sueño, una idea a lo sumo. Vamos, donde no hay amor, no hay mujer…»[72].

Él confidente romántico de Lélia, Trenmor, hombre de mundo y forzado, le suplica que deje vivir a Sténio y que no lance «su yerto aliento» sobre los bellos días de ese niño. Pero Lélia no tiene el valor de renunciar. «Me gusta acariciarte —le dice ella a Sténio—, mirarte como si fueses mi hijo…»[73]. He ahí el tema discordante, inquietante, de la maternidad amorosa, tema que tan a menudo resonará en la vida de Sand. Pero Lélia no *querría* amar como una madre, sino como la cortesana Pulchérie, su propia hermana, que representa, en la novela, el amor sensual. Ha intentado hacerlo y ha fracasado horriblemente.

> Con mi cuerpo empobrecido por las austeras contemplaciones del misticismo y mi sangre fatigada por la inmovilidad del estudio, olvidé ser joven y la naturaleza se olvidó de despertarme. Mis sueños habían sido demasiado sublimes; no podía descender ya a los groseros apetitos de la materia. A hurto mío, se había operado un divorcio absoluto entre el cuerpo y el espíritu…[74].

Había comenzado entonces para Lélia una vida que ella llama de «sacrificio y abnegación», porque aceptaba dar placeres que no podía compartir. He aquí algunos textos esenciales para quien quiera comprender a Sand:

> Lo que hizo que le amase largo tiempo… fue la febril irritación producida en mis facultades por la ausencia de satisfacción personal. A su lado sentía una especie de extraña y delirante avidez que ningún abrazo carnal podía saciar. Sentía mi pecho devorado por un fuego inextinguible y sus besos no me daban alivio alguno. Lo estrechaba entre mis brazos con una fuerza sobrehumana y caía a su lado agotada, desalentada… El deseo era en mí un ardor del alma que paralizaba la potencia de los sentidos antes

de haberla despertado; era un furor salvaje que se apoderaba de mi cerebro y que se concentraba exclusivamente en él. Mi sangre, impotente y pobre, se helaba durante el inmenso vuelo de mi voluntad…[75].

Cuando, satisfecho y saciado, se adormecía, yo permanecía inmóvil y consternada a su lado. Muchas horas pasé así, viéndole dormir. ¡Me parecía tan bello aquel hombre!… Las ardientes oleadas de mi sangre agitada me subían al rostro; insoportables estremecimientos pasaban luego por mis miembros. Me parecía sentir el desasosiego del amor físico y los crecientes desórdenes de un deseo material. Me sentía violentamente tentada a despertarlo, a enlazarlo con mis brazos y despertar sus caricias, de las que no había sabido aprovecharme hasta entonces… Resistía a estas mentirosas solicitaciones de mi sufrimiento, pues bien sabía que él no podía calmarlo…[76].

Algunas veces, en el sueño, presa de esos ricos éxtasis que devoran a los cerebros ascéticos, me sentía arrastrada hacia él… Nadaba entonces en las ondas de una indecible voluptuosidad y, pasando mis brazos indolentes en tomo a su cuello, caía sobre su seno murmurando vagas palabras. Pero él se despertaba, y allí acababa mi felicidad… Volvía a encontrar al hombre, al hombre brutal y voraz, como una bestia feroz, y huía de él con horror. Pero él me perseguía, pretendía que no en vano había turbado yo su sueño, y saboreaba su placer salvaje sobre el seno de una mujer desvanecida y medio muerta…[77].

Lejos, pues, de estar empobrecidos, mis sentidos se renovaban. Los esplendores y los perfumes de la primavera, las influencias excitantes de un sol tibio y de un aire puro… me produjeron nuevas angustias. Sentí todos los aguijones de la inquietud, deseos vagos e impotentes. Me pareció que todavía podría amar y que de ahora en adelante podría sentir. Una segunda juventud, más vigorosa y febril que la primera, hacía palpitar mi seno. En estas alternativas de deseo y temor consumía mi fuerza a medida que se renovaba… Soñaba con los abrazos de un demonio desconocido; sentía su cálido aliento quemar mi pecho y hundía mis propias uñas en mis hombros, creyendo sentir así la marca de sus dientes. Pedía el placer al precio de la condenación eterna… Al comenzar el día, me hallaba rota de fatiga, más pálida que la misma aurora… Trataba de aliviarme lanzando gritos de dolor y de cólera…[78].

Agotada por una caída tanto más vertiginosa cuanto más alto la alzara su imaginación en sus esperanzas, Lélia deja de amar a su primer amante, pero la participación de esa felicidad desconocida para ella y tan fácilmente

alcanzada por otras mujeres, que es el amor físico, se convierte en su único pensamiento, en su única regla de conducta, en el único objeto de su voluntad:

> Después de dejar flotar mis deseos hacia las sombras, me aconteció correr en sueños tras ellas, agarrarlas al vuelo, pedirles imperiosamente, si no la felicidad, al menos la emoción de unos días. Y como este libertinaje invisible no podía escandalizar… me entregué a él sin remordimientos. Fui infiel, en la imaginación, no solamente al hombre que amaba, sino que cada despertar me vio infiel a aquel a quien amara la víspera…[79].

Don Juan va de mujer en mujer porque ninguna de las Mil y Tres le da la felicidad; Lélia va de hombre en hambre porque ninguno de ellos le da el placer. La novela prueba que la luz se había hecho en el espíritu del autor y que George, próxima a los treinta años, se analizaba con lucidez. Al día siguiente de su lectura, Sainte-Beuve le escribió:

> *Sainte-Beuve a George Sand, 10 de marzo de 1833*: Señora, no quiero demorarme en decirle cuánto me ha hecho pensar la velada de anoche y lo que en ella oí, y cómo Lélia me ha corroborado y llevado aún más lejos en mi seria admiración y mi sincera amistad por usted… El grueso público que pide una novela cualquiera al gabinete de lectura se desagradará con ésta. Pero la clasificará a usted muy alto entre todos aquellos que sólo ven en la novela una forma más viva de los pensamientos eternos y humanos… Ser mujer, tener menos de treinta años y que en la apariencia exterior no se vea que se han sondeado tales abismos; llevar esa ciencia que, a nosotros, nos desvastaría las sienes y nos blanquearía los cabellos —llevarla con ligereza, holgura y sobriedad de discurso—, he ahí lo que ante todo admiro… En verdad, señora, es usted una naturaleza muy extraña y fuerte…[80].

Al día siguiente respondió, turbada al imaginar el personaje monstruo y doliente en que sin duda se convertía ella misma a los ojos de un lector penetrante, que la identificaba con Lélia.

> *George Sand a Sainte-Beuve, 11 de marzo de 1833*: Después de escuchar la lectura de *Lélia*, me dijo usted una cosa que me ha hecho daño: me dijo que tenía miedo de mí. Deseche esa idea, se lo ruego, y no confunda al hombre con el sufrimiento. Lo que usted oyó fue el sufrimiento… Reconcilíeme con Dios, usted que siempre cree y ora a

menudo… Y no crea demasiado en todos mis aires satánicos: le juro que es un tono que me doy… Usted se halla más cerca de la naturaleza de los ángeles; tiéndame, pues, la mano y no me abandone a Satanás…[81].

Lo que prueba dos cosas: que conocía mal a Sainte-Beuve y que los hombres saben simular la virtud mejor que las mujeres.

En toda mujer, por amor al amor, hay una celestina que se ignora: el lado femenino de Sainte-Beuve lo inclinaba a estas complacencias. Sola y libre en París, George Sand no podía continuar siendo mucho tiempo una mujer sin hombre. Pero encontrar un amante que conviniera a Lélia no era fácil. Sainte-Beuve tuvo la extraña idea de lanzar la candidatura del filósofo Théodore Jouffroy, de quien era amigo. Este jurado de ojos azules, de reflexiva lentitud, era una austera y dulce figura: «Su elevada estatura, sus maneras simples y francas, una especie de áspera rudeza que no había desbastado, todo en él acusaba ese tipo virginal del hijo de las montañas; y estaba orgulloso de serlo. Sus camaradas le dieron el apodo de *Sicambre*.…»[82]. Jouffroy había sostenido en la Sorbona una tesis notable sobre lo Bello y lo Sublime. Con la señora Dudevant tenía en común el gusto por una alta poesía agreste y natural; pero era una locura quererlo emparejar con Lélia, que lo hubiera vencido al primer encuentro. No obstante, George, que trataba a Sainte-Beuve como a su director de conciencia, respondió humildemente:

George Sand a Sainte-Beuve, abril de 1833: Amigo mío: de sus manos recibiré al señor Jouffroy. Por poco dispuesta que me sienta a rodearme de rostros nuevos, venceré esta primera sugestión de mi natural salvaje y encontraré sin duda en la persona que tan calurosamente me recomienda todas las cualidades que merecen estimación. Le ruego prevenirlo de mi apariencia seca y fría, de la irreprimible pereza y de la vergonzosa ignorancia que me hacen enmudecer la mayor parte del tiempo, a fin de que no tome por impertinencia lo que en mí es una costumbre, una manía, pero nunca una intención malévola. En el rostro del señor Jouffroy he visto que podía tener un alma bella y un espíritu recto, pero acaso le reconozca la posesión de estas cosas —muy raías y muy estimables, desde luego— sin una admiración muy grande. Hay hombres que vienen al mundo hechos de una pieza y que no tienen que luchar contra los escollos en que otros se pierden y maltratan: pasan a través sin saber siquiera que existen y a veces se sorprenden de ver tantos despojos flotando en tomo suyo. Temo un poco a estos hombres virtuosos de nacimiento…[83].

En el último instante tuvo un acceso de buen sentido y deshizo la entrevista.

Permanecía triste, obstinada en su dolor, endurecida e irónica. «Haga *Lélia* —le escribía Sainte-Beuve—. Pero en prosa, en la vida real y práctica, no desdeñe esas curas a medias, esas dichas a medias que, después de ciertas pruebas, son todavía un buen regalo para el corazón… Recobre una idea más justa y tolerante de los hombres y del mundo… En este bajo mundo hasta los más santos tienen horrendos cuartos de hora… No hay que abandonarse en esos momentos…»[84]. Ella le daba las gracias, le decía que «entre los *escribidores*», como decía Solange, sólo había encontrado un amigo: él, Sainte-Beuve. Pero la verdadera confidente de aquellos meses atroces fue Marie Dorval, cuya mezcla de cinismo, naturalidad, grandeza y pasión convenía entonces perfectamente al desconcierto de George. Es probable que los diálogos de Lélia y de la juiciosa cortesana Pulchérie sean transposiciones de las charlas de George y Marie.

Se veían mucho, ora en casa de la una, ora en casa de la otra. George, ávida siempre de teatro, no faltaba a ningún espectáculo de la Dorval. Ofertas y peticiones de localidades era el tema central de casi todas sus cartas. Pero George hacía de estas solicitudes ocasión para las más tiernas esquelas:

> Hoy no puedo verte, querida. ¡No tendré esa dicha! El lunes, a la mañana o a la tarde, en el teatro o en tu lecho, iré a besar a mi señora, o cometeré una locura. Trabajo como un forzado, y ésa será mi recompensa. Adiós, bella entre todas…[85].
>
> *Febrero de 1833*: Mi pequeña y buena Marie: estuviste aquí y yo estaba en Aulnay. ¡Qué desgraciada soy perdiendo un día de mi vida en que pudieses estar tú! Pero dime cuándo quieres charlar conmigo, después de medianoche. Escríbeme unas líneas y estaré siempre lista. Tú, mujercita, tienes muchas cosas en tu vida. Yo, ¡nada! *Nada más que tú*, a quien beso mil veces…[86].

Dorval respondía con mayor brevedad y, sin duda, para no disgustar a Vigny, «espaciaba» un poco a su amiga, que se quejaba:

> *Marzo de 1833*: Marie: ¿por qué no nos hemos visto desde hace tanto tiempo? Yo he estado enferma, y ésa es una razón. Tú, tú has estado muy ocupada; no has podido, lo sé, porque eres buena y hubieras venido a mí si no te lo hubieran impedido. Pero ¡amarte tan profundamente, Marie, y

pasar tantos días lejos de ti! Esto me entristece, Marie, y me ensombrece el corazón más aún que de costumbre. ¿Me condenarás porque soy desdichada?… ¡Me espanta merecer tan poco la amistad tuya, grande y noble mujer! Temo perder lo que he obtenido, y me pregunto si no habrá en mi vida alguna mancha que te aleja de mí. Pero eres tan superior a todas las mujeres, mi querida Marie, que, si fuese culpable, en ti hallaría tolerancia y compasión. Pero no creo serlo. Ahora, si lo soy, eres suficientemente buena para quererme a pesar de eso… ¿Cuándo me darás una buena velada, en tu casa o en la mía? Vamos, sé buena con tu amiga que está triste y que sólo junto a ti encuentra la juventud y la felicidad…[87].

George hubiese querido acompañar a Marie en una de sus giras, así fuese como camarera. Encontraba un extraño encanto en oír las apasionadas quejas de Marie Dorval contra Dios y contra los hombres. «No disimulando nada de sí misma, nada arreglaba ni afectaba nada. Tenía un abandono de rara elocuencia; elocuencia a veces salvaje, nunca trivial, siempre casta en su crudeza y revelando siempre la búsqueda de un ideal inasible, el sueño de la felicidad pura, el cielo sobre la tierra…»[88]. En esta mujer que había vivido mucho más que ella, George encontraba de nuevo su propia necesidad de absoluto. Vigny estaba celoso de aquella amistad apasionada. Ingenuamente, el desdichado temía la influencia que pudiera ejercer sobre su querida aquella teórica del amor libre. *Sancta simplicitas!* La deliciosa y sublime Dorval, loca de su cuerpo, no tenía nada que aprender al respecto de mujer alguna.

Mientras la ansiosa Lélia buscaba consuelo y revelación, se encontró con un cínico que le prometió uno y otra. Prosper Mérimée, gran amigo de Sainte-Beuve, era, como Henri Beyle, uno de esos sentimentales heridos desde la infancia con los que el diablo hace a sus Don Juanes. Se complacía en hablar del amor como técnico, con una crudeza de estudiante de medicina. Esto le proporcionaba éxitos en el *foyer* de la Opera y en algunos *boudoirs*. Al encontrarse con aquella mujer bonita, extravagante, disponible, inteligente y célebre, se propuso *agregar* una cabellera a su collar de trofeos. La cortejaba desde comienzos de 1833, pero sin éxito. Ella prometía recibirlo, pero en el último momento se excusaba, pretextando una neuralgia o una visita marital. Él se hizo irónico y un tanto amargo: «Le agradecería mucho me dijese si se ha curado, si su marido sale solo alguna vez, si tendré, en fin, alguna oportunidad de verla sin causarle fastidio…»[89].

Hizo su conquista «por cuarenta y ocho horas, gracias a la bravata con que, desafiando todo respeto humano, se exhibió ante todo el París elegante, en lo alto de la gran escalinata de la Opera, llevando dormida sobre su espalda a la pequeña Solange, durante el último acto de *Robert le Diable*»[90]. George encontró en él a «un hombre tranquilo y fuerte» que la fascinó «con el vigor de su espíritu». Ella desgranó el rosario de las desdichas de Lélia, provocando la risa de él. Una tarde de abril de 1833, mientras se paseaban por el *quai* Malaquais, a las orillas del Sena, ella ofreció una amistad amorosa. Él respondió que sólo podía «amar con *una* condición» y que todo lo demás era literatura. Era ésta la idea más falsa del amor, pero ella se encontraba en ese estado de angustia en que una mujer está dispuesta a aferrarse a cualquier esperanza. «Creí —escribió a Sainte-Beuve— que tenía el secreto de la felicidad, que me lo enseñaría…, que su desdeñosa despreocupación me curaría de mis pueriles susceptibilidades».

Finalmente, Mérimée logró persuadirla de que para ella podía existir una especie de amor soportable a los sentidos y embriagador para el alma. Era lo que todavía quería ella esperar. Se dejó deslumbrar por el prestigio de la competencia. «Está bien —dijo finalmente a Mérimée—. Acepto. Que sea como lo desea usted, ya que tanto placer le causa; pues, por lo que a mí respecta, debo declararle que estoy segura de no tener ninguno»[91]. Subieron a su apartamiento; comieron algo; con su camarera, arregló ella su *deshabillé*, que era mitad turco y mitad español. Más tarde, Mérimée pretendió que durante esa escena George había carecido de pudor, matando así el deseo de su compañero. Sin duda, ante él fingió mayor desenvoltura de la que tenía. En todo caso, fue un miserable y ridículo fracaso. Don Juan, como su amigo Stendhal en ocasión semejante, sufrió un fiasco completo. Con gran sorpresa suya se encontró con una mujer gazmoña, carente de habilidad auxiliar, tanto por ignorancia cuanto por orgullo. Vejado, él se desquitó con una ironía amarga y frívola. Cuando se fue, ella lloró de sufrimiento, de asco y de desaliento.

Contó toda la historia a Marie Dorval. Se juzgaba digna de compasión y no de censura. Bajo el sello, tan frágil, del secreto, Dorval informó a Dumas, gran charlatán. El relato de la aventura corrió por todo París. Dumas atribuía a Sand esta frase: «Anoche tuve a Mérimée; no es gran cosa…». Oficiosos amigos corrieron a decir a George que Marie Dorval la había traicionado, pero fueron mal acogidos.

Decís que me ha traicionado. Lo sé; pero y vosotros, mis buenos amigos: ¿cuál de vosotros es el que no me ha traicionado? Hasta ahora, ella sólo me ha traicionado una vez, y vosotros, vosotros me habéis traicionado todos los días de vuestra vida. Ella repitió una frase que yo le dije. Vosotros me habéis hecho repetir frases que jamás dije… Dejadme quererla. Sé lo que ella es y lo que vale. Conozco sus defectos; sus vicios… ¡Ah!, ¡ésa es vuestra gran palabra! Tenéis miedo al vicio. Pero si estáis hechos de vicio y no lo sabéis, o no lo admitís. ¡El vicio! ¿Le prestáis atención vosotros? ¿No sabéis, pues, que está en todas partes, a cada paso de vuestra vida, en tomo vuestro, dentro de vosotros?…[92].

Catorce años más tarde, releyó su diario y confirmó su juicio:

1847: ¡Ella! Ella es siempre la misma y siempre la quiero. Es un alma admirablemente bella, generosa y tierna, una inteligencia excepcional, con una vida llena de extravíos y de miserias. ¡Por ello, te amo y te respeto tanto más, Marie Dorval!…[93].

A Sainte-Beuve, gran coleccionista de debilidades, informado ya por el rumor, le dirigió George una confesión plena:

George Sand a Sainte-Beuve, 8 de julio de 1833: No me ha pedido usted confidencias; no le hago una al decirle lo que voy a decirle, pues no le pido discreción. Estaría dispuesta a contar e imprimir todos los hechos de mi vida, si creyese que con ello podría ser útil a alguien. Como su aprecio me es útil y necesario, tengo derecho a mostrarme a usted tal como soy, aun en el caso de que usted rechazase mi confesión… Uno de esos días de tedio y desesperación encontré a un hombre que no dudaba de nada…, que no comprendía nada de mi naturaleza y que se reía de mis pesares… No me convencía suficientemente de una cosa: de que yo era absoluta y completamente Lélia. Quise persuadirme de que no lo era; esperaba poder renegar de ese papel frío y odioso. Yo veía a mi lado a una mujer sin freno, y era sublime; yo, austera y casi virgen, era horrible, en mi egoísmo y mi aislamiento. Traté de vencer mi naturaleza, de olvidar los desengaños del pasado… Estaba aquejada de esa inquietud novelesca, de esa fatiga que da vértigos y que hace que después de haberlo negado todo, se revise todo de nuevo y se comiencen a adoptar errores más grandes que aquellos que se habían abjurado. Así, después de creer que años de intimidad no podrían ligarme a otra existencia, me imaginé que la fascinación de unos cuantos

días decidiría de mi vida. En fin, a los treinta años me conduje como no lo habría hecho una niña de quince. Tenga valor… El resto de la historia es odioso de relatar. Pero ¿por qué avergonzarme de ser ridícula, si no fui culpable…? La experiencia fracasó totalmente. Lloré de sufrimiento, de asco, de desaliento. En vez de encontrar un afecto capaz de compadecerme y resarcirme, sólo encontré una ironía amarga y frívola. Eso fue todo, y se ha resumido esta historia en dos frases que yo no dije, que la señora Dorval no ha denunciado ni inventado, y que hacen poco honor a la imaginación del señor Dumas…[94].

Nada de remordimientos. Contaba los hechos sin mentir ni defenderse. Había salido a la caza de la felicidad en terreno peligroso y había fracasado. Este último fracaso confirmaba todos sus temores. Llegar a ser una verdadera amante, como Dorval, hubiese sido a sus ojos un triunfo y una redención. Con respecto a Mérimée, no guardaba rencor: «Si Prosper Mérimée me hubiese entendido, acaso me amara, y si yo hubiese podido someterme a un hombre, me habría salvado, pues la libertad me roe y me mata…». Pero si hubiese podido someterse a un hombre, no habría sido George Sand.

VI.

¡Qué desorden y qué desorden! Diez años antes era una joven llena de esperanzas y buena voluntad; se había creído capaz de modelar a los hombres que la amaran y de llevarlos a la idea alta y mística que tenía entonces del amor. Ella fue Sténio; la credulidad, la inexperiencia, la espera temerosa y ardiente del porvenir. Luego, habiendo fracasado con Aurélien de Sèze lo mismo que con Casimir Dudevant, se dijo que el mal residía en una sociedad mal constituida, en el rigor del matrimonio, y que liberándose de prejuicios mezquinos y de leyes anticuadas, los libres amantes podrían vivir sus sueños. También esto había fracasado. El amor libre se reveló tan engañoso como el amor conyugal.

En su provincia, irritada contra las mezquindades de las pequeñas ciudades, había creído en el mundo de las artes, de la política y de la elocuencia; en París había imaginado «una vida de elección, una sociedad afable, elegante, ilustrada, en que los seres dotados de algún mérito podían ser acogidos y cambiar sus sentimientos y sus ideas». No sabía que el genio es siempre solitario y que no existe jerarquía moral unánimemente aceptada por

los mejores. Había tomado por poetas a todas las personas que hacían versos. Dos años de dura experiencia le mostraron que los grandes hombres no son gigantes, «que el mundo está pavimentado de brutos y que no se puede dar un paso sin hacer gritar a alguno». Había buscado maestros; encontró pobres seres prudentes e hipócritas. Había aprendido los peligros de la franqueza.

> Los hombres no quieren que se les descubra y que se les haga burlarse de la máscara que llevan. Si no eres ya capaz de amar, miente o cierra los pliegues del velo de tal manera que ninguna mirada pueda leer a través de ellos. Haz con tu corazón lo que los viejos libertinos con sus cuerpos. Escóndelo bajo los afeites y la mentira; disimula, a fuerza de jactancia y fanfarronería, la decrepitud que te hace incrédulo y la sociedad que te hace impotente. Sobre todo, no confieses nunca la vejez de tu inteligencia; no digas a nadie la edad de tus pensamientos…[95].

Cansada, inquieta, sangrantes sus recientes heridas, suspendida «entre los horrores del suicidio y la eterna paz del claustro», en aquel verano de 1833 era realmente Lélia, mujer sedienta de amor, digna de ser amada, pero incapaz de esa humildad sin la cual no hay amor. «¡Lélia, tu alma es fría como la piedra sepulcral!», se gritaba por boca de Sténio. Y, sin embargo…

Y, sin embargo, en el fondo de su corazón sabía perfectamente que la muchacha del convento de las Inglesas, la amazona de Nohant, caritativa con los desdichados, ávida de aprender, pura y seria, no había muerto. En Lélia había rasgos de Manfred y Lara. Pero Byron, incluso cuando representa su personaje diabólico, sigue siendo un calvinista impenitente y un amante sentimental. Cuando ella comía alegremente con Hortense Allart, cuando escuchaba ávidamente a Marie Dorval, George Sand dejaba de ser George Sand. Por una noche volvía a encontrar la juventud cordial y las esperanzas de Aurore Dudevant. Entonces pensaba en las avenidas de Nohant, en la claridad de las estrellas, en ese bello y grave silencio tan propicio a las confidencias, en los amigos berrichones en cuyos brazos se apoyaría un día para relatarles las tempestades pasadas. Y cuando se marchaban sus invitados y quedaba sola, con Solange dormida, en el apartamiento del *quai* Malaquais, lo que sobrenadaba en aquella alma tormentosa era, a pesar de tantos naufragios, la necesidad de creer en el amor, y acaso en el amor divino.

Cuarta parte
Los juegos del amor y del genio

Las mujeres creen inocente todo lo que se atreven a hacer.

JOUBERT

I. Los hijos del siglo

En un pequeño apartamiento del *quai* Malaquais dejamos a una joven desengañada, desesperada, que ha fracasado en el adulterio y en el matrimonio y que trata de expresar su rebeldía por medio de una novela. No os la imaginéis llorando. Tiene demasiada vida y fuerza para llorar mucho tiempo. Se decía que había escogido mal; que el amante ideal, capaz de respetar su delicadeza y vencer sus repugnancias, debía existir; que el día que lo encontrara la guiaría la pasión, advertencia de la conciencia, luego advertencia de Dios. Continuaba buscándolo, y recorría con la mirada las filas de hombres de talento que la rodeaban, como un sultán, en el secreto del harén, inspecciona sus odaliscas.

A pesar de su rostro infantil «de querubín prematuramente hecho canónigo», no le hubiera disgustado Sainte-Beuve y con gusto confiriera al confidente, después del fiasco del cínico, un papel de primer galán. Pero Sainte-Beuve, después de haber sido muy asiduo, se esquivaba. Ella no comprendía su silencio y hubiese preferido «una franca coz a esa altiva inmovilidad»[1]. ¿Había espantado, con alguna mancha abominable, «su augusta permanencia»? ¿Huía de ella como de una compañía desagradable, y la desesperación de Lélia turbaba en él una juvenil confianza en la vida? ¿O estaba enamorado de una mujer celosa que le prohibía visitar a una mujer peligrosa? «Si así es, ¿no puede usted tranquilizarla, decirle que tengo trescientos años, que dimití de mujer antes de que naciera su abuela y que me importa tanto la piel de un hombre como Jean de Worth?…»[2].

Justamente, esto es lo que no creían Adèle Hugo ni Sainte-Beuve. Este se había inclinado sobre los abismos ocultos tras el encanto de George y había retrocedido espantado. Se lo decía más graciosamente; elogiaba «esa lealtad de hombre en esa gracia de mujer», pero observaba que la amistad con ella era difícil. «Para que la amistad entre los dos sexos sea posible, es menester que haya concluido la vida en lo que ella tiene de aventurado y mudable; es preciso que, en toda sencillez, uno y otro acaben de vivir, como las gentes de cierta edad que concluyen la jornada sentadas en un banco, al sol del atardecer…»[3]. En suma, estaba dispuesto a continuar teniendo con ella, a distancia, una amistad «seria», pero no en la intimidad. Ella encontró esto triste y cómico: «Después de todo, amigo mío, si yo no le gusto, usted es libre… No lo atormentaré más. ¿Es usted feliz? ¡Tanto mejor! Bendigo por ello al Celo y me parece que ha hecho usted bien evitándome…»[4] 4. Pero se cuidó de enfadarse con él. Era un crítico influyente y ella poco rencorosa, salvo en el amor, que no se hallaba en juego en este caso.

Su otro crítico ordinario, Gustave Planche, se había convertido, desde la aparición de *Indiana*, en un familiar del *quai* Malaquais. ¿Amante? París lo decía, como lo dice siempre París; Casimir estaba convencido; George lo negaba vigorosamente. En realidad, Planche, al que envolvía siempre un hedor de ganapán en fermentación, no parecía muy tentador. Pero era poderoso; ella había hecho de él su escudero y él aceptaba orgullosamente este papel. A menudo iba a buscarlo a la sórdida posada en que vivía, en la calle de los Cordeliers, para encargarle extrañas misiones. Si Casimir venía a París, era Planche quien debía acompañarlo al teatro; si Solange estaba enferma, él quien buscaba al médico; él quien llevaba a Maurice al liceo Henri IV las tardes de salida y a Sand a los estrenos de la Dorval. La pequeña señora Dudevant había domesticado totalmente a Gustave el Cruel.

Marie Dorval seguía siendo la amiga más querida, pero casi no podía participar en la vida de George. Vigny hacía cuanto estaba en su poder para apartar a su amante de la que él llamaba «esa mujer monstruosa». Marie, siempre escasa de dinero para sus tres hijas, tenía que hacer gira tras gira. El fiel Planche era enviado entonces a casa de Vigny para arrancarle una dirección.

George Sand a Marie Dorval: ¿Dónde estás? ¿Qué es de ti?… Mala: ¿por qué te marchaste sin decirme adiós, sin darme el itinerario de tus viajes, a fin de que pudiera correr detrás de ti? Tu fuga sin despedida me ha hecho daño. Estaba en vena de *spleen*. Me figuré que no me querías. Lloré

como un asno… Soy una tonta. Hay que perdonármelo. En mi carácter hay cosas malas, pero tengo el corazón capaz de amarte, lo siento. En vano examino a los demás, sin encontrar a nadie que valga lo que tú. No encuentro una sola naturaleza franca, auténtica, fuerte, elástica, buena, generosa, gentil, grande, cómica, excelente, completa como la tuya. Quiero amarte siempre, así sea para llorar o para reír contigo. Deseo ir en tu busca, pasar unos días contigo. ¿Dónde estás? ¿Adónde debo ir? ¿No te aburriré? ¡Bah!, me es igual, por otra parte; trataré de ser menos desabrida que de costumbre. Si estás triste, estaré triste; si estás alegre, ¡viva la alegría! ¿Tienes encargos que hacerme? Te llevaré todo París, si tengo con qué comprarlo. Vamos, escríbeme una línea y parto. Si tienes algún asunto en que yo estorbe, me mandarás a trabajar a otra habitación. Sé trabajar en cualquier parte. Me han dicho que desconfíe de ti; seguramente te han dicho otro tanto de mí; pues bien: mandémosle a hacer (…) y creamos sólo en nosotras.

Si me contestas pronto, diciéndome por toda literatura: *¡Ven!*, partiré, así tenga el cólera o un amante…[5].

Marie Dorval mostró esta carta a Vigny y, para tranquilizarlo, simuló burlarse. Él escribió al margen: «He prohibido a Marie responder a esta Safo que la fastidia». Y Dorval: «La señora Sand, picada porque no le he contestado»[6]. Pero George admiraba demasiado a Marie para enfadarse mucho tiempo.

En el silencio del corazón, George trabajaba a su ritmo igual, pero la vida parecía vana. A comienzos de la primavera de 1833, la *Revue des Deux Mondes* dio una gran comida a sus colaboradores en el restaurante Lointier, 104, *rue Richelieu*[7]. Gustave Planche, crítico de la casa, llevó a George Sand, y el azar, o un Buloz malicioso, hizo de ella la vecina de Alfred de Musset. Ya Sainte-Beuve, en la época en que buscaba pretendientes para ella, le había hablado de presentarle a este joven poeta de flotantes cabellos, delgado, rubio y hermoso como un dios. Musset tenía entonces veintitrés años, seis menos que Sand y que Sainte-Beuve. Este admiraba a Musset, acaso porque el poeta representaba lo que él hubiese querido ser: «Era la primavera misma —dice—; toda una primavera de poesía que florecía ante nuestros ojos… Nadie, a primera vista, daba mejor la idea del genio adolescente…»[8]. Musset había aprendido de Byron el *dandismo*. Su levita con cuello de piel hasta la cintura, su sombrero de copa muy alta inclinado sobre la oreja, su alta corbata, su pantalón ceñido de color azul cielo, le conferían una elegancia un tanto exagerada. Cuando Sainte-Beuve le ofreció a

George Sand llevárselo, ésta había rehusado: «Es demasiado *dandy*; no nos convendremos el uno al otro»[9].

Se comprende que ella se asustase, pues el mundo literario hablaba muy mal de Musset. En 1830 había hecho una aparición deslumbrante, e inmediatamente Buloz, el Cenáculo, el salón del Arsenal lo habían adoptado. Con apasionada admiración, las bellas musas románticas habían citado ciertos versos coloreados y nuevos: *Un dragón amarillo y azul que dormía en el heno…* Pero el ingrato se reía de su gloria y de sus colegas. Los parodiaba, los caricaturizaba, les ponía apodos. A Sainte-Beuve, que lo elogiaba tan generosamente, lo llamaba ora *Madame Pernelle*, ora *Sainte-Bévue*. Musset era un chico echado a perder por las mujeres, un querubín que hubiese leído *Les Liaisons dangereuses y Manfred*. Conoció el placer antes que el amor y no había encontrado la felicidad. Entonces, con ingenuo furor, se había entregado al champaña, al opio y a las prostitutas. Como a Byron, le fascinó el libertinaje, en el que la mujer recobra su antiguo papel de hechicera y el hombre se liberta del despotismo de la sociedad. Desengañado por queridas venales, tenía malos recuerdos. «Para nuestras mujeres —decía— amar es jugar a mentir, como juegan los niños al escondite…, comedia sórdida y baja». Pero con el libertino prematuramente hastiado cohabitaba en Musset un paje tierno y sensible. De este contraste había nacido su poesía. Un artista no renuncia nunca a lo que nutre su genio. Musset conocía demasiado bien la disonancia que hacía cantar sus mejores versos. Cultivó su locura. AI comienzo, en este juego había una parte de simulación y de despecho, pero «no se juega con el libertinaje», y ya desde su juventud sus nervios estaban enfermos, su inspiración era intermitente y estaba agotada su bolsa.

En la comida de la *Revue des Deux Mondes*, Sand tuvo la agradable sorpresa de encontrar que el *dandy* era un buen chico: «No era truhán ni presumido, aunque proyectase ser lo uno y lo otro»[10]. Estuvo brillante; hizo reír a aquella belleza silenciosa de ojos ausentes, y ella necesitaba reír. George, que carecía de ingenio, sabía apreciar el de los demás. «Fantasio sintió que gustaba». En cuanto a él, se había sonreído del pequeño puñal que su vecina llevaba a la cintura, pero le fascinaron los grandes ojos negros y pesados, brillantes y dulces, que lo miraban interrogantes. Ojos enormes, como de india; un color oliváceo, con reflejos de bronce. Por los versos de Musset, sabemos que cantaba a «una andaluza de moreno seno», que amaba «un seno virgen y dorado como la viña joven». Esta piel de ámbar debió responder a sus secretos deseos.

Al regresar a casa, leyó *Indiana*, tachó la mitad de los adjetivos, pues entonces tenía mejor gusto y estilo que Sand, y le dirigió una carta muy respetuosa que terminaba: «Acepte, señora, las seguridades de mi respeto», pero que iba acompañada por unos versos: *Después de la lectura de Indiana*:

Sand, quand tu l'écrivais, où donc l'avais-tu vue,
Cette scène terrible aù Noun, à demi nue,
Sur le lit d'lndiana s'enivre avec Raymon?
Qui donc te la dictait, cette page brûlante
Où l'amour cherche en vain, d'une main palpitante,
La fantôme adoré de son illusion?
En as-tu dans le cœur la triste expérience?
Ce qu'éprouve Raymon, te le rappelais-tu?
Et tous ces sentiments d'une vague souffrance,
Ces plaisirs sans bonheur, si pleins d'un vide immense,
As-tu rêve cela, George, ou t'en souviens-tu?[11].

El tuteo, las urgidas preguntas, creaban una intimidad poética. Siguió un discreteo, en el que Musset sabía ser encantador; George recuperó su alegría. Pronto lo llamaba «mi bribón Alfredo». Hicieron juntos proyectos románticos: subir a las torres de Nôtre-Dame, viajar por Italia. Ella lo recibía en *negligé*: una bata abierta de seda amarilla, babuchas turcas, redecilla española; le ofrecía tabaco egipcio y se sentaba por tierra, sobre un cojín, para fumar una larga pipa de cerezo de Bosnia. Alfred se arrodilló a su lado y puso su mano sobre las babuchas con el pretexto de seguir los dibujos orientales[12]. El tono seguía siendo el de un juego.

Lélia quedó terminada en julio y Musset recibió las pruebas. Se entusiasmó: «Hay en *Lélia* veintenas de páginas que llegan directamente al corazón, franca, vigorosamente, tan bellas como las de *René y Lora*…»[13]. Luego, Querubín volvía al amor:

> Usted me conoce suficientemente para estar segura ya de que nunca saldrá de mis labios la ridícula frase: *¿Quiere usted, o no quiere?*… A este respecto, entre usted y yo existe el mar Báltico. Usted sólo puede dar el amor moral y yo no puedo devolvérselo a nadie —admitiendo que no comenzase usted simplemente por mandarme de paseo, si se me ocurriese pedírselo—, pero puedo ser, si usted me juzga digno, no siquiera su amigo —que todavía es demasiado moral para mí—, sino una especie de

camarada sin consecuencia y sin derechos, y por tanto sin celos y sin enfados, capaz de fumar su tabaco, de ajar sus peinadores y atrapar un catarro filosofando con usted bajo todos los castaños de la Europa moderna…[14].

George necesitaba para *Lélia* algunos versos blasfemos que Sténio, ebrio, debía cantar con voz alterada. ¿A quién pedírselos si no al joven poeta, demasiado familiarizado con la ebriedad, que pretendía jugar junio a ella un papel de bufón sentimental? Musset compuso este *Inno ebrioso*:

Si mon regard se lève au milieu de l'orgie,
Si ma lèvre tremblante et d'écume rougie
Va cherchant un baiser,
Que mes désirs ardents, sur les épaules nues
De ces femmes d'amour, pour mes plaisirs venues,
Ne puissent s'apaiser.
Qu'en mon sang appauvri leurs caresses lascives
Rallument aujourd'hui les ardeurs convulsives
D'un prêtre de vingt ans,
Que les fleurs de leurs fronts soient par mes mains semées,
Que j'enlace à mes doigts les tresses parfumées
De leurs cheveux flottants,
Que ma dent furiente à leur chair palpitante
arrache un cri d'effroi; que leur voix haletante
Me demande merci.
Qu'en un dernier effort nos soupirs se confondent,
Par un dernier défi que nos cris se répondent,
Et que je meure ainsi!…
Ou, si Dieu me refuse une mort fortunée,
De glorie et de bonheur à la fois couronnée,
Si je sens mes désirs,
D'une rage impuissante immortelle agonie,
Comme un pâle reflet d'une flamme ternie,
Survivre à mes plaisirs,
De mon maître, jaloux, imitant le caprice,
Que ce vin généreux abrège le supplice
Du corps qui s'engourdit;
Dans un baiser d'adieu, que nos lèvres s'étreignent,
Qu'en un sommeil glacé tous mes désirs s'éteignent,

Et que Dieu soit maudit[15].

Por algún tiempo escribió a Sand en tono de comedia shakespeariana; luego, el 29 de julio de 1833, llegó por el correo una declaración sentimental:

> Mi querido George: tengo que decirle una cosa tonta y ridícula… Va usted a reírse en mis narices, a tomarme por un charlatán en todas mis relaciones con usted hasta ahora. Me pondrá de patitas en la calle y creerá que miento. Estoy enamorado de usted. Lo estoy desde el primer día en que estuve en su casa. Creí que me curaría sencillamente, viéndola a título de amigo. Hay muchas cosas en su carácter que podían curarme; procuré persuadirme de ello mientras pude; pero pago demasiado caros los momentos que paso con usted… Ahora, George, va usted a decirme: «Uno más que va a fastidiarme», como dice usted… Sé lo que usted piensa de mí y no espero nada al decirle esto. Sólo puedo perder una amiga… Pero la verdad es que sufro y que me faltan las fuerzas…[16].

Ella vaciló. Es importante señalar esto porque muy a menudo se ha hecho de ella una mujer fatal, una ogresa a la caza de carne fresca. Nada de esto en este caso. Se había divertido con un joven al que encontraba genial y delicioso, pero temía por lo que sabía de su libertinaje. «Amé a todas las mujeres y las desprecio a todas», le había dicho él. El amor que ella soñaba era profundo y constante. Si ella misma había sido infiel —pensaba—, lo fue por decepción y desesperación. Musset adivinó este sentimiento y, en una nueva carta, le respondió:

> ¿Recuerda usted que un día me dijo que alguien le había preguntado si yo era Octavio o Celio, y que usted había respondido: «Creo que los dos»? Mi locura ha sido el haberle mostrado a usted sólo uno de ellos, George… Amo a los que saben amar, yo sólo sé sufrir… Adiós, George, la amo como un niño…[17].

Como un niño… ¿Sabía él, al escribir estas palabras, que había encontrado lo que más podía conmoverla? «Como un niño», repetía ella, estrujando la carta en sus manos agitadas por no sé qué temblor. «Me ama como un niño. ¡Qué ha dicho con esto, Dios mío! ¿Y sabe el mal que me hace?»[18]. Volvió a verlo; él lloró; ella cedió. «Sin tu juventud y la debilidad que me causaron tus lágrimas, hubiésemos seguido siendo hermano y hermana…». Musset no

tardó en ir a vivir al *quai* Malaquais. También esta vez, ella necesitaba la comunión de las comidas y ser, para el amado, ama de casa, enfermera y, sobre todo, madre, además de amante.

La instalación del nuevo favorito no dejó de producir dramas de amistad. Los berrichones de París y Gustave Planche, perros fieles acostumbrados a sentarse a los pies de George, ladraron al advenedizo y sostuvieron que esta aventura pública con un rubito joven, con un hombre de mundo, con un presumido, perjudicaría el porvenir literario de George. Planche, cuya suciedad ofuscaba al delicado Musset, fue barrido. Entonces apareció *Lélia*. Sand había dedicado el libro: *Al señor H. Delatouche*, con la esperanza de reconquistar al ermitaño de Aulnay; éste protestó —indignado sin duda por la ortografía tanto como por la audacia— y ella hizo desaparecer su nombre de las ediciones posteriores. Para Musset, escribió en el primer tomo: *Al señor mi truhán de Alfred*, GEORGE, y en el segundo: *Al señor vizconde Alfred de Musset, homenaje respetuoso de su devoto servidor*, GEORGE SAND.

El libro produjo un gran escándalo en la prensa. Los hipócritas se encontraron la mesa puesta. Un periodista, Capo de Feuillide, pidió «un carbón ardiente» para purificar sus labios de esos pensamientos innobles y desvergonzados… «El día en que abráis el libro de *Lélia* —continuaba— encerraos en el gabinete (para no contaminar a nadie). Si tenéis una hija cuya alma deseáis mantener virgen e ingenua, enviadla a jugar a los campos con sus compañeras…»[19].

El pobre Planche, caballeresco, desafió a este agresor. En la *Revue de Deux Mondes*, del 15 de agosto de 1833, publicó un valeroso elogio de *Lilia* y de su autor: «Hay caracteres predestinados que no pueden prescindir de las emociones de una lucha perpetua… Pase lo que pase, ofrecen en expiación de sus faltas las torturas y angustias de sus insomnios. Para condenarlos sería preciso no conocerlos…»[20]. Agregaba que las mujeres comprenderían a *Lilia*:

> Con mano atenta anotarán todos los pasajes en que encuentren la expresión y el recuerdo de su vida pasada, el cuadro de sus sufrimientos. Verterán lágrimas de veneración por la impotencia que se proclama y que revela todas sus miserias. Se sorprenderán al principio de la audacia de la confesión; algunas se ruborizarán por haber sido adivinadas y casi se irritarán por la indiscreción; pero, en el interior de sí mismas, verán en *Lélia* más una apología que una acusación…[21].

Luego envió sus testigos a Capo de Feuillide. El París de Bixiou, de Blondet, de Nathan, se divirtió con este duelo. ¿A qué título el señor Gustave Planche se constituía en el *bravo* del señor —o de la señora— George Sand? ¿Era acaso una manera de proclamar sus derechos en el momento en que los perdía? El desventurado mozo se defendió:

> *Gustave Planche a Sainte-Beuve*: Si tuviese por George Sand algo distinto a una intensa amistad, mi conducta de ayer sería una grosería: parecería usar un derecho, como un hombre brutal y sin educación. Ese derecho no lo tengo; sólo soy ridículo; pero el mundo no está obligado a saber la verdad ni se preocupa de ella…[22].

Alfred de Musset hizo ostentación de una gran cólera: «Mi intención era batirme y estaba prevenido». A partir de aquel día, su repugnancia por Planche se trocó en odio:

> *Par propreté, laissons à l'aise*
> *Mordre cet animal rampant.*
> *En croyant frapper un serpent,*
> *N'écrasons pas une punaise!*[23].

Sainte-Beuve, por su parte, esperó prudentemente que pasara la tempestad. Sand lo acosó varias veces, pidiéndole un artículo para *Le National*:

> *George Sand a Sainte-Beuve, 25 de agosto de 1833*: Amigo mío; como sabe usted, se me insulta mucho, a lo que soy indiferente. Pero no soy insensible a la prisa y al celo con que mis amigos toman mi defensa…[24].

Luego le daba parte, oficialmente, de su nueva aventura:

> Me he enamorado, y esta vez muy seriamente, de Alfred de Musset. No se trata de un capricho, sino de un afecto sincero del que le hablaré detalladamente en otra carta. No está en mis manos prometer a este afecto una duración que lo haga aparecer ante usted tan sagrado como los cariños de los que es usted susceptible. En una ocasión amé durante seis años, en otra durante tres, y ahora no sé de lo que soy capaz. Muchas fantasías han

pasado por mi cerebro, pero mi corazón no se ha desgastado tanto como yo tañía; lo digo ahora porque lo siento. Lejos de sentirme ofendida y desfigurada, encuentro ahora un candor, una lealtad, una ternura que me embriagan. Es un amor de hombre joven y una amistad de camarada. Algo de lo que yo no tenía idea, que no creía poder encontrar en parte alguna, y sobre todo aquí. He negado y rechazado este afecto: en un comienzo, lo repelí, luego me entregué y estoy dichosa de haberlo hecho. Me di por piedad más que por amor, y el amor, que yo no conocía, se me ha revelado sin ninguno de los dolores que creía aceptar. Soy feliz; dé gracias a Dios en mi nombre… Y ahora que le he dicho' lo que pasa en mi corazón, voy a decirle cuál será mi conducta.

Planche ha pasado por ser amante mío: poco me importa. No lo es. Ahora me importa mucho que se sepa que no lo es, lo mismo que me es absolutamente indiferente que se crea que lo fue. Comprenderá usted que yo no puedo vivir en la intimidad con dos hombres, a los que se supusiera que tenían conmigo relaciones de la misma naturaleza; ¡esto no conviene a ninguno de los tres! He tomado, pues, la decisión, muy penosa para mí, pero inevitable, de alejar a Planche. Nos hemos explicado franca y afectuosamente a este respecto y nos separamos dándonos la mano, queriéndonos en el fondo del corazón y prometiéndonos una estimación eterna… No sé si le agradará a usted mi conducta audaz. Acaso piense usted que una mujer debe ocultar sus afectos. Pero le ruego ver que me hallo en una situación absolutamente excepcional y que, de ahora en adelante, estoy obligada a poner a plena luz mi vida privada…[25].

Veinte días más tarde apelaba de nuevo a esta devoción un tanto morosa: «¿Verdad que se referirá usted a *Lélia* en *Le National*? No he renunciado a esperar…»[26]. Sainte-Beuve se excusó, prometiendo: «Durante estos dos días voy a revivir a *Lélia* con usted. Pero me repetiré que ya no es usted la incrédula y desesperada de entonces…»[27]. Ella lo tranquilizó: «Soy feliz, muy feliz, amigo mío. Cada día me apego más a *El.*… Su intimidad me es tan dulce, como me ha sido preciosa su preferencia…»[28]. Había rejuvenecido diez años; junto a aquel *niño* —palabra que repetía con voluptuosidad incestuosa— volvía a encontrar la alegría de los primeros días con Sandeau. De nuevo resonaba de risas y canciones el apartamiento del *quai* Malaquais. Alfred cubría su álbum de retratos y caricaturas. Dibujaba con gracia y componía versos ligeros:

George est dans sa chambrette

Entre deux pots de fleurs,
Fumant sa cigarette
Les yeux baignés de pleurs…[29].

Las lágrimas eran sólo cuestión de rima, o acaso ella reía hasta las lágrimas. Alfred hacía mil locuras. Una noche se disfrazaba de camarera, falda corta y cruz al cuello, para servir a la mesa, y vertía la jarra sobre la cabeza del filósofo Lerminier. A George le gustaron siempre las farsas. Melancólica por naturaleza, necesitaba, para divertirse, de una alegría estrepitosa. Esta vida de estudiante la encantaba. «Todo comienzo es grato —dice Goethe—; pero hay que detenerse en el umbral». Verdad también respecto a las parejas. Se comienza por descubrirse el uno al otro. Cada cual exhibe los tesoros de su espíritu. Las primeras semanas en aquella habitación que abría sus ventanas sobre el más bello paisaje del mundo fueron un largo encantamiento. «Vida libre, encantadora intimidad, reposo, naciente esperanza. Dios mío, ¿de qué se quejan los hombres? ¿Hay algo más dulce que amar?».

Strange bedfellows. George, seria y puntual, deseaba entregar su novela en la fecha prometida y saltaba del lecho en plena noche para trabajar, mientras Alfred dormía como un lirón. Al despertar, día le reprendía, como antes a Sandeau, pues era pedagoga tanto y aún más que enamorada. Él se quejaba riendo: «He trabajado todo el día; por la noche hice diez versos y me bebí una botella de aguardiente; ella se bebió un litro de leche y escribió medio volumen». Los primeros días él le agradecía haberlo arrancado a ese lento suicidio que había sido su vida, mientras George se abandonaba a la dicha de haber devuelto toda su grandeza a un alma excepcional[30]. Sin embargo, sus amigos ponían en guardia a Alfred, evocando las desventuras de Sandeau: «Recuerda ese paso peligroso de la barra de Quillebeuf, en el Sena, en donde se ven por sobre las ondas las banderas negras atadas a los mástiles de los navíos hundidos. En la vida de esta mujer hay una bandera negra que señala el escollo…»[31]. Pero Musset pertenecía a esa raza de amantes que buscan el peligro y con más gusto entregan su corazón a quien promete desgarrarlo.

En septiembre invitó a su amante a ir a Fontainebleau y pasar algunos días en los bosques y roquedales de Franchard. Ella aceptó; le gustaba asociar la naturaleza al amor. No temía a la fatiga ni a la noche y andaba por los bosques vestida de hombre, pisando la arena «con un paso voluntarioso, con una mezcla encantadora de delicadeza femenina y de temeridad infantil…

Andaba adelante, como un soldado, cantando a voz en cuello…»[32]. Al regreso se apoyaba en el brazo de su compañero y era entonces el momento de las tiernas palabras en voz baja. En un comienzo, esta excursión fue ciertamente feliz, pues Musset, en la época de las nostalgias, evocó siempre a «la mujer de Franchard»; pero una escena nocturna vino a estropearlo todo. Alfred tuvo, en un cementerio, a la luz de luna, una crisis de alucinaciones. Había visto pasar por el brezal un pálido espectro que corría, desgarradas las vestiduras, con los cabellos al viento. «Entonces tuve miedo y me arrojé de cara al suelo, pues aquel hombre… era yo»[33]. Al día siguiente bromeó sobre el asunto e hizo una caricatura. Al pie de la suya escribió: *Perdido en el bosque y en el espíritu de su amante*, y debajo de la de ella: *El corazón tan desgarrado como el vestido*. Este dibujo la disgustó; se negaba a ver el lado risible de una crisis que la había trastornado.

Se ha sostenido que Sand exageró las alucinaciones de Musset. Pero, aparte de que él mismo las describió en *La Nuit de Décembre*, tenemos un testimonio irrefutable: el de Louise Allan-Despréaux, la bella actriz' que fuera, dieciséis años después de Sand, la querida de Musset. Su descripción coincide exactamente con la de George: un ser exquisito, lunario, shakespeariano, que repentinamente se transforma en un demente:

> *La señora Allan-Despréaux a la señora Samson-Toussaint, 17 de julio de 1849*: Después de los primeros días pasados en buscarse y conocerse, sobrevino una espantable tempestad entre nosotros, en la cual se transparentaba mucho amor mezclado a cosas que yo no podía soportar. Al regresar a su casa fue presa de un acceso de delirio. Está sujeto a ellos cuando su cabeza se exalta, como consecuencia de sus antiguas y funestas costumbres. En este caso, tiene alucinaciones y habla con fantasmas… Jamás he visto contraste más sorprendente que el de los dos seres que se abrigan en este solo individuo. El uno bueno, dulce, tierno, entusiasta, lleno de espiritualidad, de buen sentido, ingenuo —cosa sorprendente; ingenuo como un niño—, bonachón, sencillo, sin pretensiones, modesto, sensible, exaltado, llorando por nada, artista en todo… Vuelva la página y vea el reverso: se hallará entonces ante un hombre poseído por una especie de demonio, débil, violento, orgulloso, despótico, loco, duro, mezquino, receloso hasta el insulto, ciegamente terco, personalista y egoísta hasta el extremo, blasfemando de todo y exaltándose tanto en el mal como en el bien. Una vez que cabalga este caballo del diablo, es preciso que corra hasta romperse el cuello. El exceso: tal es su naturaleza, lo mismo en lo bello que en lo feo. En este último caso, concluye siempre con una

enfermedad que tiene el privilegio de devolverle la razón y de hacerle sentir sus errores…[34].

He ahí el hombre doble ante el cual se encontró Sand. La había enamorado en él ese encanto que la atrajo siempre tan fatalmente: la debilidad. Él lo sabía y proclamaba la conmovedora flaqueza de su genio con transportes de sinceridad y enternecimiento inagotables; luego, en cuanto su debilidad había triunfado, recuperaba las fuerzas para hacer sufrir. Y también para sufrir él mismo, pues este masoquista necesitaba sufrimiento tanto para su trabajo como para su placer. La robusta Sand le cobijaba, pues. Lo llamaba: «Mi pobre niño»; él le decía: «Mi gran George, mi Georgeot». Una vez más, ella era el hombre de la pareja.

II. Los amantes de Venecia

> Hay tantas cosas entre dos amantes de las cuales sólo ellos pueden ser jueces.
>
> GEORGE SAND

Ambos deseaban ir a Italia. Musset la había cantado sin conocerla; Sand, atraída por Venecia, esperaba que el cambio de ambiente le traería por fin alguna secreta revelación. En el curso de una audaz visita obtuvo el consentimiento de la madre de Alfred, prometiéndole que tendría para con Musset afectos y cuidados maternales. En cuanto a Casimir, estimuló con entusiasmo a su mujer a viajar «para su instrucción y su placer». La instrucción no faltaría en Italia para persona tan estudiosa; el placer era otra cosa.

Partieron en diciembre de 1833. George, pantalón gris perla y gorra de borlas, reía mucho. No obstante, signos de mal augurio acompañaron la partida. En el patio del *Hôtel des Postes*, la diligencia para Lyon era la número trece; al salir tropezó con el guardacantón y estuvo a punto de aplastar a un aguador. Pero los amantes desafiaban a dioses y diablos. De Lyon a Avignon siguieron el curso del Ródano en compañía de Stendhal. En Marsella se embarcaron para Génova. Musset, arrebujado en su capa, sufría

de mareo. George, con las manos en los bolsillos y el cigarillo en los labios, miraba a su compañero con aire de superioridad. Él hizo una cuarteta:

George est sur le tillac,
Fumant sa cigarette;
Musset, comme une bête,
A mal à l'estomac…[35].

y un dibujo que acentuaba la firmeza de George y los alterados rasgos de Musset, con esta inscripción: *Homo sum; humani nihil a me alienum puto*.

Homo sum.… Alfred encontraba a su amante demasiado viril. Se quejaba de su pedantería, de su reserva, de su frialdad. El viaje más romántico en nada cambiaba el ritmo de la vida laboriosa de Sand. Tenía que terminar una novela para Buloz; en Génova y luego en Florencia exigió sus ocho horas de trabajo por noche; mientras no estaba hecha la tarea cotidiana, echaba llave a su puerta. Si su amante protestaba, lo invitaba a trabajar por su parte y le sugería el tema de *Lorenzaccio*. «Que la mujer, libremente, lo reconozca como su destino es la verdadera victoria del hombre»[36]. El destino de Sand permanecía distinto a su amor. Aburrido, humillado, Musset se tornaba brutal. La llamaba: «el tedio personificado, la soñadora, la tonta, la religiosa». Le reprochaba «el no haber sabido dar nunca los placeres del amor». Este era el punto vulnerable de Lélia. Herida en el corazón, ofendida, contraatacaba: «Mucho me agrada que esos placeres hayan sido más austeros, más velados que los que puedes encontrar en otras partes. Al menos no te acordarás de mí en los brazos de otras mujeres»[37]. Pero estas bravatas no apaciguaban a ninguno.

En Génova ella contrajo una fiebre. Deseo y enfermedad hacen mala pareja. Huyendo de aquel lecho afiebrado, Musset comenzó a andar tras las meretrices y a beber. Estaba harto de lo que George llamaba «el amor elevado» y todo su ser aspiraba «a las funestas embriagueces del pasado». Volvía a sus sofismas: «Cambiarse es renovarse. ¿Acaso nació el artista para ser esclavo?». Una mujer demasiado dueña de sí exaspera e inquieta a sus amantes. Sigue siendo un testigo lúcido cuando el hombre busca en el amor el olvido de sí mismo. El hombre no sólo quiere vencer un pudor, sino encadenar una libertad, hacer de un ser pensante un objeto. Sand irritaba a los hombres porque seguía siendo sujeto.

La llegada a Venecia, de la que tanto esperara ella, fue lúgubre. Era de noche; la góndola negra parecía un ataúd. Por un instante, cuando entraron en la ciudad; cuando la luna mate y roja iluminó a San Marcos, cuyas cúpulas parecían de alabastro; cuando el palacio ducal, con su silueta árabe y sus campaniles cristianos sostenidos por mil esbeltas columnillas, se destacó sobre las regiones luminosas del horizonte, creyeron ver un Turner. Pero el amor es lo que embellece los paisajes y las ciudades sobre las cuales posa su luz, y no la belleza de la decoración la que crea el amor. Los palacios rosados y los oros de San Marcos no podían cambiar dos corazones.

Aquella noche, en el hotel Danieli, en donde tenían alojamiento, Musset dijo a su amante: «George, me he equivocado; te pido perdón, pero no te amo». Ella quedó aterrada, hubiese querido partir inmediatamente. Pero estaba enferma y tenía el escrúpulo de dejar a aquel niño solo, sin dinero, en país extranjero. «La puerta de nuestros cuartos se cerró entre nosotros e intentamos entonces reanudar nuestra vida de buenos camaradas… Pero esto no era posible; tú te aburrías; no sé lo que era de ti por las noches…».

Esto no era difícil de imaginar. Habiéndose apartado de ella, primero por tedio, porque lo trataba de «chiquillo» y lo reprendía; luego por repugnancia, pues ella tenía una horrenda disentería, y acaso, sugiere Maurras, «por delicado temor a dejarle ver su repulsión», se había abandonado a su inclinación por el libertinaje romántico. Recorrió las zahúrdas de Venecia, en que flotaba un olor de agua estancada, y tragó alcoholes desconocidos. Luego «había buscado los besos de las bailarinas de la Fenice». George, por malestar y resentimiento, lo condenaba a la castidad. Tuvo otras mujeres. Ya nunca podría olvidar ella esas largas esperas solitarias, el chasquido misterioso del agua sobre las escalinatas, el paso pesado y medido de los esbirros sobre el muelle, el grito agudo y casi infantil de los musgaños que se pelean sobre las losas inmensas, todos esos ruidos furtivos y singulares que turban débilmente el silencio de las noches venecianas.

Una mañana, Musset regresó al hotel todo ensangrentado en no se sabe qué riña. Pronto comenzó una de sus terribles crisis. Era algo que participaba de la locura, de la fiebre cerebral, del tifo; fuera lo que fuese, era un espectáculo espantable. Ella tuvo miedo. Era capaz de matarse o de morir allí, en Venecia, de aquella enfermedad. ¡Qué responsabilidad para ella! ¡Qué horrendo fin para una novela que ella soñara sublime! Llamó entonces a un médico joven que la había tratado: el doctor Pagello, y, para facilitar su diagnóstico, le relató en una carta la noche de Franchard:

> Una vez, hace de esto tres meses, estuvo como loco toda una noche, después de una gran inquietud. Veía fantasmas en tomo suyo y gritaba de miedo y de horror… Es la persona que más amo en el mundo y estoy en una gran angustia de verla en este estado…[38],

Texto importante porque muestra que, después de tantas decepciones, Sand llamaba todavía a Musset «la persona que más amo en el mundo». Acerca de lo que sucedió luego, se ha discutido ardientemente; los libros han contestado a los libros; ha habido mussetistas y sandistas. Se han escrito volúmenes para probar que Sand y Pagello bebieron en la misma taza y se amaron a la cabecera del enfermo. Se ha investigado a quién correspondían las faltas. Pero la respuesta es simple: culpas y quejas eran recíprocas. «¿Con qué derecho me interrogas respecto a Venecia? ¿Era yo tuya en Venecia?», preguntará más tarde Sand. Ella era de buena fe, pues *su* moral —y cada set se forja una moral— era que toda pasión es santa, con la sola reserva de que no se debe pertenecer al mismo tiempo a diversos hombres. Habiéndola abandonado Musset como querida, se consideraba libre. El mismo confiesa que había «merecido perderla». Pero Musset, con la tradicional indulgencia de los hombres para consigo mismos, hubiese querido que la mujer a la que era infiel continuase guardándole fidelidad. Es un hecho evidente que Sand y Pagello cuidaron abnegadamente a Musset durante veinte días de delirio y furor.

¿Por qué deseó entonces Sand a Pagello? Es una cuestión compleja. En primer término, conservando la tenaz esperanza de un amor total, de corazón y de cuerpo, miraba a todo hombre joven, fuerte y hermoso como una respuesta posible a los interrogantes de Lélia. Desdeñada luego en Venecia, en una tierra desconocida, en medio de extranjeros, con un mozo medió loco, experimentaba una necesidad de apoyo que las mujeres, en sus momentos de angustia y desesperación, confunden a veces con el amor. Tentada, finalmente, por temas de novelas venecianas, deseaba una comunión íntima con Italia. Y todo artista sabe que sólo el amor permite una comunión carnal con otra nación, con otra raza.

Pagello y Sand pasaban juntos las noches velando a aquel enfermo, ora delirante, ora adormecido. La ansiedad compartida y el trabajo común aproximan a un hombre y una mujer. La fatiga es una celestina. Pagello admiraba a la bella extranjera; le lanzaba ardientes miradas, pero no se atrevía a cortejarla. Ella era ilustre; él era un pobre principiante. Él tenía una querida italiana; Sand vivía en Venecia con un amante. Además, ese amante era el

paciente del doctor, y evidente el deber profesional de éste. Oso de conciencia harto sutil para un buen muchachón de veintiséis años, gordo y rubio, sin complicaciones sentimentales.

Una noche, Musset, deseando dormir, pidió a su amante y a su médico que se alejasen. Se sentaron entonces a una mesa, cerca de la chimenea, y Pagello preguntó inocentemente:

—¿Piensa usted, señora, escribir una novela que hable de Venecia la bella?

—Tal vez —respondió ella.

Tomó entonces unas cuartillas y comenzó a escribir fogosamente. Puso luego las hojas en un sobre que tendió al doctor. Este preguntó a quién debería entregar aquello. Ella tomó de nuevo el sobre y escribió sobre él: *Al estúpido Pagello*. De regreso a su casa, el doctor leyó aquel texto romántico, que era nada menos que una declaración mucho más bella que la que George ponía en boca de los héroes de sus novelas. Estaba hecha de interrogaciones jadeantes, lo que era en ella un movimiento de estilo auténtico, pues la interrogación era la actitud que tenía ante la vida aquella mujer insatisfecha, y, cosa curiosa, es un movimiento que a menudo copiará Musset, tanto en las *Nuits* como en sus comedias:

> *Sand a Pagello*: ¿Serás tú para mí un apoyo o un amo? ¿Me consolarás de los males que he sufrido antes de encontrarte? ¿Sabrás por qué estoy triste? ¿Conoces la compasión, la paciencia, la amistad? Acaso te hayan educado en la convicción de que las mujeres no tienen alma. ¿Sabes que la tienen?… ¿Seré tu compañera o tu esclava? ¿Me deseas, o me amas? ¿Sabrás darme las gracias cuando se haya satisfecho tu pasión? Cuando te haya hecho feliz, ¿sabrás decírmelo?… ¿Sabes lo que es el deseo del alma, que ninguna caricia humana adormece ni fatiga? Cuando tu amante se duerme en tus brazos, ¿permaneces despierto mirándola, orando a Dios y llorando? ¿Los placeres del amor te dejan jadeante y embrutecido, o te alzan en un éxtasis divino? ¿Sobrevive tu alma a tu cuerpo cuando dejas el seno de tu amada?
>
> Yo podía interpretar tus ensueños y hacer hablar elocuentemente a tu silencio. Atribuiría a tus acciones la intención que yo quisiera. Cuando me mires tiernamente, creería que tu alma se dirigiría a la mía… Quedémonos, pues, así; no aprendas mi lenguaje; no quiero buscar en el tuyo las palabras que te dirían mis dudas y mis temores. Quiero ignorar lo que haces con tu vida y el papel que desempeñas entre los hombres. Quisiera no saber tu nombre. Ocúltame tu alma, para que siempre pueda creerla bella…[39].

¡Ah!, ¡cuánto debió amar Proust este texto, si lo conoció! Pues el silencio forzado de Pagello es el sueño de Albertine. Los amantes exigentes desean que el ídolo sea mudo, a fin de que jamás decepcione. En esta aventura, el amado no solamente era mudo, sino que estaba aterrorizado. En su vida tranquila, aquella declaración había sido como un rayo. Como tantos conquistadores, el pobre Pagello se sentía vencido por su conquista. ¡Qué escándalo suscitaría en Venecia una aventura con «la Sand», como decía él! El joven médico comenzaba apenas a hacerse una clientela, ante la cual hubiese debido guardar las apariencias. Pero ¿cómo no sentirse tentado por aquella fascinante extranjera? Y George fue su querida.

¿Qué vio Musset? ¿Qué supo? Tenía una fiebre cerebral, momentos de delirio, instantes de lucidez. Vio una mujer sobre las rodillas de un hombre, dos bocas unidas; creyó que sobre la mesa junto a la cual se sentaban Sand y Pagello sólo había una taza y que los dos habían bebido té en aquella única taza. Más tarde se burló de su emoción: «¿En qué comedia burlesca figura un celoso suficientemente necio para investigar el papel de una taza? ¿Con qué motivo habrían bebido en la misma taza? El noble pensamiento que se me iluminaba…»[40]. Paul de Musset cuenta que su hermano encontró un día a George escribiendo una carta. La acusó de escribirle a Pagello; ella habría negado, amenazando con hacerlo encerrar en un manicomio mientras arrojaba por la ventana los fragmentos de la carta que luego, al amanecer, bajaría a recoger en camisola. ¿Alucinación o realidad? ¿Quién lo dirá? Paul de Musset es un testimonio parcial y sospechoso.

Lo que es evidente es que la entrada en escena de Pagello crea un mundo del que Musset se siente excluido, y que Sand triunfa excluyéndolo. Alfred la ha disminuido a sus propios ojos, diciéndole que es una querida inhábil. Ella se desquita imponiéndole los celos, que nacen en cuanto el tercero siente, entre los otros dos seres, una complicidad de la que se halla excluido. Estos celos se apaciguarán el día en que vuelva a crearse entre Sand y Musset una complicidad de la que, a su vez, será excluido Pagello. Entonces le tocará sufrir a éste. ¿Y por qué habría de estar celoso Musset si dice que ya no ama a su querida? Porque los celos despiertan el amor y dan un valor alto y nuevo al ser que se desdeñaba cuando se creía conocerlo.

¿Creyó verdaderamente Alfred que George, para desembarazarse de él, pensaba hacerlo recluir? El estado delirante en que vivió largo tiempo no permite responder con certidumbre. La abnegación constante de la enfermera desmiente semejante acusación. Si George pronunció la palabra locura es porque tenía miedo y porque las crisis justificaban ese temor. ¿Por qué habría

deseado recluirlo? Ella era libre; podía dejarlo, y tan pronto como él estuvo mejor, insistió en decirle la verdad. Pagello preconizaba el silencio, pues el doctor estimaba que el enfermo no se hallaba todavía suficientemente fuerte para resistir el golpe. Pero George era de una pieza, a lo Koenigsmark, y su dignidad, conforme decía, exigía la sinceridad. Más tarde anotó en su diario: «Dios mío, devuélveme mi feroz vigor de Venecia; devuélveme ese ávido amor por la vida que, como un acceso de rabia, se apoderó de mí en medio de la más horrenda desesperación…»[41].

Feroz vigor, *ávido* amor por la vida… Tono extrañamente violento para hablar del buen Pagello, con sus torpes besos, su aire simple, su sonrisa de muchacha, su gran chaleco, su mirada dulce. Pero es preciso pensar en lo que ella esperaba de él: la perfección en el amor. «¡Ay!, ¡he sufrido tanto, he buscado tanto esa perfección sin hallarla! ¿Eres tú, eres tú por fin, Pietro mío, quien realizará mi sueño?…»[42].

¿Le dijo ella a Musset, como lo deseaba, que amaba a Pagello? Sin duda, pues él habla de «una triste tarde, en Venecia, en que me dijiste tener un secreto. Creías hablar a un celoso estúpido. No, George mío, era a un amigo…»[43]. ¿Quién sabe si no encontraba él, incluso, un amargo placer en todo ello? En la *Confession d'un Enfant du Siècle* se lee: «Una secreta voluptuosidad me clavaba, a la noche, en mi sitio. Cuando Smith (Pagello) había de venir, yo no descansaba hasta oír la campanilla. ¿Cómo es posible que haya en nosotros un no sé qué que ama la desdicha?…»[44]. Es que la certidumbre de la desdicha es menos dolorosa que la duda. Los sufrimientos de los celos son, esencialmente, dolores de orgullo y de curiosidad. El amante ha querido dominar a un ser. Ha fracasado. El compañero, convertido en adversario, sigue siendo un ser libre cuyas acciones, pensamientos y sensaciones le son desconocidos. El único medio de despojarlo de esa libertad es *saber*. Los celos se atenúan y a veces desaparecen con el conocimiento.

Musset supo que Sand amaba a Pagello, pero ignoró si había pertenecido a Pietro antes de que él, Alfred, partiese de Venecia, y esta espina le quedó en la piel. Ella se negó a responderle al respecto. Era su secreto —decía ella—, y no perteneciendo entonces a Musset, no tenía que darle cuentas. A fines de marzo, George y Alfred no vivían ya juntos. Se enviaban esquelas por intermedio de los gondoleros.

Musset partió hacia París el 29 de marzo, con un criado italiano. Llevaba «dos extrañas compañeras: una tristeza y una alegría sin fin»; tristeza de perder a una querida a la que amaba nuevamente desde que se le escapaba; alegría de haberse portado bien, de haber hecho un gran sacrificio, de

separarse de ella con un hermoso gesto. George lo acompañó hasta Mestre y, después de besarle tiernamente, maternalmente, hizo, como siempre en sus momentos de crisis moral, un viaje a pie para desgastar el exceso de fuerza que la consumía. Luego regresó a Venecia, con siete céntimos en el bolsillo, para instalarse con Pagello en un pequeño apartamiento. *Sand a Boucoiran*: «Diríjame sus cartas al señor Pagello, farmacia Ancillio, San Lucca, para entregar a la señora Sand… Si Planche se ocupa de corregir mis pruebas, recomiéndele que castigue el estilo y corrija las faltas de francés…»[45].

Durante cinco meses vivió en su retiro veneciano; concluyó allí *Jacques*, novela que fue enviada a Musset con una seca dedicatoria escrita a lápiz: *George a Alfred*; escribió las primeras *Lettres d'un Voyageur*; tomó notas para los cuentos italianos. *Jacques* no gustó a Balzac, que lo juzgó un libro «vacío y falso».

> *Balzac a Eve Hanska, 19 de octubre de 1834*: La última novela de la señora Dudevant es el consejo, dado a los maridos que estorban a sus mujeres, de matarse para dejarlas en libertad… Después de seis meses de matrimonio una muchacha ingenua abandona a un hombre *superior* por un chisgarabís; un hombre importante, apasionado, enamorado, por un dandi, sin ninguna razón fisiológica o moral. Hay luego un amor por los mulos, como en *Lélia*, por los seres *infecundos*, que es cosa singular en una mujer que es madre y que no se priva de amar, a la alemana, instintivamente… [46].

Es indudable que muchas novelas de Sand son inferiores a sus cartas y a su genio.

En sus ratos de ocio, con su acostumbrado celo, la activa novelista trabaja en costura y tejido. Con sus propias manos decoró para su lindo italiano toda una habitación: cortinas, sillas, sofás. Tenía el adulterio doméstico. Pietro Pagello estaba muy enamorado y un poco incómodo. Sus queridas venecianas trataban de recuperarlo y una de ellas, durante una escena de celos, desgarró su *bel vestito*. Su hermano Roberto le hacía bromas sobre su flaca y amarilla extranjera: «*Quella sardella…*, esa sardina», decía Roberto. Pero Pietro quería a su francesa y como permanecía fuera todo el día atendiendo a sus clientes, dejaba a Sand sus ocho horas de paz y de trabajo, lo que, para aquel amor, era una garantía de duración. Demasiado pobre pata comprar flores, el buen Pietro se levantaba al alba para ir a recoger, en los arrabales, ramilletes para George.

¿Era esto la felicidad? Una felicidad sosa ya. Inmediatamente Sand y Musset echaron de menos el tiempo de sus desgracias. Al separarse de Alfred en Mestre, ella le escribió: «¿Quién te cuidará y a quién cuidaré yo? ¿Quién necesitará de mí y de quién querría cuidarme yo ahora?… ¡Adiós, pajarito mío! Quiere siempre a tu pobre y viejo George. No te digo nada de parte de Pagello, sino que te llora casi tanto como yo…»[47]. ¡Ah!, ¡qué trabajo le costaba a ella renunciar al ideal del trío! En cuanto a Musset, tan pronto se encontraba lejos de la regañona comenzaba a echar de menos a la amiga: «Todavía te amo de amor», le escribía. Cristalizaba sobre la ausente y, de buena fe, jugaba a la magnanimidad. ¡Que fuese feliz con Pietro!: «¡Un excelente muchacho! Dile cuánto lo quiero y que no puedo retener las lágrimas cuando pienso en él…»[48]. También la buena enfermera lloraba: «¡Ay!, te lo suplico de rodillas: ¡no empieces todavía a beber! ¡No pienses en mujeres! Es demasiado pronto… No te entregues al placer hasta que la naturaleza no te lo exija imperiosamente; no lo busques como un remedio para el tedio y para la pena…»[49]. Se ponían de acuerdo para pensar que ninguno de los dos había sido culpable; sus caracteres violentos, sus deberes de artistas, no les permitían la vida de los amantes ordinarios.

Seguían siendo afectos uno a otro. Sand encargaba al «pobre Mussaillon» hacer mil diligencias en Paris; comprar doce pares de guantes, cuatro pares de zapatos, pachulí; obtener, para ello, dinero de Buloz; ver a Maurice en el liceo Henri IV. Alfred continuaba lamentándose y alimentaba cuidadosamente su herida. Iba al *quai* Malaquais y sollozaba al ver en un platillo un cigarrillo dejado allí por George. Dulces lágrimas: «No debes reprochármelas; hago lo que puedo… Piensa que ahora ya no puede haber en mí furor ni cólera; no es mi amante la que me hace falta, es mi camarada George…»[50]. Al regresar a París había encontrado su mundillo muy excitado contra Sand. Planche y Sandeau «vomitaban» sobre ella. Musset, ebrio de perdón, proyectaba defenderla: «Voy a hacer una novela. Tengo un gran deseo de escribir nuestra historia: me parece que esto me curaría y reanimaría mi corazón. Quisiera levantarte un altar, así fuese con mis huesos… Puedes estar orgullosa, mi gran valiente George, has hecho un hombre de un niño…». Lo que era verdad. Y un poco después: «He comenzado la novela de que te hablé. A propósito de esto, si, por casualidad, has conservado las cartas que te he escrito después de mi partida, hazme el favor de traerlas…»[51].

¡Oh, desventurada raza de los poetas, sajando siempre en carne viva! Musset tenía necesidad de sus cartas como Rossetti de desenterrar sus poemas. Y necesitaba también las de Sand. Cuidadosamente, separaba de

ellas frases que utilizaría en *On ne badine pas avec l'amour*: «Acaso tu último amor sea más novelesco y más joven. Pero, te lo suplico, no mates tu buen corazón, ¡no lo mates! Que se dé todo entero o en parte en todos los amores de tu vida, pero que represente siempre su papel noble, a fin de que un día puedas mirar hacia atrás y decir como yo: A menudo he sufrido, algunas veces me he equivocado, pero he amado…»[52]. Sólo que en la comedia la réplica pasará de Camille a Perdican.

Al mismo tiempo, como los hombres son complejos, como saben segregar dolor a voluntad, Musset sufría cada vez más: «¿Qué crees que pasa en mí? En verdad, dicen que el tiempo todo lo cura. Yo era cien veces más fuerte el día de mi llegada que hoy… Leo el *Werther* y *La Nouvelle Héloise*. Devoro todas esas sublimes locuras, de las que tanto me reí. Acaso vaya demasiado lejos en este sentido, como en el otro. ¿Qué me importa? Iré siempre…»[53]. El corazón de George, como es fácil imaginar, respondía a estos gritos de llamada del romanticismo apasionado. Pietro era un buen muchacho, pero no sufría; todo le parecía sencillo; ella no necesitaba elaborar su dicha. «Pues bien: yo necesito sufrir por alguien. Necesito emplear el exceso de energía y de sensibilidad que hay en mí. Necesito alimentar esa solicitud maternal que se ha acostumbrado a velar por un ser sufriente y fatigado. ¡Ah!, ¡por qué no pude vivir entre vosotros dos y haceros felices sin pertenecer a uno ni a otro! Habría vivido diez años así…»[54]. *Sin pertenecer a uno ni a otro.*.. He ahí un auténtico grito de Lélia.

Fue en Venecia desde donde, habiendo sabido por casualidad el matrimonio de Aurélien de Sèze con la señorita de Villeminot, le escribió para expresarle sus congratulaciones y reclamarle sus cartas. Él respondió:

> Mi querido George… Estuve a punto de ceder a su solicitud y enviarle los papeles que me pedía. Comprendo que no tenía derecho alguno para retenerlos. No creo tampoco que le pertenezcan a usted más que a mí, y temo que, si los recorriese usted, se le escapase más tarde cualquier reminiscencia en sus obras. Los he quemado y sólo conservo aquel cuento que me envió usted un día. Le pido encarecidamente me permita conservarlo. Adiós, pues, George… Adiós. Mi corazón se apagará lleno de su recuerdo…[55].

Tumbas en el jardín del amor.

Finalmente, en julio de 1834, ella pensó en regresar a Francia. Había terminado su novela y extraído de Venecia todo lo que podía sacar para su

obra. Tenía poco dinero; Buloz, Boucoiran y Casimir descuidaban los envíos. Hacía ocho meses que no veía a sus hijos. Quería asistir en París a la distribución de premios de Maurice. Deseaba pasar el otoño en Nohant, cuyos olmos, acacias y sombreados caminos evocaba con nostalgia. El problema era: ¿llevaría a Pagello a Francia? Se lo ofreció. «Quedé confundido —se lee en el diario del doctor— y le dije que lo pensaría hasta el día siguiente. Repentinamente comprendí que iría a Francia y que regresaría sin ella. Pero la amaba por encima de todo y hubiera afrontado mil dificultades antes que dejarla hacer sola un viaje tan largo…»[56]. Aceptó, sabiendo que el desenlace se aproximaba. El doctor escribió a su venerado padre: «Me hallo en el último período de mi locura… Mañana parto para París, en donde dejaré a la Sand…»[57]. El buen Pagello era lúcido, razonable; estaba triste por perder a su amante, pero dichoso de proporcionar, al perderla, un placer a su familia y de librarse de un gran

III. Exit Pagello

El regreso a París planteaba difíciles problemas, y en tres planos distintos.

El plano de la opinión pública. Sand se había burlado de los juicios de La Châtre, pero concedía gran importancia a su leyenda en el mundo de las letras, en el mundo de Buloz y Sainte-Beuve. A Alfred Tattet, el mejor amigo de Musset, que fuera a Venecia, le había dicho: «Si alguien le pregunta qué piensa usted de la feroz Lélia, responda solamente que ella no vive del agua de los mares ni de la sangre de los hombres…»[58]. Al regresar a París se cercioró de que la feroz Lélia era censurada. Hubo miradas que se apartaron de ella. Pagello sorprendió y decepcionó a París. Se esperaba algún conde italiano, de irresistible belleza. Y se encontraron con un muchacho simpático…, ¡pero preferirlo a Musset! George sintió esta reprobación.

El plano Pagello. Ella deseaba tratarlo con ternura y generosidad. Lo recomendaba a los médicos, que le mostraban los hospitales de la capital, e incluso a Buloz, con la esperanza de que éste comprara a Pietro unos artículos sobre Italia. Como él carecía de dinero, ella quería suministrárselo, pero sin herirlo. Para esto, se le había ocurrido que Pagello llevase a París cuatro cuadros sin valor, que día pretendería haber vendido por cuenta de él y cuyo valor le entregaría. Con este pretexto pudo darle mil quinientos francos. De esta manera, generosidad y honor quedaron satisfechos; pero Pietro, al que ella creyera tan confiado, dio repentinamente en la flor de ponerse celoso:

«Tan pronto cómo puso los pies en Francia, no comprendió ya nada»[59], decía ella. En el lenguaje de comedia amorosa, *no comprendió ya nada* quiere decir: «Lo comprendió todo».

Y había mucho que comprender, pues en el *plano Musset* se presentaba nuevamente el drama. Musset no quería admitir que ciertos amores abortados no tienen más remedio que un corte por lo sano. Quiso ver de nuevo a George y no soportó el choque. Ella le dijo que era feliz con Pietro. No era verdad, pero era demasiado orgullosa para reconocerlo. Musset decidió alejarse; pidió una última hora y un último beso: «Te envío un último beso, bienamada… No moriré sin haber hecho un libro sobre ti y yo… —especialmente sobre ti—. Lo juro por mi juventud y por mi genio: sobre tu tumba sólo crecerán lirios inmaculados. Con mis propias manos pondré en ella tu epitafio en mármol más puro que las estatuas de nuestras glorias de un día. La posteridad repetirá nuestros nombres, como los de esos amantes inmortales que sólo tuvieron uno para ambos, como Romeo y Julieta, como Eloísa y Abelardo. Nunca se hablará del uno sin hablar del otro…»[60].

Luego, el 25 de agosto, partió para Baden; George se marchó a Nohant el 29. A petición de su mujer, Casimir había escrito a Pagello invitándolo. Pero el doctor respetaba el matrimonio; rehusó, contento de quedarse «en aquella gran capital, visitando los hospitales». George volvió a encontrar en Nohant su vieja casa, la bonita plaza de la aldea, sus árboles, sus amigos, sus hijos, su marido y hasta su madre, venida de París. Inmediatamente acudieron sus berrichones: el Malgache, Néraud, Dutheil, Rollinat. Al menos éstos le ahorraban los reproches. «Las reprimendas no hacen otra cosa que amargar el corazón de los que sufren, y un apretón de manos bien cordial es el más elocuente de los consuelos». Se sentía quebrantada, desgarrada entre aquellos dos hombres, y pensaba en el suicidio. Sólo el amor de sus hijos, decía, la ataba a la vida.

Acosaba al Malgache con anhelantes preguntas: «¿Estás tranquilo? ¿Soportas sin amargura ni desesperación las molestias de la vida doméstica? ¿Te duermes tan pronto como te acuestas? No hay en torno a tu almohada un demonio en forma de ángel que te grita: “¡El amor!, ¡el amor, la dicha, la vida, la juventud!, en tanto que tu desolado corazón responde: ‘¡Es demasiado tarde! Todo eso pudo ser y no fue.’¡Ay!, amigo mío: ¿pasas noches enteras llorando sobre tus sueños y diciéndote: ‘No he sido feliz?… ’”[61]». Pues Sand juzgaba que no había sido feliz. Se veía censurada, calumniada, y tenía la sensación de ser inocente. ¿No había sido franca, desinteresada, caritativa? A Francois Rollinat, el amigo más próximo a su inteligencia, dirigía una

hermosa defensa: «Sin embargo, tú me conoces. Tú sabes si hay en este corazón desgarrado pasiones viles, cobardías, el más pequeño recodo de perfidia, la menor inclinación hacia un vicio cualquiera… Tú sabes que un inmenso orgullo me devora, pero que ese orgullo no tiene nada de mezquino ni de culpable, que jamás me ha llevado a ninguna falta vergonzosa, y que hubiese podido llevarme a un destino heroico si no hubiese nacido encadenado (a)…»[62]. Con él paseaba a medianoche por el parque de Nohant, cambiando tristes confidencias, a la hora en que las estrellas son tan blancas, el aire tan dulcemente húmedo, las avenidas tan sombrías: «Quise ser el hombre fuerte —decía ella— y he sido quebrantado (a) como un niño…»[63].

Durante ese mes de septiembre de 1834 leyó «inmensamente»: *L'Eucharistie*, del abate Gerbet; *Reflexions sur le Suicide*, de Madame de Staël; la *Vida de Vittorio Alfieri*, de Alfieri. Un sermón, una disertación, una confesión. Pero, sobre todo, leyó y releyó las cartas que recibía entonces de Musset, cartas apasionadas, delirantes, que son la prefiguración de las *Nuits*: «¡Dime que me das tus labios, tus dientes, tus cabellos, todo eso, esa cabeza que fue mía, y que me besas tú, a mí! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Cuando pienso en ello se oprime mi garganta, se enturbian mis ojos, titubean mis rodillas. ¡Ah!, ¡es horrible morir, es horrible amar así! ¡Qué sed, George mío, qué sed tengo de ti! Te suplico, escríbeme. Me muero, adiós…»[64]. ¿Exageración poética? Sí, ciertamente. No se muere de amor tanto como se dice. Musset tuvo en Baden sus horas de sosiego y hasta una conquista que le inspiró un poema. Pero los celos eran auténticos, y auténtica la pasión por la mujer que él creía se le escapaba.

Sand se refugiaba en el bosquecillo de Nohant para responderle, a lápiz, y trataba de calmarlo: «¡Ah!, todavía me amas demasiado. No debemos vemos más». Le hablaba del pobre Pietro, «ese muchacho bueno y puro» que, después de repetir tantas veces: «*II nostro amore per Alfredo*», decidía, también él, sentirse celoso, y en sus cartas abrumaba de reproches a George. Pero ya no vacilaba ella, en su corazón, entre el poeta que escribía aquellas admirables cartas «a lo Rousseau», las ardientes cartas de Baden, y el Pagello débil, receloso, que le dejaba «caer sobre la cabeza» frases hirientes y torpes.

> *Sand a Musset*: Acaso se haya ido ya, y yo no lo retendré porque estoy ofendida hasta el fondo del alma por lo que me escribió y porque, lo sé perfectamente, ya no *tiene fe*; en consecuencia, ya no tiene amor…[65].

El encantador discurso de Jacqueline a maese André en el primer acto del *Le Chandelier* salió de ahí: «Ya no me amáis… La inocencia misma sería culpable ante vos… Ya no me amáis, puesto que me acusáis…»[66].

Pues preciso es confesar que en este episodio el drama se convierte en comedia. George era sincera cuando pedía en su *pathos* a Musset: «¿Es posible el amor elevado y creyente? ¿Debo morir sin haberlo encontrado? ¡Asir siempre fantasmas y perseguir siempre hombres! Estoy fatigada de ello. Y, sin embargo, seria y sinceramente amaba a ese hombre generoso, tan romántico como yo y al que creía más fuerte que yo». Pero la musa cómica sonreía cuando Sand agregaba: «Yo lo amaba como un padre, y tú eras el hijo de nosotros dos…»[67]. Ella hubiese querido que todo el mundo fuera dichoso, que todos creyesen lo que ella decía, que cada amante la amase y aceptara generosamente que ella hiciese también la felicidad de su rival. Pero los seres humanos no son así. El amor no es acogedor, ni abierto; el amor es desconfiado, exclusivo, inquieto y celoso. ¡Qué decepción!

El 15 de septiembre, Musset escribe desde Baden: «Acaso te choque a ti, y también a *él*, que yo regrese a París. Confieso que ya no puedo tratar con miramiento a nadie. Si ha de sufrir él, ese veneciano que me enseñó a sufrir, pues que sufra. Le devuelvo la lección que me dio magistralmente…»[68]. En seguida, George regresó de Nohant para consolar a Pagello antes de sacrificarlo. Lo bonito de la situación era que Pagello no necesitaba consuelo alguno. Había descontado el desenlace desde que partiera de Venecia para París. Su permanencia en Francia le había interesado; grandes médicos le prodigaron sus atenciones; la vida sin amante le pareció deliciosamente apacible. He aquí cómo relata la ruptura:

> *Diario de Pagello*: Una carta de George Sand me anunció la venta de mis cuadros en mil quinientos francos… En el éxtasis de la alegría, corrí a comprar una caja de instrumentos de cirugía, y algunos nuevos libros referentes a mi profesión… Nuestros adioses fueron mudos; le estreché la mano, sin poder mirarla. Ella estaba como perpleja; no sé si sufría, mi presencia la turbaba…[69].

Exit Pagello. El buen doctor regresó a Venecia, se casó allí, tuvo muchos hijos y vivió hasta la edad de noventa y un años —1807-1898—, aureolado por esta aventura juvenil con un prestigio análogo al de la Guiccioli. Dichosos aquellos que, asociados por un momento a algún luminoso destino, salen pronto del peligroso haz de los proyectores.

IV. La búsqueda de lo absoluto

¿Quién pensaba ya en Pagello? Al primer encuentro, Sand y Musset habían vuelto a ser amantes: él, ebrio de pasión; ella, enternecida y conmovida.

Él había prometido olvidar el pasado. ¡Juramento de borracho! Un alma que goza con el sufrimiento, ¿renuncia jamás a suscitarlo? Acosó a George con preguntas minuciosas, incesantes. ¿Cuándo se le había entregado al doctor? ¿Cómo? Ella se negaba a responderle, hablando de los velos del pudor: «¿Crees que si Pietro me hubiese interrogado acerca de los secretos de nuestra almohada le hubiese respondido?»[70]. Musset entró en su ciclo infernal: necesidad masoquista de saber lo peor; celos, injurias, horrendas escenas; luego, remordimientos, peticiones de perdón, exquisita ternura y, si se le resistía, enfermedad. Una vez más tuvo que ir ella a cuidarlo a casa de su madre; le había pedido de prestado a su camarera una cofia, un delantal, y la señora de Musset, cómplice, fingió no reconocerla.

En cuanto estuvo mejor, Alfred volvió a vivir en casa de George, en el *quai* Malaquais; pero ya no podían ser felices. Recomenzó la sucesión de escenas insultantes y de esquelas apasionadas. Ella vio que la situación era desesperada: «¿Ves?, todo esto no es más que un juego que ambos jugamos, pero nuestro corazón y nuestra vida sirven de puesta, y esto no es tan divertido como parece. ¿Quieres que vayamos juntos a saltarnos los sesos en Franchard? Será más rápido…»[71]. Luego, como ninguno de los dos tenía deseos de matarse, ella juzgó más prudente romper y partió para Nohant.

Pero entonces se produjo uno de esos movimientos basculares que son los resortes de las pasiones en el teatro clásico. El hombre está hecho de tal manera, que desprecia lo que se ofrece y persigue lo que se niega. George Sand tuvo que reconocer esta vez, con asombro, que Musset aceptaba la ruptura. Inmediatamente dejó ella de desearla. Herida en su orgullo, corrió a París, deseando verlo. Adiestrado por sus amigos, y especialmente por Alfred Tattet, él no respondió. Ella supo que él se mostraba frío y colérico al hablar de ella. Le dijeron que no quería verla más. Durante aquellos horrendos días de noviembre de 1834, George Sand llevó un largo Diario íntimo que es una de las más bellas cosas que escribiera:

> ¿Y si, cuando el amor me da muy fuerte, corriera? ¿Si fuese a romper el cordón de su campanilla hasta que me abriese la puerta? ¿Si me acostase a través de ella hasta que pase?… Si le dijese: «Todavía me amas, sufres por

amarme, te ruborizas de amarme, y me compadeces demasiado para no amarme. Bien ves que yo te amo, que sólo a ti puedo amar. Bésame, no me digas nada, no discutamos; dime unas dulces palabras; acaríciame, ya que todavía me encuentras bonita… Y cuando sientas que tu sensibilidad se cansa y tu irritación regresa, despídeme, maltrátame, pero que no sea nunca con esa horrible frase: *¡Última vez!* Sufriré tanto como quieras, pero déjame venir algunas veces aunque sólo sea cada semana, a buscar una lágrima, un beso que me haga vivir y me dé valor. Pero tú no puedes hacerlo. ¡Ah! qué cansado estás de mí y qué pronto te curaste, también, tú…»[72].

Ella trataba de ver amigos. A solicitud de Buloz, posaba para Delacroix, que despertaba su dolor hablándole del talento revelado por los bocetos de Musset. Y soñaba con hacerse la cabeza de esas mujeres de Goya que Alfred admiraba.

A menudo veía a la gentil y demasiado sagaz Hortense Allart, que le enseñaba que es preciso ser astutas con los hombres y simular enfado para atraérselos de nuevo. ¡Locura! Para tener astucia es preciso no amar. El único que no le decía necedades era Sainte-Beuve. Ella le preguntaba: «¿Qué es el amor?». Él respondía: «Las lágrimas: si se llora, se ama». Luego buscó George el aislamiento: «No quiero trabajar más», escribía. ¡He aquí algo que jamás le había sucedido!

Sabía que, entregado a sí mismo, Musset habría vuelto a ella. Pero intervenía el orgullo, ese horrible orgullo masculino. E intervenía Alfred Tattet, que decía con aire tonto: «¡Qué debilidad!». Si al menos pudiese recobrar la amistad de Musset:

Si de cuando en cuando tuviese unas líneas tuyas, una palabra, el permiso para enviarte una que otra vez una pequeña imagen de cuatro sueldos, comprada en los muelles, cigarrillos hechos por mí, un juguete, algo que engañe mi dolor y mi hastío, para imaginarme que piensas un poco en mí al recibir esas naderías…[73].

Y esto, que es desgarrador y sublime:

¡Oh, mis ojos azules: ya no me miraréis más! Rostro amado: ¡no te veré ya inclinarte sobre mí, velándote con una dulce languidez! ¡Cuerpo mío, pequeño, flexible y tibio, ya no te tenderás sobre mí, como Elíseo sobre el

niño difunto para reanimarlo! No me tocarás ya la mano, como Jesús a la hija de Jairo, diciendo: «¡Levántate, hija!». ¡Adiós, mis rubios cabellos; adiós, mis blancos hombros; adiós, todo lo que era mío! Ahora, en mis noches ardientes, abrazaré el tronco de los abetos y las rocas de los bosques, gritando tu nombre, y, cuando haya soñado él placer, desmayada caeré sobre la tierra húmeda…[74].

En diciembre, agotada, partió para Nohant. Se creía más o menos resignada. Alfred le escribió una carta bastante afectuosa en la que decía arrepentirse de sus violencias. «Se terminó ya. No quiero verle más, me hace demasiado daño…»[75]. Pero en seguida supo que Musset había dicho a Tattet que la ruptura era definitiva. No pudo soportar este golpe. Como Mathilde de la Mole, cortó su hermosa cabellera y se la envió. En el retrato que hay en el museo Carnavalet, Delacroix la pintó con los cabellos cortos, «la frente inquieta, extraviados los ojos, apretadas las narices, temblorosos los labios, empalidecida y enflaquecida por las vigilias»[76]. Cuando Musset recibió los pesados bucles negros, rompió en llanto. Una vez más estaba apresado, y George, triunfante, pudo escribir a Tattet: «Señor mío: hay operaciones quirúrgicas muy bien hechas y que hacen honor a la habilidad del cirujano, pero que no impiden que la enfermedad reaparezca. En razón de esa posibilidad, Alfred ha vuelto a ser mi amante…»[77].

Pero uno y otro estaban aquejados de la peor de las locuras: la búsqueda de lo absoluto. De ruptura en ruptura, de reconciliación en reconciliación, su moribundo amor tenía sobresaltos que no eran otra cosa que las convulsiones de una agonía. Sand y Musset se asemejaban entonces a esos luchadores, bañados en sudor y sangre, que se aferran el uno al otro, se hieren y a los cuales no pueden separar los espectadores. Un día él amenazó matarla; luego, con una breve esquela en italiano, solicitó una última entrevista: «*Senza veder, e senza parlar, toccar la mano d'un pazzo che parte domani…* Sin ver y sin hablar, tocar apenas la mano de un loco que parte mañana…»[78].

Sainte-Beuve, árbitro de este último combate, intervino para ponerle término. Ella renunció:

Sand a Musset: Ahora mi orgullo está roto, y mi amor es ya sólo piedad. Te lo digo: «Es preciso sanar. Sainte-Beuve tiene razón». Tu conducta es deplorable, imposible. Dios mío, ¿a qué vida voy a dejarte? ¡La embriaguez, el vino, las prostitutas, y todavía más, y para siempre! Pero ya

que no puedo nada para preservarte, a qué prolongar esta vergüenza para mí y este suplido para ti mismo…[79].

Y como se obstinase Alfred en ir a su casa, huyó a Nohant. Las últimas escenas evocan de nuevo la musa cómica, pues George demostró en ellas que, en el tumulto de las pasiones, conservaba su presencia de ánimo y sus cualidades de organizadora. La burguesa de La Châtre y la castellana de Nohant tomaban por cuenta propia, en los peores momentos, a la heroína romántica.

George Sand a Boucoiran, 6 de marzo de 1835: Amigo mío, ayúdeme usted a partir hoy mismo. Vaya a mediodía al correo y cómpreme un pasaje. Venga luego a verme. Le diré lo que hay que hacer.

Pero si no puedo decírselo, lo que es muy posible —ya que me costará mucho trabajo engañar los recelos de Alfred—, quiero explicarle en pocas palabras. A las cinco llegará usted a mi casa y, con aire urgido e inquieto, me dirá que mi madre acaba de llegar; que se halla muy fatigada y seriamente enferma; que su criada no está en la casa; que mi madre me necesita en seguida y que es preciso que vaya a verla sin demora. Entonces me pondré el sombrero; diré que regresaré en seguida y usted me llevará a la diligencia.

Venga a buscar durante el día mi saco de noche. Le será fácil llevarlo sin que lo vean, y lo llevará a la posta. Haga que me arreglen el cojín de viaje que le envío. El cierre se perdió… Adiós, venga en seguida, si puede. Pero si Alfred está en casa, que no note que usted tiene algo que decirme. Pasaré a la cocina para hablarle…[80].

Alfred de Musset a Boucoiran, 9 *de mano de 1835*: Señor mío: salgo de casa de la señora Sand y me dicen que ella se halla en Nohant. Tenga la bondad de decir si esa noticia es verdadera. Como usted vio esta mañana a la señora Sand, pudo enterarse de cuáles eran sus intenciones y, si ella sólo debía partir mañana, podría usted decirme si cree que ella tuviese algunas razones para no desear verme antes de su partida…[81].

George Sand a Boucoiran, Nohant, 9 de mano de 1835: Amigo mío: llegué bien de salud y nada fatigada a Châteauroux, a las tres de la tarde. Ayer vi a todos nuestros amigos de La Châtre. Rollinat me acompañó desde Châteauroux. Comí con él en casa de Dutheil. Voy a ponerme a trabajar para Buloz.

Estoy muy tranquila. He hecho lo que debía hacer. Lo único que me atormenta es la salud de Alfred. Deme noticias suyas y cuénteme, sin cambiar ni atenuar nada, la indiferencia, la cólera o el pesar que haya podido manifestar al recibir la noticia de mi partida. Me importa saber la verdad, aunque nada pueda cambiar mi decisión.

Cuénteme de mis hijos. ¿Sigue tosiendo Maurice? ¿Regresó curado el domingo por la noche? También Solange tosía…[82].

Desde la primera noche se puso a escribir una novela para Buloz y redactó las veinte cuartillas cotidianas con su gran letra tranquila.

V. Cánticos rústicos tras la tempestad

Se ha apaciguado la tronada; la tempestad se aleja; un canto rústico surge de los últimos ecos. Pero la gran aventura terminaba en fracaso. Una vez más, Lélia había creído poder desafiar al mundo, imponer su independencia, vivir en la pasión y la franqueza. Sólo que la pasión y la franqueza se revelaban incompatibles. Sus más fieles amigos, su director Sainte-Beuve, la censuraban implícitamente y le aconsejaban amores más prudentes. El remedio de Sainte-Beuve era, como él mismo decía, «triste y ruin»: la aceptación del amor imperfecto.

No, ya ella no esperaba ni el amor tierno y durable ni el amor ciego y violento. Comprendía que el sentimiento es una hermosa y santa cosa que ella había usado mal y que habían empleado mal con ella. Se decía demasiado vieja para inspirarlo todavía. Ya no tenía fe, ni esperanza, ni deseo. No renegaba del dios de su juventud, pero lo había adorado mal y el dios la había fulminado. Concluían para ella las «cabalgatas»; ya no volvería a poner el pie en el estribo.

George Sand a Sainte-Beuve, fines de marzo de 1835: Bien veo que mi error y mi mal residen ahí, en el ávido orgullo que me ha perdido… ¡Malditos sean los hombres y los libros que lo estimularon con sus sofismas! Debí contentarme con Franklin, que hizo mis delicias hasta los veinticinco años, y cuyo retrato, colgado cerca de mi lecho, me produce siempre deseos de llorar, como si se tratase de un amigo al que yo hubiese traicionado. No regresaré ya a Franklin, ni a mi confesor jesuita, ni a mi primer amor platónico que duró seis años, ni a mis colecciones de insectos

y de plantas, ni al placer de amamantar a mis hijos, ni a la caza del zorro y el galope del caballo. Sé muy bien que nada de lo que fue será ya nunca más…[83].

Error común a todos los hombres es olvidar, cuando se hallan en lo hondo de una ola, el movimiento eterno que, si continúan viviendo y obrando, volverá a llevarlos a la cresta. Sin duda lo que había sido no podía volver a ser. Pero los posibles seguían siendo innumerables. ¿Cuando se arrepentía del mal hecho a Musset habría creído que éste se repondría tan pronto? Ocho o nueve meses después era él quien consolaba a su amigo Tattet, víctima a su vez de una infiel: «¡Ay!, ¡ay!, ¡qué bien me curé yo! Mira cómo han vuelto a salirme los cabellos en la cabeza, el valor en el vientre y, por añadidura, la indiferencia en el corazón…»[84].

La poesía es una emoción de la que nos acordamos en el sosiego. Porque ya no sufría, Musset podía reabrir, a voluntad, su herida si su arte lo exigía. El recuerdo que guardaba de aquella temporada en el infierno, las imágenes de aquellos días de pasión, delicias y furores, iban a nutrir toda su obra. A veces era un grito de odio, pero, más a menudo, echaba de menos a la orgullosa insensata, los bucles negros y los bellos ojos.

El libro que prometiera a George escribir sobre ella apareció en 1836 bajo el título de *Confession d'un Enfant du Siècle*. Pintaba en él a Sand bajo el nombre de Brigitte Pierson, sin amargura e incluso con respeto. Habiendo hecho la vida de un libertino, Octavio, el héroe de la novela, ha adquirido la costumbre de hacer irrisorio lo que las noches felices tienen de más sagrado y misterioso. Alternativamente, trata a Brigitte como a una querida infiel o a una mujer mantenida. Ella sigue siendo maternal: «Sí, cuando me haces sufrir —dice ella— no veo ya en ti al amante; no eres más que un niño enfermo al que quieto cuidar y sanar para encontrar de nuevo al que amo… Que el dios de las madres y las amantes me deje realizar mi tarea…». Seguramente, George, tal como la conocemos, le había dicho cosas semejantes. La novela concluía con un comienzo de perdón: «No creo, mi querida Brigitte, que podamos olvidarnos; pero creo que en este momento no podemos perdonamos todavía, y, sin embargo, es eso lo que tenemos que hacer a toda costa, aunque jamás volvamos a vemos…»[85]. Al leer este pasaje, Sand lloró largamente. «Luego le escribí unas líneas al autor para decirle no sé qué: que lo había amado mucho, que le había perdonado todo y que no quería volver a verle nunca…»[86]. Sobre este último punto estaban de acuerdo.

Un día, hacia fines de 1840, atravesando el bosque de Fontainebleau, Musset se acordó de la «mujer de Franchard», que afiebrara su juventud. Poco después encontró a George en el teatro; todavía era joven y bella; su boca reía; lo miró como lo hubiese hecho una desconocida. Al regresar a su casa, aquella misma noche, él escribió *Souvenir*, cuyo tema era: «Sí, el amor pasa, como todas las pasiones humanas y como los mismos hombres».

Oui, sans doute, tout meurt; ce monde est un gran rêve,
Et le peu de bonheur qui nous vient en chemin,
Nous n'avons pas plus tôt ce roseau dans la main
Que le vent nous l'enlève…[87].

Mas ¿qué importa? Porque el amor haya huido, ¿hemos amado menos?

Je ve veux rien savoir, ni si les champs fleurissent,
Ni ce qu'il adviendra du simulacre humain,
Ni si ces vastes cieux éclaireront demain
Ce qu'ils ensevelissent.

Je me dis seulement: «A cette heure, en ce lieu,
Un jour je fus aimé, j'aimais, elle était belle.
J'enfouis ce trésor dans mon âme immortelle
Et je l'emporte a Dieu![88]».

Puede concebirse una forma de amor más bella que el amor romántico; se puede desear una pasión que el tiempo y la voluntad transformen en sentimiento. Un alma grande puede jurar fidelidad de buena fe y cumplir su juramento. Pero no deben pesarse en la misma balanza las acciones del artista y las de los demás hombres. Todo artista es un sublime comediante que necesita, y él lo sabe, ir más allá de las emociones soportables para que su pensamiento se transforme en algo rico y extraño. Un moralista tiene derecho a juzgar que Sand y Musset hubiesen podido vivir más juiciosamente. Pero las particulares obras de arte que nacieron de sus errores y sus sufrimientos no hubiesen sido entonces posibles. Antes de conocer a George Sand, Musset conocía el deseo, pero no la pasión; podía escribir la *Ballade a la Lime*, pero no el diálogo de Camille y Perdican. Por eso no podemos lamentar que un día de 1834, en una habitación poblada de fantasmas, en Venecia la roja, cuyo rumor y pesado olor de agua estancada subían hasta ellos, dos amantes de

genio vivieran en la angustia y se desgarraran entre sí. Sin duda, hubo en sus gritos algún énfasis y alguna simulación en sus delirios.

Mais qui sait comment Dieu travaille?
Qui sait si l'onde qui tressaille,
Si le cri des gouffres amers,
Si les éclairs et les tonnerres,
Seigneur, ne sont pos nécessaires
A la perle que font les mers?[89].

Quinta parte
Profetas y poetas

Cuanto más vivo, mejor siento que sólo se puede querer bien a quien no se estima.

MARIE DORVAL

I. Michel de Bourges

Nohant. Fines de marzo de 1835. ¡Qué hermoso es el jardín en estos primeros días de la primavera! La señora Dudevant, bastante taciturna, va a sentarse en un banco, entre las vincapervincas y los jacintos, para leer las cartas de Sainte-Beuve: reproches, estímulos, advertencias. Sainte-Beuve remite su penitente a Dios. Buloz, por el contrario, está aterrado porque ella le ha pedido las obras de Platón y el Corán. Teme todas las «misticidades» que van a llover sobre su cabeza y sobre la *Revue*. «Escríbale a George —dice a Sainte-Beuve— que no haga demasiada mística. ¡Ah!, si me hubiese atrevido no le habría enviado los libros pedidos, pero se enoja».

Los temores de Buloz no eran infundados. Su novelista «hacía mística». No ya la mística de la pasión amorosa. George afirmaba que se levantaría la tapa de los sesos antes que reanudar la vida de los tres últimos años. «No, no…, ni el amor tierno y durable ni el amor ciego y violento. ¿Cree usted que puedo inspirar el primero y que me tiente experimentar el segundo? Ambos son bellos y preciosos, pero estoy demasiado vieja para uno y otro»[1]. Espantada del amor después de tantos fracasos, desea buscar en otra parte su curación. ¿En dónde? ¿Cómo? ¿En Dios, como antaño en el convento y como lo aconseja Sainte-Beuve? Le gustaría; no ha dejado de amar a ese Dios desconocido que siente allí, más allá de los astros, en las noches melancólicas en que, bajo las pálidas estrellas, todo se hace silencio, misterio y tinieblas en el parque de Nohant. Pero ya no tiene la gracia; se siente triste hasta la

muerte; piensa: «Dios no me quiere ni se preocupa de mí, pues me deja débil, ignorante y desgraciada sobre la tierra…»[2].

De lo que le escribe Sainte-Beuve sólo retiene dos palabras: *abnegación, sacrificio*. Querría entregarse a alguna gran causa, emplear ese exceso de fuerza que la sofoca, salir de su egoísmo y de su orgullo. Estos deseos son vagos y carecen de objeto. ¿A quién podría servir? Los niños están lejos, Maurice en el liceo, Solange en la pensión. La «gordita» se ha convertido en niño terrible que a nadie obedece, pero que se lo hace perdonar todo porque tiene gracia y belleza. Maurice sigue siendo un sentimental que querría vivir en las faldas de su madre. A este le gustaría traerle de nuevo a Nohant, pero sabe que al hacerlo suscitaría un conflicto permanente con Casimir so pretexto de la educación de su hijo. Dutheil, que es, en La Châtre, su abogado y uno de sus confidentes, aconseja a Aurore hacer las paces con su marido «convirtiéndose en su amante». Este proyecto la horroriza: «Es innoble pensar en los contactos sin amor. Una mujer que busca a su marido con objeto de adueñarse de su voluntad, hace algo análogo a lo que las prostitutas por ganar el pan y las cortesanas por obtener el lujo»[3]. Dutheil invocaba el interés de los hijos; ella oponía un profundo instinto de repugnancia. No que su marido le inspirase, más que otros, una repugnancia física o una aversión moral, sino que pensaba que una mujer no puede darse como una cosa: «Somos cuerpo y espíritu conjuntamente… Si el tiempo tiene funciones en que no debe mezclarse el alma, como el comer y el digerir, ¿puede la unión de dos seres en el amor asimilarse a esas funciones? El solo pensamiento es repugnante»[4].

Descartada la seducción de Casimir, sólo quedaba eliminarlo. Deseaba ardientemente una separación de cuerpos y bienes que la hiciese por fin ama en su propia casa. Dudevant, por su parte, se mostraba bastante cansado del campo y nada hostil a la idea de hacer vida de soltero en París. Se estableció entonces un contrato preliminar de «descasamiento». Aurore conservaría Nohant; Casimir tendría el hotel de Narbonne, que producía seis mil setecientos francos de alquileres. De esta suma pagaría el colegio de Maurice, que le sería confiado, los impuestos y el portero; Aurore se encargaría de Solange. Este tratado se pondría en ejecución en noviembre de 1835. Apenas firmado, Casimir se arrepintió; echaba de menos su pequeño reino de Nohant y creía realizar, al abdicarlo, un acto de heroísmo verdaderamente romano. Su mujer se negaba a tomarlo a lo trágico, o siquiera a lo serio. «Mi profesión es la libertad, y mi gusto no recibir gracia ni favor de nadie, incluso cuando se me hace la caridad con mi dinero…»[5]. Sobre todo, no quería que «el barón» pasase por víctima ante sus hijos, cuya estimación deseaba. ¿Qué hacer?

Dutheil le aconsejó que fuera a Bourges a consultar a un abogado, célebre ya: Louis-Chrysostome Michel, llamado «Michel de Bourges», amigo íntimo de Planet.

George Sand tenía curiosidad de conocer a este áspero republicano, oráculo del Cher y el Indre, rey sin corona de Aquitania. «Michel piensa… Michel quiere… Michel dice…». Dutheil, Planet, Rollinat, repetían estas palabras con un respeto sorprendente. Michel de Bourges parecía ser el jefe indiscutido, al sur del Loire, de la oposición al régimen, y ejercía una influencia casi despótica sobre los liberales de aquellas provincias. Aunque sólo tuviese treinta y siete años, parecía un viejecito encorvado, calvo, con una cabeza de forma extraordinaria que parecía hecha con dos cráneos soldados uno a otro. El rostro era pálido, los dientes magníficos, los ojos miopes, de una admirable dulzura. Lamartine lo describió así; «Hombre de granito…, cuyas líneas, cortadas en ángulos rectos como las de las estatuas galas, tienen algo de rústico y de primitivo; mejillas pálidas y hundidas; caída la cabeza sobre los altos hombros; voz grave, profunda y cavernosa»[6].

Hijo de un pobre leñador del Var asesinado por la contrarrevolución, Michel había sido criado como campesino. Continuaba vistiendo una hopalanda informe, calzaba gruesos zuecos y, como en toda estación tenía frío, se anudaba en tomo a la cabeza tres chales que le formaban un tocado fantástico. Bajo este atuendo rústico y agresivo se veía una camisa fina, siempre inmaculada y fresca. El temido tribuno tenía su coquetería y le gustaban las mujeres. Su gran instrumento de seducción era la elocuencia. Cuando hablaba se tomaba casi bello.

El 7 de abril de 1835, de las siete de la noche a las cuatro de la mañana, por las calles de Bourges, exhibió una deslumbrante pirotecnia verbal ante George Sand, Planet y Fleury el Galo. George había ido a consultarle sus problemas, pero él sólo le habló de *Lélia*, combatiendo sus ideas. A la luz de la luna, en una magnífica noche de primavera, se pasearon por Bourges, ciudad muda y austera. Michel discurrió hasta la madrugada.

> Era como una música llena de ideas, que eleva el alma hasta las contemplaciones celestiales y la hace regresar, sin esfuerzo ni contraste, por una ligazón lógica y una dulce modulación, a las cosas de la tierra y a los soplos de la naturaleza…[7].

¿De qué se trataba? De incorporar a George Sand a la causa de la revolución militante. De arrancarla de «su ateísmo social». De curarla de su

orgullo intelectual, que exigía una perfección abstracta y desdeñaba la acción. Fascinada, se defendía mal, encontrando placer en sentirse vencida. Michel había representado para ella su gran papel. Admiraba a *Lélia*; George le gustó mucho más. «Nunca —dijo Planet a ésta— lo vi así. Hace un año que vivo a su lado y sólo esta noche le he conocido. Por usted se ha entregado finalmente todo entero, derrochando inteligencia y sensibilidad». Ella relató el encuentro a su manera. *A Gustave Papel: «Conocí* a Michel, que me prometió hacerme guillotinar en la primera oportunidad…». *A Hippolyte Châtiron*: «Conocí a Michel, que me parece un mocetón bien templado para tribuno del pueblo. Creo que si se produce algún movimiento este hombre hará mucho ruido»[8].

Después de Musset y Pagello, George, de buena fe, se había creído curada de las pasiones del amor. ¡Oh, candidez! ¿Quién se curó nunca de las pasiones teniendo esperanza y juventud? Ella era como un bravo corcel de guerra, feliz, tras el combate, de volver al sosiego de las pasturas, pero que, si se oye a lo lejos el clarín, salta las barreras y acude al cañoneo. El don de sí misma —que le parecía legítimo si era desinteresado e iba acompañado por un sentimiento fuerte— fue inmediato. Su encuentro con Michel fue el 7 de abril; existe un anillo incrustado de esmaltes que ella le regaló como recuerdo de sus primeros amores y que lleva una fecha: *9 de abril de 1835*. Por lo demás, ¿era él un nuevo amante? No, era a él «a quien amaba desde el día en que naciera, a través de todos los fantasmas en los que, por un momento, había creído encontrarlo y poseerlo»[9].

No obstante, conservaba al escucharlo su libertad de juicio y su buen sentido a lo Franklin. La política instintiva de Sand era todo amor y justicia; la de Michel tenía por meta el poder y la guillotina por instrumento. De regreso a Nohant comenzó para él —dándole el nombre de *Everard*— la *Sixième Lettre d'un Voyageur*, que es a la vez elogiosa y rebelde. ¿Filántropo él, Michel?

> La filantropía hace hermanas de caridad. El amor a la gloria es otra cosa y produce otros destinos. Hipócrita sublime, no hables de esto conmigo. Te desconoces cuando tomas por sentimiento del deber la pendiente rigurosa y fatal por la que te arrastra el instinto de tu fuerza. Por lo que hace a mí, sé que no eres de los que cumplen los deberes, sino de los que los imponen. No amas a los hombres, no eres su hermano, porque no eres su igual. Eres una excepción entre ellos: naciste rey…[10].

Ella sólo quería ser poeta; sabía que los más grandes hombres de acción escriben sus hazañas en la arena y que el soplo de viento que trae a Sila borra la memoria de Mario.

Él la zarandeó: ¿qué hacía ella con sus fuerzas? Amores de novela. Nada más. Ella estaba dispuesta a reconocer que su vida había estado llena de errores, pero concedía poca importancia doctrinal a sus faltas pasadas: «Todos los que me conocen desde hace largo tiempo me quieren bastante para juzgarme con indulgencia y para perdonarme el mal que haya podido hacerme. En cuanto a mis escritos, no habiendo llegado nunca a conclusión alguna, no han causado ni bien ni mal…»[11]. «¿Para cuándo, entonces, la conclusión?». A ella le gustaba sentirse empujada por esta fuerza. Por primera vez se las entendía con un hombre más voluntarioso que ella. La llamaba: «¡Imbécil!», lo que era una sensación nueva. Acariciaba aquella gran frente calva; pensaba que hubiese querido ver a Michel viejo y enfermo para cuidarlo. Pero él *estaba* enfermo de ambición insatisfecha. Ella se atrevía a decirle: «¡Encuentras que es muy lenta en llegar la realización de un gran destino! Las horas se arrastran, tu frente se despuebla, tu alma se consume y el género humano no marcha…»[12].

A fines de abril, Michel se trasladó a París para intervenir, como defensor, en el gran proceso político del año: el de los insurgentes de Lyon. Todos los jefes del partido republicano se hallaban en los bancos de la defensa: Marie, Garnier-Pagés, Ledru-Rollin, Carrel, Carnot, Pierre Leroux, Barbes. George quiso ir a París para reunirse con Michel y seguir los debates. Sainte-Beuve, ignorante del nuevo amor, la puso en guardia contra el peligro de ver nuevamente a Musset: «No crea, amiga mía, que no lo verá, que él ignorará su llegada, que dejará de buscarla… Supóngase que está usted en casa, que usted le abre la puerta, que no haya nadie entre ustedes…»[13]. Ella debió sonreír. ¡Como si ahora se tratara de Musset! Poco a poco se dejaba ganar por la pasión política, que no es menos embriagadora que la pasión amorosa. Toda la agitación republicana había penetrado, con Michel, en el apartamiento del *quai* Malaquais. «¡Planteemos la cuestión social!», decía todas las noches el bueno e ingenuo Planet. «Planteemos la cuestión social», repetía el joven y bello Liszt, que Musset presentara a George en otro tiempo. Para plantear «todos los problemas», Liszt invitaba a comer al abate Lamennais y a George; el prudente Sainte-Beuve se preguntaba con espanto qué podrían decir aquellos iluminados.

Michel, que en su defensa de los acusados de abril no ahorraba esfuerzo, tenía por la noche, después de la audiencia, horas de aterradora angustia.

George, enfermera apasionada, lo velaba y «se apegaba amorosamente a aquella naturaleza que no se parecía a nada»[14]. En cuanto se sentía mejor, Michel comenzaba un nuevo alegato, destinado éste a convertir a George. No es que ella fuese hostil; odiaba como él el Justo Medio; era confusamente bonapartista, en la medida en que Napoleón había encamado la Revolución; desde la adolescencia había sido republicana por odio a las «viejas condesas», y amiga del pueblo por herencia materna. Admitía la igualdad de bienes, pero la concebía como una participación en la felicidad, no como un desmembramiento de la propiedad «que sólo a condición de hacerlos bárbaros habría hecho felices a los hombres»[15]. El sistema que oyó predicar a Michel una noche, en el puente de Saints-Péres, mientras el reflejo de las luces del palacio danzaba sobre los árboles de las Tullecías, era el babouvismo, la conspiración para poner término a la desigualdad mediante la violencia. La castellana de Nohant, que soñadoramente gozaba de la noche encantada, de las vagas armonías de una orquesta lejana y de los «dulces reflejos de la luna mezclados a los de la fiesta real»[16], fue sacada de su contemplación por la voz de Michel: «¡Te digo —exclamaba— que para rejuvenecer y renovar esta sociedad corrompida es preciso que este hermoso río esté rojo de sangre, que ese palacio maldito se reduzca a cenizas y que esta vasta ciudad en que se hunden tus miradas sea una playa desnuda en que la familia del pobre hunda el arado y levante su choza!».

Aquella noche declamó tan ruidosamente, quebrando su bastón contra los muros del viejo Louvre, que Sand y Planet, entristecidos y disgustados, le volvieron la espalda y se marcharon al *quai* Malaquais. Él los siguió, suplicando a George que lo escuchase. El debate continuó durante todos los días siguientes. Ella se quejaba de la tiranía intelectual que Michel pretendía ejercer. Creía en la sabiduría y en el amor más que en la violencia. Agradecía a Michel el que la hubiese hecho entrever un ideal de igualdad perfecta, pero temía que tan vehemente elocuencia condujese a descabelladas aventuras y a disparos. Con su exigente sentido común, le pregunta *qué* sociedad quería construir, ¿cuál era su plan? «¿Cómo podría hacerlo?», respondía él. Los acontecimientos lo guiarían. «La verdad no se revela a los pensadores que se han retirado a la montaña. Para encontrar las verdades aplicables a las sociedades activas es preciso unirse y actuar».

Reprochaba a George su impaciencia: «Pronto, pronto —decía irónicamente—, dad el secreto de Dios al señor Sand, que no quiere esperar». Sin duda, ella podría cruzarse de brazos y preservar así su preciosa libertad. «Pero la verdad no monta en ancas de los fugitivos ni galopa con ellos… El

divino filósofo que adoras lo sabía muy bien cuando decía a sus discípulos: *Allí donde tres de vosotros estéis unidos en mi nombre, mi espíritu estará con vosotros*. Es, pues, con los demás que hay que buscar y orar…»[17]. Una mañana, al querer responder, se dio cuenta de que él acababa de marcharse y que la había encerrado con llave. Varias veces la dejó así prisionera durante todo el día. «Te dejo incomunicada —decía riendo— para que tengas tiempo de reflexionar».

En un comienzo halló cierto placer en verse tratada así; pero sus ideas no cambiaron. Había pensado siempre que los últimos son los primeros, que los oprimidos valen más que los opresores y los esclavos que los tiranos. «Es un viejo odio que tengo contra todo lo que va elevándose sobre escalones de barro». Pero este odio permanecía pasivo. Aparte algunas llamaradas de ardor guerrero, George regresaba a una existencia puramente poética. Finalmente, por cariño a Michel, adoptó no su doctrina, sino su bandera:

> ¡Ay!, le advierto que sólo sirvo para ejecutar valiente y fielmente una orden. Puedo obrar, pero no deliberar, pues nada sé y de nada estoy segura. Sólo puedo obedecer cerrando los ojos y tapándome los oídos, a fin de no ver nada ni escuchar nada que me disuada; puedo andar con mis amigos como el perro que ve a su amo partir con el navío y que se arroja a nado para seguirlo hasta morir de fatiga. El mar es grande, oh amigos míos, y soy débil. Sólo sirvo para soldado y no tengo cinco pies de altura… En fin, cualquiera que sea el color de su bandera, con tal de que sus falanges sigan siempre el camino del porvenir republicano; en el nombre de Jesús, que ya sólo tiene sobre la tierra un verdadero apóstol; en el nombre de Washington y Franklin, que no pudieron hacer bastante y nos dejaron una misión por cumplir; en el nombre de Saint-Simon, cuyos hijos van de un golpe al sublime y terrible problema (¡Dios los proteja!…); con tal de que se haga lo bueno, y que quienes lo creen lo prueben… Sólo soy un pobre soldado de tropa, lléveme con usted[18].

Para hacer del soldado raso un soldado de la revolución y para satisfacer a la vez el corazón y el espíritu de Sand, se hubiese necesitado un profeta más religioso que Michel y que supiese conciliar cristianismo y socialismo.

II. Los nuevos amigos

Las capas de amigos se renuevan tan lenta pero tan necesariamente como las capas de humus. Muere el uno, sale el otro de nuestro mundo, un tercero penetra en él, trayendo consigo un equipo nuevo. En los tiempos de la llegada a París, los berrichones, Regnault, Fleury, rodearon a la señora Dudevant; Latouche y Sainte-Beuve habían sido sus confidentes. La ruptura con Sandeau apartó a Balzac y Regnault; la pasión produjo luego el vacío. Al partir, Musset dejó tras de sí a Franz Liszt, al que llevara al *quai* Malaquais. Había muchas razones para que Liszt, músico de genio, gustase a George Sand. Formada por su abuela, comprendía instintivamente la mejor música. Pero había más. Como George, Liszt había sido, en su adolescencia, un místico; más que ella, conservaba una piedad ardiente; como ella, experimentaba una tierna compasión por los desgraciados; como ella, combinaba las maneras aristocráticas con las opiniones democráticas; como ella, quería saberlo todo, leía a los poetas, a los filósofos, y buscaba nobles emociones. Liszt tenía siete años menos que Sand; sus ojos llameaban; su sedosa cabellera se agitaba al tocar el piano. Ella hubiera podido amarlo.

Las habladurías de París pretendieron que lo había amado. Por un momento, Musset estuvo celoso de Liszt; Aurore y Franz negaron siempre, y uno y otro vivían con suficiente libertad a los ojos de todos para que pudiese creérseles. Liszt admiraba las novelas de Sand y elogiaba su concepción romántica del amor; la «Corinne del *quai* Malaquais» no le inspiraba deseos carnales. En cuanto a ella: «Si hubiese podido amar al señor Liszt —escribía —, le hubiese amado por cólera. Pero no podía… Me disgustaría que me agradasen las espinacas, pues si me gustasen las comería, y no puedo soportarlas…»[19]. Además, Liszt «sólo pensaba en Dios y en la Santa Virgen, lo que no me asemeja en absoluto. ¡Bueno y dichoso mozo!»[20]. ¿Habrá que ver aquí una sombra de despecho? ¿Estarían verdes las espinacas? Franz, en efecto, amaba a otra mujer, la condesa d'Agoult, nieta del banquero alemán Bethmann, hija del conde de Flavigny, mujer de cabellos de oro, ojos azules, delgada hasta parecer diáfana, «erguida como un cirio, blanca como una hostia» y dispuesta a todas las audacias de la pasión romántica.

Musset había presentado Liszt a Sand; Liszt, a su vez, puso en relaciones a Sand con el abate Félicité de Lamennais, por el que sentía una piedad puramente filial. Le gustaba su ardorosa elocuencia, la audacia con que se sacrificaba por sus ideas, su melancolía árida y sombría, sus alternativas de violencia y ternura. Este sacerdote bretón, ingenuo y terco, de corazón muy noble, con una insaciable necesidad de ser amado, era un «desollado moral» irritable y gruñón. Su vocación fue tardía. Después de una larga crisis de

incredulidad había hecho su primera comunión a los veintidós años. «La vida —decía— es una especie de misterio triste cuyo secreto es la fe». La frase era bella; la doctrina confusa. Lamennais había comenzado por ver en la Iglesia la defensa del Espíritu contra los poderes arbitrarios. Todo pertenece a César, menos las almas. Luego, habiendo despertado en él la revolución de 1830 una urgente necesidad de reformas, recordaba que el papel de la Iglesia fue siempre el de asimilar y santificar las grandes corrientes históricas. Por tanto, en el siglo XIX el catolicismo debía ser liberal, social, democrático. Lamennais, profeta plebeyo, se creía llamado a regenerar la Iglesia. Desautorizado, condenado por Roma, excluido de la comunidad de los fieles, se había hecho amargo y escéptico. «Quisiera poder romper conmigo mismo», decía. Habitaba, en la calle de Rivoli, una pequeña habitación y soñaba con hacerse construir un calabozo, sobre cuya puerta se vería «un roble destrozado, partido por el rayo, con la divisa: *Rompo y no doblego*». Sainte-Beuve dice de él: «No era suficientemente fuerte para soportar ese género de persecución, el más penoso de todos, que Pascal llama la persecución del silencio».

En verdad, Sainte-Beuve admiraba a Lamennais, pero con su acostumbrada severidad, medía el orgullo de ese «espíritu papa» que sólo necesitaba por auditores a jóvenes entusiastas como Liszt, y que llamaba «gentes que en nada creen» a quienes no creían en él. Anotaba su incontinencia de pensamiento y su credulidad, análogas a las de La Fayette. Pequeño, delgado, enclenque, «con una cabeza enorme y desproporcionada, de modales torpes y cohibidos, de una fealdad inmensa, con una mirada en que la miopía ponía engañosas dulzuras»[21], Lamennais despreciaba a las mujeres y decía que no había ninguna que pudiera seguir un razonamiento por más de un cuarto de hora. Sin embargo, encantó a George Sand. Él le traía la mezcla de fe religiosa y de fe social que ella necesitaba para adaptarse a sus nuevos amigos socialistas. Entonó himnos en loor de Lamennais: «Jamás existió sobre la tierra un corazón más tierno, una solicitud más paternal, una más angélica paciencia…». Gran signo de generosidad es admirar generosamente.

Liszt fue a La Chesnaie, Bretaña, a hacer una larga visita al abate, y describió a George la levita raída, las gruesas medias azules de campesino y el estropeado sombrero de paja de su huésped. Le contaba también los progresos de sus amores con la condesa d'Agoult. Liszt deseaba que Marie abandonase al conde, como lo había hecho Aurore, y viviese con su amante a la faz del mundo. En junio de 1835 triunfó. «Es una última y dura prueba —

dice la condesa—, pero mi amor es una fe y tengo sed de martirio». Se hallaba encinta, por obra de Liszt, y esperaba el niño para diciembre. George no podía dejar de conmoverse al ver a una mujer semejante portarse como las heroínas de sus novelas.

> *George Sand a Marie d'Agoult*: Mi hermosa condesa de los bellos cabellos rubios. No la conozco personalmente, pero he oído a Franz hablar de usted y la he visto. Creo que, después de esto, puedo decirle sin locura que la quiero; que me parece la única cosa bella, estimable y verdaderamente noble que haya visto yo brillar en la esfera patricia. Es preciso, en efecto, que sea usted muy grande para que haya olvidado yo que es condesa. Pero, ahora, es usted para mí el verdadero tipo de la princesa fantástica, artista, amante y noble de maneras, de lenguaje y de atuendo, como las hijas de los reyes en los tiempos poéticos. La veo a usted así, y deseo quererla como es y por lo que es… Alimento la esperanza de ir a verla como uno de los más risueños proyectos que haya acariciado en mi vida. Imagino que nos querremos realmente, cuando nos hayamos tratado más. Usted vale mil veces más que yo…[22].

Una carta llena de grada, y, sin embargo, las dos mujeres no estaban hechas para entenderse. La señora d'Agoult, como la señora Dudevant, se había liberado de una familia y de un mundo. Pero George amaba auténticamente la independencia; Marie echaba de menos su rango. Sand, prima de reyes, se jactaba de su abuelo, el pajarero; Marie recordaba a quienes lo olvidaban que había nacido Flavigny. A Sand le gustaba recorrer los campos en blusa azul y pantalón de hombre; la señora d'Agoult, según decía Liszt, sólo se sentía a sus anchas con trajes de mil francos. George iba de hombre en hombre y de esperanza en esperanza; habiendo cedido una vez a la pasión, Marie pretendía legitimar el adulterio con la fidelidad. «No la envidio a usted —le escribía Sand—, pero la admiro y la estimo, pues sé que el amor durable es un diamante que necesita un cofre de oro puro, y el alma de usted es ese precioso tabernáculo»[23].

Liszt llevó a su condesa al «granero» del *quai* Malaquais. Marie tenía un rostro largo, delgado, velado por bucles a la inglesa. De perfil «parecía que la hubiesen pillado entre dos puertas»[24]. No sin una imperceptible ironía, George elogió a la «Péri de traje azul» que se dignara descender de su paraíso hasta una mortal. Ya sólo la llama la *Princesa* o *Arabella*. El primer contacto no había sido muy favorable.

George Sand a Marie d'Agoult: La primera vez que la vi a usted, la encontré bonita, pero me pareció fría; la segunda vez, le dije que detestaba la nobleza. Ignoraba que usted pertenecía a ella. En vez de darme un cachete, como lo merecía, me habló usted de su alma, como si me conociese desde hacía diez años. Esto estuvo bien, y en seguida sentí el deseo de quererla; pero no la quiero todavía. No es porque no la conozca suficientemente. La conozco tanto como la conoceré dentro de veinte años. Es porque usted no me conoce a mí suficientemente. No sabiendo si podrá usted quererme tal como soy, en realidad, no quiero quererla a usted todavía… Imagínese, querida amiga, que mi mayor suplicio es la timidez. ¿Verdad que no lo sospechaba usted? Todo el mundo cree que tengo un espíritu y un carácter muy audaces. Se equivocan. Tengo indiferente el espíritu y caprichoso el carácter… No hay que esperar que usted me cure en seguida de ciertos momentos de rigidez que sólo se expresan con reticencias[25].

Y agregaba: «Es menester que se las arregle usted muy pronto para que yo la quiera. Será muy fácil. En primer término, quiero a Franz. Él me ha dicho que debo quererla a usted. Y me ha respondido por usted como por sí mismo». El tono no era nada caluroso, pero las dos gatas escondían las zarpas, y cuando Liszt y la señora d'Agoult se fueron para Suiza, adonde, desafiando al *faubourg* Saint-Germain, habían trasladado su amor, la correspondencia continuó. Con un placer oscuro, George adivinaba a través de las cartas en que Liszt proclamaba, un poco excesivamente, su perfecta felicidad, que Franz se aburría en Ginebra. «Si viene usted —le escribía— me encontrará considerablemente atontado». Mentira; nunca había estado más inspirado, pero los artistas tienen tanta coquetería como las mujeres. Los amantes de Ginebra releían a *Lélia*, deduciendo picantes conclusiones sobre el temperamento del autor, adoraban a su hijita Blandine, nacida el 18 de diciembre de 1835, y sufrían con la reprobación que una sociedad puritana hace pesar sobre las uniones irregulares. En cada una de sus cartas, ambos incitaban a George a ir a Suiza. Pero antes tenía que arreglar sus asuntos en el Berry.

III. El proceso de separación

El acuerdo que Aurore Dudevant firmara en febrero de 1833 con su esposo debía ejecutarse en noviembre, pero Casimir se mostraba indeciso e irritable. Las nuevas amistades políticas de su mujer le disgustaban. Las querellas conyugales se hacían más frecuentes. Aurore deseaba quitar la administración de sus bienes a Casimir, que, según decía ella, la arruinaba. Y consentía en mantenerlo incluso después de la separación. «Como comprenderás —escribía ella a Hippolyte—, no voy a dejar que mi marido, por poco gentil que sea, se muera de hambre…; él, en cambio, me dejaría ir a la Morgue antes de darme veinte francos»[26].

El 19 de octubre de 1833 se desarrolló una escena, poco grave en sí misma, pero que produjo la ruptura. En el salón, después de la comida y mientras la familia y los amigos tomaban el café, Maurice pidió un poco más de crema. «No hay más —respondió su padre—. Sal de aquí, vete a la cocina». El niño se refugió junto a su madre. Siguió una discusión en la que Aurore se mostró tranquila y Casimir arrebatado. Ordenó también a su mujer que saliera del salón; ella respondió que estaba en su casa. «Eso es lo que vamos a ver —dijo él—; ¡sal o te abofeteo!». Los amigos presentes: Dutheil, Papet, Fleury, Rozane y Alphonse Bourgoing se interpusieron. Loco de ira, Casimir se dirigió al sitio en que guardaba sus armas, gritando: «¡Esto tiene que acabar!». Dutheil lo vio agarrar un fusil, se lo quitó de las manos y le hizo serios reproches. «Cuando estoy irritado —dijo Casimir— salgo de mí y también a ti te habría dado un par de bofetadas». Tal fue la querella descrita por los testigos. Debemos tener en cuenta que todos eran amigos más de la mujer que del marido, que Dutheil había estado enamorado de ella y que la opinión pública, en Derry, dudó de su imparcialidad. Acaso la escena fue más desagradable que peligrosa. La propia George Sand la relató en forma cómica y estilo rústico a su amigo Adolphe Duplomb:

> Querido Hidrógeno: Estás mal informado de lo que pasa en La Châtre. Jamás se peleó Dutheil con el barón de Nohant-Vic. He aquí la verdadera historia. Al barón le vino *como una idea de pegarme*. Dutheil no quiso. Fleury y Papet no quisieron. Entonces el barón se nos vino encima con su fusil queriendo matar a todo el mundo. Pero la gente no quiso que la mataran. Entonces el barón dijo: «¡Basta!», y siguió bebiendo. Fue así como pasó. Nadie se enfadó con él. Pero como yo estaba ya harta, y como me aburre trabajar para vivir y dejar mi *con qué* en manos del diablo, de que me echen todos los años a sombrerazos de la casa, en tanto que las bribonas del pueblo se acuestan en mis camas y traen pulgas a mi casa, dije:

«¡Se acabó esto!», y fui a buscar al gran juez de La Châtre, y le dije: «Esto pasa»[27].

George corrió a Châteauroux para consultar al prudente Francois Rollinat y luego a Bourges, en cuyo castillo purgaba Michel, sin excesivo rigor, una pena de prisión por delito político. Todos los abogados estuvieron de acuerdo; era menester obrar prestamente, sacar partido de aquel incidente providencial, solicitar una separación inmediata y obtener que Casimir no se presentase. Esto era posible, pues el *marito* tenía gran necesidad de subsidios mientras viviera la vieja baronesa. Aceptó, en efecto, partir hacia París, después de renunciar a la alcaldía de Nohant, llevándose a los niños, a quienes pondría, al uno en el liceo, a la otra en pensión. Aurore recomendó a su madre que tratara bien a Casimir si iba a verla. No había para qué excitar su amor propio: «Podría suscitarme algún enredo». Y agregaba:

Nada me impedirá hacer lo que debo y lo que quiero hacer. Soy hija de mi padre y me río de los prejuicios cuando mi corazón me ordena ser justa y valerosa. Si mi padre hubiese escuchado a los necios y a los locos de este mundo, yo no sería la heredera de su nombre; él me dejó un gran ejemplo de independencia y de amor paterno. Que yo he de seguir, aunque se escandalice el universo. Foco me importa el universo; me importan Maurice y Solange[28].

En noviembre se hallaba en Nohant esperando la decisión del tribunal. En el silencio de aquella gran casa escribía una excelente novela de capa y espada: *Mauprat*. No había criados, pues Casimir los había despedido. El jardinero y su mujer atendían la casa. Como la sentencia dependía en parte de su conducta, Aurore representaba «los Sixto Quinto»:

George Sand a Marie d'Agoult: De modo, pues, que a estas horas, a una legua de aquí, cuatro mil bestias me creen de rodillas, vestida de saco y cubierta de cenizas, llorando mis pecados como Magdalena. El despertar será terrible. Al día siguiente de mi victoria, tiraré las muletas y recorreré al galope de mi caballo los cuatro puntos cardinales de la ciudad. Si oye usted decir que me he convertido a la razón, a la moral pública, a las leyes de excepción, a Louis-Philippe, el padre todopoderoso, y a su hijo Poulot-Rosolin y a su Santa Cunara Católica, no se sorprenda de nada. Soy capaz de hacerle una oda al rey, o un soneto al señor Jacqueminot…[29].

En enero de 1836, el «gran juez» de La Châtre oyó a los testigos. Las quejas eran conocidas: escena de la bofetada en Plessis, en 1824; palabras insultantes… Relaciones íntimas, en el domicilio conyugal, entre Casimir y las sirvientas: Pepita, Claire… Orgías nocturnas.

> *Memorial de Aurore Dudevant al Tribunal*: La conducta del señor Dudevant se hizo tan disoluta y escandalosa, tan fuera de lugar en mi presencia sus fanfarronerías libertinas, y el silencio de mis noches se vio tan a menudo interrumpido por el estrépito de sus placeres, que la permanencia en mi casa se me hizo insoportable… En el mes de enero de 1831 declaré al señor Dudevant que deseaba vivir separada de él y hubo un acuerdo amistoso, mediante el cual fui a instalarme en París… Hice un viaje a Italia, durante el cual el señor Dudevant me escribió cartas muy correctas, demostrando sobrada indiferencia por mi alejamiento y muy escasos deseos de que regresara…[30].

Ni una palabra de Sandeau ni de Musset. No obstante ser hermano de la demandante, Hippolyte Châriton se había puesto de parte de su cuñado y lo estimulaba a defenderse, diciéndole que toda la comarca estaba en su favor. Pero Casimir se había comprometido a callarse; no quería perder la renta ofrecida; se dejó condenar en ausencia. El tribunal de La Châtte concedió a Aurore la custodia de los hijos.

Pero cuando reclamó cien mil francos en la liquidación de los bienes gananciales del matrimonio, su marido se enfadó y apeló. Hippolyte lo empujaba: «Cerca de ti hay gentes que podrían hacerte ganar el proceso de un golpe. Basta hacerles soltar la lengua…». El cambio de su marido sorprendió e irritó mucho a George. Había terminado el período de ruptura amistosa. Turo que irse de Nohant, que, hasta el fallo definitivo, pertenecían legalmente a Casimir. Se alojó entonces en casa de Dutheil, en La Châtre. Más que nunca necesitaba hacer las paces con la opinión pública, que, en una dudad pequeña, ejerce una presión muda sobre los jueces. Fue encantadora como sabía serlo: infantil con los niños, castamente coqueta con los hombres, prudente con las mujeres. Se paseaba por los campos, corría tras los insectos y encontraba la manera de ver secretamente a Michel, a dos pasos de Casimir, en el pabellón aislado de Nohant, entre el parque y el camino. Escribía a su hijo tiernas cartas en las que exaltaba la virtud. Y, sobre todo, trabajaba. Ni los procesos, ni los conflictos con Michel, ni su inmensa correspondencia podían apartarla

de sus labores de paciente hormiga. Las dos partes en litigio se agitaban, convocaban a sus testigos. Boucoiran llegaba de Nimes para testimoniar.

George Sand a Boucoiran, 6 de enero de 1836: Seguramente usted no conoce a Claire ni a la Pepita en los brazos del señor Fulano, pero está convencido de esos dos hechos; le fueron probados, hasta donde pueden serlo hechos de esa naturaleza, por la vida cotidiana, por la opinión de toda la casa y de todo el pueblo…[31].

Casimir Dudevant a Caron, 25 de abril de 1836: En mi proceso con Aurore hay una circunstancia que, según me dicen, la pone en grave aprieto: ella cree que yo tengo algunas cartas que ella se divertía en escribir a la señora Dorval y que la comprometen seriamente, según dicen y según yo mismo oí decir en Paris. ¿No podrías, por intermedio de Dumont o cualquiera otra persona, tratar de escamotear algunas de esas cartas?[32].

Despierto de su letargo, Casimir componía un memorándum bastante lamentable, en el que enumeraba sus quejas. Comenzaba así:

Agosto de 1825: Viaje a los Pirineos. Entrevistas y correspondencia con Aurélien de Sèze. *Octubre*: Viaje a Burdeos. Sorpresa de Aurore Dudevant y Aurélien de Sèze.

1827: Correspondencia íntima entre Aurore Dudevant y Stéphane Ajasson de Grandsagne. *Noviembre de 1827*: Viaje a Paris, con Stéphane Ajasson de Grandsagne, ¡so pretexto de salud!

1829: Carta escrita por Aurore Dudevant a Stéphane Ajasson de Grandsagne, pidiéndole veneno, so pretexto de poner fin a su vida. *Abril de 1829*: Viaje de los dos esposos a Burdeos, con el compromiso de pasar allí tres semanas, o a lo sumo un mes. Permanencia de tres meses. Visita, todas las mañanas, de la señora Dudevant a casa del señor de Sèze, so pretexto de ir a los baños…

Noviembre de 1830: Llegada a París de la señora Dudevant; a casa de su hermano, *rue de Seine*, en donde escandalizó con su conducta a toda la casa, según dice la portera. El señor Jules Sandeau.

1831: Regreso a Nohant, en donde pasa algunos días, y vuelta a París con la campesina Marie Moreau, a la que toma como sirvienta. Esta moza es *testigo* de disputas muy vivas con Jules Sandeau, seguidas de golpes.

1832: El señor Gustave Planche…

1833: Partida para Italia con el señor Alfred de Musset. Permanencia de ocho meses… Peleas y reconciliaciones…

La memoria terminaba en 1835:

1835: Antipatía entre los dos esposos. La señora Dudevant afecta modales de mozalbete: fuma, reniega, se viste de hombre, perdiendo toda la gracia del sexo femenino… Autora de *Lélia*…[33].

En mayo de 1836, el proceso pasa de nuevo ante el tribunal de La Châtre, que juzgó severamente las desagradables acusaciones del marido. Por una parte, eran verdaderas; por otra, difamatorias; de todos modos, absurdas, ya que el señor Dudevant «trataba no de sustraerse a la cohabitación conyugal, sino de mantenerla». Como la naturaleza de las acusaciones no dejaba ninguna esperanza de reconciliación entre los dos esposos, el tribunal declaró a la señora Dudevant separada de cuerpo y habitación de su marido, prohibió a éste perseguirla y frecuentarla, y dio a la madre la custodia de los hijos.

Aguijoneado por sus consejeros, Casimir apeló a la corte de Bourges. Allí Michel podía tomar el proceso en sus manos. George Sand fue a instalarse a Bourges, a fin de aproximarse a su amante y abogado. Se alojó en casa de una amiga, Eliza Tourangin, que vivía con su padre, Félix Tourangin, y sus tres hermanos pequeños, en una vasta mansión de la calle de Saint-Ambroise. La víspera de la audiencia, George Sand escribió una oración sobre el enmaderado de su cuarto:

¡Gran Dios!, protege a los que desean el bien, reprime a los que quieren el mal… Destruye el obstinado reino de los escribas y los fariseos, abre un camino al viajero que busca tus santuarios…[34].

De París, de La Châtre, de Burdeos, vinieron todos sus amigos para asistirla. Sólo la señora de Maurice Dupin evitó comprometerse, pues ignoraba todavía quién le pagaría su renta. Michel defendió a su amante sin vergüenza alguna: «El domicilio conyugal ha sido profanado —dijo con su hermosa voz grave, dirigiéndose a la parte adversa—, y ha sido profanado por usted. Usted introdujo en él el libertinaje y la superstición…». Emocionadamente leyó la carta-diario de Aurore a Aurélien, que probaba la pureza de su clienta en la época de aquel primer amor. Describió la situación paradójica de una mujer joven que, habiendo aportado como dote un castillo y

una gran fortuna, tenía que vivir de una pensión mediocre, en tanto que su marido «gozaba en la opulencia y la vida licenciosa» de aquella casa y aquellos bienes. Con horror hizo alusión a las imputaciones calumniosas del señor Dudevant, que llegaba «hasta presentar a su esposa como la más vil de las prostitutas». Exaltó a aquella esposa irreprochable, a quien un marido avaro y libertino forzara a salir del domicilio conyugal. George lo escuchaba, encantadora en su sencillo traje blanco, capota blanca, gorguera de encaje y chal floreado. La elocuencia de Michel conmovió a la asistencia. El tribunal, dividido, remitió la causa; pero al día siguiente intervino un arreglo amistoso. Hippolyte, juzgando mal parado el asunto, había aconsejado a su cuñado ceder respecto a Nohant y Solange:

> *Hippolyte Châtiron a Casimir Dudevant, 28 de junio de 1836*: No te digo que aceptes el primer arreglo de La Châtre, sino que tomes para ti la mansión de Narbonne y a tu hijo, dejando a Aurore Nohant, en donde bien sabes que no puedes quedarte. En cuanto a la educación de Solange, a fe mía, ¡tendrás que resignarte!… Sin ir muy lejos, podría probarte que una farsante ha sido, para con su hija, más severa que una mujer honrada… No te inquietes por los que ahora la guían. ¡Antes de dieciocho meses estarán todos en la puerta! Comenzando por Dutheil, Michel, Duvernet y Fleury. Su carácter será más entero que nunca, pero es probable que teniendo que educar a su hija, torne a tener algunos sentimientos humanos; que ponga cierto amor propio en preservar a Solange del abismo en que ella ha caído…[35].

Casimir desistió de su apelación, y su mujer, para acabar ya con todo aquello, le concedió la custodia de Maurice con el usufructo de la casa de Narbonne. Ahora conservaba a Solange y Nohant, que, de acuerdo con los arrendamientos, producía entonces nueve mil cuatrocientos francos. ¡Cuántas cóleras y qué torrentes de elocuencia para volver al compromiso inicial!

IV. El bello Didier

En el momento en que Michel de Bourges defendía tan brillantemente a George Sand, su elocuencia era más profesional que cordial. Los dos amantes no se entendían ya. Michel no había tardado en herir a George. Era demasiado apremiante en la intimidad y la fatigaba. Aunque ella respondiera apenas a sus

adjuraciones, él sentía que esa conciencia cerrada seguía siendo un santuario inatacable. Se obstinaba en hacerle comprender lo que llamaba «las necesidades políticas», que ella encontraba culpables o pueriles. Estaba espantada de juzgarlo más ambicioso que sincero. No tenía convicción en sus ideas, que una lectura transformaba: Montesquieu hacía de él un moderado, *Obermam* un ermitaño. Esta movilidad, que lindaba con la locura, dejaba insatisfecha a George. Había creído encontrar un maestro y apenas se había dado un tirano. «A veces me parece —le decía ella— que eres el Espíritu del Mal, tan imbuido te veo de fría crueldad y de inicua tiranía para conmigo». ¿Por qué no había roto con él? Porque, cosa extraña, aquel hombre gastado, sin belleza, sin bondad, «déspota infiel y celoso», había logrado, si no colmar, al menos despertar a veces en ella a la mujer que sus amantes jóvenes, Sandeau, Musset, Pagello, creyeran «totalmente Lélia».

> *George Sand a Michel de Bourges, 23 de marzo de 1837*: Cuando el destino nos echó en brazos el uno del otro, no buscábamos el amor, la pasión nos invadió. No hubo combate ni reflexión… Tu deseo se me adelantó y me guió. Soporté tu amor sin comprender todavía la fuerza del mío, pero lo recibí con embriaguez, presintiendo, sin embargo, que sería el primero en morir, pues yo sabía cuán profundos, concentrados, tranquilos y tenaces son mis afectos… Recibí con lágrimas tus primeras caricias… Durante algunos días me amaste bastante como para soñar con la asociación material y absoluta de nuestros destinos. Te comprometiste incluso por una época cuyo término se aproxima… ¡Tranquilízate! Esa promesa fue escrita en mi corazón y mi corazón te pertenece. Es una hoja del libro de la vida que puedes romper… Cuando, pieza a pieza, me fue quitada la armadura y rota toda mi fuerza; cuando todas las cuerdas de mi ser, desnudas, vibraron bajo tu mano, mi afecto se hizo tan fuerte y tan profundo que no puedo imaginar otra meta en la vida que el vivir contigo… **[36]**.

Le escribía cartas ardientes, misteriosas y cifradas, porque había una señora Michel de la que tenía mucho miedo el tribuno. En esas cartas, Michel era *Marcel*; Bourges, *Orléans*; Nohant, *La Chesnay*; Maurice Sand, *Marie*; el 7 de abril —su aniversario—, *Genril*. Eliza Tourangin, la muchacha de Bourges que era su confidente y cómplice y daba hospitalidad a sus amores, era *Speranza*. A veces, para desviar las sospechas, George simulaba escribir a una mujer y hablaba de *Marcel* en tercera persona. Esta correspondencia era siempre sensual, inquieta y, conforme al estilo habitual de George, anhelante.

Los dos amantes se acusaban mutuamente de infidelidades, y ambos tenían razón.

Fácilmente se comprende que Michel estuviese celoso, pues Sand, en cuanto amaba menos, no era mujer que dejase escapar ninguna posibilidad de dicha. Un joven suizo, Charles Didier, de treinta y un años de edad y muy bello, fue, al mismo tiempo que Micbei, uno de sus familiares, tanto en París como en Nohant. Se recordará que Hortense Allart lo había llevado en otro tiempo al *quai* Malaquais. Nacido en Ginebra de una familia hugonote, botánico, alpinista, poeta, Didier participaba a la vez de Rousseau y de Benjamin Constant. Todas las noches, en su diario, hacía «arqueo intelectual». Romántico de corazón, puritano apasionado, se había sentido incómodo entre la burguesía aristocrática de su país; viajó; en Florencia fue amante de Hortense Allart, hacia 1830 llegó a París con cincuenta francos en el bolsillo. Victor Hugo, su dios, lo había recibido, y Didier se incorporó al Cenáculo. Era autor de una novela: *Rome souterraine*, que tuvo un éxito pequeño; pero habiendo leído *Lélia* por entonces, pensó: «Junto a semejante poder de forma y de pasión, me siento débil, un pobre escritor, un pequeño artista»[37].

Cuando aquel bello admirador le fue presentado por Hortense Allart, Sand, cerrada la boca, había medido al recién llegado. Didier hablaba bien —demasiado bien, decía Sainte-Beuve—, sin interrumpirse, con una voz clara, bajos los ojos, con una especie de sonrisa vaga en los labios, bastante gracioso en su desdén y en su íntima confianza en sí mismo. Que Hortense, experta en hombres, hubiese querido a aquel diserto ginebrino era un hecho que merecía atención. Se le pidió que regresase en la intimidad, elogió la modestia de George, pero lo asquearon la suciedad de Planche y la familiaridad de los jóvenes provincianos que acampaban entonces en el *quai* Malaquais.

Didier, austero por educación, era un hombre muy viril que necesitaba mujeres y agradaba a éstas. Sand lo invitó a venir solo. Él aceptó el juego. *Diario de Didier*: «La señora Dudevant, dulce y abandonada, respiraba amor; temo sus relaciones con Planche, hombre que no ha sido hecho para ella…». Sainte-Beuve contó al joven, incrédulo, «las ignominias de la señora Dudevant», y especialmente su aventura con Mérimée. Luego entró Musset en escena y Didier fue olvidado hasta que una buena mañana Sand le pidió prestados den francos que él no tenía «para pagar a su proveedor de leña antes de partir para Italia». El ginebrino juzgó muy extrañas a las francesas. Pero cuando, a fines de 1835, regresó él de España, cada vez más guapo con sus

cabellos prematuramente blancos, Musset había desaparecido. George ofreció a Didier su influencia con Buloz, su dinero, todo lo que él quisiera.

Se renovó la intimidad. El 26 de marzo de 1836 cenó en casa de ella con Emmanuel Arago. «Noche fantástica. No la dejamos hasta las cinco de la mañana. Era ya de día; Arago estaba achispado… Tendido entre los cojines del diván, yo estaba fatigado, y ella, triste y no demasiado dura, me acariciaba los cabellos llamándome su viejo filósofo…». Cuando se separaron de ella, los había enamorado a ambos. A la noche siguiente corrió al *quai* Malaquais con tres botellas de champaña: «George alegre y risueña. No me gusta su aspecto de mal tono, pero se lo perdono. Tiene el vino tierno, también yo. Me besaba, la besaba yo y, al separamos, a las ocho, cambiamos su chal de cachemira por mi bufanda blanca». Los hombres serios no juegan sin riesgo estos juegos sentimentales. Él la deseaba. Pero ella, ¿qué quería? «Fortoul está convencido de que George Sand me desea… Yo no querría enamorarme, pues sería muy desgraciado con caracteres como el tuyo y el mío». No obstante, la encontraba buena muchacha: «Me habla mucho de Michel de Bourges y me cuenta la naturaleza, puramente intelectual, de sus relaciones. Me jura que no ha tenido ningún amante después de su ruptura con Alfred de Musset… Es bella y encantadora».

En 25 de abril de 1836, ella se fue a vivir a casa de él, 3, *rue* du Regard. Él le cedió su habitación. *Diario de Didier*: «Su instalación en mi casa provoca mil habladurías… Nuestra intimidad aumenta… Este ser complicado me es todavía ininteligible por más de un aspecto y temo su impetuosa movilidad. La estudio demasiado y no la comprendo. ¿Es leal? ¿Representa una comedia? ¿Está muerto en ella el corazón? Insolubles problemas…» *2 de mayo de* 1836: «Ella sale por la tarde y sólo nos reunimos a medianoche. Termina la sexta *Lettre d'un Voyageur*, luego se hace tierna y cariñosa. Se acuesta a mis pies, con la cabeza sobre mis rodillas y sus manos en las mías… ¡Oh, sirena!, ¿qué quieres de mí?». También otros se hacían la misma pregunta y si había terminado ya el reinado de Michel. Desde Ginebra, Liszt interrogaba a la propia Sand sobre lo que hubiese de verdad «acerca de esta nueva historia». Ella contestó que no había nada.

> *George Sand a Franz Liszt, 5 de mayo de 1836*: Charles Didier es mi viejo y fiel amigo. A propósito me pregunta usted qué hay de cierto en una nueva historia que corre sobre mí y en la que él desempeñaría un papel. No sé de qué se trata. ¿Qué dicen? Lo que dicen de usted y de mí. Usted sabe cuánta verdad hay en esto; juzgue por ello lo demás. Muchas gentes, en

París y en provincias, dicen que no es la señora d'Agoult la que está en Ginebra con usted, sino yo… Didier se halla en el mismo caso que usted, con respecto a una dama que en ningún caso soy yo. Lo que no me ha impedido pasar ocho días en su casa, en París…[38].

Sí, se había alojado en casa de Didier porque temía, decía ella, que su marido hiciese embargar su mobiliario del *quai* Malaquais; pero otro amigo, David Richard, había vivido entonces bajo el mismo techo y aquellos días habían sido «patriarcales». En cuanto a Musset, ¡hacía tanto tiempo que no pensaba en él!

No sé si él piensa en mí, como no sea cuando desee hacer versos y ganar veinte francos en la *Revue des Deux Mondes*… ¡Y también diré a usted que no pienso en nadie en este sentido! Soy más feliz como estoy que lo fui nunca en mi vida. Ya viene la vejez. La necesidad de las grandes emociones ha sido satisfecha sobre toda medida. Tengo, por naturaleza, el sueño apacible y el carácter alegre. Después de treinta años de una vida asolada por todos los azares, lo que necesito son afectos santos y durables… Todo aquello está muy lejos de mí. Es preciso que el tiempo marche, y hay gracias de estado que permiten que uno se acomode a todo, de la misma manera que se cansa uno de todo. De lo que jamás se cansa uno es de la bondad unida a la inteligencia. Creo que usted ha encontrado un tesoro en Marie; consérvelo siempre. Dios le pedirá cuentas de él en el cielo y, si no lo emplea usted bien, se verá privado por la eternidad del sonido de las arpas celestiales. En cuanto a mí, bien segura estoy de que en otra vida sólo oiré el birimbao del diablo y el bombo del infierno. También yo tuve un tesoro: mi propio corazón, y lo empleé mal…[39].

En mayo regresó a La Châtre, a causa de su proceso. Didier, loco de amor y todavía insatisfecho, se preguntaba más que nunca: «Sirena, ¿qué quieres de mí?». Tan pronto deseaba no verla más y negarse a hacer el papel de confidente, como se sentía devorado de deseos y esperanzas. Como ella apenas le escribía, se espantó y la siguió al Berry.

Diario de Charles Didier: Viaje triste, luchas, perplejidades. Llego a La Châtre. Ella está acostada; la despierto y me arrojo en sus brazos sin hablar. Me estrecha entre sus brazos y la reconciliación se hace en ese largo y mudo abrazo. Solamente a la noche, en Nohant, adonde me lleva, tenemos

una explicación. Paso con ella cinco días que cuentan entre los más dulces de mi vida… Olvido del mundo; soledad rústica. Veladas bajo las umbrías de Nohant. Claros de luna. Siempre solos… Noches pasadas en la terraza, a la luz de las estrellas, con mi brazo en tomo suyo y su cabeza en mi pecho…[40].

Sola entre sus árboles y sus flores, lejos de los demás hombres, George podía ser un amante muy amable. Durante algunos días Didier se sintió colmado, cautivado, embriagado: «Ella es fundamentalmente buena… Michel está muy celoso de mí; habla de ello en todas sus cartas…». De regreso en París, recibió de ella algunas páginas admirables sobre aquellos hermosos días; luego vino el silencio.

En realidad, ella no pensaba en él. Viajaba, pleiteaba, se bañaba toda vestida en el Indre, se tendía luego sobre la hierba de un prado, mojada y vestida, andaba cuatro leguas a pie y luego, a la noche, trabajaba en transformar a *Lélia* para una edición corregida. La confesión de impotencia debía desaparecer; Pulchérie y Sténio se sacrificaban ahora a la prudencia de Tremmor. En cuanto al amor, Lélia renunciaba a él. *George Sand a Marie d'Agoult*: «Ella es de la familia de los esenios, compañera de las palmeras, *gens solitaria* de que habla Plinio. Ese bello pasaje será el epígrafe de mi tercer volumen; es el del otoño de mi vida. ¿Aprueba usted el plan de mi libro? En cuanto al plan de vida, no es usted competente; es demasiado feliz y demasiado joven para ir a las salobres riberas del mar Muerto —siempre Plinio el Joven—, y para entrar en esa familia en la que nadie nace, en la que nadie muere…»[41]. Lo que hace pensar que, después de todo, incluso después de Michel, George seguía siendo Lélia.

Estoy hasta la coronilla —permítame la expresión— de grandes hombres. Quisiera verlos a todos en Plutarco. Allí, no me harían sufrir por el lado humano. Que los esculpan en mármol, que los fundan en bronce, y que no se hable más de ellos. Mientras viven son malignos, acosadores, fantasiosos, despóticos, amargos, recelosos. Confunden en un mismo orgulloso desprecio a los carneros y a las ovejas. Son peores para sus amigos que para sus enemigos, ¡Dios nos guarde de ellos! Siga siendo buena, tonta si quiere. Franz podrá decirle que nunca encuentro a las personas que amo tan tontas como quisiera. ¡Cuántas veces le he reprochado el que tenga demasiado ingenio! Afortunadamente, ese demasiado no es gran cosa y puedo quererle mucho[42].

A gusto de Marie d'Agoult, incluso lo quería un poco excesivamente. «Lo que me dice usted de Franz —le escribía George— me da de veras el deseo enfermizo y furioso de oírlo. Usted sabe que yo me meto debajo del piano cuando él toca. Tengo la fibra demasiado fuerte y jamás encuentro instrumentos suficientemente poderosos…»[43]. Tenía, en efecto, «la fibra demasiado fuerte», y Marie, más etérea, recelaba mucho de ella. No obstante, continuaba insistiendo para que George fuese a visitarlos en Suiza. Repentinamente, en agosto de 1836, cuando los amantes de Ginebra habían partido ya para Chamonix, George anunció su llegada. Había ganado su proceso; llegaba con sus dos hijos, dos viejos amigos y una criada, Ursule Josse, que, no habiendo salido nunca de La Châtre, se creía en la Martinica cuando estaba en Martigny. Sand viajaba, como Byron, con todo su circo. Puede imaginarse el efecto producido en los hotelitos de la montaña por aquel paje vestido de blusa que se arrojaba al cuello de una bella dama de largos bucles rubios; por Liszt, con boina a la Rafael, y por su pequeño discípulo «Puzzi» Cohen, a quien el hotelero llamaba La Muchacha. Pues también Liszt y Marie tenían su circo ambulante y arrastraban tras ellos no solamente a Hermann Cohen, sino a un espiritual ginebrino, el mayor Adolphe Pictet, que escribió un brillante relato de esta excursión a Chamonix con el título de *Conte fantastique*.

Era un cuento fantástico. Liszt y Marie se llamaban los *Fellows*; Marie se convertía en Mirabella, Arabella o la Princesa; Sand y sus hijos se bautizaban los *Piffoëls*, a causa de las largas narices de George y Maurice. En el registro del hotel inscribió ella:

Nombres de los viajeros: Familia Piffoëls.
Domicilio: La naturaleza.
Procedencia: De Dios.
Destino: El cielo.
Lugar de nacimiento: Europa.
Profesión: Vagabundos.
Fecha de sus títulos: Siempre.
Expedidos por: La opinión pública[44].

Libertinaje de ideas. Se habló de filosofía, de música, de los astros, de la creación, de Schelling, de Hegel, de Dios. En el librito del mayor, George aparecía como el genio, la fuerza creadora, a la vez travieso y poeta, en tanto que Liszt era el espíritu de la música, y Arabella el análisis, el pensamiento.

En la portada se veía a Sand con un cigarro en la boca. Todas las ilustraciones mostraban a las dos mujeres en contraste: el pilluelo de blusa y la condesa bien peinada, seria, distante. Hasta George hizo una caricatura de su grupo, a la Musset, con esta inscripción: *El absoluto es idéntico a sí mismo*. Un Liszt de alborotados cabellos preguntaba: «¿Qué quiere decir eso?». El mayor respondía: «Es un poco vago», y Arabella, con la cabeza hundida entre los cojines del diván: «Hace tiempo que me pierdo en eso»[45]. Maurice, dibujante de trece años, hacía también innumerables croquis y caricaturas. El circo ambulante viajó. En Friburgo, en los órganos de la catedral, Franz tocó el *Dies irae* de Mozart: *Quantus tremor est futuras.*…

«De repente —dice Sand en la *Dixième Lettre d'un Voyageur*, que relata admirablemente este viaje—, de repente, en vez de abatirme, esa amenaza de juicio me pareció una promesa y aceleró con desconocida alegría los latidos de mi corazón. Una confianza, una serenidad infinitas que decían que la justicia eterna no me quebrantaría…»[46]. Tenía la conciencia en paz. Desde el punto de vista de *su* moral no era culpable de nada. ¿Didier? Había tenido compasión de su amor propio enfermizo. ¿Cómo negarle, sin herirlo, lo que había concedido a otros? ¿Michel? Habría estado dispuesta a consagrarle su vida, pero él era casado, inconstante e indiferente. Estaba segura de que «el día de la ira sería para ella el día del perdón».

Regresaron a Ginebra. Liszt compuso un *Rondó fantástico* sobre una canción española de Manuel García, el padre de la Malibrán, y lo dedicó: *Al señor George Sand*, quien escribió inmediatamente un «cuento lírico», *Le contrebandier*, paráfrasis del rondó de Liszt. George tuvo que regresar a Francia en octubre; quedaba convenido que Franz y Marie se le reunirían en París y que Fellows y Piffoëls permanecerían todos juntos. Estaban bastante contentos los unos de los otros, pues el genio reconoce al genio. De todos modos, George envidiaba un poco aquel hermoso amor y juzgaba a la Princesa demasiado poco agradecida con Liszt. Marie d'Agoult, bastante amargada, se encontraba en Ginebra «como una carpa en un prado» y se quejaba de la vida insípida: «La desdicha quiere que éste sea el pan cotidiano, lo que me ha hecho modificar el *Rater* para decirle incesantemente al buen Dios: *líbranos de nuestro pan cotidiano*». A Arabella no le había gustado que el *Rondo* fuese dedicado a George ni que Franz elogiase el sentimiento musical de ese paje demasiado femenino que se deslizaba bajo el piano mientras él tocaba. Pero acaso no había dedicado el propio Sand una novela, *Simon* (retrato bastante vago de Michel).

A LA SEÑORA CONDESA D’A…

Misteriosa amiga: sé la patraña de este pobre cuentecillo.
Perdona, patricia, las rudezas del cuentista rústico.
No digas a nadie, señora, que eres su hermana.
Corazón tres veces noble, desciende basta él y hazlo altivo.
Sé perdonada, Condesa.
Estrella oculta, reconócete en estas letanías[47].

Se separaron con tono amistoso: «Buenos días, dulce y encantadora Princesa; buenos días, querido cretino del Valais… Mi hija está soberbia. Yo soy masa y pan, como dice Heinrich Heine…»[48]. Regresó de Suiza con los niños y el joven Gustave de Gévaudan, orador episódico. Después de aguardar vanamente a Michel en Suiza, esperaba alcanzarlo en Lyon:

George Sand a Michel de Bourges: Después de *seis* semanas de espera, de aspiraciones, esperanzas y ahogos, persistiendo tú en no ir a buscarme porque, conforme a tus ideas de bajá, debo ser yo la que vaya hacia ti con la sumisión de una odalisca, espero encontrarte en Lyon y hago viajar a mis hijos hasta allí. Paso cinco mortales días en una hostería de Lyon con mis pequeños —a los que devora el tedio— y con mi compañero de viaje, que es un buen muchacho, amable hasta donde es posible, pero lo menos divertido del mundo. Y ¡tú no vienes! Parto, a falta de tiempo y de dinero, y cuando llego aquí, extenuada y descontenta, sofocada de virtud, te lo confieso, y no sabiendo dónde desahogar esa poesía y ese ardor que Suiza puso en mi sangre, ¡encuentro una carta tuya que a lo sumo se diría escrita por un viejo banquero a una mujerzuela mantenida por él! Que un hombre como tú juzgue y trate *así a* una mujer como yo, es cosa lamentable…[49].

Él la acusaba de nuevas infidelidades. Ella protestaba.

Una vez por todas te he dicho que si hubiese tenido la desgracia de serte infiel, en un día de fatiga, de debilidad física, de enfermiza necesidad, te confesaría mi falta y te dejaría muy dueño de castigarme por ella con un eterno olvido… Semejante rencor sería un castigo muy poco proporcionado para una falta bastante grosera, pero bastante perdonable también, y que, por lo demás, tú has cometido con tu esposa desde que nos pertenecemos el uno al otro. Sea como fuere, yo soportaría sin bobería ni debilidad las consecuencias de mi mala conducta. Sólo tendría remordimientos

proporcionados a la importancia del crimen y no me iría al desierto a hacer penitencia de un pecado que tú —y muchos otros hombres respetables— han cometido no sé cuántos millares de veces…

No te oculto que mi castidad me ha hecho sufrir mucho; he tenido sueños muy enervantes; cien veces se me ha subido la sangre a la cabeza. A pleno sol, en el seno de las bellas montañas, oyendo cantar a los pájaros y respirando los más suaves aromas de los bosques y los valles, a menudo me he sentado a solas, apartada, con el alma llena de amor y las rodillas temblorosas de voluptuosidad. Todavía soy joven. Aunque a los demás hombres diga que tengo la calma de los viejos, mi sangre es ardiente… Todavía hago diez leguas a pie y al arrojarme, por la noche, en el lecho de una hostería, pienso aún que el seno de un hombre adorado es la única almohada en que reposaría a la vez el alma y el cuerpo. No obstante he conservado una serenidad que engañó aun a mis propios amigos, Franz y Marie… Los demás creen que soy Lélia en toda la extensión de la palabra y que, cuando palidezco, es por haber andado excesivamente. Puedes creer que no me hubiera faltado ocasión para aliviarme; en torno mío había muchos hombres, más jóvenes que tú, a los que hubiese bastado una sola mirada… Tenía la impunidad; mil medios de engañarte y de sepultar en la sombra un momento de brutalidad que Catalina II no se hubiese negado. Lo que me preservó de esa mancha, ligera en sí misma, pero imborrable para los que aman, no fue lo que las mujeres llaman su «virtud» —yo no conozco el sentido de esa palabra—, sino el amor que tengo en el corazón y que me hace considerar con un insoportable asco la idea de ser estrechada amorosamente por los brazos de un hombre que no seas tú. Es contigo con quien sueño cuando me despierto empapada en sudor; a ti también a quien llamo cuando la naturaleza sublime canta himnos apasionados y cuando el aire de las montañas penetra en mis poros con mil aguijones de deseo…[50].

No, afirmaba ella, jamás había cedido a las tentaciones, en tanto que él… A su paso por Bourges, los amigos le habían contado que Michel se había enamorado de una mujer «de una obesidad repugnante»:

De una manera indudable, y por la boca sin hiel de un niño, supe que pasabas la vida en casa de esa mujer. ¿Puedo dejar de sufrir y de dudar? No tienes amistad con esa mujer, pues en tal caso me habrías hablado de ella y jamás me dijiste palabra. Por ti mismo sé que haces poco caso de su marido. ¿Qué haces, pues, en casa de ella? Es música, pero canta mal y con una afectación insoportable; lo sé; la he oído… Ese falso talento no puede

ni encantarte ni distraerte. Es mala y me odia… No pierde ocasión de calumniarme y denigrarme. Lo sé; casi la he oído. ¿Cómo puedes soportar la intimidad de un ser que me odia?… ¡Dios mío!, ¡yo no podría oír al mejor de mis amigos, a mi propio hijo, hablar mal de ti sin odiarlo y alejarlo de mí para siempre!

Dime, pues, Michel, lo que haces en casa de ella y por qué pasas allí todas las horas que robas a tus trabajos. ¿Sirve esa mujer para aliviarte los riñones, como lo haría una mujer pública? ¡Ay!, yo soy más joven que tú, tengo más sangre, más músculos, más nervios, una salud de hierro, un exceso de energía con las que no sé qué hacer, y el más joven, el más hermoso de los hombres no lograría hacerme infiel a ti, a pesar de tu olvido, de tu desdén y de tu propia infidelidad. Cuando esa fiebre me inquieta, hago que un médico me extraiga una libra de sangre. El médico me dice que es un crimen, un suicidio; que, por otra parte, eso no me alivia mucho, que es *preciso* que tenga un amante o que mi vida estará amenazada por su propio exceso. Pues bien: en vano lo querría yo; no puedo; no puedo soportar siquiera el pensamiento…

Me es odioso pensar que ese cuerpo tan *bello*, tan adorado, tan impregnado de mis caricias, quebrado tantas veces bajo mis abrazos y reanimado tantas por mis besos; ese cuerpo muchas veces adolorido por nuestros delirios, muchas veces curado y reanimado por mis labios, por mis cabellos, por mi ardiente aliento… ¡Ay! ¿En dónde se extravían mis recuerdos? Una vez reanimé tus sentidos con mi aliento; creí que iba a morir, tanto era el ardor con que había procurado traspasar a tus entrañas doloridas la vida y el amor que colmaban mi pecho. ¡Ah!, qué dulce me hubiese sido morir así, infundiéndote la savia de los robustos años cuyo peso sentía sobre mis hombros. ¡Oh, Dios mío! Y ¿ese cuerpo idolatrado estaría mancillado por el contacto de un vientre infame?… ¿Habría aspirado tu boca el aliento de una boca que dicen prostituida a la adoración de sí misma y al culto de todas las puerilidades sociales? ¡No, eso es imposible![51].

Como Michel le huía, fue a instalarse en casa de *Speranza* y le suplicó concederle un cuarto de hora de conversación:

«No presumo que tengas tanto miedo de mí como de la señora Michel, ni que retrocedas ante una cita en la que apelo a tu honor…»[52]. Michel asistió a la cita y, después de ensayar ese amor fracasado, ella partió hacia París. Didier, obsesionado por los bellos recuerdos de Nohant, esperaba que George viviera en su casa, pero ella había alquilado una habitación en el piso bajo del

Hotel de France, 23, rue Lafitte, en tanto que Franz y Marie ocupaban un apartamiento en el primer piso. El salón lo pagaban a escote, y la señora d'Agoult, réproba ambiciosa, trabajaba lo indecible por hacer de él el lugar de cita de escritores y artistas. Había perdido su puesto en el Olimpo del *faubourg* Saint-Germain; deseaba, como desquite, reinar sobre otro mundo. Se vio, pues, en su casa a Heine, Mickiewicz, Lamennais, Ballanche, Michel, Charles Didier, Eugene Sue. Fue allí donde, por primera vez, oyó Sand a un joven músico polaco, Federico Chopin, único pianista que, por el genio y la belleza, pudiese brillar junto a Liszt; también conoció allí a la señora de Manuel Marliani, esposa del cónsul de España, italiana exaltada, mujer de salón, tumultuosa, tierna y peligrosa por sus habladurías.

El pobre Didier fue invitado al *Hôtel de France*; vio allí a George, cortejada por todos, fría con él, y, en mitad del salón, se echó a llorar. Después de muchas súplicas, lo autorizó a ir a su casa el 25 de noviembre, a medianoche. Pero los amantes desgraciados son siempre torpes; en vez de cosechar la dicha que pasa, se lamentan de un pasado que no puede renacer. *Diario de Didier*: «La noche terminó con una horrenda explicación y espantables confesiones. Lo que ella me dice me hiela en vez de animarme y quedo exánime a su lado… Tiene un fondo de ferocidad, le gusta hacer sufrir, se complace en los males que causa. Falta el corazón; la imaginación lleva el timón, lo guía todo…». Olvidaba que la había juzgado «fundamentalmente buena» cuando lo prefería a Michel.

Cuando George se trasladó nuevamente de París a Nohant, se le ocurrió ir a ver a Marie d'Agoult para hablar con ella de la infiel. Estimaba a esta otra mujer, grave como él, y que, mejor que Sand, sabía hacerse compadecer. «Me gusta más que Liszt —confesaba ingenuamente el buen Didier—; es una noble criatura, y harto desgraciada… Comprendo mal sus relaciones; creo que se representa una comedia y que se está ya en las últimas réplicas…». Todavía esto no era verdad. No obstante, desde Suiza había comenzado «una lucha cruel entre esas dos naturalezas», ardiente y a menudo noble, «pero ambas orgullosas e insaciables»[53]. Didier abrió su corazón a Marie, que, juzgando a Sand con la severidad lúcida de una igual y de una rival, se complació en escuchar las lamentaciones del guapo suizo. Prometió defender su causa en Nohant, adonde iba a pasar unos días.

V. Los profetas

Durante la permanencia de Sand en París, el abate Lamennais había sido uno de los visitantes favoritos del *Hotel de France*. A George le gustaban todavía los modales bruscos del abate, sus arrebatadas obstinaciones, sus burdos y pobres hábitos, sus medias de lana azul. «Aquellos que habiéndolo encontrado perdido en sus ensueños, sólo han visto de él sus verdes ojos, algunas veces extraviados, y su gran nariz acerada como una cuchilla, han tenido miedo de él y han denunciado su aspecto diabólico…»[54]. George amaba su bondad, su candor y su valor, su conversación ingenua y sublime. Nervioso e irascible, el abate no era de trato fácil, pero Sand lo aceptaba con sus caprichos, sus desconfianzas y sus cambios imprevistos. Maternal siempre, se complacía en defender a aquel niño viejo. Cuando Sainte-Beuve censuró, en la *Revue*, las inconsecuencias del abate, ella replicó, a riesgo de enfadar a Buloz y a su crítico. Efectivamente, sus relaciones con Sainte-Beuve se enfriaron considerablemente. Pero obtuvo de Buloz un palco en el Théâtre-Français para el abate, que deseaba ver a Rachel. *Sand a Lamennais*: «El palco es para usted solo… Buloz no hará chismes, yo le respondo. Cordial, devota y respetuosamente suya»[55]. Cuando el abate vino a instalarse en París y anunció su intención de fundar un periódico, ella dijo que estaba dispuesta a trabajar con él.

> *George Sand a Marie d'Agoult*: El necesita una escuela, necesita discípulos. En moral y en política, no los tendrá si no hace enormes concesiones a nuestra época y a nuestras luces. Todavía hay en él, según me informan sus íntimos amigos, mucho más de *sacerdote* de lo que yo creía. En el círculo se esperaba llevarlo más allá de lo que han podido hacerlo. Se resiste. Las gentes se pelean y se abrazan. No se resuelve nada todavía. Mucho quisiera yo que se entendiesen. En ello reside toda la esperanza de la inteligencia virtuosa. Lamennais no puede andar solo… Si, abdicando el papel de profeta y de poeta apocalíptico, se arroja a la acción progresiva, tiene que tener un ejército. El general más grande del mundo no hace nada sin soldados. Pero se necesitan soldados experimentados y creyentes[56].

George se ofreció, reclamando cierta libertad de conciencia, y dio a *Le Monde*, el periódico del abate, artículos gratuitos, a tiempo que *Débats* le hacía muy ventajosas propuestas. Las gentes malignas «trataron de hacer creer en una especie de intimidad entre el abate Féli y George Sand»[57]. Un vecino de Nohant pretendió que se había visto a Lamennais en la terraza «en

bata oriental, fumando un narguile en compañía del autor de *Lélia*»[58]. Era no conocer la austeridad y la inocencia del abate. No, ella se enrolaba bajo sus órdenes porque, como ella, él era cristiano y demócrata, y también porque él estaba perseguido. «Es tan bueno y lo quiero tanto, que le daría cuanto me pidiese de mi sangre y de mi tinta…». Esto era generoso, pero los amigos de Lamennais se afligieron por este himeneo literario. «La alianza entre el señor de Lamennais y George Sand da mucho que hablar —escribe la señora de Giratdin en *La Presse* del 8 de marzo de 1837—. Cada uno de sus amigos es para ella un tema; cada nueva relación, una novela nueva. La historia de sus afectos está toda entera en el catálogo de sus obras…»[59].

En realidad, el abate mismo, cuya virtud esencial no era la indulgencia, no tardó en encontrar molesta aquella amistad. Le costaba trabajo aceptar en la vida de Sand una mezcla de comodidad y de caridad. A sus ojos, la castellana de Nohant se le antojaba lo que León Tolstói fue más tarde a los ojos de sus adversarios: un aristócrata condescendiente.

> *El abate de Lamennais al barón de Vitrolles, 21 de diciembre de 1841*: La castellana de Nohant sólo viste camisas de seda de la India; y usará cachemiras predicando la comunidad, para inmensa edificación de quienes mueren de hambre y a quienes ella, con su ejemplo, enseña cuál sería la manera de vivir. Tiene una habitación tapizada de terciopelo; advertencia para los imbéciles que ni siquiera tienen vidrios en sus ventanas…[60].

Juicios injustos; pues la pobreza, como el valor físico, es inimitable.

> *George Sand a Eliza Tourangin, 13 de marzo de 1837*: Muy a menudo veo al abate de Lamennais. Tengo una pasión por él y esto da lugar a habladurías, lo que le parecerá a usted bastante curioso si piensa en la edad y la presencia del individuo. Dicen, incluso, que voy a instalarme en París para administrarle su casa. ¡Magnífica idea! Sería un hogar admirablemente tenido… Dígame si hizo usted que entregaran a Michel mis dos cartas, y si ha recibido noticias de él, dáñelas. Es muy perezoso y estoy inquieta…[61].

«El abate de Lamennais no ha sido hábil con George —dice la señora d'Agoult—; no adivinó que ella venía a él dispuesta a darse completamente, a dedicarse ciegamente a sus opiniones, a hacerse en cierto modo el obrero de su pensamiento…». No sintió que ella le aportaba una gran fuerza y sólo respondió con mal humor a los impulsos de su corazón. Cuando ella le envió

para *Le Monde* sus *Lettres à Morete*, su misticismo romántico disgustó al viejo sacerdote refractario. Sin embargo, George había sido prudente. En las *Lettres* se dirigía como amigo masculino a una muchacha triste, pesarosa, que se lamenta de su soledad y de una pobreza que hace difícil para ella el matrimonio: «No te quejes demasiado, Marcie, no seas ingrata. Eres bella, instruida, pura. He ahí grandes superioridades, verdaderos elementos de felicidad, y esos ricos desventurados, que se ven reducidos a comprar sus esposas, deben inspirarte una piedad profunda…»[62]. Para apoyar su tesis, relataba a Marcie dos historias: la de una muchacha fea y rica que creyó, al casarse, que podría retener a su esposo con sus virtudes y murió desesperada en mitad de un fasto execrado y luego la de las tres sobrinas de un cura lombardo que se querían tanto unas a otras, que tomaron la decisión de no casarse a fin de no romper esta armonía familiar y encontraron la felicidad en el celibato: «La verdad es el amor de la perfección, y la perfección es la eterna tentativa del espíritu de dominar a la materia»[63].

Las *Lettres à Marcie*, correspondencia novelada, son, en forma abreviada, una paráfrasis de las numerosas cartas a Eliza Tourangin (*Speranza*), muchacha sin dote, que escribía entonces George Sand. Félix Tourangin, padre de familia numerosa —del tipo Micawber—, se había arruinado; los acreedores amenazaban con hacer embargar su castillo de La Frée. Desde su mayoría de edad, Eliza temía más que nada quedarse soltera, y Sand, para reconfortarla, enseñaba a aquella «Marcie» viva el desprecio de las riquezas y del matrimonio por interés.

> *George Sand a Eliza Tourangin*: Pobre hermana mía: si no se impide la expropiación que la amenaza, si el socorro con que sueño no llega a tiempo, nada irreparable habrá sucedido. ¿Por qué habría de ser un mal tan espantoso la pérdida de su fortuna?… Si, como lo espero, llegamos a una época de renovación, esa especie de falsa vergüenza y de reales privaciones que sufren los ricos arruinados no tendrán ya sentido ni efecto… No todo está perdido. No quedará usted en la miseria… No tendrá usted ya tierras ni castillo, pero tendrá una familia propia, y la paz… Y además, hermana querida, si se queda usted soltera y pobre, no tendrá que ir a ganarse su pan bajo un techo extranjero, sino que vendrá a compartir el mío, y haremos mermeladas para comer juntas…[64].

La *Sixième Lettre à Marcie* era una defensa de la igualdad de los sexos en el amor. Igualdad, no similitud, y menos todavía identidad. El hombre, por

egoísmo, trata de ahogar la inteligencia de la mujer a fin de reinar sobre ella. En estas páginas se encuentra «el eco de escenas brutales con Michel de Bourges»[65]. Lamennais se sintió chocado; no habiendo tenido juventud mundana ni comercio con las mujeres, temía más que nada al demonio de la lujuria. El tema que sugería Sand para la carta siguiente: *Papel de la pasión en la vida de la mujer*, asustó más aún al abate. Y suspendió la publicación.

> *Marie d'Agoult a Franz Liszt*: Ella le escribió una carta perfectamente correcta, muy afectuosa y muy razonable, para decirle que no podía continuar trabajando al azar, que deseaba hablar del divorcio y de muchos otros puntos, y que querría saber de antemano qué libertad le dejaba el abate para ello. A esto respondió con una carta bastante fría. No quiere el divorcio, y le pide esas flores que caen de su mano, o, dicho en otras palabras, cuentos y Piffoëladas. Además, no ha publicado su *Carta Cuarta*. Está descontenta…[66].

En la carta de George, Arabella había encontrado con satisfacción una «página muy bella sobre los amores de excepción, los nobles, santos e imperecederos amores, a cuya inspiración creo que no somos ajenos nosotros». El lector juzga un texto, como el jurado al acusado, en función de sus propias pasiones. Acaso Lamennais se hubiese entendido mejor con George si ésta no hubiese estado rodeada por mujeres que disgustaban al abate: Marie d'Agoult y la consulesa de España, Carlotta Marliani. Detestaba, sobre todo, a un hombre que desde hacía algún tiempo gozaba de gran predicamento en la vida espiritual de aquel grupo femenino: Pierre Leroux. «No es que comprendan siquiera una palabra de sus doctrinas que tanto las encantan —decía el rudo Lamennais—. Sino que surge de ellas ese olor de lupanar que les gusta respirar…»[67].

Sainte-Beuve tenía toda la responsabilidad de la entrada de Leroux en la vida de Sand. Cuando ésta le confesó cuán confusas seguían siendo sus ideas filosóficas y sociales, Sainte-Beuve, bastante vago también en estas materias, le recomendó los libros de Pierre Leroux. Se queda uno atónito. ¿Cómo podía admirar Sainte-Beuve aquel fárrago? ¿Cómo se atrevía Sand a escribir: «Podría enfadarme nunca con un ser al que considero como un nuevo Platón, como un nuevo Cristo?» y, mucho más tarde, a una joven que le pedía una filosofía: «Hija mía, lee las obras de Pierre Leroux; en ellas encontrarás la paz y la solución de todas tus dudas; Pierre Leroux fue mi salvador»[68]. ¿Quién era, pues, este Leroux?

Pierre Leroux era hijo de un botillero de la plaza de los Vosgos. Había hecho brillantes estudios e intentado entrar en la Escuela politécnica; pero, por necesidad inmediata de ganarse la vida, fue primero empleado de un cambista y luego, por elección, obrero tipógrafo. Para facilitar el trabajo del tipógrafo había inventado entonces un *piano-tipo* que no resultó, aunque fuese el embrión de la linotipia. Con su amigo Jean Reynaud entró al *Globe*. Este periódico sansimoniano editó la *Encyclopédie nouvelle* de Leroux y Reynaud, que, como la del siglo XVIII, era un manual al servicio de una idea.

Esta idea o, mejor, esta filosofía de Leroux no ofrecía nada nuevo. Había tomado de Bonnet y Ballanche la idea de la palingenesia, es decir, de la metempsicosis de la humanidad entera. La humanidad sólo muere para renacer (lo que es evidente), y cada renacimiento trae un progreso (lo que no es tan evidente). De este modo, el hombre se eleva sin cesar y el designio de la Providencia es lógico. El individuo sólo puede vivir en sociedad; esta sociedad es perfectible; por nuestra unión con ella, somos perfectibles e inmortales. La familia y la propiedad han sido necesarias, pero en cuanto obstaculizan al hombre en sus movimientos hacia la perfección se hacen nocivas. El hombre no es un alma ni un animal. El hombre es un animal transformado por la razón y unido a la humanidad. Dios está en todas partes, en el mundo material tanto como en el mundo espiritual. No se debe, pues, combatir la vida carnal, sino elevarla y santificarla.

Sin religión, la sociedad sólo sería un arenal de individuos. El cristianismo sabrá ser la religión que el mundo necesita o nacerá una nueva religión. En particular, sólo la religión puede capacitar a las mujeres para cumplir su misión, que es de sacrificio. A falta de religión, necesitan una filosofía. Leroux creía traer la filosofía que necesitaba su siglo. En realidad, lo mejor que había en su doctrina era tomado del cristianismo. «La cantidad de ideas que el cristianismo le robó a Leroux es increíble»**[69]**. No obstante, Pierre Leroux no admitía, como los cristianos, la inmortalidad del individuo. «Nuestro cuerpo —decía él— es nuestra memoria. Cuando ese cuerpo perece no podemos esperar la inmortalidad con nuestro bagaje de recuerdos. El río Leteo es un símbolo sabio. Pero participaremos de una inmortalidad colectiva».

Leroux estaba de acuerdo con Sand en juzgar inadmisible la desigualdad de los sexos en el amor. Antes de la formación de la pareja, la mujer es un ser humano, una persona moral. ¿Por qué habría de abolir el matrimonio su dignidad? Si la persona humana no es respetada en el amor, éste se convierte en licencia y prostitución. Ninguna mujer seguirá reclamando la libertad en el

amor si obtiene la igualdad en la pareja. «La emancipación de las mujeres se realizará efectivamente mediante la perfección del matrimonio». Texto muy dulce a los oídos de Sand.

Todo esto estaba tan lejos de ser absurdo como de ser genial. Los contemporáneos cometen a menudo sorprendentes errores. El muy inteligente Sainte-Beuve, que se hacía ilusiones sobre Leroux, escribía que el Señor suscita a veces

> *Quelques rares mortels, grands, plus grands que les rois,*
> *Avec un sceau brillant sur leur têtes sublimes…*
> *Ces mortels ont des nuits brillantes et sans voiles;*
> *Ils comprennent les flots, entendent les étoiles,*
> *Savent les noms des fleurs et, pour eux, l'univers*
> *N'est qu'une seule idée en symboles divers*[70].

También Sand creyó ver en ese «raro mortal», en esa «sola idea», la solución de todas las dificultades que le inspiraban tantas angustias. Pensó que Leroux poseía la Palabra Clave. Volvía a encontrar en él el eco de las grandes herejías que la sedujeron siempre, la de los husitas, la de los taboristas, la rehabilitación de la carne y, también, la rehabilitación de Satanás, libertador de la humanidad largo tiempo «calumniado y envilecido por la doctrina del pecado original». Apasionadamente deseó conocer a Leroux. En 1836 le escribió pidiéndole que fuese a comer con ella para exponerle, «en dos o tres horas de conversación, el catecismo republicano».

Vio llegar a un hombre apenas mayor que ella, todo manchado, «enorme cabeza abollada, rostro irregular, ojos hundidos bajo gruesas y peludas arcadas ciliares»[71]. Quedó fascinada: era *el* Filósofo; era Sócrates; era Leibniz. Lo escuchó con éxtasis. Más fervorosa que crítica, no veía «la insuficiencia de sus estudios y la falsedad de su espíritu». A partir de aquel día, a todos los amigos de París y de La Châtre les preguntaba: «¿Ha leído a Leroux? Tengo la convicción de que un día se leerá a Leroux como se lee hoy el *Contrato Social*». Se sentó a los pies del maestro; elogió la pureza de aquella alma infantil, su ignorancia de la vida práctica, aunque este candor se tradujese en incesantes demandas de dinero. Acosó a Buloz para que la *Revue* pidiese artículos a Pierre Leroux: «No, no, Dios no es un tema de actualidad». Leroux se indignó justamente.

Sand paseó a su filósofo por algunos salones literarios. «Debe usted saber —escribía Béranger a un amigo— que nuestro metafísico se ha hecho una

corte de mujeres, a la cabeza de la cual se hallan las señoras Sand y Marliani, y que es ahora en los salones dorados en donde exhibe sus principios religiosos y sus botas enlodadas. Toda esta corte se le ha subido a la cabeza, y me parece que su filosofía se resiente mucho de ello…». En suma, Leroux fue el Godwin de aquel Shelley femenino. «Ella lo ha forzado —dice también Béranger— a poner una pequeña religión para tener el placer de empollarla».

¡Ay!, Leroux no solamente había «puesto» una filosofía. Era viudo con numerosos hijos y era menester que viviera. George Sand se encargaría de ello con una generosidad incomparable. Artículos gratuitos para Lamennais, subsidios para Leroux, gritos de pasión para Michel. Sus profetas le costaban caro.

VI. Un verano en el campo

A comienzos de enero de 1837 regresó a Nohant con sus dos hijos. Tenía que ocuparse de la propiedad, de la que finalmente era soberana absoluta; necesitaba tranquilidad para concluir *Mauprat*, y quería acercarse a Michel, al que deseaba reconquistar porque se le escapaba. Habían convenido que Liszt y Marie d'Agoult se le reunirían en Berry, pero sólo llegó Arabella a fines de enero. Las dos mujeres se hicieron más íntimas. Hacían largos paseos a caballo. George, de blusa y pantalón, muy viril, guiaba el caballo de la rubia «Princesa» cuando la pendiente era demasiado empinada o el vado demasiado profundo. Arabella lo observaba todo sin excesiva benevolencia. Encontraba a Solange bella, admirablemente proporcionada, pero de «carácter apasionado, indomable»:

> Cuando el viento juega con sus largos cabellos rubios y los rayos del sol iluminan ese rostro radiante, me parece ver a una joven hamadríada escapada de los bosques… Alma tan fuerte como su cuerpo… Solange está destinada a lo absoluto, en el bien o en el mal. Su vida estará llena de luchas, de combates. No se plegará a las reglas corrientes; habrá grandeza en sus faltas y sublimidad en sus virtudes. Maurice me parece formar una antítesis viva con su hermana. Será el hombre del buen sentido, de la regla, de las virtudes cómodas… Le gustarán los placeres tranquilos y la vida de propietario, a menos que un talento trascendente no lo arroje a la vida artística…[72].

Un nuevo preceptor, Eugène Pelletan, se ocupaba de Maurice. Protestante, hijo de un notario de Royan, era largo como un día sin pan, tan republicano como Michel, pero demasiado grave para el tono de Nohant. En cuanto a George, la Princesa la veía consumida por un amor absurdo y sin esperanza. En vano se aferraba a Michel para encender de nuevo en él un deseo extinto. El tribuno, egoísta y fatigado, deseaba deshacerse de una querida agotadora. George se lamentaba:

> *Sand a Michel, 21 de enero de 1837*: Que no te preocupe mi tristeza. Es profunda, incurable; pero tengo fuerza para soportarla y no la tienes tú para curarla. No te hablaré más de eso; apenas si lo comprenderías, pues el mundo ha abierto entre nosotros un abismo. Los intereses terrenales han hecho de ti un ser determinado; el asco y el horror de esas cosas han hecho de mí un ser diferente. Y ¡sin embargo, hay un mundo invisible, desconocido, en el que los dos vivimos formando un solo ser!… Yo no te he amado a causa del amor que tuviste por mí. ¡Otros me amaron más, sin hacerme siquiera levantar los ojos! Ni a causa de las bellas cosas que sabes decir a las mujeres. He encontrado a otros hombres elocuentes, ¡que ni siquiera distrajeron mis oídos! Ni porque contara yo con la felicidad, o con la gloria, o siquiera con el afecto. Desprecio los falsos bienes y, al darme a ti, sabía que el torrente del mundo nos separaría siempre. Sabía que los ambiciosos sólo aman una hora al día… Te he amado porque me gustas, porque ningún otro puede gustarme… Tienes vicios que yo no tengo, pues jamás has gobernado tus pasiones. Te sé todo entero, pues somos *uno* y tú eres la mitad de mi ser…[73].

Él ya no respondía a estas largas, a estas interminables cartas. ¿Las leía siquiera? *28 de enero de 1837*: «¿Por qué no escribes? ¿Qué nuevo acceso es éste? ¿Estás enfermo? ¡Dios mío! ¿Estás enfadado otra vez conmigo? ¿Amas a otra? ¡Ay!, lo creo, y esta convicción no me ha dejado desde que volví a verte. ¡Tu rostro no era el de otro tiempo y, en mitad de los renuevos de ternura, disimulabas mal tu tedio y tu impaciencia para dejarme!… Haz lo que quieras; sabré guardar la dignidad que conviene; hasta sabré guardar silencio si mi afecto te importuna…»[74]. Reconocía haber sido injusta, amarga, caprichosa. ¿Pero era culpa suya si no podía prescindir de él? ¿Tenía la culpa de estar celosa de todas las mujeres y, sobre todo, de «la Persona» (la señora Michel)? «No sé por qué infernal capricho quisiste un día pasearme por la

casa de tu esposa y mostrarme tu lecho nupcial. No comprendo cómo puede el amor resistir a semejantes pruebas. Sin embargo, el mío resistió»[75].

¿Qué le daba él ahora? De vez en cuando ella galopaba de noche hasta La Châtre o Châteauroux para pasar algunas horas en brazos de Michel. Pero el abrazo era «seguido por un alud de hielo sobre mi pobre corazón». Era George quien debía solicitar cada cita: «Pedía un milagro cuando esperaba que nada te detuviera y que encontrases la manera de hurtar *toda una noche* a tus asuntos y a tus deberes conyugales…». No obstante, con una abyecta y sorprendente humildad, decía estar dispuesta a todo. ¿Quería él que alquilase una casa en Bourges? Se encerraría en ella como en una celda y sería suya cuantas veces quisiera él. ¿Temía las fatigas del amor? Ella aceptaría la castidad:

> ¡Ah!, ¡si vivieses junto a mí, cuando la enfermedad paraliza tu alma, al menos dormirías sobre mi seno! Mi amor, siempre despierto, recibiría el tuyo como un depósito para devolvértelo al despertar. Yo no te atormentaría para recordarte que *debes* amarme. Te dejaría olvidarlo, porque tu reposo sería dulce junto a mí y yo sabría rechazar a la nada cuando llegase a reclamar su presa… ¡Mi amor está siempre inclinado sobre ti, como un sauce sobre las aguas que ama, y mi más dulce sueño, cuando me entrego a la esperanza engañosa de vivir cerca de ti, consiste en imaginar los cuidados que daría a tu débil vejez! las delicias del amor no están sólo en las rápidas horas de fiebre que arrebatan el alma a los cielos; están también en la ternura asidua e inocente de la intimidad… Asistirte todos los días; prever tus menores pensamientos; calentarte entre mis brazos al dormirte, a la noche, tranquilo, dulcemente caído en ti mismo; apartar la tempestad de tus sentidos para impedirle que rompa tu ser y, a la edad en que ya no tengamos más savia, ¡hacerte de mi amor una almohada tan dulce, un retiro tan seguro, una noche tan muda, tan tibia y tan serena, que el pensamiento de la tumba que pronto nos reuniría fuese una imagen sin horror y sin asco! He aquí lo que acaricio, para resarcirme de una carrera de fatigas sin utilidad, de preocupaciones sin entusiasmo, que he sufrido tanto tiempo[76]

Arabella observaba estas tempestades y gozaba de largos días plácidos: «Durante toda la tarde —anotaba— George ha estado como amodorrada en un pesado no ser. ¡Pobre gran mujer! La llama sagrada que Dios ha puesto en ella no encuentra ya nada que devorar en el exterior y consume por dentro todo lo que todavía queda de fe, de juventud y de esperanza. Caridad, amor,

voluptuosidad, esas tres aspiraciones del alma, el corazón y los sentidos, demasiado ardientes en esta naturaleza fatalmente privilegiada, han encontrado la duda, la decepción, la saciedad y, rechazadas hasta lo más profundo de su ser, hacen de su vida un martirio… ¡Oh, Dios mío, dad a George la serenidad de Goethe…!»[77].

En suma, conociendo mejor a su ilustre amiga, Marie d'Agoult creía adquirir más justa conciencia de su valor personal. No es que no admirase la vitalidad de su huésped, que podía escribir catorce horas, ensillar luego su caballo y correr a una cita. Reconocía en George un sentido profundo de la poesía natural, una gracia extraña, el don de la amistad. Pero el juicio final era severo. ¿Por qué mientras decía morirse de amor por Michel tenía la casa llena de jóvenes, los de La Châtre y los llegados de París, Scipion du Roure, Gévaudan, enamorados todos de ella? ¿Por qué sus travesuras sin dignidad? ¿Por qué esa exaltación ridícula del amor materno? La fecunda Marie no admiraba «el amor de los *pequeños*, que no es un sentimiento inteligente, sino un instinto ciego en el que la última bestia es superior a la mujer»[78]. De las dos lujas nacidas de su matrimonio, Louise y Claire, había perdido a la una y abandonado luego la otra al conde d'Agoult; había dejado a su hija natural, Blandine, con una nodriza, cerca de Ginebra, y esperaba sin alegría un nuevo hijo de Liszt.

El primer diagnóstico de Arabella había sido el más equitativo. Lo que ahogaba a George era la superabundancia de vida. A menudo se hacía sangrar. «En tu lugar yo querría más a Chopin», decía irónicamente la Princesa, pues no había dejado de observar que el frágil y guapo músico causaba gran impresión a Sand y sabía que a ésta le hubiese agradado atraerlo a Nohant.

En mayo llegó Liszt de París, pálido, ardiente, genial, y George, a su vez, observó a la otra pareja. También allí chocaban dos seres: Franz, joven, indómito; Marie, altiva y soñadora. Sand pensó que aquel amor no sería eterno. No obstante, aquel verano de 1837, pasado bajo los árboles de Nohant, fue una estación admirable, iluminada ora por los rayos del genio, ora ensombrecida por las tempestades de la pasión. Sol ardiente. Tilos resplandecientes, inmóviles. Otro de los rayos sobre la hojarasca. Todas las noches, George escribía el diario íntimo del doctor Piffoël:

> El cuarto de Arabella está en el piso bajo, exactamente debajo del mío. Allí está el hermoso piano de Franz junto a la ventana por la que veo la verde cortina de los tilos, la ventana por la cual salen los sonidos que el

universo querría escuchar y que, aquí, sólo a los ruiseñores causan celos. Artista poderoso, sublime en las cosas grandes, siempre superior en las pequeñas. Triste, no obstante, y roído por una llaga secreta. Hombre feliz, amado por una mujer bella, generosa, inteligente y casta. ¿Qué más quieres, miserable ingrato? ¡Ah!, ¡si yo fuera amada, yo…!

Cuando Franz toca el piano, me alivio. Todas mis penas se poetizan, todos mis sentidos se exaltan. Hace vibrar sobre todo la cuerda generosa. Ataca también la nota colérica, casi al unísono con mi energía, pero no ataca la nota odiosa. A mí, el odio me devora. ¿Odio de qué? Dios mío, ¿no encontraré jamás a nadie que valga la pena de ser odiado? Hazme esa gracia, y ya no te pediré más que me permitas encontrar a quien merezca ser amado…

Me gustan esas frases entrecortadas que arranca al piano y que permanecen con un pie en el aire, danzando en el espacio como taquillos cojos. Las hojas de los tilos se encargan de terminar la melodía, quedamente, con un susurro misterioso, como si se confiasen una a otra el secreto de la naturaleza…**[79]**.

Con mano que hubiese querido firme, pesaba todas esas «miserables futilezas» del hombre: la gloria, el amor… ¡Señor! ¿Qué hacer con su fuerza? ¿Trabajar? El trabajo ya sólo era para ella una faena penosa: «Odio mi profesión». Sólo los cigarros y el café sostenían «su pobre verba a doscientos francos la hoja». Luego, repentinamente, el mundo se iluminaba porque Michel, finalmente, concedía una cita. El siete de abril, aniversario de su encuentro, había escrito con un poco más de ternura, y la felicidad a que ya no estaba acostumbrada la había abrumado: «Dime si es verdad, ¿si me amas, si vendrás, si te veré de nuevo al levantarse la luna sobre nuestras umbrosas avenidas, si te abrazaré contra mi corazón bajo nuestras acacias…? ¡7 de abril! ¿Me traerás la felicidad?»**[80]**. En mayo fue a caballo en su busca y fue feliz por una noche.

7 de mayo de 1837: Querido ángel de mi vida; soy feliz si me quieres. Esta noche no puedo decirte otra cosa. Me caigo de fatiga. He hecho siete leguas a caballo en dos horas. Encontré bien a los niños. Liszt y la señora d'Agoult llegaron. Estoy deshecha, no tanto por el viaje precipitado. Pero ¡qué dulce fatiga! Y qué apacible sueño pesa sobre mis párpados. Adiós. Sé mío eternamente, como soy tuya yo. Repasa algunas veces en tu recuerdo nuestras horas de embriaguez y delicia… Escríbeme. Ahora te toca a ti venir. Te espero sobre los tibios prados sembrados de violetas. Hasta

entonces viviré del recuerdo de los días que acaban de pasar, rápidos y deliciosos. Dime que no te han traído inquietud en tus costumbres, desorden en tu trabajo, enfermedad en tu seno… Ámame y dímelo, por favor, hasta tu llegada. Sólo de eso viviré…[81].

¡Oh, poder del hombre que se niega! Una vez más hay que evocar aquí al extraño bienamado hacia el que una hermosa mujer joven galopaba toda una noche: prematuramente envejecido, ceñida la frente con un pañuelo, el doble cráneo calvo y abollado. Y, sin embargo, ¡cuánto amor! George sucumbía de fatiga.

8 de mayo de 1837: Mis pesados párpados apenas pueden soportar el brillo del sol levante. Tengo frío a la hora en que todo se enciende; tengo hambre y no puedo comer, pues el apetito es el resultado de la salud y el hambre lo es del agotamiento. Pero si apareces tú, ¡amante mío!, reanimada como la tierra al retorno del sol de mayo, arrojaré mi sudario de hielo y me estremeceré de amor… y te pareceré bella y joven, porque saltaré de alegría a tus brazos de hierro. Ven, ven, y tendré fuerza, salud, juventud, alegría, esperanza… Iré a tu encuentro como la esposa del *Cantar de los Cantares* al de su Bienamado. Amar o morir, para mí no hay término medio[82].

Cuando todos los elementos de una situación y de dos caracteres hacen imposible la felicidad, ¿cómo podría durar ésta? Ella llegaba a Bourges agotada, ardiente y jadeante para verse supeditada por la Persona, la República y los electores. «¡Malditos sean esos brutos! —gritaba ella—. ¡Veremos si encuentras en el amor de la luna el mismo calor que en mi alma y en mis brazos!». Michel respondía quejándose de ser amado.

Michel de Bourges a George Sand: ¡Maldición!… Sostengo en el hogar doméstico una guerra de todos los días y todas las horas por ti y por tu causa. Sea. Es justo. Nada bueno se da aquí abajo al hombre sin luchas ni combates. Si al menos encontrase en tus brazos un asilo contra esas miserias… Pues no; tú exiges, tú quieres que combata contra ti. Enemiga a la derecha, enemiga a la izquierda. Te digo que esta posición es insostenible… Es preciso que yo viva en paz. Toda lucha de mujeres es innoble. No me ha sido dado combatir con los enemigos de mi especie, con los tiranos; que guste al menos un profundo, un absoluto reposo. Iré a

sentarme en una cabaña, en el flanco de una colina… a la vista del Mediterráneo…[83].

Esta vez George se rebeló:

George Sand a Michel de Bourges, 31 de mayo de 1837: Me pones en el mismo plano que la Persona que te hace sufrir… y te ruborizas de sufrir por mi causa, ¡como si una abnegación voluntaria y desinteresada pudiese asimilarse a los debates domésticos!… Me amenazas con irte a vivir a una cabaña. Dios sería bueno conmigo si atendiese a tu deseo. Pronto estaría allí a tu lado. En mí encontrarías al negro dedicado a cuidar tu pobre cuerpo… y comprenderías que el amor de la mujer no es una cosa *innoble*, y que los hombres de barro con los que lamentas no poder medirte, no son ni serán nunca tus pares[84].

En el misterio de su *Journal intime*, el doctor Piffoël se reprendía a sí mismo:

Imaginas, Piffoël, que se puede decir al objeto del amor: «Eres un ser semejante a mí; te he escogido entre todos los de mi especie por creerte el más grande y el mejor. Hoy, ya no sé lo que eres… Me parece que, como los demás hombres, tienes defectos, pues a menudo me haces sufrir y la perfección no está en el hombre. Pero amo tus defectos, amo mis sufrimientos»… ¡No, no, Piffoël! Doctor en psicología, no eres más que un necio. Ese no es el lenguaje que el hombre quiere oír. Desprecia totalmente la abnegación, porque cree que la abnegación le es debida naturalmente, por el solo hecho de haber salido del vientre de su señora madre… El hombre sabe que es necesario para la mujer… La mujer sólo tiene un medio para aliviar su yugo y conservar a su tirano, cuando su tirano le es necesario: adularlo bajamente. Su sumisión, su fidelidad, su abnegación, sus cuidados carecen de valor a los ojos del hombre; según él, sin todo eso no se dignaría encargarse de ella. Es preciso que ella se prosterne y le diga: «Eres grande, sublime, incomparable. ¡Eres más perfecto que Dios! Tu rostro irradia, tu pie destila ambrosía, no tienes vicio alguno y posees todas las virtudes…».

Aprende, pues, la ciencia de la vida, mi querido Piffoël y, cuando te metas a hacer novelas, trata de conocer un poco mejor el corazón humano. No tomes por tu ideal de mujer un alma fuerte, desinteresada, valiente, cándida. El público la silbará y la saludará con el odioso nombre de *Lélia*,

la impotente. ¡Impotente! ¡Sí, voto a bríos, impotente para el servilismo, impotente para la adulación, impotente para la bajeza, impotente para temerte a ti, Bestia estúpida, que no tendrías valor para matar sin leyes que castiguen el asesinato con el asesinato, y que sólo hallas fuerza y venganza en la calumnia y la difamación! Pero cuando encuentras una hembra que sabe prescindir de ti, tu vano poder se trueca en furia, y tu furia es castigada con una sonrisa, con un adiós, con un eterno olvido[85].

Texto esencial, pues muestra a la vez por qué Sand odiaba, si no podía dominarlos, a los hombres que creía amar y por qué no podía retenerlos. Era demasiado lúcida para satisfacer a un tirano cuyo sueño hubiese sido ver a sus pies una mujer adoradora, aceptando como palabra de Evangelio todas sus ideas, dándole todo sin pedir nada; ella era demasiado orgullosa para simular la sumisión. Finalmente, el 7 de junio de 1837, por primera vez, fue ella la que tuvo el valor de deshacer una cita:

George Sand a Micbel de Bourges, y *de junio de 1837*: Estoy enferma. No podría viajar mañana a las horas de calor. Y no tengo fuerzas para partir esta noche. Llegaría deshecha y, supongo, ¡no encontrarías mucho placer en tenerme así en tus brazos, en la hostería!… Dormiré hasta que tengas tiempo *tú* de venir a verme. Adiós[86].

El resentimiento y el orgullo habían barrido la pasión. El gracioso doctor Piffoël saludó melancólicamente este triunfo de la prudencia.

A la madrugada. En mi cuarto, 11 de junio. Muros amigos: recibidme bien. ¡Cuán lleno está de alegría este papel blanco y azul! ¡Cuántos pájaros en el jardín! ¡Qué suave madreselva en los cristales! ¡Piffoël, Piffoël, qué espantable quietud en tu alma! ¿Se habrá apagado la antorcha?

Te saludo, Piffoël, lleno de gracia. La prudencia está contigo. Fuiste elegido entre todos los engañados; el fruto de tu sufrimiento maduró. Santa Fatiga, madre del reposo, desciende sobre nosotros, pobres soñadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea[87].

Exit Michel.

Las noches en Nohant eran sublimes. La familia y los amigos se reunían en la terraza. La dulce luz de la luna envolvía la vieja casa. Cada cual soñaba. Arabella se preguntaba por qué todos los amantes lamentan la primera hora

del afecto naciente y lloran los afectos destruidos. George se recitaba versos de Shakespeare: *No soy de esas almas pacientes que acogen la injusticia con rostro sereno.*… Franz se levantaba y entraba a la casa para sentarse al piano.

Journal de Piffoël, 12 de junio de 1837: Esta noche, mientras Franz tocaba las melodías más fantásticas de Schubert, la Princesa se paseaba por la sombra, en torno de la terraza, vestida con un traje pálido. Un gran velo blanco envolvía su cabeza y casi todo su esbelto talle… La luna se ocultaba tras los grandes tilos y dibujaba en el aire azuloso el espectro negro de los abetos inmóviles. Una calma profunda reinaba entre las plantas; había caído la brisa, muriendo agotada sobre las altas hierbas, a los primeros acordes del instrumento sublime. El ruiseñor luchaba todavía, pero con una voz tímida y desmayada. Se había aproximado entre las tinieblas del follaje y, como excelente músico que era, daba su calderón extático en el tono y en la medida.

Estábamos sentados todos en la escalinata, atento el oído a las frases ora encantadoras, ora lúgubres del *Erlkönig*; amodorrados como toda la naturaleza en una triste beatitud, no podíamos apartar nuestras miradas del círculo magnético trazado ante nosotros por la muda sibila del velo blanco… Al extremo de la terraza, era apenas visible, luego se perdía del todo entre los abetos y reaparecía de repente, en el rayo de luz de la lámpara, como una creación espontánea de la llama. Luego se borraba de nuevo y flotaba, indecisa y azulenca, sobre el claro. Finalmente, fue a sentarse sobre una rama flexible, que no se dobló más que si se hubiese posado en ella un fantasma. Entonces cesó la música, como si un vínculo misterioso uniese la vida de los sonidos a aquella hermosa mujer pálida que parecía presta a remontarse hacia las regiones de la inagotable armonía… **[88]**.

El 8 de junio llegó el actor Bocage, que venía a urgir a George para que escribiera un drama. Era el actor romántico, alto, delgado, de una belleza byroniana. Había estado soberbio en *Antony*, con su levita negra abotonada sobre el chaleco blanco, sus ojos de un azul sombrío, su tez pálida. Tenía ahora treinta y ocho años, pero seguía siendo esbelto, ardiente, y expresaba con pasión opiniones republicanas. La conversación general recayó sobre el teatro, los artistas, los autores; se burlaron de la vanidad de Victor Hugo y de la corrupción de Marie Dorval; George los defendió. Arabella encontró estúpido a Bocage. Y es verdad que tenía poca cultura. En una carta a Vigny, Marie Dorval evoca «su facundia de presuntuoso y de necio», pero agrega:

«Todas las mujeres están locas por él y le siguen en la calle». Marie d'Agoult trató de hablarle de Mickiewicz, y él preguntó: «¿*Miss* qué?». Sobre todo, Arabella veía con disgusto que Bocage hiciera la corte a Sand; ésta, en cambio, no parecía descontenta. El 13 de junio surgió el bello y siniestro Charles Didier. «La castellana habría preferido a *Zopin*», dijo Liszt, pues así, por broma, pronunciaba el nombre de su amigo.

Como lo prometiera, Marie d'Agoult abogó por Didier, pero apenas llegado a Nohant, ya éste lamentaba haber venido. Había cesado de gustar y la acogida fue embarazosa: «Ella emplea su tono desagradable e hiriente… He cometido un gran error viniendo aquí… Ella es de hielo conmigo… Deliberadamente se burla de lo que llama mi majestad… ¡Oh, artista! ¡Corazón mudable y duro!»[89]. No sólo encontró allí a Bocage, sino también a Francois Rollinat y a un joven dramaturgo, amigo de los Fellows, Félicien Mallefille. En la terraza, en tomo de la lámpara, se habló de Dios, de la Dorval y de una curruca apresada por George. Esta preparaba un ponche cuyas llamas azules iluminaban en la noche su traje escarlata. Con simpatía un tanto burlona, Arabella observaba el carácter receloso de Charles Didier:

> A la menor palabra, su frente se cubría de súbito rubor; ocultos tras sus gafas de oro, sus ojos escrutaban atentamente la expresión de nuestros rostros, y a menudo la sonrisa se detenía en sus labios, helada de repente por un pensamiento de desconfianza y duda. Infortunado carácter, ambición hética, ¡corazón de león bajo las espinas del erizo! No obstante; le quiero… [90].

Para desdicha suya, Didier continuaba deseando a George, pero estimaba a Marie. Paseándose bajo los tilos con la translúcida Princesa, dijo su decepción y su dolor. Sand parecía ocuparse exclusivamente de Bocage; esto era demasiado para el pobre Didier. Exasperada y brutal, Marie d'Agoult le dijo que su huésped parecía a punto de entrar en el mundo de la galantería. «Sostiene que ahora George es incapaz de amor y de amistad». No podía dormir y pensaba en matar a Sand. Esto no era más que un sueño, pero, sintiéndose en una peligrosa pendiente, decidió huir. Estuvo a punto de irse de Nohant sin despedirse de la castellana. Esta lo sorprendió cuando cerraba su maleta. «¿Espero que no te irás?», le dijo. —«Sí, ¡ahora mismo! ¡Toma!». Le ofreció su rostro. Él besó sus grandes ojos secos e impenetrables. «La experiencia del mundo y de la vida produce frutos amargos», anotó él en su diario. *Exit*. Didier. Los Fellows partieron el 24 de julio; Sand y Mallefille los

escoltaron a caballo hasta La Châtre. Mallefille, ascendido repentinamente a favorito, se quedaba en Nohant y se hablaba de hacerlo preceptor de Maurice. Los adioses fueron calurosos; los corazones permanecían reticentes. No obstante, la permanencia en Nohant había sido un éxito. Cada cual brilló a su manera. Arabella había adquirido la más confiada certidumbre de su propia superioridad:

> No me ha sido inútil ver, al lado de George el gran poeta, a George niño indómito, a George mujer débil hasta en su audacia, mudable en sus sentimientos, en sus opiniones, ilógica en su vida, influida siempre por el azar de las cosas, guiada rara vez por la razón y la experiencia. He reconocido cuán pueril fue en mí la creencia —y este pensamiento me había abrevado de tristeza a menudo— de que sólo ella habría podido dar a la vida de Franz toda su extensión, que yo había sido un desdichado obstáculo entre dos destinos hechos para confundirse y completarse el uno al otro…[91].

En cuanto a George, había recuperado su equilibrio, momentáneamente roto por Michel, y acababa de terminar, en dos meses, una de sus mejores novelas: *Les Mâitres Mosaïstes*. La había escrito para Maurice y se había complacido en evocar a Venecia y a los mosaístas de San Marcos, mientras Liszt tocaba el piano y los ruiseñores, ebrios de música y de luna, se desgañitaban rabiosamente entre las lilas del contorno. Ella misma se sorprendía de su reconquistada placidez. Desde el día, tan rico en experiencias, en que saliera de Nohant para vivir un gran amor, había visto nacer y morir tres pasiones, y dormía en su lecho «tan tranquilamente como Buloz en el suyo».

VII. Béatrix

Félicien Mallefille, despojo dejado en la playa de Nohant, con George y sus hijos, después del reflujo de aquellas grandes mareas estivales, era un joven criollo, con «una barba de siete pies de largo», nacido en la isla de Francia en 1813 y que, venido a Francia a los nueve años, había hecho estudios brillantes. A los veintiuno se había representado un drama suyo, *Glenarvon*, en el Ambigú, y otro, al año siguiente, en el teatro de la Porte-Saint-Martin. «Delgado, soberbio el perfil, terrible el ojo, usaba erizados

bigotes que le daban el aspecto de un Velázquez que hubiese descendido de su cuadro»[92]. Pobre y solo, buscaba un empleo, un apoyo. En la época del *Hotel de France*, Arabella, que lo protegía, lo había presentado a George Sand. Esta lo encontró «agresivamente feo, vanidoso y tonto». Marie d'Agoult, que, por el contrario, lo juzgaba «leal, bueno y hasta espiritual»[93], lo había defendido. George se enfadó con su amiga, que «tenía el mal gusto de encontrar soportable a un hombre de su calaña», y todavía más cuando Liszt reveló que Mallefille estaba enamorado de Sand. Entonces, «ametralló» al desventurado mozo «con sarcasmos harto descorteses», hasta declarar que le inspiraba «una repugnancia física invencible».

Sin embargo, cuando se enfadó más que a medias con el austero Pelletan y hubo que buscar para Maurice un nuevo preceptor, y cuando la señora d'Agoult sugirió al hermano de Mallefille, Léon —porque no se atrevía a hablar de Félicien—, George eligió repentinamente a este último. Un poco más tarde fue a instalarse con él en Fontainebleau, en el *Hotel Britannique*, mientras Maurice se hallaba en el castillo d'Ars, cerca de La Châtre, en casa de Gustave Papet. Mallefille se había convertido en «una naturaleza sublime» de una abnegación admirable, y decidió hacer en su compañía un peregrinaje a los desfiladeros de Franchard en donde pasara una noche inolvidable con Musset. La permanencia en Fontainebleau fue interrumpida por malas noticias. Sophie-Victoire Dupin cayó gravemente enferma y su hija corrió a París para cuidarla.

> *George Sand a Gustave Papet, 24 de agosto de 1837*: Mi querido viejo: ¡he perdido a mi pobre madre! Tuvo la muerte más dulce y tranquila, sin ninguna agonía, sin darse cuenta alguna de su fin, y creyendo dormirse para despertar un momento después. Sabes que era limpia y coqueta. Sus últimas palabras fueron: «Arréglame los cabellos». ¡Pobre mujercita! Fina, inteligente, artista, generosa. Colérica en las cosas pequeñas y buena en las grandes. Me hizo sufrir mucho y mis peores males provinieron de ella. Pero en estos últimos tiempos lo había reparado todo y tuve la satisfacción de ver que finalmente comprendía mi carácter y que me hacía completa justicia. Tengo la conciencia de haber hecho por ella todo lo que debía… [94].

> *George Sand a Marie d'Agoult, 25 de agosto de 1837*: Le escribí a Ginebra y espero que haya recibido allí carta… Le decía que tenía mucha pena: mi pobre madre estaba muy grave. Pasé varios días en París para asistirla en sus últimos momentos. Durante ese tiempo se me dio una falsa

alarma y envié por posta a Mallefille a Nohant, para buscar a mi hijo, que decían había sido raptado. Mientras iba a Fontainebleau a recibirlo, mi madre expiró dulcemente y sin sufrimiento alguno. A la mañana siguiente la encontré rígida en su lecho y, al besar su cadáver, sentí que lo que dicen de la fuerza de la sangre y de la voz de la naturaleza no es un sueño, como lo había creído a menudo en mis días de disgustos… ¡Mi pobre madre no existe ya! Reposa al sol, bajo bellas flores sobre las cuales revolotean las mariposas sin pensar en la muerte. Tanto me sorprendió la alegría de aquella tumba, en el cementerio Montmartre, con un tiempo magnífico, que me pregunté por qué fluían tan abundantemente mis lágrimas[95].

Así terminaba el drama más grande de su vida y la más desgraciada de sus pasiones.

George creyó que Maurice había sido raptado por Casimir. Un amigo de La Châtre le escribió que su marido estaba en la comarca. No había tal. Papet puso a Maurice en manos de Mallefille y aceptó encargarse de Solange.

Félicien Mallefille a George Sand, 16 de agosto de 1837: Tengo conmigo a Maurice; todo ha sido ejecutado según sus deseos, con escrupulosa exactitud… Perdóneme lo descosido de esta carta; tengo que coordinar tantos hechos menudos que no sé por dónde comenzar ni cómo concluir. Maurice es muy bueno y amable y está encantado de verla a usted de nuevo. Está muy bien de salud. Nadie ha visto en Nohant ni en Ars la sombra siquiera del señor Dudevant… Antes de partir para Fontainebleau, haga pedir a mi hermano sus *Dzyady* y su sombrero de paja; así tendrá con qué amueblar y cubrir su cabeza. ¡Bonito! ¡Rece por mí, *Santo Giorgio*! Tengo mucho sueño. *Veni, vidi, dormi. Vostrissimo*.

Félicien Mallefille[96].

Lo más extraño es que Casimir, que *no* había intentado en agosto raptar a Maurice, tuvo, en septiembre, la extravagante idea de raptar a Solange y llevarla a Guillery. George, presa de una gran cólera, obtuvo un mandamiento, viajó a Nérac por la posta en compañía de Mallefille y un abogado, alertó al subprefecto e hizo que los gendarmes cercasen a Guillery.

George Sand a Alexis Dutheil, 30 de septiembre de 1837: Dudevant, dulce y cortés ahora, trae de la mano a Solange hasta el umbral de su real casa, después de invitarme a entrar, lo que yo rechazo graciosamente.

Solange ha sido puesta en mis manos como una princesa en el límite de dos Estados. El barón y yo cambiamos algunas frases agradables. Me amenazó con quitarme a su hijo por autoridad de la justicia y nos separamos, encantados el uno del otro…[97].

Después de lo cual y estando cerca de los Pirineos, tuvo la idea de una segunda peregrinación sentimental. Mallefille había heredado ya las emociones de Franchard. Esta vez se le asoció a los recuerdos que evocaba el circo del Marboré. Reunida luego la familia y tranquilizada, regresó al Berry. Todos pasaron allí el resto del invierno trabajando.

George Sand a Marie d'Agoult, marzo de 1837: Mi casa no tiene nada de muy interesante para ofrecer a su atención. Está apacible y laboriosa. Yo amontono novelas sobre cuentos y Buloz sobre Bonnaire; Mallefille amontona dramas sobre novelas, Pelión sobre Osa; …Maurice caricaturas sobre caricaturas; y Solange muslos de pollo sobre notas falsas. He aquí la vida heroica y fantástica que se hace en Nohant[98].

El doctor Piffoël se amonestaba:

Recapitula un poco sobre lo que ha pasado en estos tres meses en que no te has visto vivir. ¿Te acuerdas siquiera? ¿No has olvidado ya los hechos? Tu madre muerta, tu hijo salvado, tu hija raptada y recuperada… ¡y lo demás! Has vuelto a ver a Franchard, y ¿con quién? Has vuelto a ver el Marboré, y ¿con quién? Regresas aquí, ¿qué vienes a hacer, qué suerte te espera, a quién vas a amar? ¿De qué vas a sufrir? ¿A quién odiarás el mes próximo, o el año próximo, o mañana?… ¡Qué hermosa alma tienes, oh mi gran Piffoël! Beberías la sangre de tus hijos en la calavera del mejor de tus amigos, y ni siquiera te daría un cólico[99].

Los *Fellows* viajaban entonces por Italia y no eran más felices. «Hay tempestad en la atmósfera —anotaba Liszt—; tengo los nervios irritados… Imágenes de desolación, de profundo desencanto, se ciernen sobre mi destino… Un solo pensamiento, un solo remordimiento me quedan: hubiera debido hacerla feliz. Lo hubiera podido, pero ¿lo puedo todavía?». El sufrimiento hace injusto: una esquela de Mallefille, incluida en una carta de Sand, exasperó a Marie, que lo juzgó descortés e insolente. La verdad es que

no perdonaba a su antiguo protegido el que se hubiese pasado a la amiga. Se quejó a George, que reaccionó duramente.

George Sand a Franz Liszt: ¡Ah!, a propósito de Mallefille. Mucho me agradaría saber por qué Mirabella me hace responsable de las tonterías que él le escribe. ¡Como si estuviese yo encargada de leer las cartas de Mallefille, de comprenderlas, comentarlas, corregirlas o aprobarlas! Gracias a Dios, no estoy obligada a ciar ingenio a los que carecen de él… Mallefille escribe una carta a la Princesa; esa carta es necia, lo que nada me sorprende. Creyendo que la Princesa estaba muy acostumbrada a las cartas de Mallefille y sin pretender en modo alguno endosarlas, doy acceso a la susodicha carta del susodicho Mallefille en una carta mía a la Princesa. No entro, pardiez, en conocimiento de ella. ¡Tengo cartas tontas de sobra para leer todos los días! Si la de Mallefille resulta ser aquel día todavía más necia que los demás días, me parece que me deben dar las gracias por haberla puesto en la mía, ahorrándole a la Princesa el tener que pagar treinta sueldos por una carta tonta. Y ahora pregunto yo: cuando uno se deja escribir por Mallefille, ¿de qué diablos tiene uno derecho a quejarse? Cuando se conoce a Mallefille y a su estilo, ¡se debe esperar todo! ¡Ah, demonios, sólo me faltaba tener que formarle un estilo epistolar a Mallefille! Por lo que a mí respecta, estoy segura de que siempre encontraré sus cartas encantadoras, porque tengo la esperanza de no leer jamás una sola. Lo amo con toda mi alma. Puede pedirme la mitad de mi sangre; pero que nunca me pida leer una de sus cartas…**[100]**.

Marie d'Agoult a George Sand, noviembre 9 de 1837: Lo que me dice usted de Mallefille me ha divertido. Qué extrañas gentes son ustedes, los poetas… ¿Recuerda usted nuestras peleas a propósito de Mallefille? ¿Cuán feo, tonto, estúpido, vanidoso e intolerable era? Parecía animada usted contra él por uno de esos furores que Homero pone en el corazón de Juno y de Venus, y yo me veía reducida a decirle a *mezza voce* que creía necesario saber vivir en paz con las pequeñas vanidades ajenas, so pena de vivir en la soledad… ¡Cuántos entusiasmos borrados, cuántas estrellas fugaces en el cielo de usted! ¿No tendrá su turno la pobre Mirabella?**[101]**.

La Princesa Mirabella iba a tener su turno. Jamás había sido *persona gratissima* en Nohant. George y Mallefille estaban de acuerdo en juzgarla duramente.

George Sand a Dutheil, París, octubre de 1837: Te has olvidado de levantar una obra a la d'Agoult (no hay que decir que yo digo así). Trata, sublime y radiante amigo mío, de procurar a la princesa Mirabella, de la que somos todos humildísimos esclavos, una silla curul sobre la cual pueda su encantador y venerado trasero medir las avenidas del jardín elíseo llamado el Valle Negro…[102].

Todavía se mostraba la pata de terciopelo, pero ya se afilaban las zarpas. El instrumento de la venganza fue Honoré de Balzac, que «abordó al castillo de Nohant el sábado de carnaval», 24 de febrero de 1838. Balzac se había distanciado de Sand después del asunto Sandeau. No solamente se puso, en el momento de la ruptura, de parte del pequeño Jules, sino que cuando éste regresó de Italia, Balzac, como se dijo ya, lo había alojado y mantenido a cambio de vagos servicios que Sandeau prometiera hacer y que, por exceso de pereza, jamás hizo. Balzac, como Sand, era un trabajador furioso que escribía una novela en dos meses y, si era necesario, en diecisiete días. La naturaleza blanda e indolente del pequeño Jules exasperaba a aquellos monstruos de «fibra dura». Sandeau, por su parte, se cansó pronto de aquella vida torrentosa. Balzac decía de él: «Es hombre al agua. Pasa la vida haciendo proyectos que jamás realiza».

Balzac a Éveline Hanska, 8 de marzo de 1836: Jules Sandeau ha sido uno de mis errores. Jamás imaginará usted una pereza semejante, una desidia semejante. Onece de energía y de voluntad. Los más bellos sentimientos en palabras; nada en acción ni en realidad. Ninguna abnegación de pensamiento ni de cuerpo. Cuando gasté en él lo que un gran señor habría gastado en un capricho y lo tuve en mi regazo, le dije: «Jules, aquí tiene un drama, hágalo. Y después de ése, otro; y después, un vodevil para el Gyranase…». Me dijo que le era *imposible* ponerse a la zaga de nadie. Como esto implicaba que yo especulaba con su gratitud, no insistí. Ni siquiera quería prestar su nombre para una obra escrita en común. «Pues bien, viva escribiendo libros…». ¡En tres años no ha hecho medio volumen! ¿Crítica? La encuentra demasiado difícil. Es un caballo de establo. Desalienta la amistad, como desalentó el amor. Se ha terminado… [103].

Los dos hombres se separaron. A comienzos de 1837 Sandeau estaba en Bretaña trabajando en una novela sobre George: *Marianna*, cuando le dijeron

que Balzac, por su parte, escribía una novela sobre la aventura Sandeau-Sand (*Un Grand Homme de province a Paris*).

> *Jules Sandeau a Balzac, 21 de enero de 1837*: ¿Qué son *las Illusions perdues*? Me escriben de París que es mi historia con la persona que usted sabe. Esa historia es la de todo el mundo y bien han podido equivocarse en esto. De todos modos, aseguran que cada página de su libro es un día de mi juventud. Dos cosas me inquietan en todo esto. La primera es que, por amistad conmigo, no sea usted demasiado severo con respecto a la otra persona. La segunda es que estando escribiendo yo ahora mismo esa fatal historia, no llegue tarde. Comprenderá usted que si Ulises hubiera escrito sus memorias después de la *Odisea*, no sería más que un necio y un extravagante. Hágame el favor de escribirme lo que sea; espero con impaciencia unas líneas suyas[104].

Balzac lo tranquilizó: Luden de Rubempré no tenía nada de común con Jules Sandeau; si algún personaje del libro tenía algunos rasgos suyos, era Lousteau (lo que no era más agradable). Habiendo llegado a compartir, con respecto a Sandeau, los sentimientos de George, Balzac no tenía ya razón alguna para privarse de una amiga poderosa y agradable. Además, la señora Hanska, coleccionista, deseaba autógrafos de la novelista. En febrero de 1838, hallándose en casa de los Carraud, en Frapesle, Balzac escribió a Sand pidiéndole permiso para hacer una «peregrinación a Nohant… No quería regresar sin haber visto, sea a la leona del Berry, sea al ruiseñor, en su antro o en su nido…»[105]. Tampoco a George le gustaba enfadarse con los hombres de genio; lo invitó, pues, calurosamente. Él llegó el 24 de febrero, y no se puede contar la visita a Lélia mejor de lo que él mismo lo hizo.

> Llegué al castillo de Nohant el sábado de Carnestolendas, a eso de las siete y media de la tarde, y encontré al camarada George Sand, en bata de casa, fumando un cigarro después de la comida, junto al fuego, en una inmensa habitación solitaria. Llevaba unas bonitas pantuflas amarillas adornadas con deshilados, coquetas medias y un pantalón rojo. Esto en cuanto a lo moral. En lo físico, había doblado la papada, como un canónigo. No tiene un solo cabello blanco, a pesar de sus espantables desdichas; su tez oscura no ha cambiado; sus bellos ojos continúan siendo brillantes; cuando piensa adquiere un aire totalmente estúpido; pues, como se lo dije después de estudiarla, toda su fisonomía está en los ojos. Se halla en Nohant, desde hace un año, muy triste y trabajando enormemente…

Hela, pues, en un profundo retiro, condenando a la vez el matrimonio y el amor, porque en uno y otro estado sólo ha tenido decepciones. Lo que pasa es que su macho es raro. Y lo será tanto más cuanto que ella no es amable y, en consecuencia, sólo muy difícilmente será amada. Es varonil, es artista, es grande, generosa, abnegada, casta; tiene los grandes rasgos del hombre; *ergo*, no es mujer. No me sentí más cerca de ella que antes, hablando durante tres días a corazón abierto, acometido por esa galantería epidérmica que se debe desplegar, en Francia y en Polonia, ante toda clase de mujeres. Conversaba con un camarada. Posee altas virtudes, de esas virtudes que la sociedad interpreta al revés. Con una seriedad, una buena fe, un candor y una conciencia dignas de los grandes pastores que conducen a los rebaños humanos, discutimos los grandes problemas del matrimonio y de la libertad…

Mucho he ganado al hacer que la señora Dudevant reconozca la necesidad del matrimonio; pues estoy seguro de que creerá en ella y creo haberle hecho un bien probándosela. Es una madre excelente y sus hijos la adoran; pero viste a su hija Solange como muchacho, y esto no está bien. Moralmente, es como un hombre de veinte años, pues íntimamente es casta y gazmoña, y sólo exteriormente es artista…

Todas las tonterías que ha hecho son títulos de gloria a los ojos de las almas bellas y grandes. Ha sido víctima de la Dorval, de Bocage, de Lamennais, etc… Por el mismo sentimiento, es víctima de Liszt y de la señora d'Agoult, pero en el caso de esta pareja, como en el de la Dorval, acaba de ver claro, pues es de esos espíritus poderosos en el gabinete, en la inteligencia, y muy engañables en el terreno de las realidades. A propósito de Liszt y de la señora d'Agoult, me dio ella el tema de los *Galériens* o de los *Amours forcés*, que voy a escribir yo, pues, en su posición, ella no podría hacerlo. Guarde bien este secreto. En fin; es un hombre, y tanto más hombre cuanto que quiere serlo, que ha salido de su papel de mujer y que no es mujer. La mujer atrae y ella repele y, como yo soy muy hombre, si a mí me produce este efecto, debe producirlo también sobre los hombres que son similares a mí; siempre será desgraciada. Así, ama ahora a un hombre que le es inferior y, en estos casos, sólo hay desencantos y decepciones para una mujer que posea un alma bella; es necesario que la mujer ame siempre a un hombre que le sea superior o que esté tan equivocada que resulte como si lo fuera[106].

Sin duda, Balzac, para tranquilizar a la celosa Hanska, había exagerado su indiferencia física con respecto a Sand y el carácter viril de ella. No obstante, el fondo era verdadero; él no la deseó nunca. Libres de toda incomodidad a

este respecto, aquellos dos espíritus pudieron conversar libremente. La charla debió ser bella y animada. Los dos «grandes hombres» no estaban de acuerdo en nada. George Sand, discípulo fiel de Rousseau, creía en la libertad original y en el progreso. Balzac, russoísta penitente, creía en el pecado original y no pensaba que fuese posible cambiar las naturalezas. George Sand regresaba al cristianismo del vicario saboyano, que ella llamaba el del Evangelio según San Juan. Balzac, cuyas creencias eran poco más o menos las mismas, sostenía, sin embargo, al catolicismo romano, por política a la Bonald y por admiración a algunos santos. George Sand era republicana, Balzac monárquico. George había predicado la emancipación de la mujer, el matrimonio por amor; Balzac había defendido el matrimonio de conveniencia y temido el exceso de libertad para la mujer casada. George Sand había creado héroes de novela de un muy puro idealismo y los había buscado en la vida, sin hallarlos; Balzac, que había sido amado desde su adolescencia por una mujer ideal, la *Dilecta*, pintaba con un realismo implacable el adulterio y el libertinaje.

Balzac creyó haber convertido a Sand al matrimonio, no para sí misma, sino para las demás mujeres, y es posible que ese gran sabio haya tenido una feliz influencia sobre el pensamiento de George. En cuanto a los *Galériens de l'Amour*, Balzac, al desarrollar el tema sugerido por Sand, hizo una obra maestra: *Beatrix ou les Amours forcés*. Era una alusión, muy cruel, a la pretensión que había tenido Marie de hacer de Liszt y de sí misma el nuevo Dante y la nueva Beatrice. «¡Dante!, ¡Beatrice! —decía Liszt amargamente —; son los Dantes los que hacen a las Beatrices, y las auténticas mueren a los dieciocho años». La señora d'Agoult, seis años mayor que Liszt, tenía treinta y tres.

En cuanto a George, fue pintada por Balzac bajo el nombre de Félicité des Touches, en literatura Camille Maupin. La elección del apellido Maupin podía parecer un epigrama, pues evocaba a la heroína equívoca de Téophile Gautier. Pero el retrato era halagador: «Tiene todavía más corazón que talento… Tiene genio y vive una de esas existencias excepcionales que no se podrían juzgar como las existencias ordinarias…». Béatrix de Rochefide era, por el contrario, una severa sátira de Marie d'Agoult: «Hay en ella un poco de afectación; tiene demasiado aire de saber las cosas difíciles…». Claude Vignon se parecía a Gustave Planche, con autorización del modelo. En cuanto a Gennaro Conti, Balzac juraba que no era Liszt, que, con su acostumbrada dignidad, se negó a reconocerse y a enfadarse. En realidad, la transposición era, como siempre en Balzac, profunda, pero Marie no perdonó a George ni a

Balzac esa novela escrita, como dice ella, «después de ocho días de conversar a solas en Nohant».

En septiembre de 1839, *Béatrix* apareció como folletín en *Le Siècle*.

Balzac a George Sand: Espero que quede usted contenta, y si algo no fuese de su gusto, cuento con la sinceridad de nuestras relaciones y la franqueza de nuestra vieja amistad, para que usted me lo diga… *Querida amiga*: he leído *Marianna* y he pensado dolorosamente en las conversaciones que tuvimos al lado de su chimenea. Pronto habrá autores que hagan laminar sus vísceras para imprimir en rilas su existencia, llegamos a los horrores del Coliseo en la literatura… *Les Amours forces* me ha parecido más bonito que *Les Galériens*…[107].

A la Extranjera le reveló las claves:

Balzac a Éveline Hanska, febrero de 1840: Sí, Sarah es la señora de Visconti; sí, la señorita des Touches es George Sand; sí, Béatrix es demasiado bien la señora d'Agoult. George Sand está en el colmo de la dicha; logra así una pequeña venganza contra su amiga. Salvo algunas variantes, la historia es verdadera…[108].

No obstante, cuando el libro apareció en librerías y George, inquieta de todos modos por las reacciones de los *Fellows*, le pidió que la amparase con una carta que pudiera mostrar en caso necesario. Balzac aceptó el juego:

Balzac a George Sand, 18 de enero de 1840: Esperaba lo que sucede a propósito de *Béatrix*. Mil gentes interesadas en ponernos a mal, cosa que nunca lograrán, debían tratar de hacerle creer a usted que Camille Maupin era una malicia acompañada de otras varias, y que Claude Vignon era un epigrama contra usted. Como, a pesar de nuestra amistad, en ocho años no nos hemos visto el equivalente de ocho días, es muy difícil que sepa yo nada de usted ni de su hogar… ¿No me han dicho, acaso, que también Béatrix era un retrato, y que toda la novela parecía una historia de todos ustedes? ¡Ay! ¡Esto me sucede por todo lo que he hecho! *Le Lys dans la Vallée* me valió conocer secretos que yo no sospechaba en cuatro o cinco hogares. Por lo que respecta a la pretendida modelo de Béatrix —a la que nunca he visto—, ¡es ya demasiado! Al escribir *Béatrix* no tuve otras razones que las que están en mi prefacio, y que bastan. Adoro el talento y el

hombre en Liszt, y pretender que Gennaro pueda parecérsele es una doble injuria, para él y para mí…[109].

George Sand a Balzac: Buenas noches, querido Dom Mad: no se preocupe usted por mi susceptibilidad. Halagada o no halagada en la «prima hermana» de que usted me habla, estoy demasiado acostumbrada a hacer novelas para no saber que jamás se hace en ellas un *retrato*: que no se puede ni se quiere copiar un modelo vivo. ¿En dónde estaría el arte, ¡gran Dios!, si no se inventasen, en bello o en feo, las tres cuartas partes de los personajes en que el público, necio o curioso, quiere reconocer originales de su conocimiento? Me dicen que usted ha tiznado terriblemente en ese libro a una blanca persona que yo conozco y a su coasociado en lo que gusta usted llamar las *galeras*. Ella tiene demasiado ingenio para reconocerse allí y cuento con usted para *mi* descargo, si alguna vez se le ocurre acusarme de malévola delación[110].

El fruto de aquel dramático verano en el campo fue, pues, una obra maestra. Era una bella cosecha.

Sexta parte
Federico Chopin

> Decididamente —decía un día papá Buloz hablando de mí—, ella es muy orgullosa en el amor y muy buena en la amistad.
>
> GEORGE SAND

I. Preludios

Todos los amigos de Sand habían observado que, durante aquel verano espléndido, sublime y absurdo de 1837, uno de los seres en los cuales, en su confusión, más a menudo ella pensara era el joven pianista polaco, que en vano intentara atraer a Nohant. Como lo hubiese dicho ella, Chopin parecía creado por la Providencia para George. Exiliado, sensible, desdichado, tenía la nostalgia de Polonia, de su familia y, sobre todo, de la dulzura del amor materno. «Si alguien quisiera ponerme en andadores —decía él—, me sentiría muy contento». Pues bien: alguien deseaba, muy exactamente, encontrar en él a la vez un amante y un hijo. Chopin era siete años menor que Sand, lo que permitía esperar de él esa actitud filial, casi infantil, que la tiranía de un Michel le hiciera echar de menos. Veía al joven músico débil, enfermo, febril; otros tantos rasgos irresistibles para la maternal enfermera. Por la belleza igualaba a Liszt: «Una talla media y esbelta, manos largas, afiladas; pies muy pequeños; cabellos de un rubio ceniza tirando a castaño; ojos pardos, más vivos que melancólicos; nariz arqueada; una sonrisa muy dulce; una voz un poco sorda y, en toda su persona, algo tan noble, tan indefiniblemente aristocrático»[1], que cuantos no le conocían creían ver en él a un gran señor desterrado. Cuántas veces, mientras soñaba contemplando los dorados tilos de Nohant, la imagen de ese hermoso rostro había venido a danzar en la punta de la pluma de George, impidiéndole escribir: signo raro y terrible.

Mallefille era un excelente muchacho, «la mejor persona que modelara el Cielo “para la amistad”», pero de talento muy ordinario; Chopin tenía genio. Sand, tan profundamente música por herencia como por educación; Sand, que de niña iba a sentarse bajo el clave de su abuela para gustar su poético abrigo y, mujer ya, se agazapaba bajo el piano de Liszt para gozar de la fuerza que la penetraba, entendía mejor que nadie el lenguaje de los sonidos. Agréguese que habiendo conquistado Marie d’Agoult a Liszt, sería un punto ganado contra ella el anexarse a Chopin. Todo se unía para inspirar a Sand el deseo de conquistar al frágil y genial músico.

Esta conquista era difícil. Chopin, ser delicado, celestial y como exiliado en la tierra, sentía horror por toda discusión ruidosa, por cualquier negligencia en el vestir y, sobre todo, por el escándalo. Su clima favorito era un salón admirablemente amueblado, lleno de mujeres hermosas, nobles, músicas y dispuestas a escuchar, en la penumbra, un *Nocturno* que fuese también una confesión. Le gustaba sumergir a un noble auditorio en un recogimiento profundo, para animarlo luego repentinamente con sentimientos heroicos cantando a Polonia mártir. En política, Chopin era conservador; en amor, tierno y tímido. Un platonismo inconstante convenía a la debilidad de su temperamento. Por lo demás, era un hombre bastante desgraciado, cuya vida sólo era «una inmensa disonancia».

En ocasión de su primer encuentro, había formulado un juicio severo sobre la novelista que se vestía de hombre y fumaba cigarros; que tuteaba a sus extraños amigos; que había roto con todo mundo distinto al del arte, y que exhibía ideas democráticas y socialistas. ¡Qué diferente de aquellas bellas polacas, angelicales y rubias, que hasta entonces amara él castamente! Se comprende que en un comienzo se negara a ir a casa de ella y que dijera después de su visita al *Hôtel de France*: «¡Qué antipática mujer esa Sand! ¿Es verdaderamente una mujer? Estoy dispuesto a dudarlo…».

No obstante, cuando ella regresó a París en octubre de 1837, él aceptó verla de nuevo. En el secreto de su corazón, Chopin era desgraciado. «Salimos —decía— del taller de un maestro célebre, de algún Stradivarius *sui generis* que luego no está ahí para repararnos. Las manos torpes no saben sacar de nosotros sonidos nuevos y tenemos que reprimirlos en el fondo de nosotros mismos, a falta de un laudista…». La joven polaca con la que esperara casarse, Marie Wodzinska, se había separado poco a poco de él, por orden de sus padres, a los que asustaba la fragilidad de Chopin. Este jamás hablaba de sus tristezas, pero sentía una profunda necesidad de consuelo. Y Sand ofrecía todos los consuelos. «Se ha encontrado en una libreta de Chopin

una hoja de papel de cartas de George plegada en dos; en una de las caras, ella había escrito: *Se le adora,* y su firma… Debajo de la firma de George, la señora Dorval había escrito: *¡Yo también! ¡Yo también! ¡Yo también!»*[2].

> *Diario de Chopin, octubre de 1837*: La he visto tres veces. Ella me miraba profundamente a los ojos, mientras yo tocaba. Era una música un poco triste, leyendas del Danubio; mi corazón danzaba con ella en el país remoto. Y sus ojos en mis ojos, ojos oscuros, ojos singulares, ¿qué decían? Se apoyaba sobre el piano y sus miradas abrasadoras me inundaban… Flores en torno nuestro. ¡Mi corazón estaba preso! La he vuelto a ver dos veces… Me ama… Aurora, ¡qué nombre encantador![3].

Encontraba en George una fuerza que, a pesar suyo, lo atraía porque lo sostenía: una música capaz de apreciarlo, de inspirarlo, incluso de aconsejarlo; una mujer generosa de sí misma, que sólo pedía darse. No obstante su naturaleza púdica y como friolenta, se sintió tentado.

Heinrich Heine, que los admiraba a ambos, da alguna idea de la pareja que formaban. *Ella*: hermosos cabellos castaños que caen hasta los hombros; ojos un poco opacos y adormecidos, dulces y tranquilos; una sonrisa plena de sencillez; una voz mate y velada que se oye poco, pues George es taciturna y recoge más que entrega. *Él*: de una sensibilidad sobrehumana para la cual el más leve contacto era una herida, el menor ruido el estallar de un trueno; hombre de intimidad, recogido en una existencia misteriosa, de la que sale a veces con humoradas violentas, encantadoras o extravagantes.

Durante la primavera de 1838, ella fue varias veces a París, y se vieron a solas por la noche. Chopin tocaba, luego los dos se abandonaban «al viento que pasa» a «celestiales abrazos». El pobre Mallefille estaba bien olvidado. Pero con Chopin no era fácil llegar a una conclusión. Sus amigos, el polaco Albert Grzymala, la consulesa Marliani, recibían confidencias tan lunares como los *Nocturnos*. Con Chopin, «el tiempo es variable en la estación de los amores. Se dicen muchos *si*, muchos *no*, muchos *pero*, y a menudo se dice a la mañana: *Decididamente esto es intolerable*, para decir a la noche: *En verdad es la felicidad suprema*»[4]. La timidez y el pudor despiertan el deseo más eficazmente que la coquetería, que los imita con menos naturalidad. Aquel hombre distante, aquel hombre que se negaba, enloqueció a George.

En este clima mudable, incierto, a comienzos del verano de 1838, ella escribió al mejor amigo de Chopin, al conde Albert Grzymala —«gordo polaco coqueto, empaletado en un paletó modelo, un paletó monstruo, un

paleto piramidal», cubierto de presillas, pasamanerías y al que Sand llamaba su esposo porque Chopin «era un niño que habían tenido juntos»— una carta de treinta y dos páginas, que ha sido severamente juzgada. Las gentes se indignaron o divirtieron porque Sand hablaba en ella francamente de cosas en las cuales la mayoría de los seres humanos, entonces como ahora, pensaban sin decirlas. Toda sinceridad parece cinismo a los hipócritas.

> «Planteemos claramente la cuestión por última vez», escribe Sand a Grzymala, «porque de su última repuesta dependerá toda mi conducta futura… El evangelio de usted es el mío cuando prescribe pensar en si mismo en último término y dejar de pensar en uno cuando la felicidad de los que amamos reclama todas nuestras potencias. Escúcheme bien y respóndame claramente, categóricamente; nítidamente…».

¿De qué se trata? En primer término, de saber si la joven polaca María Wodzinska, que Chopin debe, o cree deber amar, puede todavía hacer su felicidad. Sand no quiere desempeñar el papel de ángel malo. No quiere ser la mujer fatal que lucha contra la amiga de infancia, si ésta es bella y pura. Por otra parte, Sand dice que ella misma está «como casada» con un ser excelente, perfecto por lo que hace al corazón y al honor —se trata de Mallefille—, que se ha dado a ella totalmente y al que ella no quiere abandonar. Si «nuestro pequeño» —es decir, Chopin— decidiese poner su existencia en manos de George, ésta se asustaría no poco: ese amor «sólo puede durar en las condiciones en que ha nacido, es decir, de tiempo en tiempo; cuando un buen viento nos aproxima el uno al otro, haremos todavía un viaje a las estrellas…».

Había, pues, dos soluciones posibles: si «la Persona» está hecha para dar a Chopin una felicidad pura y auténtica y si, por otra parte, el alma «excesivamente escrupulosa» de éste se niega a amar a dos seres diferentes de manera diferente, Sand se alejará y procurará hacerse olvidar de él; si, por el contrario, el matrimonio con «la Persona» ha de ser «la tumba de esa alma de artista» o si la felicidad doméstica y los escrúpulos religiosos de Chopin pueden acomodarse a «algunas horas de pasión casta y de dulce poesía», entonces ella continuará viéndolo. No sabrá nada de su vida positiva; no contrariará sus ideas religiosas, políticas, mundanas, y, recíprocamente, él no le pedirá cuenta de sus acciones: «No nos veremos todos los días, no poseeremos todos los días el fuego sagrado, pero habrá bellos días y santas llamas…».

Queda una cuestión secundaria, pero que es menester plantear, la del don total: ¿posesión o no posesión? Y es aquí donde el tono despreocupado de George sorprendió y chocó. Confiesa que, a este respecto, jamás ha podido tener una prudencia que coincidiese con sus sentimientos: «En esto no tengo ni secreto, ni teorías, ni doctrinas, ni opinión determinada, ni resolución preconcebida…». Se ha fiado siempre a sus instintos; tiene muchas tonterías que reprocharse, pero no mezquindades ni maldades:

> Los sentimientos han sido siempre más fuertes que los razonamientos, y los límites que he querido señalarme jamás me sirvieron de nada. Veinte veces he cambiado de idea. He creído por encima de todo en la fidelidad; la he predicado, la he practicado, la he exigido. Han faltado a ella, y yo también. Y, sin embargo, no he sentido remordimientos, porque siempre sufrí en mis infidelidades una especie de fatalidad, un instinto del ideal que me impulsaba a dejar lo imperfecto por aquello que me parecía acercarse a lo perfecto…

En suma, no es de naturaleza inconstante. Siempre fue fiel a lo que amaba, en el sentido de que jamás *engañó* a nadie ni dejó nunca «de ser fiel, como no fuese por muy poderosas razones, que habían matado el amor por culpa de otro…». En el caso presente, está descontenta de sí misma porque, justamente, no tiene motivos para quejarse de Mallefille. Está consternada por el efecto que le ha producido «ese pequeño ser» (Chopin). Sabe que obraría mal si hubiese tenido oportunidad de luchar y razonar, pero ha sido invadida repentinamente, y en su naturaleza no cabe que la razón gobierne al ser cuando el amor se ha apoderado de él. Aquí Rousseau y la moral del corazón. En todo caso, la posesión no aumenta la falta. La más pequeña caricia consuma la infidelidad. «Quien ha perdido el corazón lo ha perdido todo…». Si un hombre y una mujer quieren vivir juntos no deben agraviar a la naturaleza retrocediendo ante la unión completa. Si es necesario, ella se impondrá, con Chopin, el sacrificio de permanecer casta, pero a condición de que él lo haga por respeto hacia ella, e incluso por fidelidad a otra, no por desprecio «a la grosería humana», a la manera de los beatos. *Depreciar la carne* es una expresión que George encuentra horrenda:

> Creo que él ha dicho que *ciertos hechos* podían echar a perder el recuento. ¿Verdad que es una tontería y que él no piensa lo que ha dicho? ¿Quién fue la desgraciada mujer que le dejó semejantes impresiones del

amor físico? ¡Pobre ángel! Sería menester ahorcar a todas las mujeres que envilecen, a los ojos de los hombres, la cosa más respetable y más santa de la creación, el misterio divino, el acto más serio y más sublime de la vida universal.

Tal es esta carta famosa, notable sobre todo por su buen sentido. Se ha dicho: «Quiere tener a Chopin, conservar a Mallefille, y busca virtuosos pretextos para persuadirse de que sólo persigue la felicidad de esos dos jóvenes…». Puede ser. Pero, ¿quién, entre los seres apasionados, no recurre a alguna casuística cuando se trata de conciliar la vida sentimental con la vida de los sentidos? «¿Cómo, pues, vivís todos vosotros? —nos pregunta Sand—. ¿Qué hacéis de vuestros ojos, de vuestros oídos, de vuestra memoria? Me llamáis cínica de corazón, porque veo y recuerdo, porque me ruborizaría de deberle a la ceguera esa falsa bondad que os hace, a la vez, víctimas y bribones…»[5]. ¿Se equivoca? La pecadora que se reconoce tal, es aceptada y absuelta por los moralistas, porque al acusarse, lejos de debilitar los principios, los consolida. Byron o Baudelaire, libertinos, pero torturados, son también testimonios de la virtud. Lo que exaspera a la sociedad son la serenidad y la conciencia tranquila de la rebelde. Lo que el hipócrita lector, «mi semejante, mi hermano», no soportará nunca en esa carta de Sand es su tranquila franqueza y, sobre todo, que haya sido escrita por una mujer. Hágase la transposición y se encontrará no a *un* hombre, sino a casi *todos los hombres*. Pero Sand vive como hombre. Esa es su originalidad, su debilidad y, según cree ella, su honra.

Por lo demás, el problema era diferente de lo que la extremada reserva de Chopin había permitido imaginar a George. El compromiso con María Wodzinska se había roto desde el año anterior. Y porque Chopin sufría, porque necesitaba una ternura generosa, se había permitido buscar, en brazos de Sand, una dulzura apaciguante. No se sabe lo que respondió Grzymala, pero debió tranquilizar a George, pues en seguida regresó de Nohant a París.

El verano de 1838 fue un estío de felicidad. En el espíritu de Chopin, la imagen de María Wodzinska palidecía poco a poco, hasta no ser ya más que un recuerdo poético. Trabajó mucho y publicó un cuaderno de *Estudios* dedicado a la condesa d'Agoult. Su excesivo pudor le hubiese impedido dedicárselo a George. En aquella pareja paradójica, era el hombre el que exigía el secreto. Por lo demás, George se veía obligada ahora a tomar ciertas precauciones por causa de Mallefille. Había creído poder desembarazarse fácilmente de él: «Es una naturaleza tan buena y tan juiciosa, que no me será

imposible hacer que, con el tiempo, lo sepa y lo comprenda todo; es una cera maleable sobre la cual he puesto mi sello y, cuando yo desee borrar la huella, con alguna precaución y paciencia lo lograré…»[6].

Pero, en la práctica, aquella cera resultó menos blanda de lo que ella creyera. Mallefille, abandonado, se tornó celoso y quiso defenderse. Tenía las pasiones ardientes del criollo. Durante el verano de 1838 había desafiado a un amigo que, invitado a Nohant, le hiciera la corte a George. Esta, lealmente, había advertido al joven preceptor que su tiempo había terminado y que, de ahora en adelante, debía pasar del amor a la amistad. Pero el escándalo podía recomenzar cualquier día con cualquiera otro, y había que evitar ante todo que ese otro fuera Chopin. ¿Puede imaginarse sin espanto a un *caballero* de Velázquez atacando con su tizona al frágil músico? A Pierre Leroux, a cuya casa debía ir Mallefille con Rollinat para aclarar ciertas cuestiones filosóficas, se le encargó emplear toda su influencia en el apaciguamiento del furioso: «Cuando se presente entre ustedes la cuestión de las mujeres, dígale claramente que ellas no pertenecen al hombre por derecho de fuerza bruta, y que nada se arregla degollándose…»[7].

La aventura hizo las delicias de Marie d'Agoult: «A propósito, ¡el pobre Mallefille! Está en la cama, enfermo de vanidad contenida, para siempre desengañado, desilusionado, desencantando, y todos los *des* del mundo. ¿Adivina usted por qué? ¡Oh!, ¡pero si es una historia impagable! Con tal de que no la sepa usted ya…». Tras de lo cual relata el regreso a París de Mallefille (a quien se ha enviado a El Havre para que acompañase a Maurice). El desdichado no sabía nada de los nuevos amores, y hasta había publicado en la *Gazette Musicale* una *Balada* en honor de Chopin:

> En fin, no sé por qué inspiración del demonio, entró en sospechas y fue a espiar a la puerta de la casa de Chopin, adonde George iba todas las noches. Allí, el dramaturgo se pone dramático: grita, aúlla; está feroz, quiere matar. El amigo Grzymala se arroja entre los dos ilustres rivales; calman a Mallefille, y George huye con Chopin, ¡para entregarse al amor perfecto a la sombra de los mirtos de Palma! Convendrá usted que esta historia es mucho más bonita que las que se inventan…[8].

II. Un invierno en Mallorca

Sand tenía excelentes razones para «entregarse al amor perfecto» fuera de París. Si no se alejaba quedaba expuesta a nuevas crisis de celos; Maurice estaría mejor en un clima cálido; Chopin tosía de manera inquietante y temía el escándalo de una aventura pública, que hubiese espantado a su piadosa familia. Por lo que hace a George, trabajaba en todas partes con la misma regularidad y sentía, como siempre, la necesidad de vivir conyugalmente con su nuevo amante. Desde hacía cinco años había tenido grandes pesares y graves preocupaciones; deseaba un retiro silencioso. Sus amigos españoles, el político Mendizábal, mitad genio, mitad aventurero, y el cónsul Marliani le hicieron el elogio de Mallorca. Se convino que ella haría el viaje, con sus hijos, por pequeñas etapas por Lyon, Perpignan y Barcelona, que Chopin se les reuniría en el camino y que todos juntos se embarcarían para las Baleares. Conforme al plan, Chopin apareció en Perpignan, «fresco como una rosa y rosado como un nabo».

En noviembre de 1838 llegaron a Palma de Mallorca; habían salido de París con frío; en España encontraron el sol, y la primera impresión fue bella.

> *Chopin a Jules Fontana, 15 de noviembre de 1838*: Me encuentro en Palma, bajo palmetas, cedros, áloes, naranjos, limoneros, higueras y granados… El cielo es de turquesa, el mar de lapizlázuli, las montañas de esmeralda. ¿El aire…? El aire es justamente como en el cielo. De día, hay sol, todo el mundo se viste como en verano y hace calor; de noche, se oyen cantos y guitarras durante horas enteras. Enormes balcones, de la época de los árabes, de los que caen sobre los muros los pámpanos… la ciudad, como todo aquí, recuerda a África… En suma, ¡una vida deliciosa…![9].

Pero la decepción no tardó. Dos malas habitaciones amuebladas o, mejor, desamuebladas; catres de tijera con colchones de borra, una silla; por alimentos, pescado y ajo; un aceite rancio y nauseabundo que impregnaba con su hedor casas, habitantes y hasta el aire de los campos; esto bastaba para indisponer a un ser exigente y fino. Sand, siempre activa, encontró una casa, quiso arreglarla, pero los mallorquinos trabajaban poco y mal. Vivían en pleno viento, sin vidrios, sin cerraduras. Finalmente, por cien francos mensuales, un señor Gómez alquiló a la pareja una casa de campo al pie de las montañas.

Los primeros días, con ayuda del amor, fueron agradables. Dulces paseos, hermosas tardes pasadas en la terraza, en pleno diciembre. Sand recordaba las noches venecianas, el misterioso chasquido del agua sobre los mármoles y las

noches de Nohant, pobladas de ruiseñores. En Mallorca, el silencio era profundo, roto apenas por las campanillas de las burras y el vago ruido del mar, lejano y débil. Pero el encanto no duró. La estación de las lluvias comenzó. Fue el diluvio. La *Casa del Viento* que les alquilara el señor Gómez merecía su nombre. Húmeda y sin chimeneas, no había sido construida para resistir a los huracanes. Los muros eran tan delgados, que la cal con que se blanquearan las habitaciones se hinchó como una esponja. Un manto de hielo cayó sobre sus espaldas. El olor asfixiante de los braseros desató crisis de tos en el pobre Chopin.

Desde entonces, el músico se convirtió en un objeto de horror y de espanto para la población. El áspero Gómez escribía —dice Sand— que «nosotros *teníamos* una persona que *tenía* una enfermedad contagiosa; en virtud de lo cual nos rogaba que abandonásemos su palacio»… Los tres médicos de la ciudad se reunieron en consulta. *Chopin a Fontana*: «El uno olfateaba lo que yo había expectorado; el otro percutía donde yo había expectorado; el tercero auscultaba mientras yo expectoraba…». Con gran trabajo escapó a sus sangrías y vejigatorios. Habiendo afirmado los médicos españoles, no sin razón, que la tisis era contagiosa, el señor Gómez puso a sus locatarios en la puerta; fue menester ir a instalarse a un convento en ruinas, abandonado por los monjes expulsados: la cartuja de Valldemosa. Un refugiado político que tenía que salir apresuradamente del país les cedió su mobiliario y su celda. A mediados de diciembre partieron para aquel retiro montañoso, a través de los brezales y los asfódelos.

La cartuja de Valldemosa, pequeño convento construido para doce religiosos y un superior, dominaba el mar por dos lados. Habiendo sido dispersada la orden por un decreto de 1836, las celdas habían sido ofrecidas en alquiler por el Estado, pero, por un temor supersticioso, nadie se atrevería a habitarlas. Sand y su «familia» se encontraron solos allí con un farmacéutico, un sacristán y la María Antonia, una vecina que ofrecía sus servicios «por el amor de Dios, *por la asistencia*», pero que, en realidad, se quedaba con las mejores ropas y los mejores bocados. El servicio lo hacían la Catalina, gran hechicera valldemosiana, y la Nina, pequeño monstruo desgreñado. El gusto árabe había dibujado los mosaicos de los oratorios y el claustro. Por la noche, a la luz de la luna, aquellos antiguos edificios adquirían un aspecto fantástico. Solange y Maurice trepaban a los techos por escaleras en espiral.

Montañas verdeantes, rocas fulvas, palmeras solitarias perdidas en un cielo rosa; la decoración y los días de sol eran sublimes. Sin embargo, la

permanencia en Valldemosa fue un fracaso. No pudiendo soportar Chopin la cocina del país, Sand tenía que preparar las comidas. Cuidar, cocinar, explorar las tiendas de Palma, andar bajo la lluvia con los niños, atravesar en malos coches los torrentes crecidos y, al mismo tiempo, rehacer *Lélia*, escribir *Spiridion* —pues necesitaba dinero, y Buloz, que subvenía a las necesidades de los viajeros, reclamaba originales—, era un régimen que convenía a su vigorosa naturaleza. Las águilas volaban por encima de sus lechos. A menudo la niebla envolvía la montaña, y la pequeña lámpara que los ayudaba a guiarse por los claustros desiertos adquiría la apariencia de un fuego fatuo. Jamás hubo vivienda más romántica. Chopin trabajaba en «su celda de puertas más altas que las puertas cocheras de París», despeinado, desaliñado y pálido como siempre. Por fin había recibido su *pianino*, largo tiempo retenido en Palma por las garras de la aduana. Sobre el piano, las obras de Bach y sus propios garrapatos. Pero sufría al sentirse privado de sus costumbres y de sus objetos familiares.

El grupito francés no era querido por sus vecinos, a quienes escandalizaba no asistiendo a misa. El alcalde y el cura decían que eran paganos, mahometanos o judíos. Los campesinos se confabulaban para no venderles pescado, huevos y legumbres como no fuera a precios exorbitantes. La blusa y el pantalón de Solange escandalizaban. Una jovencita de diez años no debía vestirse como hombre. El clima convenía a los niños; Solange resplandecía; Maurice mismo recobraba vida como por milagro. Con su acostumbrada diligencia, su madre los hacía trabajar: «Estoy sumergida con Maurice en Tucídides y compañía; con Solange, en el régimen indirecto y el acuerdo del participio…». Pero Chopin decaía de manera espantable. Su «catarro» —Sand se negaba a admitir que su tos tuviera otra causa— lo sumía en un estado de languidez y debilidad. George sufría por no poderlo alimentar mejor y se encendía en grandes cóleras por un caldo robado por las sirvientas o por un pan fresco que no llegaba. Cuanto más avanzaba el invierno, más paralizaba la tristeza los esfuerzos de alegría y serenidad que hacía Sand.

> El estado de nuestro enfermo empeoraba todos los días, el viento lloraba en la torrentera, la lluvia golpeaba nuestros cristales, la voz del trueno traspasaba nuestras espesas murallas y venía a arrojar su nota lúgubre en medio de las risas y los juegos de los niños. Las águilas y los buitres, enardecidos por la niebla, venían a devorar nuestros pobres gorriones hasta el granado que cubría mi ventana. El furioso mar retenía las embarcaciones en los puertos; nos sentíamos prisioneros, lejos de todo

socorro y de toda simpatía eficaz. La muerte parecía cernirse sobre nuestras cabezas para apoderarse de uno de nosotros, y estábamos solos para disputarle su presa…[10].

El médico del lugar diagnosticaba una tuberculosis de la laringe y aconsejaba dieta y sangrías. George pensaba que éstas hubieran sido mortales y se negaba a creer en la tisis. «Había cuidado muchos enfermos —escribe— y tenía un instinto seguro».

A pesar de tantos sufrimientos, Chopin trabajaba. Durante la permanencia en Mallorca compuso *Baladas* y *Preludios*, muchos de los cuales fueron, según se dice —pero esto es dudoso—, inspirados en sus angustias, cuando George, que saliera con los niños para algún paseo nocturno, se demoraba en regresar.

En vista de la inquietud de nuestro enfermo, nos dábamos prisa (escribe Sand). Esa inquietud, en efecto, había sido muy viva, pero parecía haberse coagulado en una especie de desesperanza tranquila, y tocaba un admirable *Preludio* llorando. Al vemos entrar, se levantó lanzando un gran grito; luego, con aire extraviado, nos dijo en un tono extraño: «¡Ah!, ¡bien sabía yo que estabais muertos!…». Cuando volvió en sí y vio el estado en que nos hallábamos, lo enfermó el espectáculo retrospectivo de nuestros peligros; pero luego me confesó que mientras nos esperaba había visto todo aquello en un sueño y que, no distinguiendo ya ese sueño de la realidad, se había calmado y como adormecido tocando el piano, persuadido de que también él estaba muerto. Se veía ahogado en un lago; pesadas y heladas gotas de agua le caían acompasadamente sobre el pecho, y, cuando yo le hice escuchar el ruido de esas gotas de agua que, en efecto, caían sobre el techo acompasadamente, él negó haberlas oído. Se enfadó incluso porque yo traducía aquello con las palabras *armonía imitativa*. Protestaba con todas sus fuerzas, y tenía razón, contra la puerilidad de esas imitaciones auditivas. Su genio estaba lleno de misteriosas armonías de la naturaleza, traducidas por equivalentes sublimes en su pensamiento musical, y no por una repetición servil de los sonidos exteriores. Su composición de aquella noche estaba llena ciertamente de las gotas de lluvia que resonaban sobre las tejas sonoras de la cartuja, pero, en su imaginación y en su canto, se habían traducido en lágrimas que caían del cielo sobre su corazón[11].

De este modo, en aquel decorado romántico, Chopin daba a luz obras maestras, pero no tardó en tomarle horror a Mallorca. La permanencia en

Valldemosa se convirtió para él en un suplicio; para Sand, en un tormento:

> Dulce, jovial, encantador en sociedad, Chopin enfermo era desesperante en la intimidad exclusiva… Su espíritu estaba desollado en vida; el pliegue de un pétalo de rosa, la sombra de una mosca, le hacían sangrar. Excepto yo y mis hijos, todo le era antipático e irritante bajo el cielo de España. Más que de los inconvenientes de la vida allí, se moría por la impaciencia del regreso[12].

Por fin se decidió el retorno. El viaje de Palma a Barcelona fue horrendo. El aire apestaba a bordo de *El Mallorquín*, que transportaba un cargamento de cerdos vivos. Habiendo observado la tos de Chopin, el capitán le asignó la peor litera para no contaminar las buenas. Los cerdos, a los que los marineros azotaban «para curarles el mareo», lanzaban espantables clamores. Chopin tuvo entonces una abundante hemorragia, y al llegar a Barcelona se encontró a dos dedos de la muerte. De Barcelona a Marsella, el médico del barco francés *Le Phénicien* cuidó con gran esmero al enfermo, pero éste no podía regresar en modo alguno a París en febrero. Sand instaló a toda su «familia», de la que era única responsable, en el *Hôtel de Beauvau*, en Marsella.

> *George Sand a Carlotta Marliani, 26 de febrero de 1839*: Debo darle noticias de mi enfermo, pues sé, mi buena hermana, que se interesa usted por él tanto como yo. Está mucho, mucho mejor; soportó muy bien treinta y seis horas de balanceo y la travesía del golfo de Lyon que, por lo demás y excepto algunos golpes de viento, fue muy tranquila. Ya no escupe sangre, duerme bien, tose poco y, sobre todo, ¡está en Francia! Puede dormir en una cama sin que por ello tengan que quemarla. No ve que nadie se eche para atrás cuando tiende la mano. Se le cuidará bien y tendrá todos los recursos de la medicina[13].

George no fue sensible al encanto de Marsella: «Por poco que asome la nariz a la ventana, bien sea sobre la calle o sobre el puerto, siento que me convierto en pan de azúcar, en caja de jabón o en paquete de espermas. Felizmente, Chopin, con su piano, conjura el tedio y hace regresar a la poesía…»[14]. Los cronófagos «ociosos, curiosos y mendigos literarios» asediaron su puerta.

George Sand a Carlotta Marliani, 15 de marzo de 1839: Hay barahúnda en mi puerta; toda la chusma literaria me persigue y toda la morralla musical anda a la zaga de Chopin. Para defenderlo, lo hago pasar por muerto y, si esto sigue así, enviaremos esquelas comunicando la muerte de ambos, a fin de que nos lloren y nos dejen tranquilos. Pensamos quedamos escondidos en las hosterías todo este mes de marzo, al abrigo del mistral que, de tiempo en tiempo, sopla con bastante violencia. En el mes de abril alquilaremos en el campo alguna *bastide* amueblada. En mayo iremos a Nohant[15].

Aunque los niños hiciesen mucho ruido en tomo de ella, escribía en aquel hotel quince o veinte páginas diarias. Además de *Lélia* transformada traía de Mallorca una novela metafísica y mística: *Spiridion*. Embriagada por Leroux y su filosofía, no quería tratar ya «mediocres» temas sentimentales. *Spiridion* había nacido de la «pequeña religión *puesta* por Leroux», e incluso había sido escrita, en parte, por él. Los conventos de Barcelona y Mallorca habían suministrado el decorado. Era la historia de un monje benedictino, Alexis, que cuenta a un novicio su vida, vinculada a la del fundador del monasterio, el abate Spiridion, que es un símbolo de la humanidad a través de todas las creencias religiosas; era también la historia de la evolución espiritual de la propia Sand, desde el agnosticismo de su infancia hasta el catolicismo exaltado del convento, y la fe de Lamennais y de Leroux luego. Spiridion, judío de nacimiento, ha sido sucesivamente católico, protestante y, finalmente, deísta cristiano. En su tumba están sepultados una copia del Evangelio según San Juan y un manuscrito en que se expone la doctrina de Spiridion. Esta doctrina constituye la síntesis de todas las religiones. Alexis revela ese texto al joven monje Ángel, que es el héroe del libro. En ese momento llegan al convento las tropas republicanas francesas, que matan al viejo Alexis. Pero éste muere sin odio porque sabe que sus asesinos, que se baten por la libertad y la igualdad, ayudarán al avance de sus ideas.

No es difícil imaginar que estas disertaciones místico-revolucionarias exasperaran al público de la *Revue des Deux Mondes*. Los propios amigos fruncían el ceño. *Sainte-Beuve a la señora Juste Olivier*: «¿Comprende usted *Spiridion*? Dicen que el padre Alexis es el señor de Lamennais y que el famoso Ebro de *L'Esprit* es la *Encyclopédie* de Leroux. Hablo al azar, sin haberlo leído ni tener ganas…»[16]. La señora d'Agoult, que ella sí lo había leído, decía: «No he comprendido nada». Verdad es que no procuraba entender. Buloz suplicó a Sand que regresase a la tierra. El público quería otra

Indiana, otra *Lélia*. Pero ella estaba convencida de que con estas divagaciones metafísicas iba hacia un arte más grande. Y reincidió con *Les Sept Cordes de la Lyre*, detestable pastiche del *Fausto* de Goethe.

> *George Sand a Carlotta Marliani, 17 de marzo de 1839*: Tengo que decirle que todo lo que es un poco profundo en la intención espanta al Bonnaire y al Buloz, porque sus suscriptores prefieren los novelines como *André*, que lo mismo llegan a las bellas damas que a sus camareras. Esos señores esperan que les dé pronto una novela a lo Balzac. Por nada del mundo querría yo condenarme a trabajar eternamente en ese género, y espero haber salido de él para siempre. No se lo diga usted a nuestro zopenco, pero a menos que se me ocurra un tema en que esas pequeñas formas ordinarias puedan envolver una gran idea, no volveré a hacer nada en aquel estilo…[17].

Continuaba cuidando a Chopin con una devoción absolutamente maternal. «No puedo salir, pues mi pobre Chopin no puede quedarse solo; se aburre cuando nuestro pequeño barullo de niños y lecturas no rodea su sillón…»[18]. *A Bocage*: «Querido hermano… Le respondo de la ciudad de los focenses, que no es más fócida que usted o yo. Tal cual, la encuentro encantadora después de España. Chopin recupera una relativa gordura, ya casi no tose y vuelve a estar alegre como un jilguero cuando no sopla el mistral…»[19]. Cuando estuvo mejor lo llevó a Génova, peregrinación Musset, como llevara antes a Mallefille a Franchard. Los *Fellows*, que vivían entonces en Lucca, los invitaron. Pero George desconfiaba. Y no se equivocaba. Marie d'Agoult, gran epistológrafa, desde hacía algunos meses describía a Carlotta Marliani, sin benevolencia alguna, las ridiculeces de George «enchopinada».

> *Marie d'Agoult a Carlotta Marliani, Florencia, 9 de noviembre de 1838*: El viaje a las islas Baleares me divierte. Lamento que no se realizara un año antes. Cuando George se hacía sangrar, yo siempre le decía: «En su lugar, ¡querría más a Chopin!». ¡Cuántos lancetazos ahorrados! Además, no hubiera escrito las *Lettres a Marcie*, ni hubiese hecho suyo a Bocage, y todo esto hubiera sido tanto mejor para algunas buenas gentes. ¿Durará mucho la instalación en las islas Baleares? Por lo que conozco de uno y otro, no se soportarán al cabo de un mes de cohabitación. Son dos naturalezas *antipódicas*, pero qué importa, es muy bonito y no sabrá usted cuánto me alegro por ambos. ¿Y Mallefille? ¿Qué es de él con todos estos

conflictos? ¿Va a retemplar su orgullo castellano, como decía él, en las aguas del Manzanares? ¿Es que acaso tenía razón George cuando tan a menudo me certificaba que era agresivamente necio y ridículo? Jamás me ha alarmado mucho «el estado de salud» de Maurice. En todo caso, sería un extraño remedio para las palpitaciones del corazón el sol de España. Tiene usted mucha razón de admirar el talento de Chopin: es la deliciosa expresión de una naturaleza exquisita. Es el único pianista que puedo oír, no solamente sin fastidio, sino con un profundo recogimiento. Deme detalles de todo esto. ¿Cura usted las heridas de Bocage, o le tiene también usted en desgracia? Lamento de verdad no poder charlar con usted de todas estas cosas; le aseguro que no hay cosa más divertida…[20].

Lamennais, a quien se le mostró esta carta y que encontraba un placer satánico «en malquistar a esas hembras», aconsejó a Carlotta que se la comunicase a Sand, lo que hizo la Marliani. George, justamente irritada, escribió a través de la primera página: *¡He aquí cómo ciertas amigas la juzgan y presentan a una!* Habiéndole hecho jurar Carlotta que no revelaría el origen de la advertencia, juzgó más sencillo no volver a contestar a las cartas de la señora d'Agoult: «No me gusta simular la amistad». Sorpresa de los *Fellows*, que se quejaron al mayor Pictet:

Liszt al mayor Pictet, Roma, agosto de 1839: George Dudevant Kamaroupi nos ha dejado sin noticias desde la era de Chopin… —nueve meses aproximadamente—. Las últimas producciones del doctor Piffoël —*Les AMini, Spiridiou* y *Les Sept Cordes de la Lyre*— me han dejado una impresión penosa. *Lélia* y las *Lettres d'un Voyageur* son, sin duda, algo muy distinto. Evidentemente, hay cansancio, agotamiento, decadencia desde entonces. Pero esperemos todavía; y puesto que hemos sido sus amigos, digamos estas cosas solamente en voz baja y entre nosotros…[21].

Como si la maledicencia pudiese ser confidencial… Entre tanto, Chopin y Sand, a fines de mayo de 1839, partían de Marsella para Nohant, haciendo pequeñas jornadas y «durmiendo en las hosterías como buenos burgueses».

III. «Mis tres hijos»

El Berry en junio. Sol ardiente. Alegría de trabajar en el hogar y de reinar en su casa. El día en que Chopin entró a Nohant, George escribió con lápiz en la hoja izquierda de una ventana de su alcoba una fecha que todavía puede leerse allí: *19 de junio de 1839*. ¿Era para marcar el comienzo de una nueva vida? Es lícito pensarlo. Había comprendido que la época de las «cabalgatas» había pasado. Jefe de familia se sentía ahora responsable de tres hijos: Chopin, Maurice y Solange. Con meritoria constancia iba a tratar de vivir exclusivamente para ellos y para su arte. Todos sus verdaderos amigos esperaron entonces que su vida tomara otro rumbo «lleno de dulce intimidad y casi patriarcal». Sin ironía ni reproches hacían sitio a Chopin en el círculo familiar. A partir de 1839 sus cartas a Sand terminan con esta fórmula: «Abrazos para Chopin, Maurice y Solange». Facilitaba la situación la extremada decencia de Chopin, que nunca hablaba de Sand en otros términos que *mi huésped* o *la dueña de casa*.

Aquel primer verano en Nohant fue feliz. Chopin, sin embargo, no amaba el campo. «Siempre quería estar en Nohant y nunca soportaba a Nohant… Sus deseos campestres se saciaban pronto. Se paseaba un poco, se instalaba bajo un árbol o recogía algunas flores. Luego volvía a encerrarse en su cuarto…». No podía participar en la vida al aire libre, que encantaba a George y a los niños. Pero se sentía mejor y su piano cantaba de la mañana a la noche. «Ha hecho cosas encantadoras desde que está aquí», escribía George. En efecto, aquel verano compuso la *Sonata* en si bemol menor, el segundo *Nocturno* y tres *Mazurkas*. El gusto musical de su amiga le era precioso. Era una «fina auditora». A fuerza de conocerlo lo comprendía como se comprendía él mismo y, al escucharlo tocar, seguía su vida interior, vida siempre secreta de la que sólo su música era la expresión misteriosa y vaga.

> *Diario de Chopin, 12 de octubre de 1839*: Me dicen que estoy mejor. La tos y los dolores han cesado. Pero siento un mal en el fondo de mi ser. Los ojos de Aurore están velados. Sólo brillan cuando yo toco; entonces el mundo es claro y bello. Mis dedos se deslizan suavemente sobre el teclado, su pluma vuela sobre el papel. Puede escribir escuchando música. Música por encima, al lado, música de Chopin, dulce, pero clara como palabras de amor. Por ti, Aurore, me arrastraría por el suelo. Nada me resultaría excesivo, ¡te lo daría todo! Una mirada, una caricia tuya, una sonrisa tuya cuando estoy fatigado. Sólo quiero vivir pata ti; para ti quiero tocar dulces melodías. ¿No serás demasiado cruel, querida, con tus ojos velados?…[22].

¿No serás demasiado cruel? ¿Era, acaso, cruel con él? Ciertamente, no. Pero en su cariño había un matiz de condescendencia. No es que admirase menos al músico y al poeta. Pero la experiencia de Mallorca y la recaída, tan grave, que le siguiera, habían probado a George que Chopin no estaba hecho para los placeres del amor. Siempre enfermo, no los soportaba, y, a pesar de sus súplicas, Aurore bien pronto lo obligó a una moderación que no tardó en convertirse en abstención total. Mucho más tarde —el 12 de mayo de 1847—, Sand escribirá a Albert Grzymala, el confidente de la pareja:

> Hace siete años que vivo como una virgen con él y con los demás. Me he envejecido antes de tiempo, y hasta sin esfuerzo ni sacrificio, tan fatigada estaba de pasiones, y desilusionada, y sin remedio. Si alguna mujer sobre la tierra podía inspirar la confianza más absoluta, era yo, y él no lo comprendió nunca… Bien sé que las gentes me acusan, las unas de haberlo agotado con la violencia de mis sentidos, las otras de haberlo desesperado con mis locuras. Creo que tú sabes lo que hay de cierto en eso. Él se queja conmigo de que lo he matado con la privación, en tanto que yo tenía la certidumbre de matarlo si obraba de otro modo…[23].

No hubiese sido humano Chopin si no sufriera con aquella actitud y si no la atribuyera a otros amores; pero esto fue solamente más tarde cuando sus celos injustos parecen haberse hecho intolerables.

Con gran pesar de George, en otoño tuvieron que partir de Nohant. En París no dejaba de tener el corazón «henchido de suspiros» pensando en las tierras aradas, en los nogales en torno a los barbechos, en los bueyes *briolés*[24] por la voz de los labradores: «No hay que darle vueltas: cuando uno nace campesino, jamás se acostumbra al ruido de las ciudades. Me parece que el barro de nuestra tierra es un hermoso barro, en tanto que el de aquí me hace mal al corazón»[25]. Pero Chopin tenía que volver a sus discípulos. Y la misma Sand deseaba vivir en París por economía. El sostenimiento de la casa era duro en Nohant. La castellana, saqueada, no quería hacer economías «para que no la acusaran de avaricia». Diariamente, los amigos se invitaban a su mesa, y, antes de levantarse, ya eran una docena. Gastaba allí mil quinientos francos mensuales; en París, solamente la mitad. De modo, pues, que «la familia» decidió instalarse en París. En un comienzo, George Sand y sus hijos ocuparon «dos pabellones separados de la calle por un vasto y bonito jardín, en el número 16 de la *rue* Pigalle», y Chopin un apartamiento en el 3 de la *rue* Tronchet. Pero Chopin necesitaba, de manera continua, un apoyo moral y

vigilantes cuidados. Acabó, pues, por instalarse en la *rue* Pigalle. Esta cohabitación duró tres años (de octubre de 1839 a noviembre de 1842). Balzac visitó el apartamiento y lo describió a «su Eve», con su habitual precisión de tasador y novelista:

> *Balzac a Éveline Hanska, 15 de marzo de 1841*: Vive en el número 16 de la *rué* Pigalle, al fondo de un jardín, sobre las cocheras y establos de una casa que da a la calle. Tiene un comedor con muebles de roble tallado. Su saloncillo es de color café con leche, y el salón en que recibe está lleno de jarrones chinos, soberbios, llenos de flores. Hay siempre una jardinera llena de flores. Los muebles son verdes; hay un aparador lleno de curiosidades, cuadros de Delacroix y su retrato pintado por Calamatta… El piano, recto, es magnífico, de palisandro. Chopin está siempre allí. Ella sólo fuma cigarrillos. No se levanta hasta las cuatro de la tarde, hora en que Chopin concluye sus lecciones. Se sube a su casa por una escalera de las llamadas de molinero, recta y empinada. Su alcoba es marrón; su lecho, a la turca, está formado por dos colchones. *Ecco, contesta!*…[26].

En 1842, la servicial y temible señora Marliani encontró, para Chopin y Sand, dos apartamientos en la plaza de Orléans, especie de vecindario con buena luz, calles enarenadas y árboles. La casa, con un aire noble de palacio a la Italiana, en la que vivía también la Marliani, quedaba en el número 80 de la *rue* Taitbout, en la que permanece intacto todavía este decorado. En la misma plaza vivían no solamente los Marliani, sino el escultor Dantan, la bailarina Taglioni y la joven pareja Viardot. Louis Viardot, escritor y hombre político de izquierda, era desde 1838 amigo muy querido de Sand, a la que lo había presentado Pierre Leroux. Paulina García, hermana de María Malibrán, muchacha de voz maravillosa, había sido incorporada en otro tiempo a la vida de George por Musset, que cortejaba a la vez a la Malibrán, cantante, y a Rachel, trágica. Sand quería a Paulina García y, más tarde, la relacionó con Viardot, buen muchacho al que ella juzgaba digno de aquella chica encantadora. Los Viardot tuvieron muchos hijos y llamaban a Sand «nuestro buen genio».

La plaza de Orléans se convirtió, de este modo, en una especie de falansterio: «Incluso hemos resuelto poner sólo una olla y comer todos juntos en casa de la señora Marliani, lo que es más económico y más divertido que quedarse cada cual en casita…»[27]. Por la noche se reunían para hacer sesiones de música y lectura. Sand y Chopin habían unido sus amigos. Los de

Sand eran Pierre Leroux, Delacroix, Balzac, Heinrich Heine, Emmanuel Arago, apodado *le Bignat*, Bocage, Marie Dorval, Hortense Allart y todos los «berrichones»; los de Chopin, músicos, mujeres de sociedad y polacos: la princesa Sapieha, la princesa Marceline Czartoryska, Mickiewicz —poeta exiliado y profesor del Colegio de Francia—, la condesa Delphine Potocka, cuya voz admiraba Chopin, James y Betty Rothschild. El resultado de esta mezcla fue que Sand se hizo eslavófila y cantó la gloria de Mickiewicz, en tanto que Chopin se hacía íntimo amigo de Eugene Delacroix, que compartía su dandismo. Sensitivos e impresionables ambos, aristócratas de maneras y de ideas, estaban más próximos el uno del otro que de su democrática amiga.

Heinrich Heine, otro de los familiares de la plaza de Orléans, agradaba a Sand por su ingenio. Como todo el mundo, había estado enamorado de ella, pero esta «loca pasión» no coronada no había durado. La llamaba «Mi querida prima»; terminaba sus cartas diciéndole: «Mi corazón besa al vuestro»; escribía: «Le devuelvo su novela, que se le parece mucho: es bella…». Divertía a Sand diciendo de Musset que era «un joven con un gran pasado». Ignoraba que a ella la llamaba la *Emancimatriz*. No podía resistir al placer de hacer una frase, pero admiraba a la mujer y al escritor. Nadie describió mejor su grandeza y su serenidad: «Qué bella es George Sand y cuán poco peligrosa es, incluso para los perversos gatos que la acarician con una mano y la arañan con la otra; aun para esos perros que más ferozmente ladran contra ella; como la luna, ella los mira desde lo alto y con dulzura…»**[28]**.

Ella continuaba hablando de Chopin con ternura: «Es siempre bueno como un ángel. Sin su amistad perfecta y delicada perdería a menudo el valor. Chopin tose siempre un poquito. Es el más gentil, el más reservado y el más modesto de los hombres de genio…». Por razones de economía, no lo llevó a Nohant ni fue ella tampoco en 1840, pero durante los seis veranos posteriores —1841-1846— rehízo allí el nido de sus tres polluelos. De la noche a la mañana, oleadas de música escapadas del piano de Chopin subían hasta George, que trabajaba en el piso de arriba, mezcladas al olor de los rosales y al canto de los pájaros. Cuando estaba allí Paulina Viardot cantaba, acompañada por Chopin, las viejas y casi desconocidas partituras de Porpora, de Marcello, de Martini. A los ojos de los tres amigos, el *Don Juan* de Mozart era el ideal de lo Bello. Mozart y Bach no abandonaban nunca el atril del piano. A menudo Delacroix, para quien habían arreglado un estudio en Nohant, Chopin y Maurice, que tenía ahora más de veinte años, hablaban de sus artes; Sand escuchaba soñadora. Escribía por entonces *Consuelo*, la mejor de sus novelas, y Paulina Viardot le servía de modelo para pintar a una

cantante de genio. He aquí la descripción que hace George de estas veladas de Nohant:

> Chopin se halla al piano y no se percata de que le escuchan. Improvisa como al azar. Se interrumpe.
>
> —¡Vamos, vamos! —exclama Delacroix—, ¡no ha concluido usted!
>
> —Ni he comenzado tampoco. No se me ocurre nada…, sólo reflejos, sombras, relieves que no quieren fijarse. Busco el color, y ni siquiera encuentro el dibujo.
>
> —No encontrará usted al uno sin el otro —continúa Delacroix—, y va usted a encontrarlos juntos.
>
> —Y ¿si sólo encuentro el claro de luna?
>
> —Habrá encontrado el reflejo de un reflejo.
>
> La idea gusta al divino artista. Sigue tocando, sin que parezca recomenzar, tan vago y como incierto es su dibujo. Poco a poco, nuestros ojos se llenan de suaves matices que corresponden a las dulces modulaciones que el sentido auditivo apresa. Y luego resuena la nota azul, y henos aquí en pleno azur de la noche transparente. Las nubes ligeras adquieren todas las formas de la fantasía; llenan el cielo; van a aglomerarse en torno de la luna que les arroja grandes discos de ópalo y despierta al color dormido. Soñamos con una noche de verano. Esperamos al ruiseñor…[29].

Fue Chopin quien inventó el teatro de Nohant. En un comienzo improvisaba al piano mientras la gente moza representaba escenas o bailaba *ballets* cómicos. «Los conducía a su guisa y, según su fantasía, los hacía pasar de lo agradable a lo severo, de lo burlesco a lo solemne, de lo gracioso a lo apasionado…»[30]. El propio Chopin tenía un verdadero genio de mimo y, de vez en cuando, se levantaba y aparecía detrás del piano para hacer una extraordinaria imitación del emperador de Austria o de un viejo judío polaco. Agréguense los paseos al bosque, Chopin sobre un asno, los demás a pie; las danzas aldeanas sobre el prado, con tocadores de cornamusa que sugirieron a Sand el tema de los *Maîtres Sonneurs*, y se tendrá alguna idea del brillo alegre y encantador de aquel paraíso romántico.

Nada daría una impresión más falsa que el describir, de 1840 a 1843, un Chopin siempre enfermo, devorado por una bacante insaciada. La influencia de Sand sobre su obra y sobre su vida fue entonces totalmente benéfica, tanto por los consejos que le dio, cuanto por los cuidados que le prodigó. En aquellos veranos de Nohant, Chopin fue tan dichoso como podía serlo.

Desgraciadamente, ni su carácter ni su enfermedad le permitían serlo por mucho tiempo. Muchos amigos compadecían a George. Mickiewicz, no obstante ser compatriota de Chopin, decía que éste era «el genio malo de George Sand, su vampiro moral, su cruz», y «que acaso terminara matándola». Después de una comida en casa de ellos, la señora Juste Olivier juzgó dudoso que Chopin pudiera hacer la felicidad de Sand: «Es un hombre espiritual y de talento —escribía en su diario—, encantador, pero no creo que tenga corazón…»[31].

Juicio demasiado severo. Chopin tenía corazón, pero, como todos los nerviosos, estaba de tal manera obsedido por sus repugnancias, que no podía colocarse en el lugar de los demás, que es el secreto supremo de la amistad. En política no se entendía con Sand; no admitía a ciertos hombres que ella admiraba ni las formas vehementes de sus juicios. Le tomaba tirria a las personas —por ejemplo, a su propia discípula Marie de Rozières, cuyas relaciones demasiado evidentes con el conde Wodzinski censuraba— y las atacaba tanto más cuanto más las defendía George. Acostumbrada a sus encaprichamientos y «desencaprichamientos» enfermizos, ella cambiaba entonces de tema, como se hace con un niño. De otro modo, «habría habido motivo para todo un día de silencio, de tristeza, de sufrimientos, de extravagancias…»[32]. George no se atrevía ya a invitar a Nohant, al mismo tiempo con Chopin, a los poetas proletarios que protegía. Hippolyte Châtiron irritaba al músico con sus farsas ruidosas y sus gracias de oso. En París le chocaban los trajes y los modales de los visitantes de la señora Sand, descritos por Elizabeth Barrett Browning:

> Multitud de hombres mal educados la adoran de rodillas, ¡entre bocanadas de tabaco y salivazos!… Un griego la tuteaba dándole grandes abrazos; un actor, de increíble vulgaridad, ¡se arrojaba a sus pies llamándola sublime! Caprichos de la amistad, decía entonces, con un desdén tranquilo y dulce, la mujer superior…[33].

Este ambiente, que divertía a Sand, exasperaba a Chopin. No obstante, durante largo tiempo, el desacuerdo político, los gustos discordantes y los celos no impidieron que se mantuviera de parte y parte una profunda amistad, amorosa en Chopin, maternal y admirativa en Sand. Ella continuaba velando a su enfermo con solicitud infinita. Si se iba solo a París se apresuraba a prevenir a la señora Marliani, a fin de que tuviese agua caliente para su baño y encontrase aireada la habitación.

Ahí tiene usted a mí pequeño Chopin; se lo confío; cuídelo a pesar suyo. Se maneja mal cuando no estoy con él, tiene un criado bueno, pero estúpido. No me preocupo por sus comidas, porque lo invitarán a todas partes… Pero por la mañana, con la prisa de sus lecciones, temo que olvide tomarse una taza de chocolate o de caldo que yo le hago tragar a la fuerza… Chopin está bien de salud ahora; lo único que necesita es comer y dormir como todo el mundo…[34].

Ella lo había, no cucado, sino mejorado con sus atenciones, y estaba siempre lista a abandonar todo para ir a cuidarlo. Por su parte, el «pequeño Chopin», su *Chip*, su *Chipette*, su *Chopinsky*, seguía totalmente entregado a ella. Cuando George guardaba cama —lo que le sucedía bastante a menudo, pues toda la vida se quejó del hígado y de los intestinos— había que verlo ejercer sus funciones de enfermero, diligente, ingenioso, fiel. Sobre todo, continuaban comulgando en el amor a la belleza. Una noche, en Nohant, ella habló ante él, como sabía hacerlo, de la paz del campo y de las maravillas de la naturaleza. «¡Qué hermoso es lo que has contado!», dijo Chopin. «¿Te parece? —respondió ella—. Pues bien: tradúcelo en música». Inmediatamente, Chopin improvisó una verdadera sinfonía pastoral. George Sand, de pie a su lado, con una mano afectuosamente puesta sobre su hombro, murmuraba: «¡Ánimo, dedos de terciopelo!».

¿Quién sabe si, sin esa mano sobre su hombro y sin la mágica influencia de Nohant hubiese compuesto Chopin tantas obras maestras en el curso de su breve existencia? ¿Quién sabe si, incluso, habría vivido?

IV. Muerte de una amistad

Se habrá observado, sin duda, que entre los visitantes de Nohant y de la *rue* Pigalle no figuraban ya los primeros amigos de la pareja Chopin-Sand: Liszt y su Princesa. Los sarcásticos comentarios de Marie d’Agoult, comunicados a George por Carlotta Marliani, habían creado una situación insoluble. Habiendo prometido Sand no nombrar a su informadora, no podía quejarse; Marie, ignorante de que Carlotta la había traicionado, no comprendía el silencio obstinado de Nohant, que ella decía ser «tan inexplicable como la nariz respingada de mi hijo», Daniel Liszt. En sus cartas a la señora Marliani continuaba hablando libremente de Sand.

Marie d'Agoult a Carlotta Marliani, Pisa, 23 de enero de 1839: Le ruego me diga, mi bella consulesa, ¿por qué juzga usted, desde lo alto de su sabiduría *a priori*, que soy incapaz de querer y comprender a mis amigos? Y ¡esto a propósito de la persona más fácil de comprender que haya en el mundo, que es nuestra pobre Piffoël! ¿Cómo quiere usted que tome yo en serio lo que ella misma no puede tomar en serio, como no sea en esos breves instantes en que el genio poético se apodera de ella y le hace tomar los guijarros por diamantes y las ranas por cisnes? En modo alguno le pido a usted que me hable de ella para nada distinto de informarme si está viva o muerta. Cuando estuve en su casa, hacía todo lo posible por no saber ciertos detalles de su vida, que no tienen nada que ver con los sentimientos que me inspira. Después, ha sido el público el que me ha informado; usted sabe que éste suele saber pronto lo que no le importa. Por lo demás, ¡George quiere que así sea! Lo único verdaderamente serio para mí, y se lo diría a ella misma si estuviese aquí, es el amodorramiento de su talento. Después de las *Lettres a Morete* —que no cuentan, ya que no fueron continuadas ni desarrollaron ninguno de los temas que indicaban—, sólo ha hecho novelas sin valor. Es evidente que ha terminado el período de la emoción (período tan magníficamente revelado por *Lélia* y las *Lettres d'un Voyageur*). Hoy serían necesarios el estudio, la reflexión, la concentración de las ideas; pero no serán Bocage, ni Mallefille, ni Chopin quienes la ayuden o dirijan por esta nueva vía. Entre nos, me parece que la señora Allart entiende mejor esta parte de su existencia. Después de todas las locuras a que mueve la pasión, ha llegado a ver en el amor sólo una cuestión fisiológica. Cuando la castidad le resulta intolerable, toma un amante al que no engaña, que no ejerce influencia alguna sobre ella y que para nada entra en su vida. Hace, en fin, lo que hacen los hombres que satisfacen un deseo físico. Lo hace deplorando esa necesidad de su organismo, pero permaneciendo superior a todo ello por la perfecta conciencia de sí misma y la absoluta lealtad…[35].

En agosto de 1829, estupefacta y un poco inquieta por no recibir ya ninguna respuesta de George, pidió a Carlotta transmitir un último llamamiento.

Marie d'Agoult a George Sand, al cuidado de la señora Marliani: Villa Maximiliana, cerca de Lucca, 20 de agosto de 1839.

Mi querida George: acaso la asombre mi insistencia en escribirle, pues su absoluto silencio desde hace dieciocho meses, el silencio que parece haberle impuesto usted a Carlotta con respecto a usted misma, y sobre todo

el no haber contestado usted a mi última carta, en la que le rogaba pasara el verano con nosotros, dicen claramente que nuestras relaciones se han hecho incómodas para usted. Pero, habiendo sido para mí esas relaciones cosa seria y habiendo cambiado entre nosotras ciertas palabras que, también para mí, tenían un sentido inalterable, me es imposible, aunque sólo fuese por respeto a mí misma, permitir que se desate, sin causa conocida, un vínculo que, en mi pensamiento, debía durar tanto como nosotras.

No puedo admitir que tenga usted queja de mí, pues sin duda, en ese caso, usted se habría apresurado a decírmelo, a fin de que una explicación cordial pusiera fin cuanto antes a ese malentendido pasajero. Es éste, a la vez, el más sencillo y riguroso deber de la amistad. Por lo demás, por mucho que hurgue en los repliegues de mi conciencia, no encuentro la sombra de la apariencia de una falta. También Franz se pregunta cómo es posible que las relaciones íntimas de usted con un hombre, que él se cree con derecho a llamar su amigo, hayan tenido por resultado inmediato la cesación de comunicación entre nosotros… A decir verdad, ya en otra ocasión, la *intimidad* de usted con otro de nuestros amigos, tuvo más o menos el mismo efecto. Desde entonces me anunció usted su intención «de escribirme menos a menudo»; lo que en aquella ocasión le dijo Franz la hizo aplazar, diferir lo que acaso ya estaba decidido en su espíritu: el alejamiento gradual y la cesación de nuestras relaciones. Todavía me niego a aceptar las explicaciones que podría darme a mí misma de este extraño procedimiento. Frecuentes advertencias, y la desalentadora experiencia de tantos afectos rotos en su pasado, no me parecen hasta ahora suficientes para motivar estas tristes conclusiones: que es usted incapaz de un sentimiento durable; que el primer capricho privará siempre sobre los afectos probados; que para usted no hay palabras que obliguen; que entrega usted al azar de cualquier viento los repliegues más profundos de su alma y que en su corazón no hay asilo en que los seres que le fueron queridos hallen abrigo contra el insulto del recién llegado.

Todavía espero y, permítame que lo diga, *deseo* sinceramente una explicación digna de usted y de mí, que ponga término a un estado de cosas aflictivo e inaceptable. Si, no obstante, persiste usted en el silencio, sabré que ha *querido* romper. La misma volubilidad que la arrastrara hasta traicionar una amistad santa la ayudarla probablemente a olvidarla. Fase lo que pase, yo guardaré un religioso recuerdo y sepultaré en el silencio de mi corazón todo lo que pudiera empañarlo o alterarlo.

Franz quería escribirle, pero su carta sólo podría repetir la mía. Le ahorro a usted un fastidio, o un pesar, quitándole la pluma de las manos

porque, se lo repito, todavía me es imposible creer que usted renuncie deliberadamente a dos amigos a toda prueba.

MARIE[36].

Marie d'Agoult a George Sand (carta adjunta a la anterior):

Pisa, 18 de septiembre de 1839.

Por la fecha de la carta que acompaña a ésta, verá usted que ha sufrido una gran demora. Ignorando dónde se hallaba usted, se la había enviado a Carlotta. Esta me la devuelve, diciéndome que *el efecto sería verosímilmente opuesto al que yo deseo*.

Cada vez entiendo motos. En todo caso, siendo el efecto que ante todo deseo yo una explicación franca y clara, le envío la carta sin cambiar nada en ella. Ni a usted ni a mi nos conviene continuar en lo inexplicado y lo inexplicable. Espero una respuesta inmediata. Diríjala a Pisa: Hotel delle Tre Donzelle[37].

George Sand comunicó estos papeles a Carlotta Marliani, pidiéndole consejo sobre la mejor manera de romper. Deseaba responder, en primer término para disculpar a Chopin, a quien Arabella podía suscitar, en el mundo musical, dificultades que él, tan nervioso, tan discreto, tan exquisito, no merecía: «Le daré una respuesta breve, pero firme, sin cólera ni hiel… La maldad de una mujer jamás me ha conmovido. Es algo que observo fríamente…». Comprendería muy bien que Carlotta continuase recibiendo a aquella persona «infinitamente espiritual, graciosa y de buena compañía». Los encuentros serían, pues, inevitables.

Observe, sin embargo, que esos encuentros pacíficos, cuya necesidad reconozco, no serán posibles sin una explicación entre las tres. De otro modo, a la primera ocasión, ella hará un escándalo y representará una gran escena de comedia. ¡La conozco! Es admirable en las escenas de dignidad. Esto sería muy risible para todo el mundo, excepto para usted, dueña de casa, y para mí…[38].

De modo, pues, que George exigía una explicación entre las tres… y firmeza. La Marliani debió sentirse muy fastidiada. Le sería preciso confesar su indiscreción a Marie. No salió muy mal del paso.

Carlotta Marliani a Alarte d'Agoult, 1.º de octubre de 1839: Mi querida Marie: hay una explicación que le debo a usted, que me debo a mí misma, y que siempre tuve la intención de darle de viva voz a su regreso a Paris. Una circunstancia especial: la llegada de la señora Sand, a la que espero en breve; luego la persistencia suya en pedirle cuentas de su silencio para con usted; finalmente la carta que usted me dice haberle enviado tal como la lei yo, me deciden a abrirme a usted, desde ahora, con entera franqueza. ¿Recuerda usted, sin duda, las dos cartas que me escribió el 9 de noviembre y el 23 de enero? En ellas me hablaba de mi amiga con una sequedad, una frialdad y una ligereza amargas, que me hirieron profundamente, como se lo manifesté en mi respuesta y posteriormente con mi silencio absoluto sobre ese penoso tema. Hasta entonces, yo había creído en su afecto por la señora Sand, por quien había tenido yo el placer de conocerla.

Convencida desde entonces de que ella no tenía en usted a una amiga, hice lo que me parecía ordenarme el profundo cariño que por ella tengo. Habiéndome hablado George de usted y de la demora que había tenido en contestarle, le escribí diciendo que yo pensaba que no debía contar con la amistad de usted, que creía mi deber advertírselo, pero que no me pidiese mis, pues no le respondería. George jamás me hizo una pregunta. Jamás le he hablado yo de sus cartas, ni se las mostraré nunca.

Que esta advertencia de mi parte haya sido tina imprudencia, que me haya equivocado acerca de lo que debía a una persona que me es tan cara, es posible. Todo lo que puedo asegurar a usted es que mi intervención —de la que *usted* se quejará acaso, pero de la cual, por la manera como comprendo y siento los deberes de una sincera amistad, yo no podría arrepentirme— no tuvo otro motivo que los que acabo de expresarle…**[39]**.

De este modo se restableció la correspondencia directa entre George y Arabella. George no guardó miramientos con su antigua amiga, en la que sintiera siempre a una enemiga. La carta merece ser leída entera. Tan notable es por la firmeza del estilo como por la finura de los análisis.

George Sand a Marie d'Agoult: No sé coa exactitud lo que la señora Marliani le haya dicho últimamente, Marie. Sólo a ella me he quejado de usted… Usted se queja de mí a muchos otros que me odian y me calumnian. Si vivo en un mundo de chismes, no soy yo su creador y trataré de seguirla a usted en él lo menos posible.

No sé qué llamamiento hace usted a *nuestro pasado*. No comprendo bien. Usted sabe que yo me lancé a su amistad obsequiosa con abandono,

incluso con entusiasmo. El *encaprichamiento* es una ridiculez mía de la que usted se burla, muy poco caritativamente, en el momento en que destruye el que por usted tuve. Usted entiende la amistad diferentemente de como la entiendo yo, y se gloría bastante de ello para que pueda decírselo. No aporta usted a ella la menor ilusión, la menor indulgencia. Sería preciso, entonces, poner en ella una lealtad irreprochable y tener, frente a las gentes que usted juzga, la misma severidad que tiene al hablar de ellas. Por poco amable que fuese, la gente se habituaría a esta manera de ser; y al menos podría beneficiarse de ella, la pedantería siempre sirve para algo; la maldad no sirve para nada. Pero usted sólo tiene dulces palabras, tiernas caricias, y hasta lágrimas de efusión y simpatía con los seres que la aman. Y luego, cuando habla de ellos y sobre todo cuando escribe de ellos, ¡los trata con una sequedad y un desdén!… Se burla usted de ellos, los denigra, los rebaja y hasta los calumnia, con una gracia y una ligereza encantadoras. Es un despertar un poco brusco y una sorpresa asaz desagradable para las gentes que trata usted así, y debe serles lícito quedarse al menos pensativos, mudos y consternados durante algún tiempo. Lo que hace usted entonces es inaudito, inexplicable. Les dirige reproches, esos reproches que causan orgullo y placer cuando provienen de gentes de las que uno se cree querido, pero que ocasionan pesar y piedad si vienen de quienes uno se sabe odiado. Les hace usted esas injurias que, en la amistad herida, revelan el dolor y la nostalgia, pero que, en otros casos, sólo traicionan el despecho o el odio. Sí, ¡*el odio*, mi pobre Marie! No trate de hacerse ilusiones a sí misma: usted me odia mortalmente. Y como es imposible que esto se haya producido sin motivo, desde hace un año, sólo puedo explicarlo a usted reconociendo que me ha odiado siempre. ¿Por qué? Lo ignoro. Ni siquiera lo sospecho. Pero hay antipatías instintivas contra las cuales se debate uno en vano. A menudo me ha confesado usted haber experimentado esa antipatía para conmigo antes de conocerme; vea, pues, cómo explico su conducta desde entonces; me gusta ver en todo el lado bueno de las cosas; es una manía de la que me enorgullezco. Afecta usted a Liszt, como lo es, y viendo que los sarcasmos de usted afligían la amistad que él me tenía, quiso usted darle una noble prueba de cariño; intentó un esfuerzo inmenso sobre sí misma. Le persuadió de que me quería y acaso llegara a persuadirse usted misma… Por eso me quiso usted, inconstantemente, vencida acaso algunas veces por la amistad que yo le profesaba a usted… pero recayendo en su aversión en cuanto yo no estaba presente y encontraba usted la oportunidad de aliviarse de un poco de la acritud largo tiempo contenida. Creo que si desciende usted al fondo de su corazón, encontrará en él todo esto; y de este modo, la excuso y la compadezco. Acaso la admirara si no fuese yo la víctima de

esta desdichada tentativa suya; pero debe permitírseme que lamente el error en que tuve la imprudencia y la precipitación de caer; me debe ser licito, sobre todo, lamentar que usted no haya podido hacer una de las dos cosas: u odiarme francamente —como yo no la conocía, esto no me hubiese causado mal alguno— o amarme francamente. Esto hubiera probado que no sólo teníamos sueños e intenciones magnánimos, sino facultades para tales sentimientos. Fue, pues, un sueño que tuve; muchos otros he tenido, según usted. Es un poco cruel burlarse de esta facultad mía de tomar, como dice usted, las vejigas por linternas, a tiempo que me arranca una de esas ilusiones que me eran más caras.

Ahora está usted encolerizada conmigo; es natural. Hay una vieja frase de la Bruyère al respecto. Pero, ¡cálmese usted, Marie! No le guardo rencor ni le reprocho nada. Ha hecho usted cuanto ha podido por poner, conmigo, su corazón en el lugar de su espíritu; el espíritu ha ganado; tema tener demasiado, ¡pobre amiga mía! Si el exceso de benevolencia conduce —como lo he experimentado a menudo— a encontrarse un buen día muy mal acompañado, el exceso de clarividencia lleva al aislamiento y a la soledad. Y puesto que estamos obligados a vivir sobre la tierra con la humanidad, acaso valga tanto vivir en guerras y reacomodos perpetuos que pelearse sin remedio con ella…

… Descanse de todo esto, mi pobre Marie. Olvídeme como una pesadilla que tuvo y de la que por fin se ve libre. Trate, no de amarme —no lo podrá nunca—, sino de curarse de ese odio que le hará daño. Si juzgo por la compasión que me inspira, debe ser un gran sufrimiento. No se tome más trabajo en imaginar extrañas novelas pata explicar, a quienes la rodean, mutua frialdad. Yo no recibiré a Liszt, cuando venga acá, a fin de no dar pie a la singular versión que ha encontrado usted de colocarlo *entre nosotras*, como un objeto *disputado*. Usted sabe mejor que nadie que jamás he tenido pensamientos de ese género. Esa es una idea que sólo se le ha ocurrido a Balzac, y le aseguro que si hubiese medios de realizarla —lo que no creo *todavía*— ningún resentimiento podría sugerírmela. Sería, pues, indigno de usted creerlo, decirlo, y acaso todavía más dejar que lo digan. Acepto —con cierto orgullo, lo confieso— sus burlas sobre *mis costumbres*, pero hay insinuaciones que rechazaré enérgicamente. Vuelva en sí, Marie; estas tristes cosas son indignas de usted. Yo la conozco bien, sí, yo. Sé que hay en su inteligencia una necesidad de grandeza, contra la cual se rebela perpetuamente una pequeña inquietud femenina. Usted querría tener una conducta noble y caballeresca, pero no puede renunciar a ser una mujer bella y espiritual, inmolando y aplastando a todas las demás. Por eso no le cuesta a usted trabajo elogiarme como a un «buen

muchacho», en tanto que, bajo el aspecto de la mujer, no tiene usted bastante hiel para emporcarme. En fio, tiene usted dos orgullos; uno pequeño y otro grande, trate de que venza este último. Puede usted lograrlo, pues Dios la ha dotado ricamente y a él tendrá usted que darle cuenta de la belleza, de la inteligencia, de las seducciones que le ha concedido. Es éste el primero y el último sermón que recibirá de mí. Perdónemelo, como yo le perdono las homilías que contra mí ha hecho sin comunicármelas…[40].

Liszt, que se hallaba en gira, fue mantenido al corriente de esta negociación tempestuosa por su querida. Carlotta fue censurada por todos, incluso su propio marido. Lo merecía; repetir unas palabras ofensivas a quien puede sufrir con ellas, es peor que chismorrear con la funesta ligereza común a casi todos los seres humanos. Para disculparse, la señora Marliani afirmó que había sido Lamennais quien la había comprometido a comunicar las dos cartas, lo que, ¡ay!, es verosímil. Cuando las tres mujeres volvieron a verse —en París, en noviembre de 1839—, Marie d'Agoult estuvo glacial con Carlotta; con Sand, se había prometido ser dulce y buena. George mostró más tristeza que cólera. Dijo que no había cesado de admirar el espíritu de Marie y su fidelidad amorosa, pero que sabía que nunca la había querido. En cuanto a las cartas… Marie la interrumpió diciéndole que no se avergonzaba de pedirle perdón. George entonces le tendió la mano y se convino que, en adelante, volverían a verse sin hablar de sus amores ni de sus amistades.

—Acepto esas condiciones —dijo Marie— porque estoy convencida de que cambiarán. El tiempo es poderoso señor. Dentro de unos meses o dentro de unos años me dirá usted que se equivocó.

—Es posible —respondió George—. Soy muy accesible a la seducción, y usted, Marie, es muy seductora[41].

Liszt aprobó la actitud de su compañera: «Tu conducta con George me gusta mucho… Debes ser paciente, moderada; puedes serlo porque eres fuerte… No me parece llegado el tiempo de romper con George… Si es posible, ignora voluntariamente muchas cosas y perdona otras… Cuando rompas, es preciso que lo hagas con una ventaja aplastante, decidida…»[42].

Pero la aparente reconciliación no cambió nada y los chismes continuaron.

Marie d'Agoult a Franz Liszt, 21 de enero de 1840: Potocki me ha confesado que cuando partí sola para Nohant —en 1837—, no había dudado de que había entre George y yo una amistad a lo Dorval…

Jueves, 6 de febrero: Ayer, comida: George, Carlotta, du Roure, Grzymala, Potocki, los Seghers. George bastante desabrida. En la comida se hizo tocar la rodilla (materialmente) por Grzymala, todo encandilado por el champaña, diciéndole —se hablaba de la belleza de las rodillas—: «Veamos, Grzymala, dime cómo te parece mi rodilla». *Grzymala*: «Es de piel de rosa». *George*: «¡Ah, no, eso no! Déjame ya. Me haces cosquillas. Voy a arañarte…». Conversación forzada y languideciente hasta la medianoche. No puedo ver *those people*[43].

10 de febrero de 1840: Ha venido Vigny. Ha estado tierno; me ha hablado largamente de Dorval. ¡Dice que fue George quien la perdió! Por Sainte-Beuve, sabía que yo veía menos a George, y tuvo un grito salido del fondo del corazón: «¡Tanto mejor!»[44].

10 de marzo de 1840: Mis relaciones con la Marliani *re*-son excelentes. Creo que la pareja Chopin no puede tardar en romperse, los amigos comunes lo presentan como un enfermo celoso, como un hombre asesinado por la pasión, que se atormenta y atormenta a los demás. Ella está harta y lo único que teme es que, si lo abandona, se muera del golpe…[45].

Marie d'Agoult al pintor Henri Lehmann, 6 de febrero de 1841: El abate —Lamennais— soporta bien su prisión. No quiere recibir en ella mujeres. Creo que es para no ver a la señora Sand…[46].

21 de abril de 1841: La señora Sand me odia; ya no nos vemos más… [47].

18 de mayo de 1841: El concierto de Beethoven por Franz, en el Conservatorio, ha sido una solemnidad digna de ambos. (Con usted puedo permitirme decir: *Beethoven y Lisa*, ¿verdad?). La señora Sand, molesta por todos estos triunfos, ha forzado a Chopin a dar un concierto en Pleyel, a puerta cerrada, entre amigos. Liszt ha hecho un artículo maravilloso sobre el susodicho concierto (¡creo que esto los ha vejado mucho!)… Imagínese usted que se halla a tal punto rabiosa conmigo que ha llegado *a decirle a Franz ¡que usted había sido mi amante!* Él le respondió ingeniosamente, como sabe hacerlo. Su odio aumentará con esto. Me he retirado totalmente de la camarilla Marliani…[48].

Era el momento de repetir la cita cara al abate de Lamennais: «Nos reconciliaron; nos besamos, y desde entonces somos enemigas mortales».

V. Cabellos grises

George Sand a Bocage, 1843: Nohant ha cambiado mucho desde que vio usted reinar allí los juegos y las risas. Mis cuarenta años, que se aproximan, han introducido la seriedad… Además, la pobre salud de nuestro amigo ha creado una gran costumbre de melancolía o, por lo menos, de recogimiento… Excuse mis garabatos; mi lámpara se apaga. La naciente aurora es gris, como comienza a serlo la cabeza de quien le escribe…[49].

1843: La vida es una larga herida que rara vez se adormece y que jamás se cura. Estoy muy triste y sombría, pero no por ello dejo de querer más a los que merecen ser amados…[50].

Con ella, el río del tiempo arrastraba hacia las cataratas de la muerte a cuantos ella había querido u odiado. En 1837, Casimir había heredado de su madrastra, la baronesa Dudevant, la propiedad de Guillery, pero con el encargo de pagar numerosos legados, que hicieron de él un gran propietario impedido. Habitó entonces el castillo y vivió en Gascuña, viajando rara vez. Le gustaban aquellos bosques de pinos y alcornoques, aquellos helechos y retamas, aquellos cercados de viñas. Sus vecinos lo consideraban «el padre y el buen Dios de la comarca». La compañía de Aurore le había dado más cultura e ingenio del que poseían sus amigos. Se complacía en citar a Pascal o a Séneca, y sólo mesuradamente hablaba de sus desdichas. A las gentes de Guillery les costaba trabajo creer que su mujer lo hubiese dejado por grosero y brutal. Lo encontraban dulce, pacífico, bien plantado y de buen aspecto. Una dama de Boismartin, un tanto madura, lo amó e intentó hacerse amar. Esperanza vana: conocía demasiado bien el peligro de las mujeres ardientes. Un día escribió a su hijo Maurice: «Tengo que darte una buena noticia: la señora de Boismartin ha muerto…»[51]. La frase era dura, pero Casimir había sido tratado duramente en otro tiempo. Todos los años sus hijos iban a pasar una parte de sus vacaciones a Guillery. A partir de 1844 vivió maritalmente con Jeanny Dalias, que había entrado en su casa como ama de llaves. Tuvo de ella una hija, Rose, y hubiese querido casarse con la madre, a la que siempre fue fiel, pero mientras Aurore viviera, toda regularización era imposible. De modo que este concubinato mantenía a Casimir alejado de los sacramentos, lo que le hacía sufrir, pues la fe le había vuelto con la edad. De todos modos, asistía a la misa todos los domingos en el coro, como convenía al castellano, y llevaba dignamente el peso de un pasado ridículo.

Sandeau, «el pequeño Jules», se abría paso en el mundo. Su primero y desventurado amor lo había marcado de por vida. Durante largo tiempo no

pudo olvidar ni perdonar. A la niña Marie Buloz, que hojeaba un álbum de fotografías, le mostró la de Sand: «Pequeña, mira bien a esta mujer: es un cementerio, ¿entiendes? ¡Un cementerio!»[52]. Y, sin embargo, se lo debía todo a ella. Cuando George le conoció, él no tenía ningún talento; cuando, en 1839, publicó *Marianna*, los lectores reconocieron una pasión auténtica. El libro tuvo tanto éxito como fracaso la aventura. Revistas y editores pidieron novelas a Sandeau. Las mujeres lo buscaron. Fue amante de Marie Dorval, cansada de Vigny, que tenía otras aventuras, y continuaba siendo amiga de George Sand. Así, muy extrañamente, el pequeño Jules y su primera amante sólo tenían ahora un vínculo entre ellos: su común admiración por aquella loca y adorable comedianta.

Al comienzo de esta aventura, Dorval sólo pensaba en Vigny: «Reunimos es imposible, pero lloro por mi amor… No tengo nada con qué reemplazarlo. *No* amo a Sandeau. Trataré de amarlo. Pero siento que no lo lograré. Sólo le hablo de Alfred…»[53]. Más tarde, al sentir que envejecía, se apegó apasionadamente a Jules. *Dorval a Sandeau*: «¡Ah, cuánto te amo! Eres el encanto de mis ojos, el arrobo de mi espíritu, el delirio de mis sentidos, las delicias de mi corazón…»[54]. ¿Reída él entonces otras cartas, casi idénticas, fechadas en Nohant en 1831? En 1840 acompañó a su amante en una gira: «Nuestra querida Marie tiene grandes éxitos…». Pero el pequeño Jules deseaba más que nada casarse con una rica heredera y codiciaba la dote de Pauline Portier, hija de un comisario general de la Marina. Félicie Sandeau, hermana de Jules y confidente de Marie Dorval, recibía cartas desconsoladas: «Me abruma una pena de la que me parece no podré curarme… Hace dos meses que me dejó en provincias para ir a terminar su libro. Regreso. Me entero de que la señora y la señorita Portier están en París. Terriblemente confusa, hablo de ellas con el hermano de usted; me dice que es verdad… Regreso a casa con la muerte en el corazón y durante tres días espero a Jules, ¡con una ansiedad horrible! Regresa y me dice que se separa de mí. Me sorprendo. ¡Le grito que es imposible separarse en vida de lo que se ama! Me responde que su resolución es irrevocable. Mida usted mi dolor, Félicie, por la ternura que por él siento. Tenía que decirle esto, querida hermana…»[55]. El matrimonio tuvo lugar en Nantes en 1842. Marie Dorval, que se hallaba en jira, recibió en Luxeuil una participación enviada por Sandeau. Fue a llorar a casa de Sand, y las dos mujeres cambiaron sus tristes recuerdos sobre «ese charlatán sentimental». El tizado súbito se quedaba calvo prematuramente y escribía novelas morales. Ya se hablaba de él para la Academia.

Henri de Latouche continuaba viviendo como ermitaño y misántropo en Aulnay. Había seguido de lejos, con amargura, la carrera brillante y escandalosa de la mujer que antaño lanzara él en el mundo literario. En sus cartas a su primo Duvernet había censurado aquellas novelas en que una mujer ponía en escena sus pesares. Pero deseaba una reconciliación. En 1840 también él publicó una novela, *Léo*, cuyo héroe, Arnold, debía recorrer el Valle Negro y visitar Nohant. Arnold es introducido allí por una sirvienta, vestida de pies a cabeza de calamaco azul y tocada con una cofia de tela gris. En el salón, pavimentado con pequeños ladrillos encerados, Arnold presenta a la castellana —es decir, a George Sand— una carta de recomendación.

—Me creía peleada —dice ella— con la fiera que lo recomienda.

—Lo mismo me dijo él… —respondió Arnold—. Pero ha conservado por el escritor tal entusiasmo y un afecto tan sincero, que nunca podría creerse extranjero aquí.

—Los ausentes sólo cometen el error de estar ausentes… —respondió la joven—. Y ese loco, ¿ha ganado algo cortejando tan sólo a la soledad, ambicionando únicamente el sufragio de su conciencia? Es un campesino, salvo la salud; un anacoreta, salvo la virtud; morirá en la antesala de la gloria, falto de camaradería, él, que no hubiese esperado en el salón de un rey… Soldado de la prensa victoriosa en 1830, le faltó coraje para ser perfecto; literato con una suerte inaudita, la de haber hecho florecer un barbarismo en la lengua de Voltaire, jamás pertenecerá al Instituto…[56].

George Sand no leyó la novela de su primer maestro, pero la hizo leer y supo que era benévola con ella. Así cuando un poco más tarde fundó *La Revue Indépendante*, solicitó la colaboración del «señor Delatouche» (persistía en negarle la partícula a la que tenía derecho).

George Sand a Duvernet: Vi a Delatouche. Estuvo encantador, excelente; y ya le tenemos reconciliado hasta nueva orden… Si fuese un carácter menos quisquilloso, he aquí un redactor que daría admirable seriedad e ingenio a un periódico berrichón… ¿Pero no se enfadará por nimiedades?… ¿Cómo hacer para que no crea que conspiramos contra él?…[57].

Después de algunas vacilaciones, recelos y coqueterías se sintió de nuevo casi a sus anchas en esta amistad. Pero ella se encontró con un hombre

amargado, cubierto de heridas ocultas, irritado por la política, por las costumbres y por el estilo de su tiempo. Creyó ver a Alcestes. Esta agonía moral duró quince años. Hay hombres a quienes atormenta la vida, pero hay también hombres que se atormentan. El desventurado Latouche pertenecía a éstos.

El segundo mentor de Aurore Dudevant, Sainte-Beuve, se había convertido en crítico todopoderoso. Su autoridad, reconocida y legítima desde sus comienzos, había crecido todavía más. Pronto había salido de su período místico-social y había sido acogido en un círculo aristocrático: la señora d'Arbouville, la de Boigne, el duque de Broglie, el conde Molé. Allí gustaba dando a conocer a las mujeres las intimidades de la vida literaria. George Sand, muy imprudentemente, lo había constituido guardián de su correspondencia con Musset. Las cartas circulaban de tocador en tocador, «encerradas en un gran sobre, en cuyo dorso apenas si borraba Sainte-Beuve los nombres de las mujeres a las cuales las había enviado sucesivamente». Aunque poco hecho para el amor, tenía algunas aventuras. La encantadora Hortense Allart se había arrojado en sus brazos, en cambio de Jo cual él le prestaba a Marco Aurelio.

Void donc le stoïque et sa mâle sagesse,
En retour d'un présent plus doux.
II faut être Aspasie ou vous
Pour songer à tels noms le soir d'une caresse
Ou le matin d'un rendez-vous[58].

En estos versos lafontenianos era mucho mejor poeta que en las elegías que antaño dedicara a Adèle Hugo. Con respecto a Sand se mostraba cortés, prudente y distante. A un amigo que le decía: «¡Oh, qué bellas son las cartas a Musset! La señora Sand tiene un alma muy hermosa —le respondía él—. Sí, un alma hermosa y una gorda grupa». Y citaba con delicia una frase de Félix Pyat: «Es como la torre de Nesle: devora a sus amantes, pero en vez de arrojarlos luego al río los aprovecha en sus novelas». Pero todo esto en secreto. Los artículos que escribía sobre ella seguían siendo corteses y hasta elogiosos.

De Pierre Leroux, que él mismo diera en otro tiempo a Sand, decía ahora Sainte-Beuve: «Ese Leroux hace filosofía como un búfalo que chapotea en un pantano», y Victor Hugo: «Si Pierre Leroux fuera bueno sería el mejor de los hombres». Tales no eran los sentimientos de George. A pesar del descrédito

en que, poco a poco, caía Leroux, ella continuaba sosteniéndolo. Naturalmente, el filósofo se había enamorado del discípulo. George afirma haber resistido: «Algunos pretenden que es el amor el que hace esos milagros. El amor del alma, lo admito, pues de la melena del filósofo no he tocado un cabello y jamás tuve con ella más relaciones que las que tengo con las barbas del Gran Turco. Le digo a usted esto para que entienda bien que se trata de un acto de fe serio, el más serio de mi vida, y no del capricho equívoco de una damisela por su médico o por su confesor…»[59]. Leroux-filósofo debía demasiado a George para no perdonarle el que rechazara a Leroux-hombre.

Pierre Leroux a George Sand: ¡Qué buena es usted y cuánto bien me hace su amistad! No hay una palabra que no haya penetrado hasta el fondo de mi alma, ni una frase que no haya repasado cien veces en mi memoria y meditado, de día y de noche. ¡Cuánto le agradezco su confianza! ¡Ah!, no, no es posible que los perros la sigan por la pista de su sangre. Sus dolores son sagrados. Es preciso vivir y triunfar. ¡Reina, Reina, Reina!… En cuanto a mí, mísero, sólo detesto el *adiós* de sus cartas, aunque lo bese, encantado; pues lo prefiero a nada, y por eso lo adoro. *Suya de corazón y de espíritu*, dice usted; hubiera preferido: *Suya*, en la forma más vaga. Le he dicho a usted que esos rostros son falsos; esos rostros: *sentimiento, inteligencia, acto*. Lo único real es el *ser*, y el ser tiene esos tres aspectos, y los tiene siempre, lo mismo en la amistad que en el amor. ¿Qué quiere decir, pues, su *adiós*? ¡Ay!, lo sé. Más hubiera valido para mí el indefinido *Suya*, suya tal vez, suya débilmente, suya en esta vida o en la otra. En cuanto a mí, con toda la fuerza de mi alma le digo: «Suyo»…[60].

Si ella no fue *de él*, hizo todo lo que pudo *por él*. Abandonó al generoso Buloz para fundar con el necesitado Leroux *La Revue lndépendante*. Lamennais comentó con ironía esta asociación.

Lamennais al barón de Vitrolles, 19 de octubre de 1841: Según se asegura va a aparecer una nueva revista, dirigida por Leroux y la señora Sand. Quieren hacerle la competencia a la *Revue des Deux Mondes*, acaso porque ellos sólo admiten la existencia de uno solo; y éste, a decir verdad, no vale gran cosa. Peto volverán a hacerlo, con ayuda de Carlotta… y cuando esté rehecho todos nos sentiremos en él como el pez en el agua. Iba a decir: ¡Loado sea Dios!, pero, ¡ay!, estas gentes lo han suprimido también. Su dios es la Vida Universal. Y ¿qué es la vida universal? Y ¿cómo podría comprender que se dijese a la vida universal: Loada seas? Me

consolaría un poco si, al menos, su revista fuese divertida: en materia de religión nueva, la que hiciera reír tendría, en este aburrido siglo, alguna probabilidad de éxito. Infortunadamente, nada me garantizan en este terreno…[61].

25 de noviembre de 1841: Acaban de darme algunos detalles sobre Leroux y sobre la *Revue lndépendante*. Él se halla más que nunca sumido en la idea de hacer una religión, y no duda del éxito. Dice que dentro de diez años la propiedad será completamente abolida en Francia. Como su revista será dirigida conforme a este espíritu, como comienza a rellenarla con la tercera reimpresión de sus obras, al menos por lo que hace a algunas, y como se verán allí, entre otras cosas conocidas, que Jesucristo autorizó formalmente el adulterio, numerosas personas que habían prometido suministrar artículos se retiran, de suerte que no tardará, según me han dicho, en quedarse solo con la señora Sand. Esta, fiel al revelador, predica, desde la primera entrega, el comunismo en una novela en la que mucho temo encuentren pocas trazas de su antiguo talento. ¿Cómo pueden echarse a perder deliberadamente tan raros dones naturales?…[62].

Los dones naturales no estaban echados a perder en modo alguno. La señora Sand iba a revelarse, con *Consuelo*, como una novelista mucho más grande que lo fuera en la época de *Indiana*. Pero Lamennais tenía razón cuando hablaba de la influencia política de Leroux sobre ella. Desde su adolescencia, George había incurrido en el error de creer que el mundo puede ser explicado con una fórmula. Leroux, que pretendía aportar la fórmula, la había encantado. Mucho más que en Michel de Bourges, había encontrado en él un maestro intelectual: «Es la única filosofía clara como el día y que habla al corazón como el Evangelio; me he sumergido en ella y me he transformado; he encontrado la calma, la fuerza, la fe, la esperanza y el amor paciente y perseverante por la humanidad…»[63].

Por Pierre Leroux había conocido el mundo obrero del compañerismo, que databa de la Edad Media, pero que hacia 1840 adquiría una vida nueva bajo la influencia de algunos proletarios conscientes de sus intereses de clases, como Agricol Perdiguier. Los compañeros hacían su gira por Francia, recibidos en cada ciudad por una *madre* que tenía una especie de hostería comunal. Perdiguier puso de nuevo en boga esta costumbre, reanimó los *deberes* que participaban a la vez de la corporación y de la logia masónica y predicó a los obreros una filosofía cristianosocialista, que no estaba lejos de la de Leroux. George Sand, que se había hecho su amiga y protectora, escribió sobre él una novela: *Le Compagnon du Tour de France*, nueva por la

descripción del mundo obrero, ingenua por la pintura de los compañeros enamorados de las castellanas; pero ésta era para George una manera de darse la absolución por haber nacido castellana… y seguir siéndolo.

Buloz, que en principio debía publicar todos los manuscritos de George, hizo numerosas objeciones. Se comenzaba a hablar de *comunismo* para designar la doctrina de la igualdad de bienes. Estas tendencias espantaban a la burguesía. Sand pidió consejo a su filósofo. Leroux respondió que había comunismo y comunismo; que ciertas formas eran insensatas; que él prefería el *comunionismo*, que evocaba una idea de fraternidad; que no había, pues, razón para que Sand tomase por su cuenta un nombre que tanto espantaba a Buloz, pero que tampoco debía rechazarlo. Sobre todo, no debía aceptar que Buloz modificara el texto de su novela. Ella recogió el manuscrito. Entre sus amigos proletarios había ahora poetas: Charles Poncy, albañil de Tolón; Savinien Lapointe, zapatero; Magu, tejedor; Gilland, cerrajero; Jasmin, peluquero, y Reboul, panadero. Ellos le enviaban sus versos; ella les enseñaba la filosofía de Leroux.

De estas amistades surgió una nueva novela: *Horace*, en la que oponía un obrero joyero, heroico y magnánimo, llamado Paul Arsène, a un intelectual burgués, egoísta y perezoso. Horace tenía algo del Jules Sandeau adolescente, pero también de Emmanuel Arago y, a veces, de Mallefille; era el mozo inteligente, dotado, que habla de su obra en vez de hacerla y que gasta, divirtiéndose en París, las economías de sus pobres padres. Abandonaba a una amante, mujer del pueblo y embarazada, por una vizcondesa de Chailly que era un cruel retrato de Marie d'Agoult:

> Su delgadez era espantable y sus dientes problemáticos, pero tenía soberbios cabellos, arreglados siempre con un cuidado y un gusto notables; su mano era larga y seca, pero blanca como el alabastro y cargada de sortijas de todos los países del mundo. Poseía cierta gracia, que imponía a mucha gente. Tenía, en fin, lo que podría llamarse una belleza artificial… Presumía de saber, de erudición y de excentricidad. Había leído un poco de todo, incluso de política y de filosofía; y verdaderamente era curioso oírla repetir a los ignorantes, como si fuera de ella, lo que aprendiera por la mañana en un libro o escuchara la víspera de algún hombre sesudo. Tenía, en suma, lo que podría llamarse una inteligencia artificial.
>
> La vizcondesa de Chailly procedía de una familia de financieros que comprara sus títulos bajo la Regencia, pero quería pasar por bien nacida y llevaba coronas y escudos hasta en el mango de sus abanicos. Era de una altivez insoportable con las mujeres jóvenes y no perdonaba a sus amigos

que contrajesen matrimonios de conveniencia. Por lo demás, acogía bastante bien a los jóvenes literatos y artistas. Con ellos se las echaba de patricia a sus anchas, afectando, solamente ante ellos, hacer caso únicamente del mérito. Tenía, en fin, una nobleza artificial, como todo lo demás, como sus dientes, como su seno, como su corazón…[64].

También esta vez Liszt aconsejó a Marie d'Agoult, que piafaba de cólera, paciencia y silencio. Él había tolerado *Beatrix*; ella podía simular no reconocerse en *Horace*. Con bastante crueldad, agregaba Liszt: «No cabe duda que Sand pretendió hacer tu retrato al pintar el espíritu artificial, la belleza artificial, la nobleza artificial de la señora de Chailly…»[65]. Lo que prueba que Sand y Balzac tenían razón y que, desde hacía mucho tiempo, Liszt no amaba ya a Béatrix.

Horace apareció en *La Revue Indépendante*. George estaba resuelta a emanciparse de Buloz, que se permitía censurar sus textos, y a hacer la fortuna de Leroux. En el primer número publicó *Horace* y un estudio sobre los poetas populares; en el segundo, la continuación de *Horace* y un *Lamartine utopiste*. Luego ofreció *Consuelo*. Verdaderamente, «prodigaba sus riquezas» con una generosidad maravillosa. Lo mejor de todo es que creía que el verdadero interés de *La Revue Indépendante* estaba en la predicación de Leroux.

El tema general de la revista era la creación, por el pueblo, de un mundo nuevo y, en consecuencia, de una literatura nueva. *La Revue Indépendante* gustó a algunos amigos, entre ellos Liszt y Duvernet, pero no tuvo suscriptores y jamás alcanzó éxito. Leroux desaparecía durante veinte días; no se corregían las pruebas. Sin embargo, conservaba su prestigio a los ojos de George.

George Sand a Carlotta Marliani, 14 de noviembre de 1843: Últimamente recibí una larga carta suya terriblemente triste. La penuria en que se encontraba para terminar su máquina y, sin duda, también para sostener a su familia, sé que es la causa de sus terrores y angustias. Hoy le envié quinientos francos. Yo sé que está usted muy apurada de dinero este año. Pero ¿no podría, también usted, encontrar algo en el fondo del cajón?… No, no podemos dejarlo sucumbir… La luz de su alma no debe extinguirse en el combate. No podemos dejar que, a falta de unos billetes, lo invadan el espanto y el desaliento. Confiéselo usted; arránquele el secreto de su angustia. Su timidez debe aumentar, en razón de los muchos

servicios que ha recibido ya de usted. Supérela… Deme sus noticias: no puedo soportar la idea de que esa antorcha pueda apagarse, dejándonos en las tinieblas…[66].

También en La Châtre hubiese querido George Sand «disipar las tinieblas». Se necesitaba allí un periódico de oposición. Con sus amigos Planet, Dutheil, Fleury, Duvernet, fundó *L'Eclaireur de l'Indre*. Cada «patriota» fue tasado «a la tarifa de su dosis de entusiasmo», y el propio «señor de Chopin», que era de corazón un *ci-devant*, hubo de dar, de buen o mal grado, cincuenta francos para el periódico. La primera idea había sido imprimirlo en París, peto para instalar allí a su familia, Leroux había comprado una imprenta en Boussac. George le confió *L'Eclaireur*. Chopin observaba con escepticismo y comentaba con ironía estos hermosos gestos de su huésped.

VI. Lucrezia Floriani

Los obstáculos no hubiesen sido nunca insuperables entre George y Chopin. Su mutua ternura se apoyaba en sólidas bases. Chopin amaba a George; ella tenía por él un afecto maternal y dulce. Ella admiraba el genio del músico; él respetaba al gran escritor. Sin embargo, «el amor no está ya ahí —escribía Marie de Rozières, esa doncella ya madura que era íntima de la pareja y discípula de Chopin—, el amor no existe ya, al menos de un lado (el de Sand), aunque sí la ternura y la abnegación, mezcladas, según los días, a la nostalgia, la tristeza y el tedio…»[67]. Era verdad, pero ternura y abnegación hubiesen bastado y durado, sin la intervención ajena. George se había sentido siempre solidaria de sus hijos y de sus amigos. Pero la extremada sensibilidad de Chopin no soportaba el cariño compartido. Maurice era ya un hombre, y adoraba a su madre. La presencia constante de Chopin le parecía un motivo de escándalo y sufría por ello.

Solange cumplió dieciséis años en 1844. Criada en el espectáculo del desorden, no respetaba a nadie ni a nada. Tan pronto se burlaba de Chopin como coqueteaba con él, y como era la única persona de la casa que no lo trataba como a niño mimado, logró fascinarlo. Por el rostro y la tez, Solange se parecía a su bisabuela, Aurore de Sajonia. Era una belleza viril, de natural frío y extraño, dispuesta siempre a hacer cualquier cosa por mero espíritu de contradicción. Un poco loca, tenía las audacias de su madre sin tener su

genio. «Tienes buen corazón, pero excesiva violencia en el carácter», le había escrito Sand cuando Solange era todavía una niña. El mal carácter había perdurado; el buen corazón era menos aparente. Las relaciones entre padres e hijos son tan difíciles y tan dramáticas como las relaciones entre amantes. El niño que crece, que se convierte en persona libre, sorprende e irrita a sus padres. El encantador juguete se transforma en adversario. Una madre como George Sand espera obediencia y devoción a cambio de una abnegación indiscutible. Maurice se las daba, pero Solange era rebelde. La madre no toleraba en la hija la independencia que en otro tiempo reivindicara para sí misma. Pero entre madre e hija los amores burlados pueden llegar hasta el odio.

Durante un tiempo, George, que no soportaba ya a Solange, trató de alejarla confiándosela a la señorita de Rozières, lo que no era una buena elección. Marie de Rozières, hija de buena familia, pobre, había sido seducida y abandonada por Antoine Wodzinski (hermano de la inconstante novia de Chopin). Este abandono había hecho de ella una obsesionada y una mitómana, que se complacía en los chismes y los escándalos. Fue preciso, pues, llamarla al orden:

> *George Sand a Marie de Rozières*: Llega un momento en que las niñas dejan de serlo y en que es preciso cuidar de la interpretación que puedan dar en su espíritu a todas las palabras que escuchan. *Ni una palabra*, así sea indiferente, sobre el sexo masculino: he ahí toda la prudencia que le recomiendo…**[68]**.

Con bastante dureza, le prohibía hablar a Solange «de la talla de Fulano y del bigote de Zutano». El despecho amoroso, decía Sand, había determinado cambios lamentables en la señorita de Rozières: «¿Tendré que decírselo todo? En aquel tiempo usted no era coqueta, pero ahora, gatita mía, sus ojos han adquirido una expresión terriblemente voluptuosa… Los hombres lo notan… Si a usted no le importa, a mí tampoco… Pero la separo a usted un poco de Solange, hasta que haya pasado su pequeña crisis nerviosa y haya tomado usted un amante o un marido, *ad libitum*…»**[69]**. He aquí una carta que la pobre muchacha, herida, no perdonaría nunca a Sand.

Y nada más fácil para la señorita de Rozières que excitar a Chopin contra su «huésped». Pierre Leroux había llevado de Tulle a La Châtre, para dirigir *L'Eclaireur de l'lndre*, a un joven llamado Victor Borie, que compartía sus ideas políticas y hacía frecuentes visitas a Nohant. Chopin estaba vagamente

celoso de él. Había también perpetuos conflictos entre Jean, camarero polaco, y los criados berrichones, «El señor de Chopin», fastuoso, pagaba a su criado tanto como *L'Eclaireur de l'Indre* a su director. En suma, todo se convertía en motivo de fricción.

La estadía en Nohant, en 1844, de la hermana de Chopin, Louise Jedrzeiewicz, y de su cuñado, tuvo una influencia benéfica. Las dos mujeres se vincularon afectuosamente. Pero el feliz efecto de esta visita no se hizo sentir por largo tiempo. El estado de Chopin empeoraba. Cada vez se hacía más suspicaz, susceptible y celoso. «Más quisquilloso, buscando más que nunca querellarse inmotivadamente con las gentes. Yo me río. La señorita de Rozières llora. Solange responde con mordiscos a sus zarpazos…»[70]. Como todo escritor, George Sand se desahogaba escribiendo un libro sobre sus desventuras. Su enemiga, Marie d'Agoult, separada de Liszt, acababa de destrozar a éste en una novela: *Nélida*. George, en *Lucrezia Floriani*, describió, con las transposiciones que exige el arte, la extraña pareja que formaba con Chopin.

Más tarde negó que Lucrezia fuera una imagen de ella misma. Sin embargo, aquella gran actriz italiana que, joven todavía, se retira al campo para educar a sus hijos, se parece a su creadora. Lucrezia ha escrito obras de teatro que han tenido éxito. Tuvo numerosas aventuras, de las que se absuelve a sí misma, como Sand. No es una *cortesana*, pues siempre ha *dado* a sus amantes, sin haber *recibido* nada ni siquiera de sus amigos. Ha amado mucho, pero nunca sin el deseo sincero de una vida en común y la ilusión de una felicidad eterna. Ha tenido pasiones de ocho días y hasta de una hora, pero creyendo en cada ocasión que dedicaba a ella su vida entera. Ya se sabe que, a los ojos de Sand, bastaba este firme propósito.

Pero Lucrezia, que cree terminada para ella la vida de los sentidos, encuentra a un adolescente adorable, dulce, sensible, exquisito en todo, un ángel «bello de rostro como una gran mujer triste», puro y esbelto de forma, con una expresión casta y apasionada. Encontramos aquí a Chopin, que en la novela se llama Karol. El príncipe Karol está enamorado de una mujer quimérica, que ha creado a su imagen. Es más amable que amante, pero ¿cómo adivinarlo? Su encantadora figura previene en su favor; la debilidad de su constitución lo hace interesante a los ojos de las mujeres…, más exactamente: a los ojos de las enamoradas maternales como Sand y la Floriani. Karol tiene un inmenso defecto: la intolerancia del espíritu. Cree que la suprema virtud es abstenerse del pecado, olvidando que lo más sublime que hay en el Evangelio es el amor al pecador arrepentido. Se le ha enseñado a

socorrer a los desgraciados y, si es preciso, a compadecerlos, pero no a tratarlos como a iguales. Admite la limosna, pero no las reformas sociales. Como Chopin, el príncipe Karol habla del pueblo con condescendencia. No admite que la felicidad del género humano pueda alcanzarse sobre la tierra. Este era, en suma, todo el conflicto político entre Chopin y Sand.

Naturalmente, Karol se enamora de Lucrezia; ella lo cuida como a uno de sus hijos. El ama con una mezcla de pudor y de ardor que le confiere un encanto irresistible. Lucrezia cree —como lo creyó siempre— en la eternidad de este amor celestial. Se entrega al príncipe y tienen algunas semanas de felicidad. Luego se revela el carácter egoísta del delicioso Karol, que se torna celoso, intolerante e intolerable.

> Un día, Karol sintió celos del cura que venía en busca de una limosna. Otro día, de un mendigo al que tomó por un amante disfrazado. Otro día, de un criado que, por haber sido tratado, como toda la servidumbre de la casa, con muchas consideraciones, respondió con una audacia que no le pareció natural. Luego fue un mercader, el médico y finalmente un primo tonto… Karol estaba celoso hasta de los hijos. ¿Qué digo *basta*? Habría que decir *sobre todo.*… Estos eran, en efecto, los únicos rivales que tenía, los únicos seres en que la Floriani pensara tanto como en él…

Pero cuanto más irritado estaba, más cortés y reservado se mostraba Karol, y el grado de su furor sólo podía juzgarse por el de su helada cortesía:

> Era entonces cuando resultaba verdaderamente insoportable, porque quería razonar y someter la vida real, de la que nunca había comprendido nada, a principios que no podía definir. Entonces encontraba ingenio, un ingenio falso y brillante, para torturar a quienes amaba. Se hacía burlón, forzado, afectado, asqueado de todo. Parecía morder muy dulcemente, para divertirse, y el mordisco penetraba hasta las entrañas. O bien si no tenía valor para contradecir y burlarse, se encerraba en un silencio desdeñoso, en un enojo aflictivo…[71].

Esta lucha constante acaba por desgastar a la desgraciada Lucrezia. Pierde su belleza; se marchita; sufre de verse condenada a una vejez prematura por los malos tratos de un amante que ya no la respeta. No quiere ya a Karol; se siente quebrantada. Una mañana muere repentinamente.

La novela terminaba de manera abrupta y poco verosímil, como la vida. Era una lección y una advertencia para Chopin. Lo extraño es que éste no se reconoció en lo más mínimo. Delacroix cuenta que una noche Sand hizo una lectura de *Lucrezia Floriani* para él y Chopin: «Toda aquella lectura fue un suplicio —dice Delacroix a la señora Jaubert—.-El verdugo y la víctima me sorprendían igualmente. La señora Sand parecía estar a sus anchas y Chopin no cesaba de admirar el relato. A medianoche nos retiramos juntos. Chopin quiso acompañarme y yo aproveché la ocasión para sondear sus impresiones. ¿Representaba un papel ante mí? No, en verdad; no había comprendido, y el músico persistió en el elogio entusiasta de la novela…»[72]. Puede ser también que la extremada decencia de Chopin le impusiese simular la impasibilidad.

Hortense Allart a Sainte-Beuve, 16 de mayo de 1847: No le he dicho a usted cuánto me ha indignado *Lucrezia…* Acabando de inmolar a los pianistas, la señora Sand nos entrega a Chopin con detalles innobles, de cocina, y con una frialdad que, como a su sosias, impide toda justificación. Nunca protestarán las mujeres con suficiente energía contra estas traiciones del lecho, que alejarían de ellas a todos los amantes. Nélida era excusable en su arrebato, Lucrezia no tiene excusa en su fría irritación. ¿Cómo es posible que un genio como ella se deje inspirar tan mal?…[73].

Hortense era franca y espontánea. Escribió a George lo que había dicho ya a Sainte-Beuve y, naturalmente, Sand negó haber pensado en Chopin al crear el príncipe Karol.

George Sand a Hortense Allart, 22 de junio de 1847: Soy más sensible a sus reproches que a sus alabanzas, porque en éstas veo siempre un poco de gentileza y afecto por parte de mis amigos, en tanto que en los reproches encuentro la tristeza y la franqueza de un interés sincero. Por eso me apuro a decirle que su carta me aflige mucho, ¡que he tenido que releerla dos veces y detenerme en la palabra *Príncipe* para comprenderla! ¿Quién diablos le ha metido a usted esa interpretación en la cabeza? ¿Marie d'Agoult?… Si ella conoce bien a Chopin, debe ver que él no está ahí. Si lo conoce mal, ¿de dónde saca su certidumbre?

Y usted, ¿de qué le conoce usted para encontrarlo en este personaje de novela? Es menester que alguna lengua maligna, dirigida por alguna maligna intención, le haya dado esas falsas y absurdas informaciones. ¿De manera que yo soy la Floriani? ¿He tenido, pues, *cuatro hijos* y todas esas aventuras? No creía ser tan rica y, por desgracia, mi vitalidad no es tan

poderosa. No soy ni tan grande, ni tan loca, ni tan buena; pues si estuviese yo unida al príncipe Karol, le confieso que no me dejaría matar y que lo plantaría ahora mismo… Pero la verdad es que yo gozo de perfecta salud y que jamás pensaría en alejar de mí a un amigo al que ocho años de mutua devoción me han hecho inapreciable. ¿Cómo es posible que haya compuesto yo esta novela bajo sus ojos y que se la haya leído, capítulo por capítulo, mientras la escribía, escuchando o rechazando sus observaciones, como me sucede siempre que trabajo bajo los ojos de otra persona, y que no haya pensado en reconocerse ni en reconocerme en esos enamorados del lago Iseo?

Aparentemente, nos conocemos el uno al otro menos bien que nos conoce el público. La cosa es realmente curiosa y me haría reír si proviniese de otro crítico y no de usted. Pero usted me hace seriamente ese reproche y seriamente le respondo. No conozco al príncipe Karol, o lo conozco en quince personas diferentes, como todos los tipos de novela completos, pues ningún hombre, ninguna mujer, ni existencia alguna ofrecen, a un artista enamorado de su arte, un tema ejecutable en su realidad.

Creo haberle dicho antes esto y me sorprende que usted, que también es artista, tenga la ingenuidad del público vulgar que quiere ver siempre en una novela la historia verdadera y el retrato del natural de alguien de su conocimiento…[74].

Lo que, como toda idea general, era a la vez verdadero y falso.

VII. Solange y Augustine

Los amores comienzan con grandes sentimientos y concluyen con pequeñas querellas. La vida en común de un grupo de seres humanos engendra necesariamente conflictos. Cuando el matrimonio y los afectos familiares permiten superarlos, todo se arregla. En la libertad de un concubinato todo molesta, y es por esto que «el matrimonio es el único vínculo que el tiempo pueda fortalecer». Aparentemente, en Nohant todo era alegría, poesía, genio. Se Ida, se creaba, se hacían correrías por los campos y baños en el río, se representaban cuadros vivos, charadas y *ballets* que Chopin acompañaba improvisando al piano, pero la paz no reinaba en los corazones.

En 1845, George Sand había invitado a vivir en Nohant y «adoptado» luego a una muchacha: Augustine Brault, prima lejana por parte del pajarero, parienta de Sophie Victoire e hija de un obrero sastre y de su concubina. Esta, llamada Adèle Brault, otoñal y vil, había pensado sacar partido de la juventud de su hija, que ofrecía las más raras promesas de belleza. Sand, protectora de afligidos, había intervenido, ofreciendo una indemnización a cambio de Augustine y haciendo de ésta la compañera de sus hijos. Como es natural, Maurice había acogido bien a la linda chica. Solange había representado su papel de baronesa, tratando a su prima desde lo alto de su lambrequin. Se habían formado entonces dos campos: Sand y Maurice protegiendo a Augustine; Solange y Chopin atacándola. George prefería a Augustine, sumisa, dulce, y a la que llamaba «su verdadera hija», a la dura Solange. En todas sus cartas hablaba de ella a Maurice:

> Titine es siempre la belleza y la bondad inmutables. Ha decidido hacerse campesina en lo físico, como lo es ya en lo moral, aunque todavía confunda las grosellas con los guisantes… Titine está quemada por el sol y picada por los mosquitos; tanto mejor. Se hace fuerte y sana como una campesina. Siempre es dulce y encantadora, y Solange no puede prescindir de ella, aunque no deje de adoptar aires de gran señora…[75].

Aquel verano de 1846 fue particularmente ardiente.

> *George Sand a Marie de Rozières, 18 de junio de 1846*: Chopin está muy asombrado de *sudar*. Y desolado pretende que, por mucho que se lave, ¡apesta! El ver a un ser tan etéreo negándose a consentir en sudar como todo el mundo, nos hace reír hasta las lágrimas… He despedido al jardinero porque me robaba; este acto de rigor ha espantado a Chopin. No concibe que no se soporte toda la vida lo que se ha soportado durante veinte años…
>
> *8 de agosto de 1846*: Desde su regreso, se ha mostrado muy amable este año. Hice bien en encolerizarme un poco y en tener un día el valor de decirle unas cuantas verdades, amenazándolo con mi propia fatiga. Desde entonces, ha recuperado el buen sentido y usted sabe cuán bueno, excelente y admirable es cuando no está loco…[76].

En el otoño, Solange anunció que se había comprometido. Había conquistado a un joven castellano de los alrededores, Fernand de Préaulx, de excelente familia y de olímpica majestad. En uno de sus dibujos, Maurice lo

representa como un busto antiguo, soberbio y un poco ridículo. Sin oponerse al proyecto, George Sand mostró poca prisa. Solange sólo tenía dieciocho años; según decía su madre, sus sentidos no se habían despertado; «sólo quería casarse para llamarse señora». Sand hubiese preferido cualquier pasión a esta futileza. «El joven es muy guapo y de una bondad perfecta —decía—. Carece de ingenio, sobre todo en el hablar… Por lo que a mí respecta, lo quiero de todo corazón. Pero no es un hombre para brillar en París. No conoce nada de la civilización moderna; ha pasado su vida en los bosques, con caballos, jabalíes y lobos, a los que rompe la cabeza con el mango de un látigo… La Princesa lo ama y lo gobierna…».

George Sand a Hetzel (P.-J. Stahl): Mi hija, la más soberbia de las Edmée de Mauprat, se ha dejado enternecer por una especie de Bernard Mauprat, salvo la educación feroz y brutal, pues es dulce, servicial y bueno como un ángel; pero es un gentilhombre campesino, simple como la naturaleza, vestido como un guarda-caza, hermoso como una escultura antigua, peludo como un salvaje, bravo y generoso como nuestro amigo el Lobito. Actualmente no tiene un céntimo, y es legitimista. De modo, pues, que todo el mundo burgués dice que estamos locos y estoy segura de que mis amigos republicanos van a lapidarme. Reconozco que tenía previsto un yerno muy diferente a un noble, a un realista y a un cazador de jabalíes. Pero la vida se halla llena de imprevistos y ahora resulta que este muchacho es más igualitario que nosotros y más dulce que un cordero, bajo su melena de león. En suma, le queremos y él nos quiere…[77].

Había otro matrimonio que George hubiese preferido: el de Maurice con Augustine. Pero Maurice, veleidoso, no se decidía. Sand juraba que entre los dos muchachos sólo existía una fraternal, «una santa amistad»; no obstante, existe una carta suya a Maurice —posterior— en la que, a propósito de otra pasión de su hijo, evoca a Augustine:

La primera vez que te enamoraste, no perdiste clarividencia. Tanto mejor para ti, ya que aquella persona no podía pertenecerte[78]. La segunda vez[79] fuiste caprichoso, irresoluto, a menudo injusto, nada heroico finalmente… y bastante cruel. Tanto peor para ti… Se trata de esas incertidumbres, de esas alternativas de atracción y repulsión que hacen sufrir atrozmente a un ser… Piensa que no debes cometer de nuevo una falta grave ni incurrir en un compromiso precipitado cuando me escribes de

Guillery: *A mi padre no le agrada el proyecto, y acaso tenga razón…* Ya no te está permitido portarte como un niño…[80].

Parece, pues, que Maurice hubiese hecho concebir grandes esperanzas a Augustine, escudándose luego tras el mito de Casimir, transparente excusa, para batirse en retirada. Entre tanto, Solange, celosa de la morena Augustine, contaba a Chopin, sin pruebas, que la muchacha era la querida de Maurice. El púdico Chopin censuraba. Nuevamente, Nohant rebosaba de querellas. «Es preciso formarse —decía Sand— un carácter de tela encerada para que el mundo exterior resbale sobre ella a su antojo…».

El final del otoño fue penoso. Las dos primas se paseaban tiernamente abrazadas, se vigilaban una a otra y se detestaban. Chopin sufría una de sus crisis de mal humor. Aparte de Solange, con la que tenía una indulgencia infinita, porque, como él, «la baronesa» tenía vigorosos prejuicios de clase, todos servían de blanco a sus frías cóleras. Trataba a la pobre Augustine con espantable acritud. Maurice, atacado por Chopin a propósito de sus relaciones con su prima Brault, habló de abandonar la casa. «Esto no podía ni debía ser —escribe Sand—. Chopin no soportó mi intervención, legítima y necesaria. Bajó la cabeza y dijo que yo no le quería. ¡Qué blasfemia después de estos ocho años de abnegación maternal! Pero el pobre corazón herido no tenía conciencia de su delirio…»[81].

En noviembre de 1846, Chopin partió de Nohant. Lejos estaba aquel día de pensar que no regresaría nunca. Continuó enviando a Sand cartas amistosas y a menudo alegres, pero cuando escribía a otros corresponsales comenzó a criticar a aquella familia, de la que fuera huésped, con una libertad zumbona. El nuevo tema de irritación era el matrimonio de Solange. Chopin había aprobado los esponsales con Fernand de Préaulx, pretendiente aristocrático que convenía a sus prejuicios. Pero cuando, a comienzos de 1847, fue Solange a París con su madre para encargar su ajuar, repentinamente irrumpió en su vida un personaje «ruidoso y desordenado, un ex coracero que se había hecho escultor y que en todas partes se comportaba como en el café del regimiento y en el taller»[82]. Este Auguste Clésinger había escrito a Sand, en marzo de 1846, una carta barroca, llena de énfasis y de faltas de ortografía, para solicitar el permiso «de grabar sobre el mármol eterno el conmovedor título de *Consuelo*». Ella le había contestado dándole la autorización solicitada.

Auguste Clésinger a George Sand, 19 de marzo de 1846: Regocijes e y enorgullézcase, señora, de la felicidad que ha proporcionado a un pobre joven; que lo proclamará muy alto, pues en sus obras espera recordar siempre a George Sand, a quien debe lo que es…[83].

En cuanto las dos mujeres llegaron a París, en febrero de 1847, el coracero, barbas al viento, se arrojó sobre ellas y solicitó el honor de esculpir sus bustos «en el mármol eterno». Representó a Solange de cazadora, con las narices palpitantes, los hombros desnudos, los cabellos al viento, y las sesiones en que le sirvió de modelo turbaron singularmente a la muchacha, pues la víspera de la boda rompió su compromiso con el vizconde de Préaulx. «Es demasiado de yeso», declaró. Solange prefería el mármol. «Lo lamento y compadezco al muchacho —escribió Chopin— porque es muy digno y está enamorado…»[84]. Y Sand misma: «El pobre abandonado era un noble niño, que demostró ser un auténtico caballero francés…»[85]. Pero le gustaba el coracero o, como decía ella, el «marmolero». No obstante, le daban los peores informes de Clésinger; era loco, brutal, estaba terriblemente endeudado y bebía. En vano trató de separar a Solange del escultor, llevándosela precipitadamente a Nohant. El barbudo apareció en La Châtre 7, como un verdadero loco, arrancó el consentimiento de Sand.

George Sand a Maurice: El matrimonio se hará porque ese hombre lo quiere y hace todo lo que quiere, en una hora, en un minuto, sin necesitar comer ni dormir. En los tres días que lleva aquí, sólo ha dormido dos horas y no se inmuta. Esta tensión de la voluntad, sin fatiga ni desfallecimiento, me sorprende y me agrada… En ella veo la salvación indudable del alma inquieta de tu hermana. Con él, andará rectamente…[86].

Y un poco después: «Solange está enferma, pues, por primera vez, se halla violentamente enamorada y tú sabes que Clésinger es todo fuego, todo llama…». En realidad, George admiraba peligrosamente a aquel bandido. Para explicar su rápida decisión, habló a sus amigos de un proyecto de rapto esbozado, de acuerdo con Solange, por el desenfrenado coracero: «Es menester que este matrimonio se haga impetuosamente, como por sorpresa…»[87]. *George Sand a Maurice, 16 de abril de 1847*: «Ni una palabra de todo esto a Chopin; esto no le concierne, y cuando se ha pasado el Rubicón los *síes* y los *peros* sólo causan daño…»[88]. Ella misma se resignaba a la mala elección; generosamente dotó a la novia y alabó al novio:

«Clésinger hará la gloria de su mujer y la mía; grabará sus títulos en mármol y en bronce…»[89].

George Sand a Grzymala, 12 de mayo de 1847: No sé todavía si mi hija se casa aquí, dentro de ocho días, o en París, dentro de quince. En todo caso, a fines de mes estaré unos días en París y, si se le puede transportar, traeré aquí a Chopin… Creo que también él ha debido sufrir en su rincón de no saber, de no conocer y de no poder aconsejar nada. Pero en los asuntos reales de la vida es imposible tomar en consideración su consejo. Jamás ha visto los hechos claramente, ni ha comprendido cosa alguna de la naturaleza humana; su alma es todo poesía y música y no puede soportar lo que es diferente a él. Por lo demás, su influencia en las cosas de mi familia implicaría, para mí, el perder toda dignidad y todo cariño ante y de parte de mis hijos… Habla con él y trata de hacerle comprender, de una manera general, que debe abstenerse de preocuparse por ellos… Todo esto es difícil y delicado, y no conozco medio alguno de calmar y conducir a un alma enferma, que se irrita por los esfuerzos que se hacen para curarla. El mal que roe a ese pobre ser, en lo moral y en lo físico, me mata a mí desde hace largo tiempo, y veo que se va sin haberle podido hacer nunca bien alguno, ya que el afecto inquieto, celoso y receloso que tiene por mí es la causa principal de su tristeza…[90].

Siendo Solange menor de edad, se necesitaba el consentimiento de Casimir Dudevant. Clésinger corrió a Guillery. El resultado de una discusión entre esta tempestad viviente y Casimir el Complaciente no daba lugar a dudas. Finalmente, lo más tarde posible, hubo que informar a Chopin que acababa de estar muy enfermo. Todo en Clésinger le chocaba, hasta sus desnudos frenéticos. «¡El año entrante veremos en el salón el traserito de Solange!», decía tristemente. *Chopin a su familia, 8 de junio de 1847*: «La mamá es adorable, pero no tiene pizca de sentido común… Maurice estaba de parte suya (*de Clésinger*) porque detestaba a de Préaulx, que era hombre educado y de buena familia…»[91]. El matrimonio se celebró el 20 de mayo en Nohant. Casimir vino de Guillery; estuvo muy amable con «el tallador de piedras» y con George.

Sand a Charles Poncy, 21 de mayo de 1847: Jamás se efectuó un matrimonio con mayor voluntad y rapidez. El señor Dudevant pasó tres días en mi casa… Hicimos venir al alcalde y al cura en el momento en que

menos pensaban, y los casamos como por sorpresa. Se terminó, pues, ya con esto y finalmente respiramos…[92].

Pero *no* se había terminado. Después de un corto viaje de bodas, Solange y su marido regresaron a Nohant. Maurice tenía allí, como invitado, a Théodore Rousseau, gran pintor de follajes, bosques y praderas. Rousseau se enamoró de la pequeña Augustine, y Sand hizo cuanto pudo por inducirlo a pedir su mano, pues se sentía en deuda con la muchacha.

George Sand a Théodore Rousseau, 15 de mayo de 1847: Si hubiera usted visto cubrirse de rubor sus mejillas y llenarse de lágrimas sus ojos cuando le mostré su bella carta, tendría usted el alma tan serena y radiante como la tiene ella desde hace dos horas… Se echó en mis brazos diciéndome: «¡Hay, pues, un hombre que me querrá como usted me quiere!»[93].

Sand llegó hasta prometer, si el mozo se decidía, una dote de cien mil francos, pagadera de sus derechos de autor, lo que era más que generoso. Pero intervino entonces la temible Solange, que odiaba a Augustine, no tenía ningún deseo de verla dotar por Sand y que, además, servía así a su familia política, pues también un hermano menor de Clésinger se había enamorado de Augustine. Hizo decir a Rousseau que la «prima» quería a otro y que sólo se casaba con él por despecho. Rousseau, alarmado, dijo a Sand que Augustine le gustaba, pero que en cuanto a casarse…

George Sand a Théodore Rousseau: Espíritus monstruosos pretenden que, por el hecho de haber recogido y salvado a una criatura angelical, yo sea la indigna Sand; y que esta noble niña que ha rehusado la mano de mi hijo por no sentirse querida en proporción a su legítimo orgullo, sea una intrigante capaz de entenderse conmigo para engañar a un hombre honrado… ella, que mañana podría convertirse en esposa de Maurice si dijese lo que sufre…[94].

Deplorable embrollo. George tenía que obrar astutamente con Maurice, que, al ver a Augustine decidida a casarse, sentía renacer su irresoluto amor; intentaba atraer de nuevo a Rousseau, estupefacto ante «aquella política matrimonial» practicada por quien pasaba por ser la gran adversaria de esta institución. ¿Qué creía, pues? ¿Que ella había querido hacer de su «hija

adoptiva» la querida de un amigo? «Si ha creído usted que yo soy enemiga del matrimonio en principio, no ha leído usted nunca uno solo de mis libros…». ¿Acogía él abominables calumnias? «Me pregunto si no será usted, como Lamennais, hombre con el cual es imposible vivir porque sufre alucinaciones de sentimiento…». Turbado por una carta anónima, desalentado por Solange, Rousseau se esquivó. Augustine permaneció serena «como las rosas después de la lluvia», pero la explicación entre Sand y los Clésinger fue violenta.

Sand estaba particularmente resentida con Solange, «alma poderosa, tenaz, fría, cínica, sin remordimientos ni piedad».

> *George Sand a Charles Poncy, 27 de agosto de 1847*: Apenas casada, lo ha pisoteado todo, se ha quitado la máscara. Ha amargado contra mi a su marido, que es una cabeza ardiente y débil; contra Maurice, contra Augustine, a la que odia mortalmente y que sólo ha cometido el error de ser demasiado buena y demasiado abnegada con ella. Fue ella quien hizo fracasar el matrimonio de la pobre Augustine y volvió a Rousseau momentáneamente loco, diciéndole una calumnia atroz sobre Maurice y ella… Trata de indisponerme con mis amigos… ¡Se hace pasar como una víctima de mi injusta preferencia por su hermano y por su prima! Mancilla el nido de donde sale, suponiendo y diciendo que en él se cometen bajezas. Tampoco a mí me respeta, no obstante la vida de religiosa que me he hecho…[95].

Las escenas que siguieron «son increíbles… Por poco se matan aquí». El escultor blandió un martillo contra Maurice. George Sand hubo de dar puñetazos para defender a su hijo de su yerno. Solange excitaba a los contrincantes. «Así anda el mundo. Un día cualquiera, Satanás entra en el cuerpo de una bonita muchacha». Razonamiento de Solange: «El que no es verdugo es víctima».

> *Sand a Marie de Rozières*: Ayer tarde se fue esa pareja diabólica, plagada de deudas, triunfando en la impudencia, y dejando a la comarca en un escándalo del que nunca se olvidarán. En suma, durante tres días he estado en mi propia casa bajo la amenaza de un asesinato. No quiero volver a verlos nunca, jamás volverán a poner sus pies en mi casa. Han colmado la medida. ¡Dios mío!, qué he hecho yo para merecer semejante hija…[96].

VIII. Separación

Solange conocía su poder sobre Chopin. Con Marie de Rozières, que también tenía motivos de resentimiento, se dio a la tarea de malquistarlo con Sand. Explicó la querella de familia no por las violencias del escultor, sino insinuando que George, querida de Victor Borie y acaso también del pintor Eugéne Lambert, compañero de taller de Maurice, no quería tener en su casa testigos lúcidos. Solange acusaba a su hermano de tolerar la presencia de Borie en Nohant por necesitarla como biombo para ocultar su propia aventura con Augustine. Chopin se hallaba predispuesto a creerlo todo. Complacidamente escuchó a la acusadora, no obstante no presentar ninguna prueba, y dejó de contestar a Sand, que, por solicitud, lo llamaba a Nohant.

George Sand a Marie de Rozières, 25 de julio de 1847: Estoy inquieta, asustada. Desde hace varios días no recibo noticias de Chopin… Iba a venir y, de repente, ni viene ni escribe… Yo ya me habría ido si no fuese por el temor de cruzarme con él en el camino y por el horror que tengo de ir a París, a exponerme al odio de la que usted juzga tan buena… Para tranquilizarme, pienso a veces que Chopin la quiere a ella mucho más que a mí, que se ha puesto de su lado y que está enfadado conmigo…

Finalmente, en el correo de la mañana, recibo una carta de Chopin. Veo que, como de costumbre, mi estúpido corazón me ha engañado y que mientras pasaba yo seis noches en blanco, atormentándome por su salud, él se ocupaba en pensar y hablar mal de mí con los Clésinger. Está muy bien. Su carta es de una dignidad risible y los sermones de este buen padre de familia me servirán, en efecto, de lección… Debajo de todo esto hay muchas cosas que adivino, y sé de lo que mi hija es capaz en materia de prevención y credulidad… ¡Pero por fin he visto claro! Obraré en consecuencia; no continuaré dando mi carne y mi sangre como alimento a la ingratitud y a la perversidad…[97].

George Sand a Frédéric Chopin: Ayer había pedido los caballos de posta y, a pesar de este horrendo tiempo y de hallarme también yo enferma, iba a ir a París en coche para pasar allí un día y saber de ti. Hasta tal punto me había inquietado tu silencio respecto a tu salud. Entre tanto, *tú te* tomabas tiempo para reflexionar y tu respuesta es muy tranquila. Está bien, amigo mío. Haz lo que el corazón te dicte ahora y toma su instinto por el lenguaje de tu conciencia. Yo comprendo perfectamente.

En cuanto a mi hija… poca gracia tendría diciendo que necesita el amor de una madre a la que detesta y calumnia; ¡cuyas más sanas acciones y cuya casa mancilla con atroces habladurías! A ti te place escuchar todo eso y acaso creerlo. Yo no entablaré un combate de esta naturaleza; me causa horror. Prefiero verte pasar al enemigo que defenderme de una enemiga que salió de mi seno y que alimenté con mi leche.

Cuídala, ya que crees que es a ella a quien debes consagrarte. No te guardaré rencor por esto, pero comprenderás que me reduzca a mi papel de madre ultrajada… Basta ya de ser engañada y víctima. Te perdono y nunca más te dirigiré un reproche, ya que tu confesión es sincera. Me sorprende un poco; pero si con ello te sientes más libre y más a tus anchas, no sufriré de este extraño cambio de frente.

Adiós, amigo mío. Cúrate pronto de todos tus males, y ahora lo espero —tengo mis razones para ello—, y agradeceré a Dios este extravagante desenlace de nueve años de amistad exclusiva. Dame de vez en cuando noticias tuyas. Es inútil volver nunca sobre todo lo demás[98].

Cosa muy triste y necia es un enfado entre dos seres que se amaron mucho. Generalmente, en el fondo no hay nada serio, palabras que no se pronunciaron nunca o que se dijeron sin creer mucho en ellas, en un momento de abandono, y que son repetidas por terceros oficiosos o malignos. Por resentimiento o por orgullo, el que ha sido calumniado renuncia a explicarse. Un silencio que se prolonga hace que el uno muera para el otro. Así se rompen los afectos. Cuanto más fuerte ha sido un sentimiento, más la decepción crea una especie de odio. ¡Cuántos amigos en el día de la ruptura queman lo que adoraron y van demasiado lejos en la severidad, como fueron antes demasiado altos en la alabanza! George Sand era suficientemente generosa para detenerse en el camino del odio, pero sentía agotadas sus fuerzas nerviosas. Lo único que ahora quería saber de Chopin era cómo seguía de salud.

George Sand a Carlotta Marliani, 2 de noviembre de 1847: Chopin se ha unido abiertamente a ella [*Solange*] contra mí y, sin saber nada de la verdad, lo que demuestra una gran necesidad de ingratitud para conmigo, y un extraño encaprichamiento con ella. Haga usted como si no supiese nada. Presumo que para cambiarlo de tal modo, habrá explotado ella su carácter celoso y receloso y que de ella, y de su marido, viene esa absurda calumnia de un *amor* de mi *parte*, o de una amistad excesiva por el joven de quien le hablo [*Victor Borie*]. No puedo explicarme de otra manera una historia tan

ridícula, y en la que nadie en el mundo hubiera podido soñar. No he querido saber el fondo de esta pequeña bajeza…

Le confieso que no me desagrada que él [*Chopin*] me haya retirado el gobierno de su vida, de la que sus amigos y él querían hacerme responsable de una manera demasiado absoluta. Su carácter se agriaba de día en día; ¡había llegado a hacerme algaradas de despecho, mal humor o celos, en presencia de todos mis amigos y mis hijos! Con la astucia que le es propia, Solange se ha servido de ello; Maurice comenzaba a indignarse contra él. Conociendo y viendo la castidad de nuestras relaciones, veía también que ese pobre espíritu enfermo actuaba, sin quererlo y acaso sin poder dejar de hacerlo, como amante, como marido, como propietario de mis pensamientos y mis actos. Maurice estaba a punto de estallar y de decirle en su propia cara que me hacía representar, a los cuarenta y tres años, un papel ridículo y que abusaba de mi bondad… Viendo venir la tormenta, aproveché la ocasión de las preferencias de Chopin por Solange y lo he dejado enfadarse, sin hacer cosa alguna por atraerlo de nuevo.

Hace tres meses que no nos escribimos una letra; no sé cuál será el resultado de este enfriamiento. No haré nada, ni para empeorarlo, ni para remediarlo, pues no tengo culpa alguna y los que la tienen no me inspiran ningún resentimiento; pero no puedo ya, ni quiero, ni debo recaer bajo esa oculta tiranía que pretendía, con alfilerazos constantes y a menudo muy profundos, quitarme hasta el derecho a respirar. El pobre niño no sabía siquiera conservar ya ese decoro exterior, del que, sin embargo, era esclavo en sus principios y en sus costumbres. Hombres, mujeres, ancianos, niños, todo era para él objeto de horror y de celos furiosos, insensatos… Los accesos se producían delante de mis hijos, delante de mis criados, delante de hombres que, viendo aquello, hubiesen podido perder el respeto a que me dan derecho mi edad y mi conducta desde hace diez años. Ya no podía soportarlo. Estoy segura de que su círculo juzgará de otra manera. Harán de él una víctima y encontrarán que es más bonito suponer que, a mi edad, lo eché de mi casa para tomar un amante…[99].

George Sand a Marie de Rozières, 22 de noviembre de 1847:… Le ruego hacerme el favor de decirle a Chopin que advierta al señor Pleyel que el piano de cola salió de aquí hace cuatro días. Solange me dijo, de parte de Chopin, que Pleyel no lo alquilaba, que era un instrumento de selección, pero que yo podía conservarlo, que Chopin «se encargaba de eso». No quiero en modo alguno que Chopin pague un piano para mí. No deseo tener obligaciones con quienes me odian, y las confidencias que Chopin hace a sus amigos —y que, como todas las confidencias, son traicionadas— me

prueban en qué terreno se ha colocado él con respecto a mí… Mi querida niña, sé muy bien el *porqué* de este cambio en sus ideas y en su conducta. Mis ojos se han abierto un poco tarde, pero se han abierto finalmente y lo perdono de todo corazón. Veo que ya no es dueño de sí mismo y que lo que en cualquier otro sería un crimen, en él sólo es extravío. Siempre previ que su amistad para conmigo se trocaría en aversión, pues no hace nada a medias. Yo estoy ahora muy serena al respecto y me explico todo el pasado. Sólo deseo que no me haga *servicios*…[100].

Luego se hizo el silencio. George no trató de poner fin a este enfriamiento. El último encuentro, trágico en su sencillez, ha sido relatado por Chopin en una carta a Solange, *5 de marzo de 1848*: «Ayer fui a casa de la señora Marliani[101] y, al salir, me encontré en la puerta de la antesala con su señora madre, que entraba con Lambert. Saludé a su señora madre y mi segunda frase fue para preguntarle si hacía mucho tiempo que no recibía noticias de usted. 'Hace una semana —me contesto. —¿No tuvo usted ayer noticias de ella?, ¿o anteayer? —No. —Entonces le comunico a usted que es abuela. Solange ha tenido una niña y me complazco en ser el primero en darle esta noticia.' La saludé y bajé la escalera. Combes, el Abisinio, me acompañaba, y como me olvidé de decirle que usted estaba bien, cosa importante, sobre todo para una madre —ahora lo comprenderá usted perfectamente, mamá Solange—, le rogué a Combes que volviese a subir la escalera, ya que no podía hacerlo yo, y le dijese que usted y la niña estaban bien. Esperaba abajo al Abisinio, cuando su señora madre bajó al mismo tiempo que él y, con mucho interés, me interrogó acerca de su salud. Le respondí que *usted misma* me había escrito, a lápiz, dos palabras al día siguiente del nacimiento de su hija; que había sufrido mucho, pero que la vista de la pequeña le había hecho olvidar todo. Ella me preguntó entonces cómo estaba yo; le contesté que bien y pedí al portero que me abriese. Me despedí de nuevo y salí a la plaza de Orléans, acompañado por el Abisinio…»[102].

También Sand ha relatado esta escena: «Creía que unos cuantos meses pasados lejos curarían esa llaga y restaurarían la amistad serena, la memoria equitativa… En marzo de 1848 volví a verlo por un momento y estreché su mano temblorosa y yerta. Quise hablarle, pero él se escapó. A mi vez, podía decir yo que él ya no me amaba. Le ahorré este sufrimiento y dejé todo en manos de la Providencia y del tiempo. Ya no volvería a verlo. Entre nosotros se interponían corazones malos. Los hubo también buenos, pero que no

supieron obrar. Los hubo frívolos, que prefirieron no mezclarse en asuntos delicados…»[103].

Así va la vida. Dos seres son, el uno para el otro, lo más precioso que hay en el mundo; pero en esa comunión cotidiana hay una inmensa parte de costumbre. Trasplantadlos, alejadlos al uno del otro y les veréis echar raíces en una tierra nueva. A aquel a quien se le ha dicho todo, no es posible decir ya ni siquiera naderías, y el silencio se establece. Compasivamente nos imaginamos este encuentro de Sand y Chopin en aquella escalera de la *rue* de la Ville-l'Evéque, alejándose cada uno por su lado, sin volver la cabeza.

Séptima parte
La rebelión de los ángeles

La humanidad calzaba el vasto Progreso niño.

ARTHUR RIMBAUD

No dudo de que la mujer sea diferente del hombre, que el corazón y el espíritu tengan su sexo… Pero esta diferencia, esencial para la armonía de las cosas, ¿debe constituir una inferioridad moral?

GEORGE SAND

I. Política personal de George Sand

«Las mujeres no tienen moral —ha dicho La Bruyère—, dependen en sus costumbres de quienes aman». Más de un biógrafo estuvo tentado a aplicar esta frase a la vida política de George Sand. «Carecía de doctrina —dicen esos biógrafos—, dependía en sus ideas del hombre que amaba». Esto no es cierto. Había tenido opiniones políticas antes de enamorarse. Chopin, aristócrata, y Musset, escéptico, no la hicieron ni aristócrata ni escéptica. Tomó ideas de Michel de Bourges, de Lamennais, de Pierre Leroux, «pero eran las que ya tenía ella». Más exacto sería decir que llevó a la política su temperamento de enamorada. En política fue extremada, imprudente, apasionada, violenta, con hermosos renuevos de caridad y un secreto fondo de buen sentido. Con la señora de Staël, es una de las raras mujeres que desempeñaron un papel en la historia de Francia en el siglo XIX. Esto demanda explicación y análisis.

Ya dijimos que había pertenecido a un partido antes de pertenecer a un hombre. Estaba marcada desde la infancia. Porque, por una parte, quería al pueblo y se complacía en recordarlo («Pertenezco al pueblo tanto por la sangre como por el corazón… No S07 una intrusa en el pueblo»); porque

había vivido largo tiempo en muy estrecha amistad con hijos de campesinos; porque su primer sentimiento fuerte había sido un amor bravío y agresivo por su madre, injustamente tratada, según creía ella; porque de esa madre había aprendido a desconfiar de los ricos, experimentaba una simpatía espontánea por los rebeldes. Porque había sufrido por la corrupción de las clases dirigentes de entonces, y participando además de esa corrupción, ponía toda su esperanza en las virtudes de las masas.

Así, pues, *primer punto*: George Sand era demócrata por instinto. O al menos lo creía así. Un poco más adelante veremos que no tenía ideas muy claras sobre la democracia. «Soy de naturaleza poética y no legislativa; belicosa, si es necesario, pero jamás parlamentaria». Confesión bastante grave y que explicará sus decepciones. Con sus amigos de La Châtre había defendido siempre a los republicanos y a los bonapartistas contra los monárquicos. A sus ojos, todo rey, así se llamase a sí mismo ciudadano, era un tirano. Cuando Maurice estuvo en el colegio con el duque de Montpensier, ella le prohibió aceptar las invitaciones del joven príncipe. También aquí obraba más el instinto que la doctrina. Era republicana, pero, como Jérôme Paturot, buscaba la mejor de las repúblicas.

Segundo punto: por naturaleza, educación y convicción era cristiana evangélica. Pensaba que el cristianismo debe ser popular, generoso, social, o no ser. Ni la moral de los epicúreos ni la de los salones. Aquí la influencia de Lamennais.

Tercer punto: a los cuarenta años sigue siendo roussoísta y mística. A causa de experiencias que le probaron que el corazón no era buen consejero, tiende a apartarse del misticismo pasional. A pesar de sus decepciones, insiste en pensar que la comunicación directa con Dios es el mejor medio de conocimiento; afirma que ese vínculo existe, no entre el individuo y Dios, sino entre Dios y el alma del pueblo. Cree, con Rousseau, en la bondad natural de los hombres; no admite el dogma del pecado original. Por este aspecto es totalmente diferente de Balzac, que desea un gobierno fuerte porque teme al hombre natural. Hasta 1848, Sand confiará en las masas, siempre que se les enseñe la «verdadera» filosofía religiosa y social.

Finalmente, *cuarto punto*: al profesar estas ideas es sincera y desinteresada. No tiene ninguna ambición personal. ¿Es feminista? No, si se toma la palabra en el sentido que se le dio después de fines del siglo XIX. George Sand nunca solicitó ni deseó la igualdad política para la mujer. Juzgaba las funciones públicas incompatibles con los deberes de la maternidad. «La educación de las mujeres —decía— se hará igual a la de los

hombres, pero el corazón femenino seguirá siendo el refugio del amor, de la abnegación, de la paciencia y de la misericordia. Es ella quien debe salvar, en medio de las pasiones groseras, el espíritu cristiano de caridad. Muy desventurado sería un mundo en que la mujer no continuase desempeñando este papel»[1].

Lo que ella pedía para las mujeres no era el derecho de voto y de elección, sino la igualdad civil y la igualdad sentimental. Pensaba que la servidumbre en que el hombre mantiene a la mujer destruye la felicidad de la pareja, que sólo es posible en la libertad. Las mujeres no reclamarían nada si fuesen amadas como quieren serlo: «Pero se las maltrata; se les reprocha el idiotismo al que se las condena; se desprecia su ignorancia; se hace burla de su saber. En amor se las trata como a cortesanas; en la amistad conyugal, como a criadas. No se las ama, se las utiliza, se las explota y se espera así sujetarlas a la ley de fidelidad»[2].

He ahí su queja principal; el grito que, lanzado desde su juventud, resonará a través de toda su obra. ¿En nombre de qué justicia, humana o divina, se puede exigir de la mujer una fidelidad que el hombre, cuando se trata de él mismo, juzga vana y ridícula? ¿Por qué habría de ser casta la mujer si el hombre es mujeriego, grosero y libertino? «En nuestra sociedad y conforme a nuestros prejuicios y costumbres, cuanto más se señala a un hombre por el número de sus conquistas, más lo festejan las sonrisas de los asistentes. En provincias, sobre todo, basta abusar de la mesa y el amor para que cualquiera gane fama de alegre compinche, y con esto está dicho todo… Muy distinta es la posición de la mujer acusada de adulterio. A la mujer sólo se le atribuye un género de honra. Infiel a su marido, se la infama y envilece; queda deshonrada a los ojos de sus hijos y es acreedora a una pena infamante, la prisión»[3]. Lo que Sand quiere es devolver a la mujer los derechos civiles de que la priva el matrimonio y abrogar la ley que castiga con penas infamantes el adulterio de la mujer, «ley salvaje hecha para perpetuar y multiplicar el adulterio».

No ve otro remedio a las injusticias que turban la unión de los sexos que la libertad, inexistente entonces, de romper y rehacer la unión conyugal: «Cuando una criatura humana, sea hombre o mujer, se ha elevado hasta la comprensión del amor completo, no le es ya posible y, digámoslo mejor, no le es ya permitido volver sobre sus pasos y cumplir un acto de pura animalidad»[4]. Si la unión de los cuerpos no va acompañada por un sentimiento grande, le parece un crimen y un sacrilegio, así se realice dentro del matrimonio. La mujer debe tener derecho a sustraerse a esto: «Considero

como un pecado mortal no solamente la mentira de los sentidos en el amor, sino también la ilusión que buscaran hacerse los sentidos en los amores incompletos. Digo y creo que debe amarse con todo el ser o vivir en una castidad completa»[5]. A sus ojos, la falta, el pecado, no es cambiar de amante para ir hacia el que se ama; es darse al que no se ama, así sea el propio marido.

Tales son los límites de su feminismo, y puede verse que, para la mujer, no implica una acción política militante.

II. Castellana y socialista

Pero todo espíritu es moderado o deformado por el pensamiento de su época, sea que siga sus grandes corrientes, sea que se les oponga. El carácter esencial de este período 1830-1848 es el hacer que a la revolución política de 1789 siga una apelación a la revolución social. La burguesía había concluido, en 1830, la conquista del poder. El régimen del Justo Medio era el triunfo de los Propinot, Camusot y Cardot. Pero los espíritus clarividentes esperaban que la revolución del siglo XVIII arrastrase a una revolución proletaria. ¿Por qué iban a aceptar la miseria en este mundo las masas de trabajadores que no creían ya en la vida futura? De ahí, en un Balzac, la idea de que sólo el restablecimiento del catolicismo salvaría a las sociedades de la anarquía, y, por el contrario, en un reformador como Saint-Simon, un esfuerzo por establecer, sobre las ruinas de la autoridad católica, un poder espiritual que dirigiese los progresos de la industria, de la ciencia y del arte hacia este fin supremo: «el mejoramiento más rápido posible de la suerte de la clase más numerosa y pobre».

Aunque sus doctrinas tuviesen un porvenir, entonces imprevisible, Saint-Simon y sus discípulos habían fracasado en el presente. Aquel siglo «fecundo en abortos» se había reído de los reformadores y entregose al culto del dinero. Saint-Simon y Fourier, burlados y escarnecidos, murieron en el aislamiento. No tuvieron influencia profunda en Sand. Michel de Bourges había intentado hacer de día una militante; no lo había logrado. No obstante, la familiarizó con audaces doctrinas sobre la propiedad y la hizo penetrar en los grupos avanzados. Aunque sus propias ideas fuesen confusas, Lamennais, por su parte, la aproximó a un socialismo cristiano. Pero su verdadero iniciador había sido Leroux.

Este le había dado una nueva religión. Leroux se tenía por profeta y quería reemplazar la caridad cristiana por la solidaridad humana. Sand, que, según Sainte-Beuve, «seguía a gentes que le eran inferiores por muchos conceptos», había aceptado de Leroux la idea de la perfectibilidad del hombre —la edad de oro está ante nosotros—; la de la inmortalidad, no del individuo, sino de la especie y la de la propiedad colectiva. Sólo la sociedad podía repartir los bienes de acuerdo con las obras. La propiedad no era el robo —y esta proposición apaciguaba los escrúpulos de la castellana de Nohant—, pero tampoco era un derecho, y la sociedad sí lo tenía para modificar su distribución. Leroux confirmó a Sand en un socialismo menos brutal que el de Michel, pero más constante y más sincero. En 1843, Sainte-Beuve llamaba a Béranger, Lamennais, Sand y Sué, «las cuatro grandes potencias socialistas y filantrópicas de nuestro tiempo»[6].

¿Cómo se expresó ese socialismo? Sentimentalmente, con el apoyo que daba a los poetas proletarios: Magu, tejedor; Reboul, panadero; Jasmin, peluquero, y, sobre todo, Charles Poncy, el albañil de Tolón, al que escribía: «Hijo mío: es usted un gran poeta, el más inspirado y el mejor dotado entre todos los bellos poetas proletarios… Puede ser usted el poeta más grande de Francia…». Y también:

> 23 *de junio de 1842*: La humanidad que sufre no somos nosotros, los hombres de letras; no soy yo, que desconozco —desdichadamente para mí, acaso— el hambre y la miseria; ni siquiera es usted, mi querido poeta, que encontrará en su gloria y en la gratitud de sus hermanos una alta recompensa para sus males personales; es el pueblo, el pueblo ignorante, el pueblo abandonado, lleno de fogosas pasiones que se excitan en un mal sentido o se reprimen, sin respetar esa fuerza que, no obstante, Dios no le dio en vano…[7].

Y agregaba: «Hugo ha sentido esto algunas veces, pero su alma no es suficientemente moral para haberlo sentido del todo y oportunamente. Su musa carece de gusto porque su corazón carece de llama». La musa de Poncy carecía de genio y aun de talento, pero Sand hizo de él un amigo fiel, un confidente interino y, para concluir, un próspero burgués, pues gracias a la notoriedad que ella le dio llegó a ser secretario de la Cámara de comercio de Tolón.

El socialismo de Sand se expresó también en sus obras, pues tomó «por tema de sus nuevas novelas al proletariado de las ciudades y los campos, sus

trabajos, sus miserias, y opuso sus virtudes al egoísmo de los grandes y los ricos»[8]. El pueblo es el depositario de la inspiración divina; es él quien posee esa bondad natural que Rousseau atribuye al individuo. En *Le Compagnon du Tour de France*, el guapo carpintero Pierre Huguenin es «de la misma divina estofa» que el carpintero Jesús. Cuando habla de la ciudad futura, el viejo y escéptico conde Villepreux, en cuya casa trabaja, le dice con benevolencia: «Haz votos, haz sistemas. ¡Haz todos los que quieras y renuncia a creer en ellos lo más tarde que puedas!». Pero Huguenin desprecia a ese cadáver de un hombre y de una sociedad. En *Le Meunier d'Angibault*, Sand pinta al molinero Grand-Louis como un santo robusto y seductor y muestra a la aristocrática Marcelle de Blanchemont regocijándose de la pérdida de su fortuna. Marcelle dice a su hijo: «¡Ojalá puedas comprender que la ruina te ha incorporado al rebaño de ovejas que se halla a la diestra de Cristo y te ha separado del rebaño de carneros que está a su siniestra!». Y al Señor: «Dios mío, dame la fuerza y la prudencia necesarias para hacer de este niño un hombre. ¡Para hacer de él un patricio me bastaba con cruzarme de brazos!». Por esta época (1840-1848), Sand se complace en llamarse tanto comunista como socialista. En realidad no es obstinada y querría saber más exactamente lo que hubiera tras esas dos palabras.

> *Sainte-Beuve a la señora Juste Olivier, 3 de agosto de 1840*: La señora Sand pasa al comunismo, a la predicación obrera; temo que su futura novela se encamine en ese sentido. No se porta muy bien. Y a fin de continuar con ella en buenos términos, no la veo nunca…[9].

Pierre Leroux le había advertido en otro tiempo que él prefería *comunionismo* a *comunismo*, pues se trataba no solamente de una repartición de bienes, sino de una «fraternal comunión de las almas». Pero en 1848, ella había rebasado ya a Leroux; deseaba que el socialismo pasase a la acción, en tanto que su filósofo sólo se complacía en los sistemas.

> *George Sand a Bocage*: Soy comunista como se era cristiano en el año 50 de nuestra era. Es para mí el ideal de las sociedades en progreso, la religión que vivirá dentro de algunos siglos. No me puedo vincular, pues, a ninguna de las fórmulas actuales de comunismo, pues todas ellas son bastante dictatoriales y creen poder establecerse sin el concurso de los usos, las costumbres y las convicciones. Ninguna religión se establece por la fuerza…[10].

Este comunismo parece más idílico que agresivo y ya se ha observado el hecho de que las novelas en que Sand lo expresaba fueran publicadas por periódicos conservadores: *Le Constitutionel, L'Epoque*. Su posición personal de mujer rica no le preocupa: «Tengo el odio de la propiedad territorial. A lo sumo, me apego a la casa y al jardín. El campo, la llanura, el brezal, todo lo que es plano me abruma, sobre todo cuando es mío, cuando me digo que me pertenece, que estoy forzada a tenerlo, a guardarlo, a cercarlo y a echar de él el rebaño del pobre, so pena de volverme pobre a mi vez, lo que, en determinadas situaciones, trae inevitablemente la derrota del honor y del deber»**[11]**. Ingeniosa racionalización del deseo de conservar Nohant y de vivir allí en una sencillez fraternal.

En la provincia en que es castellana, el Berry, la señora Sand ha hecho campaña, desde 1840, contra Louis-Philippe con la oposición avanzada. Ya vimos que en 1843 contribuyó generosamente a la fundación de *L'Eclaireur de l'lndre*. La política de este periódico se aproximaba a la de *La Réforme*, el periódico parisiense que dirigía Ledru-Rollin, abogado de verba fácil, bella prestancia, sonrisa amable, pero perezoso y bastante oportunista, pues había hecho un matrimonio rico y era dado a las mujeres. Más cerca de Sand estaba Louis Blanc, socialista comunizante que decía no ya: «A cada cual según sus obras», sino: «A cada cual según sus necesidades». Mantenía correspondencia con él y, como buena berrichona, planteaba algunas preguntas «bien tontas» y directas antes de incorporarse a su movimiento. Cuando vio a Louis Blanc le gustó aquel hombrecillo de aspecto infantil, risueño y gesticulante, brillante de audacia y de ingenio. Incluso proyectó casarlo con «la mujer bella», apodo dado a Solange por Paulina Viardot. En su novela *Le Piccinino* hizo un retrato de él: «Una gran ambición en un cuerpo pequeño, una voz insinuante y dulce, una voluntad de hierro». Pero sería un error imaginársela, en aquellos años del 40, totalmente ocupada en preparar una revolución. Seguía haciendo tranquilamente su vida de Nohant.

> *George Sand a Charles Poncy*: Estaré en Nohant hasta el invierno, como todos los años, como siempre, pues mi vida está pautada ahora como un papel de música. Hago dos o tres novelas, una de las cuales va a aparecer… Mi hijo es siempre delgado y delicado, pero está bien de salud. Es el mejor de los seres, el más dulce, el más igual, el más laborioso, el más sencillo y recto que pueda verse. Además de nuestros corazones, nuestros caracteres se ajustan tan bien que ya no podemos vivir un día el uno sin el otro. Tiene ya veintitrés años, y yo cuarenta y dos… Tenemos el hábito de

una alegría poco ruidosa, pero constante, que aproxima nuestras edades y, cuando hemos trabajado bien toda la semana, nos damos una gran vacación que consiste en ir a tomar una ligera colación sobre la hierba, a alguna distancia de la casa, en un bosque o en alguna ruina, con mi hermano, que es un robusto campesino rico de ingenio y de bondad, que todos los días de la vida come con nosotros, ya que vive a un cuarto de legua. ¡Tales son nuestras grandes calaveradas! Maurice dibuja el sitio; mi hermano duerme la siesta entre la hierba; los caballos pacen en libertad…, brincan los perros, y el gordo caballo, que arrastra a toda la familia en una especie de gran carreta, viene a comer en nuestros platos…[12].

Las novelas que escribía por entonces no eran todas novelas sociales. «¿Pensaba usted, acaso, que yo bebía sangre en las calaveras de los aristócratas? ¡Pues no! Estudio a Virgilio y aprendo latín…». La lectura de Virgilio la incitaba a escribir las *Geórgicas* de su provincia. En su infancia, la habían fascinado los cuentos que oía en las veladas al agramador. Soñaba con llegar a esa rústica simplicidad del relato, conservar el tono cortante y directo del cuentista popular, pero trasponiendo el lenguaje del terruño para hacerlo inteligible al lector parisiense. De esta tentativa nacieron dos amables idilios: *La Mare au Diable* y *François le Champi*. Son dos novelas simétricas: en la primera, un rico hacendado se casa con una muchacha pobre; en la segunda, el Expósito —es decir, el bastardo abandonado en los campos— se hace amar por la mujer acomodada que lo recoge. Estas pastorales, conmovedoras y sanas, tienen toda la gracia antigua. No solamente se piensa en Virgilio, sino en Teócrito, y a veces en la *Odisea*. Liberada de las ideologías por la poesía de su provincia, Sand había escrito dos obras maestras. En 1843, un librero dijo a Balzac: «Ya nadie quiere nada de George Sand. *Le Compagnon du Tour de France* la ha matado, a pesar del privilegio que tienen los autores famosos de ser malos durante veinte volúmenes»[13]. En cambio, al año siguiente, refiriéndose a *Jeanne*, el propio Balzac decía a la señora Hanska: «Lea usted eso; ¡es sublime!… El paisaje está pintado de mano maestra…»[14].

En 1847, Sand estaba más agitada por sus desventuras personales: la ruptura con Chopin, el drama Clésinger-Solange, que por la política. «He tenido el alma y el cuerpo rotos por la pena. Creo incurable esta pena, pues cuanto más logro distraerme de ella durante algunas horas, más sombría y lancinante penetra en mí en las siguientes…»[15]. No obstante, lograba trabajar, parecer alegre y estarlo a veces.

Finalmente, George había encontrado un marido para la querida Titine. Karol de Bertholdi, treinta y seis años, polaco exiliado, era profesor de dibujo en Tulle y ganaba así tres mil francos anuales. Victor Borie lo había descubierto allí; Sand lo había invitado; Augustine había sabido gustarle. Quedaba por asegurar el porvenir de la joven pareja sin fortuna. Sand dio a la novia una dote de treinta mil francos; luego obtuvo para el novio —al que hizo fiar por Duvernet— un puesto de recaudador en Ribérac. Para equilibrar su propio presupuesto, en déficit por sus generosidades y por las locuras de los Clésinger, trabajaba en la *Histoire de ma Vie*, que se compondría de diez volúmenes.

> *George Sand a Charles Poncy, 14 de diciembre de 1847*: Es una serie de recuerdos, de profesiones de fe y meditaciones, dentro de un marco cuyos detalles tendrán algo de poesía y mucho de sencillez. No obstante, no revelaré allí toda mi vida. No me gustan el cinismo y el orgullo de las confesiones, y no me parece que deba uno revelar todos los misterios de su corazón a hombres más malos que nosotros y dispuestos, en consecuencia, a encontrar allí una mala lección en vez de una buena. Por lo demás, nuestra vida es solidaria de todas las que nos rodean, y nunca podría uno justificarse de nada sin verse obligado a acusar a alguien, a veces a nuestro mejor amigo. Y yo no quiero acusar ni afligir a nadie. Me sería odioso y me causaría más dolor que a mis víctimas. Creo, pues, que haré un libro útil, sin peligro y sin escándalo, sin vanidad y sin bajeza, y trabajo en él con placer…[16].

En 1847 ya no veía a Pierre Leroux y, después de tanta Indulgencia, lo juzgaba por fin severamente: «Nada sé de los negocios de Leroux. Comienzo a acostumbrarme a la idea de que puede mantenerse en equilibrio sobre ese hilo que lo separa del siglo. No sé cómo se hará la cosa, pero él siempre encontrará la manera de hacerlo. Por una parte, está en el orden de los hechos, pero, por la otra, es hábil, persistente y sabe muy bien arrancar del mundo, del que reniega, los socorros que necesita. ¿Cómo se las ha arreglado durante los largos años que ha arrastrado consigo su voluntaria indigencia, para jamás carecer de nada, teniendo tantos estómagos por satisfacer? Es un problema. Pero la duración del problema lo hace menos inquietante. Si Boussac se derrumba bajo sus pies, irá a anidar en otra parte. Tiene una inteligencia admirable para encontrar recursos inesperados. Tiene admirables luces para hacer aceptar esta manera de actuar… Confieso que no he podido aceptar la

especie de jesuitismo a que sabe plegarse su fanatismo cuando es necesario…»[17]. La hipocresía es un homenaje que el rebelde rinde a la sociedad.

III. La musa de la República

El joven Victor Borie, por entonces huésped constante de Nohant, andaba, a comienzos de 1848, «todo trastornado» con la idea de que en París se iba a hacer una revolución. George no creía en ello y la de febrero la sorprendió, como sorprendió a Francia. George odiaba a Louis-Phillippe con una violencia puramente femenina, pero la campaña de banquetes para la reforma electoral, que precedió y trajo la caída del régimen, le parecía benigna y vana. «Es una intriga entre ministros que caen y ministros que quieren subir —escribía a su hijo—, y no creo que el pueblo tome partido en la querella del señor Thiers contra el señor Guizot… Quiero, pues, que me prometas no andar por ahí corriendo el riesgo de una cuchillada sin provecho para la buena causa… Hacerse matar por Odilon Barrot y compañía sería demasiado estúpido…»[18]. Cuando el motín estalló se sorprendió al ver que Maurice no regresaba a Nohant, como le había aconsejado. Delacroix le describía muy excitado: «Por lo que respecta a Maurice, está radiante; acaba de salir de aquí como si estuviera ebrio: no le creía capaz de este grado de exaltación»[19]. Inquieta, George partió en busca de su hijo.

Al llegar a París tuvo súbitamente la impresión de que era el gran día y que no solamente la República, sino la República social, estaba hecha. Encontró a sus amigos en el poder; fue a visitar al pequeño Louis Blanc en *su* palacio del Luxemburgo. Las galerías de mármol se hallaban atestadas de largas filas de proletarios. Louis Blanc irradiaba: «Es preciso —le dije— que la fuerza del pueblo se muestre bajo la apariencia de la serenidad; la serenidad es la majestad de la fuerza». Desde una ventana de la casa de Guizot, mientras hablaba con Lamartine, George vio pasar un cortejo:

> *George Sand a Augustine Brault*: Era hermoso, sencillo y conmovedor: cuatrocientas mil personas aglomeradas desde la Magdalena hasta la columna de Julio; ni un gendarme, ni un guardia y, sin embargo, tanto orden, decencia, recogimiento y mutua cortesía que no hubo un pie magullado ni un sombrero abollado. Era admirable. ¡El pueblo de París es el primer pueblo del mundo!…[20].

La República estaba asegurada y ya no la soltarían; si era preciso, morirían en las barricadas defendiéndola. El gobierno, compuesto de buenas gentes, no estaba acaso a la altura de una empresa que hubiese exigido «el genio de Napoleón y el corazón de Jesús». No obstante, la mayoría hacía lo mejor que podía.

Sand no había tenido nunca verdadera intimidad con Lamartine. Después de un discurso pronunciado en 1843, y con el cual tomara posiciones contra el régimen, ella lo había felicitado. Dichoso con aquella carta, él le había solicitado una entrevista. Acostada todavía a las cinco de la tarde, se había levantado para recibirlo y había aparecido ante él cubierta «con una especie de anguarina un poco abierta. Hizo traer cigarrillos y hablaron de política y de la humanidad. Era la primera vez que aquellos dos grandes genios conversaban frente a frente. Hasta entonces, George Sand parecía menospreciarlo un poco…»[21]. Cuando volvió a verlo en París, en febrero de 1848, lo encontró muy imbuido de su papel. «Acabo de hacer un discurso y de abrazar a cien mil hombres», le dijo él. Ella lo juzgó más Vergniaud que Mirabeau, más poeta que hombre de acción. Pero todavía la República lo necesitaba; él era su «brillo fascinador». Su voz, potente y dulce, amortiguaba la palabra *revolución*.

Sand observó a los jefes del gobierno provisional, zamarreados en sentido contrario por obreros y burgueses. La blusa contra la levita; la gorra contra el sombrero; la república socialista contra la república burguesa: tal fue 1848. En la alegría de la victoria, George no deseaba este conflicto. Burgueses y obreros habían derribado conjuntamente «un régimen abyecto». Debían tenderse la mano.

> El pueblo —escribía Sand— está dispuesto a otorgar toda su confianza a la burguesía. La burguesía no abusará de ella. No se dejará extraviar por pérfidos consejos, por vanas alarmas, por falsos rumores, por calumnias contra el pueblo. El pueblo será justo, tranquilo, prudente y bueno, mientras la clase media le dé el ejemplo…[22].

En aquellos primeros días se sentía tanto más optimista cuanto que repentinamente se sentía poderosa. Hacía nombrar a sus amigos comisarios de la República en Châteauroux, en La Châtre. En Bourges obtenía la destitución de su antiguo amante, Michel, «quien —decía ella— traicionaba a la democracia por temor a la demagogia». Por obra y gracia de Ledru-Rollin, George Sand había hecho de Maurice el alcalde de Nohant. Había logrado

para Paulina Viardot el honor de componer «una *Marsellesa* nueva sobre la letra de Dupont. Soy yo la que mueve todo esto»[23], agregaba orgullosamente. Y por lo que hace a ella misma, tenía un salvoconducto permanente para entrar a la hora que quisiese al despacho de los miembros del gobierno provisional. «Con su brío y su atolondramiento habituales»[24], Ledru-Rollin le encargaba la redacción del *Bulletin de la République*. Se convertía así en la musa de la revolución. La acción embriaga a los artistas; no teniendo la experiencia de sus peligros, pierden la cabeza. Creen que el mundo real se deja modelar tan fácilmente como los mundos imaginarios. Los despertares son bruscos y penosos.

Aquel hermoso sueño no duró mucho, como es propio de los sueños. Los ricos tenían miedo; los pobres también. El pueblo, que guardaba un mal recuerdo de 1830, cuando el rey-ciudadano le frustrara de su República, seguía en armas. «He visto —escribía ya Sand en marzo de 1848— cómo se insinuaban en el corazón de los ricos la desconfianza y el escepticismo; he visto a la ambición y al fraude cubrirse con la máscara de la adhesión»[25]. Ella temía a los obreros de la hora nona y a los republicanos del día siguiente, que se mezclaban ya a las manifestaciones para hacerlas fracasar.

Corrió a Nohant para entronizar a Maurice y tomarle el pulso a la provincia. Se efectuó una fiesta campestre en la plaza de la aldea; los berrichones concurrieron a caballo, con el fusil en bandolera: esta cabalgata tenía el aspecto de una guerra de guerrillas pacífica. Pero los burgueses de La Châtre se mostraron hostiles. «He regresado aquí para ayudar a mis amigos, en la medida de mis fuerzas, a revolucionar el Berry, que se halla harto adormilado… ¡No importa!, ¡no se ha perdido la República porque La Châtre no la quiera!…»[26]. De todos modos, este contratiempo la endureció y su actitud se hizo más agresiva. De regreso a París, se creyó, orgullosamente, el cerebro y la pluma del régimen.

> *George Sand a Maurice, 24 de marzo de 1848*: Aquí me tienes ocupada ya como un hombre de Estado. Hoy he hecho dos circulares gubernamentales: una para el Ministerio de Instrucción Pública y otra para el Ministerio del Interior. Lo que más me divierte es que todo eso está dirigido: *A los Alcaldes*, de manera que, por vía oficial, vas a recibir las instrucciones de tu *madre*, ¡Ah!, ¡ah!, señor alcalde, tendrá usted que ir con cuidado y, para comenzar, todos los domingos leerá a su guardia nacional formada uno de los *Boletines* de la República… No sé a quién atender. Me llaman de uno y otro lado. No pido nada mejor…[27].

Un grande y sincero impulso de fe la soliviantaba. Lamartine le parecía demasiado tibio y burgués.

> *George Sand a Lamartine, abril de 1848*: ¿Por qué duda usted, usted que puede apreciar los milagros que la todopoderosa divinidad reserva para la inteligencia de los débiles y los oprimidos, conforme a las revelaciones sublimes que han descendido sobre su alma de poeta y de artista?… ¿Cree que Dios esperará siglos para realizar el cuadro mágico que le permitió entrever a usted?… ¡Se equivoca usted de hora, gran poeta y gran hombre!… ¿Por qué está usted con los que Dios no quiere iluminar, y no con los que ilumina?… Si sólo el temor puede quebrantarlos y vencerlos, únase de una vez a los proletarios para amenazar e impedirles que ejecuten sus amenazas…[28].

Balzac, que andaba en las nubes, medía sin ilusiones las posibilidades del nuevo régimen: «Como la República no durará más de tres años, en su plazo más largo, es preciso no perder las oportunidades…»[29]. Si hubiese tenido dinero habría comprado entonces, como los especuladores de sus novelas, rentas y terrenos en baja, aprovechándose del pánico. «Para establecer la República —escribía a la señora Hanska— es preciso destruirlo todo y reconstruirlo. Es ésta una obra para la cual no hay hombres. De modo, pues, que creo regresaremos al poder muy rápidamente, en lo posible…». Acerca de los límites de este posible, Balzac no se hubiese puesto de acuerdo con su amiga y camarada George.

Las elecciones generales se aproximaban. Sand hacía cuanto estaba en su poder para inducir al pueblo «a votar bien», es decir, a votar por candidatos que sostuviesen al gobierno y a la revolución. Pero toda la provincia, salvo algunas ciudades obreras, parecía tan conservadora como La Châtre. George no admitía la idea de ser derrotada. Llegaba hasta establecer una distinción peligrosa entre la *mayoría* y la *unanimidad*.

> El ideal de la expresión de la soberanía de todos no es la mayoría, es la unanimidad. Llegará el día en que la razón haya apartado todos los velos y la conciencia se haya librado tan totalmente de vacilaciones, que ni siquiera una voz se levantará contra la verdad en los consejos de los hombres… Sí, en todas las épocas de la Historia ha habido una de estas horas decisivas en que la Providencia intenta una prueba y da su sanción a la aspiración auténtica, al consentimiento eléctrico de las masas. Hay horas en que la

unanimidad se produce a la faz del cielo, y en que la mayoría no cuenta ya ante ella…[30].

En el *Bulletin N.º 16*, que adquiría una desagradable notoriedad, amenazaba:

Si las elecciones no hacen triunfar la verdad social, si son la expresión de los intereses de una casta, arrancada a la confiada lealtad del pueblo, las elecciones, que debieran ser la salvación de la República, serán su pérdida sin duda alguna. Entonces sólo habría un camino de salvación para el pueblo, que ha hecho las barricadas: manifestar por segunda vez su voluntad y posponer las decisiones de una falsa representación nacional. ¿Querrá Francia obligar a París a recurrir a este remedio extremo y deplorable?… ¡Dios no lo quiera!…[31].

Esto era una incitación a la revuelta. La señora Sand no la temía. El gobierno, la prensa, Francia entera, le parecían divididos en republicanos puramente políticos, a los que se habían unido los monárquicos, y republicanos socialistas, entre los cuales se contaba ella. «Sólo la suerte de las armas —pensaba ella— podía decidir entre los dos bloques». Las elecciones no le inspiraban ninguna confianza, porque iban a hacerse contra «los comunistas», pero contra comunistas quiméricos que hubiesen querido la ley agraria, el pillaje, la violación.

Si por comunismo se entiende una conspiración dispuesta a intentar un golpe de mano para apoderarse de la dictadura, como se decía el 16 de abril, no somos comunistas… Pero si por comunismo se entiende el deseo y la voluntad de que, gracias a todos los medios legítimos y proclamados por la conciencia pública, la irritante desigualdad entre la riqueza extrema y la extrema pobreza desaparezca desde ahora, cediendo el puesto a un comienzo de igualdad auténtica, entonces sí somos comunistas y nos atrevemos a decirlo a quien nos interrogue lealmente, porque creemos que es tan honrado como lo somos nosotros…[32].

Entre tanto, la extrema izquierda —Blanqui, Cabet, Raspail, acaso Louis Blanc, «gran ambición en un cuerpo pequeño»— preparaba un golpe para el domingo 16 de abril. Fue un grave fracaso; toda la guardia nacional, toda la

burguesía y parte de los arrabales gritó: «¡Viva la República! ¡Mueran los comunistas!».

> *George Sand a Maurice, 17 de abril de 1848*: Debo decirte cómo ha sucedido todo esto, pues por los periódicos no entenderías nada. Guarda para ti el secreto del asunto. Desde hace ocho días había tres conspiraciones en marcha, o mejor cuatro. En primer término, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Flocon, Caussidière y Albert querían forzar a Marrast, Garnier-Pagés, Carnot, Bethmont, en fin, a todos los del Justo Medio de la República, a retirarse del gobierno provisional. Habrían conservado a Lamartine y a Arago, que son mixtos y que, prefiriendo el poder a las opiniones —que no tienen— se habrían unido a ellos y al pueblo. Esta conspiración estaba bien fundada… Hubiese podido salvar a la República, proclamar inmediatamente la disminución de los impuestos al pobre, tomar medidas que, sin arruinar a las fortunas honradas, sacasen a Francia de la crisis financiera, cambiar la forma de la ley electoral, que es mala, y producir elecciones de campanario; y hacer, en fin, todo el bien posible en este momento, atrayendo nuevamente el pueblo a la República, de la que ya han logrado asquearlo los burgueses en todas las provincias, y formar una Asamblea Nacional que no hubiese habido necesidad de violentar…[33].

De manera, pues, que en aquel momento, en la espera de unas elecciones malas, los espíritus avanzados del gobierno conspiraban contra su propio régimen. El éxito de la contramanifestación reforzó al ala moderada. Muchos de los lectores del *Bulletin N.º 16* hicieron responsable de los desórdenes al «texto incendiario» de George Sand. Se preguntó *quién* había permitido publicarlo en un periódico oficial. Naturalmente, ni Ledru-Rollin ni Jules Favre —que era entonces secretario general del *Bulletin*— aceptaron la responsabilidad de haber encargado tal artículo, y era un hecho que, conforme a las más sólidas tradiciones administrativas, ninguno de los dos lo había leído antes de hacerlo imprimir.

George Sand trató de explicar en otros periódicos que desaprobaba igualmente manifestación y contramanifestación, «la Casta y la Secta», como decía ella. La Casta, es decir, las clases llamadas dirigentes; la Secta, es decir, el grupito de fanáticos que predicaba la violencia. Pero, en realidad, había estimulado a la Secta, y el clamor público contra ella era muy fuerte. El 20 de abril, la fiesta de la Fraternidad, le dio una compensación.

George Sand a Maurice, 21 de abril de 1848: Un millón de almas… Esta fiesta ha sido la más bella jornada de la historia… Significa más que todas las intrigas de la jornada del 16. Prueba que el pueblo no razona todas nuestras diferencias, todos nuestros matices ideológicos, pero que siente profundamente las cosas grandes y que las desea…[34].

Las elecciones se celebraron el 23 de abril y la Asamblea elegida fue de una moderación agresiva. Las masas, consultadas por primera vez, se mostraron más conservadoras aún que los electores oficiales. París, al decretar el sufragio universal, se había despojado, en beneficio de la provincia, de su derecho a gobernar. Una rebelión parisiense podía colocar en entredicho la legitimidad de un gobierno proveniente del sufragio limitado, pero no la de un gobierno que tuviera la mayoría en el país. El Palais-Bourbon triunfaba sobre el Hôtel de Ville. Los franceses aceptaban la revolución política, pero no la revolución social. «Contábamos con elecciones malas, dijo *La Réforme*, pero es menester reconocer que los resultados superan nuestras previsiones».

Sand tenía todavía acceso ante los ministros. El 10 de mayo, mientras la Asamblea procedía a la elección de los directores, «Ledru Rollin se hallaba tendido en el prado de la Cámara de diputados con la señora Sand; un centinela impedía a la gente aproximarse… Un poco más tarde se reunió allí con ellos Lamartine…»[35]. El gordo Ledru, oportunista e instruido ya por las elecciones, se aproximaba a Lamartine y a los moderados. Se excluyó del gobierno a Louis Blanc. El 13 de mayo los obreros de París hicieron lo que la señora Sand les aconsejara en el *Bulletin N.º 16*. Conducidos por dos veteranos de las revueltas parisienses, Barbès y Blanqui, invadieron el Palais-Bourbon, declararon disuelta la Asamblea y proclamaron un gobierno socialista. Pero el gobierno legal llamó a las armas; la guardia nacional de los barrios ricos liberó a la Asamblea; Barbès y el obrero Albert fueron detenidos. «Los demócratas triunfaban a la vez sobre los retrógrados y los demagogos». Tal fue el sentir de los amigos de Lamartine; el epíteto descortés no podía gustar ni a los amigos de Louis Blanc ni a George Sand.

Ésta no admitía que la prueba de fuerza se hubiera efectuado, y todavía pensaba que el pueblo impondría su voluntad. Monckton Milnes, miembro del Parlamento británico —futuro Lord Houghton—, de paso en París, dio a comienzos de mayo un almuerzo entre cuyos invitados figuraban Sand, August Mignet, Alexis de Tocqueville, Carlotta Marliani y Prosper Mérimée. «Una de las damas —escribe éste— tenía muy bellos ojos que mantenía clavados en su plato. Se hallaba frente a mí y me parecía que sus rasgos no

me eran desconocidos. Finalmente, pregunté su nombre a mi vecino. Era la señora Sand. Me pareció infinitamente mejor que en otro tiempo. Como puede usted imaginarse, no nos dijimos nada, pero nos miramos mucho a hurtadillas…[36]. Después de la comida di un cigarro al coronel D…, quien fue a ofrecérselo de *su* parte, aceptándolo ella graciosamente. Me mantuve siempre a distancia de bichero, como dicen los marinos[37]. *A long spoon to eat with the devil*».

A Tocqueville, que no tenía en juego recuerdos personales, le interesaba especialmente en Sand «el hombre político». Tenía contra ella grandes prejuicios, pero lo sedujo con una elevada y natural sencillez de modales y de lenguaje.

> Lo que me dijo me llamó mucho la atención. Era la primera vez que entraba yo en relación directa y familiar con una persona que pudiese y quisiese decirme lo que pasaba en el campo de nuestros adversarios. Los partidos no se conocen nunca unos a otros; se aproximan, se empujan, se agarran, pero no se ven. La señora Sand me pintó muy detalladamente y con singular vivacidad el estado de los obreros de París, su organización, su número, sus armas, sus preparativos, sus ideas, sus pasiones, sus determinaciones terribles. Consideré recargado el cuadro, peto no era así; lo que pasó luego es buena prueba. Pareció asustarse por sí misma del triunfo popular y compadecerse mucho de la suerte que nos esperaba: «Trate de obtener de sus amigos —me dijo— que no hagan salir el pueblo a la calle; inquietándolo o irritándolo; igualmente querría poder inspirar la paciencia a los míos, pues si el combate se entabla, créame que todos ustedes perecerán en él…»[38].

Esta sorprendente confianza en el triunfo de sus ideas, en el momento en que éstas se hallaban en tan grave peligro, era un efecto de su exuberancia vital. Sintiéndose fuerte, creía que también lo era la República social. En sus artículos expresaba su simpatía por los republicanos socialistas y su hostilidad a un comunismo inmediato, «que es la negación misma del comunismo, pues sería preciso proceder por la violencia y destruyendo el principio evangélico y comunista de la fraternidad»[39]. Juzgaba el momento tan grave que ni siquiera asistió a las bodas berrichonas de su querida Titine, el 6 de mayo de 1848.

¿En qué pensaba la muchacha, tanto tiempo enamorada de su primo, cuando se vio unida a Bertholdi, en un matrimonio de conveniencia, por el

propio Maurice, alcalde de Nohant? Es fácil imaginar la tristeza con que debió salir Augustine de una casa en la que concibiera grandes esperanzas y alcanzara, en las representaciones teatrales, tan bellos éxitos. Es verdad que a veces había sufrido allí, pero se había divertido maravillosamente. Casarse con aquel mozo viejo «terriblemente soso» y compartir la vida de un oscuro funcionario era aceptar, pensaba, el tedio en la mediocridad.

El 15 de mayo estalló la tormenta predicha por George a Tocqueville. La oportunidad la dio una manifestación en favor de Polonia oprimida, «Cristo de las naciones». Lamartine, ministro prudente, se había negado a comprometer a Francia en una campaña sin esperanzas, y la emigración polaca lo combatía violentamente. Tal fue la causa ostensible de la demostración. En realidad, ésta se hallaba destinada a demostrar el poder del pueblo y a imponer nuevas elecciones. Muchos manifestantes creían ingenuamente en los lemas dados y gritaban: «¡Viva Polonia! ¡Viva la República!». Poco a poco aumentaron los «¡Viva Louis Blanc!», y Blanqui arrastró a la multitud al asalto de la Asamblea Nacional. Lamartine, Ledru-Rollin, el mismo Barbès, no pudieron hablar. Blanqui y Louis Blanc hicieron proclamar la República democrática y social. Pedían el envío inmediato de un ejército a Polonia. En aquel momento se oyó el toque de retirada. La guardia nacional venía en auxilio de la Asamblea. Todo había fracasado. El pánico se apoderó de la muchedumbre. Se gritó: «¡Muera Barbès!». Fue detenido. Todo había terminado.

¿Dónde estaba George Sand el 15 de mayo? En la calle de Bourgogne, mezclada a la multitud. Allí vio, en la ventana de un piso bajo, a una dama desconocida que arengaba al pueblo y se hacía aclamar. Preguntó quién era aquella heroína. ¡Le respondieron que era George Sand! Maurice cuenta que se trataba de una broma de unos mirones. El propio Maurice, acompañado por el berrichón Adolphe Duplomb, fue a buscar el cañón de la Escuela Militar, y sólo encontró vasos de cerveza. «¡Jornada memorable e hilarante!», escribe. Es indudable que Sand no tomó parte activa en ella. Lo que no impidió que los periódicos la hicieran responsable, por haber dicho en el *Bulletin N.º 16* que el pueblo tenía derecho a defender la República, así fuese contra la Asamblea nacional. A lo que respondió que el *Bulletin* era muy anterior al 15 y no podía ser la causa directa, lo que era cierto.

La noche del 15 de mayo, George juzgó que la causa de la República social estaba perdida y no tuvo ya más que un deseo: regresar a Nohant. No obstante, esperó dos días, porque se decía que iban a detenerla. No quería que se creyese que huía. A la espera de una requisa, quemó todos sus papeles y su

Journal intime. Pero nadie pensaba molestarla y partió tranquilamente en la tarde del 17.

> Quería dar a la justicia tiempo de encontrarme, si es que creía tener que aclarar algo conmigo. Este temor de mis amigos no era verosímil y hubiese podido dármelas de importante a poco costo, simulando huir cuando nadie me hacía el honor de pensar en mí, como no fuesen algunos señores de la guardia nacional que se indignaban de ver que se descuidaba a un conspirador tan peligroso.

IV. Nohant 1848-1850

> No hay principios; sólo hay acontecimientos.
>
> BALZAC

Al evocar a Nohant aquella noche del 15 de mayo, en la calle de Bourgogne, George lo veía como un refugio. Se engañaba. Más en peligro estuvo en aquellos campos en que se ofrecía como blanco a los reaccionarios que en la confusión de París, en donde se la olvidaba. Sus vecinos la acusaban de todos los errores y de todos los crímenes.

> Aquí, en este Berry tan romántico, tan dulce, tan bueno, tan apacible, en esta comarca a la que tanto quiero y en la que he probado a los pobres y a los sencillos que conocía mis deberes para con ellos, soy mirada como enemigo del género humano, y si la República no cumplió sus promesas, evidentemente soy yo la causa…[40].

Se contaba que había obtenido del «señor duque Rollin» todas las viñas, todas las tierras y todas las praderas del cantón, y que había hecho encerrar en el torreón de Vincennes a los mejores diputados.

> *George Sand a Carlotta Marliani*: Tengo que mantener a raya, con mi presencia, a una numerosa pandilla de imbéciles de La Châtre, que hablan a toda hora de venir a incendiar mi casa. No tienen valor físico ni moral, y cuando vienen a pasearse por aquí, les salgo al encuentro. Entonces se

quitan el sombrero. Y después de pasar, se aventuran a gritar: «¡*Abajo los comuniscos!*»[41].

El nuevo alcalde de Nohant, Aulard, adversario político, pero amigo personal, le aconsejó alejarse de la región mientras se apaciguaban todos aquellos rumores y cóleras. Se fue entonces para Tours y los periódicos tomaron la cosa a broma: «¿A dónde ha ido George Sand?… París nos hizo saber que George Sand, derrotada, o derrotado por el resultado de las jornadas de julio, había hecho embalar sus muebles, su caja de cigarros, y privaba a París de su presencia para ir a instalarse en Tours. Simple cuestión de contratista de mudanzas…»[42].

Delacroix le escribía diciéndole que había hecho bien en marcharse: «Acaso la hubieran acusado de haber levantado barricadas. Muy bien dice usted que en tiempos como éstos el espíritu de partido no razona y que los disparos y las bayonetas se convierten en los únicos argumentos válidos… Su amigo Rousseau, que por lo demás nunca vio otro fuego que el de la cocina, exalta en alguna parte, en un acceso de humor belicoso, la frase de un palatino polaco, que decía a propósito de su turbulenta república: *Malo periculosam libertatem quam quietum servitium*. Latín que quiere decir: 'Prefiero una libertad sembrada de peligros a una esclavitud sosegada.'¡Ay!, yo he llegado a la opinión contraria, considerando sobre todo que esa libertad comprada a costa de batallas no es verdaderamente la libertad, la cual consiste en ir y venir en paz, en reflexionar, en comer sobre todo a sus horas y muchas otras ventajas que las agitaciones políticas no respetan. Perdóneme mis reflexiones retrógradas, querida amiga, y quiérame a pesar de mi incorregible misantropía»[43].

Después de la derrota de la insurrección y de las sangrientas matanzas de junio, hubo millares de deportados. La República social estaba vencida y acaso toda República. Un nuevo foso de sangre se abría entre la burguesía y los obreros. Sand se desesperó y dejó de escribir en los periódicos.

George Sand a Edmond Plauchut, 24 de septiembre de 1848: Me pregunta usted en qué periódico escribo. No escribo en ninguna parte, al menos por este momento: no puedo expresar mi pensamiento bajo el estado de sitio. Sería preciso hacer, a las pretendidas necesidades de los tiempos, concesiones de las cuales no me juzgo capaz. Además, desde hace algún tiempo tengo el alma rota, desalentada. Está enferma todavía y debo esperar a que se cure…[44].

Chopin, que se hallaba en Londres, hablaba con creciente malignidad de las desventuras de su antigua amiga: «En estos últimos tiempos se ha hundido en todos los lodos, arrastrando a muchos con ella. Se le atribuyen abominables proclamas que han encendido la guerra civil…»[45].

A los males públicos se agregaban conflictos íntimos y dolorosos. El sastre Brault, padre de Augustine, acababa de publicar un panfleto titulado: *Une Contemporaine. Biographie et intrigues de George Sand*. Acusaba allí a George de haber atraído a Augustine a Nohant para hacer de ella la querida de Maurice y de haber casado luego a la muchacha comprometida con un cualquiera. Se trataba de un chantaje, pues Brault —que anunciaba otros folletos sobre el mismo tema— no tenía ningún interés distinto al de sacar dinero a George para mancillar a su propia hija. George pidió consejo al gran abogado Chaix d'Est-Ange. Aseguraba que entre su hija adoptiva y su hijo sólo había habido una fraternal, una santa amistad: «Vivieron siempre bajo mis ojos mientras vivimos en el campo en una intimidad de familia»[46]. Chaix d'Est-Ange intimidó al sastre, cuyo segundo folleto no apareció nunca; pero también esta vez Chopin endosó las acusaciones: «En una palabra, la más sucia aventura que da que hablar hoy a todo París. Es una indignidad por parte del padre, pero es la verdad. ¡Tal fue el acto de beneficencia contra el cual combatí con todas mis fuerzas cuando la muchacha entró a la casa!…»[47]. El príncipe Karol había llegado a odiar a Lucrezia Floriani. Sand escribía a Solange, que seguía siendo amiga de Chopin y recibía de él a menudo claveles y rosas: «No he podido pagar su furor y su odio con odio y con furor. A menudo pienso en él como en un niño enfermo, amargado y extraviado…»[48].

Una vez más, su mesa de trabajo le sirvió de fortaleza contra los ataques de un mundo hostil. Reanudó la *Histoire de ma Vie* y, por consejo de Rollinat, volvió también a la vena de las novelas campestres. Al comenzar *La Petite Fadette* escribió un prefacio encantador: *Por qué hemos vuelto a lo nuestro*. Citaba allí la conversación con Francois Rollinat, de la que saliera el libro:

> Hablando de la República que soñamos y de la que sufrimos, habíamos llegado al umbroso sitio del camino en que el serpol invita al reposo.
>
> —¿Recuerdas —dijo él— que hace un año pasamos por aquí y nos detuvimos toda una tarde? Fue aquí donde me contaste la historia del Expósito y aquí donde te aconsejé que la escribieses en el mismo estilo familiar que habías usado conmigo.

—Y que yo imitaba del de nuestro agramador. Me acuerdo y me parece que, desde entonces, hemos vivido diez años.

—Y, sin embargo, la naturaleza no ha cambiado —prosiguió mi amigo —: la noche sigue siendo pura, las estrellas brillan siempre, el tomillo silvestre continúa aromando. Por afligidos o desgraciados que estemos, no nos pueden quitar esta dulzura de amar a la naturaleza y de reposamos en su poesía. Pues bien: ya que sólo esto podemos dar a los desventurados, continuemos haciendo arte como lo entendíamos entonces; es decir, celebremos dulcemente esa dulce poesía; exprimámosla, como el jugo de una planta bienhechora, sobre las heridas de la humanidad.

—Si es así —dije yo a mi amigo—, volvamos a lo nuestro, es decir, a nuestras pastorales…[49].

Esta nueva pastoral le devolvió el afecto de su público. No es que en ese prefacio o en sus artículos renegase de sus ideas, sólo renunciaba a la política militante. De ahora en adelante admitiría —decía ella— dos clases de propiedad: una parte individual, única que haría tolerable el entendimiento entre las clases, y una parte colectiva, que deseaba tan amplia como fuese posible.

George Sand a Giuseppe Mazzini: El pueblo debe gobernarse, pues, con el concurso de todos, con la burguesía reaccionaria como con la burguesía democrática, como con los socialistas. Para ilustrarse, el pueblo necesita la lucha política y legal de todos esos diversos elementos…[50].

El día de Navidad —25 de diciembre de 1848—, Hippolyte Châtiron murió en Montgivray: «Enfermo desde hacía dos años, buscaba una excitación *ficticia* en el vino. No comía ya y cada día bebía más… La muerte vino sin que él se percatase…»[51].

En 1849, Augustine dio a Bertholdi un hijo, al que se llamó George, como se había hecho con el nieto de Marie Dorval. Esta, vieja ya, rotos todos sus amores, no era más que una abuela apasionada. Su hija Caroline —nacida de sus amores con Piccini, durante su viudez juvenil— se había casado con el actor René Luguet; la pareja había tenido poco éxito en el teatro, pero, en cambio, tenía ya tres hijos que criar: Merle, paralítico, vivía enfermo; cargas abrumadoras pesaban, pues, sobre la Dorval. Valerosamente hacía jira tras jira, ya que la familia indigente no tenía otros recursos que sus entradas de actriz errante. El pequeño George era enclenque. Para que Marie pudiera

llevarlo al Mediodía cuando la contrataron para Nimes, Avignon y Marsella, Sand pagó el viaje del niño. Que murió, no obstante, de una fiebre cerebral. La Dorval apenas lo sobrevivió un año.

René Luguet a George Sand, 23 de mayo de 1849: Querida señora Sand: ¡esa admirable y pobre mujer ha muerto! ¡Nos deja inconsolables! ¡Compadézcanos usted!…

Querida señora Sand: permítame que le cuente a usted, a quien ella quiso tanto, a quien ella admiró tanto, una parte de sus sufrimientos… Murió, pues, *de pesar*, de desaliento. ¡El desdén la mató!… Sí, el desdén… Todas esas mediocridades, reprimidas durante veinte años después de cada triunfo suyo, aprovecharon un intervalo de creaciones para aglomerarse, y todos esos seres, que se habían hecho poderosos por el dinero, por las pasiones, por las necesidades de la mayoría de los directores, todas esas criaturas invadieron el teatro: la calle hizo irrupción en la escena… ¡Y cuando la pobre mujer iba de teatro en teatro, con su talento, esos hombres que llaman directores abrían grandes ojos al oír el nombre de Dorval!… ¿Su talento?… ¡No se trataba de eso!… le faltaban uno o dos dientes… Tenía cuarenta años… Su traje era negro, sería su mirada… Nada de esto hubiese atraído a los palcos a ninguno de esos inútiles mitad *dandies* y mitad ujieres que pueblan nuestros teatros al nombre de *Amanda, Frisette* o *Rose Pompos.*.. En medio de esta horrenda descomposición, sobrevino nuestra primer gran desgracia: murió mi George…

La vida de la pobre Marie se escapaba, pues, por dos lados, por dos profundas heridas: la muerte de un ser adorado… ¡el desdén, la injusticia, el olvido en todas partes y la miseria en la casa! Así llegamos al 10 de abril último. Yo estaba en Caen. Ella debía reunirse allí conmigo, pero quería intentar antes un último esfuerzo, una última gestión para obtener en el Théâtre Franjáis *un rincón* y quinientos francos mensuales: *¡el pan!* El señor Séveste, el director, le dijo delante de mí que no era posible pensar siquiera en los quinientos francos; pero que pronto, gracias a inteligentes cálculos, iba a hacer una economía de trescientos francos en el alumbrado y que entonces vería ¡si lograba vencer *la repugnancia* del comité! ¡Pero que no respondía ni se comprometía a nada! Después de dos cuchilladas, ¡Marie recibía de este verdugo un puñetazo!… Más de una vez fue necesaria su mirada angelical para detener los efectos de mi indignación. Era el último golpe. Partió para Caen y, al llegar, enfermó. El mal se agravó tanto en dos horas, que hube de hacer una consulta médica. Su estado se juzgó muy grave: ¡tenía una fiebre perniciosa y una úlcera en el hígado!… Recibí esta sentencia suprema como si oyese pronunciar mi condenación a muerte. No

podía creer a mis ojos y, cuando miraba a aquel ángel de resignación y de dolor, que no se quejaba y me miraba sonriendo tristemente, y que parecía decirme: «Luguet, usted está aquí… Usted no me dejará morir», ¡ah!, señora Sand, ¡yo me ahogaba! En mi cerebro había una tormenta. ¡Maldecía a Dios!…

Aunque los médicos predijesen su muerte en caso de viaje, como yo veía el dolor que le produciría morir lejos de París, cuyo nombre pronunciaba de día y de noche con un acento que todavía me hace estremecer, decidí tomar la diligencia… Al día siguiente estaba en su alcoba, en medio de todos nosotros, pero el mal que el viaje adormeciera recobró su imperio y el 20 de mayo, a la una, me dijo: «Muero, pero estoy resignada… Hija mía, mi buena hija, adiós… Sublime Luguet…». He ahí, señora, sus últimas palabras, su último acto. Luego exhaló el último suspiro a través de una sonrisa… ¡Oh, esa sonrisa! Resplandece ante mis ojos… Querida señora Sand: tengo el corazón herido. Su carta ha reavivado todas mis torturas. Fue usted el último poeta de la adorable Marie. Leí *Fadette* a su cabecera, y hablamos luego largamente de todos los hermosos libros que ha hecho usted. Recordamos llorando todas las escenas conmovedoras que encierran. Luego ella me habló de usted, de su corazón… ¡Ah!, querida señora Sand: ¡cómo quiso usted a Marie, y cómo supo comprender su alma! ¡Y cuánto la quiero yo a usted, y qué desgraciado soy!…

Pero ahora me doy cuenta de la extensión de mi carta. Debo interrumpirla aquí y esperar el bienaventurado día en que pueda hablarle a usted de nuestra infortunada Marie… Cuando sepa que está usted en París, me dará *una hora* y entonces le contaré todas las cosas *inauditas* que en aquellos días de dolor y melancolía me dijo aquel ángel…[52].

La Dorval había hecho saber a Dumas padre y a Sandeau que deseaba verlos. Dumas acudió, tranquilizó a Marie, que tenía tal temor de ser «arrojada a la fosa común», y prometió encontrar los quinientos o seiscientos francos necesarios para la compra de unos cuantos pies de tierra. Pero el pequeño Jules llegó demasiado tarde a aquella última cita. Sobre la tumba se plantó una cruz de madera negra: *MARIE DORVAL, muerta de pesar*. A todo lo largo de su vida había sido maldecida, mancillada y traicionada, «víctima del arte y del destino»; su memoria fue exaltada, estimada, y George Sand se ocupó generosamente de sus nietos, Jacques y Marie Luguet, que durante mucho tiempo pasaron sus vacaciones en Nohant.

Chopin murió el 17 de octubre de 1849, sin haber vuelto a ver a George. Se dijo que él había balbuceado: «Ella me dijo que sólo moriría en sus brazos», pero los relatos que se hicieron sobre sus últimos días son tan numerosos y contradictorios que nadie puede afirmar nada. Solange fue una de las mujeres que escucharon, en torno al lecho de Chopin agonizante, cantar a la condesa Delphine Potocka con una voz entrecortada por los sollozos. Al saber su muerte, George puso un rizo de sus cabellos, que él le diera en otro tiempo, en un saquito de papel sobre el cual escribió: «*Poor Chopin! 17 de octubre de 1849*». Se piensa en el: «*Moïa biéda*»[53].

Dos años más tarde, Alejandro Dumas hijo descubrió en la frontera ruso-polaca las cartas de Sand a Chopin. La hermana de éste las había llevado de París a Myslowitz, en donde, temiendo las indiscreciones de la aduana, las había dejado en casa de unos amigos que, para distraer al joven Alejandro, le mostraron aquella correspondencia amorosa de una francesa de la que ignoraban todo.

George Sand a Dumas hijo, y *de octubre de 1851*: Ya que tuvo usted la paciencia de leer todo eso, bastante insignificante por las repeticiones, y que me parece no tener interés como no sea para mi propio corazón, ya sabe usted ahora qué maternal ternura llenó nueve años de mi vida. Ciertamente, no hay en ello secreto alguno, y más podría yo glorificarme que ruborizarme de haber cuidado y consolado, como a mi hijo, a ese noble e incurable corazón…[54].

Lo que era verdad.

Desde su ruptura con Liszt, Marie d'Agoult vivía en París. Reconciliada con todos los suyos —con excepción de su marido—, tenía un salón político en su «casa rosada» de los Campos Elíseos, y, con el seudónimo de Daniel Stern, publicaba obras serias: *Essai sur la Liberté*, *Lettres républicaines*, *Esquisses morales*. Escribía una *Histoire de la Révolution de 1848*, en tres volúmenes, cuando deseó aproximarse a George Sand, quien, como actriz de aquel drama, podía ayudarla con sus recuerdos. Las dos mujeres se hallaban peleadas desde hacía once años.

Marie d'Agoult a George Sand, 11 de octubre de 1850: Uno de nuestros amigos comunes[55] me ha dicho de parte suya (¿pero ha sido, efectivamente, de parte suya?) palabras que me llegan al corazón. No me

atrevo aún a entregarme a toda la alegría que me proporcionan. Si estuviese usted sola, partiría ahora mismo para ir a saber de sus propios labios si, en efecto, nuestra hermosa amistad rota le dejó alguna nostalgia y si siente usted, como lo siento yo, que era de naturaleza inmortal y no podía ser reemplazada. El público pretende saber que una a otra nos infligimos graves daños. Yo estoy dispuesta a confesar mis culpas, si usted cree que las tengo, pero a decir verdad creo que ninguna de las dos tenemos que reprocharnos nada distinto a nuestra propia juventud. Éramos jóvenes; es decir, crédulas, exigentes e impetuosas. Ingenuamente creímos informaciones pérfidas o, cuando menos, desconsideradas. Nuestra viva ternura, que se creyó traicionada, se exaltó en palabras violentas, pero yo he conservado una convicción que nadie podría arrebatarme: que si a cualquier hora, en cualquier minuto de esos tristes años hubiésemos podido leer una y otra en nuestras almas, hubiésemos encontrado en ellas, bajo todos esos rumores de cólera, un afecto verdadero, profundo, indestructible. No obstante, hace un momento, al tomar la pluma, vacilaba. El afecto que por usted he guardado yo, ¿tendrá todavía para usted algún encanto? ¡Ay!, los años, que acaso me hayan hecho un poco mejor, me han hecho mucho menos agradable. No sé dónde dejó sus alas la rubia Péri; la Princesa fantástica se despojó de su traje de azur; el rayo divino ha abandonado la frente de Arabella; de todas aquellas visiones del genio de usted, sólo queda una mujer, mis valiente que fuerte, que marcha lentamente por un camino solitario, llevando un largo, muy largo duelo: el de sus esperanzas muertas… Como fuere y a todo riesgo, le escribo. Usted sentirá que mis palabras son serias y sinceras; se las debía a todo lo que fue usted para mí. George, al escribir este nombre tan querido, me parece que mi juventud revive en mí. Todas mis dudas se disipan. Una vez me dice que nuestra amistad renacerá, tan tierna y más fuerte. Nunca deseé nada más ardientemente. ¿Y usted, George, y usted?**[56]**.

La respuesta del doctor Piffoël decepcionó a Arabella, que se había creído magnánima. Todo el pasado se planteaba de nuevo.

Marie d'Agoult a George Sand, 23 de octubre de 1850: ¿Por qué me obliga usted, mi querida George, a pronunciar quejas, recordar y precisar amargas memorias, cuando sólo quería borrar, con un apretón de manos, hasta la última huella de nuestras mutuas culpas? ¿Para qué insistir en lo que llama *el enigma* de mi conducta pata con usted? ¿No podía usted, acaso, tener la certidumbre *a priori* de que una persona orgullosa,

acostumbrada a dominar su corazón, no hubiera salido a su encuentro de no sentirse tan autorizada como usted misma a perdonar? Experimento una repugnancia casi invencible a retomar a ese sendero de acusaciones que me abre usted, porque siento que nos aleja en lugar de aproximamos; pero, en fin, *si usted no se ha explicado ni mi cólera ni mi silencio*, me veo obligada a indicarle, por lo menos, el principal motivo.

La persona que entonces ejercía sobre mí un muy grande imperio[57], me había hecho *jurar* que nunca le hablaría a usted de ella. Parecía temer el día en que usted y yo tratásemos abiertamente *cierta cuestión delicada*. Creí generoso para con ella hacerle esa promesa; la he mantenido, no obstante lo que me ha costado.

Acusaciones muy graves, muy precisas —a las que dieron peso la opinión del público, la de todos mis amigos y también la de algunos de los suyos—, suscitaron, en Italia, aquellas primeras cóleras, cuya expresión se tifió de una ironía *que no era la mía*, que contrastaba con la naturaleza de mis sentimientos y cuya injusticia no vaciló en reconocer al llegar a París. En la misma época en que nosotras intentábamos aproximamos, una carta de usted a Liszt me fue comunicada por él. La he conservado… Esa carta me trataba con una severidad cruel y, perdóneme la palabra, *pérfida*, pues se dirigía a un hombre apasionadamente amado por mí, y ¡tendía a arrebatarme su amor y su estimación!… Pero, una vez más, ¿a qué volver sobre ese doloroso pasado? Su carta me prueba que no nos hallamos en la misma disposición de ánimo. Dice usted que me ha olvidado; yo no la he olvidado a usted… Parece usted inspirada por un espíritu aristocrático; yo diría casi —permítame la palabra— *sacerdotal*. Quiere usted pronunciar sobre mí el *Absolvo te*. Y vea usted; yo, que fui, que todavía voy diariamente a la escuela del siglo XVIII y de la Revolución Francesa, me he hecho igualitaria hasta un punto que usted no podría imaginarse. No reconozco a nadie el derecho de absolución, el privilegio de la limosna. Después de las jornadas de julio, sólo me parecía posible una amnistía mutua. Ella no me parece posible entre nosotras, porque usted no siente culpa alguna y porque, además, ningún impulso la mueve hacia mí… ¿Qué hacer entonces?

Acaso tenga usted razón y ahora lamento haber dado demasiado crédito a amigos llenos de benévolas ilusiones. Ellos me decían que usted me echaba de menos, y yo tenía la ingenuidad de encontrar eso muy natural. Me recordaban la cordialidad, la perfecta gentileza con que antaño, George, la artista, tendiera la mano a la «Princesa» fugitiva. Saqué en consecuencia que ahora me tocaba a mí tomar la iniciativa… Conocía sus pesares, diferentes, pero tan profundos como los míos. Y resulta que he venido a

turbar, inoportunamente, su retiro, con un impulso intempestivo primero y, ahora, con una discriminación malhumorada…[58].

George no era hostil a la idea de una reconciliación a medias, pero antes de prestarse a ella se proponía limpiar todo el absceso, aclarar todos los puntos más oscuros.

Marie d'Agoult a George Sand, 28 de octubre de 1850: ¡Decididamente, es usted mejor mujer que yo! No se enfada por una carta que, en su lugar, probablemente me hubiera irritado, y me ofrece, con la sencillez y la franqueza que convienen entre nosotras, la posibilidad de volver a verla con toda alegría y confianza.

No es rigurosamente exacto decir que yo haya creído en un *doble papel* representado por usted entre Liszt y yo. Estoy convencida de que cualquier otra mujer, en mi lugar, no hubiera tenido mis vacilaciones (y usted convendrá en ello cuando una tarde de confidencias, solas las dos al lado del fuego, en su casa o en la mía, le cuente esta larga historia); pero yo creía un día y dudaba al siguiente. Era, en la amistad, lo que tan largo tiempo fui en el amor, admitiendo y rechazando en una misma hora las certidumbres más opuestas y más inconciliables. Mis dos cartas fueron escritas en un momento en que la situación de usted entre Bocage, Mallefille y Chopin, me era pintada con los colores más odiosos, haciendo inclinar todo mi ánimo del lado de la *traición*; esto no las excusa, las explica. No fui ni caprichosa ni extravagante. Ni siquiera tuve el deseo de *perjudicarla* a usted, pues sabía muy bien que me dirigía a una persona que la quería (por nada en el mundo hubiera hablado así a sus enemigos). Estaba herida; me desahogaba desconsideradamente. Esas dos cartas sólo merecían ser echadas al fuego.

La autoridad de Liszt invocada contra mí ha cambiado tan completamente luego; tan bien se confió luego a aquella persona a la que no quería confiarse y tan completamente rompió con esta pobre mujer a la que aconsejaba, que ya no podría ver en éste un motivo de alarma para mi conciencia. Creo que al poner en sus manos el hilo que, a partir de nuestra primera entrevista, en 1835, conduce a través de un verdadero laberinto de intrigas, malentendidos, equívocos, sentirá usted y juzgará las cosas como yo misma las siento. Y si no ha de renacer nuestra amistad, no habrá que culpar de ello al pasado, sino al presente y al porvenir. Últimamente, dije algo de esto a nuestro «reconciliador». A este respecto, no dejo de tener aprensión. Hay entre nosotras grandes analogías, y las más bellas; creo que

nuestro ideal *sólo* difiere poco. Pero en la práctica, en la materialidad de la vida, en nuestros gustos, en nuestras costumbres, en nuestras opiniones secundarias, en nuestro contorno, surgen contrastes a los que, creo yo, concede usted mucha más importancia que yo. Si encuentra usted en mi casa alguien cuyo aspecto le desagrade; si en algunas cucharas de plata observa usted escudos que no he hecho borrar por indiferencia, por economía o por horror de lo que pudiera parecer una cobardía; si no apruebo las vías y medios de ciertos amigos políticos suyos, etcétera…, usted se sentirá asombrada; si en mi casa se dicen tonterías me hará responsable de ellas; en fin, si una larga costumbre de soledad y concentración me hace a veces menos expansiva de lo que querría, supondrá usted que soy calculadora y desafiante. He ahí, mi querida George, lo que me hace un poco temerosa, no lo suficiente, sin embargo, para no querer intentar la conquista de la Tierra prometida…[59].

En realidad, la amistad entre las dos mujeres no era posible ya. Una y otra habían hablado demasiado, escrito demasiado. Cada una sabía lo que pensaba de ella su rival y su adversaria. El exceso de franqueza no se perdona. Deja en el alma la inquietud de un juicio demasiado lúcido, que fue cruel y que puede volver a serlo. No hay amistad sin confianza, y la estimación, aun simulada, lo es más favorable que una dura sinceridad, la que, por otra parte, sólo es a menudo la expresión de un mal humor o de un rencor.

Los hijos de Sand no cambiaban. Solange y su marmolista continuaban oscilando entre la pasión y la ruptura. El hotel de Narbonne había sido vendido a precio vil, por autoridad de la justicia, «a petición, demanda y diligencia» de los acreedores, por no haberse pagado los intereses de la hipoteca. Habiendo perdido la hija su dote con sus locuras, la madre, generosamente, había consentido en otorgarle una renta de tres mil francos, que era pesada carga para George. El 10 de mayo de 1849, en la casa de Casimir en Guillery, había nacido una niña: Jeanne Clésinger. En el Salón de 1848 el tallista había obtenido una medalla de primera clase y era condecorado al año siguiente. Solange «se dejaba arrastrar por el torbellino de la vida parisiense»; invitaba a comer a escritores y actores; tenía caballos, coche, cochero inglés. ¡Sabe Dios cómo pagaba todo aquello!

Maurice, indeciso y veleidoso, hablaba siempre de fundar un hogar. Proyectos en el aire. «Pero no —le escribía su madre el 21 de diciembre de 1850—, yo no tomaba a lo trágico tu idea de matrimonio… No digas que te reprocho el pasado. No te reprocho nada; hablo del pasado contigo…». Le aconsejaba, si en realidad buscaba esposa, extender en París el círculo de sus

conocimientos y penetrar en grupos muy diferentes unos de otros: «Otro círculo más: ¿quieres ver a la señora d'Agoult, que recibe a la flor y nata de los grandes espíritus? Entre nosotras ha habido palabras de paz; aunque yo no quiera frecuentarla mucho, tú puedes verla. Te recibirá con los brazos abiertos, pues arde en deseos de repatriarse… Tiene hijas. Debe, por tanto, recibir gente joven. Además, un conocimiento hace otro…»[60]. Pedía, sobre todo, a Maurice que sólo se decidiese después de una seria elección; esto era cosa grave no solamente para él, sino también para ella, ya que al no entenderse bien con su nuera tendría que marcharse de Nohant. Guiada por la experiencia, George Sand recordaba a su hijo que la única manera de ser feliz en el matrimonio es llevar a él toda la voluntad y no vagas y fluctuantes ideas. Le aconsejaba la fidelidad, lo que puede sorprender, pero la fidelidad por el amor, que fue siempre su doctrina.

> El matrimonio sin amor son las galeras a perpetuidad… Hace largo tiempo te oí decir que no te creías capaz de amar siempre, y que no respondías de tu fidelidad en el matrimonio. No te cases con esas ideas, pues te harán cornudo y lo habrás merecido. Tendrás a tu lado, o bien una víctima embrutecida, o bien una furia celosa, o bien una engañada a la que despreciarás. Cuando uno ama, está persuadido de que será fiel. Puede que uno se equivoque, pero lo cree, lo jura de buena fe y se es feliz mientras se persiste. Si el amor exclusivo no es posible para toda la vida —lo que no está probado—, que al menos haya una serie de años hermosos en que se le crea posible… El día en que te vea seguro de ti mismo, estaré tranquila… [61].

Maurice llevaba a Nohant a muchos jóvenes de su edad, compañeros de taller, amigos políticos. Muchos de ellos: Eugene Lambert, el pintor de gatos, el grabador Alexandre Manceau, el periodista Victor Borie, el abogado Émile Aucante, vivieron allí largo tiempo. Sand los asociaba a su vida y terminaba sus cartas a Eugénie Duvernet: «Respetos y amistades para ustedes dos de Maurice, Lambert y Borie». Estos jóvenes se turnaban en Nohant. *Sand a Maurice*: «Lambert, que partió esta mañana, estará esta noche en tus brazos. Ha sido muy gentil, muy solícito, muy atento conmigo en nuestra soledad. Ahora le toca el tumo a Manceau, que es también encantador…»[62].

De este modo, cuatro jóvenes rivalizaban en celo para complacer y servir a su ilustre amiga. Aucante, hábil y astuto, será el hombre de negocios encargado de todas las negociaciones con los editores, y más tarde a sueldo de

la señora Sand, Lambert, favorito por mucho tiempo, será menos querido el día en que decida que su carrera de pintor hace indispensables largas estadías en París. George exige que se tenga a Nohant por el centro del mundo. Duramente tratado, Lambert se quejará:

Eugène Lambert a Émile Aucante, 30 de mayo de 1832: ¡La señora Sand termina su carta con una frase *cruel*!… He llorado mucho, amigo mío, al recibir este reproche. Y, sin embargo, no lo había merecido. Si dejo a la señora Sand por dos o tres meses, es porque mi porvenir lo exige. Así lo digo en mi respuesta: «Es preciso que, de vez en cuando, trabaje en París… o, ¡estoy perdido!». ¡Puse todo mi corazón en esa carta y no han encontrado nada que responderme! Todo, pues, ha terminado. Diez años arrojados al viento, por haber permanecido ausente un poco más de lo debido. No sé si me engaño, pero *se* debería querer a las gentes un poco más por ellas y un poco menos por sí mismo… Tenga usted cuidado de que un día no se produzca en tomo de ella el vacío. *Nadie sabe querer mejor, pero nadie rompe más pronto lo que ha amado…*

4 de junio de 1852: Pasaré todos los veranos en Nohant. Tan pronto como ella me necesite para una obra de teatro, estaré a su disposición… Pero lo que quiero conservar ante todo es mi libertad… Por pequeña que sea la nube que pasa, ha enfriado su corazón; el mío no ha cambiado; no olvidaré en mi vida lo que ha hecho por mí…**[63]**.

A partir de 1850, Manceau fue ascendido a favorito, y continuó siéndolo. Tenía todo para satisfacer, en la señora Sand, a la vez sus prejuicios políticos y sus instintos de maternidad ambigua: tenía trece años menos que ella, estaba delicado del pecho; era fino, bonito de rostro y hombre del pueblo, como hijo que era de un guarda del jardín del Luxemburgo. Manceau, muy artista, grababa en acero. Secretario de George Sand, primero, no tardó en convertirse en su hombre de confianza. Entre Lambert y él, ella mantenía una paz precaria. *Agenda 1832, llevada por Manceau*: «Manceau y Lambert quieren batirse. La señora hace que se abracen…». Cuando Sand iba a París quería alojarse en casa de Manceau, a despedró de las objeciones de Maurice, que, a pesar de la edad madura de su madre, temía que esto suscitase nuevas habladurías.

George Sand a Maurice, 24 de diciembre de 1850: Me alojaré donde quieras. Estaría mejor en casa de Manceau que en la tuya… No habría

chismes posibles si estuvieses conmigo y pudieras dormir en su taller. Ni los habría tampoco, aunque tú no durmieses aquí… ¡Piensa que sólo su portero sabrá que estoy aquí! Todos los días hay un muchacho que presta su habitación a una dama de provincias, ¡sobre todo cuando ésta tiene cuarenta y seis años! Mañana podrías prestar el tuyo a Titine, aunque tú estuvieses en París. No habría nada que decir desde el momento en que tú dormirías en otra parte…[64].

Los Bertholdi vivían en Ribérac, en donde «el polaco» había sido nombrado recaudador; pero la bella Titine, que se aburría en Périgord, mostraba grandes ambiciones y hacía frecuentes visitas a París, alojándose en el *Hôtel du Helder*. En Nohant se la echaba de menos, tanto más cuanto que representaban comedias y carecían de damas jóvenes.

George Sand a Augustine de Bertholdi, *15 de enero de 1850*: También se te echa de menos en las comedias. Lambert y Maurice se dan cuenta de que han perdido a la perla de las damas jóvenes. La señora Fleury es elegante y parece joven bajo el maquillaje, pero es amanerada y lloriquea demasiado. Manceau, el amigo de Maurice y de Lambert, es ahora nuestro primer actor. Representa lo serio y lo cómico, y para los trajes, para maquillarse, para los decorados, es de primer orden. Se han llevado las pantomimas a un grado de perfección del que no tienes idea, y que sería el ideal si tuviésemos una linda Colombina como tú. Pero las damas no pican y se ha decidido hacer una Colombina burlesca con un chico disfrazado… [65].

Arlequín y Colombina habían ocupado, pues, en la vida de George el lugar de Ledru-Rollin y Louis Blanc. Como en todas las tempestades de su vida, encontró en Nohant su puerto de refugio, y, una vez apaciguada la exaltación de sus vecinos, había vuelto a encontrar allí la serenidad de los días, la belleza de los iris y los brezos, las querellas y la alegría de los jóvenes. Tenía a Manceau para cuidar; a su hijo para querer; a su casa para gobernar, y cada noche veinte páginas de novela para escribir. La vida era nuevamente normal.

V. Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

Entre tanto, Louis-Napoleón Bonaparte fue elegido presidente de la República. El nombre mágico había funcionado. El nuevo jefe no era para George Sand un desconocido. En su juventud fue liberal y hasta carbonario. Hacia 1838 se habían encontrado en un salón de París y habían comulgado en el odio a Louis-Philippe. Cuando los complots de Louis-Napoleón le hicieron encerrar en el fuerte de Ham, el joven príncipe había construido allí un sistema confuso en que se mezclaban el orden y la revolución, el socialismo y la prosperidad, el liberalismo y la autoridad. En 1844 publicaba un folleto sobre la extinción del pauperismo. Louis Blanc lo visitó en la prisión y escribió sobre él un artículo que Sand publicó en *L'Eclaireur de l'Indre*.

El príncipe supo del interés de la señora Sand por él, y le hizo decir que si ella pudiera ir a Ham sería para él, «verdadero excomulgado, un día de fiesta». Ella no fue, pero le escribió para afirmar cortésmente su posición republicana: «Reconózcanos, pues, el mérito que tenemos al defendernos de las seducciones que su carácter, su inteligencia y su situación ejercen sobre nosotros…»[66]. Ella no reconocía más soberano que el pueblo: «Ningún milagro, ninguna personificación del genio popular en una sola persona…». Louis-Napoleón respondió con la misma franqueza:

> *Fuerte de Ham, 24 de enero de 1845*: Créame, señora, que el más hermoso título que pudiera usted darme es el de amigo, pues indica una intimidad que me enorgullecería de ver reinar entre nosotros. Usted, señora, que tiene las cualidades de un hombre sin tener sus defectos, no puede ser injusta con respecto a mí…[67].

Entonces se sintió ella tentada a creer en la sinceridad de aquel joven Bonaparte; sus amigos la pusieron en guardia, pero cuando fue elegido presidente ella publicó en *La Reforme* un artículo que no era hostil: «Al rechazar al favorito de la Asamblea[68], el pueblo protestaba no contra la República que necesita, sino contra la que le ha hecho la Asamblea. El gran ascendiente de Louis Bonaparte, creedlo, es el no haber hecho nada todavía bajo la República burguesa…»[69]. George encontraba cierto placer en comprobar la derrota de aquellos moderados a los que prodigara sus advertencias. Decía a Jules Hetzel, su editor:

> He vuelto a estar muy tranquila. Esto ha sucedido al ver a la gran mayoría del pueblo votar por Louis Bonaparte. Me sentí entonces como resignada ante esta voluntad del pueblo, que parece decir: «No quiero ir

más aprisa, y tomaré el camino que me guste». De modo, pues, que he reanudado mi trabajo, como un buen obrero que regresa a su tarea, y he avanzado mucho en mis memorias. Es un trabajo que me gusta y no me fatiga…[70].

En noviembre de 1851 fue a París para los ensayos de su obra *Le Mariage de Victorine*, representada en el Gymnase el *26* de noviembre. Solange asistía al estreno con su marido y con su protector, el conde d'Orsay. El matrimonio Gésinger iba de separaciones en reconciliaciones y de reconciliaciones en separaciones. En 1852, un juicio pondría término a la tempestuosa vida conyugal de estos esposos enemigos. Habiendo muerto Lady Blessington en 1849, Alfred d'Orsay, muy poderoso en el nuevo régimen, se había apegado a la joven Solange y protegía, por carambola, a la madre de su amiga.

Todo el mundo hablaba de un probable golpe de Estado. ¿Quién se opondría? ¿Los burgueses? Eran monárquicos. ¿Los obreros? ¿Por qué iban a defender una Asamblea que había hecho disparar contra ellos? El 1.º de diciembre, Emmanuel Arago dijo a Sand: «Si el presidente no da pronto un golpe de Estado, no entiendo su cuidado; pues, por el momento, nada sería más fácil»[71]. Por la noche, ella fue al circo con Solange y Manceau. Al pasar a la una de la mañana frente al Elysée, miraron la puerta del patio, que se hallaba cerrada. Un solo centinela la vigilaba. Profundo silencio; el reflejo de los faroles sobre el pavimento húmedo y resbaloso: «¡Tampoco es para mañana!», dijo Sand riendo. Y durmió profundamente toda la noche.

Al día siguiente, 2 de diciembre, Manceau le dijo: «Cavaignac y Lamoriciére están en Vincennes. Y disuelta la Asamblea». Esto no le causó ninguna impresión. Desde hacía mucho tiempo, la República que se moría había dejado de ser la suya. La gente estaba tranquila en las calles; pero a la noche, en el Gymnase, *Le Mortage de Victorine* se representó ante un teatro vacío. «Ahora soy tan dueña de mí misma —dice George a un amigo—, que ya nada me indigna. Considero el espíritu de reacción como la ciega fatalidad, que es preciso vencer con el tiempo y la paciencia». Pasó la noche al lado del fuego, tendiendo el oído a los ruidos de la calle. «¡Nada! Un silencio de muerte, de imbecilidad o de terror»[72]. Durante algunos días esperó que el nuevo amo tratase de reconciliar a los franceses.

George Sand a Jules Hetzel, *24 de diciembre de 1851*: Algunas personas habían pensado que entre la victoria demasiado próxima y demasiado poco durable del socialismo, y lo que se hizo este mes, había un

término medio: una República constitucional. Ya ve usted que el pueblo no la quería, y la cuestión es muy simple. El sufrimiento extremo quiere remedios extremos, así sea el empirismo; prefiere lo desconocido a lo conocido, los encantos a los paliativos… Si el hombre de hoy no es un insensato, ¿no va a comprender que su fuerza está en el pueblo? Y hoy sólo él puede ser fuerte, pues es el único capaz de reunir los seis, siete u ocho millones de votos, obtenidos o no a la fuerza, que va a reunir…[73].

Pero los comienzos del nuevo régimen fueron sangrientos y tiránicos. Como en los tiempos del Terror blanco, los *ultras* pedían al príncipe que velara las estatuas de la Clemencia y la Piedad, que fuera «un hombre de bronce, inflexible y justo», y que atravesara el siglo «con la espada del rigor en la mano». Todo lo que permanecía fiel a la República fue brutalmente eliminado. La represión se veía agravada por las venganzas locales. «La mitad de Francia denuncia a la otra mitad», escribía George Sand. Mediante decisiones sin apelación, determinadas por calumnias anónimas, miles de infortunados eran reducidos a prisión, llevados a África, enviados a Cayena. En el Berry, fue el pánico. Muchos de los amigos de Nohant estaban presos, otros señalados para la deportación. Pierre Leroux, Louis Blanc, Ledru-Rollin, Victor Borie, se habían exiliado voluntariamente. Se decía que iban a detener a Sand. Esta no quiso huir; por el contrario, deseó ver a Louis-Napoleón.

En realidad, no arriesgaba nada. El príncipe presidente la respetaba. Pero ella insistió en obtener su audiencia; quería defender la causa de sus amigos. El prefecto de policía Maupas le envió un salvoconducto; fue entonces a París, el 25 de enero de 1852, y escribió al príncipe:

Siempre os consideré como un genio socialista… Penetrada por una confianza religiosa, creería cometer un crimen al lanzar, en medio de esta vasta aclamación, un grito de reproche contra el cielo, contra la nación, contra el hombre que Dios suscita y que el pueblo acepta…[74].

Él respondió de su propia mano, en papel del Elysée: «Señora: la recibiré encantado el día de la semana próxima que usted quiera fijar, a eso de las tres…»[75]. Ella había preparado una larga carta en la que exponía lo que temía no alcanzar a decir, por falta de tiempo. Era un llamamiento a la clemencia:

Príncipe: yo no soy la señora de Staël. No tengo ni su genio ni el orgullo que puso en luchar contra la doble faz del genio y el poder… No obstante, vengo a hacer ante vos una gestión harto audaz… Príncipe: los amigos de mi infancia y de mi vejez, los que fueron mis hermanos y mis hijos adoptivos, se hallan en los calabozos o en el destierro: vuestro rigor se ha extremado sobre todos los que toman, aceptan o soportan el título de republicanos socialistas… Príncipe: no me permitiré discutir con vos una cuestión política; sería ridículo de mi parte; pero, desde el fondo de mi ignorancia y mi impotencia, grito hacia vos, con los ojos llenos de lágrimas: «¡Basta, basta, vencedor! Perdona a los fuertes como a los débiles… Sé dulce y humano, pues así lo deseas. ¡Tantos seres inocentes o desgraciados lo necesitan!». ¡Ah, príncipe: la palabra *deportación*, esa pena misteriosa, ese exilio eterno bajo un cielo desconocido no es invención vuestra; si supieseis cómo consterna a los más serenos y a los más indiferentes de entre los hombres!… ¡Y la prisión preventiva, a la que se arroja a enfermos y moribundos, en donde se acumulan los prisioneros sobre la paja, en un ambiente mefítico, helados de frío! Y las inquietudes de las madres y las hijas que nada entienden de la razón de Estado, y el estupor de los obreros pacíficos, de los campesinos que dicen: «¿Cómo es que llevan a prisión a gentes que no han matado ni robado? ¿Iremos, pues, todos? Y, sin embargo, bien contentos estábamos cuando votamos por él». ¡Ah! Príncipe, mi querido príncipe de antaño, escuchad al hombre que hay en vos, que sois vos, y que jamás podrá reducirse, para gobernar, al estado de abstracción. La política hace grandes cosas, sin duda, pero sólo el corazón hace milagros. ¡Escuchad al vuestro!

¡Amnistía! ¡Una pronta amnistía, Príncipe mío! Si no me escucháis, ¿qué importa para mí, que he hedió un último esfuerzo antes de morir? Me parece que con él no habré disgustado a Dios, ni envilecido en mí la libertad humana y, sobre todo, que no habré desmerecido en vuestra estimación, la que me importa más que unos días y un final tranquilos… **[76]**.

Louis-Napoleón tomó las dos manos de Sand; emocionado, la escuchó abogar por la amnistía y denunciar las venganzas personales a las que servía de pretexto la política. Le dijo que tenía la mayor estimación por su carácter y que le concedería lo que quisiera para sus amigos. La recomendó al Ministro del Interior, Persigny, de quien obtuvo George la liberación de numerosos berrichones. Persigny le dijo que el prefecto de l’Indie se había portado como

un necio. Desautorizar es fácil, y el papel de agente ejecutivo no será nunca sosegado.

Sigue un largo período que honra a George Sand, pues luchó con coraje y tenacidad para obtener la gracia de los desdichados. Empresa doblemente ingrata, pues la insistencia de sus gestiones podía exasperar el poder, en tanto que sus relaciones con éste le acarreaban la censura de sus amigos republicanos. Sin embargo, ella de nada había renegado. Al ministro Persigny le decía: «Yo soy republicana; pero en 1848 pasé muchas horas en el despacho que ahora ocupa usted predicando la clemencia a quienes ustedes han derribado». Aseguraba a los republicanos que era fiel y que continuaba comprometiéndose por los que la calumniaban: «No me repugna mi deber, que es, ante todo y según creo yo, rogar a los fuertes por los débiles, a los vencedores por los vencidos, quienesquiera que éstos sean y sea el que fuere el campo donde yo me halle…». Su tesis esencial era: «Se pueden perseguir los actos, no las opiniones. El pensamiento debe ser libre». En este terreno la ayudó el primo del presidente, el príncipe Napoleón-Jérôme («Plomplon»), al que fuera presentada por el conde d'Orsay y que se convirtió en un verdadero amigo de ella. Niño terrible de la familia Bonaparte, «príncipe de la Montaña», este jacobino defendía contra Thiers a la «vil multitud», asegurándose así el aprecio de los espíritus avanzados. Muy íntimo con su primo Louis-Napoleón, podía permitírselo todo, y su apoyo fue precioso para Sand. Lo veía a menudo. *Agenda inédita, 8 de febrero de 1852*: «Almuerzo en casa de Napoleón Bonaparte. Manceau guarda la colilla de su cigarro y el fondo de su copa de licor, diciendo: '¿Quién sabe? Un día… ¡Se parece tanto a su tío!'»[77].

Durante meses, Sand corrió de ministro en ministro, de príncipe a prefecto, salvando prisioneros enfermos,' obteniendo socorros para sus familias, deteniendo los convoyes de deportados, enviando a los exiliados libros y dinero, redactando memoriales de manera de no comprometer la dignidad de los solicitantes, arrancando al pelotón de ejecución a cuatro jóvenes soldados condenados a muerte. Los comunistas la llamaban «la santa del Berry»; el proscrito Marc Dufraisse, «Nuestra Señora del Perpetuo Socorro», y Alfred d'Orsay le escribía: «Es usted una mujer muy querida, independientemente de ser el primer hombre de nuestro tiempo». Cuando encontró demasiados obstáculos, no vaciló en dirigirse nuevamente al presidente:

Que sepan que lo que me habéis dicho es verdad: *Yo no persigo las creencias ni castigo el pensamiento…* Pero mientras llega esa amnistía que vuestros verdaderos amigos nos prometen, haced que vuestra generosidad se conozca en nuestras provincias; sabed lo que dice el pueblo que os ha proclamado: «Él quisiera ser bueno, pero tiene crueles servidores y no es el amo. En él se desconoce nuestra voluntad; quisimos que fuera todopoderoso y no lo es…»[78].

Continuaba creyendo en la buena fe del antiguo prisionero de Ham, convertido en el sonámbulo del Elysée:

George Sand a Jules Hetzel, 20 de febrero de 1852: Sigo y seguiré estando convencida de que el presidente es un desdichado, víctima del error y de la soberanía del fin. Las circunstancias, es decir, las ambiciones de partido, le han traído al seno de la tormenta. Se jactó de dominarlas, pero está ya sumergido a medias y dudo que a esta hora tenga conciencia de sus actos…[79].

Cuando la casi unanimidad del país lo hizo emperador, ella dejó de verlo, y, desde entonces, cuando necesitaba algún apoyo o socorro para cualquier desdichado recurría a la emperatriz, al príncipe Napoleón o a la princesa Mathilde. Toda la conducta de Sand durante este difícil período fue bella, digna y generosa. Durante algunas semanas, de marzo a mayo de 1848, sus pasiones la arrastraron; después del golpe de Estado las dominó, en beneficio de la caridad.

Agenda llevada por Manceau, 5 de diciembre de 1852: «Proclamación del Imperio en Nohant: Napoleón III, emperador de los franceses… Toda la casa asiste a la proclamación. Luego se regresa. Se trabaja. La señora se retira a las once y media. *Pressoir*[80]. Lambert parte mañana»[81].

VI. Títeres

Como una gata hábil y afortunada, George Sand caía, pues, de pies. El poder la trataba con miramientos; tenía crédito ante el régimen; salía del tumulto, si no intacta, al menos intangible de ahora en adelante. Pero había sufrido un penoso choque. Una vez más, la búsqueda de lo absoluto le produjo una dolorosa decepción.

La derrota es el tiempo de la comedia. En el gran desarreglo de los años que siguieron al fracaso de 1848, George Sand le debió su salvación al teatro. Siempre le había gustado el teatro, por tradición ancestral. En Nohant, desde la era de Chopin, se representaban pantomimas y obritas semiimprovisadas. Luego, en 1848, Maurice había inaugurado un teatro de títeres, que él mismo esculpía en broncos de tilo y que su madre vestía con tanto ingenio como gusto.

> *George Sand a Augustine Bertholdi, diciembre de 1848*: Maurice y Lambert han fabricado un teatro de títeres, que es verdaderamente cosa asombrosa. Decorados, mutaciones, perspectivas, palacios, bosques, claros de luna y puestas de sol, transparencias… es realmente algo muy bonito y lleno de felices efectos. Tienen una veintena de personajes y hacen hablar y gesticular a todo ese mundo de títeres de la manera más divertida. Ellos mismos hacen sus escenarios, algunas veces muy bien, e incluso melodramas negros… Hay montones de trajes para todos los actores de madera…[82].

Estaban allí todos los personajes de la comedia italiana, amén de un centenar más que habían sido creados en Nohant: Balandard, director de la compañía, altivo, simpático, con chaleco blanco y levita; Bassinet, el guarda campestre; Bamboula, la negra; el coronel Vertebral y la condesa de Bombrecoulant, de exuberante pecho. Los trajes eran perfectos: gorgueras de encaje, bordados, sombreros emplumados. Como los bustos de madera estaban cubiertos de piel, las damas podían descotarse y los hombres luchar con el torso desnudo.

En 1851, su madre dio a Maurice la sorpresa de construirle un verdadero teatro en el antiguo salón de billar del castillo. Esta gran habitación abovedada del piso bajo fue reunida a la alcoba de Solange y consagrada al arte dramático. En el fondo había un escenario para los actores de carne y hueso; en el centro, el público; en una alcoba, el teatro de títeres. Este estaba equipado mejor que cualquier otro en el mundo. Mediante una rueda de movimiento automático, el sol y la luna seguían su curso acostumbrado; caía la lluvia, los rayos cruzaban el telón de fondo. Los decorados, pintados por Maurice, daban una impresión de profundidad. Existían diversos modelos de un mismo personaje, de tallas diferentes, de suerte que cuando llegaba por el fondo de la escena, crecía al aproximarse. Todos los muñecos estaban montados sobre resortes tan sensibles, que bastaba un soplo para hacerlos

mover. Cuando uno de ellos hacía un relato, los demás se agitaban en el momento preciso. Maurice, excelente improvisador, gustaba de que el público interpelase a sus títeres, que respondían brillantemente.

George Sand a Augustine de Bertholdi, 24 de febrero de 1851: Sí, el teatro ha dejado estupefacto a Maurice. Llegó por la mañana, hace unas tres semanas. El teatro estaba cerrado. Por la noche le vendé los ojos y lo llevé al billar. Entonces vio levantarse el telón sobre el decorado de *Claudie*, todo muy lindo y bien iluminado. ¡Juzga su sorpresa! Solamente se ha representado dos veces después de su regreso. Sólo dejo representar cada quince días, porque después de todo hay que trabajar. Ayer hubo una representación espléndida. Una pieza por el estilo de *Pilules du Diable*, mitad hablado, mitad pantomima, con sorpresas, diablos y petardos en cada escena. En el público había sesenta personas. Aquello pirueteaba un poco. Pero se gritaba, se pateaba y los actores estaban electrizados…

28 de abril de 1851: Hemos representado mi última obra[83]. ¡Ah!, ¡cómo te necesitamos! Heme aquí condenada a hacer de dama joven. Cuando me maquillo bien, todavía el rostro puede pasar, pero para mí es un obstáculo invencible el persuadirme de que soy joven, y no sintiéndome la persona que represento, no puedo hacerlo bien…[84].

«Nadie sabe lo que debo a los títeres de mi hijo», escribe Sand. Y era verdad. En días penosos, aquel juego la había arrancado de sí misma, que es la misión de todo juego. Después de medio siglo de experiencias, muchas de las cuales habían sido violentas y dolorosas, George comenzaba a ver claramente los hilos que mueven a los títeres humanos. Mientras que, en la gran mesa de Nohant, cortaba y cosía, de noche, los trajes de Arlequín y Colombina, de Balandard y Bamboula, pensaba en los resortes de las pasiones, casi igualmente simples. Había conocido innumerables seres; ahora podía reducirlos a unos pocos papeles. Allí estaban las «viejas condesas» de su infancia, la mujer del pueblo, violenta y sublime, el reformador charlatán y pedigüeño, el oportunista lírico, a lo Michel, el galán joven ardiente y tísico, la dama joven en busca de amor. En cuanto aparecían en la escena de la vida, ella sabía ahora lo que iban a hacer. Para un espíritu desengañado, es una gran tentación, al llegar a la cincuentena, el divertirse con la mecánica humana para apartarse luego de esa comedia absurda. El teatro es la purga de las pasiones, y podría ser también su muerte.

Pero los mejores espectadores van más allá de la comedia. Aprenden de ella «a matar en sí mismos al títere»; luego descubren que, dominado el títere, queda en el hombre otra cosa. George Sand buscó un amor ideal; no lo encontró; no lamenta haberlo deseado. Continúa creyendo que la mujer, en el amor, debe quererlo todo o nada. Espetó la República ideal; vio el fracaso de su sueño; no lamenta haber soñado. Todavía cree que hay en el hombre, a pesar de sus momentos de bajeza, fuentes inmensas de grandeza y que más vale hablarle «de su libertad que de su esclavitud». Comprueba el mal, pero conserva su fe en el bien. Tuvieron razón antaño la madre Alicia y el abate Prémord al otorgarle su confianza, a pesar de todas sus faltas, pues al envejecer va hacia la serenidad, que, para cada uno de nosotros, debe ser una conquista.

Octava parte
Madurez

I. La edad peligrosa

«La edad peligrosa» lo es tan sólo para las mujeres que no tuvieron su vida de mujer. Estas, cuando se anuncia la vejez del cuerpo, se abandonan a nostalgias que conducen a locuras. George Sand, que conoció el amor y guarda su gloria, no tiene que preguntarse tristemente, como tantas otras, lo que hubiera podido ser; recuerda lo que fue. Sin duda, hacia 1852 atraviesa por un «estado de debilidad inevitable por la revolución que la edad hace en ella», pero ¿qué le importa ver marchitarse su belleza? Su prestigio la salva del abandono. Para quien se negó siempre a ser tan sólo un objeto de lujo, será, no indiferente, pues toda mujer interroga a su espejo, sino soportable el confesarse, llegado el día, que ya sólo puede hacer papeles de carácter. Más que nunca, a pesar de la edad, Sand se siente un centro de atracción. Como poderosa matriarca reina sobre Nohant. Los amigos de Maurice: Borie, Manceau, Lambert, Aucante, la cortejan devotamente. Eugène Delacroix se sorprende de hallar tantos jóvenes viviendo en su casa. *Diario de Delacroix, 21 de febrero de 1852*: «Extraña impresión la de la situación de estos jóvenes cerca de esta pobre mujer…»[1]. Pues Delacroix, espíritu tradicionalista, favorito del régimen, considera a Sand con un poco de piedad y alguna severidad. Pero la manera de permanecer joven, piensa ella, es viviendo con la juventud: «La gente se divierte en casa y yo siempre estoy contenta…»[2].

En sus cuatro álbumes de caricaturas, Maurice Sand nos ha dejado imágenes de esta alegría un poco burda. Se ven allí los ridículos de Lambert, nariz al viento, y del nalgón Borie. Manceau aparece más fino, con un bigotillo minuciosamente cortado, delgado de cuerpo, tiritando a las orillas del Indre después de un baño helado. Seguía siendo el favorito de la señora Sand. Era un príncipe consorte deferente, servicial, y un corazón de oro. «Si usted lo conociese, sabría que hay que apreciar y querer a almas semejantes»[3]. Durante el invierno, Maurice y Lambert trabajaban en París; Borie, de regreso de Bélgica, buscaba fortuna en la banca; Manceau y «la

señora» —él siempre la llamaba así— se quedaban solos. Porque tenía carácter fuerte y leal, Manceau adquirió sobre Sand mayor influencia que hombre alguno tuviera sobre ella. No podía prescindir de él, lo llevaba de viaje y a París. Le dedicó cinco obras suyas. Él la libertó de preocupaciones materiales. Todas las tardes se aseguraba de que hubiera en el escritorio de ella sus cuadernos de papel y su vaso de agua azucarada. «Manceau le ha organizado lindamente Nohant para la producción de originales —decía Théophile Gautier—. Ella no puede sentarse en ninguna parte sin que inmediatamente surjan a su lado ¡plumas, tinta azul, papel de cigarrillos, tabaco turco y papel de cartas rayado!…»[4].

Agenda llevada por Manceau, 23 de junio de 1832: Lambert llegó esta mañana. Está gordo. Le han encargado cuadros y se riza los bigotes con su tirabuzón… Llueve; no se puede salir. Conversaciones. Trabajo. Comida. Música. Bordado. Maurice escribe una obra de teatro. Lambert se acuesta. La señora Solange también. Nos retiramos a medianoche; la señora va a escribir algunas cartas.

Agenda de George Sand, 13 de enero de 1853: Vincapervincas, sauquillos, musgos, prímulas, alelíes, violetas y blancos. El membrillo del Japón florece desde hace quince días. Profusión de violetas por todas partes, en el jardín y en el bosque, la peonía roja cubierta de gruesos botones. Hasta ahora ni una sola helada. Hemos continuado leyendo a Balzac. He enviado una noticia, muy virtuosa, de *Leone Leoni*. Reíd *Lucrezia* para hacer mañana la noticia… *—14 de enero de 1853*: Tiempo bastante frío. Maurice parte mañana. Leímos a Balzac, y ramos toda la noche para hacer de tripas corazón… *—28 de enero de 1853*: Por fin recibo carta de Maurice. Hace un tiempo encantador: rosas, vincapervincas, alelíes de tres colores; malvarrosas dobles, sencillas, empenachadas; los jacintos están listos para florecer; los almendros están en pleno brote. Anoche escribí quince páginas de mi novela. Esta tarde, tapicería. Leemos *Ivanhoe*. Borie duerme y ronca; Solange le ata a los cabellos un rabo de cometa… Se enfurece, reniega y se arranca el mechón de pelos con la cinta. Vocifera y alborota, persiguiendo a Solange, a la que dice grandes verdades que colman de regocijo a Manceau.

Agenda llevada por Manceau, 1.º de febrero de 1853: La señora Solange se levanta a las nueve; pone en movimiento a todos los criados de la casa, despierta a los que duermen todavía, ¡incluso a la señora! Encuentran esto encantador. Pero no yo… La señora borda todo el día para

terminar la silla del Iris. Está muy absorta y muy linda cuando borda iris. Por la noche, Manceau lee en voz alta *La folie Fille de Perth*. Borie y Émile van a acostarse, pero nos retiramos a medianoche… *—14 de febrero de 1853*: Bello tiempo. La señora se levanta con una jaqueca que aumenta todo el día hasta las ocho de la noche… La señora cena con té, pan y mantequilla. Yo he hecho todo lo posible por distraerla: la llevé al jardín para sembrar flores en la isla; estuve espiritual, tonto, alegre; ¡pero nada sirvió!…

Agenda de George Sand, 18 de febrero de 1853: Nueva carta de Napoleón, con el salvoconducto del señor de Maupas para Patureau…

Agenda llevada por Manceau, 27 *de febrero de 1853*: Tiempo frío, gris y aburrido. La señora va bien. Prefacio de *Maîtret Sonneurs* y correcciones a la novela. La señora ha dedicado esta novela a Lambert. Y yo pregunto si ese burdo charlatán merece semejante felicidad…[5].

Cuando la casa de Nohant estaba llena o llegaban amigos de La Châtre, la vida no perdía su regularidad monástica: el almuerzo, la hora del paseo, la cena, el dominó, luego la lectura «en torno a la mesa». Esta gran mesa ovalada era obra del carpintero de la aldea, Pierre Bonnin, anciano que había conocido a Aurore Dupin cuando tenía cuatro años y que todavía decía a George Sand, cuando ésta iba a verlo al taller: «¡Quítese de ahí, que no me deja trabajar!». La mesa jugaba, de noche, un papel esencial en Nohant. Había prestado su paciente lomo a tantas cosas:

Escrituras locas o ingeniosas, dibujos encantadores o caricaturas descabelladas, pinturas a la acuarela, maquetas de toda especie, estudios de flores del natural, en estambre, croquis de memoria o recuerdos del paseo matinal, preparaciones entomológicas, cartonería, copia de música, prosa epistolar del uno, versos burlescos del otro, montones de lanas y de sedas de todos los colores para el bordado, adornos de decorados para un teatro de títeres, trajes *ad hoc*, partidas de ajedrez o de piquete, ¿qué sé yo? Todo lo que puede hacerse en el campo, en familia, a través de la conversación, durante las largas veladas del otoño y el invierno…[6].

«El día en que la mesa esté en el granero y yo en la cueva habrá aquí muchos cambios», decía George Sand. En torno a la mesa se hacía la lectura en común. ¿Hugo acababa de mandar a Sand *Les Contemplations*? Duvernet

las leía en voz alta; se discutían las rimas; se elogiaba el lirismo del poeta. Con más frecuencia, la señora Sand hace solitarios o tapicería, sin decir palabra, o bien teje, viste los títeres o borda mi traje, le prepara su lámpara de aceite y la acompaña hasta su despacho, en donde trabajará hasta las seis de la mañana, escribiendo y fumando cigarrillos, cuyas colillas tira en un vaso con agua.

Por las tardes se ocupa de su casa y su jardín. Lo que no es tarea fácil. El personal es numeroso: ocho o nueve criados, amén de los que trabajan por jornal cuando el castillo está lleno de invitados o cuando la señora hace sus confituras de grosella, pues le gusta hacerlas por su propia mano y está orgullosa de su receta. El carpintero Bonnin y un pintor se contratan por el año. Toda esta gente está bien pagada; Sand tiene por regla dar un poco más que sus vecinos. No quiere que se hable de *amos* ni de *lacayos*. No se es el amo de un hombre libre. Hay «funcionarios de la casa», cada uno de los cuales tiene su empleo. Como le gustan las cosas bien hechas, George es exigente. Pero jamás pide un servicio humillante. No admite libreas ni discursos en tercera persona. Al dar una orden emplea la fórmula berrichona: «¿Quiere usted hacer esto?», y le gusta la respuesta: «Con mucho gusto». La cualidad que más aprecia en quienes la sirven es *la discreción*. Nadie debe contar lo que pasa en Nohant. Restos de su aventurera y secreta juventud.

Del mismo modo que la revolucionaria era burguesa en la administración de su casa, la romántica tenía un «justo sentimiento de las ciencias». Extraña alianza de palabras que la define: «Aprender a ver —decía—, he ahí todo el secreto de las ciencias naturales»; pero agregaba que es imposible «ver», así fuese un metro cuadrado de jardín, si se le examina sin noción de clasificación: «La clasificación es el hilo de Ariadna en el dédalo de la naturaleza»[7]. Desde la época de Deschartres enriquecía sus herbarios. Deschartres había muerto desde hacía largo tiempo; el pobre Malgache, otro compañero de sus investigaciones, se moría; ella continuaba buscando cuidadosamente, para alimentar sus orugas, las cuatro especies de brezo: «la caluna vulgar, el brezo ceniciento, el brezo de escoba y el cuaterno, que, para mi gusto, es la más bonita. No encontramos la más bella de todas, la vagabunda…»[8]. Embriagada de naturaleza, no tenía ya el gusto ni la necesidad de París; sólo iba allí para sus negocios de teatro: «Me he sacudido el polvo de esa ciudad maldita».

Los espectáculos naturales hacen más fáciles de soportar los cambios del cuerpo humano. Los árboles cobrizos del otoño anuncian el invierno sin

maldecirlo, y George acoge con ecuanimidad la vejez que llega a grandes pasos:

> «La vieja», dice uno de sus personajes, pues bien, sí, es otra mujer, otro *yo* que comienza y del que no tengo por qué quejarme todavía. Esa mujer ignora mis errores pasados. Los ignora porque ya no podría comprenderlos y porque se siente incapaz de renovarlos. Se muestra tan dulce, paciente y justa como la otra era irritable, exigente y ruda… Repara todo el mal que hizo la otra y, por añadidura, le perdona lo que, agitada por los remordimientos, no podía ya perdonarse a sí misma…[9].

Tal es, en los mejores días, la actitud de Sand en el umbral de la cincuentena. Como móvil de sus acciones, querría sustituir la pasión por la bondad. Virtud que tuvo siempre y que ocultaban a veces la violencia de su carácter. Había sido buena por rachas; ahora desea serlo de una manera estable. Cree que su búsqueda ha terminado. No es que se haya resignado, sino que los efectos de la violencia la han asqueado de la violencia. Ya sólo querría luchar por la felicidad de los demás, sin odio ni resentimiento.

Este estado de espíritu no será inmutable. La vejez se asemeja al resto de la vida; conoce sus altibajos. Sand tendrá recaídas, irritaciones, apetitos, nostalgias, debilidades, injusticias. De ahí, a veces, sus excesos de alegría. «La frivolidad es un estado violento» y el ruido cubre las voces interiores. No obstante, como desea ser coherente, no sólo se perdona el pasado, sino que lo transforma, de buena fe, para hacerlo digno de esta caridad deliberada. ¿Musset? Ella sólo fue para él un ángel de abnegación. La enamorada a su presa aferrada, ya ni siquiera es un títere de la memoria. ¿La mística de la pasión? ¿El odio al matrimonio? No era más que una moda romántica. La época, no el escritor, merece la censura.

En cuanto a sus novelas de antaño, testigos de ese pasado tumultuoso, las hacía reimprimir agregándoles prefacios inéditos para acomodarlas a su nueva filosofía. Esto exasperará a algunos gruñones, como Barbey d’Aurevilly, que la imitará sarcásticamente:

> ¿Creían ustedes que yo era enemiga del matrimonio… y que tenía de la unión conveniente del hombre y la mujer una noción más libre? Pues bien: después de treinta años de ilusiones mantenidas por mí, vengo a decirles que no hay tal. No tengo tanto ingenio como todo eso; ¡jamás vi ni quise ver tan lejos! Soy una ingenua mujer de genio, que produce novelas como

el melocotonero da flores rosa y que jamás quiso otra cosa que ser agradable…[10].

En sus nuevos libros, el matrimonio será cada vez más respetable. El amor, deseado por Dios, es dictado por el corazón, sí, pero se distingue del instinto de los animales porque la razón interviene en la elección, porque es exclusivo y debe durar. «Y si el amor muere —pregunta un personaje de la novela *Constance Verrier*, la actriz Sofía Mozzelli, a la que sirviera de modelo Marie Dorval—, ¿no se le debe buscar en otra parte?». «¿Por qué en *otra parte*? —replica la heroína—. Utiliza más bien el poder que atribuyes a tu corazón para curar de su culpable lasitud». Matar en sí mismo el salvaje demonio del deseo, conocer mejor al hombre al que se está unida, antes que buscar a otro, tal es el secreto del matrimonio feliz. Balzac se había felicitado en otro tiempo de habérselo hecho comprender a George, pero en estas materias el tiempo es mejor maestro que los amigos.

George Sand a Sainte-Beuve, 15 de diciembre de I860: Soy una pendiente que sube o baja sin que intervenga yo en ello, la vida me conduce a donde quiere y, desde hace muchos años, me interesa tan poco el asunto que no tengo que defenderme de nada; atravieso regiones serenas y doy gracias a Dios por haberme dejado entrar en ellas: pero cómo se ha hecho esto, lo ignoro. Acaso tuviera yo buena intención: *Pax hominibus bonæ voluntatis*…[11].

II. El círculo de la familia

Esta nueva filosofía del matrimonio le había llegado muy tarde a George para garantizar la felicidad conyugal del pobre Casimir, y, por lo demás, no es probable que su unión pudiera salvarse nunca. Hay casos en los cuales cuanto más trata una mujer de profundizar el conocimiento de su esposo, menos rasgos amables encuentra en él. Entonces es vano predicar la consolación. Sand hubiese debido saberlo mejor que nadie. Sin embargo, las mujeres viejas no ven estos dramas desde el mismo ángulo que las jóvenes. Piensan en ellos, no ya por cuenta propia, sino por la de sus hijas, nueras y nietas, y siempre se tiene fuerza suficiente para resistir a las pasiones de los demás. La madre de Solange Clésinger no podía juzgar ni sentir como la esposa de Casimir Dudevant.

Solange y su madre eran severas la una para la otra. Sand y Maurice habían formado un frente común contra la maligna chiquilla que entretejía de manera tan pérfida y plausible sus denuncias, que en torno de ella acababan por detestarse los unos a los otros sin poder encontrar la razón. «Hasta los gallos se hacían más batalladores, hasta los perros eran más ariscos cuando estaba allí Solange». Espectadora desde niña de los amores de su madre, los había condenado primero para envidiarlos luego. «Cuando le hablaba de Dios —dice Sand—, se me reía en las narices». Preciso es confesar que Solange había estado en buena escuela de facilidad amorosa. Pero George no tenía conciencia de esto. No podía verse como la veía Solange. «Ella se jacta —escribía duramente Sainte-Beuve— de que la gente no creerá nunca lo que es y que la frase, en definitiva, prevalecerá». La actitud era más sincera de lo que él pensaba. El espíritu crudo de su hija, su audaz cinismo, chocaban a la vez en la señora Sand a la madre, a la burguesa y a la romántica. Aunque se llamasen «mi gorda, mi linda, mi querida», las dos mujeres no se querían. En la época de Chopin hubo entre ellas una rivalidad secreta. La conducta de Solange fue entonces condenable. Luego Sand había querido —y creído— perdonar. Dos veces dotó a su hija, dándole primero la mansión de Narbonne y luego una renta, después del remate de la casa; esperaba que, al menos, el matrimonio perdurara.

Pero no fue así. Clésinger era un loco que contrajo en un año deudas suficientes para hacer inevitable la venta de la casa hipotecada; arruinó a su mujer y empobreció considerablemente a su suegra, pues Sand intentó en vano salvarlo. Entre tanto, Solange, fiel a su sistema de calumnias íntimas, contaba a sus amigos Bascans que «los acreedores de su madre» ¡la perseguían a ella! Misteriosa, ocultaba a Sand el estado de su matrimonio. «Nunca puedo saber de ella cosa distinta a lo que ella misma me dice, y ella sólo dice lo que cree útil a sus intereses…». El nacimiento de la pequeña Jeanne Clésinger, «Niní», había traído entre madre e hija una tregua, no un acercamiento. «Si Clésinger es el más loco de los dos, no es el más malo», decía Sand. En febrero de 1851, Solange y Niní fueron a Nohant.

> *George Sand a Augustine de Bertholdi, 24 de febrero de 1851*: Hablando de cosas serias, te diré que llegó Solange la víspera de la llegada de Maurice, y que pasó aquí cuatro días con su niñita, que es muy linda, pero nada fácil. Sol vino con la resolución de ser amable, y fue amable con mucho aplomo, como una dama de sociedad que no tiene nada en el fondo del corazón. Es esto todo lo que puedo decir, pues el motivo de esta visita y

el fondo de las intenciones de Solange nadie puede saberlos nunca. Habla de venir a pasar algunos meses del verano en esta región y trata de alquilar una casa, que no encontrará por la simple razón de que no la hay. No sé si era una manera de hacerse invitar aquí. Seriamente le dije que no deseaba recibir en Nohant a su marido, ni a sus criados, ni a sus amigos, ni a sus caballos, ni a sus perros; que sólo la recibiría a ella y a su niña, y esto todavía con precauciones y manteniéndome en guardia contra las tempestades; a lo que me respondió que no había tenido la intención de vivir aquí, ya que ella tenía un tren de casa que no cabía en la mía. Dice que su marido gana mucho dinero. Lo creo. Falta saber si pagan sus deudas. Ella siempre lo defiende mucho, diciendo que tiene mal carácter y buen corazón. Tanto mejor si está contenta. Me parece que para ella la felicidad radica en ser mujer de mundo, pero, por lo que hace al mundo que frecuenta, lo condena y lo ridiculiza cruelmente. Lo malo del asunto es que no está bien de salud, pero me parece que es culpa suya. Tiene un aborto; al día siguiente monta a caballo y, desde hace algunos meses, no puede reponerse. Me escribe cartas pretenciosamente tiernas. Sé lo que debo pensar de todo esto, y ya ni me enfado, ni me entristezco, ni me engaño. Serenamente veo lo que es y lo que no puede cambiar…[12].

Tan grande era el horror que Sand sentía por aquella pareja, que la creía capaz de un aúnen. Suplicaba a Maurice que no comiera en casa de su hermana.

George Sand a Maurice, 2 de enero de 1851: No me gusta que comas en casa de ellos… Clésinger es loco. Solange no tiene entrañas. Ambos tienen una ausencia de moralidad en los principios que, en ciertos momentos, los hace capaces de todo… Todo su interés está en que tú no existas y, para ellos, el interés ante todo. Unos celos atroces han devorado siempre el corazón de Solange. Te buscan. Clésinger sigue tus pasos… Anda con la mayor prudencia y, una vez más, *no comas, no bebas allí…* Quema esta carta, pero no la olvides. El crimen no es siempre lo que se cree. No es una cosa deliberada, no es una tendencia fatal que germina lentamente en los monstruos. Es un acto de delirio, casi siempre un movimiento de rabia…[13].

Por fin se confesaba que no tenía ningún afecto por su hija: «Es para mí una barra de hierro frío, un ser desconocido, incomprensible…». A la misma Solange le escribía Sand entonces: «Tu vida es muy fantástica, mi querida

gorda, y cuanto más va, menos la comprendo…»[14]. ¿Fantástica? Sí, Solange actuaba de manera harto extraña. Durante algún tiempo fue a vivir en casa de su padre, en Guillery, y el pobre Casimir, que no estaba muy seguro de merecer el honor de esta paternidad, asumió las cargas, lo que no impidió a Solange quejarse de él. Como Clésinger se mostrase infiel, Solange quiso serlo también, y como estaba bien formada, tenía una extraña belleza y un brillante ingenio, fácilmente encontró adoradores. En 1832 abandonó a Clésinger, que «la trataba como a una modelo», y luego, habiendo buscado refugio en un convento, continuó lamentándose:

Solange Clésinger a George Sand, 23 de abril de 1852: ¿Es así como van a pasar los más bellos años de mi vida? ¿Sin padres, sin amigos, sin hijo, sin siquiera un perro para llenar el vacío?… El aislamiento en mitad del movimiento y del ruido, al lado de gentes que se divierten, de caballos que galopan, de mujeres que cantan, de niños que juegan al sol, de seres que se aman y son felices, ¡esto no es ya siquiera el tedio, sino la desesperación! ¡Y las gentes se sorprenden de que muchachas sin espíritu y sin educación se dejen arrastrar al placer y al vicio! Las mujeres de juicio y de corazón, ¿saben siempre preservarse de ello?…[15].

George Sand a Solange Clésinger, 25 de abril de 1852: Yo he vivido mucho, he trabajado mucho, sola, entre cuatro muros sucios, en los más bellos días de mi juventud, como tú dices, y no es eso lo que lamento haber conocido y aceptado. El aislamiento de que tú te quejas es otra cosa… Es la consecuencia del partido que en la vida tomaste. Ese marido acaso no sea digno de tanta aversión ni de tan fogosa ruptura. Creo que hubieran podido separarse de otro modo, con mayor dignidad, paciencia y prudencia. Tú lo quisiste, y hecho está… Pero me parece que no tienes mucha razón al quejarte de los resultados inmediatos de una resolución que tomaste por tu cuenta y a pesar de esos *padres*, *amigos* e *hijo* cuya ausencia sientes ahora. El *hijo* debiera haberte hecho tener paciencia; los *amigos* la hubiesen deseado; y los *padres*, pues es de mí de quien hablas, pedían insistentemente que el momento se escogiera mejor y estuvieran mejor probados los motivos… No veo que los amigos que a tu gusto te hiciste, viviendo voluntariamente lejos de mí, en la sociedad, te hayan sido más fieles que los que te proporcioné yo… No hay uno solo de mis viejos amigos que no estuviese dispuesto a perdonar tus aberraciones para conmigo y a acogerte como en otros tiempos. Es verdad que no son muchos, es verdad que no se trata de gentes de importancia y alto vuelo. De

esto no tengo culpa. Yo no nací princesa, como tú, y he establecido mis relaciones conforme a mis gustos sencillos… Resulta, entonces, que la gran desventura de tu posición es el ser hija mía, y contra esto nada puedo…

Para consolarte, necesitarías dinero, mucho dinero. En el lujo, en la pereza, en el aturdimiento, olvidarías el vacío de tu corazón. Pero para darte lo que necesitas, yo necesitaría trabajar el doble, es decir, morir en seis meses, pues el trabajo que hago ahora excede ya mis fuerzas… No serías rica por mucho tiempo; así, pues, esto no te serviría de nada, pues mi herencia no os hará ricos ni a tu hermano ni a ti. Por otra parte, si yo pudiese trabajar el doble y durar todavía algunos años, ¿está bien probado que mi deber para contigo sea el crearme esa vida de galeote, de caballo de lagar, para procurarte lujo y placer?…

Yo te daré lo más que pueda, la casa será tuya mientras no lleves a ella el desorden con tus locuras o la desesperación con tus maldades. Tendré conmigo y educaré a tu hija mientras quieras, pero no me conmoverán tus quejas inútiles sobre la incomodidad y las privaciones que hayas de sufrir en París… Las reflexiones de tu carta sobre *las mujeres de juicio y de corazón* que sucumben a veces, como las chicas ineducadas, *al placer y al vicio*, me hacen pensar que no siempre mentía tu marido al pretender que le habías hecho ciertas amenazas. Si tu marido es loco, tú también eres endemoniadamente loca… En ciertos momentos, no sabes ni lo que piensas ni lo que dices. En uno de esos extraños momentos te hallabas cuando me escribiste la extraña paradoja que hay en tu carta… Si a menudo dices semejantes estupideces, no puedo asombrarme de que hayas hecho estallar el cerebro de Clésinger… ¿Encuentras difícil el ser pobre, el estar aislada, *sin caer en el vicio*? ¿Difícilmente te tienes en pie por hallarte entre cuatro muros mientras oyes cómo ríen afuera las mujeres y galopan los caballos? «¡Qué desgracia!», como dice Maurice. La verdadera desgracia es tener un cerebro en el que pueda entrar el razonamiento que tú haces: Necesito la *felicidad* o *el vicio*… Por qué no ensayas, pues, un poco de vicio y de prostitución; ¡yo, yo te reto a que lo hagas! Ni siquiera cruzarás el umbral de la puerta para ir a buscar el lujo en el olvido de tu altivez natural… Deshonrarse no es tan fácil como tú crees. Es preciso ser mucho más extraordinariamente bella y espiritual que tú, para ser perseguida o siquiera buscada por los compradores. O bien se necesita ser mucho más taimada, hacerse desear, simular la pasión o el libertinaje; ¡y toda suerte de lindas cosas de las cuales, gracias a Dios, no sabes una palabra! Los hombres que tienen dinero quieren mujeres que sepan ganarlo, y esta ciencia te produciría tal asco que las negociaciones no serían muy largas…

Yo he visto a mujeres jóvenes luchar contra pasiones del corazón o de los sentidos, y espantarse de sus desventuras domésticas con el temor de sucumbir a involuntarios impulsos. Pero nunca vi a una sola siquiera que, educada como lo fuiste tú y habiendo vivido en una atmósfera de dignidad y de libertad moral, se alarmase de las privaciones del bienestar y del aislamiento a causa de los peligros que tú señalas. Una mujer de corazón y de entendimiento, por fuerte que sea, puede tener verse arrastrada por el amor, nunca por la codicia. ¿Sabes que si yo fuera juez en tu proceso no te entregaría a tu hija después de leer tus aforismos de hoy?…[16].

Solange debió reír amargamente al leer: *Educada como lo fuiste tú y habiendo vivido en una atmósfera de dignidad y de libertad moral…* Y, sin embargo, su madre le escribía estas cosas de buena fe. Hubiese comprendido un bello amor desinteresado, pero no podía admitir la venalidad. Solange respondió: «A ti te es fácil hablar de desinterés porque siempre fuiste rica. Yo sólo tuve la miserable pensión que tú me das; preciso es que viva». La ruptura con Clésinger estuvo seguida por un proceso —quimérico— de restitución de dote y de querellas a propósito de Niní, que, afortunadamente, fue enviada a Nohant.

Solange Clésinger a George Sand, 29 de abril de 1852: Mi marido es el loco más grande del mundo… Consiento de todo corazón en que te entreguen la niña. Tú o yo, es la misma cosa. Pero no quiero, a ningún precio, confiársela dos meses por año… Ahora es demasiado niña para abandonarla en manos de semejante hombre, que la dejará carecer de todo. Más tarde, será una muchacha y será igualmente peligroso dejarla cerca de un hombre tan grosero y tan cínico…[17].

George Sand tenía la experiencia de los raptos. Para defender a Niní del marmolista, puso a Nohant en estado de sitio; si era necesario, movilizaría a los bomberos de Manceau. Ahora que le confiaban su nieta y que podía educarla, volvía a encontrar la dicha que antaño le produjera el vivir con los niños. Fue abuela con delicia. El sentimiento de protección tierna privaba en ella. Enseñar era su vocación verdadera. Niní y ella se hicieron inseparables; juntas adornaron el «jardín de muñecas» que en otro tiempo hiciera la señora Dupin para Aurore y que ésta llamara su «*petit* Trianon». Había en él montañas en miniatura, chalets minúsculos, senderos tapizados de musgo y cascadas alimentadas por una palangana de cinc oculta entre los árboles.

George Sand a Augustine de Bertholdi, 28 de octubre de 1853: Todos los días trabajo en mi *petit* Trianon: acarreo guijarros, arranco y planto hiedra, me fatigo en un jardín de muñecas, y esto me hace comer y dormir espléndidamente…[18].

George Sand a Solange Clésinger: Le he comprado un sombrero de paja para el jardín, cuatro vestidos de mañana, zapatos, etc. Sólo le falta un sombrero, tan sencillo y barato como quieras, pero que, al menos, no sea del atroz mal gusto de La Châtre… También he comprado medias. Las camisolas y pantalones están hechos. Nuestra chiquilla es encantadora, siempre maravillosa de salud y leyendo con bastante atención. Nunca nos separamos del mediodía a las nueve de la noche. Por la mañana, está con Manceau, que la adora…[19].

La «reina de las Ninís» reinaba en Nohant. «Sólo acepta su pequeña lavativa a condición de que las flores y las cintas adornen la jeringa y que Manceau silbe un aire durante la maniobra». Cuando, durante la tregua de una reconciliación pasajera, Solange se lleva a su hija, «de la que tiene hambre y sed», la abuela protesta: «Niní se quedará conmigo mientras sea posible. Mientras esta lucha no se decida, la pobre niña nunca estará tranquila ni feliz». Sand quiere evitar sobre todo las constantes idas y venidas: «Tengo la desgracia de apegar a los seres de los cuales me hago cargo, y no me gusta nada lo imprevisto… Si la reconciliación no se mantiene, me traerás de nuevo a Niní enferma, desconcertada, irritada, difícil de manejar…»[20]. Que fue lo sucedió, en efecto. Pero de nuevo funcionó el encanto de Nohant.

George Sand a Solange Clésinger, 21 de septiembre de 1852: Niní está maravillosamente e irreconocible de carácter… Conmigo, la Ninette es encantadora… Sus nervios se calman. Ha mudado de piel. Está más bonita que nunca. Habla de ti a menudo, pero no está triste y siempre cree que vendrás mañana. Hace sorprendentes progresos de comprensión y se entrega a la descripción del jardín, de las flores, del sol «que se pone su manto gris» y de las estrellas «que tienen patas de oro», y de los dondiegos que se abren de noche mientras se cierran las malvas, de las luciérnagas, etcétera. En fin, que no hay nada más gentil que esta chiquilla…[21].

Las agendas inéditas de George Sand, redactadas casi siempre por Manceau, a veces por ella, nos han guardado el recuerdo de los juegos de la abuela y la nieta, de los trabajos del Trianon berrichón y de las extrañas

veladas en París, en las que George llevaba a Solange, Niní, Maurice y Manceau a cenar al restaurante Magny, y llevaba luego al Odeón o al Ambigú a aquella niña de cuatro años con la que la madre y la abuela, ambas hambrientas de teatro, no sabían qué hacer durante el espectáculo.

Agenda de George Sand, 19 de abril de 1853: Doy los últimos toques a mi *petit* Trianon. Manceau hace una cascada. Yo, el bosquecillo de Baco. Émile está atónito; también los ruiseñores… Leo, sola, él último volumen de mis memorias…— *20 de abril de 1853*: Tiempo magnífico, un poco nublado, pero tibio. Se ven crecer las hojas. Hago una montaña al lado del Trianon, ¡pero Manceau la deshace en dos horas! En su lugar instala un dolmen que contiene un depósito invisible, que envía un chorro de agua a la gruta del Trianon. ¡Qué sorpresa para Niní y más todavía para mí, que soy mucho más infantil que ella!… El chorro dura dos horas… Hoy no he hecho absolutamente nada, apenas un narciso de tapicería. Vagabundeo. ¡Ah, si esto pudiese durar! …Enviamos el primer volumen de *Maîtres Sonneurs* a Dutacp…— *21 de abril de 1853*: El jardín está totalmente renovado y limpio. Es soberbio. Todavía no hay tulipanes, pero sí narcisos y tapices de violetas imperiales en el bosquecillo. Los pensamientos son muy bellos… Margaritas, fresales, ciruelos silvestres… He hecho una segunda colina en Trianon para cubrir los depósitos… Comencé la silla de nidos de pájaros…

Aquí Manceau vuelve a tomar la pluma: La señora comienza también la continuación de *Ma Vie*: cuarta parte del volumen VII…— *13 de abril de 1853*: Niní se está volviendo realmente encantadora, pero siempre quiere tomar la sopa con los dedos, a lo que se opone la abuela… Niní será totalmente encantadora cuando su mamita venga a hacerle grutas con sus uñas pintadas de rosa…— *16 de junio de 1853*: La señora Solange debe venir mañana; de modo que no vendrá… —*17 de junio de 1853*: La señora Solange no vino, ¡pardiez! —*18 de junio de 1853*: La señora Solange llegó esta mañana… Por la noche hizo comer a Niní completamente desnuda, y por la mañana se quejó del frío y del campo. ¡Santo Dios!…

Agenda de George Sand, 29 de agosto de 1853: Lluvia y frío. Corrección de las *Memorias*. Sólo asomo la nariz fuera después de la cena. Buen tiempo; el cielo está claro; veo el cometa perfectamente, en el poniente, muy rojo… Manceau de ermitaño, Maurice de Bertram, Lambert de Lélia, etc., improvisan una obra, utilizando el bosque como escenario. Los trajes son para morirse de risa. Es bonito y divertido de *pathos* y de

absurdo. Me he divertido mucho, tanto más cuanto que no esperaba esto… *Pas de deux* y ballet bailado por Lambert —de diablesa— y Manceau —de monje—, representando la tentación de San Antonio; ¡cosa admirable!… La obra se llama: *La Croyance et la Doute.*…

Agenda redactada por Manceau, 17 de noviembre de 1853: Partimos de Nohant a las tres de la mañana. Maurice ha querido acostarse por una hora y no puede comer becada, que Manceau corta expertamente. Llegamos a Châteauroux antes de las seis; ¡no había manera de retener a los caballos! A las nueve y media salimos para París… ¡Tomamos nada menos que un departamento cerrado en el tren, que llega a París a las seis de la tarde! Jean[22] se encarga de las maletas. Cena en Magny. Luego, a casa. La señora arregla su ropa y se acuesta a las diez y media. *19 de noviembre de 1853*: La señora está muy bien… Ensayo de los seis primeros cuadros[23]. Cortes. Vaëz[24] se enfurece con sus actores. Cena en Magny, luego vamos a ver *Champi* en el Odéon con Maurice, la señora Solange y Nini…

Agenda de George Sand, Nohant, 19 de diciembre de 1853: Magnífico tiempo. Voy en coche al bosque del Magnier, con Niní y su muñeca. Jean viene en el pescante, con muchas palas y cestos. Chapoteamos en el lodo, pero recogemos una magnífica cosecha para los Trianones… Nini, encantadora, me hace al regresar muchas preguntas sobre «qué se hace uno cuando se muere»… — *27 de diciembre de 1853*: Nieve todo el día. Los peces son apresados por el hielo; se trabaja para libertarlos. Los pájaros no saben qué decir. Mi Trianon recuerda a Suiza… Escribo cartas y un poco de la revisión de *Teverino.*.. Papá Aulard[25] y Pierre le Noir vienen a cenar. El campesino come bastante mal (porque nunca prueba los platos que no conoce). Émile logra hacerle probar las naranjas verdes en aguardiente. Yo juego a las cartas con Manceau y luego cotejo *Daniel* con Émile. Subo a mi habitación a las diez. Hago versos para papá Aulard y Émile. Trabajo luego en el *Teverino.*…

Agenda redactada por Manceau, 28 de diciembre de 1853: Mucha nieve. La señora está bien. Para hacer un poco de ejercicio, barre la nieve con un rastrillo. ¡Lo hace con tanto ardor que suda como en el mes de agosto! Se siguen muriendo las carpas. Nunca en su vida Manceau matará una mirla…— *29 de diciembre de 1853*: Niní regresa de casa de la señora Périgois[26] con un montón de juguetes. Está asombrada de los trajes que llegaron esta mañana para ella, enviados por su mamita…[27].

Como sucediera antaño con las dos señoras Dupin, la nieta unía ahora por unos cuantos días a madre y abuela. Juntas se encantaban con su parloteo.

George Sand a Solange Clésinger, 9 de febrero de 1854: Lo único divertido de aquí es Niní; es toda la alegría de la casa, con Manceau, que se pone de tal manera a nivel de ella que a menudo la niña me pregunta: «Abuela: ¿yo soy más tonta que él?». Está siempre para comérsela…[28].

George Sand a Augustine de Bertholdi, 12 de marzo de 1854: Todo va aquí como de costumbre. Solange está aquí ahora, pero como no es mucho lo que se divierte, su aparición no se prolongará. Lo mejor que hace es dejarme a Niní, que es encantadora y de la que no puedo prescindir. Manceau me cuida como podría hacerlo una buena vieja. Es un *ga*[29] excelente, y me acompaña con fidelidad por desabrida que yo esté. Maurice tiene éxitos en París…[30].

Pero entre Solange y su coracero ningún arreglo podía durar. En mayo de 1854, nueva catástrofe. Habiendo sido informado Clésinger de que su esposa tenía una aventura con el conde Cario Alfieri, diputado de Alba en el parlamento piamontés, penetró violentamente en la alcoba de Solange. Después de una escena espantosa se apoderó de toda la correspondencia del amante y la envió a su abogado, Bethmont, con estas palabras: «¿Qué debe hacerse? He tenido el valor de no matarla…»[31]. Salió del domicilio conyugal y fue a Nohant, acompañado por un «hombre condecorado», para buscar a Niní y pidió la separación de cuerpos, esta vez en provecho propio, contra una mujer adúltera. Nuevamente, la pobre niña pasó de mano en mano: confiada ora a su madrina, la señora Bascans, ora a su padre; colocada finalmente por éste en un pensionado. Las cartas de George Sand a la señora Bascans prueban que durante un mes ignoró lo que había sido de su nieta.

La aventura produjo un primer resultado inesperado. Solange, quebrantada por tantas emociones, deseó convertirse. Su primo Gastón de Villeneuve, muy devoto, «la puso en brazos del padre de Ravignan». Buscó entonces el retiro espiritual en *le Sacré-Cœur*; «Si no llego a creer, no será por culpa mía. En todo caso, robaré a Enrique IV, diciendo: 'Mi hija bien vale una misa'»[32]. Esperando un apoyo del Cielo, por primera vez en su vida mostraba alguna humildad: «Se necesitaría un milagro para que me devolviesen a mi hija. Dios puede hacer milagros. ¿Pero merezco que haga uno por mí? No…». George Sand, siempre hábil, agarró la pelota al vuelo:

«Si realmente eres piadosa, es el momento de cambiar el ósculo de paz con Augustine». Y Solange, decididamente transformada, consintió en esta reconciliación.

El milagro esperado se produjo el 16 de diciembre de 1834. El tribunal, al separar a los esposos, confió la custodia de la niña a su abuela.

> *George Sand a Solange Clésinger, 17 de diciembre de 1854*: ¡Qué felicidad, hija mía! ¡Esto debe afianzar tu fe! Dios ha venido en nuestra ayuda y, a cualquier religión que se pertenezca, se siente esta ayuda cuando se la busca y se la implora. Debes venir en seguida, pero con Jeanne…[33].

El día de Año Nuevo estaba muy cerca. ¡Qué fiesta haría Nohant a Niní si regresara en aquel momento! ¡Ay!, era menester esperar a que el juicio fuese notificado; todavía Clésinger podía apelar y el abogado Bethmont es implacable. El 1.º de enero de 1855, Solange tiene que contentarse con llevar unos juguetes a la pensión Deslignières, en la calle de Chateaubriand. Y la propia Solange encuentra bajo su puerta, como cuando era pequeña, una copla escrita por George, por una madre enternecida e inquieta:

> *Pour ma Solange, en ce beau jour,*
> *J'ai retrouvé tout mon amour*
> *Puisqu'elle veut bien être sage;*
> *Pourvu qu'elle en ait le courage!*[34].

Una ordenanza provisional mantenía a la niña en la pensión. «El padre sacaba a la pequeña en pleno invierno —escribe Sand—, ¡sin percatarse de que estaba con traje de verano!». Al anochecer la llevaba de nuevo a la pensión, enferma, y se marchaba de cacería fuera de París, quién sabe a dónde. Sand estaba inquieta. *29 de diciembre de 1854*: «Día *gloomy*. Estoy muy preocupada por Niní. Escribo cartas. Rumio». Por desgracia, los sombríos presentimientos se confirmaron pronto. Se declaró la escarlatina y la pobre pequeña murió.

> *George Sand a Charles-Edmond*: Lo más horrible es que me la han matado, mi pobre chiquilla… Iba a verla de nuevo; el tribunal me la había confiado. El padre, por amor propio, se resistía… Apelaba, pues, de la sentencia, que no era de ejecución inmediata… ¡En vano escribí a su duro y frío abogado que mi pobre niña estaba mal cuidada en aquella pensión en

que él la había puesto!… Cuando vieron perdida a la pequeña, llamaron a su madre y le permitieron cuidarla. Murió en sus brazos, sonriendo y hablando, ahogada por una hinchazón general, y diciendo: «No, mamita, no iré a Nohant. ¡No saldré de aquí…!»[35].

Agenda redactada por Manceau, 14 de enero de 1855: A eso de las diez un expreso de Châteauroux trae un telegrama que anuncia que la pobre Nini dejó de sufrir en la noche de ayer a hoy. La señora está desolada y todo el mundo con ella… *16 de enero de 1855*: Llegada de Solange, Lambert, Émile… ¡y Nini! Inmediatamente la ponen en la iglesia. Ursule[36], Périgois, Vergne[37], la señora Decerfz y la señora Périgois vienen al entierro. El cuerpecito es sepultado a la una y media por Bonnin, Jean, Sylvain[38] y el jardinero.

Agenda de George Sand, 17 de enero de 1855: Dormí, después de llorar todo lo que tenía contenido. He pensado mucho en ella, y me parece que me ha respondido. Sol está abrumada, y más tranquila por consecuencia. Escribo algunas cartas… Solange se levanta para la cena. Se relee *Laurence*, que ella escucha lo mejor que puede. Subo a mi habitación a la una. Estoy siempre consternada. — *18 de enero de 1855*: Nada de nuevo hoy. No trabajo. Vagabundeo. Durante todo el día converso muy tristemente. La tierra está cubierta de nieve. Solange está acatarrada y enferma. Lectura de Cooper. Tapicería. Maurice y Lambert pintan. *Laurence*: revisión.

Agenda redactada por Manceau, 23 de enero de 1855: La señora va bastante bien. Deshielo. La señora hace, con la señora Solange, la historia de la pobre Nini (para escribir: *Después de la muerte de Jeanne Clésinger*). Cena. Discusión sobre los mundos futuros. Tapicería. Cooper. La señora Solange está resfriada; la cubren de emplastos. La señora reanudará su historia de Nini esta noche, después de nuestro diario cotidiano[39].

No hay que juzgar severamente la necesidad que sintió Sand de escribir un artículo sobre la muerte de su nieta[40]. En el escritor, los sentimientos más auténticos se transforman en palabras y frases. A menudo sólo siente lo que puede escribir. George Sand intentaba trabajar, luego miraba las muñecas de Niní, sus libros, su carretilla, su regadera, sus pequeños trabajos, el jardincillo que habían hecho juntas. «La Providencia es muy dura con el hombre y particularmente con la mujer», decía.

George Sand a Augustine de Bertholdi: Gracias por tu carta, querida. Estoy afligida y quebrantada. No estoy enferma, tengo el valor necesario, no te inquietes, pues. El estado de exaltación de Solange le ha permitido ser fuerte hasta donde es posible; ayer enterramos a la víctima junto a mi abuela y a mi padre. Hoy estamos abrumadas. No sé todavía cuánto tiempo será mi dolor tan intenso. Haré todo lo que pueda para que no me mate, puedes estar segura. Quiero vivir para los que me quedan. Te amo y te beso con toda mi alma, hijita querida. Solange está muy conmovida por el afecto que le has demostrado. Lo siente y lo comprende…[41].

Hay almas caritativas que no pueden saciarse con el dolor de los desgraciados. Querrían siempre que se sufriese un poco más. Se censuró a Sand porque, a pesar del duelo, continuaba observando los saltos de las salamandras en el pequeño estanque; porque el 23 de enero preguntaba a Maurice si Solange estaba «muy bonita y bien pintada» en una comida en casa del príncipe Napoleón; porque en julio se reanudaron los espectáculos en Nohant. Pero George Sand, como Goethe, no creía que fuese loable cultivar un dolor. «Por sobre las tumbas, adelante», hubiese sido una divisa aceptable para ella.

Después de la muerte de Niní, sus «muchachos», Maurice, Aucante y Manceau, quisieron llevarla a Italia para distraerla. Fue un hermoso viaje por mar, de Marsella a Genova, «en donde almorzamos al aire libre, bajo los naranjos cubiertos de frutos»; luego, por tierra, a través de la campiña romana, «apilados en una especie de diligencia», hacia Florencia, por Foligno, «Trasimeno, donde Aníbal dio una paliza a los romanos». Esta frase es de Maurice Sand, que describió el viaje a Titine en una carta caprichosa: «Atravesamos los Estados del duque de Módena, en los que todo es de mármol blanco, todo, desde las cercas de la cabaña del campesino hasta la corona del duque. Sus Estados tienen doce leguas de contorno; hay trece hombres de tropa, comprendida la banda, y todos sus vasallos son marmolistas…»[42].

A través de las «inmensas farsas» de Maurice se adivina que el viaje fue alegre, con burdas bromas de taller, como le gustaban a Sand; que Manceau se cortó el bigote y besó el pie de San Pedro; que Sand recobró las fuerzas y escaló las montañas con fatiga y alegría; que encontraron muchas plantas e insectos desconocidos; que se cazaron mariposas en las ruinas de Tusculum;

en suma, que el tono de esta campaña de Italia fue muy diferente del de la *Lettre à Fontanes*. Sand estaba dichosa, pero decidida a encontrarlo todo mal y a echar de menos Francia a cada paso. De ahí muchos juicios sorprendentes: «No crea una palabra de la grandeza y sublimidad de los aspectos de Roma y sus alrededores. Para quien ha visto otra cosa, esto resulta muy pequeño; pero es de una lindura encantadora… Por muchos aspectos, Roma es una verdadera *friolera*; es preciso ser ingrista para admirarlo todo… Es curioso, es bello, es interesante, es sorprendente, pero es demasiado muerto… ¡La ciudad es inmunda de fealdad y suciedad! Es La Châtre centuplicada en tamaño…»[43]. ¡Oh, berrichona!

La verdad es que se observaba la escena romana con un prejuicio hostil. A su amigo Luigi Calamatta, que le reprochaba el que no dijera que al lado de los mendigos y los rateros había en Roma un pueblo honrado y mártires de la libertad, le respondió que la censura imperial no le hubiese permitido hablar de los liberales italianos, de Mazzini y de Garibaldi, a los que amaba. «De modo que si no se puede hablar de lo que en Roma está mudo, paralizado, invisible, es menester criticar a Roma, a lo que en ella se ve, a lo que en ella se cultiva: la suciedad, la pereza, la infamia… Es bueno decir en lo que se convierte uno cuando cae bajo la sotana, y yo he hecho muy bien en decirlo a cualquier precio…»[44].

Sorprende esta explosión de anticlericalismo que se produce tan poco tiempo después del proyecto de poner a Niní en el convento y en momentos en que Sand tenía por amigos a varios curas de las vecindades de Nohant. Hay que atribuirla, por una parte, al viejo fondo de volterianismo, siempre listo a irrumpir en las grandes conmociones de este espíritu; por otra, al resentimiento contra quienes le habían hecho esperar un milagro en favor de su nieta, pero sobre todo al horror que le inspiraba la política, no religiosa, sino clerical del Segundo Imperio. Veía que la libertad de pensamiento parecía amenazada, que se perseguía a jóvenes profesores, y juzgaba necesario reaccionar. El libro que escribió sobre su viaje a Italia, *Daniella*, libelo más que novela, le valió muchas molestias. El periódico que lo publicó en folletín, *La Presse*, estuvo a punto de ser suspendido. George Sand tuvo que hacer intervenir a la emperatriz, enterneciéndola con la suerte de los tipógrafos y obreros inocentes. La emperatriz actuó, lo que, de parte de una española devota, era valeroso, pero no por ello conquistó los favores de la señora Sand.

III. La guadaña del tiempo

Durante su viaje por Italia, George se enteró de la muerte del pobre Malgache, a quien alegremente se prometía llevar plantas desconocidas. En la vejez, el espíritu se convierte en un cementerio. Las personas que mejor se amaron, los seres que mal se quisieron, rondan de noche entre las tumbas. El guapo Ajasson de Grandsagne había muerto en 1847, Hippolyte Châtiron en 1848, Chopin y Marie Dorval en 1849, Balzac y Carlotta Marliani en 1850, Latouche y la tía Lude Maréchal en 1851, Planet en 1853, Niní Clésinger y Néraud en 1855.

Sin embargo, Nohant rebosaba de huéspedes. Manceau no abandonaba nunca su puesto; los otros muchachos venían todas las veces que podían. Maurice inquietaba a su madre con su versatilidad. Hacía mil cosas bastante bien, pero ninguna perfectamente. Sus caricaturas eran divertidas, sus ilustraciones ingeniosas y poéticas, los melodramas que componía para los títeres muy divertidos, y hasta había escrito una novela. Pero no salía de su oscuridad. El peso de la gloria materna la hacía más densa. A pesar suyo, Sand, que lo quería de todo corazón, conservaba un tono protector al hablarle de sus trabajos: «Muéstrale tu novela a Buloz; la aceptará para darme gusto». No es ésta la manera de estimular a un artista. Maurice llegaba a los cuarenta; a esta edad se hace penoso ser únicamente el hijo de su mamá. Esta hubiese querido que se casase, pero tampoco en este terreno había sabido escoger.

Todavía se lamentaba ella de que no se hubiera casado con «la querida Titine», con la que Sand se escribía regularmente. Los Bertholdi tenían siempre algo que pedir. Ni Augustine ni su marido se estimaban jamás colocados en un puesto conveniente. Si estaban en Luneville, querían aproximarse a París; si Sand los hacía nombrar en Saint-Omer, por razones de clima deseaban estar en Antibes. Augustine, que seguía siendo muy bella, hubiese querido que George Sand la presentara al príncipe Napoleón, poderoso protector.

> *George Sand a Augustine de Bertholdi: No quiero* mostrarte al príncipe. De ningún modo me va el papel de presentarle a una persona tan linda y que va a solicitar algo. Despréndete de esa pequeña obstinación en que te encierras, de creer que puedo pedir favores y protecciones a este régimen… No iré, con mis cabellos blancos, a hacerle antesala a un mozo que podría ser mi hijo y a inclinarme hasta poner las narices contra el suelo, así me fuera en ello la vida… Y no cuentes con que te dé una carta de

presentación. No me conviene enviar una mujer joven y bonita a un mozo que gusta de ellas, y aparecer como una proveedora… Maurice está todavía con nosotros, pero por poco tiempo. Te besa, lo mismo que Manceau, aunque éste no tenga todavía los cabellos blancos. Temo que no los tendrá nunca. Pobre, pobre muchacho…[45].

Pues Manceau tosía y expectoraba de un modo sospechoso, que Sand conocía demasiado bien. En cuanto a Solange, corría por ahí como las mujeres libres, «de gran belleza y virtud escasa», que van tras de los hombres. Viajaba a Bélgica, a Londres, a Turin.

George Sand a Solange Clésinger, 25 de julio de 1855: Hubiese querido reírme con tus caprichos de viaje, que cuentas tan divertidamente; pero siempre tengo el temor de que bajo todas esas alegrías haya pesares o locuras. Ya ni siquiera sabes a dónde ir, como si Nohant no te conviniera mucho más en lo moral y en lo físico… Pero el diablo te empuja no sé a dónde. Al menos, dime siempre lo que haces. Y cuando estés bien cansada de no divertirte, ven a aburrirte aquí con alguna posibilidad de reposo…[46].

A lo que Solange respondía que Nohant, sin sus perros y caballos, le resultaría intolerable:

Te confesaré que, visto de pie, el Berry pierde muchos de sus encantos para mí… Desgraciadamente sólo tengo veintisiete años y, aunque esté enferma a menudo, no dejo de tener la sangre y los nervios demasiado jóvenes para poder pasarme todo un invierno haciendo tapicería, tocando piano y atendiendo a mi vasta correspondencia. Necesito cualquier actividad, así sea la de los salones, los espectáculos, las carreras, etc., o la actividad del caballo, que es la más calmante de todas…[47].

Pero George no quería alimentar caballos y, además, por primera vez en su vida, también ella deseaba alejarse de Nohant. Para mantener a su familia, ayudar a los proscritos, socorrer a los nietos de Marie Oorval y a tantos otros que vivían de ella y de su pluma, tenía que trabajar más que nunca. Harta del cotidiano desfile de visitantes de Nohant, muchos de los cuales le pedían que usase, en su favor, el crédito que le dispensaba el príncipe Napoleón, deseaba un lugar más solitario para su trabajo. En el curso de una excursión que hizo con Manceau por el valle del Creuse, que forma la parte montañosa y, como

decía ella, la pequeña Suiza del Berry, descubrió una aldea, Gargilesse, al borde del río del mismo nombre, que la encantó. Preciso es confesar que esta región es muy bella. Cantiles cubiertos de brezos enmarcan las negras rocas por el fondo de las cuales se desliza el Creuse, de aguas azules rayadas por rocas blancas y espumosos remolinos. El aire agradable de los habitantes y su hospitalaria cortesía agradaron a Sand. Moreau, pescador de truchas, los llevó del Pin a Gargilesse, aldea levantada en el fondo de un embudo, en donde veinte fuentes mantienen la belleza de una vegetación casi africana, tan caliente y resguardado es el lugar. Había allí setecientos habitantes, una iglesia romano-bizantina, un castillo romántico, mariposas argelinas. «Nosotros, que no estamos obligados a vivir en París, soñamos con tener un apeadero en esta aldea… —dice ella—. Todo artista que ama el campo ha soñado con terminar sus días en las condiciones de una vida simplificada hasta la existencia pastoril…»[48].

Inmediatamente, deseó comprar una casita en Gargilesse. Aquello costaba de quinientos a mil francos. Manceau pidió permiso para regalársela y encontró una a la orilla del río. La compró y pronto sólo hablaba de *su* gradería, de *sus* prados y de *su* cocina. Con trescientos francos, el «fiel interlocutor» amuebló e hizo pintar de nuevo la casa; la equipó como un barco, con camarotes minúsculos, pero confortables. La señora Sand le tomó gusto a aquello. En cuanto quería trabajar en paz, se marchaba de Nohant con Manceau y se refugiaba en Gargilesse, en donde ambos encontraban una felicidad idílica. Maurice fue también, y la actriz Bérengère; pero Gargilesse era a Nohant lo que Marly a Versailles: un lugar para contados elegidos. Sand no daba esta dirección. Más tarde, Victor Hugo inmortalizó el riachuelo:

George Sand a la Gargilesse
Comme Horace avait l'Anio…[49].

En 1857 murieron Alfred de Musset y Gustave Planche, este último después de una horrible agonía y fielmente velado por Buloz. En sus artículos, Planche había sostenido hasta el final a George Sand, que lo consideraba «el único crítico serio de este tiempo». Quería decir: el único que hablaba de ella. Sandeau lo lloró: «Pobre Planche, pobre Trenmor, como lo llamábamos aquí… No se sabe cuánto le quería yo». ¿Lo sabría siquiera él mismo cuando el otro estaba vivo? En cuanto a Musset, su corazón, «su pobre corazón», se había agotado prematuramente por tantas locuras y excesos.

Intentó reemplazar a George; pero nunca la había olvidado. En 1831 hizo un viaje a Italia, y había encontrado allí su recuerdo:

Aveugle, inconstante, ô fortune!
Supplice enivrant des amours!
Ote-moi, mémoire importune,
Ote-moi ces yeux que je vois toujours…[50].

Repetía estos versos cada vez que, a pesar suyo, veía en sus ensueños «pasar los ojos de terciopelo, sombríos y profundos», de la engañosa, pero inolvidable amante de Venecia.

En 1834, en la época en que preparaba la *Confession d'un Enfant du Siècle*, George le había escrito: «En la disposición de ánimo en que me hallo, me es imposible hablar de ti en un libro; en cuanto a ti, haz lo que quieras: novelas, sonetos, poemas; habla de mí como te parezca, me entrego a ti con los ojos vendados…»[51]. Después de la muerte de Musset, en 1838, habiéndose reconciliado con la *Revue des Deux Mondes* —después de diecisiete años de ruptura—, ofreció a Buloz una novela autobiográfica sobre la tragedia de Venecia: *Elle et Lui*. Creyéndose imparcial, Sand se había atribuido en este relato un papel sublime. Su heroína, Thérèse Jacques, sólo se entregaba a su amante por caridad. Cuando leyó el manuscrito, Buloz aconsejó presentar a una Thérèse menos perfecta y aplicarle menos expresiones *santas*. Habiendo transformado la edad la filosofía amorosa de George, una vez más corregía el pasado para crear la unidad de su vida. Esto es humano y acaso juicioso. Pero la novela excitó la cólera de Paul de Musset, que respondió con *Lui et Elle*, libro cruel e injusto. Y vino, finalmente, la coz de la asna: Louise Colet, mujer de letras tan desprovista de talento comp rica de temperamento, escribió *Lui*, un libelo rebosante de odio.

George Sand poseía las cartas de amor de Musset y las suyas propias. Hacia I860 deseó publicarlas para restablecer la verdad mediante documentos irrefutables. Es indudable que esta correspondencia era la prueba de una pasión mutua. ¿Era oportuna su publicación? Sand decidió consultar a Sainte-Beuve, testigo de sus pesares de otro tiempo. Sin haberse peleado nunca, ella lo había perdido de vista. Al abrigo de sus armarios de venenos, no era benévolo con ella: «Una Cristina de Suecia de taberna», escribía en sus cuadernos secretos. Pero en 1859, en ocasión del ingreso de Jules Sandeau a la Academia Francesa, Solange se había encontrado con él bajo la Coupole. Graciosamente le había hablado de George a la joven y la había invitado a

visitarlo. Solange pretendía entonces escribir una vida del mariscal de Sajonia, su trisabuelo. Sainte-Beuve, paternalmente, le dio consejos. «Hace el papá conmigo de una manera muy conmovedora».

Sainte-Beuve a Solange: «Llegó el buen tiempo. Acaso ya haya ido usted a Versailles. En todo caso, el señor Soulié —conservador del museo, vive en el castillo— está avisado de la amable suerte que se le prepara. Haría usted bien hablando de su proyecto sobre el mariscal de Sajonia. Sin duda, él sabe algo. Mil respetuosos y tiernos homenajes»[52]. Sainte-Beuve recibió a Solange en su casa de la calle Montparnasse, en una habitación Luis XV con tableros blanco y oro, cuyas dos ventanas se abrían sobre un ciruelo y una clemátide trepadora. La camareta, un poco demasiado bonita, se parecía a Madame de Pompadour. Detrás de la puerta, una gata amamantaba a sus garitos. Ante la bella visitante, Sainte-Beuve prodigó los tesoros infinitos de su ingenio y de su erudición. De estas conversaciones no nació una *vida del mariscal de Sajonia* —Solange se cansaba de los trabajos tan pronto como de los amantes—, pero se formó una amistad.

Sainte-Beuve escribía a Jeanne de Tourbey, la Dama de las Violetas, cuyo amante era Emest Baroche, hijo del todopoderoso ministro de Justicia[53]: «Se trata, pues, de una cosa por la que me empeño infinitamente. Hay que interesar como sea a nuestro amigo el señor Bar[oche] en esta encantadora hija de la señora Sand, Solange, que tiene un proceso que se juzga el martes y que, a la hora de ahora y por razón de la edad de los señores consejeros, parece bastante comprometido. Pero el hijo del ministro de Justicia puede mucho para llamar la atención de quienes juzgan charlando. ¡Y luego el fiscal! En fin, ahora ya lo sabe usted todo, y sé que el señor Bar[oche] está informado…»[54].

Las cartas de Solange recordaron a Sand la época en que Sainte-Beuve la consolaba y reconfortaba. «Nadie dice mejor las cosas buenas; les da una forma agradable y seria al mismo tiempo». Envió, pues, a la calle Montparnasse a Émile Aucante con una copia de la correspondencia de Musset: «De modo, querido amigo, que son dos horas de su precioso tiempo que le pido para leer todos los papeles y luego una hora de conversación con mi emisario, que reemplazará todos los *síes* y los *peros* que faltan en esta carta. Y luego, una hora de reflexión cuando usted pueda, y una solución final a la que me conformaré…»[55]. El aviso del consultado fue muy nítido. No debía publicar las cartas.

George Sand a Sainte-Beuve, 6 de febrero de 1861: Amigo mío: Émile me informa acerca de su última conversación con usted y de su consejo final. Es bueno y lo seguiré. Las cartas sólo aparecerán después de mi muerte. Por lo demás, creo que probarán que hay tres horribles cosas que no pesan sobre la conciencia de su amiga: el espectáculo de un nuevo amor bajo los ojos de un moribundo; la amenaza, el pensamiento de hacerlo encerrar en un manicomio; la voluntad de recuperar y atraerlo a pesar suyo, después de su curación moral… He ahí las inmundicias de la acusación, y las cartas sólo prueban una cosa, y es que en el fondo de esas dos novelas: *La Confession d'un Enfant du Siècle* y *Elle et Lui*, hay una historia verdadera, que señala acaso la locura del uno y el afecto de la otra, la locura de los dos si se quiere, pero nada de odioso ni de cobarde en los corazones, nada que pueda manchar a las almas sinceras…[56].

Conmovido por la confianza de Sand y habiendo sabido por Solange que la comunidad de Nohant no se hallaba financieramente próspera —George no había podido, según decía, comprarse el invierno anterior un abrigo y un traje (lo que sorprende un poco)—, Sainte-Beuve tuvo la idea de hacer que la Academia Francesa otorgara a la gran novelista el premio Gobert de veinte mil francos. Vigny aprobó esta proposición; tenía suficiente grandeza de alma para poner el valor literario por encima de los rencores personales. Guizot, con muchos elogios y lamentaciones, combatió al autor de *Elle et Lui* y citó frases «escandalosas» sobre el matrimonio y la propiedad. Mérimée y Sainte-Beuve protestaron. Se procedió a votar: Sand tuvo dieciocho votos contra ella y solamente seis caballeros: Sainte-Beuve, Ponsard, Vigny, Mérimée, Nisard y Silvestre de Sacy. ¡Jules Sandeau no había ido! Como había que votar por segunda vez ante el Instituto en pleno, Mérimée, muy activo en favor de George, a pesar de ridículos recuerdos, acosó por carta al «pequeño Jules». Pero Sandeau no perdonaba a la «náufraga» de su adolescencia. Y Thiers obtuvo el premio.

La corte, en la que, a pesar suyo, se continuaba protegiendo a la señora Sand, se irritó con este fracaso. La emperatriz sugirió que, acaso, la Academia daría un sillón a cambio del premio. Poco después apareció un folleto titulado *Les femmes a l'Académie*, cuyo autor anónimo describía la recepción bajo la Coupole de una mujer que sólo podía ser George Sand. Esta respondió con otro folleto: *Pourquoi les femmes à l'Académie?* Decía allí que, a pesar del respeto que le merecía la compañía y reconociendo el talento de sus miembros, no tenía deseo alguno de vincularse a una institución que ella consideraba anticuada e inactual. Sin duda, las gentes dirían: «Esas uvas están

verdes…». «Nada de eso —respondía Sand—, esas uvas están pasadas de maduras».

IV. El matrimonio de Maurice

En 1861, Maurice Sand tenía treinta y ocho años, y cincuenta y siete su madre. Sintiéndose envejecer, insistía enérgicamente en casarlo. Deseaba nuevos nietos. La bella Solange hacía una vida poco propicia a la maternidad; Maurice era la suprema esperanza. En 1854 había pedido la mano de Berthe Duvemet, pero ésta se casó con Cyprien Girerd. Más recientemente, dos proyectos de matrimonio, «arreglados» por intermedio de Aucante, habían fracasado igualmente.

> *George Sand a Jules Boucoiran, 31 de julio de 1860*: No espero que logre usted casarlo si le busca esposa entre los devotos y los legitimistas. Yo preferiría con mucho una familia protestante. Infórmese e infórmeme. Tengo un gran deseo de que se decida y se haga padre de familia. Si encuentra usted una personita encantadora, de gustos serios, rostro agradable, inteligente y de una honrada familia que no pretenda encadenar a la nueva pareja a sus ideas y costumbres, como no sea por el afecto, rebajaremos mucho las pretensiones económicas…[57].

Preferirla con mucho una familia protestante… Los vínculos de George Sand con el catolicismo se relajaban cada vez más. En la época del convento de las Inglesas, le habían gustado las ceremonias. Luego había dejado de practicar conservando solamente un cristianismo limitado, como decía ella, al Evangelio según San Juan, un cristianismo de vicario saboyano, al que Pierre Leroux y Jean Reynaud dieran nueva forma. Su Dios era el Dios de las buenas gentes, el de Béranger y Victor Hugo. *George Sand a Flaubert*: «El cristianismo —de 1848— fue un *capricho*, y confieso que en todo tiempo es una seducción cuando sólo se ve su aspecto tierno… No me sorprende que un corazón generoso como el de Louis Blanc haya soñado con verlo depurado y restituido a su ideal. También yo tuve esa ilusión; pero tan pronto como se da un paso hacia ese pasado, se ve que no es posible reanimarlo…»[58]. Conservaba, no obstante, en recuerdo del padre de Prémord una predilección por los jesuitas, en quienes veía —y esto a sus ojos era gran elogio— a unos

heréticos muy cercanos a su propia filosofía. «La doctrina de Loyola es la única religión practicable que queda».

En realidad, Maurice no se casó con una protestante, sino con una italiana de veinte años, sin religión, a la que viera crecer: la hija del viejo amigo Luigi Calamatta, el grabador. «Si no estás enamorado, no te cases», le había aconsejado su madre. Lina Calamatta era una muchacha encantadora, educada en parte en París, muy bonita, inteligente y, lo que a los ojos de Sand era muy importante, «ardiente patriota romana». Entre suegra y nuera no habría querellas políticas.

> *George Sand a Lina Calamatta, 31 de marzo de 1862*: Mi Lina querida: fíate de nosotros, *fíate* de él, y cree en la felicidad. Sólo hay una en la vida: amar y ser amada… Siento que seré pata ti una verdadera madre; pues tengo necesidad de una hija y no podría encontrar nada mejor que la del mejor de los amigos. Ama a tu cara Italia, hija mía; es la prueba de un corazón generoso. También nosotros la queremos, sobre todo desde que se despertó en crisis de heroísmo…[59].

Las dos mujeres se entendieron bien en Nohant. Lina tenía una voz deliciosa, fresca y aterciopelada que hacía las delicias de su suegra. «Es una naturaleza y un tipo: canta maravillosamente, es furiosa y tierna, hace suculentas golosinas para sorprendemos, y cada jornada de nuestra época de vacaciones es una fiestita que ella organiza…»[60]. Riéndose a carcajadas del vuelo de una mosca, llorando en el teatro de títeres en cuanto hubiese una pizca de sentimiento, la italianita era de una finura exquisita. Como todo Nohant, no tardó en apasionarse por la geología y los fósiles, lo que no le impedía cortar corpiños y ribetear pañales, pues la pareja no se demoró en esperar descendencia. El problema religioso no se había resuelto. Sand habría aceptado un matrimonio católico, como lo prueba una carta del 10 de abril de 1862, en donde dice a Lina, de novia entonces: «Dios tendrá en cuenta la fe de nosotros tres, pues el matrimonio es un acto de fe en ÉL y en nosotros mismos. Las palabras del sacerdote no agregan nada… Nosotras nos entenderemos al respecto, y en la iglesia, mientras el cura refunfuñe, nosotras rezaremos al verdadero Dios, al que bendice a los corazones sinceros y les ayuda a cumplir sus promesas…»[61].

Sobre este punto, Maurice era más intransigente que su madre, y Lina Calamatta, largo tiempo oprimida por una madre beata —que, después de la muerte de su esposo, tomó el velo con el nombre de sor María Josefa de la

Misericordia—, compartía los sentimientos de su novio. El matrimonio, pues, había sido puramente civil; pero ¿cómo educar a los hijos? Se podría escribir todo un libro sobre *George Sand en busca del mejor de los protestantismos*. Escribía a los pastores, pesaba sus doctrinas, buscaba disidentes que no fueran demasiado disidentes, a fin de que sus nietos tuviesen de todos modos, más tarde, el apoyo de una Iglesia organizada. Pues se trataba de Maurice y de los niños, no de George Sand, cuya posición estaba ya establecida. Finalmente, Maurice y su mujer se hicieron protestantes, volvieron a casarse religiosamente e hicieron que el pastor Mouston bautizara a Marc-Antoine Dudevant-Sand, apodado «Cocoton», nacido el 14 de julio de 1863, aniversario de la toma de la Bastilla. Lo sumergieron en un baño de vino de Burdeos: «Disparamos el cañoncito (*era el de 1848*), y un *pifferaro* de Auvernia vino a tocar el más antiguo de los cantos galos…»[62].

Como todo lo que se refería a Nohant, el nacimiento de Cocoton tuvo lugar dentro de una atmósfera pintoresca y un poco loca. En aquella casa la comedia ocupaba mayor lugar que la vida. Teatro o títeres, los ensayos y representaciones se habían hecho cotidianos. Manceau, como actor, era «la perfección de las perfecciones». Una muchacha de la aldea, Marie Caillaud, llamada primero «Marie de las gallinas» porque se ocupaba del gallinero, instruida por Sand, que la encontraba muy dotada, había pasado a ser camarera y finalmente había sido incorporada por Manceau a la compañía, de la que no tardó en ser la estrella. Todas las noches se representaba y se cenaba. Luego «la Dama», como decía Manceau, se acostaba durante una hora; Manceau la despertaba después y se ponía a trabajar. Entre tanto, Manceau «tosía lo suyo» y Lina tejía corpiños.

Durante la primavera y el verano de 1863, Sand fue constantemente al teatro de La Châtre, al que hacía venir actores en jira. El 2 de julio, la piadosa viuda Calamatta llegó para asistir al parto de su hija. Se quedó estupefacta al encontrar la casa llena de actores que ensayaban *Le Château de Pictordu*. Manceau, a pesar de su fiebre, Marie Caillaud, George e incluso Lina, encinta, se bañaban en el río, lo que no podía hacer Maurice, baldado por el reumatismo. Cuando llegó el término de Lina, una partera se instaló en Nohant; también a ella la llevaron a La Châtre a ver *Le Fils de Giboyer y Trente ans ou la Vie d'un Joueur*. Toda la casa se hallaba en el teatro cuando comenzaron los dolores de Lina; la paciente esperó una parte de la noche el regreso de su enfermera; pero no por ello dejó de ser Cototon un soberbio bebé que George Sand «recibió en su delantal».

El primero de sus amigos a quien escribió George Sand para anunciar el nacimiento de Marc-Antoine fue Alejandro Dumas hijo. Desde hacía mucho tiempo profesaba el más sólido afecto a ese «querido hijo» que la llamaba «mamá», que tenía veinte años menos que ella, pero el mismo temperamento generoso, la misma inclinación a la literatura *engagée* y el mismo ardor en la defensa de la mujer y el niño. Había insistido en atraerlo a Nohant, pero sólo lo consiguió en 1861, pues Dumas estaba absorto en sus amores con una patricia rusa «de ojos verdes y largos cabellos de ámbar», la princesa Nedefa Narishkin. Finalmente, prometió ir.

Alejandro Dumas hijo a George Sand, 20 de septiembre de 1861: Agradezco a usted, como diría *monsieur* Prudhomme, su apreciable del 13 y tomo la pluma para expresarle mi más viva gratitud. Supe que la dama de que soy huésped le escribió a usted… No le ocultaré que para ella es una verdadera fiesta el ser recibida en Nohant y contemplarla a usted de cerca… Queda el problema de su hija, a la que no quiere dejar sola en las cuarenta y cuatro estancias del barracón y que, con el permiso de usted, querría presentarle. La acuestan en un canapé en la alcoba de su madre. En su calidad de joven moscovita viajera, le encanta esto. No hay dificultades que temer por ese lado. Pero ¡échese usted a temblar!… He aquí el hueso: hay un amigo mío, un gordo amigo mío bastante parecido a sus perros de Terranova, llamado Marchal, que pesa 182 libras y que tiene ingenio por cuatro. Este dormirá en cualquier parte, en el gallinero, bajo un árbol, bajo la fuente. ¿Podemos llevarlo?…[63].

Dumas admiró los títeres, al menos lo dijo, y por la noche, en torno a la mesa, leyó versos de Musset. La elección sorprendió. El gigante Marchal tuvo un gran éxito. «Marchal hace una obra de títeres con Maurice… Marchal es ahora mi niño gordo…». Se quedó mucho tiempo después de marcharse Dumas, pintó el retrato de Maurice, luego los de Sand, Manceau y Marie Caillaud, pero apenó a la señora Sand al no enviar una carta de agradecimiento después de su larga permanencia en Nohant, en el curso de la cual había conocido al príncipe Napoleón y obtenido varios encargos de él.

Dumas hijo a Sand, 21 de febrero de 1862: ¡Siempre temeré presentar a nadie en esa casa de Nohant, en la que todo funciona tan bien entre amigos que el más diminuto grano de arena podría parar toda la máquina! ¿De modo que nuestro amigo Marchal es un ingrato? Al menos hubiera debido

agradecer a usted el encargo de seis mil francos que recibió y que el príncipe sólo le hizo gracias a usted. ¡Ay!, ¡ay!, temo que la humanidad no sea la obra maestra de Dios…

26 de febrero de 1862: Hoy estoy furioso y el silencio de mi mastodonte contribuye ferozmente a ello. Tampoco sé yo por dónde anda, la falta de educación que se perpetúa en la edad madura se parece demasiado a la falta de corazón. Ese pobre mozo no sabe todavía que, cuando se ha recibido de una persona como usted una tan amplia, tan cordial y tan útil hospitalidad, ¡lo menos que se puede hacer es responder a las cartas que por añadidura recibe!…[64].

La verdad: que el mastodonte era un egoísta. Pero tenía encanto. Sand lo perdonó e incluso conservó mucho afecto por él. Fue también Dumas quien llevó a Sand a casa de Édouard Rodrigues, el agente de cambio.

Dumas hijo a George Sand, 8 de marzo de 1862: Este Rodrigues es tan artista como es posible serlo: muy músico, muy amigo de las artes (pero en el buen sentido de la palabra). Así, acaba de dotar con cuarenta mil francos a la pequeña Emma Fleury, del Théâtre Français, y la ha casado con un joven escultor de talento[65]. Y esto sin ninguna razón *natural*, por pura filantropía… Es hombre que tiene por usted una admiración cuya expresión es bastante difícil de dar, si él mismo no la encontrara al resumir así todo lo que a usted debe: «La señora Sand me ha hecho mejor…». Encontré la frase tan conmovedora y tan digna de usted, que me prometí enviársela, como lo hago ahora…[66].

Cuando, aquel invierno, la «querida mamá» pasó unos días en París, aceptó ir con Dumas a comer en casa de Rodrigues, «en su rincón todo dorado»: Rodrigues prometió conceder su apoyo material a algunos «hijos» necesitados.

Los temas favoritos de Sand se hicieron los de Dumas. A ambos les gustaban las «obras de tesis». De *François le Champi*, haría Dumas *Le Fils naturel*, tema que, naturalmente, le interesaba mucho. *Claudie*, la madre soltera que, por haber sido traicionada, merece más que ninguna otra mujer el respeto de los hombres, le inspirará *Les Idées de Mme, Aubray* y luego *Denise*. Finalmente, *Le Mariage de Victorine*, elogio de la *mesalliance*, les pareció a ambos tema tan hermoso que Sand hizo una novela, *Le Marquis de Villemer*, y Dumas le ayudó a sacar de esta novela una segunda obra de teatro.

Pues él era hombre de teatro y sabía construir un escenario, en lo que Sand seguía siendo bastante torpe. Lo que no impedía a Dumas admirarla con locura. «Piensa como Montaigne —decía—, sueña como Ossian, escribe como Juan Jacobo. Leonardo dibuja su frase y Mozart la canta. Madame de Sevigné le besa las manos y Madame de Staël se arrodilla cuando pasa».

Le Marquis de Villemer era una historia trivial, la de la señorita de compañía que se casa con el noble heredero, y las frases de ingenio con que Dumas hijo animó esta moralidad no brillaban con excesivo fulgor. No obstante, se puso la obra por las nubes. He aquí por qué. Indignada por la intolerancia religiosa del gobierno imperial, irritada al ver en peligro las libertades de conciencia y expresión, George Sand se hacía cada vez más anticlerical.

> *George Sand al príncipe Napoleón, 26 de febrero de 1861*: El emperador temió al socialismo; sea, desde su punto de vista, debía temerlo; pero, al golpearlo demasiado fuerte y demasiado pronto, levantó, sobre las ruinas de ese partido, otro partido mucho más hábil y mucho más temible, un partido *unido* por el espíritu de casta y el espíritu de cuerpo, los nobles y los sacerdotes, y, desgraciadamente, no veo un contrapeso para ellos en la burguesía. Con todos sus defectos, la burguesía tenía su lado útil como preponderancia. Escéptica o volteriana, tenía también su espíritu de cuerpo, su vanidad de advenedizo. Resistía al sacerdote y se mofaba del noble del que estaba celosa. Hoy día, lo adula; se han encarecido los títulos y aumentado los miramientos con los legitimistas de que se han rodeado; ¡ya ve usted si los han conquistado! Los burgueses han querido entonces estar bien con los nobles, cuya influencia se aumentaba, y los sacerdotes han hecho el papel de conciliadores. La gente se ha hecho beata para entrar en los salones legitimistas. Los funcionarios han dado el ejemplo, los saludos y las sonrisas se han multiplicado a la hora de la misa, y las mujeres del *tercer Estado* se han precipitado ardorosamente en la legitimidad, pues las mujeres no hacen nada a medias…[67].

Pero siendo anticlerical, no era ni quería ser antirreligiosa.

> *George Sand a Alejandro Dumas hijo*: Tengo sobre la muerte creencias muy dulces y risueñas, y me imagino que sólo he merecido una suerte muy amable en el otro mundo. No pido estar en el séptimo cielo con los serafines, contemplando a todas horas la faz del Altísimo. En primer término, no creo que tenga faz ni perfil, y luego, si es gran cosa estar en las

primeras filas, no es para mí una necesidad… Soy optimista a despecho de todo lo que me ha desgarrado; acaso ésta sea mi única cualidad. Ya verá cómo la adquiere usted. A su edad, yo estaba tan atormentada y más enferma que usted en lo moral y en lo físico. Harta de sondear a los demás y a mí misma, un buen día me dije: «Todo eso me es igual. El universo es grande y bello. Todo lo que creemos lleno de importancia es tan fugitivo que no vale la pena pensar en ello. En la vida sólo hay dos o tres cosas verdaderas y serias, y estas cosas, tan claras y tan fáciles, son precisamente las que he ignorado y desdeñado, ¡mea culpa! Pero mi necesidad ha sido castigada; he sufrido tanto como es posible sufrir; debo ser perdonada. ¡Hagamos la paz con el buen Dios!…»[68].

Paz, pues, con Dios; pero no podía creer en el diablo ni en el infierno. Que un Dios bueno pueda condenar eternamente, la rebelaba. Lejos estaba de imaginar cuánto chocaba, por su parte, a los espíritus naturalmente ásperos y sombríos. Nada irrita tanto a los corazones heridos como una tranquilidad optimista. Baudelaire la detestaba:

Esa mujer Sand es el Prudhomme de la inmoralidad. Siempre ha sido moralista. Sólo que antes hacía la contramoral. Por eso, no ha sido nunca artista. Tiene él famoso estilo fluido, caro a los burgueses. Es necia, es pesada, es verbosa; en las ideas morales tiene la misma profundidad de juicio y la misma delicadeza de sentimiento que las porteras y las mujeres mantenidas. Lo que dice de su madre… Lo que dice de la poesía… Su amor por los obreros… Que algunos hombres hayan podido encapricharse por esa letrina, es buena prueba del envilecimiento de los hombres de este siglo.

Véase el prefacio de *Mademoiselle La Quintinie*, en donde pretende que los verdaderos cristianos no creen en el infierno. La Sand es partidaria del *Dios de las buenas gentes*, el Dios de las porteras y de los cristianos rateros. Tiene buenas razones para querer suprimir el infierno.

El Diablo y George Sand. No hay que creer que el diablo sólo tienta a los hombres de genio. Sin duda, desprecia a los imbéciles, pero no desdeña su concurso. Por el contrario, funda sus mayores esperanzas en ellos. Ved a George Sand. Ella es sobre todo y más que cualquier otra cosa una gran necia; pero está poseída. El diablo la ha persuadido de que debe fiarse a *su buen corazón y a su buen sentido*, a fin de que ella persuada a los demás necios de que se fíen a su buen corazón y a su buen sentido. No puedo pensar en esa estúpida criatura sin cierto estremecimiento de horror. Si me

la encontrase, no podría dejar de tirarle una pila de agua bendita a la cabeza.

George Sand es una de esas viejas candorosas que nunca quieren salir de escena[69].

Reacción injusta, pero natural. ¿Cómo no odiaría la angustia a la serenidad? Los habitantes de la parte sombría no han podido entenderse nunca con los de la soleada. Desde su viaje a Roma, George tenía «la obsesión del espectro negro». Las campanas de la iglesia que, en su adolescencia y todavía en 1834, la apaciguaran y consolaran, sonaban ahora a sus oídos «como un lúgubre trueno, como un tantán siniestro». En 1862, Octave Feuillet, novelista diecisiete años más joven que ella, publicó en la *Revue* de Buloz una novela devota, sentimental y mediocre: *Sibylle*. Era la historia de una muchacha que, después de una infancia creyente, había tenido graves dudas en el momento de hacer su primera comunión. Una noche de tempestad, veía al cura lanzarse, solo, en una barca para salvar a unos marineros en peligro. Juzgaba entonces la religión por sus efectos, retornaba a Dios y, enamorada más tarde de un joven escéptico, se esforzaba a su turno por convertirlo y moría al regreso de un paseo «teológico y sentimental»[70] a la luz de la luna.

Este libro exasperó a George Sand, que, de golpe y porrazo, al año siguiente y en la misma *Revue des Deux Mondes*, replicó con una contranovela: *Mademoiselle La Quintinie*. Su rapidez de concepción y de ejecución permanecía intacta. La situación imaginada por Feuillet estaba invertida aquí. La heroína, Lude, piadosa hija de un general, era cortejada por un joven librepensador al que ella amaba. Este tenía cuatro quejas contra el catolicismo: el infierno, la negación del progreso, el ascetismo carnal y, sobre todo, la confesión. Una mujer —decía él— no puede confiarse a la vez a un marido y a un director de conciencia. El joven Émile se indignaba de tener que compartir el pensamiento de su esposa con un sacerdote que, en aquella novela, es un personaje semirrenegado, temible y sospechoso. Pero Émile lograba liberar el espíritu de su esposa y conducirlo a la verdadera religión, es decir, a la del autor.

El debate apasionó al mundo literario, y Sainte-Beuve arbitró el combate:

El autor de *Sibylle* ha removido en su novela grandes problemas, más grandes acaso de lo que pensara inicialmente; problemas teológicos y sociales, problemas de presente y de porvenir. Como se sabe, George Sand se conmovió; el águila poderosa se irritó como en el día de su primer vuelo;

se precipitó sobre la blanca paloma, la arrebató basta lo más alto de los aires, por sobre los montes y torrentes de S aboya y, a la hora de ahora, tiene su presa como suspendida en sus garras. Tesis contra tesis, teología contra teología, y todo esto en novela; es un poco duro…[71].

Sand dio las gracias: «Leí un excelente artículo suyo sobre Feuillet, que concluye con una frase demasiado brillante sobre mí. Soy un águila demasiado vieja para apoderarme de los talentos jóvenes y tragármelos de un bocado…»[72]. En una época de clericalismo oficial, esta actitud dio a George Sand, a los ojos de la juventud, el aspecto de gran mujer de la oposición. Se convirtió en un personaje y una bandera. Cuando el Odéon anunció la obra sacada de *Le Marquis de Villemer* y se habló de una conspiración contra el autor, estudiantes y obreros se prepararon para defender a Sand. Esta se hallaba muy tranquila; sólo Manceau tenía dolor de vientre. En realidad, no hubo tal cábala. El emperador y la emperatriz asistieron al estreno y aplaudieron con la insistencia, ingenuamente ostentosa, de las conciencias poco tranquilas.

Agenda de George Sand, 29 de febrero de 1864: Estreno de *Villemer*. Tiempo horrible. Llueve. París es un *tío* de lodo. Voy en coche, con Maillard[73], a comprar flores, y guantes en casa Jouvin. Visita al príncipe… El resto del día recibo a los estudiantes que vienen, de cuatro en cuatro, a pedir entradas, ¡sombrero en mano! Desde las diez de la mañana están en la plaza del Odéon, haciendo cola, gritando y cantando… El emperador y la emperatriz; la princesa Mathilde; el príncipe y la princesa Clotilde[74], voy al palco de éstos… Éxito inaudito, insensato; gritos, cantos, vivas, llamadas a los actores. ¡Es casi un motín, pues los seiscientos estudiantes que no pudieron entrar van a entonar cánticos a las puertas del club católico y de la casa de los jesuitas! Los dispersan y los llevan a los retenes. Salgo entre los gritos de «¡Viva George Sand! ¡Viva *La Quintinie*!». Me siguen al café Voltaire; también allí gritan; nos escapamos… En el *foyer*, más de doscientas personas vinieron a saludarme, entre otros Déjazet, Ulbach, Camille Doucet, Alejandro, Montigny, Lesueur… etc…[75].

Le Marquis de Villemer, honorable melodrama, se benefició de esta popularidad. Las entradas subieron verticalmente: 4300 francos, 4500, 5000, 5310, cuando en el Odéon se hacían habitualmente 1500 francos en el mejor

de los casos. «Hay que ver —escribía Sand— al personal del Odéon en torno mío… Soy el buen Dios en persona».

Entre los amigos que se mantenían en la escalinata del Odéon al lado de George Sand durante esta ovación, estaba Gustave Flaubert, que «lloraba como una mujer». Romántico impenitente y realista impenitente, había admirado siempre el talento de George. La veía a veces en las comidas Magny, con Renan, Sainte-Beuve, Théophile Gautier, los hermanos Goncourt. Ella se sentaba al lado de él, miraba a la gente con aire tímido y murmuraba al oído de Flaubert: «¡Es usted el único que no me intimida aquí!». Entre tanto, los Goncourt admiraban «la hermosa y encantadora cabeza» que acusaba, cada vez más, su tipo de mulata, y «la maravillosa delicadeza de las manitas, perdidas entre los puños de encaje»[76].

> *Agenda de George Sand, 12 de febrero de 1866*: Comida en Magny, con mis pequeños camaradas. Me acogieron de la mejor manera posible. Estuvieran muy brillantes, con excepción del gran sabio Berthelot…[77]. Gautier, siempre deslumbrador y paradójico; Saint-Victor[78], encantador y distinguido; Flaubert, apasionado, me es más simpático que los demás. ¿Por qué? No lo sé todavía. Los Goncourt; demasiado aplomados, sobre todo el menor… El más hábil en la conversación y con tanto ingenio como el que más, sigue siendo el *tío Beuve*, como lo llaman… Se pagan diez francos por cabeza; la comida es mediocre. Se fuma mucho; se habla a gritos y cada uno se marcha cuando le viene en gana… Olvidaba a Louis Bouilhet[79], que se parece a Flaubert; modesto… Me encontré con la señora Borie. Vi, en casa, a la costurera, y luego a Camille[80] y Lucien Arman[81]. Estoy invitada a comer en casa de Sainte-Beuve… *9 de abril de 1866*: Comida en Magny, con mis pequeños camaradas: Taine, Renan, Sainte-Beuve, Gautier, Saint-Victor, Charles-Edmond, los Goncourt… y Berthelot, que no dice nada. Él y yo no hablamos. El hijo de Gavarnie (*sic*), guapo mozo, y otro que no puedo identificar. La conversación es fogosa, brillante, inundada de paradojas de Gautier. Taine es razonable, demasiado razonable. Todo esto muy por debajo de la alegría y del encanto bonachón de los actores[82].

Durante una de estas comidas en Magny, una noche en que Sand se hallaba en el Berry —14 de septiembre de 1863—, se le pidió a Théophile Gautier, que venía de Nohant, que describiera su visita:

—¿Es divertido aquello?

—Como un convento de germanos moravos. Llegué a la tarde. Queda lejos del ferrocarril. Dejaron mi maleta en un matorral. Entré por la granja, ¡en medio de los perros que me aterrorizaban!… Me hicieron cenar. La alimentación es buena, pero con excesos de cacería y pollo. A mí no me va ese régimen… Estaban allí el pintor Marchal, la señora Calamatta, Alejandro Dumas hijo…

—¿Y cómo es la vida en Nohant?

—Se desayuna a las diez. Al dar la última campanada, cuando el puntero marca la hora, todos se sientan a la mesa. Entonces llega la señora Sand, con aire de sonámbula, y permanece adormecida durante todo el desayuno. Después, se sale al jardín. Se juega a las bochas, lo que tiene la virtud de reanimarla. Luego, ella se sienta y comienza a conversar. A esa hora, se habla generalmente de cosas de pronunciación: por ejemplo, la pronunciación de *ailleurs* y de *meilleur*. Con todo, la conversación que más atrae es la que gira en torno de las bromas estercorarias.

—¡Bah!

—Pero, eso sí, ni siquiera la más leve palabra sobre las relaciones de los sexos. Creo que si se hiciese la menor alusión, lo pondría a uno de patitas en la calle… A las tres de la tarde, la señora Sand se retira a escribir hasta las seis. Se come, sólo que se come un poco de prisa, para dar tiempo a que coma Marie Caillot (*sic*). Es la criada de la casa, una pequeña Fadette que la señora Sand trajo del campo para representar las obras de su teatro y que, por las noches, viene al salón… Después de las comidas, la señora Sand, sin decir palabra, hace solitarios hasta medianoche…[83].

Estas ancianidades macizas y poderosas, que se imponen en el silencio y las extrañas manías, son signo de fuerza. Gautier observaba a Sand como Hegel a las montañas:

V. ¿Por qué no emigramos hacia los Palaiseau?

George Sand a Augustine de Bertholdi, 31 de marzo de 1864: El éxito de *Villemer* me permite recobrar un poco de libertad, de la que estaba totalmente privada en Nohant en estos últimos años, gracias a los buenos berrichones que, desde los guardas campestres de toda la comarca hasta los amigos de mis amigos —¡y sabe Dios si tienen!—, querían ser *colocados* por mi *gran crédito*. Pasaba mi vida en correspondencias inútiles y en

complacencias ociosas. Por añadidura, los visitantes, que no han querido comprender nunca que la noche es mi momento de libertad y el día mi hora de trabajo. Habla llegado a no tener más que la noche para trabajar, y no podía ya más. Y luego, demasiado gasto en Nohant, a menos de continuar este trabajo aplastante. Cambio este género de vida; me alegro y encuentro cómico que me compadezcan por ello. Mis hijos se encontrarán bien así, pues se hallaban secuestrados por las visitas de Paris, y nos las compondremos para estar muy cerca los unos de los otros en París, y vendremos todos juntos a Nohant a pasar unos cuantos días cuando nos plazca. No sé cuántas habladurías han corrido en tomo de esto, y me hacen reír cuando me dicen: «¿De manera que nos deja? ¿Y cómo va a hacer usted para vivir sin nosotros?». ¡Estos buenos berrichones! Hace ya tiempo sobrado que viven de *mí*…[84].

George no le decía todo a Augustine. Otras razones explicaban su deseo de salir de Nohant. Desde hacía mucho tiempo las relaciones de Maurice Sand y Manceau eran ásperas. Para Maurice había sido penoso el ver a un camarada de su edad, y al que juzgaba subalterno, promovido a favorito. Se sentía humillado de ver a «Mancel el Viejo» investido, en su calidad de secretario, contador y casi director, de una autoridad, delegada, pero real, en la administración de Nohant. Manceau se parecía prodigiosamente a los héroes populares de las novelas de George Sand. Su desinterés llegaba a la pasión; en cuanto tenía cuatro sueldos buscaba la manera de darlos. A Sand, su dama, le era leal como un perro. Con los demás era de una altivez recelosa. Por lo demás, era hombre de talento. No solamente los críticos de arte lo consideraban un grabador excelente, sino que demostraba cierto sentido del teatro. Muy ayudado por George, escribió una obrita en verso que se representó en el Odéon; dirigía los ensayos de Sand y leía las obras a los actores. Los amigos de la casa: Dumas, Flaubert, el conde d'Orsay, lo trataban afectuosamente; la princesa Mathilde lo invitaba a comer; el príncipe Napoleón asistió al estreno de su obra.

A los Goncourt, a los que sorprendieran la gravedad, la placidez, el semisueño y la voz monótona, casi automática, de la señora Sand, Manceau les explicaba, un poco a la manera de quien exhibe un fenómeno, aquella extraordinaria capacidad de trabajo: «Es igual que la incomoden… Es como si tuviera usted un grifo abierto en su casa; se entra y se le cierra… Así es la señora Sand…»[85]. La devoción era recíproca. George hacía a Dumas hijo el elogio de Manceau: «Ahí tiene usted a alguien a quien se puede estimar sin temor de decepción. ¡Es un ser todo abnegación y todo corazón!

Probablemente los doce años que he pasado con él, de la mañana a la noche, sean lo que definitivamente me ha reconciliado con la naturaleza humana…»[86].

En 1863 la tensión se hizo intolerable en Nohant. Maurice y Manceau se pelearon a propósito de Marie Caillaud, que, embriagada por sus éxitos de actriz y de mujer[87], se hacía insolentemente familiar. Como en tiempos de Chopin, Maurice presentó a su madre un ultimátum: «Él o yo… Uno de los dos tiene que salir de Nohant». Por un instante pareció que sacrificaría a Manceau.

Agenda redactada por Manceau, 23 de noviembre de 1863: Como consecuencia de no sé qué conversación, se me anuncia que quedo en libertad de marcharme el próximo San Juan; ¡esto con gran acompañamiento de lágrimas! ¡No duró mucho! He aquí todo lo que he podido acumular de pesares en quince años de abnegación. Me complace registrarlo aquí, para no llorar nunca por esto y con la esperanza de sonreír más tarde. Es igual, triste cosa es, en gran parte, la humanidad… Voy, pues, a recobrar mi libertad, y si quiero amar a alguien y dedicarme de nuevo a algún ser, ya que ésa es mi dicha, podré hacerlo con toda libertad… ¡Libertad!, bonita cosa… *Aquí, un agregado posterior, de mano de Maurice Sand*: ¡Reléase *Tartufo*! — MAURICE[88].

Pero, después de una noche de reflexión, Sand juzgó que la situación no era la misma que en 1847. Maurice, bien casado, padre de un hijo, podía prescindir ya de la presencia constante de una madre; Manceau, muy enfermo, no debía ser abandonado. El 24, George se decidió por Manceau y por la partida.

Agenda de George Sand, 24 de noviembre de 1863: Yo no estoy triste. ¿Por qué? Las cosas andaban mal, y todos lo sabíamos. También yo recupero *mi* libertad… Y puesto que *nosotros* no nos separamos, ¡y estamos contentos con el cambio! ¡Y que yo aspiraba a un cambio cualquiera, en esta vida de amargura y de injusticia! Partamos, mi viejo. Partamos sin rencor, sin enfado, y no nos separemos nunca… Todo para ellos, todo por ellos, pero no nuestra dignidad, ni el sacrificio… NUNCA[89]. *Aquí, agregado de la mano de Maurice Sand*: Reléase el padre en *Tartufo*. ¡Mi madre siempre engañada! — MAURICE[90].

Siguieron unos días penosos. La señora Sand, conturbada por la gravedad de la decisión, estaba enferma y dormía en su cama «toda vestida». Manceau, «con los nervios tensos», corría de un lado a otro entre Nohant y París, buscando una casa en el campo. Entre tanto los títeres continuaban sus juegos.

> *Agenda redactada por Manceau, 26 de diciembre de 1863*: Sin duda, la señora está hoy enferma. Está un poco impaciente. Por la tarde duerme. Por la noche se apasiona por los trajes de los títeres. Esto no es locura, ¡es frenesí!… ¿Y cuando ya no haya títeres?

Pues Manceau, victorioso, estaba un poco inquieto de arrancar a «la Señora» de su vida habitual y familiar. El año terminó con las acostumbradas ceremonias.

Agenda de George Sand, 31 de diciembre de 1863: Frío. No salgo. Hablo con Maurice de *El Hombre de Nieve*.… Comida de Lúculo: perdices trufadas, *petits pois*, merengues; luego cigarrillos, dominó. Lina canta. Medianoche. Nos miramos. Traen a Cocoton, que está despierto y alegre como un jilguero. Nos damos los regalos. Comemos bombones[91].

En París, los compañeros habituales cambiaron. Sand vivía con Manceau en el número 97 de la calle de las Feuillantines[92]; George frecuentaba a los Maillard, primos de Manceau; al agente de cambio Rodrigues, ex sansimoniano que continuaba ayudándola generosamente en sus caridades; a los Lambert[93]; a los contertulios de las comidas en Magny. Se hizo poner una dentadura postiza, iba al teatro cuatro veces por semana y recorría los arrabales en busca de una «casita». Maillard, que vivía en Palaiseau, en la línea de Versailles a Limours, propuso una. Delacroix acababa de morir. Sand poseía más de veinte cuadros suyos. «Estoy segura de que valen de 70 000 a 80 000 francos», escribe. Decidió vender todos estos cuadros, con excepción de dos: *La Confession du Giaour*, que había sido el primer regalo del pintor, y *Le Centaure*, su último presente. La operación debía permitir a Sand «llevar a la vida de Maurice una renta muy agradable, tres mil francos, en vez de una riqueza estéril», y adquirir una pequeña propiedad. La «Villa George Sand» fue comprada a nombre de Manceau, que se comprometía a legársela a Maurice.

Una última permanencia en Nohant para despedirse. El viejo alcalde campesino, «papá Aulard», lloró. Maurice y Lina aconsejaron prudencia a aquella madre que seguía siendo muy joven de corazón.

Agenda de George Sand, 25 de abril de 1864: ¡Abstinencia! ¿Abstinencia de qué, imbéciles? Absténganse ustedes, toda la vida, de lo que es malo. ¿Acaso Dios hizo lo que es bueno para que prescindiéramos de ello? Absténganse de sentir este hermoso sol y de ver florecer las lilas. Yo trabajo, sin abstenerme de lamentar el no trabajar más. Pero me aburro y no pongo mucho entusiasmo en la obra… Esta noche, novela de Maurice. Durante el día, aprendo a hacer los *gnocchi* para hacerlos en Palaiseau…

Agenda redactada por Manceau, 11 de junio de 1864: Ultima noche en Nohant Creo que todos nos acordaremos de ella. No hay, pues, nada que escribir sobre esta última velada. Pero, a pesar mío, pienso que durante los catorce años que pasé aquí, reí más, lloré más, viví más que en los treinta y tres años anteriores… De ahora en adelante estaré solo con Ella. ¡Qué responsabilidad! Pero también, ¡qué honor y qué alegría! *Aquí, agregado de mano de Maurice Sand*: ¡Qué presumido! ¡Qué necio![94].

No hubo pelea; todo se hizo amistosamente. Se dejó a Nohant «en pie de ausencia», pues también Maurice y Lina se negaban a llevar el peso de aquella vasta mansión: «Mis queridos hijos no quieren administrar Nohant; se equivocan un tanto en su interés…, pero ponen en ello no sé qué escrúpulos, que son buenos y tiernos…»[95]. Decidieron, pues, irse a casa de Casimir, en Guillery, que seguía siendo el refugio supremo de sus hijos y por quien Maurice y Lina conservaban mucho cariño.

George Sand «voló hacia Palaiseau», acompañada por las lamentaciones de los berrichones, que la perseguían con requerimientos pesarosos y afectuosas peticiones. La Châtre habló de una querella de familia. Sand protestó: «Gracias a Dios, vivimos siempre en buen entendimiento; pero si las gentes de La Châtre no hubiesen hecho alguna recriminación, según su costumbre, hubiera sido seña de que estaban enfermas…»[96]. Le encantó el nuevo «alojamiento de París, pequeñín, pero delicioso, cómodo, limpio y del mejor gusto». Palaiseau la cautivó.

Agenda de George Sand, 12 de junio de 1864: Estoy encantada con *todo*: la región, di jardincillo, la vista, la casa, la comida, la criada, el silencio. ¡Es una maravilla! El bueno de Mancel ha pensado en todo; *es la perfección*. — *13 de junio de 1864*: Sueño de plomo. Parece que hay ventisca y tronada. Yo no me doy cuenta de nada… Pasamos el día desempacando y ordenando. Es divertido instalar sus cosas en muebles totalmente nuevos y en un local tan limpio. Lucy[97] nos hace una comida

suculenta, servida con una limpieza apetitosa. Comemos fresas de *nuestro* jardín, pescado, huevos y café. ¿Qué sale *ganando Mancel*? ¡Magnífico! [98].

George Sand a Maurice, 14 de junio de 1864: Es un plato de verdura con un diamante de agua en medio, y enmarcado todo por un paisaje admirable; un verdadero Ruysdael… Se duerme bien; es el mismo silencio de Gargilesse, tanto de noche como de día… Los árboles son soberbios, los prados y los trigales espléndidos y el excesivo cultivo no impide que, en las márgenes de los senderos y los arroyos, haya muchas plantas. Esta mañana di un pequeño paseo y traje ya consueldas rosas, azules y lilas, que no tenemos en Nohant. Lo que quisiera mandarte es una espírea rosa de mi jardincillo, que es un arbusto precioso…[99].

Apenas instalada en Palaiseau, recibió una terrible noticia. El pequeño Marc-Antoine, «Cocoton», había enfermado en Guillery.

Agenda redactada por Manceau, 19 de julio de 1864: Recibimos la horrenda noticia de que Marc está muriéndose: «mucho peor. POCAS esperanzas». Mandamos a los mozos a que digan a Maillard que nos espere en la estación de Sceaux. Hacemos las maletas y partimos. Aquella misma tarde podíamos tomar el tren de Burdeos, ¡pero el nuestro llega con retraso y perdemos el de Orléans por cinco minutos! Ya sólo podremos salir mañana… Dormimos en la casa de las Feuillantines. Hicimos bien en traer a Lucie…— *20 de junio de 1864*: Nuevo telegrama: «SI QUIERES VERLO, VEN». Visita de Maillard… y de Camille, al que convencemos de que nos acompañe. Comemos solos en casa y salimos de la estación a las siete y cuarenta y cinco. Tomamos un compartimiento reservado… *21 de julio de 1864*: Desayunamos entre Périgueux y Agen en nuestro compartimiento. A las diez y media encontramos la posta que nos espera en Agen y corremos hacia Guillery, adonde llegamos en dos horas. Desde media hora antes, sabemos por el cartero rural que llegamos demasiado tarde: el niño murió por la mañana. La primera persona que vemos es Maurice; luego el señor Dudevant y la señora Dalias[100], luego la señora Lina…[101].

Sand vio allí a su marido por última vez. Casimir, fastidiado de tener que recibirla bajo su techo, había dicho: «No puedo impedirle que venga a ver a su nieto». Cuando anunciaron «el coche de la señora baronesa», Dudevant

salió a la escalinata con sus amigos. Aurore venía con el doctor Camille Leclerc y Manceau. En voz muy queda dijo: «Casimir… —Señora —dijo él —, ya sabe usted cuál es su habitación; no ha sido habitada desde que usted se marchó». La concubina escoltó cortésmente a la mujer legitima, que le dijo: «Le confío a mi viejo marido».

George Sand vestía una extraña falda, levantada sobre unas enaguas rojas; fumaba enormes cigarrillos. Durante la comida no pronunció palabra. Las personas presentes en Guillery observaron «su aire decaído, su obesidad, sus mejillas colgantes». Al día siguiente se despidió: «—¿Qué impresión le hizo a usted este último encuentro con su esposa? —preguntó el doctor Selsis a Casimir—. —¡Oh! —respondió éste—, no tuve muchas ganas de llamarle Aurore; parecía más bien un sol poniente…»[102].

Maurice y Lina regresaron a Nohant, George a Palaiseau. Una vez más, en este duelo, sorprendió a sus amigos con su inmediata reacomodación. «¡Qué pena! Y, sin embargo, pido, *exijo* otro hijo, pues es preciso amar, es preciso sufrir, es preciso llorar, esperar, crear…». Comidas en Magny, *vaudeville*, Gymnase, Odéon, la vida reanudó su circuito cerrado. Manceau tosía mientras arreglaba la casita de Palaiseau, y, a la noche, jugaba a la báciga con «su dama».

VI. Sufrimientos y muerte de Manceau

El año de 1865 fue un año de dolor. Manceau, tosiendo, febril, se agotaba con una rapidez aterradora. También George se quejaba de mil males, pero, siempre activa, corría por el lodo del jardín plantando cebollas enviadas de Nohant; todas las noches iba a París para asistir al teatro; agotaba a Manceau y a Maillard con encargos y compras. El 23 de enero, Maillard murió súbitamente de una peritonitis y «la señora fue muy buena y tierna con todos». Pero pocos días después, bajo la lluvia, llevaba a Manceau a rastras hasta Palaiseau para asistir a un espectáculo ambulante: *Les Mémoires du Diable*. No podía resistir a la tentación de los títeres.

En realidad, había momentos en que no podía resistir a ninguna tentación. En 1864 había vuelto a encontrar en París al joven pintor Marchal, el mastodonte que, gracias a ella, se hiciera familiar de la princesa Mathilde. Por segunda vez, Dumas hijo los había aproximado, rogando a Sand que obtuviese del príncipe una cita «para ese gordo Apeles que ama el rojo». Después de esta gestión, el rubicundo Apeles había ido a Palaiseau a dar las

gracias. Manceau, moribundo, se sumía entonces en la desesperación. Era difícil de cuidar. Sand, que no podía ya más, había decidido repentinamente marcharse a Gargilesse para pasar allí unos días con Marchal. *Agenda de Manceau, septiembre 29 de 1864*: «Marchal es insolente como el lacayo del verdugo».

Pero esta fuga fue la última. En 1865, viendo perdido a Manceau, juró no separarse de él, y cumplió. «Acezaba como un perro» y escupía un poco de sangre. Para que no se ensombreciese demasiado, a George se le ocurrió la idea de escribir una novela con él: *Le Bonheur*, a fin de que se sintiese más estrechamente asociado a su vida. «La Señora trabaja en nuestra novela». Todavía lo enviaba a París «para traer una bomba y otras cosas». Él regresaba agotado: «La querida dama me espera en la estación, ¡como si ella fuese yo y yo ella! Es muy amable…» *30 de mayo de 1865*: «La dama se entristece de verme así. No obstante, hago lo que puedo por hacerla reír, tan pronto como la fiebre se olvida un poco de mí…».

Lo cuidaba con una abnegación de hermana de caridad, haciéndole ella misma las fricciones, las lociones, las envolturas húmedas. Ahora era ella la única que redactaba el diario, pero, como Manceau lo leía todos los días, tenía que mantener un difícil equilibrio entre un optimismo verosímil y una desesperanza que hubiese espantado al moribundo.

Agenda de George Sand, 18 de junio de 1865: Esta mañana me decía: «Traspiro menos y es indudable que estoy mejor». Después del almuerzo duerme muy bien; ¡tanto mejor, ya que sus noches no son tan buenas! Trabaja un poco y me lee algunas páginas, sin toser. Querría salir en coche, si hiciese un poco de calor, pero el tiempo está muy frío… ¡Yo no vivo ya! ¡Qué dolor verlo sufrir así! Esta noche, después de la fricción, tomó dos píldoras… Tiene frío, incluso después de la fricción…— *25 de junio de 1865*: Triste jornada. Está desalentado, irritado, desesperado. Yo no hago otra cosa que llorar, lo que nada remedia. ¡La toma conmigo porque no se cura, porque los médicos carecen de seriedad! Todo el día tiene fiebre, dos horas de tos antes de la comida; después, está exasperado. Regaña al doctor Morin, a sus amigos, a todo el mundo…— *6 de julio de 1865*: Día tempestuoso. Un calor tropical, que lo abruma. A la una tiene un momento de tranquilidad y me lo avisa, desde arriba, ¡gritando, el pobrecillo! Pero esto no dura. La fiebre lo devora y está débil, muy débil. No obstante, come. ¿Pero cómo podría, en el estado en que se halla, luchar contra este calor que rinde a los sanos? Bien veo cuánto valor pone en su lucha y yo, en vez de alentarlo, no puedo vencer las lágrimas. ¡Él era mi fuerza y mi

vida! Siendo él más débil físicamente, yo soy la más débil moralmente…— *8 de julio de 1865*: Siempre más débil y más irritable. Horrendo día. A la tarde viene el doctor Fuster[103] con su secretario y Camille. También viene el doctor Morin. Fuster examina y ausculta. Siempre la misma cosa: un pulmón perfectamente sano; un ligero punto en el otro. Nada grave, al parecer; pero esos nervios, ¡ese carácter irritable!… Quiere curarse *por el esfuerzo de su voluntad* y por su sumisión a un régimen que mantiene en todo su rigor. Se necesitan las lociones de agua fría; se necesitan sin demora ni tregua. Me ha dicho, a mí, que ha curado enfermos mucho más graves, pero que no debo ceder y que si es preciso me haga detestable… ¡Pobre niño! Grita durante toda la loción; es desgarrador. Siento deseos de matarme. ¡No! Es menester cuidarlo y salvarlo…, salvarlo a pesar de él.

18 de agosto de 1865: Tose sin interrupción durante toda la noche y todo el día. Cuarenta y ocho horas. Es desgarrador, y sin embargo está infinitamente más tranquilo que los días anteriores. Parece que descansa, pues se sorprende cuando se le dice la hora y no se da cuenta del tiempo que transcurre…— *19 de agosto de 1865*: ¡Ay! Todo lo anterior, *lo lela él*. Ora temía irritarlo atenuando su mal, ora temía que conociese su irremediable gravedad. Hace más de un mes que la sé; ¡qué lucha he sostenido para ocultársela! Está muy grave. Duerme; abrumado por la fiebre, ahogado, sin toser ya siquiera. ¿Será el último sueño?…

Lunes 21 de agosto: Murió esta mañana, a las seis, después de una noche completamente tranquila, en apariencia. Al despertarse, habló un poco, con una voz muerta ya, y luego pronunció vagas palabras, como en un sueño, y luego hizo algunos esfuerzos por respirar, y luego la palidez, ¡y luego *nada*! Espero que no haya tenido conciencia de nada. A medianoche me había hablado con voluntad y lucidez. ¡Habló de ir a Nohant!… Lo cambié y le arreglé el lecho. Cerré sus ojos. Lo puse flores. Está bello y parece muy joven. ¡Ah! Dios mío, ya no velaré más…— *22 de agosto de 1865*: ¡He pasado la noche, sola, junto a ese sueño! Está en su lecho, ahora siempre tranquilo. Nada de feo, ni de espantable. Ningún mal olor. Le he puesto rosas frescas… Sola ahora, y él ahí, a mi lado, en la pequeña habitación. Ya no escucharé su respiración, y la noche próxima, ya no habrá nada, *¡todavía más sola!* Y ahora, siempre…[104].

En toda la vida de George Sand hay pocos momentos más conmovedores que esta larga vela, que esta valerosa mentira, que esta activa ternura. Durante cinco meses no se apartó un solo día del agonizante. En cuanto murió escribió a Maurice:

George Sand a Maurice, 21 de agosto de 1865: Nuestro pobre amigo ha dejado de sufrir. Se durmió a medianoche, con toda su lucidez… Estoy quebrantada en todo sentido, pero después de vestirlo y arreglarlo yo misma en su lecho de muerte, me hallo todavía en la energía de la voluntad que no llora. Estad tranquilos: no me enfermaré, porque no quiero enfermarme; quiero reunirme con vosotros en cuanto haya tomado todas las disposiciones relativas a sus pobres restos y puesto en orden sus asuntos y los míos, que son también los vuestros…[105].

Pues Manceau, no obstante tener todavía a sus padres y a una hermana soltera, Laure, había legado todo lo que poseía a Maurice Sand.

George Sand a Maurice, 22 de agosto de 1865: Desde hace dos noches estoy sola, al lado de este pobrecillo dormido que ya no se despertará más. ¡Qué silencio en la pequeña habitación a la que entraba en puntillas, a todas horas del día y de la noche! Creo oír siempre su tos desgarradora; ahora duerme bien; su rostro permanece sereno; está cubierto de flores. Él, tan vivo e impetuoso, ¡parece ahora de mármol! Ningún mal olor; está petrificado. La imbécil de su hermana vino esta mañana y no quiso verlo, diciendo que la impresionaría demasiado…[106].

Después del entierro, «día de emociones y de lágrimas», Maurice la llevó a Nohant. *Diario de George Sand, 23 de agosto de 1865*: «Mi hijo es mi alma misma. Viviré para él y querré a los corazones honestos. Sí, sí, pero *tú*.… ¡Tú, eme tanto me amaste! Está tranquilo, tu parte es imperecedera…». Encontró a Lina, encinta de cuatro meses, «muy fresca y redonda; la casa muy limpia y ordenada… Una vuelta al jardín, a las bestias sobre todo. Está bien tenido todo y muy bonito». Maurice y Lina parecían apegarse cada vez más a Nohant. La nuera era activa, dulce, sumisa. Sand pasó allí algunas semanas y luego, al comienzo de la estación, se la vio de nuevo en París, en el Théâtre-Français y en el Odéon. Sufría el dolor, pero no lo cultivaba. Refiriéndose a otra mujer, decía: «Se nutre con esas puerilidades dolorosas que agravan el mal y no despiertan el sentimiento del deber. Pasa todos los días muchas horas sobre la tumba de su hijo, y no para rezar o meditar sobre la inmortalidad de los seres, sino para contemplar ese rincón de tierra en el que sólo queda de él la pasajera vestidura de su imperecedera esencia… El tiempo cierra las llagas, si el herido no se obstina en envenenarlas».

Una carta a Flaubert, que en aquella prueba había sido un compañero amistoso y fiel, describe muy sinceramente su estado de ánimo.

George Sand a Gustave Flaubert, 22 de noviembre de 1865: Aquí me tiene usted, completamente sola en mi casita… De todos modos, estoy triste aquí. Esta soledad absoluta, que siempre fue para mí vacación y recreo, está ahora compartida por un muerto que se extinguió aquí como una lámpara y que continúa siempre aquí. No le creo desgraciado en la región que él habita; pero la imagen que dejó en tomo mío, que no es ya más que un reflejo, parece quejarse de no poder hablarme. ¡No importa! la tristeza no es malsana; nos impide resecarnos. Y usted, amigo mío, ¿qué hace a estas horas? También usted trabaja ahincadamente, solo también, pues la mamá debe estar en Rouen. También allí debe ser bella la noche. ¿Piensa usted algunas veces en el «viejo trovador de reloj de hostería que siempre canta y cantará el perfecto amor»? ¡Pues sí, de todos modos! Usted, caballero, no es para la castidad; ¡allá usted! Yo digo que *algo bueno tiene*. Y dicho esto, le abrazo de todo corazón y me voy a poner a hablar, si es que puedo, a gentes que se aman a la antigua usanza. No está usted obligado a escribirme cuando no se sienta con ganas. Sin libertad absoluta, no hay amistad verdadera. En París, la semana entrante, luego de nuevo en Palaiseau, y después en Nohant[107].

¿Cuáles son sus pensamientos durante este solitario retiro en Palaiseau, en el umbral de la vejez? En religión, confiesa su ignorancia. El hombre no es suficientemente fuerte para definir a Dios, y no puede afirmar lo que no puede definir. No obstante, ella quiere creer.

George Sand a Desplanches, 25 de mayo de 1866: Este siglo no puede afirmar, ¡pero espero que lo pueda el próximo! Creamos en el progreso, creamos en Dios desde ahora. El sentimiento nos induce a ello. La fe es una sobreexaltación, un entusiasmo, un estado de grandeza intelectual que es menester conservar en uno mismo como un tesoro y no esparcirlo por los caminos en moneditas de cobre, en vanas palabras, en razonamientos inexactos y pedantes… Dejemos obrar al tiempo y a la ciencia. Obra de siglos es comprender la acción de Dios en el universo. El hombre no ha percibido nada todavía; no puede probar que Dios no existe; pero tampoco puede probar que exista. Ya está bien que no lo pueda negar sin réplica. Contentémonos con eso, mi buen amigo, nosotros que somos artistas, es decir, seres de sentimiento… Creamos de todos modos y digamos: *Yo creo*

no quiere decir «Yo afirmo»; digamos: *Yo espero* no quiere decir «Yo sé». Unámonos en esta noción, en este voto, en este sueño, que es el de las almas buenas. Sentimos que para tener caridad es preciso tener esperanza y fe, lo mismo que pata tener la libertad y la igualdad es menester poseer la fraternidad…[108].

De modo, pues, que «ella ama a Dios», como lo predijera la madre Alicia; pero, si por su cuenta sigue siendo espiritualista, no excomulga a los materialistas: «¡Paso a los ateos! ¿Acaso no se vuelven ellos, como nosotros, hacia el porvenir? ¿No combaten, como nosotros, las tinieblas de la superstición?».

En política continúa esperando, aunque más escéptica con respecto a la acción inmediata. El Imperio no le inspira nada, a pesar de la amistad que le manifiesta el Palacio, y no cree en el liberalismo que comienza a ostentar Napoleón III. En una novela que escribe por entonces, *Monsieur Sylvestre*, dos hombres se enfrentan en un diálogo, que es el diálogo de Sand consigo misma. El señor Sylvestre, viejo anacoreta, después de haber sido revolucionario en 1848, no cree ya en ningún tipo de sociedad, porque la experiencia le ha mostrado que la justicia jamás triunfa; su interlocutor, Pierre Sorède, es un joven que no admite hacerse escéptico por despecho de no haber realizado el paraíso sobre la tierra. ¿Por qué pretender imponer a un pueblo leyes perfectas? «Es la doctrina del terrorismo: *Fraternidad o muerte*; es también la de la Inquisición: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*. La verdad y la fe decretadas no son ya la fe y la verdad; se hacen odiosas. Es menester dar a los individuos tiempo para comprender las ventajas de la asociación y el derecho de fundarla ellos mismos cuando hayan llegado los tiempos».

De este modo, la revolucionaria mística y romántica adquiere poco a poco el espíritu crítico. Que, según cree, se lo debe a la práctica de las ciencias. En otra novela de este período, *Valvèdre*, hace con afecto y respeto el retrato de un hombre de ciencia. «No me diga a mí que el estudio de las ciencias naturales y la investigación de las causas entumece el corazón y retarda el vuelo del pensamiento, porque no se lo creeré». Al mismo tiempo que Renan y Berthelot, la señora Sand pasa del romanticismo popular al romanticismo científico. Evolucionando con su época, permanece, «como un eco sonoro», en el centro de las ideas nuevas.

Los libros que escribe entonces no son muy buenos, y ella lo sabe. Son novelas de ideas en que se afrontan no seres vivos, sino doctrinas encarnadas.

El arte debe ser más concreto. El verdadero genio de Sand había estado vinculado al amor de la tierra; con postrer esplendor brilla en algunos fragmentos de cartas.

> *George Sand a Maurice, 1.º de febrero de 1866*: He hecho un viaje muy bueno: un amanecer fantástico, admirable, sobre el Valle Negro: todos los oros pálidos, fríos, calientes, rojos, verdes, azufre, púrpura, violetas, azules, de la paleta del gran artesano que hace la luz; todo el cielo, desde el cénit hasta el horizonte, chorreaba fuego y color; la campiña, encantadora: las retamas en flor en torno a charcas de agua rosada…**[109]**.

Valvèdre es sólo un ente de razón, héroe de novela *engagé*, al que falta la locura de la vida. Pero Sand anda siempre baja la cabeza, como un buey berrichón, y diariamente abre su surco. ¿Feliz? Sí, porque quiere serlo.

> *George Sand a Charles Poncy, 16 de noviembre de 1866*: Se es feliz por uno mismo cuando se sabe serlo: tener gustos sencillos, cierto valor, cierta abnegación, amor al trabajo y, ante todo, una conciencia tranquila. La felicidad no es, pues, una quimera; ahora estoy segura de ello; mediante la experiencia y la reflexión se saca mucho de uno mismo; incluso, se rehace la salud por la voluntad y la paciencia… Vivamos, pues, la vida como es, sin ingratitud…**[110]**.

Es la filosofía que antaño, en la época de las grandes tempestades, le predicara Sainte-Beuve. Por ello, le envía *Monsieur Sylvestre* con esta dedicatoria: «A Sainte-Beuve, dulce y preciosa luz de mi vida». Pero esta sabiduría, que es producto de la edad y la experiencia, no implica ni excusas ni remordimientos. En 1866 está de moda burlarse de aquel «mal del siglo», del que sufrió en otro tiempo con todos sus amigos románticos. Ahora levanta esa vieja bandera desgarrada: «Acaso nuestra enfermedad fuera preferible a la reacción que le ha seguido; esta sed de dinero, de placeres sin ideal y de ambiciones sin freno, que no me parece caracterizar muy noblemente la *salud del siglo*».

Novena parte
El arte de ser abuela

> A pesar de tantas pruebas, mi avanzada edad y la grandeza de mi alma me permiten juzgar que todo está bien.
>
> SÓFOCLES

I. Mi trovador

La muerte de Manceau volvió a unir a George Sand y a Nohant. Su extraña predilección por los alojamientos múltiples hizo que conservase de todos modos la casita de Palaiseau y un apartamiento en París. La afición al teatro, las comidas de Magny, los ensayos de sus obras, la llevaban allí frecuentemente: En el Théâtre-Français vio una comedia de Musset: *On ne badine pas avec l'amour*. «Historia vieja, obra encantadora», anotó George. Sí, vieja historia en la que volvía a encontrar sus propias frases y el recuerdo de las pasiones difuntas. A veces llevaba al circo o al Gymnase a Mar chal el Gigantesco.

> *George Sand a Charles Marshal*: ¿Oíste el *Don Juan* del Lírico? He pedido dos butacas para el martes. ¿Quieres una? Si aceptas, comeremos juntos donde quieras. Si no, cítame en cualquier parte en que pueda besarte y bendecirte antes de irme para Nohant. Salgo de Palaiseau el lunes, y el jueves de París. Mándame el lunes unas letras a la casa de la calle de las Feuillantines, a fin de poder dar la butaca a otro amigo si tú no estás libre para oír el *Don Juan*. ¿Cómo estás tú, mi gran conejo? Yo, bien. Sólo el viento me molesta. Te beso…[1].

Pero el camarada era engañoso; estaba «todo untado» de lindas modelos y difícil de tentar, así fuese con una cena de diez francos en Magny o Brébant.

La casa de Palaiseau seguía estando muy bien tenida por Jacques y Caroline, pareja de guardas residentes, piadosos y prolíficos, «el servicio muy bien hecho, sin olvidar el reloj *a la hora* y el almanaque *al día*», como en tiempos de Manceau; de suerte que George podía, cuando lo deseaba, pasar allí tranquilas veladas sola, no demasiado triste, en el silencio y el recogimiento. Pero seguía siendo, esencialmente, una campesina berrichona y prefería su caro Nohant a cualquier cosa.

De niña, de muchacha, de mujer, rara vez había pasado un año sin ir allí para pasearse bajo sus alamedas y readquirir contacto con sus muertos y su tierra. £1 cementerio invadido por las hierbas, los grandes olmos ruinosos, el pequeño campanario entejado, el porche de madera sin desbastar, «todo esto se hace dulce y caro al pensamiento cuando se ha vivido mucho tiempo en ese ambiente sereno y silencioso». Las casitas de campesinos que la rodean son las de los camaradas de juegos de su infancia, de sus hijos y de sus nietos. El campanero y sepulturero es un viejo amigo. Acaso la castellana escandalizó antaño a la aldea. Hay quienes creen haber visto diablos en su parque y oído extrañas músicas, mascaradas y bergamascas, polonesas y mazurkas; pero aquello había terminado. La señora Sand es ahora la Buena Dama de Nohant, personaje legendario y tutelar que «dio la gloria al armonioso Berty».

Con ella viven no solamente Maurice y Lina, sino una nieta, Aurore, pues el «encargo» hecho después de la muerte de Cocoton ha sido cumplido. Aurore, llamada «Lolo», es bella, fresca y alegre; tiene los ojos de negro terciopelo de su abuela, «manos y pies adorables, la mirada siempre seria, aun cuando ríe». Aurore IV «pretende hablar de todos modos y se entrega a un extraordinario ejercido de consonantes con nariz y garganta». En 1868 cumplirá dos años, y su abuela le regalará en su aniversario, con el jardín de Trianon, un ramo de prímulas blancas.

La casa continuaba siendo la del buen Dios; siempre abierta para los amigos. Pero éstos habían cambiado. Borie, todopoderoso director del Comptoir d'Escompte, ganaba ahora veinticinco mil francos anuales[2], con gran escándalo de George. Lambert, pintor de éxito, condecorado, bien casado, llevaba gran tren de vida: «Está más rico que yo, mejor alojado, mejor vestido, mejor alimentado —decía Sand—. ¿Qué importa? El entra en la vida y yo salgo de ella»[3]. Una nueva generación de «hijos» se formaba poco a poco en torno de ella. Estaba allí Edmond Plauchut[4], con quien mantenía correspondencia desde hacía años porque aquel gran viajero decía haber sido salvado, después de un naufragio en una isla de Cabo Verde llamada Boa-Vista, por su admiración por George. Siempre llevaba consigo un álbum con

autógrafos de Eugène Sue, Cavaignac y George Sand. Maltratado por los negros y rechazado por un sedicente cónsul de Francia, fue mejor acogido por un portugués cultivado, al que mostrara su álbum talismán. La gloria universal de la Dama de Nohant lo había protegido. En 1861 apareció en Tamaris con su nariz de pirata y su barba de conquistador, y fue adoptado. Estaba allí también Charles-Edmond, presidente del consejo de administración de *Le Temps*[5]; Henry Harrise, el norteamericano de las comidas Magny, gran autoridad en su país sobre Cristóbal Colón y George Sand, y todo un grupo de berrichones de la segunda generación, como Máxime Planet y Angèle Néraud, o de la tercera generación, como los nietos de Hippolyte Châtiron: René, Edme y «Bébert» Simonnet. Pero el gran amigo de la vejez de Sand fue Gustave Flaubert, que había terminado por conquistarle el corazón yendo a acompañarla, en Palaiseau, después de la muerte de Manceau. A su vez, Sand visitó a Croisset, y esta «conjunción» había sido un inmenso éxito.

Diario de George Sand, 28 de agosto de 1866; Llego a la una a Rouen. Encuentro a Flaubert en la estación, con un coche. Me lleva a ver la ciudad, los hermosos monumentos, la catedral, el ayuntamiento, Saint-Maclou, Saint-Patrice; es maravilloso. Un viejo osario y calles viejas; es muy curioso. Llegamos a Croisset… La madre Flaubert es una vieja encantadora. El lugar es delicioso, la casa cómoda, bonita y bien arreglada. Y buen servicio, limpieza, agua, *previsiones*, ¡todo lo que puede desearse! ¡Me siento a mis anchas!… Por la noche, Flaubert me lee una soberbia *Tentation de saint Antoine*. Conversamos en su despacho hasta las dos de la mañana. *Miércoles 29 de agosto*: Partimos a las once, en el barco de vapor, con la señora Flaubert, su sobrina[6], su amiga, la señora Vaas, y la hija de ésta, señora de la Chaussée. Vamos a La Bouille. Un tiempo horrendo. Lluvia y viento. Pero me quedo fuera, mirando el agua… Nos quedamos diez minutos en La Bouille y regresamos con la barra, o la oleada, o la bajada, que es la marejada baja. A la una de la tarde estamos de regreso en casa de Flaubert. Se enciende el fuego, nos secamos, tomamos té… Vuelvo a salir con Flaubert para pasear por su propiedad: jardín, terrazas, huerto, granja, «ciudadela», una muy curiosa casa de madera que le sirve de bodega. La *Senda de Moisés*. Vista desde lo alto del Sena… En la cima, un excelente abrigo. El terreno seco y blanco arriba. Todo encantador y muy poético… Me cambio de traje. Comemos muy bien. Juego a las cartas con las dos viejas señoras. Hablo luego coa Flaubert y me acuesto a las dos de la mañana. Cama excelente; se duerme muy bien. Pero vuelvo a toser;

tengo un resfriado rebelde; ¡peor para él! *París, jueves 30 de agosto*: A mediodía salí de Croisset con Flaubert y su sobrina, a la que dejamos en Rouen. Nuevamente vemos la ciudad, el puente; es amplio; es soberbio. Un hermoso baptisterio en una iglesia de jesuitas… Flaubert me cautiva[7].

Sand a Flaubert: Estoy verdaderamente conmovida por el excelente recibimiento que se me hizo en su ambiente canónico, en el que un animal vagabundo de mi especie es una anomalía que podría resultar incómoda. En vez de eso, se me acogió como si fuese de la familia y pude ver que ese perfecto *savoir-vivre* emanaba del corazón. No deje que tan amables amigas le permitan olvidarse de mí… Además, eres un excelente muchacho, aunque seas un gran hombre, y te quiero con todo mi corazón… [8].

En noviembre de 1866 volvió a Croisset.

Diario de George Sand, 3 de noviembre de 1866: Salida de París, a la una, con Flaubert. Expreso muy rápido, tiempo delicioso, *región* encantadora, agradable charla… En la estación de Rouen encontramos a la señora Flaubert y a su otro hijo, el médico. En Croisset, paseo por el jardín, charla, comida, charla otra vez y lectura hasta la una y media. Buena cama. Sueño de plomo. *Noviembre 4 de 1866*: Tiempo maravilloso. Paseo por el jardín hasta la huerta. En la comida, su sobrina, su marido y la vieja señora Crépet… Que se va mañana. Solitarios. Gustave me lee después el cuento de hadas. Está lleno de cosas admirables y encantadoras, pero demasiado largo, demasiado rico, demasiado lleno. Todavía conversamos durante dos horas y media. Tengo hambre. Bajamos a la cocina en busca de un poco de pollo frío. Asomamos la nariz al patio, en busca de agua. Hace un tiempo primaveral. Comemos. Volvemos a subir. Fumamos. Charlamos otra vez. Nos separamos a las cuatro de la mañana. *5 de noviembre de 1866*: Sigue haciendo un tiempo delicioso. Después del desayuno vamos a pasear. Arrastro a Gustave, que se porta heroicamente; se viste y me lleva a Canteleu. Está a dos pasos, en lo alto de la costa. ¡Qué admirable comarca! ¡Qué dulce, vasta y bella vista! Traigo toda una carga de poliperos de sílex. No hay otra cosa. Regresamos a las tres. Trabajo. Después de la comida, nueva charla con Gustave. Le leo *Cadio*. Seguimos conversando y cenamos con un racimo de uvas y una tarta… *6 de noviembre de 1866*: Llueve. A la una, con la mamá, partimos para Rouen en el barco de vapor. Voy con Gustave al museo de historia natural. Nos recibe el señor Pouchet, sordo

como una tapia, enfermo y haciendo inauditos esfuerzos por ser amable. Imposible cambiar una palabra con él, pero, de vez en cuando, da explicaciones sobre el museo y resulta interesante… El nido de ochenta metros de contorno con los huevos abandonados… Los pollitos que nacen con plumas… Soberbia colección de conchas. El despacho del señor Pouchet, su araña viva, devoradora de pájaros; su cocodrilo. Bajamos al museo del jardín botánico. Fragmentos de la puerta de Corneille… Comida en casa de la señora Caroline Comenville (*sic*). Luego, la casa de fieras de Schmith. Soberbios animales, domesticados como perros. Los fetos. La mujer barbuda. Una pantomima. La feria Saint-Romain. Regresamos a Croisset a las doce y media de la noche, con la mamá, que es muy esforzada y ha hecho una gran correría a pie. Todavía conversamos hasta las dos…[9].

Se entabló luego una hermosa correspondencia. Él la llamaba; *Querida maestra* o *Querida maestra bienamada*; ella, *mi benedictino* o *mi trovador*. Pues a ella le gustaba repetir que eran como dos viejos trovadores de reloj romántico «tostándose las piernas al lado del fuego». Si se atiende únicamente a las apariencias, esta mutua ternura resulta sorprendente, pues jamás hubo dos seres más distintos entre sí. Ella era una bohemia; le gustaba andar, viajar. Él vivía aferrado a su pabellón de Croisset, a sus manuscritos, a su comodidad.

Gustave Flaubert a George Sand, 12 de noviembre de 1866: Todo el mundo aquí la quiere a usted. ¿Bajo qué constelación nació, pues, usted para reunir en su persona cualidades tan diversas, tan numerosas y tan raras? No sé qué clase de sentimiento experimento por usted, pero siento una particular ternura que jamás he sentido por nadie. ¿Verdad que nos entendemos bien? Era tan agradable… También yo me pregunto por qué la quiero. ¿Acaso porque es usted un gran hombre, o porque es un ser encantador? Lo ignoro… 27 *de noviembre de 1866*: Eran tan agradables nuestras charlas nocturnas. Había momentos en que necesitaba contenerme pata no besuquearla a usted como un chiquilín…[10].

George Sand a Gustave Flaubert, 12 de octubre de 1867: Tú no tienes, como yo, un pie bailarín, dispuesto siempre a viajar. Vives en bata, que es el gran enemigo de la libertad y la actividad…[11].

Nada en el mundo le interesaba a Flaubert que no fuese la literatura. Sand escribía para ganarse la vida, pero otras profesiones la hubiesen tentado: «Me gustan las clasificaciones; estoy cerca del pedagogo. Me gusta coser y lavotear a los niños; estoy cerca de la sirvienta. Tengo distracciones y estoy cerca del idiota…»[12]. Y también: «La sacrosanta literatura, como tú la llamas, es para mí secundaria en la vida. Siempre he querido a alguien más que a ella, y a mi familia más que a ese alguien…»[13]. Flaubert se negaba a escribir novelas de tesis o novelas autobiográficas: «Un novelista carece de derechos para expresar su opinión sobre ninguna cosa. ¿Acaso el buen Dios ha dado nunca su opinión?… Cualquier Fulano es más interesante que el señor Gustave Flaubert, porque es más general y, en consecuencia, más típico…»[14]. Sand respondía: «Creo que el artista debe vivir, hasta donde sea posible, conforme a su naturaleza…»[15]. Flaubert sudaba toda una noche buscando una palabra; Sand, a marchas forzadas, escribía treinta páginas en el curso de la suya, y comenzaba una novela un minuto después de haber terminado el libro que tenía entre manos.

> *George Sand a Gustave Flaubert, 29 de noviembre de 1866*: Nunca deja de asombrarme su penoso trabajo. ¿Es una coquetería? ¡Lo parece tan poco!… En cuanto al estilo, a mí me resulta menos costoso… El tiempo toca en mi vieja arpa como le place. Tiene sus altibajos, sus notas burdas y sus discordancias; en el fondo, me es igual, siempre que la emoción se produzca, pero no acierto a encontrar nada en mí. Es *el otro* quien canta a su antojo y, cuando procuro pensar en ello; me espanto y me digo que no soy nada, absolutamente nada… Deje, pues, que el viento pulse un poco sus cuerdas. Yo creo que usted se toma más trabajo del necesario y que debiera dejar actuar el *otro* mis a menudo. De todos modos, la obra andará, y sin fatiga…[16].

A veces estaba menos segura de sí misma: «Cuando veo todo el trabajo que mi viejo se impone para escribir una novela, me siento decepcionada de mi facilidad y me digo que yo sólo hago literatura de remendón…». Flaubert respondía modestamente: «La idea fluye en usted amplia, incesante, como un río. En mí es apenas un hilillo de agua. Necesito grandes obras de arte para obtener que se convierta en cascada».

A menudo discutían sobre la sensualidad del artista. Sand continuaba interesándose apasionadamente por este aspecto de los seres.

George Sand a Gustave Flaubert, 21 de septiembre de 1866: Y tú, mi benedictino, ¿sigues siempre solitario en tu encantadora cartuja, trabajando siempre y sin salir nunca?… Es usted un ser aparte, muy misterioso, y, con todo, dulce como un cordero. He tenido grandes deseos de interrogarlo, pero el respeto demasiado grande que le profeso me lo ha impedido; pues sólo sé jugar con mis propios desastres, y los que ha tenido que sufrir un gran espíritu para estar en estado de creación me parecen cosas sagradas que no deben tocarse brutal o ligeramente. Saint-Beuve, que, no obstante, le quiere a usted, pretende que usted es terriblemente vicioso. Pero acaso mire con ojos un tanto turbios… En cuanto a mi, presumo que el hombre de inteligencia puede tener grandes curiosidades. Yo no las he tenido, por falta de valor…[17].

Frase que sorprende después de las experiencias de su juventud; pero multiplicidad no es variedad; George sabe mejor que nadie que el artista reserva a su arte lo mejor de sus fuerzas y que a menudo es impotente para gozar los placeres que describe.

Sand a Flaubert, 30 de noviembre de 1866: Yo no creo en esos don Juanes que al mismo tiempo son Byron. Don Juan no hacía poemas y, según dicen, Byron hacía mal el amor. Algunas veces debió alcanzar —y tales emociones cuentan en la vida— el éxtasis completo por el corazón, el espíritu y los sentidos; lo conoció bastante para ser uno de los poetas del amor. Los instrumentos de nuestra vibración no necesitan nada más. El viento constante de los pequeños apetitos los destrozaría…[18].

Flaubert le recomendaba la relectura del capítulo de «papá Montaigne» titulado *Sur quelques vers de Virgile*.

Flaubert a Sand, 27 de noviembre de 1866: lo que él dice de la castidad es precisamente lo que yo creo. El esfuerzo es lo que es bello, y no la abstinencia en sí. De otro modo, sería menester maldecir de la carne, como los católicos. ¡Y Dios sabe a lo que eso lleva!… Las grandes naturalezas, que son las buenas, son pródigas ante todo y no regatean al darse. Es menester reír y llorar, amar, trabajar, gozar y sufrir, vibrar, en fin, hasta donde sea posible y en toda la intensidad. He ahí, creo yo, lo auténticamente humano…[19].

Discutían el caso de Sainte-Beuve, que, viejo ya, continuaba siendo libidinoso y parecía «desolado por no poder frecuentar los bosquecillos de Cypris». Sand censuraba: «Lamenta lo que es menos lamentable, en el sentido en que él lo siente». Flaubert era mucho más indulgente: «Pero ¡qué severidad para con papá Beuve, que no es jesuita ni virgen!… Los hombres pensarán siempre que el goce es la cosa más seria de su existencia. Para todos nosotros, la mujer es la ojiva del infinito. Esto no es noble, pero tal es el fondo auténtico del macho…»[20]. Esto es lo que ella se negaba a admitir.

> *Sand a Flaubert, 16 de febrero de 1867*: No, yo no soy católica, pero proscribo las monstruosidades. Digo que el viejo feo que se paga jovenzuelas no hace el amor, y que no hay ahí ni Cypris, ni ojiva, ni infinito, ni macho, ni hembra. Hay algo contra natura; pues no es el deseo el que arroja a la chiquilla en brazos del viejo feo, y donde no hay libertad ni reciprocidad, hay un atentado contra la santa naturaleza…[21].

Como Flaubert trabajaba entonces en *L'Education sentimentale*, acosaba a preguntas a la revolucionaria del 48 que había sido ella. Flaubert era severo con los hombres de 1848; Sand, camarada fiel, los defendía: «¿No nos empantanamos desde el 89? ¿No era preciso empantanarse para llegar al 48, época en que nos empantanamos todavía más para llegar a lo que debe ser?…»[22]. Ella temía que Flaubert fuese injusto: «Me intranquilizas al decirme que tu libro acusará a los patriotas de todo el mal: ¿es verdad eso? ¿Y los vencidos? Ya basta con haber sido vencido por la propia culpa para que luego le echen a la cara todas sus necedades. Ten piedad. De todos modos, ¡hubo entonces tantas almas hermosas!»[23].

¡Cuántas diferencias y aun contrastes! Pero eran «dos viejos trovadores que creían en el amor, en el arte, en el ideal, y que seguían cantando aunque el mundo silbase y chapurrease. Somos los jóvenes locos de esta generación. Lo que va a reemplazarnos se ha encargado por su propia cuenta y en nuestro reemplazo de ser viejo, estragado, escéptico…»[24]. A lo que Flaubert responde: «¡Ah!, sí, desde luego me gustaría irme con usted a otro planeta; el dinero hará inhabitable el nuestro en un porvenir muy próximo. Aun el más rico no podrá vivir sin la preocupación de sus bienes. Será menester que todo el mundo pase muchas horas por día en el embrollo de sus capitales: ¡será algo encantador!»[25].

Tenían, además, odios comunes: «Querida maestra, querida amiga del buen Dios, ¡rujamos contra el señor Thiers! ¡No, nada puede dar idea de las

náuseas que me provoca ese viejo melón diplomático, hinchando su necedad sobre el estercolero de la burguesía!…»[26]. Siempre es más fácil ponerse de acuerdo contra alguien que en favor de algo. Ella hubiese querido atraer a Flaubert a Nohant. Sólo allí las gentes se convertían auténticamente en «hijos». Pero Flaubert tenía que terminar su libro y no se daba reposo: «Por eso no voy a Nohant. Siempre la historia de las amazonas. Para mejor disparar el arco, se destruían la teta. Y, después de todo, ¿es éste un método realmente bueno?…»[27]. Sand juzgaba pésimo el método. A pesar de las levitas «garita» y de los pantalones de hombre, nunca había sido una amazona. Muy por el contrario, había tratado de ser artista y mujer, y artista como mujer. Mejor aún que a Flaubert, explicaba ella esta actitud, por el año de 1868, a una joven y bella confidente.

II. «Mi querida hija»

Por el año de 1860, Juliette Lambert había sido una gentil debutante en las letras, unida a un marido insoportable. Su padre, el doctor Jean-Louis Lambert, le había inculcado una doctrina idealista y progresista, a la manera de la señora Sand; su marido, el abogado La Messine, positivista, conservador y mal amante, la había exasperado. Llegada a París, gustó porque tenía vivacidad y encanto. No solamente los republicanos, sus amigos políticos, sino los hombres del Imperio, como Mérimée, la acogieron bien. Se había iniciado con un pequeño volumen en el que defendía a las mujeres contra los ataques de Proudhon y en el que, particularmente, elogiaba con pasión a George Sand y a Daniel Stem por haberse atrevido a vivir su vida libremente. La señora d'Agoult (Daniel Stem), que tenía abierto un salón literario y una oficina de ingenio, la invitó inmediatamente. George Sand escribió a la joven ensayista para darle las gradas, pero no quiso verla cuando supo que Juliette visitaba a su enemiga. Carlotta Marliani le había enseñado a desconfiar de las amistades compartidas y de los chismes propalados. Un rompimiento franco, pensaba ella, vale más que cualquier habladuría. «El día en que usted se querelle con la señora d'Agoult, sabrá que George Sand es su amiga y que puede recurrir a ella…»[28].

A la joven Juliette, la señora d'Agoult le pareció elegante y viril. «He llegado a la edad de hombre», decía Daniel Stern. Mentira; conservaba sus nervios de mujer. Cuando aseguraba ser demócrata y recibía a Grévy, Pelletan y Camot, la gente se reía, tan aristocrática resultaba su corona de cabellos

blancos, velados con encaje de Chantilly negro. No pudo resistir a la tentación de destruir a George en el espíritu de la neófita: «Mi querida hija: déjeme que le dé un consejo. Nunca conozca a la señora Sand. Perdería toda ilusión respecto a ella. Como *mujer*, ¡perdón!, como *hombre*, es insignificante. No tiene ninguna conversación. Es un rumiante, como ella misma lo reconoce. Por lo demás, tiene una mirada muy bella». Marie no reconocía virtud alguna a George. ¿Su bondad? «Tiene una especie de desdén por las gentes que han recibido sus bondades… Sus amantes son para ella un trozo de tiza con el cual escribe en el tablero. Cuando ha concluido tira el trozo bajo sus pies, y entonces sólo queda un polvillo que pronto se lleva el viento». La joven se permitió expresar una queja: «¡Qué pena que dos *grandes* como Daniel Stern y George Sand no puedan reconciliarse para ejemplo de las *pequeñas*!». La *grande* se mostró impaciente: «¡Nunca!», contestó[29].

Cuando Juliette La Messine dejó a su marido, la señora d'Agoult la aprobó y defendió. Pero siempre, en sus paseos, volvía al tema de Sand: «Lo que no le perdono a ella, que es mujer de raza, es su falta de decoro, la manera como se viste, sus burdas farsas de Nohant y, a su edad, sus modales de mozuelo… Es bien nacida; no tiene excusa de seguir siendo, en la vejez, una chiquilla»[30]. Frase de vieja condesa, como hubiese dicho Sophie-Victoire Dupin.

La Messine murió en 1867. Juliette experimentó una maravillosa alegría y decidió casarse, en el más breve plazo, con el hombre que amaba, Edmond Adam, periodista y político. Todos sus amigos la felicitaron, con excepción de la señora d'Agoult: «La desdicha de ser viuda —le dijo— es la de no sentir el deseo estúpido de casarse otra vez. Supongo que no cometerá usted esa necedad. Una mujer que piensa debe permanecer libre»[31]. Cuando se enteró del nuevo compromiso, se enfadó de manera violenta, trató a Juliette de provinciana, de necia, y le predijo que antes de dos años dejaría de escribir para llevar las cuentas hogareñas. La escena parecía un acceso de locura, y, en efecto, la señora d'Agoult hubo de ingresar al año siguiente, por un tiempo, en la clínica del doctor Blanche.

El enfado con la señora d'Agoult autorizaba, finalmente, a Juliette a ver a la señora Sand. Solicitó entonces una audiencia y fue citada a la casa de la calle de las Feuillantines. Emocionadamente entró al salón. Vio a una mujercita que liaba un cigarrillo y la invitaba, por señas, a sentarse a su lado. George encendió su cigarrillo; parecía hacer un esfuerzo para hablar y no lograba hacerlo. La visitante se echó a llorar; Sand le abrió los brazos con un

gesto maternal. La muchacha se arrojó a ellos, y esta escena muda fue el comienzo de una larga amistad.

Juliette Lambert juzgó a George Sand infinitamente superior a Daniel Stem por la delicadeza de los sentimientos, la nobleza del corazón, la elevada comprensión de la vida y una serenidad conquistada en las más crueles escuelas. George adoptó inmediatamente a esta hija espiritual. Quiso llevar a Juliette a las comidas de Magny y presentarla a sus amigos. La linda muchacha encandiló a los comensales, que se dieron a contar cuentos picantes. Sand se enfadó: «¡Ustedes saben que detesto esa clase de conversaciones, que me asquea!». Dumas hijo elogió la belleza de Juliette: «Espero que no tenga ningún talento. ¿Cómo es posible que con ese cuerpo y esa carita se empeñe en convertirse en una literata? —Joven Alejandro —dijo la señora Sand—, ¡te ruego que cuides de tu desdén por las literatas!… ¿Apuesto que vas a predicarle el amor a Juliette? —¡Seguramente! No se es escritor cuando se posee ese conjunto de perfecciones. —Hija mía: no escuche usted a estas gentes. Le bastará leer lo que hacen con las mujeres enamoradas: con las madame Bovary, las madame Aubray, las Germinie Lacerteux; son incapaces de dar un buen consejo. —Usted —replicó Dumas —, no ha querido nunca sino a los héroes futuros de sus libros, títeres a los que vistió con el estilo para hacerles ensayar su obra. ¿Acaso eso es amar?»[32].

A veces, fumando cigarrillos que arrojaba en un vaso lleno de agua después de aspirarlos unas pocas veces, George trataba de extraer para Juliette las lecciones de una vida tempestuosa. «A medida que nos conozcamos mejor, le contaré por qué caminos, tanto más duros cuanto más suaves los buscaba yo, he recorrido la existencia… La bondad, que debiera ser una virtud clarividente y ponderada, era en mí un elemento tumultuoso, torrencial, que sólo aspiraba a esparcirse. En cuanto alguien me inspiraba una gran piedad, me poseía. Me precipitaba sobre la oportunidad de ser benéfica con una ceguera que, la mayoría de las veces, me hacía producir un mal. *Cuando me examino veo que las dos únicas pasiones de mi vida han sido la maternidad y la amistad*. Acepté el amor que se ofrecía, sin buscarlo, sin escogerlo, y por ello llevé a él y exigí de él algo muy diferente de lo que me daba. Hubiese podido encontrar amigos e hijos en quienes obtuvieron de mí amor. Después de las dos primeras elecciones, ya no tenía yo derecho a imponer la amistad. Para ello se necesita autoridad moral. Sólo a despecho quieren los hombres como amigos. Ellos creen que pueden sentir placer con la

primera mujer que se presente, que pueden hacer a sus sentidos usufructuarios de los tiernos afectos que experimentan…»[33].

Tan seguro autodiagnóstico hubiese sorprendido a los enemigos de George Sand, que veían en ella a una mujer loca de su cuerpo. Y, sin embargo, todo era verdad. En un comienzo se había dado por caridad; más tarde, como decía ella, porque no tenía ya «la autoridad moral para imponer la amistad»; finalmente, por costumbre y necesidad de una presencia. La época había dictado una actitud. Aurore Dudevant era joven en un tiempo en que toda una generación de artistas quería amar y sentir de manera diferente a la de los burgueses. «A cada instante perdíamos pie, despreciando la orilla, queriendo nadar sólo hacia alta mar, por encima de lo insondable. Lejos de las masas, lejos de las riberas, ¡cada vez más lejos! ¿Cuántos de nosotros perdieron cuerpo y bienes? Los que luchaban, los que se negaban a ahogarse, los que se debatían, eran devueltos a la orilla, volvían a hacer pie, retornaban a ser gentes como los demás por su contacto con la tierra y, sobre todo, con las gentes sensatas o con los humildes. ¿Cuántas veces me recobré en medio de los campesinos? ¿Cuántas veces me curó y salvó Nohant de París?…». Y concluía: «Nuestro gran pecado fue mezclar los sentidos a nuestros ardores sentimentales»[34].

Fue por este tiempo cuando, bañándose en el Cher con Sand, le preguntó burlonamente Alejandro Dumas: «A propósito, ¿qué piensa usted de *Lélia*?». Sin dejar de nadar, le respondió George; «¿*Lélia?* ¡No me hable de eso! Hace algún tiempo traté de releer eso y no pude llegar al final del primer tomo». Y agregó luego: «¡No importa! Cuando lo escribí era sincera…»[35]. Pero ¿quién hubiese dicho que Lélia terminaría su vida en el castillo de su abuela escribiendo cuentos para sus nietos?

Otro día, después de explicar a Juliette, por centésima vez, que Musset había sido «la mejor acción de su vida» y que no había tenido «otro pensamiento que el de salvarlo de sí mismo», suplicó a su «hija elegida» que, si alguna vez acusaban ante ella a George Sand de deslealtad, respondiera: «Si George Sand hubiese perdido el derecho a ser juzgada como mujer, ha conservado el de ser juzgada como hombre, y en amor ha sido el más leal de todos. No ha engañado a nadie, ¡jamás tuvo a la vez dos aventuras! Su única culpa fue la de elegir, en una existencia en que el arte ocupaba el lugar preferente, la sociedad de los artistas, y la de preferir la moral masculina a la moral femenina. YI me apresuro a confesarte, Juliette mía, que, para una mujer, dejar de ser femenina es una inferioridad. Recuerda bien esto, tú que vives rodeada de hombres, como lo estuve yo, que eres amada y sin duda

adorada por muchos de ellos, entre los más grandes de tu tiempo, recuerda bien esto: cuando el hombre es superior, es un amigo envidiable para la mujer excepcional; es el mismo amante para todas las mujeres, y a menudo el más perfecto para la mujer más vil y más necia. ¡Ay!, tengo una experiencia muy completa del amor, de los amores. *¡Si pudiese recomenzar mi vida, sería casta!»*[36].

Juliette y su hija Alice, llamada «Topaze», se habían convertido por entonces en las compañeras habituales de la señora Sand, que viajaba con ellas a Fécamp, a Dieppe, a Jumièges. Con Juliette y su «novio», Edmond Adam, republicano con facha de perro bueno, visitó George la Exposición de 1867.

> *Diario de George Sand, 22 de septiembre de 186* 7: Ayer encontré a un delicioso cochero que volverá mañana por mí. ¡Voy a casa de Juliette que vive muy arriba! Pero tiene una linda vista y un encantador nidito. Vamos a la Exposición con Adam y Toto. El gigante chino es soberbio, es el Apolo tártaro. Un horrendo enano chino; una china nada bonita que parece harta de las necedades que le dicen. ¡Qué estúpido y grosero es el público de ahora!… El decapitado Casco de Hierro, que tiene todo el aspecto de una buena persona. Salviati. Los trajes rumanos. Como bananas. Tomamos helados. Ceno, muy agradablemente, en casa de Juliette. Vuelvo a casa a las diez de la noche, y me dedico a la corrección de *Cadio…*[37].

Juliette fue a pasar el invierno al Golfe-Juan. La *Villa Bruyères*, que le habían dado sus padres, era vecina al *Gran Pin*, propiedad del «perro bueno». La señora Sand, invitada, aceptó, y fue una temporada de gran éxito. El tiempo era magnífico; la quinta, cómoda y alegre. Edmond Adam, a quien Sand llamaba «mi buen gua-gua», se mostraba tan solícito como su futura esposa para con la vieja e ilustre amiga. George había llevado a toda su corte: Máxime Planet, Edmond Plauchut, que todas las noches contaba su naufragio y cómo lo había salvado su álbum de autógrafos; y Maurice, «admirablemente paternal con su madre, a la que cuida, divierte y protege». Lina, encinta por tercera vez, se ha quedado sola en Nohant. «Está a punto de dar a luz —decía Sand—, y para que Solange no me eche a perder mi estadía aquí, pues Solange sólo teme a Maurice, fue la propia Lina quien quiso que su marido me acompañase». Solange estaba entonces en Cannes, «en prósperas relaciones» con un príncipe extranjero, y la señora Sand no deseaba encontrarse con ellos. Maurice gustó mucho a sus huéspedes, que lo

encontraron lleno de talento y alegría. Lo apodaron *el Sargento*, porque había heredado del mariscal de Sajonia la pasión por las cosas militares. Almuerzos al aire libre, excursión a Vallauris, «gran aldea de alfareros, muy interesante»; paseos en barca, recolección de plantas; estudio de cistíneas, lentiscos, mirtos, madroños, anémonas; cacería de insectos; juego de croquet o de bolos en el jardín; por la noche, charadas, cuentos abracadabrantes, música; cada día traía sus simples placeres.

La alegre pandilla hizo cortos viajes a Nice, Cannes, Menton, Monaco. En el casino de Montecarlo, Maurice hizo el papel de berrichón cándido y se acercó a las gentes para contarles que era un campesino que había ido allí a jugar y que no sabía cómo hacerlo. Los unos le decían imbécil; los otros le daban consejos, y sus compañeros se morían de risa. La policía acabó expulsándolos de la sala de juego. La señora Sand se divertía: «Todavía amaba la juventud en los demás y adoraba en ella la vejez, esa edad dichosa en la que ya sólo se es amiga, madre y abuela». Tanto les complacía vivir juntos, que hacían proyectos colectivos para el porvenir: fundar una abadía de Thélème, recorrer toda Francia en un vagón de feriantes. La pandilla se convirtió en un ejército. George Sand era la coronela; Maurice, el sargento; Plauchut y Planet, los fusileros; Adam, el recluta; Juliette, la cantinera. Al finalizar la temporada, Maurice ascendió a la cantinera a teniente-coronela, con gran orgullo de la señora Lambert. Se separaron, con el corazón pleno de gratos y alegres recuerdos, jurando encontrarse de nuevo en Nohant, en donde George tenía prisa de besar a una nietecita que había nacido en su ausencia: Gabrielle Sand.

III. Nohant antes de la guerra

En julio de 1868, Adam y Juliette, casados ya, fueron a Nohant. Les acompañaba en el viaje el norteamericano Henry Harrise, que los irritó porque hacía el cicerone pedantemente y porque aquel Cristóbal Colón a la inversa pretendía haber descubierto el Berry. Pero les gustó la poesía de aquella casa. Por la noche, con la ventana abierta sobre el cielo estrellado, mientras los perfumes del jardín subían hasta ellos, escuchaban a Sand tocar de memoria y con buen estilo música de Mozart y de Gluck. Veían en el muro el retrato del mariscal de Sajonia pintado por La Tour, con su coraza resplandeciente y sus cabellos empolvados, y a la bella Aurore de Kœnigsmark, a la que se parecía Maurice: «Los antepasados te impresionan»,

decía éste, riendo, a Juliette. Ella lo confesó. La sangre real, unida a tanta sencillez, sorprendía a aquella republicana.

Al día siguiente era la fiesta de «la Abuela». Maurice disparó unos cañonazos; todos le ofrecieron ramos recogidos en los campos. Por la noche hubo una representación de títeres. Juliette, que desde hacía tiempo tenía la curiosidad de verlos, los ha descrito mejor que nadie:

Antes de verlos, conocemos de nombre a todos: Balandard, Coq-en-bois, el capitán della Spada, Isabelle, Rose, Céleste, Ida, y todos y todas… Estamos en traje de gran estreno, descotadas. El programa se halla expuesto por todas partes. Los títeres representan *Alonzi Alonzo le Bâtard* o *Les Brigands de las Sierras*. Maurice trabaja durante veinte noches para divertir durante una a su adorada madre… Por fin llega el momento solemne. Desfilamos gravemente, conforme al rango que nos asigna la señora Sand. Entramos en la sala del teatro, que no conocíamos aún y que se halla brillantemente iluminada. A la izquierda, el gran escenario en que se representan comedias; en frente, el teatro de títeres, con un telón sorprendente, pintado, claro está, por Maurice. Se levanta el telón. El fondo muestra sorprendentes perspectivas. Estamos transportados a España, a *las Sierras*. Se nos ha advertido que se permite interpelar a los actores, que la acción y el mismo desenlace pueden ser influidos por los espectadores, pues Maurice sólo respeta esta clase de sufragio universal.

Balandard, director de la compañía, aparece para comunicamos lo que acabo de decir; el personaje, a la vez altivo y simpático, agrega: «Se van a divertir». ¡Oh, Balandard!, su levita, su chaleco blanco impecable, su inmenso sombrero que lo cubre o que tiene en la mano, con tanta dignidad. George Sand es su sastre y no desaprovecha oportunidad para jactarse…

Los habituales del teatro, que conocen a los personajes, por asi decirlo, fuera de su papel, o en el conjunto de sus papeles, en el carácter que Maurice respeta, en su género, pues cada uno tiene su empleo determinado y nunca representan un papel en desacuerdo con su talento, con su moralidad o con sus vicios, los habituales, digo, conceden ya una parte de vida a estos personajes en cuanto aparecen en escena. Cada cual tiene sus preferencias, o sus debilidades, por éste o aquél. Es sabido que Plauchut no puede ver a la señorita Olympe Nantouillet sin un placer manifiesto. Lina quiere a Balandard. La señora Sand tiene predilección por el dogo de Venecia y por Gaspare, el mejor pescador del Adriático. Planet corteja a la señorita Ida. En cuanto a mí, debo elegir. Coq-en-bois no ha querido nunca a nadie. Desprecia al sexo débil y a menudo le falta al respeto. Nos

enamoramos a primera vista. Le hago una declaración pública, a la cual responde…

—¡Cómo, también tú, Coq-en-bois, hasta ahora fiel a tu nombre, tú también, desventurado, has caído! —exclama Lina.

—¿Qué quieres? *Juilliette* me dice algo.

Adam protesta, exclamando:

—¡Ah!, no, ¡eso sí que no!

Estallamos de risa, la señora Sand, encantada, declara que Adam ha caído, y que éste es uno de los grandes éxitos de Maurice…[38].

Los Adam descubrían que Sand no era verdaderamente ella misma sino en Nohant. «Todo lo que me separa de aquí es mera vagabundería», decía ella riendo. Cada vez se complacía más pensando que sus «cabalgatas» no habían sido otra cosa que fugas fortuitas de la única vida que hubiese querido hacer. Los visitantes de Nohant eran entonces Dumas hijo (que se había casado, en 1864, con su princesa de los ojos verdes). Gautier, el buen Théo, que, en ocasión de su primera visita, creyera que Sand le era hostil porque lo miraba sin decir palabra; Flaubert, al que difícilmente decidieran a hacer el viaje y molestaba a la señora Adam anunciándole que la futura república sería el triunfo de la codicia y la necedad; Turgueniev, llevado por Pauline Viardot y cuyas novelas admiraba Sand. «Se queda muy asombrado cuando le digo que es un gran artista y un gran poeta»; y hasta llegó un día toda la compañía del Odéon, auténtica *roman comique* en jira; hubo entonces cantos, risas y champaña helado hasta las tres de la madrugada.

El programa diario era inmutable. *Sand a Flaubert*: «Todos los días me sumerjo hasta la barbilla en el río y recupero totalmente mis fuerzas en este frío y sombreado riachuelo que adoro y en el que he pasado tantas horas de mi vida rehaciéndome después de las sesiones demasiado largas de conversación con el tintero…»[39]. En el verano, baño en aquel riachuelo siempre fresco por hallarse a la sombra. A mediodía almuerzo en común, luego largo paseo por el parque; visita a las flores, trabajo o lecciones a Aurore; Sand encuentra tiempo incluso para dar lecciones de trompa al corneta del cuerpo de bomberos.

George Sand a Juliette Adam, 10 de enero de 1869: Linda ocupación, ¿verdad? Pero ¡qué bien me las arreglo ahora! Diana, llamada, reunión, generala, fajina, paso acelerado, paso normal, etc. Aprovecho la ocasión

para enseñarle al buen hombre, que es molinero y no sabe leer, los elementos de la música; es inteligente, y aprenderá…[40].

A las seis de la tarde, comida. Después de un nuevo paseo por el jardín se regresa al salón azul, en donde Sand toca al piano obras clásicas, aires españoles o viejas tonadas berrichonas. Los niños suben a acostarse; los mayores se congregan en tomo a la mesa. Sand hace solitarios o corta trajes para sus nietas; Maurice hace caricaturas; otros juegan a la guerrilla o al dominó; a veces, alguien lee en voz alta. Flaubert, Turgueniev y la misma Sand ensayan sus inéditos con este público. Pero más a menudo se bromea y se ríe de manera harto pueril. Aunque permanezca silenciosa, a George le gusta sentir todo este ruido en tomo suyo: «La alegría —dice— es la mejor higiene para el cuerpo y el espíritu». Cree en la alegría como en la bondad y en la salud. Y la quiere *hénaurme*, como dice su amigo Flaubert. Los sesenta años no le han quitado la afición a las farsas. Con Maurice, esconde un gallo en el cofre para la leña que hay en la alcoba de los Adam, y el infortunado Edmond no puede cerrar los ojos en toda la noche. Juliette se desquita sobornando al campanero-enterrador para que toque a todo vuelo el ángelus, despertando a toda la casa. Flaubert gruñe; como es fácil de imaginar, «es insoportable en el teatro de títeres, porque lo critica todo y no admite que sea idiota». En amistosa represalia, Sand le dedicará *Pierre qui roule*, en la que hará de los títeres de Nohant personajes de novela.

Pues todavía escribe novelas, sin poner mucha fe en ellas. «Pero uno se acostumbra a mirar todo esto como una consigna militar, y va a la línea de fuego sin preguntarse si lo matarán o lo herirán… Así *voy* yo, tonta como una col y paciente como un berrichón…»[41]. Todas las noches, después que se acuestan sus invitados, cubre con su firme letra veinte páginas. No copia nunca y corrige poco: «Escribo como quien hace jardinería», dice. Aquello no es excelente, pero «el viejo trovador retirado canta, de vez en cuando, su pequeña romanza a la luna, sin preocuparse mucho de si está bien o mal cantada con tal de expresar el tema que le ronda en la cabeza…»[42]. Sigue siendo la modestia misma. Lo que realmente admira no es lo que ella hace, sino *L'Education sentimentale*. Se desuela cuando unos artículos hostiles afligen a Flaubert. No es posible imaginar siquiera —dice ella— la honestidad artística de Flaubert, su preocupación por el oficio; pero hace esta reserva muy sutil: «No sabe si es poeta o realista, y, como es las dos cosas a la vez, esto le embaraza»[43].

Tan justo sentido crítico aparece también en las cartas que escribe por entonces a un joven escritor que conociera en Magny, Hippolyte Taine: «Ha dado usted a Balzac su verdadero puesto, que en vida no se le reconoció. Grandes espíritus lo negaron, lo que le hizo sufrir. Cuántas veces le dije: "¡Esté tranquilo! ¡Usted siempre estará en la cima!"»[44]. Cuando Taine le envió su *Thomas Graindorge*, ella elogió la inteligencia de la obra y el talento del autor, pero tuvo algunas reservas.

> *George Sand a Taine, 17 de octubre de 1867*: No me agrada la ficción que sirve de marco a las reflexiones del señor Graindorge. No me gusta su nombre, no me gusta su pedicuro, no me gustan su cerdo salado ni sus aceites, y menos todavía su bailarina. Todo esto me parece haber sido inyectado en frío y demasiado tarde, y de una comicidad muy inglesa, es decir, extravagante y nada alegre. El espíritu francés ama la semejanza. Molière, el lógico, es su expresión de todos los tiempos. *Tristram Shandy* nos sorprende sin divertirnos mucho y realmente sólo nos gusta el lado sentimental y gracioso de la obra. No se sabe por qué el señor Graindorge, que es un pintor de primer orden, un crítico sutil y un artista exquisito, se cubre de ridiculeces y extravagancias, y todavía menos por qué es vicioso. El autor tiene su idea al respecto, pero el lector no la descubre: este enigma entristece o impacienta…[45].

Juicio auténticamente francés y admirablemente bien expresado.

Por lo que hace a la Dama de Nohant, toma sus temas de su propio contorno. El de *Mademoiselle Merquem* le es suministrado por la vida de su hija Solange, a la que pinta bajo el nombre de Erneste du Blossay, «carácter altivo, caprichoso, inclinado a la contradicción, entre extravagante y práctico y ducho en aprovechar todas las ventajas de su posición». De la misma manera que Solange rompió su compromiso con Fernand de Préaulx, gentilhombre berrichón, para casarse con Clésinger, Erneste rompe el suyo con un hidalgo campesino, el señor de La Thoronay, para casarse con Montroger. Parece que después de veintiún años, George Sand haya utilizado viejas cartas, conservadas o devueltas. Solange continuaba siendo un problema. Bella mujer de cuarenta años, tenía amantes ricos, bien nacidos, y obtenía de ellos subsidios no desdeñables, lo que no le impedía recibir pensiones de su padre y de su madre.

Hecho el balance y extinguidas todas las pasiones, George es feliz: «¿He de llorar sobre las ruinas de Palmita? No, ya pasará esto, como dice Lambert.

La desgracia de mis contemporáneos es que *querrían repesar*. Uno no regresa, pasa también; uno es el agua que murmura y fluye; ¿no se fluyó y murmuró abastanza cuando se reflejaron tantas cosas bellas y se las amó y se las cantó? Continuar sería el tedio; recomenzar sería el espanto. Se envejece *solo*, triste o recogido, pero tranquilo, ¡cada vez más tranquilo!…»[46]. George tiene la resistencia del Pont-Neuf; está quemada por el sol como un ladrillo; todavía es capaz de andar durante todo un día y de tomar, al regreso, un baño en el Indre helado.

> *George Sand a Joseph Dessauer, 5 de julio de 1868*: Cumplo hoy sesenta y cuatro primaveras. Todavía no he sentido el peso de los años. Ando lo mismo, trabajo lo mismo, duermo igualmente bien. Tengo fatigada la vista; desde hace mucho tiempo uso anteojos, que es una cuestión de número. Cuando ya no pueda actuar, espero haber perdido la voluntad de hacerlo. Por lo demás, la gente se espanta de la edad avanzada como si estuviera segura de alcanzarla. No hay que pensar en la teja que podría caer del techo. Lo mejor es estar siempre listo y gozar de los años de vejez mejor de lo que supimos gozar de los de juventud. ¡Se pierde tanto tiempo y se derrocha tanta vida a los veinte años! Nuestros días de invierno cuentan doble; he ahí nuestra compensación…[47].

En el curso de la vida, el pelotón de vanguardia va disminuyendo siempre. En 1869 muere Sainte-Beuve, su primer director de conciencia, que, hacia el final, asqueaba a Flaubert con los elogios que hacía de Napoleón III: «¡Sí, a mí! ¡El elogio de Badinguet! ¡Y estábamos solos!».

> *Gustave Flaubert a George Sand, 14 de octubre de 1869*: Nos veremos el sábado, en el entierro del pobre Sainte-Beuve. ¡Cómo disminuye la pequeña pandilla! ¡Cómo desaparecen los pocos náufragos de la almadía de *La Medusa!… 29 de junio de 1870*: De siete que éramos al iniciarse las comidas Magny, ¡ya sólo quedamos tres: yo, Théo y Edmond de Goncourt! En dieciocho meses se han marchado sucesivamente: Gavarni, Bouilhet, Sainte-Beuve, Jules de Goncourt, ¡y no es esto todo!…[48].

Casimir vivía todavía. Su mujer continuaba vigilándolo de lejos y ponía en guardia a Solange y Maurice contra el peligro de un legado a la hija natural que los frustrase de Guillery. Inducidos por ella, le pusieron pleito a su padre a propósito de la interpretación del testamento de la baronesa Dudevant.

George Sand condujo toda la negociación «con una pasión de madre, una finura de mujer y habilidad de abogado». Este proceso entristeció a Casimir, que perdió el sueño y la salud. Jamás había tenido capacidad para luchar contra Aurore. Se le intimó a vender Guillery. Del producto de la venta reservó para él ciento cuarenta y nueve mil francos; Maurice y Solange se repartieron el resto (ciento treinta mil francos). Casimir se retiró a la aldea de Barbaste, a seis kilómetros de Guillery, en donde murió el 8 de marzo de 1871. Sus desventuras le habían reblandecido el cerebro y turbado el juicio, pues, en mayo de 1869, dirigió al emperador una sorprendente carta en la que «el barón Dudevant, ex oficial del Primer Imperio», solicitaba la Legión de Honor:

> Considero llegada la hora de dirigirme al corazón de Vuestra Majestad, para obtener la recompensa honorífica que creo haber merecido. En el atardecer de mis días ambiciono la cruz de la Legión de Honor. Es el favor supremo que solicito de vuestra magnificencia imperial. Al solicitar esta recompensa, me apoyo no solamente en los servicios que, desde 1813, he prestado al país y al poder establecido, servicios sin brillo, insignificantes acaso, sino también en los eminentes servicios prestados por mi padre, desde 1792 hasta el regreso de la isla de Elba. Más aún, me atrevo a invocar también mis desventuras domésticas, que pertenecen a la historia. Casado con Lucile Dupin, conocida en el mundo literario con el nombre de George Sand, he sufrido cruelmente en mis afectos de esposo y padre, y tengo la convicción de haber merecido el simpático interés de todos cuantos siguieron los lúgubres acontecimientos que señalaron esa parte de mi existencia…[49].

Napoleón III no juzgó que las desventuras conyugales, así fuesen históricas, mereciesen la cruz, pero debió encontrar picante la carta y mostrarla, pues se la halló sobre su escritorio después de su abdicación, en 1870.

George no pensaba en compadecer a Casimir. Después de tantos contratiempos gozaba de una ancianidad potente, honrada, triunfal. Viéndola vivir, sus amigos evocaban la pintura que ella misma acababa de hacer de una de sus locas heroínas de antaño, Métella: «Todavía la admiraron en la época en que el amor no está ya en sazón, y en el respeto con que se la saludaba, rodeada por los encantadores hijos de Sarah, se sentía la emoción que produce

al alma la vista de un cielo puro, armonioso y plácido al que el sol acaba de dejar…»[50].

Un día abrió de nuevo el álbum *Sketches and Hints*, en el que expresara, en tiempos de Musset y de Michel de Bourges, tan vivos sentimientos. La mujer que había sido, la sorprendió y disgustó.

Septiembre de 1868: Releo todo esto por casualidad. Estaba enamorada de aquel libro, quería escribir en él muy bellas cosas. Sólo escribí necedades. Todo eso me parece hoy enfático. No obstante, creía ser de buena fe. Imaginaba que me resumía. ¿Acaso puede uno resumirse? ¿Acaso puede uno conocerse? ¿Acaso se es nunca *alguien*? Ya no sé nada. Me parece que uno cambia de día en día y que al cabo de algunos años se es un ser nuevo. Por mucho que busco ahora en mí, no encuentro nada de esa persona ansiosa, agitada, descontenta de sí misma, irritada contra los demás. Sin duda, tenía yo la quimera de la *grandeza*. Era la moda de la época, todo el mundo quería ser grande y, como no se era grande, se caía en la desesperación. Mucho tuve que luchar para seguir siendo buena y sincera. Ahora estoy muy vieja; gratamente vivo mis sesenta y cinco años. Por un capricho de mi destino, tengo mejor salud y estoy más fuerte y ágil que en mi juventud. Puedo andar por más tiempo; velo mejor, me despierto sin esfuerzo después de un sueño excelente… Estoy absolutamente tranquila; una vejez tan casta de espíritu como de hecho; ninguna nostalgia de la juventud, ninguna ambición de gloria, ningún deseo de dinero, como no sea para dejarlo a mis hijos y a mis nietos. Ningún descontento de mis amigos. Un solo pesar: el género humano, que anda mal, las sociedades que parecen volverse de espaldas al progreso; pero ¿quién sabe qué se oculta bajo esta atonía? ¿Qué despertar alienta bajo esta torpeza?…

¿Viviré mucho tiempo? Esta sorprendente vejez que me ha venido, sin invalidez ni fatiga, ¿es la señal de una larga vida? ¿Caeré de un golpe? ¿Qué importa saberlo, ya que en cualquier momento puede sobrevenir un accidente? ¿Seré útil todavía? He ahí lo que puedo preguntarme. Me parece que sí. Siento que puedo serlo más personalmente, más directamente que nunca. Sin saber cómo, he adquirido mucha sabiduría. Podría educar a los niños mucho mejor que antes. Creo siempre, creo totalmente en Dios. La vida eterna. Él mal vencido un día por la ciencia. La ciencia iluminada por el amor. Pero ¿los símbolos, las figuras, los cultos, los dioses humanos? ¡Adiós! Ya superé todo eso… Se equivocan quienes creen que la vejez es un descenso. Por el contrario, se sube con sorprendentes zancadas. El trabajo intelectual se hace tan rápidamente como el trabajo físico en los

niños. No por eso se aproxima uno menos al término de la vida, pero como a una meta, no como a un escollo…[51].

IV. La guerra y la Comuna

El 1.º de julio de 1870, George Sand cumplió sesenta y seis años. «Nada derruida, en excelente salud, activa, sin peso alguno en las espaladas», anotó. Un calor tórrido envolvía Nohant; el termómetro subía, a la sombra, a 43º; ni una brizna de hierba; los árboles, amarillos, perdían sus hojas; un calor africano daba a todas las cosas un aspecto de fin de mundo. Y luego las calamidades, los bosques incendiados, los lobos que rondaban, asustados, en torno de las casas, las epidemias. «Jamás vi un verano más triste, y, por añadidura, se ha declarado la guerra…».

¡Por añadidura! Este azote suplementario le parecía todavía más absurdo que temible. Había comprendido una campaña para libertar a Italia; pero entre Francia y Prusia «sólo hay en este momento una cuestión de amor propio: saber quién tiene el mejor fusil». Plauchut, muy patriotero, le escribía desde París que el pueblo «rugía de entusiasmo». Ella respondía tristemente: «No es lo mismo en provincia. La gente está aquí consternada y ve en todo esto un simple juego de príncipes…»[52]. *A Flaubert*: «Esta guerra me parece infame… Mambrú se va a la guerra… ¡Qué lección para los pueblos que quieren amos absolutos!»[53].

El comienzo de agosto fue atroz. Ninguna noticia de los ejércitos. Esta triste espera se hacía angustiosa. Los periódicos, amordazados, nada decían. George Sand observaba el furor de los campesinos contra el emperador: «No hay uno que no diga: '¡Le meteríamos la primera bala en la cabeza!' No lo harán; son muy buenos soldados… Pero es la desconfianza, el desafecto, la resolución de castigar con el voto futuro»[54]. *A Juliette Adam*: «Es preciso que, al mismo tiempo, arrojemos a los prusianos y a los imperios»[55]. Maurice hubiese querido servir, pero la confusión reinaba en todas partes. «¡*A las armas!* ¿Qué armas?». Se carecía de fusiles, de víveres, de todo. «Tres prusianos tomarían La Châtre; no hay nada previsto para una invasión».

A fines de agosto comenzaron a esparcirse las noticias del desastre. *Diario de George Sand, 4 de septiembre de 1870*: «Por fin, un comunicado oficial. ¡Lúgubre!… Un solo consuelo: el emperador ha sido hecho prisionero. ¡Pero nuestros pobres soldados! ¡Cuántos no matarían para que se rindieran cuarenta mil! Es el fin del Imperio, pero en qué condiciones…» *5 de*

septiembre de 1870: «Maurice me despierta para decirme que la República ha sido proclamada en París sin combate, hecho inmenso, único en la historia de los pueblos… ¡Dios protege a Francia! Francia ha vuelto a ser digna de su mirada…»[56]. *A Edmond Plauchut*: «De todos modos, ¡viva la República!…».

En septiembre, una epidemia de viruela diezmó Nohant. Fue menester alejar a las niñas. Toda la familia se marchó a la Creuse. Lolo y Titite jugaban a los prusianos con fusiles de junco. En las plazas de las aldeas los mozos hacían instrucción con palos. George sufría a la vez como francesa y como pacifista. Los alemanes la sorprendían dolorosamente: «Llegan, fríos y duros, como una tempestad de nieve, implacables en su decisión, feroces si es necesario, aunque sean las gentes más dulces del mundo en la vida cotidiana. No piensan nada; no es el momento de pensar; la reflexión, la piedad, el remordimiento, les esperan en su hogar. En marcha, son máquinas de guerra, inconscientes y terribles…»[57]. Como Jules Favre, Sand deseaba la paz, pero no una paz vergonzosa.

Al regresar a Nohant se enteró de que habían ascendido sobre París dos globos llamados *Armand-Barbès* y *George-Sand*. El *Barbès* llevaba a Tours a un joven diputado, que era ya orador célebre, Léon Gambetta, que sostenía que podría armarse a Francia y ganar la guerra. George no creía en esto: «Nuestros dictadores de Tours están infatuados de un optimismo espantable»[58]. Los ejércitos improvisados por Gambetta no inspiraban confianza a la prudencia campesina de la señora Sand. Su sueño era una república real, legitimada por las elecciones; le horrorizaba una dictadura prolongada, a la que ni siquiera justificaba el triunfo de las armas. *Diario de George Sand, y de diciembre de 1870*: «No se entiende nada; se vuelve uno loco. Encerrados en nuestra soledad, somos como pasajeros en un navío azotado por vientos contrarios y que no puede moverse…» *11 de diciembre de 1870*: «El gobierno se traslada de Tours a Burdeos. Gambetta va al ejército del Loire. ¿Quiere comandarlo personalmente? O es el cónsul Bonaparte, o es un juégalo todo que lo perderá todo. Ya está en el quinto acto. Tiene que triunfar o hacerse matar… Trabajo siempre, e incluso con ímpetu, a medida que se aproxima el peligro. Es como una tarea que quisiese terminar, para morir con la satisfacción de haber trabajado hasta el último momento…»[59].

En plena guerra, los partidos chocaban entre sí. Los *rojos* amenazaban en París. Sand, que contaba entre ellos viejos amigos, como Félix Pyat, revolucionario profesional desde 1830, se negaba a temerles. Tenía más miedo de los monárquicos, de los bonapartistas o de la dictadura. Le

chocaban las depuraciones de Gambetta: «Veo con pesar la renovación de los funcionarios y magistrados, que adquiere proporciones colosales»[60]. Sobre todo encontraba ilegal y malsano prescindir del voto. Los extremistas de París, como el gobierno de Burdeos, pretendían apoyarse en «minorías activas». Olvidando que también ella había sostenido esta tesis en 1848, ahora la condenaba: «El crimen del momento es despreciar a las masas». Cuando el bombardeo de París puso en peligro a sus amigos (Juliette Adam, Edmond Plauchut, Eugène y Esther Lambert, Édouard Rodrigues), se puso furiosa contra Gambetta: «Ha sido un error funesto creer que el valor bastaba para reemplazar el sentido profundo de la vida práctica que se necesitaba… ¡Pobre Francia: no obstante, sería preciso abrir los ojos y salvar lo que de ti quede!»[61]. Consideraba a Gambetta honesto y convencido, pero deploraba su carencia total de criterio: «Gran desventura es creerse apropiado para una empresa desmesurada…»[62]. Censuraba sus discursos, que concluían como un estribillo de cantata: «*Así, pues, ¡Paciencia! ¡Valor! ¡Disciplina!* Cuando el señor Gambetta ha sembrado de signos de admiración el final de sus comunicados, cree haber salvado a la patria»[63].

Cuando el armisticio permitió al gobierno de París controlar la situación de Francia, George Sand tuvo la impresión de que Gambetta trataba de retardar las elecciones para mantener la dictadura de Burdeos y oponerse a la paz: «Daría mucho por estar segura de que el dictador ha entregado su dimisión. Yo comenzaba a odiarlo por haber causado tanta muerte y tanto sufrimiento inútiles. Sus adoradores me irritaban repitiéndome que nos había salvado el honor. Nuestro honor se habría salvado perfectamente sin él. Francia no es tan cobarde que necesite un profesor de coraje y abnegación frente al enemigo. Todos los partidos han tenido héroes en esta guerra; todos los contingentes han suministrado mártires. Buen derecho tenemos a maldecir a quien se presentó como capaz de llevarnos a la victoria y sólo nos condujo a la desesperación. Teníamos derecho a pedirle un poco de genio, y ni siquiera ha tenido buen sentido». Y agregaba: «¡*Que Dios lo perdone*!»[64].

Diario de George Sand, domingo 29 de enero de 1871: ¡Ah! Dios *mío…, ¡por fin, por fin!* Se ha firmado un armisticio, por veintiún días. Convocatoria de una asamblea en Burdeos. Un miembro del gobierno de París asistirá a ella. No se sabe nada más. El Gambetta parece furioso. Va a tener que tragarse su dictadura… ¿Habrá aprovisionamiento de París?… ¿Saldrá la paz de esta tregua de armas? ¿Podremos comunicarnos con París? El subprefecto, que nos trajo el comunicado a las dos, cree que

Gambetta va a resistir. ¿Será, entonces, la guerra civil? ¿Es capaz de quererla, antes que despojarse de su autoridad?[65].

Como en 1848, las elecciones fueron henchidas y rehenchidas por el fraude. Salvo en París, el partido de la paz triunfaba. *Diario de George Sand, 15 de febrero de 1871*: «El amo de la situación en París es Louis Blanc, el más odiado, el más impopular en mayo de 1848. ¡Oh, mudanzas de las cosas humanas! En provincias, el amo es el señor Thiers, elegido por una veintena de departamentos. Dos historiadores de la época moderna. Dos enanos, pero la talla no importa. Grandes inteligencias, que acaso se entiendan si no se envidian demasiado…»[66]. Entristecida por las duras condiciones de la paz, Sand continuó defendiéndola, persuadida, de todos modos, de que era menester poner fin a la guerra.

George Sand a Edmond Plauchut, 2 de febrero de 1871: No sufra usted, no debe sufrir; todos ustedes cumplieron con su deber… La desgracia no mancilla y si Francia está ensangrentada, no está enlodada… Ahora es preciso hacer la paz, obtenerla, la mejor posible, pero sin obstinarse en la guerra, por cólera o por venganza de nuestros infortunios…[67].

Ella sabía que Francia se recuperaría pronto. Como campesina berrichona, conocía los infinitos recursos y las prodigiosas facultades de recuperación del país. Ella misma, que tan a menudo había estado cerca del suicidio, saliendo de sus crisis una y otra vez para comenzar una nueva juventud, parecía un símbolo de Francia.

Thiers, al que despreciara tanto en otro tiempo, aparecía ahora a los ojos de la señora Sand como el mal menor. Desde que era su cabeza, aceptaba a la República. Creía que, de estar presidida por él, sería «el régimen que menos nos dividirá». La obra por hacer era inmensa: liberación del territorio, recuperación del país, constitución. Thiers se sentía capaz de realizar bien todo esto. Pero París, patriota, no aceptaba el tratado; París, socialista, no aceptaba una asamblea reaccionaria; París, capital, no aceptaba que el gobierno estuviese en Versailles. Ansiosamente, Sand vio cómo se rebelaban los suburbios.

Diario de George Sand, 5 de marzo de 1871: Los prusianos, que entraron en la mañana del 1.º de marzo a los Campos Elíseos, lo dejaron (*sic*) en la mañana del 3, sin haber tenido comunicación con la población.

París ha estado muy prudente y muy digno, pero se teme, todavía más después de su partida, algo semejante a las jornadas de junio. Se envían tropas a París. ¿Escaparemos de la crisis de desesperación de los partidos?… *8 de marzo de 1871*: Harrise me *escribe que* la ciudad recupera su elegancia aparente: ha reaparecido el gas y las *cocottes* vuelven a salir. No obstante, cree en una próxima «jornada»; yo no creo todavía… *19 de marzo de 1871*: Más inquietos que nunca. Pads está en las tinieblas del delirio. Durante la noche de ayer intentaron recobrar los cañones de Montmartre con la tropa que, después de cercar el «monte Aventino», como lo llaman, fue cercada a su vez por Belleville, levantado en armas. Se habla de disparos precipitados, interrumpidos en seguida por la negativa de los soldados a disparar sobre el pueblo… Durante el día, el gobierno envió un comunicado diciendo que se hallaba en pleno en Versailles y que no deberían recibirse más órdenes que las suyas, lo que probada que ha caído el Ayuntamiento y que revolución, motín o conspiración triunfa en París. ¿Tendremos unas nuevas jornadas de junio? Me enferma pensarlo. Antoine[68] y de Vasson[69] vienen a comer. Todos estamos tristes…[70].

Vino luego la Comuna. París se cubrió de barricadas, de cañones, de ametralladoras. Esta vez, Sand era hostil a los insurgentes. *Diario de George Sand, 22 de marzo de 1871*: «La masa que los sigue, en parte está engañada y loca, en parte es innoble y malhechora…».

Jueves 23 de marzo de 1871: La horrible aventura continúa. Exigen rescates, amenazan, detienen, juzgan. Impiden funcionar a los tribunales. Han exigido a la banca un millón, a Rotchild (*sic*) quinientos mil francos. La gente tiene miedo y cede. Comienzan a luchar en las calles; en la plaza Vendôme abrieron fuego y mataron a muchas personas que participaban de una manifestación no amiga. Se han apoderado de todas las alcaldías, de todos los establecimientos públicos. Saquean municiones y víveres. Su *officiel* es innoble. Son ridículos y groseros, y se siente que no saben qué hacer ya con su golpe de mano. La asamblea de Versailles es estúpidamente reaccionaria. No quiere conciliación. Jules Favre es más reaccionario que ella, y la excita contra París. Thiers, más hábil, más dueño de si, aunque se le sienta muy ofendido. La Asamblea reacciona contra él y le impide hablar…[71].

George censuraba a sus amigos, los republicanos de París, que habían dejado que el motín derribase al gobierno. «Carta de Plauchut. Este es de los

que yo comparo con el inquilino que deja que arda la casa, y él con ella, para burlarse del propietario…»[72].

Esto duró de marzo a junio; luego triunfó Thiers.

> *Diario de George Sand, 1.º de junio de 1871*: Ya todo terminó en *París*. Ahora se derriban las barricadas; se entierran los cadáveres; *se los hoce*, pues se fusila mucho y hay detenciones en masa. Muchos inocentes, al menos, semiculpables, pagarán por los más culpables, que se escaparán. Alejandro[73] dice que hace libertar a muchos por las afirmaciones de su ciencia fisionómica, aprendida del doctor Favre. Su carta es extravagante y no veo cómo se las arregla para que las cortes marciales escuchen sus ensayos de aplicación. Hugo está completamente chiflado. Publica cosas insensatas y en Bruselas hacen manifestaciones contra él… y *de junio de 1871*: Detalles sobre los daños sufridos por París. Son enormes, y el plan era realmente quemarlo todo. Es el reinado de Tamango. No se sabe lo que pasa. El cobarde burgués, que lo ha soportado todo, quisiera ahora matar a todo el mundo. ¿Continúan fusilando sumariamente? Es de temer…[74].

Los excesos de la represión, semejantes en crueldad a los de la Comuna, la pusieron, como tan a menudo sucede con los espíritus honestos, en desacuerdo con todos. Sus amigos políticos le reprocharon que no comprendiese ya la necesidad de las barricadas; sus enemigos le censuraron la falta de firmeza. Ella continuaba fiel a la doctrina que llamaba del Evangelio según San Juan:

> No tengo que preguntarme dónde están mis amigos y mis enemigos. Están donde los ha arrojado la tormenta. Los que merecieron mi cariño y no ven como veo yo, no me son menos queridos. La censura irreflexiva de los que me abandonan no me hace considerarlos enemigos. Toda amistad injustamente retirada permanece intacta en el corazón que no ha merecido el ultraje. Ese corazón se halla por encima del amor propio; sabe esperar el retorno de la justicia y del afecto[75].

Las violencias y locuras de los partidarios de ambos bandos llevaban su agua sucia al molino del pesimista Flaubert: «Buena cuenta tendrán que dar los románticos de su inmoral sentimentalismo… Se es tierno con los perros rabiosos y no con las víctimas de sus mordeduras…»[76]. George Sand lo llamaba a la sensatez.

George Sand a Gustave Flaubert, 1872: No hay que estar enfermo, no hay que ser gruñón, mi viejo trovador. Hay que toser, sonar, curar, decir que Francia está loca, que la humanidad es necia, y que nosotros somos animales mal terminados; sin embargo, hay que quererse a sí mismos, a su especie y, sobre todo, a sus amigos… Dicho esto, puede que tu indignación crónica sea una necesidad de tu organismo; a mí, me mataría… ¿Puede vivirse apaciblemente cuando el género humano es tan absurdo? —dirás tú —. Yo me someto, diciéndome que acaso yo no soy menos absurda y que es tiempo de tratar de corregirme…[77].

Que era la sabiduría misma. Si en vez de censurar a su época, cada uno barriese el frente de su casa, la calle estaría un poco más limpia. Pasaron los meses, y la cólera de Flaubert no cedió. La Asamblea oscilaba ahora entre monarquía y república.

Flaubert a Sand: El espíritu público me parece cada vez más bajo. ¿Hasta qué profundidad de sandez descenderemos? Francia se sumerge lentamente, como un barco podrido, y el espíritu de salvación parece quimérico, aun en los más sólidos… No veo la manera de establecer hoy un principio nuevo, como tampoco la de respetar los antiguos… Entre tanto, repito la frase que me dijo un día Littré: «Amigo mío, el mundo es un compuesto muy inestable y la tierra un planeta muy inferior»[78].

En verdad, la frase no era muy inteligente. ¿Planeta inferior? ¿Inferior a qué? ¿Es que andan mejor las cosas en Saturno o Marte? Sand se hallaba de acuerdo con Renan para esperar una relativa salvación de una República prudente. «Será muy burguesa y poco ideal, pero es menester comenzar por el comienzo. Nosotros, los artistas, no tenemos paciencia. En seguida queremos la abadía de Thélème, pero antes de decir: "¡Haz lo que quieras!" será menester pasar por el "¡Haz lo que puedas!"». En cuanto a regresar a las formas autoritarias de gobierno, era, según creía ella, ir al desastre:

El sufragio universal, es decir, la expresión de la voluntad de todos, buena o mala, es la válvula de seguridad sin la cual sólo tendríamos explosiones de guerra civil. ¿Qué pasa, entonces? Se nos da esa maravillosa prenda de seguridad, se encuentra ese gran contrapeso social, ¿y ahora se lo quiere restringir y paralizarlo?[79].

No era ya el espíritu revolucionario de 1848, pero comenzaba a ser la prudencia de la Tercera República. Que tenía algo de bueno.

V. *Nunc dimittis…*

> *George Sand a Gustave Flaubert, 6 de noviembre de 1872*: Y bien, ¿por qué no habrías de casarte? Estar solo es odioso, es mortal, y es cruel también para con quienes te quieren. Todas tus cartas son desoladas y me oprimen el corazón. ¿No tienes una mujer a la que quieras o por la que seas amado con placer? Llévala contigo. ¿No hay por ahí un granuja del que puedas creerte padre? Edúcalo. Hazte su esclavo. Olvídate en él… ¡Qué sé yo! Vivir ensimismado es malo…[80].

Ella misma vivía lo que aconsejaba. Durante los años que siguieron a la guerra, George Sand fue, ante todo, una abuela apasionada. Enseñar a leer a Tirite, enseñar a Lolo la geografía, la historia, el estilo, qué alegrías para aquella maestra nata. Aurore continuaba siendo la favorita. «Ella me ocupa mucho. Comprende demasiado aprisa y con ella habría que ir al galope. Comprender la apasiona, saber le disgusta»[81]. El espectáculo del mundo recobra su precio cuando se le puede descubrir totalmente nuevo, en los ojos de los niños. En torno de la anciana, las pequeñas corrían por el brezal como conejos. «¡Dios mío, qué buena es la vida cuando todo lo que uno ama vive y bulle!».

Continuaba gozando, con sus nietas, de los viajes, de la naturaleza, del sol, de las flores. ¿Su trabajo de novelista? No, no le gustaba más que antes. A marchas forzadas escribía dos o tres novelas por año porque era necesario cumplir el contrato con Buloz, al que acababa de agregarse un contrato con Charles-Edmond, para *Le Temps*, y porque su familia y sus amigos necesitaban dinero. Se las arreglaba bastante bien, porque conocía el oficio, pero los temas no se renovaban: idilio campestre (*Marianne Chevreuse*), rapto de niño (*Flamarande* y su continuación: *Les Deux Frères*). Si tuviese libertad para escoger, hubiera preferido descansar y hacer tapicería. Flaubert la estimulaba a leer a los jóvenes: Émile Zola, Alphonse Daudet. A ella le gustaban mucho sus libros, pero los hallaba muy sombríos.

George Sand a Gustave Flaubert, 25 de mano de 1872: La vida no sólo está henchida de malhechores y miserables. Las gentes honradas no son la minoría, ya que la sociedad subsiste dentro de cierto orden y sin demasiados crímenes impunes. Es verdad que los imbéciles dominan; pero hay una conciencia pública que pesa sobre ellos y que los obliga a respetar el derecho. Que se muestre y flagele a los bribones está bien, incluso es moral, pero que nos digan y nos muestren también la contrapartida; de otro modo, el lector ingenuo, que es el lector en general, se disgusta, se entristece, se espanta, y os niega para no desesperarse…[82].

Desde hacía mucho tiempo, los críticos habían dejado de hablar de sus nuevas novelas; el mismo Hugo no le dedicaba un artículo, aunque ella lo hubiese hecho con él; literariamente, se sentía muy aislada. No obstante, algunos hombres de la nueva generación comenzaban a elogiar su idealismo. El mundo literario, como el social, oscila en tomo de un punto fijo. *Itus et reditus*. El péndulo vuelve sobre su marcha. Un cierto Anatole France rendía homenaje al hermoso genio de la señora Sand, a tantas pasiones generosas, a tantas pasiones confusas abrigadas por esa grande y cándida amante de las cosas.

Taine escribía: «Hemos sido realistas a ultranza; hemos insistido excesivamente sobre la parte animal del hombre y sobre los lugares dañados de la sociedad»[83], y afirmaba que Sand tenía, más que nunca, un papel por desempeñar, que los franceses esperaban mucho de ella.

Hippolyte Taine a George Sand, 30 de marzo de 1872: Consérvese usted para nosotros mucho tiempo todavía; denos, además de lo que tiene en el corazón y en la cabeza, esa obra más popular y brillante que yo le pedía; será una predicación, una exhortación para los hombres heridos y quebrantados, un llamamiento, un estímulo que esperan los franceses; ellos no quieren oír una tesis social, ni siquiera una tesis moral, ninguna tesis, sino voces frescas y generosas como la del maestro Favilla, como la del Champí, como la de Villemer, a fin de persuadirse de que hay un mundo heroico, al menos en la región de lo posible, y que elevándose un poco, éste nuestro podría parecérsele…[84].

La elogiaba, en suma, por salvar la fe, la esperanza y la caridad. Ella estaba encantada y muy sorprendida, «pues Flaubert, que me quiere de todo corazón personalmente, no me quiere tanto literariamente. No cree que vaya

yo por el buen camino, y no es el único de mis amigos que me cree más benévola que artista…»[85].

El pobre Flaubert no cejaba en su ira. La política «era pura baboserías». Una «cábala holbachiana» lo perseguía, y sus comedias, *Le Candidat*, *Le Sexe faible*, eran «fracasos de primera magnitud». Ya no había en este mundo lugar para las gentes de gusto. No obstante, continuaba creyendo en el arte por el arte, en la palabra apropiada, en el ritmo de la frase, en la tersura de la obra. Poco le importaba lo que se dijera, con tal de que estuviera bien dicho. Sand lo zarandeaba suavemente: «Tú sólo buscas la frase bien hecha; algo es…, pero no es todo en el arte, no es ni siquiera la mitad». Le suplicaba fuese a Nohant, en donde se sumergiría de nuevo en la alegría y el afecto de una familia:

«¿Qué importa tener cien mil enemigos, si se es querido por dos o tres seres buenos?».

Pero, en 1872, se resistió. En vano quiso Paulina Viardot, a quien él veía con frecuencia, arrastrarlo; la dejó marcharse sola a Nohant, con «las Paulinettes», Marianne y Claudie Viardot. Fue ésta una corta, pero hermosa visita. Como en los tiempos de Liszt, como en los tiempos de Chopin, la música reinó.

> *Diario de George Sand, 26 de septiembre de 1872*: ¡Qué día, qué emoción, qué penetración musical! Paulina canta de día y de noche… Cada vez es más sublime, incomparable. Yo lloro como un ternero… Lolo se *bebe* la música con sus grandes ojos. Las pequeñas Viardot cantaron deliciosamente… Voces de cristal. Pero Paulina, Paulina, ¡qué genio!… *10 de octubre de 1872*: Paulina hace cantar a sus niñas y canta con ellas la *Fra Galina*, que ha arreglado en trío; es encantador. Luego cantó *Alcestes*: «Divinidades del Styx…». Es bello, bello. Es un temblor, una emoción que lo quiebra todo. Estoy embriagada. No puedo pensar en otra cosa… *2 de octubre de 1872*: Paulina canta un poco y promete cantar de nuevo por la noche. Después de la comida se organizan charadas. Lolo participa, haciendo de perro… Es perfectamente deliciosa y se larga en mitad del juego, sin decir siquiera «¡Uf!». Continúan hasta las diez de la noche, y luego Paulina canta *Panchito*, y cinco o seis cosas españolas encantadoras; la *Primavera* de Schumann, y luego *Lady Macbeth* de Verdi, que no me enloquece, ¡pero que ella dice tan bien! Después, el final de *La Sonámbula*, y finalmente *Orfeo*[86]. Es el ideal en los dos tonos, la alegría y el dolor…[87].

Finalmente, para las Pascuas de 1873, el reverendo padre Cruchard[88] hizo la peregrinación a Nohant, en donde vino a reunírsele Turgueniev. Lo iniciaron en las locuras rituales. Danzas desenfrenadas. Todo el mundo se cambió tres veces de traje. Flaubert acabó disfrazándose de bailarina andaluza y esbozando un fandango: «Es muy cómico, pero se ahoga al cabo de cinco minutos. ¡Es mucho más viejo que yo!… Siempre demasiado vivo cerebralmente, en detrimento del cuerpo. Nuestro bullicio lo ensordece…»[89].

Diario de George Sand, 17 de abril de 1873: Se salta, se baila, se canta, se grita, le rompen la cabeza a Flaubert, ¡que quiere interrumpirlo todo para hablar de literatura! Está desbordado. A Turgueniev le gustan el ruido y la alegría. Es tan infantil como nosotros. Danza, baila valses; ¡qué excelente y buen hombre de genio! Maurice nos lee inmejorablemente la *Ballade à la Nuit*. Tiene un gran éxito. Sorprende a Flaubert a propósito de todo… *18 de abril de 1873*: Charla de Flaubert, muy animada e ingeniosa. Pero no admite competencia, y Turgueniev, que es mucho más interesante, apenas si puede decir palabra. Por la noche se traba un verdadero combate hasta la una de la madrugada. Finalmente, nos despedimos. Se van mañana temprano… *19 de abril de 1873*: Se *vive* con el carácter más que con la inteligencia y la grandeza. Estoy fatigada, *derrengada* por mi querido Flaubert. No obstante, le quiero, y él es excelente, pero demasiado exuberante de personalidad. Rompe literalmente a la gente… Esta noche se hace ruido, se juega, se es estúpido deliciosamente. Se echa de menos a Turgueniev, a quien se conoce menos, a quien se quiere menos, pero que tiene la gracia de la sencillez auténtica y el encanto de la bonhomía…[90].

Flaubert, de regreso a su casa, agradeció de todo corazón:

Gustave Flaubert a George Sand, 23 de abril de 1873: Sólo hace cinco días que nos separamos y ya la echo a usted de menos como una bestia. Me hacen falta Aurore y todas las gentes de la casa, y hasta Fadet[91]. Sí, así es; ¡se está tan bien en casa de usted! ¡Son ustedes tan buenos y espirituales!… Sus dos amigos, Turgueniev y Cruchard, filosofaron sobre todo eso de Nohant a Châteauroux, muy agradablemente llevados por el coche de usted, al trote largo de dos excelentes caballos. ¡Vivan los postillones de la Châtre! Pero el resto del viaje fue muy desagradable, a causa de la compañía que teníamos en nuestro vagón. Me consolé con los licores

fuertes, pues el buen moscovita tenía una cantimplora llena de excelente aguardiente…[92].

En el verano, George Sand viajaba coa su nidada. Proponía ir a Suiza; sus hijos preferían ir al mar. «¡Vaya por el mar! Con tal de viajar y bañamos, estoy loca de alegría… Soy exactamente como mis nietas, que están ebrias de antemano y sin saber por qué…»[93]. Mientras estaba en Nohant, permanecía fiel al agua del río. Se hundía en ella con Plauchut y, al acostarse en el agua, evocaba un cortejo de sombras desvanecidas.

Diario de George Sand, 21 de julio de 1873: Al tenderme en el agua pienso en los que en otro tiempo se bañaron aquí con nosotros: Paulina y su madre, Chopin, Delacroix, mi hermano… Incluso nos hemos bañado aquí de noche. Veníamos y regresábamos a pie. Todos han muerto, excepto la señora Viardot y yo. Este pobre rincón campesino ha visto desfilar, sin sospecharlo, no pocas celebridades[94].

Ya no se ocupaba de política. A veces tenía miedo de Enrique V: «Siento que nos invade un olor de sacristía». Hay que decir que el general gobernador de París acababa de prohibir, so pretexto de que podría turbar el orden público, la obra sacada de *Mademoiselle La Quintinie*. A su amigo el príncipe Napoleón le enviaba saludos de Año Nuevo, pero no votos de restauración bonapartista.

George Sand al príncipe Napoleón-Jérôme, 5 de enero de 1874: Dice usted que incluso en política nos entenderíamos; no lo sé, pues ignoro su visión actual de los acontecimientos y no sé lo que espera de ellos para Francia; si desea vernos buscar el remedio para nuestras desventuras en la figura de un niño[95]. No, usted no puede querer eso. Comprendería mejor una ambición personal; pero, aunque la de usted estuviese legitimada por una gran inteligencia, tendría como primer enemigo al partido de la viuda[96] y del niño. En fin, no veo en modo alguno y durante un tiempo imposible de determinar cómo podría el imperialismo reunir los sufragios…[97].

Sólo esperaba la salvación de una República modesta. Finalmente, el año de 1873 vio el establecimiento de esta República, por un voto de mayoría. Asi es Francia.

Desde 1873, Solange vivía al lado de Nohant, en el castillo de Montgivray que había comprado, con su muy impura fortuna, a su prima Léontine Simonnet, hija de Hippolyte Châtiron. En 1871, a favor de la guerra, se reconcilió por un tiempo con su madre y con Maurice. Un día la vieron llegar como suplicante refugiada. La buena Lina se había hecho abogada suya; Solange, domada por el peligro, escondió sus zarpas, y como había heredado los talentos de Sophie Victoire, prestó grandes servicios cortando y cosiendo trajes para Lina y las niñas. Retornada la paz, todo se había echado a perder de nuevo. Sand prohibió la adquisición de Montgivray, pues no quería ver a «aquella lechuza» acechándola desde lo alto de su torre. Como Solange desafiara la prohibición comprando el castillo, por interpuesta persona, a nombre de la señora Brétillot, le fue suprimida su pensión, y Nohant acabó por cerrársele casi totalmente, pues criticaba todo lo que allí se hacía. Pero, de vez en cuando, por la mañana, Regaba como un huracán. Las pequeñas, que tenían santo horror por su tía, hacían la guardia a la puerta de su abuela para detener a Solange.

Los viejos amigos, los viejos enemigos, acababan de desaparecer. El 5 de marzo de 1876 murió la princesa Arabella. Hacia el final, había recuperado su razón y su orgullo. En su salón, nuevamente animado, recibía a la nueva generación de políticos republicanos. Había vivido bastante para ver a Liszt de abate y a Henri Lehmann presidiendo la Academia de Bellas Artes.

Jules Sandeau estaba muy estropeado. La edad lo había cebado y «descabellado»; la pereza y el desaliento lo habían entorpecido; pero todavía se adivinaba que debió ser encantador en su juventud. En el muro de su despacho colgaba un dibujo a lápiz que había hecho de él Aurore Dudevant. «Sólo nosotros, los calvos, tuvimos tantos cabellos», decía él. Cuando se sentaba en el Palais-Royal, en el *café de la Rotonde*, los paseantes decían: «Mira, ése es Sandeau, el primer amante de George Sand». Su único título de gloria.

El mastodonte Marchal inspiraba inquietudes a Sand y a Dumas. No obstante, la posguerra le había dado una oportunidad de éxito. Un aladro suyo, *L'Alsace*, premiado en el Salón, fue grabado en seguida en millares de ejemplares. Después de esto, le encargaron ilustrar las obras de Erckmann-Chatrian. Y los decorados de una obra patriótica. Pero era perezoso, negligente, incumplidor. Y acabaron por anularle la mayoría de los encargos. Había perdido a sus dos poderosos protectores: el príncipe Napoleón y la princesa Mathilde, que, después de la caída del régimen imperial, vivían fuera de Francia. Se hundía en la bohemia sórdida, vivía de expedientes y de

préstamos. «El vino y las mujeres lo perderán», escribía Sand, y esta frase tiene un sonido familiar. Se creería oír un tema sacado de las cartas de Sand sobre Musset: «Diez años de afecto maternal» no han bastado —escribe—, para expulsar «los dos crueles demonios: Pereza y Libertinaje». Tan cierto es que las mujeres cambian poco, y los hombres.

Hortense Allart, la cínica amiga de la romántica George, envejecía. Había escrito un libro audaz sobre sus experiencias amorosas: *Les Enchantements de Prudence*, y Sand había estado «encantada con esos *Enchantements*. Acabo de leer ese libro sorprendente. Es usted una mujer muy grande». ¿Muy grande? Muy franca, más bien; pero George, que lo era menos, apreciaba esa audacia. *Diario de Hortense Allart, 6 de abril de 1873*: «Acabo de recibir una carta de la Reina[98], en respuesta a dos cartas mías, la última de éstas contra la idea de que haya mujeres caídas. Me dice que la mujer caída se debe al conjunto de un pasado que ella rechaza: el infierno, los sacerdotes hipócritas… Cree que todo cambiará. Dice que yo no tengo nada de la vejez y que moriré en plena vitalidad…»[99].

Tampoco George Sand, a los setenta y dos años, se sentía envejecer y comenzaba a creer que viviría hasta una larga edad. Terminaba un libro perfectamente vano: *La Tour de Percemont,* y comenzaba otro: *Albine Fiori*, novela en cartas que era la historia de una hija natural, nacida de las relaciones de un gran señor con una actriz. Una vez más, iban a resultar útiles los antepasados Sajorna y Rinteau. Continuaba escribiendo, sobre todo, cuentos de hadas para Lolo.

Agenda de George Sand, martes de Carnaval, 29 de febrero de 1876: Tengo la intención de trabajar, pero no hay manera… Doy vuelta al jardín, que está lleno de flores: violetas, campanillas, azafranes, anémonas, todo brota. Cerca del invernadero florece el albaricoque. Me preparo un traje; después vienen las niñas para que las arregle y admire: Titite, de hada; Lolo, de valaca, muy bellas las dos. René[100] se disfraza de Pierrot, Maurice de chino, Plauchut de bebé, Lina de india… Se baila y yo toco el piano hasta las nueve, hora en que se acuestan los niños. Entonces cada uno se cambia de traje, con excepción de Plauchut, que se pone una blusa, unas narices postizas y se marcha al baile de la aldea…[101].

Al comenzar la primavera de 1876, George sufría de manera intermitente. Toda la vida se había quejado del hígado y de un intestino rebelde. Pero se acomodaba a sus dolencias y se inquietaba infinitamente más por una neuralgia de Maurice.

> *Agenda de George Sand, 19 de mayo de 1876*: Maurice sufre su crisis a las cinco, hasta las siete y media. Aurore lo acompaña y lo espera para comer. Comen juntos alegremente y la velada pasa sin recaída… También yo he sufrido durante todo el día. Di la lección a Lolo, escribí cartas y leí. He terminado el volumen de Renan: *Dialogues et Fragments philosophiques*…[102].

El 20 de mayo, Maurice y Lina, so pretexto de hacerle una consulta acerca de las neuralgias de «Bouli», pero en realidad porque los sufrimientos de la madre inquietaban a la pareja, hicieron venir de La Châtre al doctor Marc Chabenat. Sand declaró al médico que «*desde hacía quince días* estaba aquejada de un obstinado constipado de vientre, peto que tenía el cerebro tan despejado como siempre y gozaba de buen apetito». Agregó que «aquel estado era más una incomodidad que una enfermedad, por lo cual poco se preocupaba de ello». El 23 de mayo escribió ella misma a su médico de París, el doctor Favre:

> A pesar de la edad —bien pronto setenta y dos años—, no siento síntomas de senilidad. Las piernas andan bien, la vista mejor que en los últimos veinte años, el sueño tranquilo, las manos tan seguías y diestras como en la juventud. Cuando no sufro aquellos crueles dolores, me siento más fuerte y libre en mi ser… Estuve ligeramente asmática: ya no lo soy. Subo las escaleras tan ligeramente como mi perro. Pero *estando una parte de las funciones de la vida casi absolutamente suprimida*, me pregunto qué va a ser de mí y si no debo esperar una súbita partida, cualquiera de estas mañanas…[103].

La muerte es una visitante humilde y discreta. Entra sin ruido. El último párrafo escrito por George Sand no revela ninguna inquietud:

> *29 de mayo de 1876*: Tiempo delicioso. No sufro mucho. Doy un buen paseo por el jardín. Doy la lección a Lolo. Releo una obra de teatro de

Maurice. Después de la comida, Lina va al teatro, a La Châtre. Yo juego al bésig (*sic*) can Sagnier[104]. Dibujo. Lina regresa a medianoche[105].

Con estas palabras se interrumpe el diario de George Sand, pero tenemos el de su vecina, Nannecy de Vasson.

El domingo 28 de mayo —escribe la señora de Vasson— fui a pasar el día a Nohant con Ninie[106], mientras Paulin estaba en Coudray con sus padres. Almorzamos allí, sin la señora Sand; como siempre, estaba un poco enferma, pero sin nada extraordinario; desde hacía tiempo sentía dolores muy vivos, que ya casi no inspiraban inquietud. Después del almuerzo, Lina y yo paseamos por la alameda de la huerta, en donde hablamos largamente de unas y otras cosas… Poco después bajó la señora Sand. Dimos algunos pasos con ella, admirando todas las flores del campo que ama tanto y de las que estaba lleno el prado. Nos llevó hasta un claro del bosquecillo para hacernos admirar una órquide muy rara. Luego regresamos para sentarnos cerca de la casa. La señora Sand habló del viaje a París que proyectaba. La conversación languidecía un poco; nunca era muy viva con la señora Sand, que tenía el espíritu ocupado por mil pensamientos. Dijo una cosa que me sorprendió. Admiraba a un pájaro que andaba ante ella, y agregó: «Es extraño, me está volviendo la vista; veo mucho mejor que con mis anteojos…»[107].

Los días siguientes, la señora Sand sufrió mucho. «Tengo el diablo en el vientre», decía. Los atroces dolores de la oclusión intestinal le arrancaban agudos gritos. Su amigo, el doctor Papet, dijo a Maurice: «Está perdida». Sólo una operación inmediata habría podido salvarla. Pero Sand quiso que viniera de París el doctor Favre, en quien ella tenía confianza y que era «un sabio falso, charlatán y sin práctica médica». Se le pidió que trajese con él a un gran consultor. Llegó solo y, antes de ver a la enferma, dictaminó: «Es una hernia; voy a friccionarla». El primer triunfo teatral de Aurore Dupin, a los diecisiete años, en el Convento de las Inglesas, había sido una adaptación del *Malade Imaginaire*. Ahora moría rodeada de médicos de Molière, que exigían que sucumbiese antes que sacrificar su amor propio.

Finalmente, los Diafoirus locales se decidieron a llamar a un cirujano, Jules Péan, pero éste juzgó imposible la enterotomía y sólo hizo una punción abdominal. La señora Sand sufrió todavía seis días más, llamando fervorosamente a la muerte y humillada por la naturaleza de su enfermedad.

El 7 quiso ver a sus nietas: «¡Cuánto os quiero, niñitas mías!», les dijo. «Besadme. Sed muy buenas». En la noche del y al 8 dijo varias veces: «¡La muerte, Dios mío, la muerte!». Solange estaba ahora junto a ella con Lina. Maurice había hecho llevar una nota a Montgivray: «Nuestra madre está enferma y su estado es grave… Ven si quieres». Solange estaba en París; advertida por un telegrama de sus criados, había venido después de solicitar humildemente le fijaran una hora.

Solange y Lina velaban solas cerca del lecho, cuando oyeron: «Adiós, adiós, voy a morir», luego una frase ininteligible que terminaba con: «Dejar verdura». Después de esto, todavía hubo en su mirada, en su apretón de manos, algo de benévolo y tierno, pero permanecía muda y parecía distraída. «Adiós Lina, adiós Maurice, adiós Lolo, ad…», fueron sus últimas palabras. Murió a las seis de la mañana. A la hora del almuerzo, Solange había ocupado el puesto de su madre y daba órdenes a todos, mientras Maurice se ahogaba de dolor.

George Sand fue enterrada en Nohant, en el recinto funerario del parque, cerca de su abuela, de sus padres y de su nieta Niní. Una lluvia fina y fría caía; el viento, susurrando a través de los tejos nudosos y los bojes, se mezclaba a las letanías del viejo chantre. Todos los campesinos de los alrededores, arrodillados en la hierba húmeda, rezaban su rosario. Con viva sorpresa de los amigos de Sand, el entierro era católico. Solange lo había exigido; Maurice había cedido; el abate Villemont, cura de Vic, solicitó autorización del arzobispo de Burges, Monseñor de La Tour d'Auvergne, que la concedió sin vacilar. «Tuvo razón —dice Renan—; no había para qué turbar las ideas de las sencillas mujeres que iban a rezar por ella, encapuchadas, con el rosario en la mano. En cuanto a mí, hubiese lamentado pasar, sin entrar, ante el portal abrigado por grandes árboles».

Una quincena de familiares habían venido de París: el príncipe Napoleón, autorizado nuevamente a vivir en Francia en 1872; Flaubert, Renan, Dumas hijo, Lambert, Victor Borie, Edouard Cadol, Henry Harrise y Calmann-Lévy. Se observó la ausencia del gigante Marchal; siempre había sido muy egoísta. Delegado por Victor Hugo, Paul Meurice leyó un mensaje del poeta:

> Lloro a una muerta y saludo a una inmortal… ¿La hemos perdido, acaso? No. Estas altas figuras desaparecen, pero no se desvanecen. Lejos de eso; casi podría decirse que se realizan. Al hacerse invisibles bajo una

forma, se hacen visibles bajo otra. Transfiguración sublime. La forma humana es una ocultación. Oculta el verdadero rostro divino que es la idea. George Sand era una idea; ahora está fuera de la carne, ahora es libre; ha muerto y hela aquí viva. «*Patuit dea*…»[108].

Los hombres de letras no pueden escuchar un texto, así sea frente a una tumba, sin juzgarlo como técnicos. Flaubert encontró muy bueno el discurso de Hugo; Renan dijo que era un tejido de frases hechas. Ambos tenían razón, pues las frases hechas de Victor Hugo hacen el buen Victor Hugo. Pero, de repente, un ruiseñor comenzó a cantar con una voz tan dulce, que muchos dijeron: «¡Ah!, he ahí el discurso que realmente conviene aquí».

Flaubert a Turgueniev, 25 de junio de 1876: La muerte de la pobre mamá Sand me ha causado una pena infinita. Lloré en su entierro como un becerro, y en dos ocasiones: la primera, al besar a su nieta Aurore —cuyos ojos se parecían tanto a los suyos aquel día, que era una resurrección—, y la segunda al ver pasar su ataúd frente a mí… ¡Pobre y querida gran mujer!… Era necesario conocerla como la conocí yo, para saber todo lo que había de femenino en ese gran hombre, la inmensidad de ternura que se encontraba en ese genio… Ella quedará como una de las ilustraciones de Francia y como una gloria única[109].

¿Hubiese podido desear ella una oración fúnebre más hermosa que las lágrimas del viejo trovador?

VI.

Consuelo, ¡qué extraño nombre! —dijo el conde.
—Un bello nombre, Ilustrísimo —replicó Anzoleto—. Quiere decir *consolación*.

GEORGE SAND

«Hugo estaba muy por debajo del obispo Bienvenu. Lo sé. Pero, de la mezcla de sus pasiones, ese hijo de la tierra era capaz de dar vida a aquel santo superior al hombre. De la misma manera, George Sand, de su propia

vida, mediocre, deformada, frustrada como toda vida, pudo formar a esa Consuelo, modelo único en el que toda mujer encontrará algo que imitar, y todo hombre algo para entender y amar a toda mujer»[110].

Como toda mujer, George Sand fue hija de la tierra. Más que cualquiera otra, sin duda, por su infancia discordante, por esa lucha que libraban en ella dos clases y dos siglos, por esa libertad precoz y por la dolorosa experiencia de un matrimonio indigno de su genio. Sí, su vida se había frustrado, como se frustra toda vida. Pero con grandeza.

Concedió poca importancia a su obra, pues su verdadera búsqueda era la de lo absoluto, primero en el amor humano, luego en el amor al pueblo, finalmente en el amor a sus nietos, a la naturaleza y a Dios. Sin embargo, de esta obra, de la que hablaba con tanta humildad, una buena parte sigue viva. «George Sand es inmortal por *Consuelo*, obra pascual», sí, pero también por su *Journal intime*, por las *Lettres d'un Voyageur*, por esa inmensa correspondencia tan fácil, tan justa de tono, tan firme de pensamiento, y por la verdad permanente de sus ideas. Muchas de las tesis que defendió y que sorprendieron, en su tiempo, a lectores sin imaginación, se han convertido hoy en la política de los mejores. La igualdad que pedía para las mujeres, éstas están en vía de obtenerla; la igualdad que pedía para el pueblo, el sufragio universal, una más justa repartición de la riqueza, no hay ya espíritu honrado que no esté de acuerdo con ella en esto.

Mucho se han censurado sus aventuras amorosas, pero el jadeante encarnizamiento de su búsqueda se explica por la perfección, inencontrable, que perseguía. La vida de Sand hace pensar en esas novelas de Graham Greene en las que, a lo largo de trescientas páginas, un desventurado héroe comete todos los pecados y en las que, al llegar al último párrafo, el lector descubre que será el pecador quien se salve y no el fariseo. Las almas de fuego, que han hecho los grandes santos, conocieron a menudo tempestuosas juventudes.

Toda vida es guiada por una metafísica latente. La filosofía de Sand era sencilla. El mundo ha sido creado por un Dios bueno. Las fuerzas de amor que existen en nosotros vienen de él. El único pecado sin remisión es llevar al amor, que debe ser comunión total, reticencias y mentiras. Yo no digo que Sand haya vivido siempre de acuerdo con estos principios; ninguno de nosotros vive a cada instante conforme a sus ideas; pero se debe juzgar a los seres más por sus superaciones que por sus desfallecimientos.

La posteridad no se ha engañado. Se recordarán los duros juicios que, hacia 1830, pronunciaba sobre Aurore Sand la pequeña población berrichona

que se hallaba a las puertas de Nohant. Pero ¿qué es lo que se ve hoy en el corazón de La Châtre? Una estatua de George Sand. La réproba, la pecadora, se ha convertido en la patrona de la comarca. Los que fueron sus amigos: Néraud, Papet, Duvemet, Fleury, viven a su lado en las memorias de las gentes. ¿Y dónde están los que la censuraban? ¿Quién conocerá ya sus nombres o sus negativas virtudes?

En 1949, por el centenario de la muerte de Chopin, todo el Berry se dio cita en Nohant. De remotos países llegaron admiradores de George Sand. Piadosamente, los visitantes de un día admiraban los títeres, espiritualmente bufones, que Dumas y Flaubert vieron bailar; el taller en que trabajó Delacroix; el prado en que una noche flotó el blanco velo de Marie d'Agoult, e iban luego a meditar, en el bosquecillo oscuro y fúnebre, sobre las piedras funerarias que relatan, con la magistral brevedad de la muerte, esta extraña y bella historia.

María Aurora de Sajonia, condesa de Horn, viuda de Dupin de Francueil, 1748-1821… *Maurice Dupin, teniente-coronel del 1.er regimiento de húsares,* 1778-1808… *Antoinette-Sophie-Victoire Delaborde*, epitafio roído por los musgos, hoy indescifrable… *Amantine-Lucile-Aurore Dupin, baronesa Dudevant, GEORGE SAND, nacida en París el 1.º de julio de 1804, muerta en Nohant el 8 de junio de 1876.*… Y, después de este gran linaje, otras muertes: *Marc-Antoine Dudevant* (ex Cocoton); *Jeanne-Gabrielle* (ex Niní, y el detestado apellido Clésinger no está grabado en la tumba); luego, *Maurice Sand, barón Dudevant*, 1823-1889; *Lina Sand, nacida Calamatta*, 1842-1901; *Solange Clésinger-Sand, madre de Jeanne*, 1828-1899, y, finalmente, *Gabrielle Sand de Palazzi*, 1868-1909. Esta última había sido Titite en otro tiempo.

En cuanto a Lolo, convertida en la señora Aurore Lauth-Sand, activa y ágil a pesar de sus ochenta y tres años, trotaba por las avenidas, subía corriendo la vieja escalera de piedra, mostraba la gran mesa oval, obra del maestro carpintero Pierre Bonnin, el minúsculo escritorio sobre el que se escribió *Indiana*, el piano que tocaron Liszt y Chopin, y paseaba sobre aquella respetuosa asamblea los ojos de negro terciopelo de su abuela. Cuando llegó la noche, los visitantes se sentaron en la terraza a la luz de la luna, frente a los negros cedros y los sauces llorones. El aroma de los rosales que plantó George rodeaba a aquellos peregrinos apasionados. Por las ventanas del salón azul, abiertas sobre el parque, llegaban las frases de Chopin, *Preludios* o *Nocturnos*, que habían sido escritas en aquella casa, con la mano de la amiga posada sobre el hombro del poeta. Era como el murmullo de confidencias

vagas y melancólicas, susurradas en un ligero suspiro. Cada cual recordaba dulcemente sus desventuras. Luego la nota azul se elevó, y con ella la esperanza. Dos grandes voces parecían decir a aquella muchedumbre: «Tened confianza, hombres de poca fe. Las querellas de los amantes se extinguen; las obras inspiradas por el amor perduran. En este mundo puede haber ternura y belleza». Consuelo había triunfado de Lélia. Tal es el mudo juicio de las generaciones.

Apéndice sobre el nacimiento de Solange Dudevant-Sand

Acerca de este nacimiento se sostienen dos tesis contradictorias, la señora Aurore Lauth-Sand piensa que Solange era hija legítima de Casimir Dudevant. Esta legitimidad le parece tanto más evidente cuanto que, hecha ya mujer, Solange fue bien acogida y generosamente albergada en Guillery. Allí trajo al mundo las dos hijas nacidas de su matrimonio con Clésinger. El barón nunca manifestó una preferencia especial por Maurice. «Es indudable —dice la señora Lauth-Sand— que en 1827-1828, mi abuela hizo una última tentativa de reconciliación completa con su marido».

El actual conde de Grandsagne, autor de una *Histoire sommaire des Grandsagne*, es de opinión opuesta. Alega un sorprendente parecido entre su propia hija, la vizcondesa del Manoir, y el retrato de Solange por Charpentier. En su trabajo genealógico, después de mencionar al hijo legítimo de Stéphane (Paul-Émile-Tancrède Ajasson de Grandsagne, muerto en 1902), agrega: «Stéphane había tenido de George Sand una hija natural, que fue luego señora Clésinger, muerta sin descendencia».

Paul-Émile Ajasson de Grandsagne (1842-1902), hijo de Stéphane, fue profesor de matemáticas en el Colegio Chaptal, y luego jefe de redacción del *Moniteur de la Guerre*, En 1876 pasó a ser director-gerente del *Moniteur général*, órgano oficial del servicio de obras públicas de la ciudad de Paris. Esta publicación traía una sección permanente: Correspondencia y Consultas. En el número del 6 de enero de 1900, puede leerse allí la siguiente respuesta a una consulta hecha previamente:

«Como ya dijimos, poseemos 123 cartas inéditas de George Sand, escritas de 1820 a 1838… dirigidas a quien fue todo para ella; aquel a quien debía una parte de su saber y de su inmenso talento de escritora. En el Berry, todo el mundo sabe que, desde la edad de dieciséis o diecisiete años, Aurore Dupin fue la amiga muy íntima de Stéphane Ajasson de Grandsagne, el creador de las Bibliotecas populares… las cartas de referencia son muy interesantes, pero

demasiado extrañas para ser publicadas. Si fuesen conocidas, quebrantarían todas las ideas generalmente admitidas acerca del carácter y la vida de esta distinguida mujer, que fue una de las glorias de nuestro siglo… No obstante, podemos decir que muchas veces se habla en esa correspondencia de Solange, hija de George Sand, que se casó con el escultor Clésinger…».

Parece evidente que la nota anterior fue redactada por Paul-Émile de Grandsagne, director del periódico en el cual apareció. Este había sido presentado a George Sand, en 1838. Durante una permanencia en el Berry, su tío, Jules de Grandsagne, lo había llevado a Nohant. (Tenía entonces dieciséis años). Más tarde volvió a ver a Sand en París y también en Palaiseau. «Varias veces manifestó ella su deseo de que su correspondencia con Stéphane jamás se diera a publicidad», agrega la nota del *Moniteur général*.

He aquí otros aspectos del problema: el *13 de diciembre de 1827*, es decir, nueve meses, día por día, antes del nacimiento de Solange, que tuvo lugar el *13 de septiembre de 1828*, Aurore Dudevant se hallaba en Paris, donde escribía a Casimir, que se había quedado en Nohant: *Paris, 13 de diciembre de 1827*: …Mañana veré a Broussais, si Stéphane me cumple… Como Stéphane viene aquí esta mañana, si puede partir el lunes, acaso mande de paseo el resto de mis compras…

Mediodía. Stéphane está obligado a pasar aquí el lunes; me pide el favor de que no me vaya hasta el martes; estoy, pues, obligada a posponer mi partida…**[1]**.

Nueve años más tarde, en el momento del proceso de separación de cuerpos de los esposos Dudevant, Casimir redactó un memorándum (Cf. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 948), en el que se encuentra esta significativa frase: «*Noviembre 1827.* Viaje a París con Stéphane Ajasson de Grandsagne, ¡so pretexto de salud!».

Otra información, suministrada por Louise Vincent, en su tesis de doctorado (página 122): «En Nérac recuerdan todavía que cuando George Sand fue en 1837 a Guiliety para recuperar a Solange, que habla sido raptada por Dudevant, ella decía: ‘Lo más curioso es que reivindica una hija que no es suya.’»

Parece ser que también Hippolyte Châtiron había oído contar en el Berry que Solange era hija adulterina. En una carta a su cuñado hacía alusión a este hecho. Este documento se halla en Chantilly: *Hippolyte a Casimir, 28 de junio de 1836*: «En cuanto a la educación de Solange, a fe mía debes tomar tu

partido… Sin ir muy lejos… *¡conforme a todo lo que he oído decir, no te será difícil hacerlo!»*.

Finalmente, Louise Vincent, a falta de las cartas de Sand a Stéphane, pudo conocer otros documentos relativos a su aventura, pues escribe[2]: «Las cartas no forman parte de la colección Spoelberch. Después de la ruptura con Musset, George se lamenta de sus desgracias… *Ya, antes de Jules Sandeau, había tenido un amante que Jules no conoció*. En otra carta inédita, presenta excusas a la señora de Grandsagne. *Le pide perdón por haberla hecho sufrir y por haber amado a su marido*. Cuenta con su generosidad para que le perdone el mal que le ha hecho…».

Bibliografía

FUENTES MANUSCRITAS

Bibliothèque Nationale (Departamento de manuscritos)

Fondo Aurore Sand: Agendas de George Sand, años 1852-1876; Diario íntimo inédito; Cartas inéditas de Alejandro Domas hijo a George Sand; Cartas, en parte inéditas, die George Sand al doctor Émile Régnault; *Sketches and Hints*, manuscrito autógrafo de un diario de juventud; Cartas de Chopin a George Sand.

Fondo Balachowsky-Petit: Cartas inéditas de George Sand a Alejandro Dumas hijo.

Colección Spoelberch de Lovenjoul

E. 868: Correspondencia, en parte inédita, entre Aurore y Casimir Dudevant; Confesión dirigida por Aurore Dudevant a su marido; Cartas de Hippolyte Châtiron a Casimir Dudevant

E. 872: Correspondencia inédita entre George Sand, Marie d'Agoult y Carlotta Marliani.

E. 875, E. 876 y E. 877: Cartas inéditas de George Sand a Émile Aucante.

E. 879: Cartas a Pierre Bocage.

E. 811: Cartas, en gran parte inéditas, de George Sand a Michel de Bourges.

E. 881 bis y *E. 881* ter: Cartas inéditas de George Sand a Marie Dorval.

E. 883: Cartas inéditas de George Sand a Alexis Dutheil.

E. 902: Diario dirigido por Aurore Dudevant a Aurélien de Sèze; Cartas de Aurélien de Size a Aurore Dudevant; Correspondencia entre Aurore Dudevant y Zoé Leroy.

E. 917: Cartas inéditas de George Sand a Eliza Tourangin.

E. 920: Cartas inéditas de George Sand a Jules Boucoiran y a otros corresponsales.

E. 921: Cartes inédites de George Sand a Théodore Rousseau, Gustavo Chaix d'Est-Ange y Charles Poney; Cartes, en parte inédites, de George Sand a su hijo Maurice.

E. 948: Autos del proceso de separación de cuerpos y bienes del matrimonio Dudevant.

E. 953: Cartas inéditas de Eugène Lambert a Émile Alicante.

E. 954: Cartes del conde Ajasson de Grandsagne a la señora Varvara Komarow (Wladimir Karénine); Cartas del conde Ajasson de Grandsagne al vizconde de Spoelberch de Lovenjoul.

Colecciones particulares

Colección de la señora Aurore Lauth-Sand: Diario inédito de Aurore Dupin, en el Convento de las Monjas Inglesas; Cartas inédites de Hippolyte Châtiron a Aurore Dudevant; Correspondencia entre George Sand y su hija Solange; Cartas inédites del principe Charles Radziwill a Solange Clésinger, etc.

Colección de la señora Bonnier de la Chapelle: Correspondencia inédite entre George Sand y Jules Hetzel (P.-J. Stahl).

Colección del señor Henri Goüin: Cartes de George Sand a Edouard Rodrigues.

Colección del señor Alfred Dupont: Cartas inéditas de Lamennais a diversos corresponsales.

Colección del señor Jacques Stiffel: Cartas inéditas de George Sand a Duris-Dufresne.

Colección de Simone André-Maurois: Cartas inéditas de Marie Darval a George Sand; Cartas inéditas de George Sand a Augustine de Berlholdi, Charles Marchai, Edouard Charton y al general Ferri-Pisani; Cartes inédites de Sainte-Beuve a Jeanne de Toutbey y a Solange Clésinger; Cartes de Marie Dorval a Félicie Sandeau.

FUENTES IMPRESAS

Adam (Juliette Lambert, Señora Edmond): *Mes Primières Armes littéraires et politiques* (Paris, Lemerre, 1904); *Mes Sentiments et nos Idées avant 1870* (Paris, Lemerre, 1905).

Adeter (Adolphe): *Souvenirs inédits de Chopin (Le Temps*, número del 28 de enero de 1903); *George Sand et Marie Dorval (Le Temps*, núms. del 19 y el 21 de febrero de 1903).

Ageorges (Joseph): *L'Enclos de George Sand* (Paris, Bernard Grasset, 1910).

Albert-Petit (A.): *George Sand avant George Sand (Journal del Débats*, núm. del 27 de marzo de 1896).

Amic (Henri): *George Sand. Mes Souvenirs* (Paris, Calmann-Lévy, 1893); *ta Défense de George Sand (Le Figaro*, núm. del 2 de noviembre de 1896).

Anónimo: *Compte rendu de la procédure qui a eu lieu les 10 et 11 mai 1836 à La Châtre (Le Droit*, núm. del 18 de mayo de 1836).

Anónimo: *Procès de séparation de corps de Madame Dudevant, auteur des ouvrages publiés sous le nom de George Sand: arrêt de partage (Gazette des Tribunaux*, núms. del 21 de julio y 1 de agosto de 1836).

Balzac (Honoré de): *Lettres à l'Etrangère*, tomo I (Paris, Calmann-Lévy, 1899), tomo II (*id*., 1906), tomo III (*id*., 1933), tomo IV (*id*., 1930), tomo V (todavía inédito en 1932; los originales se hallan en la colección Spoelberch de Lovenjoul); *Correspondance avec Zulma Carraud*, edición revisada y aumentada, publicada por Marcel Bouteron (París, Gallimard, 1951); *Lettres à sa Famille* (Paris, Albin Michel, 1951); *Beatrix* (Paris, Souverain, 1939); *Mémoires de deux Jeunes Mariées*, dedicado a George Sand (Paris, Souverain, 1842).

Barbés (Armand): *Lettres à George Sand (Revue de Paris*, número del 1.º de julio de 1896).

Barbey d'Aurevilly (Jules): *Les Œuvres et les Hommes au* XIX^{e} *siècle*, V; *Les Bas-Bleus* (Paris, Société générale de Libraire catholique, 1878).

Barine (Arvède): *Alfred de Musset* (Paris, Hachette, 1893).

Barrett Browning (Elizabeth): *Letters*, edited by Frederick G. Kenyon, 2 volúmenes (Londres, Smith, Elder and Co., 1898).

Baudelaire (Charles): *Œuvres posthumes et correspondances inédites*, publicadas por Eugène Crépet (Paris, Quantin, 1887); *Journaux intimes* (Paris, *Mercure de France*, 1908); *Mon Cœur mit à nu; Écrits intimes*, prefacio de Jean-Paul Sartre (Paris, *Éditions du Point du Jour*, 1946).

Béranger: *Correspondance*, recogida por Paul Boiteau, 4 volúmenes (París, Perrotin, I860).

Bertaut (Jules): *George Sand devant la critique (L'Opinion*, número del 16 de enero de 1909); *Une Amitié romantique: George Sand et François*

Rollinat (Revue de Paris, núm. del 1.º de junio de 1914).
Bidou (Henry): *La Chartreuse de Valldemosa* (Suplemento del *Journal des Débats*, núm. del 1.ª de julio de 1904).
Billy (André): *Balzac*, 2 volúmenes (Paris, Flammarion, 1944-1947).
Blaze de Bury (Henri): *Épisode de l'Histoire du Hanovre: les Koenigsmark* (Paris, Michel Lévy, 1855); *Les Amours de Chopin et de George Sand (Mercure de France*, núm. de junio de 1900).
Brault: *Une Contemporaine. Biographie et Intrigues de George Sand* (folleto publicado sin nombre de editor, Paris, 1848).
Brisson (Adolphe): *Les Amours de George Sand (Le Temps*, número del 25 de octubre de 1896); *George Sand et Alfred de Musset (Le Temps*, núm. del 23 de diciembre de 1896); *Gabrielle Sand (Les Annales politiques et littéraires*, núm. del 18 de julio de 1904).
Brunetière (Ferdinand): *Histoire et Littérature*, tomo V, II; *George Sand et Flaubert* (Paris, Calmann-Lévy, 1891).

Cabanès (Doctor): *Un Rosnan vécu à trois personnages: Alfred de Musset, George Sand, Pagello (La Revue hebdomadaire*, número del 1.º de agosto de 1896); *Une visite au docteur Pagello (La Revue hebdomadaire*, núm. del 24 de octubre de 1896).
Cadol (Edouard): *Une Visite à Nobant. La Bête noire* (Paris, Lévy, 1875).
Capo de Feuillide: *Lélia, par George Sand (L'Europe Littéraire*, número del 22 de agosto de 1833).
Caro (Edme): *George Sand* (Paris, Hachette, 1887).
Castellane (Mariscal de): *Journal*, 5 volúmenes (Paris, Plon, 1896). Cf. tomo IV: 1847-1853.
Catalogue de la Bibliothèque de Madame George Sand et de M. Maurice Sand. Venta del 24 de febrero al 3 de marzo de 1890 (París, Fetroud, Libraire des Amateurs, 1890).
Claretie (Jules): *La Vie à Paris, 1880-1883* (Paris, Havard, 1881-1884): *Jules Sondean* (Paris, Quantin, 1883); *Madame Dorval (Le Temps*, núm. del 1.º de abril de 1904).
Clément (Abate S.): *George Sand. Souvenirs d'un curé de campagne* (Bourges, Sire, 1901).
Clouard (Maurice): *Alfred de Musset et George Sand (Revue de Paris*, núm. del 15 de agosto de 1896); *Alfred de Musset. Documents inédits* (Pads, Chaix, 1896); *Alfred de Musset, lauréat de F Académie (Nouvelle Revue*, 1899).
Colet (Louise): *Lui* (Paris, Calmann-Lévy, 1880).

Cornuault (Charles-Pierre): *Une Grande passion d'un gran Ecrivain* (Aix-en-Provence, Editions de la Victoire).
Coupy (Etienne): *Marie Dorval* (Paris, Albert Lacroix, Librairie Internationale, 1868).

Chambon (Félix): *Notes sur Prosper Mérimée* (Paris Dorbon aîné, 1904).
Charpentier (John): *George Sand* (Paris, Tallandier, 1936); *Alfred de Musset* (Paris, Tallandier, 1938).
Chateaubriand: *Mémoires d'outre-tombe*, edición del Centenario, dirigida por Maurice Levaillant, 4 volúmnes (Paris, Flammarion, 1948). Cf. tomos III y IV.
Chopin (*Souvenirs inédits de Frédéric*) recogidos y anotados por Misczyslaw Karlowicz. Traducidos por Laure Disière (Paris, H. Walter, 1904).

Davray (Jean): *George Sand et ses Amants* (Paris, Albin Michel, 1935).
Delacroix (Eugène): *Journal*, 3 volúmenes (París, Plon, 1932); *Correspondance génerait*, publicada pot André Joubin, 5 volúmenes (Paris, Plon, 1936-1938).
Donnay (Maurice): *Alfred de Musset* (Paris, Hachette; 1914).
Dorval (Marie): *Lettres à Alfred de Vigny*, recogidas y anotadas por Charles Gaudier (Paris, Gallimard, 1942).
Dostoiewski (Fédor): *Journal d'un Écrivain*, traducción del ruso de J.-W. Bienstock y J.-A. Nau (París, Charpentier, 1904). Cf. *La Mort de George Sand*, pigs. 225-236.
Doumic (René): *George Sand* (Paris, Perrin, 1908); *L'Amie de Michel de Bourges. Mauprat (Revue hebdomadaire*, marzo 1909); *Dix Années de la Vie de George Sand (Revue des Deux Mondes*, núm. del 15 de abril de 1912).
Duquesnel (Félix): *Les Diners Magny (Le Gaulois*, núm. del 30 de junio de 1904); *George Sand intime (Le Temps*, nuns, del 30 de setiembre de 1912 y del 4 de enero de 1913); *Comment écrivait George Sand (Le Temps*, núm. del 10 de octobre de 1912); *Nohant (Le Temps*, núm. del 17 de enero de 1913).

Escholier (Raymond): *Delacroix*, 3 volúmenes (Paris; Floury, 1926-1929).

Faguet (Émile): *XIX^e Siècle. Études littéraires. George Sand; Amours d'Hommes de lettres: George Sand et Musset* (Paris, Société français

d'imprimerie et de Librairie, 1907); *Michel de Bourges (Revue des Deux Mondes*, núm. del 1.º de noviembre de 1909).
Fidao (J.-E.): *Pierre Leroux (Revue des Deux Mondes*, núm. del 15 de mayo de 1906).
Foemina (Madame Bulteau): *Les Koenigsmark (Supplément littéraire du Figaro*, 7 y 14 de marzo de 1914).
Fontaney (Antoine): *Journal intime*, publicado por René Jasinski (Paris, Les Presses Françaises, 1925).
Forgues (E.): *Correspondance inédite entre Lamennais et le Baron de Vitrolles* (Paris, Charpentier, 1886).
France (Anatole): *La Vie littéraire*, tomo I (Paris, Calmann-Lévy, 1892).

Gailly de Taurines (Ch.): *Aventuriers et Femmes de qualité. Cl. la Fille du Maréchal de Saxe* (Paris, Hachette, 1907).
Galzy (Jeanne): *George Sand* (Paris, Julliard, 1950).
Ganche (Édouard): *Frédéric Chopin, sa vie et ses œuvres* (Paris, *Mercure de France*, 1913).
Gestat (Pierre): *La Vie mouvementée et passionnée d'un gran avocat: Michel de Bourges* (Bourges, Société historique et littéraire du Cher, 1949).
Ginisty (Paul): *Le Baron Haussmann et George Sand (Journal des Débats*, núm. del 31 de marzo de 1909); *Bocage* (Paris, Félix Alcan, 1932).
Goncourt (Edmond y Jules de): *Journal des Goncourt*, tomo III (Paris, Charpentier, 1888).
Grandsagne (Paul-Émile-Ajasson de): *Correspondance et Questions posées (Le Moniteur général*, núm. del *6* de enero de 1900).
Grenier (Edouard): *Souvenirs littéraires* (Paris, Lemerre, 1894).
Gréville (Henry): *Maurice Sand* (Versailles, Cerf et fils, 1889).

Halpérine-Kaminsky (Ely): *Lettres d'Ivan Tourgueneff à Madame Viardot (Revue hebdomadaire*, núm. del 1.º de octubre de 1898); *Ivan Tourgueneff d'après sa correspondance avec ses amis français* (Paris, Eugène Fasquelle, 1901).
Haussmann (Barón): *Mémoires* (París, V. Havard, 1890). Cf. tomo II, págs. 129-136.
Haussonville (Othenin, vizconde de): *Études biographiques et littéraires: George Sand* (Paris, Calmann-Lévy, 1879).
Heine (Heinrich): *Sümmtliche* l *Verke* (Hamburgo, Hoffmann und Campe, 1874); *Briefe von Heinrich Heine*, herausgegeben von Eugen Wolff

(Breslau, Schottlander, 1893).
Hevesy (André de): *Liszt et les Romantiques (Revue de Paris,* número del 1.º de noviembre de 1911).
Heylli (Georges d'), (Edmond Poinsot): *La Fille de George Sand* (Paris, sin nombre del editor, 1900). Edición de 200 ejemplares. *Histoire de Maurice, comte de Saxe*, 2 volúmenes publicados sin nombre de autor (Dresde; Walther, 1770).
Houssaye (Arsène): *Confessions. Souvenirs d'un demi-siècle (1830-1890).* (París, Dentu, 1891). Cf. tomos V y VL

Isaac (El Bibliófilo), (Charles, vizconde Spoelberch de Lovenjoul): *Étude bibliographique sur les enivres de George Sand* (Bruselas, 1868). Edición de 100 ejemplares. Ver más adelante: Lovenjoul.

Janin (Jules): *Biographies de Femmes auteurs: George Sand* (Paris, Alfred de Montferrand, 1836).
Jasinski (René): *Les Années romantiques de Théophile Gautier* (Paris, Vuibert, 1929).
Jaubert (Caroline): *Souvenirs, Lettres et Correspondances* (Paris, Hetzel, 1881).

Karénine (Wladimir), (Varvara Komarow): *George Sand, sa vie et ses œuvres, 4* volúmenes. Tomo I: *1804-1833*, y tomo II: *1833-1838* (Paris, Ollendorff, 1899). Tomo III: *1838-1848* (Paris, Plon-Nourrit, 1912). Tomo IV: *1848-1878* (Paris, Plon, 1926).
Karlowicz (Mieczyslaw): *Lettres inédites de Chopin* y *Souvenirs de Chopin (La Revue hebdomadaire*, núm. 8, 1902, y *Revue musicale*, enero a septiembre de 1903).
Kératry (Conde de):. *Lettres inédites de George Sand (Le Figaro,* núm. del 28 de septiembre de 1888).
Knosp (Gaston): *Journal de Chopin (Le Guide musical*, números del 8 y del 15 de septiembre de 1907).

Laisnel de la Salle (A.): *Anciennes Moeurs, Scènes et Tableaux de la Vie provinciale au XIXª siècle* (La Châtre, Montu, 1900).
La Rochefoucauld (Sosthène, vizconde de): *Mémoires* (París, Allardin, 1837). Cf. 333-383, diez cartas de George Sand.
La Salle (Bertrand de): *Alfred de Vigny* (Paris, Arthème Fayard, 1939).

Latouche (Hyacinthe Thabaud de Latouche, llamado Henri de): *Léo* (Paris, Michel Lévy, 1840).

Lauvrière (Em.): *Alfred de Vigny, sa vie et son œuvre*. Edición aumentada en 2 volúmenes (Paris, Grasset, 1946). La edición original, en 1 volumen, apareció en 1909, editada por Armand Colin.

Lecomte de Nouy (Hermine Oudinot, Madame), y Henri Amie: *En regardant passer la vie…* (Paris, Ollendorff, 1903); *Jours passés* (Paris, Calmann-Lévy, 1908).

Lemaître (Jules): *Les Contemporains*, 7 volúmenes (Paris, Lecène et Oudin, 1886-1899). *Cl.* tomo IV, págs. 139-168: *George Sand; Impressions de Théâtre*, 10 volúmenes (Paris, Lecène et Oudin, 1888-1898). Cf. tomo I, págs. 141-157, y tomo IV, páginas 125-133.

Levallois (Tules): *Saint-Beuve, Gustave Planche et George Sand (Revue bleue,* núm. del 19 de enero de 1893); *Souvenirs littéraires. Visite chez George Sand (Revue bleue,* núm. del 16 de marzo de 1893).

Liszt (Franz): *Lettre d'un Voyageur à monsieur George Sand (Revue et Gazette musicale,* núm. del 6 de diciembre de 1833); *Frédéric Chopin* (Paris, Escudier, 1832); *Correspondance de Liszt et de Madame d'Agonit*, publicada por Daniel Ollivier, 2 volúmenes (Paris, Grasset, 1933-1934); *Correspondance de Liszt et sa Fille, Madame Emile Ollivier* (Paris, Grasset, 1936).

Lorenz (Paul): *Aurore de Koenigsmarh* (Paris, Éditions des Quatre Vents, 1945).

Lovenjoul (Charles, vizconde de Spoelberch de): *Étude balzaciennes: Un Roman d'Amour* (Pads, Calmann-Lévy, 1896); *A propos de lettres inédits (Le Figaro,* núms. del 15 al 22 de febrero de 1893); *La Véritable Histoire de «Elle et Lui»* (Paris, Calmann-Lévy, 1897); *Histoire des Œuvres de Balzac*. Tercera edición, enteramente revisada y corregida (París, Calmann-Lévy, 1888); *George Sand. Étude bibliographique sur ses Œuvres*. Edición póstuma de 120 ejemplares. Es una reimpresión, considerablemente aumentada, de la bibliografía publicada en Bruselas en 1868 y en la que el autor trabajó hasta su muerte (Paris, Henri Leclerc, 1914).

Magon-Barbaroux: *Michel de Bourges* (Marsella, *Flammarion*, Aubert in et Rolle, 1897).

Marbouty (Caroline), llamada Claire Brunne: *Une Fausse position*, 2 volúmenes (París, Amyot, 1844).

Mariéton (Paul): *Une Histoire d'amour: George Sand et Alfred de Musset* (Paris, Havard fils, 1897); *Les Amants de Venise* (Paris, Ollendorf, 1903).
Maugras (Gaston): *Les Demoiselles de Verrières* (París, Calmann-Lévy, 1890).
Maupassant (Guy de): *Préface à l'Edition originale des Lettres de Gustave Flaubert à George Sand* (Paris, G. Charpentier, 1884).
Maurras (Charles): *Les Amants de Venise* (Paris, Albert Frontemoing, 1903).
Maynial (Êdourd): *Le Procès en Séparation de George Sand (Mercure de France*, núm. del 1.º de diciembre de 1906).
Michaut (Doctor): *Une Observation £Incompatibilité sexuelle (Chronique médicale*, núm. del 1.º de julio de 1904); *George Sand et Dumas fils (Chronique médicale*, núm. del 1.º de septiembre de 1904).
Mille (Pierre): *Frédéric Chopin, d'après quelques lettre inédits (Revue bleue*, núm. del 7 de enero de 1899).
Monin (Hippolyte): *George Sand et la République de février 1848 (La Révolution Française*, 14 de noviembre y 14 de diciembre de 1899; 14 de enero y 14 de febrero de 1900).
Moser (Françoise): *Marie Dorval* (Paris, Plon, 1947).
Mourot (Eugène): *Un Oublié: Ajasson de Grandsagne* (Paris, Imprimerie Chaix, sin fecha).
Musset (Alfred de): *Confession d'un Enfant du Siècle* (Paris, 1836).
Musset (Paul de): *Lui et Elle* (Paris, Charpentier, 1860); *Alfred de Musset*, biografía (Paris, Charpentier, 1877).

Nicolas (Auguste): *Aurélien de Sèze* (Ch. Douniol, 1870).
Nozière (Fernand): *Marie Dorval* (Félix Alcan, 1928); *Elle et Lui (Le Temps*, núm. del 11 de junio de 1904).

Pailleron (Marie-Louise): *George Sand*, 2 volúmenes (Paris, Grasset, 1938-1942); *François Buloz et ses Amis*. I: *La Vie littéraire sous Louis-Philippe*; II: *La Revue des Deux Mondes et la Comédie Française* (Paris, Firmin-Didot, 1930); *Le Paradis perdu. Souvenirs d'enfance* (Paris, Albin Michel, 1947); *Une Petite-Fille de George Sand (Revue des Deux Mondes*, núm. del 13 de octubre de 1930).
Parturier (Maurice): *Une Expérience de Lilia ou le Fiasco du comte Gazul* (Paris, Le Divan, 1934); *Deux Lettres de Prosper Mérimée à George Sand* (Paris, Le Divan, 1933).

Pictet (Adolphe): *Une Course à Chamonix* (Paris, Benjamin Duprat, 1838).
Planche (Gustavo): *Portrais Littéraires*, 2 volúmenes (Paris, 1848),
Plauchut (Edmond): *Autour de Nohant* (Paris, Calmann-Lévy, 1898); *George Sand à Gargilesse (Le Temps*, núm. del 13 de agosto de 1901).
Pourtalès (Guy de): *Liszt* (Paris, Gallimard, 1926); *Chopin ou le Poète* (Paris, Gallimard, 1936).
Pyat (Félix): *Comment j'ai connu George Sand (Grande Revue de Paris et de Saint-Pétersbourg*, núm. del 13 de febrero de 1888).

Ramann (Lina): *Franz Liszt als Kunstler und Mensch*, 3 volúmenes (Leipzig, Breitkopf und Hartel, 1880-1887).
Renan (Ernest): *Feuilles détachées* (Paris, Calmann-Lévy, 1894). Rocheblave (Samuel): *Une Amitié romanesque: George Sand et Madame d'Agonit (Revue de Paris*, núm. del 15 de diciembre de 1894); *George Sand avant George Sand (Revue de Paris*, número del 15 de marzo de 1896). Prefacio a la edición original de las *Lettres de George Sand à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve* (Paris, Calmann-Lévy, 1903); *Lettres de George Sand à Charles Poney (Revue des Deux Mondes*, núms. del l'y del 13 de agosto de 1909).
Rollinat (François): *Liszt et Chopin (Le Temps*, núm. del 1.º de septiembre de 1874).

Sainte-Beuve (Charles-Augustin): *Correspondante générale*, recogida, clasificada y anotada por Jean Bonnerot, *1818-1846*, seis volúmenes, en 7 tomos, han aparecido ya (París, Stock, 1933-1949); *Causeries du Lundi*, edición Garnier frères, sin fecha, en 13 volúmenes. Cf. tomos I, II, III, IV, IX, X, XI, XII, XIII y XV; *Portraits de Femmes* (Paris, Gamier frères, sin fecha). Cf. páginas 103, 163 y 447; *Premiers Lundis*, 3 volúmenes (Paris, Calmann-Lévy, 1886-1894). Cf. tomos II y III; *Portraits contemporains*, 3 volúmenes (Paris, Calmann-Lévy). Cf. tomos I, II, III y IV: *Nouveaux Lundis*, 13 volúmenes (Paris, Calmann-Lévy, 1870-1894). Cf. tomos I, II, III, V, VL VIII, IX, X, XL XII y XIII.
Sajonia (Maurice, conde de): *Lettres et Documents inédits*, publicados por el conde d'Eckstaadt (Leipzig, Denicka, 1867).
Sajonia (Maurice, Mariscal de): *Mes Rêveries* (Paris; Durand, 1737). Sand (Aurore): *Souvenirs de Nohant (Revue de Paris*, núm. del 1.º de septiembre de 1916); *Le Berry de George Sand* (Paris, Albert Momancé, 1927).

Sand (Maurice): *Masques et Buffons (Comédie italienne)* (Paris, Michel Lévy, 1860); *Le Monde des Papillons* (Paris, Rothschild, 1866); *Raoul de La Châtre* (Paris, Michel Lévy, 1863). Sandeau (Jules): *Marianna* (Paris, Werdet, 1832).

Séché (Léon): *Sainte-Beuve, son esprit, ses idéals, ses mœurs*, 2 volúmenes (*Mercure de France*, 1904); *Correspondance inédite de Sainte-Beuve avec M. et Mme. Juste Olivier* (Paris, *Mercure de France*, 1904); *Hortense Allan de Mérilens, dans ses rapports avec Chateaubriand, Béranger, Lamennais, Sainte-Beuve, George Sand, Madame d'Agoult* (Paris, *Mercure de France*, 1908); *Lettres inédits d'Hortense Allart de Méritent à Sainte-Beuve* (1841-1848), con una introducción y notas de Léon Séché.

Séché (Alphonse): *Alfred de Musset anecdotique* (Paris, Sansot, 1907).

Séché (Alphonse) y Bertaut (Jules): *La Vie anecdotique et pittoresque des grands Écrivains: George Sand* (Grand-Montroube, Louis Michaud, 1909).

Ségu (Frédéric): *Henri de Latouche*, 1783-1851 (Paris, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1931); *Le Premier Figaro, 1826-1833* (Paris, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1932).

Seillière (Barón Ernest): *George Sand, mystique de la passion* (Paris, Félix Alcan, 1920); *Nouveaux Portraits de Femmes* (Paris, Ëmile-Paul, 1923).

Sellards (John): *Charles Didier, 1805-1864* (Paris, Honoré Champion, 1904).

Silver (Mabel): *Jules Sandeau, l'homme et la vie* (Paris, Boivin et C^{ie}, L'Entente Linotypiste, 1936).

Stern (Daniel), Marie de Flavigny, condesa d'Agoult: *Histoire de la Révolution de 1848*, 3 volúmenes (Paris, G. Sandré, 1851). Cf. tomo II: *Nélida* (Paris, d'Amyot, 1846); *Souvenirs* (Paris, Calmann-Lévy, 1877); *Mémoires* (Calmann-Lévy, 1927); *Autour de Madame d'Agoult et de Usa* (Paris, Bernard Grasset, 1941), cartas publicadas por Daniel Ollivier.

Taine (Hippolyte): *Derniers Essais de Critique et l'Histoire* (Paris, Hachette; 1894).

Tocqueville (Alexis de): *Souvenirs* (Paris, Calmann-Lévy, 1893).

Toesca (Maurice): *Une Autre George Sand* (Paris, Plon, 1945).

Troubat (Jules): *Souvenirs du dernier secrétaire de Sainte-Beuve* (Paris, Calmann-Lévy, 1890).

Vicaire (Georges): *Manuel de l'Amateur de Livres au XIX^e^ siècle*, 8 volúmenes (París, P. Rouquette, 1894-1920). Cf. tomo VII, paginas 193-330.

Viel-Castel (Conde Horace de): *Mémoires sur le temps de Napoleón III, 1851-1864*, 6 volúmenes (Berna, Imprimerie Haller, 1883).

Vincent (Louise): *George Sand et le Berry* (Paris, Edouard Champion, 1919); *George Sand et l'Amour* (Paris, Champion, 1917); *La langue et le Style de George Sand dans les Romans champêtres* (Paris, Edouard Champion, 1919).

Vivent (Jacques): *La Vie privée de George Sand* (Paris, Hachette, 1949).

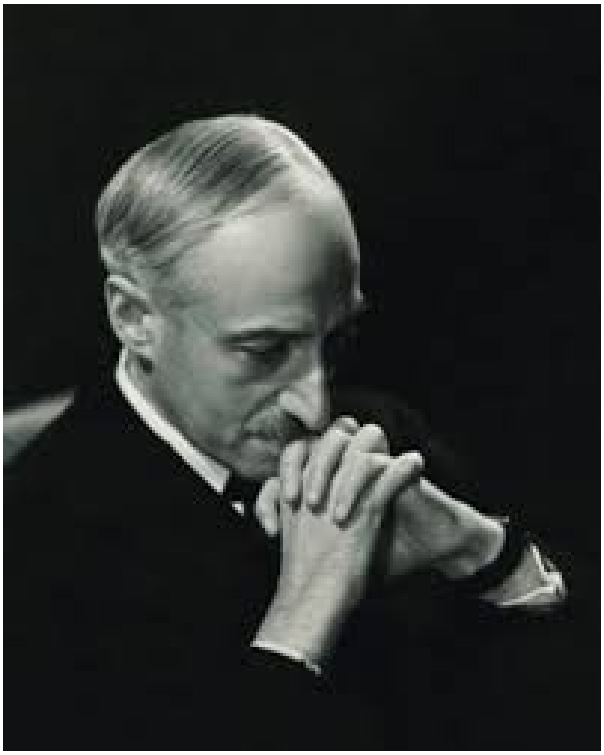
Vuillermoz (Emile): *Vie amoureuse de Chopin* (Paris, Flammarion, 1927).

Wodzinski (Conde): *Les Trois Romans de Frédéric Chopin* (Paris, Calmann-Lévy, 1886). Cf. págs. 239-323: *George Sand*.

Zola (Emile): *Documents littéraires, Études et Portraits: George Sand* (Paris, G. Charpentier, 1881).

Zweig (Stefan): *Balzac* (Paris, Albin Michel, 1950).

La presente obra se hallaba en prensa cuando el autor recibió, en diciembre de 1931, el libro del señor Édouard Dolléans: *Féminisme et Mouvement ouvrier: George Sand* (Les Editions Ouvrières, colección «Masses et Militants», Pads, 1931) y el número especial consagrado a los *Problèmes du Romantisme* por la *Revue des Sciences humaines* (Faculté des Lettres de Lille, 1931), que contiene el artículo de la señora Thérèse Maris-Spire: *Bataille de Dames, George Sand et Madame d'Agoult*.



ANDRÉ MAUROIS (Elbeuf, Normandía, 26 de julio de 1885 - Neuilly-sur-Seine, 9 de octubre de 1967) fue el seudónimo de Émile Herzog, Émile Salomon Wilhelm Herzog, novelista y ensayista francés.

Descendiente de una rica familia dedicada a la industria textil, realizó sus estudios secundarios en Ruan (Liceo Corneille) y superiores en Caen. Tuvo como profesor al filósofo Alain que le animó a tomar el camino de la escritura. Ante la perspectiva de tomar la dirección del negocio familiar, optó por la literatura.

Durante la I Guerra Mundial, sirvió como intérprete del Estado Mayor británico, lo que le familiarizó con el carácter y la cultura anglosajona.

En 1938 ingreso en la Academia francesa. Durante la II Guerra Mundial luchó por la Francia libre como capitán del ejército francés, y se refugió en Estados Unidos al negar su obediencia al gobierno pronazi de Vichy. Estuvo con las fuerzas aliadas en África del norte en 1943.

A su regreso a Francia, en 1946, siendo recibido con todos los honores, siguió escribiendo y llegó a alcanzar una avanzada edad, falleciendo a los 82 años el 9 de octubre de 1967.

Recibió en vida el homenaje del mundo intelectual -aparte de la admiración del público-, y, entre otras distinciones, la de académico, siéndole otorgada

también la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Notas

[*] Salvo indicación en contrario, las referencias dadas en el curso de esta obra corresponden a la edición original de cada libro, o la edición de las *Œuvres Completes* en 109 volúmenes, sin indicación de tomos, editada primero por Hetzel-Lecou (1853-1855) por lo que respecta a los 21 primeros volúmenes, luego por Michel Lévy, actualmente Calman-Lévy (1856-1897) por lo que hace a los volúmenes siguientes. Muchas de las obras de George Sand aparecieron por primera vez en esta edición colectiva. <<

[1] Charles Maturas: *Les Amants de Venise*, pág. 9. <<

[2] Maurice, comte de Saxe: *Lettres et Documents inédits*, páginas 342-355. <<

[3] Gaston Maugras: *Les Demoiselles de Verrières*, pág. 28. <<

[4] *Opus cit*., pág. 30. «Mañana daremos descanso. / Aunque el director se enfade; / Veros sería nuestro deseo. / Pero es exigente la gloria. / Sólo en vuestra dicha pensamos; / Y vosotros en la victoria». *(N. del T.)* <<

[5] Ministerio de la Guerra, archivos administrativos, *Dossier du maréchal de Saxe*. <<

[6] Archivos nacionales, *Parlement*, X I A 4533, 15 de mayo de 1766. <<

[7] Actualmente, núm. 45 de la rue d’Auteuil. <<

[8] Ministerio de la Guerra: *Dossier De Horne (Antoine)*. <<

[9] Ministerio de la Guerra: *Dossier du maréchal de Saxe*, IV-1768 y XI-1772. <<

[10] Ministerio de la Guerra: *Dossier du maréchal de Saxe*, IV-1768 y XI-1772. <<

[11] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. I, pág. 39. <<

[12] Venta de autógrafos del 14 de mayo de 1888, catálogo Étienne Charavay. <<

[13] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. I, págs. 43-44. <<

[14] Cf. Ch. Gailly de Taurines: *Aventuriers et Femmes de qualité: la Pille du maréchal de Saxe*. Hachette, París, 1907. <<

[15] Archivos nacionales, *Comité de sûreté générale* (legajo Ammonin). <<

[16] Archivos nacionales, *Comité de sûreté générale*, recibido en el comité el 21 Frimario (11 de diciembre de 1793). <<

[17] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. 1, pág. 338. <<

[18] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. I, pág. 241. <<

[19] *Opus cit*., t. I, pág. 409. <<

[20] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, folio 70. Carta inédita de George Sand a Charles Poncy (23 de diciembre de 1843). <<

[21] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. I, pág. 433. <<

[22] *Opus cit*., t. I, pág. 471. <<

[23] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. I, pág. 434. <<

[24] *Opus cit*., t. II, pág. 72. <<

[25] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. II, pág. 117. <<

[26] *Opus cit*., t. II, pág. 118. <<

[27] George Sand: *Voyage en Auvergne et en Espagne, 1825*, obra póstuma publicada en el suplemento literario del *Fígaro*, números del 4 y del 11 de agosto de 1888. <<

[28] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. II, pág. 208. <<

[29] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. II, pág. 243. <<

[30] *Opus cit*., t. II, pág. 243. <<

[31] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. II, pág. 330. <<

[32] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. II, pág. 365. <<

[33] Colección Spoelberch de Lovenjoul, texto inédito, E. 946. Fs. 10-14. <<

[34] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. III, pág. 131. <<

[35] Colección de la señora Aurore Lauth-Sand, texto inédito. <<

[36] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. III, pág. 84. <<

[37] Texto citado por Samuel Rocheblave en *George Sand avant George Sand. (Revue de Paris*, 15 de mayo de 1898.) <<

[38] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. III, págs. 150-151 (*Pareces abatida hoy, Dupin. ¿Qué te sucede?*) <<

[39] *Opus cit*., t. III, pág. 179. <<

[40] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. III. <<

[41] Simone de Beauvoir: *Le Deuxième Sexe*, t. II, pág. 508. <<

[42] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. III, pág. 188. <<

[43] *Opus cit*., t. III, pág. 207. <<

[44] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. III, págs. 195-196. <<

[45] *Opus cit*., t. III, pág. 232. <<

[46] *Opus cit*., t. III, pág. 252. <<

[47] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. III, pág. 214. <<

[48] Citado por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, página 100. (¡Anda, sol declinante! Oculta tus pálidos rayos tras los árboles lejanos. La estrella vespertina anuncia el fin del día. La noche que cae esparce sobre el paisaje su melancolía. Con tu regreso, bella luz, la Naturaleza recobrará su alegría y belleza, pero ya nunca la dicha confortará mi alma.) <<

[49] *Revue de Paris*, 1.º de noviembre de 1911. <<

[50] *Opus cit*. <<

[51] George Sand: *Le Secrétaire intime*, pág. 203. <<

[52] *Opus cit*., pág. 212. La propia George Sand ha indicado que este retrato de anciana es el de su abuela. <<

[53] Carta publicada por Pierre Salomon y Jean Mallion en *Un Mariage manqué de George Sand (Bulletin des Bibliophiles et des Bibliothécaires;* noviembre de 1949, págs. 312-318). <<

[54] Carta publicada en la *Revue de Paris*, 1.º de noviembre de 1911, pág. 24. <<

[55] Carta publicada en la *Revue de Paris*, 13 de noviembre de 1911, pág. 326. <<

[56] Carta citada por Louise Vincent en *George Sand et le Berry*, páginas 53-55. <<

[57] George Sand: *Correspóndanse*, t. I, pág. 18. <<

[58] *Opus cit*., t. IV, pág. 248. <<

[59] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. III, págs. 293-294. <<

[60] *Opus cit*., t. III, pág. 300. <<

[61] George Sand: *Impressions et Souvenirs*, pág. 129. <<

[62] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. Ill, *pig*. 293. <<

[63] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t IV, pág. 306. <<

[64] George Sand: *Impressions et Souvenirs*, pág. 132. <<

[65] *Opus cit*., pág. 136. <<

[66] George Sand: *Lettres d'un Voyageur*, pág. 115. <<

[67] *Opus cit*., pág. 116. <<

[68] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. Ill, pig. 345. <<

[69] George Sand: *Lettres d'un Voyageur*, pig. 117. <<

[70] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. Ill, pig. 294. <<

[71] *Opus cit*., t. III, pág. 319. <<

[72] En el momento de su matrimonio con Aurora de Sajonia, Dupin de Francueil era viudo. De su primer matrimonio tenía una hija única, casada con el conde de Villeneuve, propietario del castillo de Chenonceauz. <<

[73] Carta a Émilie de Wismes, publicada en la *Revue de Paris*, 15 de noviembre de 1911, pág. 329. <<

[74] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Size*, págs. 40-42. <<

[75] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Size*, pág. 145. <<

[76] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Size*, págs. 145-146. <<

[1] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 911, fs. 34-36. <<

[2] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 896, fs. 1-3. <<

[3] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, f. 270. <<

[4] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 911, fs. 39-43. <<

[5] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pág. 18. <<

[6] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, fs. 193 y 197. <<

[7] Ibid., E. 869, fs. 38 y 89. <<

[8] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, fs. 15-17 y f. 21. <<

[9] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, fs. 15-17 y f. 21. <<

[10] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. Ill, pág. 430. <<

[11] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, f. 11. <<

[12] Louise Vincent: *George Sand et l'Amour*, pág. 114. <<

[13] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Auxilien de Size*, págs. 148-149. <<

[14] Colección Spoelberch de Lovenjoul, inédito, E. 868, fs. 280-281, f. 272 y f. 278. <<

[15] George Sand: *Histoire de nut Vie*, t. IV, pág. 13. <<

[16] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, págs. 13-14. <<

[17] Carta de Aurore a Zoé Leroy, citada en *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pág. 2. <<

[18] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, págs. 14-15. <<

[19] Aurore Sand: prefacio a *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pág. 8. <<

[20] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 902, f. 24. <<

[21] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pág. 83. <<

[22] *Opus cit*., pág. 155. <<

[23] *Opus cit*., pág. 55. <<

[24] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pág. 160. <<

[25] *Opus cit*., pág. 89. <<

[26] *Opus cit*., pág. 161. <<

[27] *Opus cit*., pág. 163. <<

[28] «Quinta», en el mediodía de Francia. *(N. del T.)* <<

[29] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pág. 164. <<

[30] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pág. 19. <<

[31] *Opus cit*., pág. 35. <<

[32] *Opus cit*., pág. 16. <<

[33] *Opus cit*., pág. 20. <<

[34] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pág. 91. <<

[35] *Opus cit*., pág. 34. <<

[36] *Opus cit*., pág. 36. <<

[37] *Opus cit*., pág. 88. <<

[38] *Opus cit*., pág. 144. <<

[39] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, págs. 141-143. <<

[40] *Opus cit*., pág. 147. <<

[41] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, págs. 172-173. <<

[42] *Opus cit*., págs. 167-177. <<

[43] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, págs. 182-183. <<

[44] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pág. 133. <<

[45] Stanislas Ajasson de Grandsagne, uno de los hermanos de Stéphane. <<

[46] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, fs. 217-218. <<

[47] Ibid., E. 868, f. 214. <<

[48] Ibid., E. 868, f. 227. <<

[49] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, págs. 37-38. <<

[50] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 869, f. 38. <<

[51] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pig. 187. <<

[52] *Opus cit*., pág. 192. <<

[53] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 52. <<

[54] *Opus cit*., pág. 45. <<

[55] Laisnel de la Salle, citado por Louise Vincent en *George Sand et le Berry*, pág. 103. <<

[56] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 58. <<

[57] George Sand: *Voyage en Auvergne et en Espagne*, suplemento literario del *Fígaro*, 4 de agosto de 1888. <<

[58] Ídem. <<

[59] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Sèze*, pág. 208. <<

[60] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 905, f. 196. <<

[61] Al Cartas inéditas; colección de Aurore Lauth-Sand. <<

[62] George Sand: *Correspóndanse*, t. I, págs. 31-33. <<

[63] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, f. 46 y fs. 48-49. <<

[64] Ibid, E. 868, fs. 53-54. <<

[65] Cf. *Le Moniteur général*, de 6 de enero de 1900, en la sección «Correspondance et Questions posées», una nota de Paul Émile Ajasson de Grandsagne, hijo único de Stéphane, muerto en 1902. <<

[66] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 902, f. 63. <<

[67] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 48. <<

[68] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 902, f. 113. <<

[69] Louise Vincent: *George Sand et le Berry*, pág. 122. Ver *Apéndice*, en donde se hallarán los documentos en pro y en contra de la paternidad de Grandsagne. <<

[70] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, fs. 97-98. <<

[71] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 54. <<

[72] Carta inédita, perteneciente al señor Jacques Suffel. <<

[73] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, f. 92. <<

[74] Wladimir Karénine: *George Sand, sa Vie et ses Œuvres*, tomo I, pág. 305. <<

[75] George Sand: *Journal intime*, págs. 162-167. <<

[76] *Opus cit*., pág. 171. <<

[77] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, f. 102. <<

[78] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, fs. 109-110. <<

[79] George Sand: *Correspondence*, t. I, págs. 100-101. <<

[80] George Sand: *Correspondence*, t. I, pág. 103. <<

[81] *Opus cit*. <<

[82] Cartas de George Sand al doctor Emile Regnault, Bibliothéque Nationale (departamento de manuscritos, adquisición reciente). <<

[83] George Sand al doctor Émile Regnault. <<

[84] Esta carta, publicada *in extenso* en la *Revue des Deux Mondes*, fue mutilada por Maurice Sand cuando la hizo reimprimir en la *Correspondence* de su madre. Los subrayados son del texto original, y George Sand escribe Sandot en vez de Sandeau. <<

[85] George Sand: *Correspondence*, t. I, pág. 111. <<

[86] Bertrand Russell: *History of Western Philosophy*, pág. 19. <<

[87] George Sand: *Correspondence*, t. I. págs. 116-119. <<

[88] George Sand: *Correspondence*, t. I, págs. 130-131. <<

[89] *Opus cit*., t. I, pág. 135 <<

[90] *Opus cit*., t. I, pág. 135. <<

[91] George Sand: *Correspondence*, t. I, pág. 139. <<

[92] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 920, fs. 12-13. <<

[1] George Sand: *Correspondence*, t. I, pág. 168. <<

[2] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, f. 146. <<

[3] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 102. <<

[4] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 60. <<

[5] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, págs. 121-122. <<

[6] George Sand: *Correspondence*, t. I, pág. 159. <<

[7] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, f. 137. <<

[8] Este texto, publicado en *Le Figaro* del 5 de marzo de 1831, está citado por Frédéric Ségu en *Le Premier Figaro*, pág. 50. <<

[9] George Sand: *Correspondence*, t. I, pág. 172. <<

[10] *Opus cit*., t. I, pág. 175. <<

[11] *Opus cit*., t. I, pág. 152. <<

[12] *Correspondence*, t. I, pág. 153. <<

[13] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 106. <<

[14] Cartas de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. <<

[15] Charles Duvernet, *Mémoires*, inédito. <<

[16] George Sand: *Correspondance*, t. I, págs. 165-166. <<

[17] Jules Sandeau: *Marianna*, pág. 131. <<

[18] Carta II de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. <<

[19] Ibid. <<

[20] Cf. *Histoire de ma Vie*, t. IV, págs. 126-132 y 183. <<

[21] Carta X de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. <<

[22] Carta XI de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. <<

[23] Carta XIII de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. <<

[24] George Sand: *Correspondance*, t. I, págs. 182-183. <<

[25] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, f. 236. <<

[26] Carta citada por A. Guet en *George Sand inconnue*, artículo publicado en *La Vie moderne* del 10 de junio de 1882. <<

[27] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, fs. 148-150. <<

[28] Ibid., E. 868, f. 238. <<

[29] Carta XIX de George Sand a Émile Regnault; Bibliothéque Nationale. <<

[30] Carta XXI de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. <<

[31] Carta XX de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. <<

[32] Carta dictada por Marcel Coulon en *La Amoureuse George Sand*, *Mercure de France*, número del 15 de agosto de 1928. <<

[33] Carta XVIII de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. <<

[34] George Sand: *Correspondance*, t. I, pág. 212. <<

[35] George Sand: *Correspondance*, t. I, pág. 200. <<

[36] Carta XXIV de George Sand a Émile Regnault; Bibliothéque Nationale. <<

[37] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, f. 156 y f. 160. <<

[38] Ibid., E. 920, f. 26. <<

[39] Carta XXV de George Sand a Émile Regnault; Bibliothéque Nationale. <<

[40] Carta XXIX de George Sand a Émile Regnault; Bibliothéque Nationale. <<

[41] Carta XXVIII de George Sand a Émile Regnault; Bibliothéque Nationale. <<

[42] Carta XXXIV de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. Esta carta fue publicada por la señora Aurore Lauth-Sand en la *Revue de Paris* del 1.º de mayo de 1937. <<

[43] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 148. <<

[44] Citado por Bernard Guyon en *La Pensée politique et social de Balzac*, pág. 382. <<

[45] Balzac, *Beatrix*, t. I, págs. 280-282. Retrato de Claude Vignod que, por confesión de Balzac, es el de Gustave Planche. <<

[46] *Opus cit*., t. I, págs. 280-282. <<

[47] George Sand: *Indiana*, pág. 7. <<

[48] George Sand: *Indiana*, pág. 60. <<

[49] Alfredo de Musset. (Huye, se esconde, se acuesta / En el fondo del valle de los lobos, / Suelo en que los laureles son acebos. / Dormid bien, señor de Latouche.) <<

[50] Carta citada por Frédéric Ségu, en *Henri de Latouche*, página 446. <<

[51] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t IV, págs. 212-213. <<

[52] George Sand: *Questions d'Art et de Littérature*, págs. 62-63. <<

[53] Alfred de Vigny: *Journal d'un Poète*, 21 de enero de 1832. <<

[54] Carta inédita, colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 881, *bis*, f. 2. <<

[55] Alfred de Vigny: *Journal d'un Poète*, febrero de 1832. <<

[56] Carta de Jules Sandeau a Gustave Papet, perteneciente al señor Joseph Pierre, que la cita en *Jules Sandeau en Berry*, artículo publicado en la *Revue du Berry et du Centre*, julio-agosto de 1933. <<

[57] George Sand: *Journal intime*, pág. 129. <<

[58] Jules de Sandeau: *Marianna*, págs. 185-187. <<

[59] Paul de Musset: *Lui et Elle*, pág. 12. <<

[60] Honoré de Balzac: *Lettres à l'Étrangère*, t. I, pág. 26. <<

[61] Carta XLVIII de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. <<

[62] Carta L de George Sand a Émile Regnault, Bibliothéque Nationale. <<

[63] Charles Duvernet: *Memoir es, inédits*. <<

[64] Balzac: *Lettres a l'Étrangère*, t. I, pág. 194. <<

[65] *Opus cit*., t. I, pág. 194. <<

[66] Carta inédita, colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 1031, f. 179. <<

[67] Jules Sandeau: *Marianna*, pág. 64. <<

[68] Carta de Henri Lehmann —18 de junio de 1839— a Marie d'Agoult, publicada en *Une Correspondence romantique*, pág. 20. <<

[69] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, página 99. <<

[70] *Opus cit*., pág. 100. <<

[71] George Sand: *Lélia*, edición original (1833), t. I, pág. 292. <<

[72] *Opus cit*., t. I, págs. 104-105. <<

[73] *Opus cit*., t. I, pág. 207. <<

[74] *Opus cit*., t. II, págs. 9-10. <<

[75] George Sand: *Lélia*, edición original (1833), t. II págs. 25-26. <<

[76] *Opus cit*., t. II, págs. 26-27. <<

[77] *Opus cit*., t II, pág. 28. <<

[78] George Sand: *Lélia*, edición original (1833), t. II, páginas 44-46. <<

[79] *Opus cit*., t. II, pág. 83. <<

[80] Sainte-Beuve: *Correspondance générale*, recogida por Jean Bonnerot, t. I, pág. 347. <<

[81] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, páginas 102-103. <<

[82] Sainte-Beuve: *Portraits littéraires*, t. I, pág. 306. <<

[83] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, páginas 104-103. <<

[84] Sainte-Beuve: *Correspondance générale*, t. I, págs. 361-362. <<

[85] Carta inédita, colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 881 *bis*, f. 8. <<

[86] Ibid., E. 881, *ter*. f. 2. <<

[87] Ibid., E. 881 *ter*, fs. 5-6. <<

[88] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 208. <<

[89] Prosper Mérimée: *Correspondance générale*, t. I, pág. 229. <<

[90] Maurice Parturier: *Une expérience de Lélia ou le Fiasco du comte Gazul*, pág. 12. <<

[91] Maurice Parturier: *Une expérience de Lélia ou le Fiasco du comte Gazul*, págs. 16-17. <<

[92] George Sand: *Journal intime*, págs. 134-135. <<

[93] George Sand: *Journal intime*, pág. 135. <<

[94] Carta publicada en la *Revue de Paris* del 15 de noviembre de 1896, pero no reproducida en el volumen *Lettres de George Sand a Alfred de Musset et a Sainte-Beuve*, que apareció al año siguiente en Calmann-Lévy. <<

[95] George Sand: *Sketches and Hints*, testo citado por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. I, págs. 420-421. El álbum manuscrito de que ha sido tomado se halla en la Bibliothéque Nationale. <<

[1] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, página 116. <<

[2] *Opus cit*., pág. 118. <<

[3] Sainte-Beuve: *Correspondance générale*, t. I, págs. 374-375. <<

[4] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, páginas 118-121. <<

[5] Carta publicada por Henri Guillemin y citada por Françoise Moser en *Marie Dorval*, págs. 94-95. <<

[6] Françoise Moser: *Marie Dorval*, pág. 96. <<

[7] Todos los biógrafos de Musset —salvo su hermano Paul— y todos los de George Sand dicen que esta comida tuvo lugar el 20 de junio en *Les Frères provençaux*. *Marie-Louise Pailleron*, nieta y heredera de Buloz, poseía un legajo: *Dîner Lointier*, y fijaba la fecha a fines de marzo o en la primera quincena de abril. <<

[8] Sainte-Beuve, citado por Paul Mariéton en *Une Histoire d'Amour*, pág. 250. <<

[9] Carta de George Sand a Sainte-Beuve, del 11 de marzo de 1833, colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 899, f. 11. <<

[10] George Sand: *Elle et Lui*, pág. 42. <<

[11] Sand: cuando la escribías, ¿dónde, pues, la habías visto, / Esa escena terrible en que, semidesnuda, Noun / Se embriaga con Raymon sobre el lecho de Indiana? / ¿Quién, pues, te la dictaba, esa página ardiente / En qué amor busca en vano, con mano palpitante, / El fantasma adorado de su ilusión? / ¿Tienes de ella en el alma la penosa experiencia? / Lo que Raymon sentía, ¿lo recordabas tú? / Y todos esos sentimientos de una vaga desdicha. / Esos tristes placeres tan henchidos de un inmenso vacío, / ¿Los soñaste tú, George, o guardas su recuerdo? <<

[12] Paul de Musset: *Lui et Elle*, pág. 55. <<

[13] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, publicada por Félix Decori, págs. 9-10. <<

[14] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, publicada por Félix Decori, págs. 9-10. <<

[15] George Sand: *Lilia*, edición original (1833), t. II, págs. 209-210. Si se alza mi mirada en mitad de la orgía, / Si mi trémulo labio con sanguinosa espuma / Va buscando los besos, / Que mis cálidas ansias, en los hombros desnudos / De esas hembras de amor por mi placer venidas, / No pueden sosegarse. / Que en mi sangre gastada sus caricias lascivas / Reenciendan hoy el ardor convulsivo / De un sacerdote de veinte años. / Que las flores de sus frentes sean sembradas por mis manos, / Que anude entre mis dedos las trenzas perfumadas / De sus sueltos cabellos, / Que mis dientes voraces a su carne palpitante / Arranquen un grito de espanto; que su voz jadeante / Me pida merced. / Que en un último esfuerzo se unan nuestros suspiros, / En un último reto se respondan nuestros gritos, / Y que muera yo así. / O, si me niega Dios una muerte dichosa. / De gloria y de placer a la vez coronada, / Si siento mis deseos, / De una rabia impotente inmortal agonía, / Como pálido eco de una llama empañada, / Sobrevivir a mis placeres, / De mi coloso amo imitando el capricho, / Que el vino generoso abrevie el suplicio / Del cuerpo que se embota, / En un beso de adiós, se junten nuestros labios, / En un helado sueño se extingan mis deseos, / Y que Dios sea maldito. <<

[16] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, páginas 12-14. <<

[17] *Opus cit*., págs. 15-16. <<

[18] George Sand: *Elle et Lui*, pág. 87. <<

[19] Capo de Feuillide, citado por Marie-Louise Pailleron en *Le Vie littéraire sous Louis-Philippe*, t. I, pág. 386. <<

[20] Gustave Planche: *Portraits littéraires*, t. I, págs. 356-357. <<

[21] Gustave Planche: *Portraits littéraires*, pág. 42. <<

[22] Citado por Marie-Louise Pailleron en *François Buloz et ses Amis*, t, l, pág. 389. <<

[23] Alfred de Musset, citado por Marie-Louise Pailleron en *François Buloz et ses Amis*, t. I, pág. 389. (Por limpieza, dejemos que muerda / A sus anchas la bestia campante. / Creyendo herir a una serpiente, / No aplastemos a una vil chinche.) <<

[24] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, página 124. <<

[25] *Opus cit*., págs. 123-128. <<

[26] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, página 130. <<

[27] Sainte-Beuve: *Correspondance générale*, t. I, pág. 189. <<

[28] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, página 131. <<

[29] George está en su cuartito / Entre dos macetas floridas, / Fumando su cigarrillo / Bañados los ojos en lágrimas. <<

[30] George Sand: *Elle et Lui*, pág. 101. <<

[31] Paul de Musset: *Lui et Elle*, pág. 63. <<

[32] Alfred de Musset: *Confession d'un Enfant du Siècle*, pág. 227. <<

[33] George Sand: *Elle et Lui*, pág. 112. <<

[34] Las cartas de la señora Allan Despréaux fueron publicadas por Léon Séché en la *Revue de Paris* del 1.º de abril de 1906, páginas 519-556. <<

[35] George, sobre cubierta, / Fuma su cigarrillo; / Musset, como una bestia, / Sufre el mareo. <<

[36] Simone de Beauvoir. <<

[37] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 30. <<

[38] Carta de George Sand a Pietro Pagello, citada por Paul Mariéton en *Une Histoire d'Amour*, págs. 84-85. <<

[39] Carta citada por Paul Mariéton en *Une Histoire d'Amour*, páginas 95-97. <<

[40] Alfred de Musset: *Confession d'un Enfant du Siècle*, pág. 291. <<

[41] George Sand: *Journal intime*, pág. 14. <<

[42] Cf. Paul Mariéton: *Une Histoire d'Amour*, pág. 111. <<

[43] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 132. <<

[44] Alfred de Musset: *Confession d'un Enfant du Siècle*, página 284. <<

[45] Inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 920, fs. 56 y 66. <<

[46] Honoré de Balzac: *Lettres a l'Etrangère*, t. I, pág. 196. <<

[47] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, páginas 22-23. <<

[48] *Opus cit*., pág. 26. <<

[49] *Opus cit*., pág. 42. <<

[50] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 39. <<

[51] *Opus cit*., págs. 56, 57 y 122. <<

[52] *Opus cit*., págs. 65-66. <<

[53] *Opus cit*., pág. 73. <<

[54] *Correspondence de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 83. <<

[55] George Sand: *Le Roman d'Aurore Dudevant et d'Aurélien de Size*, pág. 212. <<

[56] Paul Mariéton: *Une Histoire d'Amour*, pág. 138. <<

[57] *Opus cit*., pág. 183. <<

[58] Paul Mariéton: *Une histoire d'Amour*, pág. 126. <<

[59] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 146. <<

[60] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 136. <<

[61] George Sand: *Lettres d'un Voyageur*, pág. 104. <<

[62] George Sand: *Lettres d'un Voyageur*, pág. 112. <<

[63] *Opus cit*., pág. 112. <<

[64] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, páginas 143-144. <<

[65] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 146. <<

[66] Alfred de Musset: *Le Chandelier*, acto I, escena I. <<

[67] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 146. <<

[68] *Opus cit*., pág. 154. <<

[69] Paul Mariéton: *Une histoire d'Amour*, pág., 210. <<

[70] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 162. <<

[71] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 170. <<

[72] George Sand: *Journal intime*, págs. 4-5. <<

[73] George Sand: *Journal intime*, pág. 25. <<

[74] *Opus cit*., pág. 29. <<

[75] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, página 157. <<

[76] Raymond Escholier: *Delacroix*, t. II, pág. 125. <<

[77] Carta publicada por Maurice Clouard en la *Revue de Paris*, del 15 de agosto de 1896. <<

[78] *Correspondance de George Sand et d'Alfred de Musset*, página 179. <<

[79] *Opus cit*., pág. 180. <<

[80] Spoelberch de Lovenjoul: *La Veritable Histoire de Elle et Lui*, páginas 104-106. <<

[81] Carta publicada por Maurice Clouard en la *Revue de Paris* del 15 de agosto de 1896. <<

[82] Spoelberch de Lovenjoul: *La Véritable Histoire de Elle et Lui*, páginas 106-107. <<

[83] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, página 171. <<

[84] John Charpentier: *Alfred de Musset*, pág. 165. <<

[85] Alfred de Musset: *Confession d'un Enfant du Siècle*, pág. 350. <<

[86] Carta de George Sand a Marie d'Agoult, publicada en su *Correspondance*, t. I, págs. 363-372, y en la cual todo lo concerniente a Musset ha sido suprimido por Maurice Sand. <<

[87] (Sin duda, todo muere; es un gran sueño el mundo, / Y la poca alegría que nos sale al camino, / Es un junco que apenas llegado a nuestras manos / Nos arrebata el viento.) <<

[88] (No quiero saber nada: si florecen los campos, / Ni qué será más tarde del simulacro humano, / Ni si estos vastos cielos alumbrarán mañana / lo que ahora sepultan. / Solamente me digo: «A esta hora, en este sitio, / Un día fui yo amado; yo amaba; ella era bella. / Sumerjo este tesoro en mi alma inmortal / Ya Dios lo llevo.») <<

[89] Mas ¿quién sabe cómo trabaja Dios? / ¿Quién sabe si la onda que palpita, / Si el grito de las simas amargas, / Si los rayos y las tronadas, / No son, Señor, necesarios / A la perla que hacen los mares? <<

[1] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, página 169. <<

[2] George Sand: *Histolre de ma Vie*, t. IV, pág. 305. <<

[3] *Opus cit*., t. IV, pág. 291. <<

[4] *Opus cit*., t. IV, pág. 292. <<

[5] George Sand: *Correspondance*, t. I, pág. 297. <<

[6] Este texto de Lamartine, publicado en un número del *Conseiller du Peuple*, está citado por Magon-Barbaroux, en *Michel de Bourges*, págs. 58-59. <<

[7] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 20. <<

[8] George Sand: *Correspondance*, t. I, pág. 292. <<

[9] Carta de Sand a Michel de Bourges, publicada por la *Revue illustrée*, del 1.º de diciembre de 1890, pág. 386. <<

[10] George Sand: *Lettres d'un Voyageur*, VI, pág. 152. <<

[11] *Opus cit*., VI, pág. 159. <<

[12] *Opus cit*., t. VI, pág. 169. <<

[13] Sainte-Beuve: *Correspondance générale*, recopilada por Jean Bonnerot, t. I, pág. 521. <<

[14] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 336. <<

[15] *Opus cit*., t. IV, pág. 328. <<

[16] *Opus cit*., t. IV, pág. 329. <<

[17] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 342. <<

[18] George Sand: *Lettres d'un Voyageur*, pág. 183. <<

[19] George Sand: *Journal intime*, pág. 21. <<

[20] *Opus cit*., pág. 23. <<

[21] Eugène Forgues: Introducción a la *Correspondance inédite entre Lamennais et le baron de Vitrolles*, pág. 16. <<

[22] George Sand: *Correspondance*, t. I, págs. 299-302. <<

[23] *Opus cit*., t. I, pág. 314. <<

[24] Honoré de Balzac: *Beatrix*, t. I, pág. 262. <<

[25] George Sand: *Correspondance*, t. I, págs. 315-317. <<

[26] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 920, f. 80. <<

[27] Carta citada por René Doumic en *George Sand*, págs. 184-185; suministrada por Charles Duplomb. <<

[28] George Sand: *Correspondance*, t. I, págs. 312-313. <<

[29] George Sand: *Correspondance*, t. I, págs. 321-322. <<

[30] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 948, f. 23 y f. 28. <<

[31] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 920, f. 120. <<

[32] Ibid., E. 948, f. 63. <<

[33] Texto inédito. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 948, fs. 40-41. <<

[34] Oración publicada en 1878, en *Le Magasin pittoresque*, página 190. Reproducida en parte por George Sand en *Souvenirs de 1848*, pág. 205. <<

[35] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, fs. 261-263. <<

[36] *Revue illustrée*, noviembre 1.º de 1890, págs. 296-297. Esta carta es una de las que fueron publicadas, sin firma, bajo el título: *Lettres de Femme*, en la *Revue illustrée* (año 1890-1; núms. 118, 119, 120, 121 y 123). Spoelberch de Lovenjoul y Wladimir Karénine, amigos ambos de la señora de Maurice Sand, las autentificaron como cartas escritas por George Sand a Michel de Bourges, en el curso de 1837. Pero como en aquella época la familia Sand no quería que se identificase a la autora, la fecha de 1837 fue reemplazada en la *Revue* por la de 1832. Esta publicación se interrumpió bruscamente en 1891. <<

[37] Cf. John Sellards: *Charles Didier*, 1805-1864 (París, Honoré Champion, 1904). Ver también el retrato que hace Sainte-Beuve de Didier, bajo el nombre de *Phanar*, en las *Cauteries du Lundi*, tomo XI. <<

[38] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 920, f. 140. <<

[39] Ibíd., E. 920, fs. 138-140. <<

[40] Cf. John Sellards: *Charles Didier*. <<

[41] George Sand: *Correspondance*, t. II, pág. 3. <<

[42] George Sand: *Correspondance*, t. II, pág. 9. <<

[43] *Opus cit*., t. II, pág. 4. <<

[44] Wladimir Karénine: *George Sand, sa Vie et ses Œuvres*, tomo II, págs. 329-330. <<

[45] Adolphe Pictet: *Une Course à Chamonix*, pág. 144. <<

[46] George Sand: *Lettres d'un Voyageur*, X, pág. 309. <<

[47] George Sand: *Simon (Revue des Deux Mondes* del 15 de enero de 1836). <<

[48] Colección Spoelberch de Lovenjoul. <<

[49] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 881, f. 31. <<

[50] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 881, fs. 28-30. <<

[51] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 881, fs. 16-18. <<

[52] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 881, f. 4. <<

[53] Condesa D’Agoult (Daniel Stern): *Mémoires*, 1833-1854, página 74. <<

[54] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 358. <<

[55] *Opus cit*, t. IV, pág. 358. <<

[56] George Sand: *Correspóndanse*, t. I, págs. 369-370. <<

[57] Marie-Louise Pailleron: *George Sand*, t. II, pág. 154. <<

[58] Marie-Louise Pailleron: *George Sand*. <<

[59] Vizconde de Launay (Delphine de Girardin): *Lettret parisiennes*, t. I, pág. 82. <<

[60] *Correspondance inédite entre Lamennais et le baron de Vitrolles*, págs. 387-388. <<

[61] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 917, fs. 91 y siguientes. <<

[62] George Sand: *Impressions littéraires, Lettres à Marcie*, páginas 244-245. <<

[63] George Sand: *Impressions littéraires, Lettres à Marcie*, página 252. <<

[64] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 917. <<

[65] Ernest Seillière: *George Sand, mystique de la passion*, página 181. <<

[66] *Correspondence de Liszt et de Madame d'Agoult*, t. I, páginas 199-200. <<

[67] *Correspondance inédite entre Lamennais et le baron de Vitrolles*, pág. 318. <<

[68] Wladimir Karénine: *George Sand, sa Vie et set Œuvres*, tomo III, pág. 2. <<

[69] Émile Faguet. <<

[70] Unos pocos mortales, grandes, más grandes que los reyes, / Con un sello brillante sobre sus cabezas sublimes… / Esos mortales tienen noches brillantes y sin velos; / Comprenden a las olas, oyen a las estrellas, / Saben los nombres de las flores y, para ellos, el universo / Es tan sólo una idea en símbolos diversos. <<

[71] Marie-Louise Pailleron: *George Sand*, t. II, pág. 46. <<

[72] Condesa d’Agoult (Daniel Stern): *Mémoires*, pág. 82. <<

[73] Carta publicada en la *Revue illustrée*, noviembre 1.º de 1890, páginas 291-292. <<

[74] Carta publicada en la *Revue illustrée*, noviembre 1.º de 1890, página 293. <<

[75] Ibíd., pág. 297. <<

[76] Carta publicada en la *Revue illustrée*, 15 de noviembre de 1890, páginas 343-344. <<

[77] Condesa d’Agoult (Daniel Stern): *Mémoires*, pág. 75. <<

[78] *Opus cit*., pág. 81. <<

[79] George Sand: *Journal intime*, págs. 45-47. <<

[80] Carta publicada en la *Revue illustrée*, del 15 de noviembre de 1890, pág. 341. <<

[81] Ibid., ibid., del 1.ª de diciembre de 1890, pág. 392. <<

[82] Carta publicada en la *Revue illustrée*, del 13 de diciembre de 1890, pág. 1. <<

[83] Ibid., ibid., del 1.º de enero de 1891, pág. 1. <<

[84] Ibid., ibid., págs. 101-102. <<

[85] George Sand: *Journal intime*, págs. 56-60. <<

[86] Carta publicada en la *Revue illustrée* del 1.º de enero de 1891, página 104. <<

[87] George Sand: *Journal intime*, pág. 55. <<

[88] George Sand: *Journal intime*, págs. 60-62. <<

[89] Cf. John Sellards: *Charles Didier*. <<

[90] Condesa d’Agoult (Daniel Stern): *Mémoires*, pág. 88. <<

[91] Condesa d’Agoult (Daniel Stern): *Mémoires*, pág. 81. <<

[92] Jules Claretie. <<

[93] Fleuriot de Langle: *Franz Liszt et Daniel Stem*, artículo publicado en el *Mercure de France* del 1.º de febrero de 1929. <<

[94] George Sand: *Correspondance*, t. II, pág. 84. <<

[95] George Sand: *Correspondance*, t. II, pág. 86. <<

[96] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 920, f. 212. <<

[97] George Sand: *Correspondance*, t. II, pág. 91. <<

[98] *Opus cit*., t. II, pág. 103. <<

[99] George Sand: *Journal intime*, págs. 85-86. <<

[100] George Sand: *Correspondance*, t. II, pág. 96-98. <<

[101] Cf. Samuel Rocheblave: *Une Amitié romanesque*, artículo publicado en la *Revue de Paris* del 15 de diciembre de 1894. <<

[102] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 883, f. 50. <<

[103] Honoré de Balzac: *Lettres a l'Étrangére*, t. I, págs. 303-304. <<

[104] Colección Spoelberch de Lovenjoul, A. 316, f. 110. <<

[105] Carta publicada por la señora Aurore Lauth-Sand en *Les Nouvelles littéraires* del 26 de julio de 1930. <<

[106] Honoré de Balzac: *Lettres à l'Étrangére*, t. I, págs. 462-466. <<

[107] Carta publicada por la Sra. Lauth-Sand en *Les Nouvelles littéraires* del 26 de julio de 1930. <<

[108] Honoré de Balzac: *Lettres à l'Étrangére*, t. I, pág. 527. <<

[109] Carta publicada por la Sra. Lauth-Sand en *Les Nouvelles littéraires* del 26 de julio de 1930. <<

[110] Colección Spoelberch de Lovenjoul, A. 311, f. 46. <<

[1] Wladimir Karénine: *George Sand, sa Vie et ses Œuvres*, tomo III, pág. 29. <<

[2] Marie-Louise Pailleron: *George Sand*, t. II, pág. 131. <<

[3] Publicado por G. Knosp, en la *Guide musical* del 15 de septiembre de 1907. Citado por Louise Vincent. <<

[4] Carta de George Sand a Grzymala, publicada *in extenso* por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, págs. 44-53. <<

[5] George Sand: *Journal intime*, pág. 135. <<

[6] Carta de George Sand a Grzymala, citada por Karénine, t. III, página 45. <<

[7] Carta de George Sand a Pierre Leroux, citada por Karénine, tomo II, pág. 444. <<

[8] Carta de Marie d’Agoult al mayor Pictet (Florencia, 10 de enero de 1839), citada por Marie-Louise Pailleron, en *George Sand*, t. II, pág. 141. <<

[9] Carta citada por Édouard Ganche, en *Frederic Chopin*, página 155. <<

[10] George Sand: *Un Hiver au midi de l'Europe, Major que et les Majorcains (Revue des Deux Mondes*, 15 de marzo de 1841, página 822). <<

[11] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, págs. 439-440. <<

[12] *Opus cit*., t. IV, pág. 443. <<

[13] Carta publicada por Wladimir Karénine en *George Sand*, tomo III, pág. 94. <<

[14] George Sand: *Correspóndanse*, t. II, pág. 138. <<

[15] Carta citada por W. Karénine en *George Sand*, t. Ill, página 96. <<

[16] Sainte-Beuve: *Correspondence genérale*, t. II, pág. 486. <<

[17] Carta dirigida por Wladimir Karénine en *George Sand*, tomo III, pág. 234. <<

[18] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, 20 de marzo de 1839, E. 920, f. 309. <<

[19] Ibid., E. 879, f. 5. <<

[20] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 872, f. 5. <<

[21] Citada por Robert Bory en *Une Retraite romantique en Suisse, Liszt et la comtesse d'Agoult*, pág. 156. <<

[22] Citado por Louise Vincent: *George Sand et le Berry*, páginas 309-310. <<

[23] Carta citada por W. Karénine en *George Sand*, t. Ill, página 571. <<

[24] Término de la jerga campesina del Berry: «avivados», «arreados». *(N. del T.)* <<

[25] George Sand: *Correspondence*, t. II, pág. 243. <<

[26] Honoré de Balzac: *Lettres à l'Étrangére*, t. I, páginas 552-553. <<

[27] George Sand: *Correspondence*, t. II, pág. 241. <<

[28] Heinrich Heine: *De l'Allemagne*. <<

[29] George Sand: *Impressions et Souvenirs*, cap. V, pág. 86. <<

[30] George Sand: *Dernières Pages*, <<

[31] Cf. Léon Séché: *Sainte-Beuve*, t. II, cap. Ill, páginas 109-111. <<

[32] Carta a Marie de Rozières (20 de junio de 1841), citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, pág. 431. <<

[33] Elizabeth Barrett Browning: *Letters edited* by Frederick G. Kenyon. <<

[34] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, página 483. <<

[35] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 872. <<

[36] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 872, fs. 25-26. <<

[37] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 872, f. 27. <<

[38] Carta publicada por Samuel Rocheblave en la *Revue de Paris* del 15 de diciembre de 1894. <<

[39] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 872, f. 11. <<

[40] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 872, fs. 56-61. <<

[41] *Correspondence de Liszt et de Madame d'Agoult*, t. I, pág. 320. <<

[42] *Correspondence de Liszt et de Madame d'Agoult*, t. I, página 349. <<

[43] *Opus cit*., t. I, pág. 376. <<

[44] *Opus cit*., t. I, pág. 379. <<

[45] *Opus cit*., t. I, págs. 412-413. <<

[46] *Une correspondence romantique: Madame d'Agoult, Liszt, Henri Lehmann*, pág. 149. <<

[47] *Opus cit*., pág. 165. <<

[48] *Une correspondence romantique: Madame d'Agoult, Liszt, Henri Lehmann*, pág. 170. <<

[49] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 879, fs. 14-16. <<

[50] Ibid., E. 879, f. 28. <<

[51] Citado por Louise Vincent en *George Sand et le Berry*, página 621. <<

[52] Marie-Louise Pailleron: *George Sand*, t. I, pág. 187. <<

[53] Carta a Pauline Duchambge, citada por Charles Gaudier, en Marie Dorval: *Lettres à Alfred de Vigny*, pág. 203. <<

[54] Citado por Françoise Moser en *Marie Dorval*, pág. 198. <<

[55] Carta inédita. Colección Simone André-Maurois. <<

[56] Henri de Latouche: *Léo* (Michel Lévy, París, 1840). <<

[57] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, f. 85. <<

[58] Citado por Léon Séché, en *Hortense Allan de Méritens*, página 184. (He aquí al estoico y su viril sabiduría, / En cambio de un más dulce presente. / Habría que ser Aspasia o tú / Para pensar en tales nombres la noche de una caricia / O la mañana de una cita.) <<

[59] George Sand: *Correspondence*, t. II, págs. 293-294. <<

[60] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, página 16. <<

[61] *Correspondance inédita de Lamennais avec le baron de Vitrolles*, págs. 370-371. <<

[62] *Opus cit*., pág. 380. <<

[63] George Sand: *Correspondance*, t. II, pág. 239. <<

[64] George Sand: *Horace*. <<

[65] *Correspondance de Liszt et de Mme. d'Agoult*, t. II, página 186. <<

[66] George Sand: *Correspondance*, t. II, págs. 281-282. <<

[67] Carta citada por el conde Antoine Wodzinski en *Les Trois Romans de Frederic Chopin*. <<

[68] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, f. 159. <<

[69] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, fs. 156-157. <<

[70] Carta de George Sand a su hijo Maurice, publicada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, pág. 500. <<

[71] George Sand: *Lucrezia Floriani*, págs. 246-249. <<

[72] Caroline Jaubert: *Souvenirs, Lettres et Correspondance*, páginas 43-44. <<

[73] Carta citada por Léon Séché en *Hortense Allan de Méritens*, página 207. <<

[74] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul. <<

[75] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, fs. 207-212. <<

[76] Cartas inéditas. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, fs. 220-221. <<

[77] Carta inédita, comunicada por la señora Bonnier de la Chapelle. <<

[78] Pauline Viardot. <<

[79] Augustine Brault. <<

[80] Carta inédita de George Sand a su hijo Maurice (diciembre 17 de 1850). Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 922, fs. 95-98. <<

[81] George Sand: *Histoire de ma Vie*, pág. 473. <<

[82] Arsène Houssaye: *Confessions*, t. III, pág. 241. <<

[83] Carta citada por Samuel Rocheblave en *George Sand et sa Fille*, pág. 93. <<

[84] *Lettres de Chopin*, pág. 447. <<

[85] George Sand: *Correspondance*, t. II, pág. 363. <<

[86] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, fs. 255-236. <<

[87] Cf. Samuel Rocheblave, *George Sand et sa Filie*, pág. 99. <<

[88] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, página 160. <<

[89] Carta de George Sand a la princesa Galitzine (La Roche-Aymon), citada por Georges D'Heylli (Edmond Poinsot), en *La Fille de George Sand*, pág. 54. <<

[90] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. III, páginas 570-571. <<

[91] *Lettres de Chopin*. <<

[92] Carta citada por Samuel Rocheblave en *George Sand et sa Fille*, pág. 100. <<

[93] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, fs. 314-315. <<

[94] Ibid., E. 921, f. 328. <<

[95] Carta inédita en parte. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, fs. 281-282. <<

[96] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. III, página 578. <<

[97] Cartas citadas por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, páginas 578-579. <<

[98] Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[99] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, páginas 586-587. <<

[100] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, fs. 299-300. <<

[101] En 1848. Carlotta Marliani, como George Sand, se había mudado de la plaza de Orléans (en donde todavía Chopin ocupaba su apartamiento del número 5). La señora Marliani se había instalado en el número 18, *rue* de la Ville-l'Evêque. <<

[102] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, página 592. <<

[103] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV. <<

[1] George Sand: *Impressions littéraires, pág*. 282. <<

[2] George Sand: *La Fauvette du Docteur (Almanach du Mois*, noviembre de 1844). <<

[3] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, págs. 392-393. <<

[4] George Sand: *Histoire de ma Vie*, t. IV, pág. 294. <<

[5] *Opus cit*., t IV, pág. 295. <<

[6] Sainte-Beuve: *Correspondance générale*, t. V, pág. 323. <<

[7] George Sand: *Correspondance*, t II, págs. 218-220. <<

[8] Ernest Seillière: *George Sand, mystique de la passion*, páginas 200-212. <<

[9] Sainte-Beuve: *Correspondance générale*, t III, pág. 332. <<

[10] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 879, f. 271. <<

[11] Citado por Ernest Seillière en *George Sand, mystique de la passion*, pág. 205. <<

[12] George Sand: *Correspondance*, t. II, págs. 339-340. <<

[13] Honoré de Balzac: *Lettres à l'Étrangère*, t. II, pág. 125. <<

[14] *Opus cit*., t. II, pág. 436. <<

[15] George Sand: *Correspondance*, t. II, pigs. 374-373. <<

[16] George Sand: *Correspondance*, t. II, pág. 378. <<

[17] Carta inédita de George Sand a Carlotta Marliani. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, fs. 297-298. <<

[18] George Sand: *Correspondance*, t. Ill, pigs. 2-3. <<

[19] Eugène Delacroix: *Correspondance générale*, t. II, pág. 343. <<

[20] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. IV, página 20. <<

[21] Sainte-Beuve: *Correspondance genérale*, t. V, pág. 55. <<

[22] George Sand: *Lettre à la Classe moyenne*. <<

[23] Carta de George Sand a Maurice (marzo 25 de 1848), publicada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. IV, pág. 48. <<

[24] George Sand: *Journal* (marzo 31 de 1848), publicado en *Souvenirs et ldées*, pág. 10. <<

[25] George Sand: *Seconde Lettre au Peuple*. <<

[26] George Sand: *Correspondance*, t. Ill, pigs. 11 y 13. <<

[27] George Sand: *Correspondance*, t. Ill, pigs. 15-16. <<

[28] *Opus cit*., t. Ill, pigs. 20-22. <<

[29] Honoré de Balzac: *Lettres à l'Étrangére*. Carta publicada por Marcel Bouteron en la *Revue de Paris*, número de agosto de 1950. <<

[30] George Sand: *Socialisme IV*, artículo publicado en *La Cause du Peuple*, abril 23 de 1848. <<

[31] George Sand: *Bulletin de la République*, núm. 16. <<

[32] George Sand: *Revue politique de la semaine*, artículo publicado en *La Vraie République* del 7 de mayo de 1848. <<

[33] George Sand: *Correspondance*, t. III, pág. 31. <<

[34] George Sand: *Correspondance*, t. Ill, págs. 46-47. <<

[35] Maréchal de Castellane, *Journal*, t. IV, pág. 66. <<

[36] Prosper Mérimée: *Correspondance générale*, t. V, pigs. 303, 304 y 306. <<

[37] Juego de palabras sobre «gaffe»: bichero y metida de pata. (N. del T.) <<

[38] Alexis de Tocqueville: *Souvenir*, pág. 204. <<

[39] George Sand: *Revue politique de la semaine*, publicada el 7 de mayo de 1848, en *La Vraie République*. <<

[40] George Sand: *Souvenirs de 1848*, pág. 120. <<

[41] George Sand: *Correspondance*, t. Ill, pág. 80. <<

[42] Artículo de Th. Muret publicado en *La Mode* del 23 de julio de 1848, pigs. 130-137. <<

[43] Eugène Delacroix: *Correspondance générale*, t. II, páginas 349-350. <<

[44] George Sand: *Correspondance*, t. Ill, pág. 92. <<

[45] *Souvenirs inédits de Frédéric Chopin*, publicados por Karlowicz, diario fechado el 19 de agosto de 1848. <<

[46] Carta inédita de Sand a Chaix d’Est Ange (23 de julio de 1848). Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 921, f. 414. <<

[47] *Souvenirs inédits de Frédéric Chopin*, publicados por Karlowicz (19 de agosto de 1848). <<

[48] Núm. 6013 del catálogo de la Librería Blaizot, año 31 (1942). <<

[49] George Sand: prefacio a *La Petite Padette*, publicado en *Le Spectateur Républicam* (septiembre de 1848). La novela apareció el 1.® de diciembre de 1848, en *Le Crédit*. <<

[50] George Sand: *Correspondence*, t. Ill, pág. 73. <<

[51] Carta inédita a Charles Poncy (9 de enero de 1849). Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 22, f. 3. <<

[52] Colección Simone André-Maurois. <<

[53] Esta reliquia pertenece a la señora Aurore Lauth-Sand. <<

[54] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 882, f. 11. <<

[55] Émile de Girardin. <<

[56] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 872. <<

[57] Franz Liszt. <<

[58] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 872. <<

[59] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 872. <<

[60] Carta inédita. Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 922, f. 104. <<

[61] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 922, f. 97. <<

[62] Ibid, E. 922, f. 115. <<

[63] Cartas inéditas. Colección Spoelberch de Lovenjoul E. 953, fs. 139 y 142. <<

[64] Fragmentos inéditos de una carta publicada solamente en parte por Maurice Sand. Ver *Correspondence*, t. Ill, págs. 224-228, y colección Lovenjoul, E. 922, f. 105. <<

[65] Carta inédita. Colección Simone André-Maurois. <<

[66] George Sand: *Correspondence*, t. II, pág. 328. <<

[67] Carta de Louis-Napoleón Bonaparte a George Sand, publicada en *Le Figaro*, en 1897. <<

[68] El general Cavaignac. <<

[69] George Sand: *Sur le général Cavaignac*, artículo citado por Wladimir Karénine, t. IV, pág. 166. <<

[70] Carta inédita, comunicada por la señora Bonnier de la Chapelle. <<

[71] George Sand: *Journal*, publicado en *Souvenirs et Idées*, página 80. <<

[72] *Opus cit*., pág. 86. <<

[73] Carta inédita. Colección Bonnier de la Chapelle. <<

[74] George Sand: *Correspondence*, t. Ill, pág. 264. <<

[75] Carta publicada por Wladimir Karénine, en *George Sand*, tomo IV, pág. 179. <<

[76] George Sand: *Correspondence*, t. Ill, págs. 262-270. <<

[77] Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[78] George Sand: *Correspondence*, t III, págs. 290-291. <<

[79] *Opus cit*., pág. 298. <<

[80] *Le Pressoir* es un drama campesino en el que trabajaba George Sand y que hizo representar en el Gymnase el 13 de septiembre de 1853. <<

[81] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[82] Carta inédita. Colección Simone André-Maurois. <<

[83] *Nello, ou le Joueur de Violon*. Rehecha varias veces, esta obra fue representada en el Odeón, el 15 de septiembre de 1855, con el título de *Maître Favilla*. <<

[84] Colección Simone André-Maurois. <<

[1] Eugène Delacroix: *Journal*, t. II, pág. 87. <<

[2] George Sand: *Correspondance*, t. III, pág. 186. <<

[3] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, página 212. <<

[4] Edmond y Jules de Goncourt: *Journal*, t. II, pág. 119. <<

[5] Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. Textos inéditos. <<

[6] George Sand: *Autour de la table*, pág. 8. <<

[7] George Sand: *Nouvelles Lettres d'un Voyageur: Le Pays des Anemones*, pág. 51. <<

[8] George Sand: *Impressions et Souvenir: Entre deux Images*, página 352. <<

[9] George Sand: *Isidora*, t. II, pág. 258. <<

[10] Barbey D’Aurevilly: *Les Œuvres et les Hommes du XIX^e^ siècle;* V: *Les Bas-Bleus*. <<

[11] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, páginas 225 y 229. <<

[12] Carta inédita. Colección Simone André-Maurois. <<

[13] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, páginas 607-609. <<

[14] Carta citada por Samuel Rocheblave en *George Sand et sa Fille*, pág. 148. <<

[15] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, página 610. <<

[16] Carta publicada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. Ill, páginas 611 a 616. <<

[17] Carta citada por Samuel Rocheblave en *George Sand et sa Fille*, págs. 173-174. <<

[18] Colección Simone André-Maurois. <<

[19] Carta publicada por R. de Bury, en el *Mercure de France*, junio de 1900, pág. 190. <<

[20] Cartas citadas por Samuel Rocheblave en *George Sand et sa Fille*, págs. 175-176. <<

[21] *Opus cit*., pág. 180. <<

[22] Criado de George Sand. <<

[23] *Mauprat*, drama sacado por George Sand de la novela que publicara en 1837, se hallaba en ensayos en el Odéon, en donde se representó el 28 de noviembre de 1853. <<

[24] Gustave Vaëz, codirector del Odéon (con Alphonse Royer). Tuvo una hija de la actriz Bérengère, de la que fue madrina George Sand. <<

[25] Alcalde de Nohant-Vic. <<

[26] Angèle Néraud, hija del «Malgache», se habla casado con Emest Périgois. <<

[27] Textos inéditos. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[28] Carta citada por Samuel Rocheblave en *George Sand et sa Fille*, pág. 183. <<

[29] De la jerga campesina del Berry: camarada, compinche. *(Nota del T.)* <<

[30] Carta inédita. Colección Simone André-Maurois. <<

[31] Cf. George D’Heylli: *La Fille de George Sand*, pág. 78. <<

[32] Samuel Rocheblave: *George Sand et sa Fille*, pág. 188. <<

[33] Samuel Rocheblave: *George Sand et sa Fille*, pág. 190. <<

[34] Todo mi amor por mi Solange / Ha retornado en este día / Porque desea ser formal; / ¡Ojalá tenga ese coraje! <<

[35] George Sand: *Correspondence*, t. IV, págs. 34-36. <<

[36] Ursule Josse, campesina de Nohant, contemporánea de George Sand, cuyos juegos de infancia compartiera. <<

[37] El doctor Vergne de Beauregard, médico de aldea. <<

[38] Sylvain Brunet, cochero de George Sand. <<

[39] Textos inéditos. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[40] El artículo titulado: *Après la mort de Jeanne Clésinger*, apareció en una recopilación de ensayos de George Sand: *Souvenirs et ldées*, pág. 137. <<

[41] Carta inédita. Colección Simone André-Maurois. <<

[42] Carta inédita. Colección Simone André-Maurois. <<

[43] George Sand: *Correspondence*, t. IV, págs. 47-51. <<

[44] *Opus cit*., t. IV, págs. 97-99. <<

[45] Carta inédita. Colección Simone André-Maurois. <<

[46] Carta citada por Samuel Rocheblave en *George Sand et sa Fille*, pág. 220. <<

[47] Carta citada por Samuel Rocheblave en *George Sand et sa Fille*, pág. 221. La carta de Solange, fechada el 6 de octubre de 1855, responde a la que le escribiera Sand el 4 de octubre, invitándola a pasar el invierno en Nohant, «con una sola condición: nada de caballos». <<

[48] George Sand: *Promenades autour d'un Village*. <<

[49] George Sand tiene el Gargilesse / Como Horacio tenía el Anio… <<

[50] ¡Ciega, inconstante fortuna! / ¡Suplicio embriagador de los amores! / Aparta de mí, memoria importuna, / Aparta de mí esos ojos que veo siempre… <<

[51] Carta fechada el 12 de mayo de 1834, publicada por Spoelberch de Lovenjoul en *La Véritable Histoire de Elle et Lui*, página 136. <<

[52] Carta inédita (26 de septiembre de 1839). Colección Simone André-Maurois. <<

[53] Ernest Baroche se disponía a regularizar sus relaciones con la Dama de las Violetas, cuando fue muerto en Bourget, en 1870. Legataria universal de un héroe, heredera de su gran fortuna, Jeanne de Tourbey se casó, en 1872, con el conde de Loynes. <<

[54] Carta inédita. Colección Simone André-Maurois. <<

[55] Carta publicada por Spoelberch de Lovenjoul en *La Véritable Histone de Elle et Lui*, pág. 223. <<

[56] Carta citada por Spoelberch de Lovenjoul en *La Véritable Histoire de Elle et Lui*, págs. 224-223. <<

[57] George Sand: *Correspondence*, t. IV, pág. 214. <<

[58] *Opus cit*., t. V, págs. 271-272. <<

[59] George Sand: *Correspondence*, t. IV, págs. 324-323. <<

[60] *Opus cit*., t. V, págs. 238-239. <<

[61] Carta publicada por Wladimir Karénine en *George Sand*, tomo IV, pág. 413. <<

[62] George Sand: *Correspondence*, t. IV, pág. 353. <<

[63] Carta inédita. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[64] Carta inédita. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[65] Jules Franceschi (1825-1893). <<

[66] Carta inédita. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[67] George Sand: *Correspondence*, t. IV, pág. 315. <<

[68] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. IV, páginas 407-409. <<

[69] Charles Baudelaire: *Mon Coeur mis-à nu*, págs. 53-54. <<

[70] René Doumic: *George Sand*, pág. 351. <<

[71] Sainte-Beuve: *Noveaux Lundis*, t. V, pág. 40. <<

[72] George Sand: *Lettres à Alfred de Musset et à Sainte-Beuve*, página 249. <<

[73] Louis Maillard, primo de Manceau, ingeniero de las colonias y naturalista, al que dedicó George Sand dos artículos publicados en 1863, en la *Revue des Deux Mondes*, bajo el título: *M. Maillard et ses Travaux sur l'ile de la Réunion*. Reimpresos en el volumen: *Questions d'Art et de Littérature*. <<

[74] El príncipe Napoleón se había casado, en 1859, con Clotilde de Saboya, hija del rey Vittorio Emmanuele II. <<

[75] Texto inédito. Biblothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[76] Edmond y Jules de Goncourt, *Journal*, t. III, pág. 18. <<

[77] Marcelin Berthelot (1827-1907). <<

[78] Paul de Saint-Victor (1825-1881), crítico literario. <<

[79] Louis Bouilhet (1822-1869), poeta, amigo de Flaubert. <<

[80] El doctor Camile Leclerc, que atendía a la señora Sand y demostró la más perfecta abnegación durante la agonía de Manceau. <<

[81] Lucien Arman (1811-1873), diputado de la Gironda. <<

[82] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[83] Edmond y Jules de Goncourt: *Journal*, t. II, págs. 116-117. <<

[84] Colección Simone André-Maurois. <<

[85] Edmond y Jules de Goncourt, *Journal*, t. II, pág. 23. <<

[86] Carta publicada por Wladimir Karénine en *George Sand*, tomo IV, pág. 408. <<

[87] El autor dramático Édouard Cadol (1831-1898), que pasó odio años en Nohant (Cf. Juliette Lambert, t. II, pág. 203), se enamoró de Marie Caillaud, pero, diga lo que quiera Karénine (t. IV, página 387), no se casó con ella. En 1868, ella dio a luz una hija, Lude, que nadie reconoció. <<

[88] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[89] George Sand subrayó tres veces la palabra *nunca*. <<

[90] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[91] Ibid. <<

[92] La parte de la calle de las Feuillantines en donde se instaló George Sand el 12 de junio de 1864, lleva hoy el nombre de calle Claude-Bernard. En mayo de 1866, habiendo muerto Manceau, Maurice Sand alquiló un apartamento en el entresuelo del mismo edificio. <<

[93] Eugène Lambert había hecho un brillante matrimonio en 1862. <<

[94] Textos inéditos. Bibliothéque National, departamento de manuscritos. <<

[95] George Sand: *Correspondence*, t. V, pág. 30. <<

[96] George Sand: *Correspondence*, pág. 33. <<

[97] Lucie (y no Lucy) era una cocinera contratada por Manceau. <<

[98] Textos inéditos. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[99] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. IV, página 478. <<

[100] Jeanny Dalias, ama de llaves-querida del barón Dudevant y madre de su hija Rose, más tarde Señora Bergé. <<

[101] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[102] Cf. Louise Vincent: *George Sand et le Berry*, págs. 622-623. <<

[103] El doctor Fuster, profesor de la Facultad de Montpellier, creía haber descubierto la manera de curar la tuberculosis. Habiendo elogiado los periódicos ese «maravilloso tratamiento», Sand le escribió e hizo que Manceau siguiera el régimen prescrito. Como se ve, no vaciló en llamar a consulta a Fuster, haciéndole venir de Montpellier a Palaiseau. <<

[104] Textos inéditos. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[105] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. IV, página 490. <<

[106] Ibid., t. IV, pág. 491. <<

[107] George Sand: *Correspondence*, t. V, págs. 99-101. <<

[108] George Sand: *Correspondence*, t. V, págs. 114-113. <<

[109] George Sand: *Correspondence*, t. V, pág. 106. <<

[110] *Opus cit*., t. V, pág. 106. <<

[1] Carta inédita. Colección Simone André-Maurois. <<

[2] Alrededor de cinco millones de francos de 1931. <<

[3] Agenda inédita de Sand, 7 de febrero de 1866. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[4] Edmond Plauchut (1814-1909) está enterrado en el cementerio familiar de Nohant. <<

[5] Charles-Edmond Chojecki (1822-1899), bibliotecario del Senado, había dejado de usar su apellido polaco y sólo se le conocía por sus dos pronombres. <<

[6] Caroline Commanville, más tarde señora Franklin-Grout. <<

[7] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[8] En el tomo V de la *Correspondence* impresa (página 126), esta carta está fechada: *10 de agosto de 1866*. Error evidente, ya que es posterior a la permanencia en Croisset. El diario que llevó George Sand durante veinticinco años (1832-1876), escrito en grandes agendas de formato comercial y en el que cada día comienza con un membrete impreso, prueba de manera irrefutable que las dos estadías en Croisset tuvieron lugar del 28 al 30 de agosto, y luego del 3 al 10 de noviembre de 1866. Sand fechaba rara vez sus cartas. Cuando Maurice Sand publicó seis volúmenes de correspondencia (Calmann-Lévy, 1882-1884), hizo preceder las cartas de fechas precisas, pero a menudo inexactas. <<

[9] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[10] Gustave Flaubert: *Correspondence*, t. V, págs. 247 y 250. <<

[11] George Sand: *Correspondence*, t. V, pág. 229. <<

[12] *Opus cit*., t. V, pág. 157 (30 de noviembre de 1866). <<

[13] *Opus cit*., t. V, pág. 371 (30 de marzo de 1870). <<

[14] Gustave Flaubert: *Correspondence*, t. V, pág. 253. <<

[15] *Opus cit*., t. V, pág. 253. <<

[16] George Sand: *Correspondence*, t. V, pág. 154. <<

[17] *Opus cit*., t. V, pág. 135. <<

[18] George Sand: *Correspondence*, t. V, pág. 156. <<

[19] Gustave Flaubert: *Correspondence*, t. V, págs. 250-251. <<

[20] *Opus cit*., t. V, págs. 274. <<

[21] George Sand: *Correspondance*, t. V, págs. 180-181. <<

[22] George Sand: *Correspondance*, t. V, pág. 145. <<

[23] *Opus cit*., t. V, pág. 271. <<

[24] *Opus cit*., t. V, pág. 164. <<

[25] Gustave Flaubert: *Correspondance*, t. V, pág. 267. <<

[26] *Opus cit*., t. V, págs. 346-347. <<

[27] *Opus cit*., t. V, pág. 348. <<

[28] Madame Adam (Juliette Lambert): *Mes Premières Armes littéraires et politiques*, págs. 98-99. <<

[29] Juliette Adam: *Mes Premières Armes littéraires et politiques*, páginas 202-203. <<

[30] *Opus cit*., pág. 152. <<

[31] Juliette Adam: *Mes Sentiments et nos Idées avant 1870*, página 136. <<

[32] Juliette Adam: *Mes Sentiments et nos Idées avant 1870*, página 162. <<

[33] Juliette Adam: *Mes Sentiments et nos Idées avant 1870*, páginas 169-170. <<

[34] *Opus cit*., págs. 170-172. <<

[35] Jules Claretie: *La Vie à París, 1904* (E. Fasquelle, 1903), página 168. <<

[36] Juliette Adam: *Mes Sentiments et nos Idées avant 1870*, página 220. <<

[37] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[38] Juliette Adam: *Mes Sentiments et nos Idées avant 1870*, páginas 269-273. <<

[39] George Sand: *Correspóndanse*, t. V, pág. 219. Carta del 10 de septiembre de 1867. <<

[40] *Opus cit*., t. V, pág. 298. <<

[41] George Sand: *Correspondance*, t. V, pág. 277. <<

[42] *Opus cit*., t. V, pág. 300. <<

[43] Juliette Adam: *Mes Sentiments et nos Idées avant 1870*, página 416. <<

[44] Carta de George Sand a Taine, publicada en la *Revue des Deux Mondes*, del 15 de enero de 1933, pág. 339. <<

[45] Carta publicada en la *Revue des Deux Mondes*, enero 15 de 1933, pág. 340. <<

[46] Agenda inédita de George Sand, 27 de noviembre de 1866. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[47] George Sand: *Correspondance*, t. V, pág. 267. <<

[48] Gustave Flaubert: *Correspondance*, t. VI, págs. 7, 79 y 123. <<

[49] Una copia de esta carta se halla en la colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868, f. 291. El original se encuentra en los archivos de la gran Cancillería. <<

[50] *Métella*, cuento publicado en 1834 en el volumen titulado *Le Secrétaire intime*, no pintaba entonces a la heroína en su vejez. Esta conclusión «muy virtuosa», aparece por primera vez en el tomo II de las *Œuvres completes* (Hetzel-Lecou, 1832), pág. 427. <<

[51] George Sand: *Journal intime*, págs. 229-232. <<

[52] George Sand: *Correspóndance*, t. VI, pág. 3. <<

[53] *Opus cit*., t. VI, págs. 4-5. <<

[54] *Opus cit*., t. VI, pág. 11. <<

[55] *Opus cit*., t. VI, pág. 13. <<

[56] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[57] George Sand: *Journal d'un Voyageur pendant la Guerre (Revue des Deux Mondes*, número del 1.º de marzo de 1871, página 15). <<

[58] *Opus cit*., número del 15 de marzo de 1871, pág. 214. <<

[59] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[60] George Sand: *Journal d'un Voyageur pendant la Guerre (Revue des Deux Mondes*, número del 15 de marzo de 1871, página 231). <<

[61] *Opus cit*., número del 1.º de abril de 1871, pág. 418. <<

[62] *Opus cit*., pág. 422. <<

[63] *Opus cit*., pág. 432. <<

[64] George Sand: *Journal d'un Voyageur pendant la Guerre (Revue des Deux Mondes*, número del 1.º de abril de 1871, página 439). <<

[65] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[66] Ibid. <<

[67] George Sand: *Correspóndance*, t. VI, págs. 73-74. <<

[68] Antoine Ludre-Gabillaud, hijo del abogado de George Sand. <<

[69] Paulin de Vasson, cuya mujer estaba emparentada a la vez con los Périgois, Gustave Papet y los Néraud, vivía con ella en el castillo de Varennes, muy cerca de Nohant. <<

[70] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[71] Ibíd. <<

[72] Ibíd. <<

[73] Dumas hijo. <<

[74] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[75] George Sand: *Réponses à un Ami*, artículos publicados en *Le Temps*. <<

[76] Gustave Flaubert: *Correspóndance*, t. VI, págs. 296-297. <<

[77] George Sand: *Correspondence*, t. VI, págs. 192-194. <<

[78] Gustave Flaubert: *Correspóndance*. <<

[79] George Sand: *Impressions et Souvenirs. VII. Réponse à un Ami*. <<

[80] George Sand: *Correspóndance*, t. VI, pág. 252. <<

[81] *Opus cit*., t. VI, pág. 250. <<

[82] George Sand: *Correspóndance*, t. VI, pág. 398. <<

[83] Carta publicada en la *Revue des Deux Monies*, del 15 de enero de 1933, pág. 345. <<

[84] Ibíd., pág. 346. <<

[85] Carta publicada en la *Revue des Deux Mondes*, del 15 de enero de 1933, pág. 349. <<

[86] Se trata de *La Sonámbula* de Bellini, de *Alcestes* y *Orfeo* de Gluck. <<

[87] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[88] Apodo que se daba Flaubert, «limosnero de las damas de la Desilusión». <<

[89] *Journal inédit de George Sand*, 13 de abril de 1873. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[90] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[91] *Fades* era un pequeño perro. <<

[92] Gustave Flaubert: *Correspondance*, t. VII, pág. 13. <<

[93] George Sand: *Correspondance*, t. VI, pág. 217. <<

[94] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[95] El príncipe imperial. <<

[96] La emperatriz Eugenia. <<

[97] George Sand: *Correspondance*, t. VI, págs. 305-306. <<

[98] Apodo dado a George por Hortense, desde que Béranger la llamara «la reina de nuestra nueva generación literaria». <<

[99] Citado por Léon Séché en *Hortense Allan de Méritens*, página 23. <<

[100] René Simonnet. <<

[101] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[102] Ibíd. <<

[103] Carta citada por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. IV, páginas 598-599. <<

[104] Charles Sagnier, uno de los huéspedes del castillo. En *Sur la Maladie et la Mort de George Sand*, Paulin de Vasson dice que este Sagnier era «un joven de Nimes que venía a menudo a Nohant…» El texto inédito nos dice que había sido presentado a Sand el 27 de enero de 1871, por Jules y Paul Boucoiran, sobrinos del antiguo preceptor de Maurice. <<

[105] Texto inédito. Bibliothéque Nationale, departamento de manuscritos. <<

[106] Jenny de Vasson, hija de Paulin y Nannecy. <<

[107] Nannecy de Vasson: *Notes et Impressions*. Citado por Wladimir Karénine en *George Sand*, t. IV, págs. 599-600. <<

[108] Victor Hugo: *Depuis l'Exil*, t. II, págs. 151-152. <<

[109] Gustave Flaubert: *Correspondance*, t. VII, pág. 311. <<

[110] Alain: *Propos de Littérature*. <<

[1] Colección Spoelberch de Lovenjoul, E. 868. <<

[2] Louis Vincent: *George Sand et le Berry*, pág. 125. <<